

Jesús

Con temor y temblor, guiado por el amor, me acerco a Jesús, consciente –aunque no mucho– del misterio. Me acerco con la tímida audacia de la hemorroísa que, tocando la orla de tu manto, obtiene el milagro y el elogio. Quiero escuchar, como el ciego de Jericó, la gran pregunta: ¿qué quieres que te haga? Y me uno a su respuesta: “Señor, que vea”; que vea tu rostro, que vea tu mirada azul de cielo, que vea en tus ojos al Padre que me dice: “Ven conmigo, vuelve a la casa del Eterno”. Al acercarme a Jesús, escucho la invitación: “Sígueme”. Y te sigo, Señor, hasta donde lo permita mi fe de pobre hombre. Al seguirte te conozco; descubro, poco a poco, que eres esplendor de gloria, luz del hombre, luz del mundo. Y, antes de que la luz deslumbre mi mirada, apunto lo que veo; y, al decir con Pedro: “Apártate de mí, que soy un pecador”, me coloco a tus pies y acepto que me digas: “Serás pescador de hombres”, pastor de almas y de corazones. Y te sigo.

Quiero seguirte en los tres años de tu vida en medio del pueblo – pueblo preparado desde siglos para ser tuyo: el olivo raíz de otros mil pueblos que se unen en uno solo, en tu Iglesia–. Quiero experimentar los cambios poco a poco, a tu ritmo, aunque siempre lo sublime me invite al cambio brusco, al salto al abismo, al infinito. Te veré señalado por Juan desde el desierto, donde la voz del Precursor anuncia la Palabra que ya resuena entre los hombres. Miraré con sorpresa el milagro de Caná; y creeré. Intentaré entrar en tu alma y tu conciencia, camino del Verbo, de la Verdad, de la Vida. Dejaré mi casa, mis costumbres y, lentamente, forzaré las viejas estructuras de mi mente para adquirir la fe que abre la senda a la nueva justicia. Hablaré contigo a solas. Escucharé tu voz ante los hombres, en grupo, en familia, o cara a cara con uno y con otro, también conmigo. Tus milagros serán signos que hablan con la fuerza del Poder y del Saber. Y, en tu nombre, yo también expulsaré los demonios que seducen, atormentan y esclavizan al hombre. Aprenderé a rezar con un nombre nuevo –“Abbá”– al Padre, a quien antes consideraba lejano de mis cosas. Oraré desde lo secreto, donde siempre me oye, aunque parezca mentira que sea posible tanta audacia.

Al filo de tu obra descubriré la libertad de los hombres para amarte, y con sorpresa veré que hay quienes no te quieren, porque no quieren al Padre, aunque siempre lo tengan en su boca, y usen sus palabras con abuso. Al año de la misericordia seguirá el de la justicia. Y el Reino, anunciado ya como presente, se irá desvelando como amor, como justicia y como libertad: como amor en el fondo de lo íntimo. Presencia del Padre allí, en lo hondo. Después, en los de fuera, en las leyes, las costumbres y los usos. Muchas de tus palabras son respuestas ante la fe o la increencia de los hombres. Conversiones y excomuniones serán las orillas de tu caminar entre ellos. Y Tú abrirás tu vida a todos: a unos con suavidad, porque la necesitan; a otros, con ayes y verdades duras para el soberbio, y dulces para el que busca la luz, que es siempre amor verdadero e hiriente.

Y así, hasta que pueda vivir la Semana Santa de tu vida: el amor que ante nada se detiene. Veré el amor que no cede ni ante la muerte, aunque para mí sea casi morir al hombre viejo. Volveré al cenáculo de vida, sin aliento, con manchas de sangre en mi mirada, buscando ver hasta dónde se levanta ese Reino tuyo atrayendo hacia ti al mundo entero. Allí, acogido por tu Madre, no sabré qué hacer. Hasta que vengas alegre en nueva vida, en vida resucitada, dando paz. Y aquellos días junto a Ti serán para mí una

segunda vida luminosa. Será casi imposible expresar mi cambio interior y mi nuevo vivir. Hasta que te vea subir al lugar de donde viniste. Entonces atenderé a tu mandato: “Id”, predicad, bautizad, que os espera el mundo entero y los siglos, las culturas y ese hombre que vive sin sentido.

Empieza a caminar, tú que lees. Descubre a Jesús que vive y que te busca. No basta ser erudito, hay que ser creyente. Y el eterno Amante, que es el Padre, se te manifestará en el Amado, que es Jesús; y los dos te enviarán al éxtasis de su Amor, que es el Paráclito. Él te llevará hasta la verdad completa que empieza por hacerte a ti, precisamente a ti, –no mires fuera– otro Cristo: santo nuevo en un milenio que debe ser de fuego, si quiere salir de la ceniza.

El perfil de Jesús

¿Cómo era Jesús? ¿Cuál debió ser su aspecto exterior? No se distinguió en su exterior de los judíos y rabinos de su época. “Era como cualquier hombre y también sus gestos” (Flp), no vestía llamativa y pobremente como el bautista quien, según la costumbre de los profetas, iba ceñido con una túnica de pelos de camello. Como la mayoría de los hombres de aquel momento, llevaría ordinariamente un vestido de lana con un cinturón que servía de bolsa al tiempo, un manto y sandalias. En la Pasión llevaba una túnica sin costura y toda tejida de arriba a abajo. Según las prescripciones de la ley, en ocasiones cuatro borlas de lana azules adornaban la parte superior de la cabeza. Y, siguiendo la costumbre de su tiempo, llevaría para la oración matutina filacterias atadas al brazo y alrededor de la frente. No censuraría su uso a los fariseos, sino la motivación de falsa piedad y el hecho de ensancharlas. En sus largas caminatas se guardaría de los ardientes rayos del sol mediante un sudario blanco que envolvía cabeza y cuello. Por lo demás Jesús desdeñaba la “preocupación” por el vestido, lo que no implica descuido y dejadez, que son falta de virtud. Llevó la barba usual y los cabellos cuidados recogidos en la nuca, a diferencia de los nazarenos que se dejaban hirsutas y largas guedejas. El cuidado del cuerpo lo recomienda, aunque los humanos debemos estar atentos a superar posibles vanidades. Así, en épocas de ayuno dice que se debe unguir la cabeza y lavar el rostro.

Su figura corporal debió ser atractiva e incluso fascinadora. No poseemos ninguna descripción de su tiempo, únicamente sabemos que durante su infancia iba creciendo en sabiduría y gracia ante Dios y los

hombres. Esto es trasladable a lo que decía sobre la luz interior que se transparenta en lo externo: “Tu ojo es la luz de tu cuerpo y si aquel está sano, todo tu cuerpo estará iluminado”. Su luz interior se transparenta en su cuerpo y su rostro.

Su figura debió tener algo radiante que atraía irresistiblemente a las persona de mayor sensibilidad. La exclamación admirativa que un día brotó de una mujer del pueblo es muy significativa: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron” (Lc).

Tendría lo que hoy se llama carisma, o irradiación afectiva, según se advierte constantemente en los Evangelios. De modo particular debió impresionar su mirada, capaz de inflamar las almas y de hacer sentir los reproches más emocionantes. En sus ojos había algo dominante y arrollador.

A este aspecto se añade el de su salud y energía. En suma, un equilibrio perfecto: capacidad emprendedora, resistencia a la fatiga. El contraste con algunos genios religiosos –enfermos, con un sistema nervioso en desequilibrio o psíquicamente deshechos y agotados– es notable. En Jesús no hay ni la menor alusión a enfermedad alguna.

Su cuerpo parece especialmente resistente a la fatiga. Ora muy de mañana y hasta la madrugada; y muchas noches las pasa en vela en oración. Incluso ante la naturaleza su buena salud se manifiesta en una radiante alegría, especialmente ante montes y lagos. Con sus caminatas recorre toda Judea, Samaria, Galilea, aun hasta la región de Tiro y Sidón. El hambre y la sed debieron ser frecuentemente compañeros de viaje, a tenor de lo que recomienda a los suyos: “No llevéis nada para el viaje, ni bastón ni alforjas y tampoco pan o dinero”. Su última subida de Jericó a Jerusalen debió constituir una proeza. Bajo un sol ardiente, por caminos sin sombra y atravesando un desierto de montes rocosos y solitarios, realizó el viaje en seis horas, debiendo superar una altura de más de mil metros. Es asombroso que a su llegada no se sintiera fatigado. Aquella misma tarde cenó con Lázaro y sus hermanas (Jn).

Pasó la mayor parte de su vida al aire libre, en contacto con la naturaleza, expuesto a la intemperie. Le son familiares los lirios del campo y las aves del cielo. Su vida errante, llena de trabajo y penurias, manifiesta un cuerpo robusto. En ocasiones, no tenía tiempo ni para comer (Mc).

Hasta muy entrada la noche acudían a él los enfermos (Mc), y también los fariseos, saduceos y enemigos llenos de malicia. Deberá afrontar largas y penosas discusiones, luchas peligrosas en tensión continua. Las explicaciones a los discípulos eran prolijas, con la pesada carga que le imponían aquellos espíritus poco despiertos y llenos de preocupaciones mezquinas. Un temperamento enfermo, o simplemente delicado, no lo hubiera podido resistir. Jamás perdió la serenidad. Continuó durmiendo tranquilamente durante la tempestad en el lago.

¿Y su alma? Sus parientes no le entienden y se quedan perplejos. Los fariseos y sus enemigos pensaban que un espíritu maligno obraba en Él. Y es que la superioridad que se manifiesta en Jesús no admite otra explicación, si no se está dispuesto a aceptar quién es en realidad.

Los evangelistas nos hablan con toda claridad. Les llamó la atención en el modo de ser de Jesús la lucidez extraordinaria de su juicio y la inquebrantable firmeza de su voluntad. Advierten un hombre de carácter, apuntando inflexiblemente hacia su fin, para realizar la voluntad de su Padre, hasta el último extremo, hasta derramar su sangre.

Las repetidas expresiones “Yo he venido”, “Yo no he venido” ptraducen perfectamente ese sí y ese no, consciente e inquebrantable. “Yo no he venido a traer la paz, sino la guerra” (Mt). “No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt). “El Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y a dar su vida en rescate de muchos” (Mt; Mc). “No he venido a destruir la ley ni los profetas, sino a completarlos” (Mt). “Yo he venido a traer fuego a la tierra ¿y qué quiero sino que arda?” (Lc).

Sabe lo que quiere desde el principio. A los doce años dice a sus padres que le encuentran en el Templo: “¿No sabíais que debe emplearme en las cosas de mi Padre” (Lc). Las tres tentaciones del desierto son una victoria sobre la posibilidad egoísta de utilizar su poder para la glorificación personal y no cumplir la voluntad del Padre. Sus mismos discípulos intentan alejarle del cumplimiento de su misión. Primero sus parientes; luego su elegido, Pedro, que le ama, pero no le entiende; y después de la multiplicación de los panes “muchos discípulos se separaron definitivamente de Él en esta ocasión” (Jn). No por eso dejó Jesús de seguir su camino, decidido a continuar, si fuese necesario, solo. “¿Y vosotros, también queréis irros?”

Jamás se le ve vacilar, ni en sus palabras, ni en su obrar. Pide a sus discípulos una voluntad firme: “Quien pone la mano en el arado y mira atrás no sirve para el Reino de Dios” (Lc). Está tan lejos de Él la precipitación como la indecisión, las claudicaciones y las salidas de compromiso. Todo su ser es un *sí* o *no*. Sólo Él puede afirmar con toda verdad que “vuestra palabra sea sí, sí, no, no. Lo demás es un mal” (Mt).

Todo en su vida y en su personalidad es unidad, firmeza, luz y pura verdad. Producía tal impresión de sinceridad y energía, que sus mismos enemigos no podían sustraerse a ella: “Maestro, sabemos que eres veraz y no temes a nadie” (Mc). Todo lo contrario a la hipocresía de sepulcros blanqueados que Él denuncia en los fariseos. Su muerte, de hecho, es consecuencia de ese contraste entre su fidelidad al Padre y la doblez de sus enemigos.

Su carácter es la encarnación del heroísmo; por eso el joven rico, que guarda los mandamientos, no puede, o no quiere, seguirle. El verdadero discípulo debe odiar a su padre, a su madre, a sus hermanos y aún a su propia vida si quiere seguirle, y aunque “odiar” signifique sólo poner en segundo término, la expresión entraña mucha exigencia.

Tiene la fuerza del líder: al decir a Simón y a Andrés que le sigan, ellos dejan todas las cosas y a su padre, con los jornaleros. Arroja a los mercaderes del Templo sin que nadie pueda resistirle. Sus mismos discípulos, aun conviviendo con Él y siendo llamados amigos, tienen un respeto que marca la distancia que los separa de Él: le seguían con miedo y se espantaban (Mc). No era uno de tantos, ni era como los dirigentes, doctores de la ley y fariseos o autoridades políticas. Tenía consigo todo el poder y esta impresión de superioridad, de omnipotencia, que dimanaba de su persona era tal, que para explicarla, la multitud buscaba las comparaciones con el Bautista, Elías o Jeremías o alguno de los profetas. Esto era así aunque se manifestase de modo habitual como humilde y manso.

La oración de Jesús se realiza muchas veces –ante todo el mundo o ante los suyos– en voz alta, pero busca el silencio y el recogimiento, que en su vida pública sólo puede conseguir durante la noche, mientras los demás duermen. Se puede decir que necesita la oración más que nosotros, no porque le sea preciso pedir algo que no esté a su alcance, sino porque busca el trato íntimo y sin distracciones con el Padre.

Su fuerza interior aparece, en ocasiones, de una manera evidente, con el ardor de una pasión santa; así dice al diablo en su tercera tentación: “¡Retírate de mi vista, Satanás!” Palabras similares a las que dirá a Pedro, cuando intente disuadirle de la Pasión (Mt). Esta fuerza refulge y retumba en la parábola de la cizaña: “El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, que reunirán a todos los malvados y seductores del Reino y los echarán al horno del fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes” (Mt). Análogamente en la parábola de la red: “Los ángeles vendrán y separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno del fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes” (Mt).

Asimismo, terminan airadamente las parábolas de las diez vírgenes, de los talentos, de las ovejas y de los cabritos (Mt). En la parábola del siervo despiadado, el Señor, “lleno de cólera”, entrega a la justicia al siervo sin entrañas hasta que pague enteramente su deuda. Igualmente, en la parábola del invitado no engalanado en el festín, ordena: “Atadle de pies y manos, tomadle y echadle fuera. Allí será el llanto y el crujir de dientes” (Mt). En la parábola de los dos administradores, llega inopinadamente el Señor y manda descuartizar al siervo infiel y darle el merecido de los traidores (Lc).

En estas palabras se trasluce una vida fuerte, muy alejada de cualquier sentimentalismo blando. Similares son las palabras dirigidas a los fariseos: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Porque exprimís las casas de las viudas y, por pretexto, hacéis larga oración; por eso llevaréis juicio más grave... Guías ciegos que coláis el mosquito y os tragáis el camello... ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque limpiáis lo que está fuera de la copa y del plato, mas interiormente estáis llenos de robo y de inmundicia” (Mt). No es posible figurarse a Jesús en estas ocasiones más que con ojos llameantes y rostro encendido. Igual que cuando arroja a los mercaderes del Templo, o cuando maldice la higuera, símbolo del pueblo infiel a las llamadas divinas. La fuerza y la ira de Jesús contrastan más aún con su dulzura habitual y manifiestan un amor a la verdad y la justicia por encima de cualquier debilidad humana. Es la ira de Dios que se demuestra tantas veces en el Antiguo Testamento; así igual que llamará a los fariseos “raza de víboras”, a Herodes le llama “zorro”.

Cuando se trata de dar testimonio de la verdad, desconoce el miedo y la vacilación. Un carácter luchador que, en medio de la contienda, no

pierde la serenidad. Llama la atención su clarividencia viril, su impresionante lealtad, su sinceridad austera y, en una palabra, el carácter heroico de su personalidad.

Esta fuerza y verdad es lo que atraen a los discípulos. Su pureza interior, su sinceridad, se revelan en su palabra cuando dice: “Si tu ojo te escandaliza, arráncalo” (Mt); o “el que pierde su alma, la gana” (Mt); o “nadie puede servir a dos señores” (Lc).

¿Cómo se condujo Jesús con los hombres y las cosas de su tiempo? No se da en Él ninguna tendencia a ser soñador, sino fuertemente racional, cosa que se hace patente en las discusiones con sus enemigos, que resuelven objeciones y cuestiones difíciles. Sus respuestas son tan claras y contundentes que tienen que retirarse confundidos.

Desbroza la religión de los añadidos humanos, llevándola hasta sus mismas raíces, que están en el interior del corazón humano. Sus parábolas hacen revivir ante nosotros a los labradores, a los pescadores, al traficante de perlas preciosas, al mayoral, al mercader, al jornalero, al constructor y al hortelano, abarcando desde la dueña de la casa y la pobre viuda hasta el juez, el general del ejército y el mismo rey. Tienen sus parábolas tal riqueza de matices al describir la vida ordinaria que llegan tanto al intelectual como al hombre iletrado. Jesús busca ilustrar las mentes de los que le escuchan, para renovarlos por dentro, apartando las tinieblas del error o de la ignorancia.

Junto a esto, destaca –en la teoría y en la práctica– el mandato nuevo que manifiesta en la Última Cena y en toda su vida: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen” (Lc; Mt). Su amor a los hombres no le impide ver sus defectos; es más, los denuncia; pero ese mismo amor le lleva a perdonar esos pecados. Es lo que llamamos comprensión. Conoce toda la fragilidad y toda la flaqueza y aplica los remedios de forma oportuna: suave o fuerte según la necesidad.

La compasión es uno de sus rasgos más destacados; es, en su sentido más hondo, padecer con otro. No se contenta con examinar la miseria humana; la toma sobre sí, la hace suya; paga por las deudas de los demás.

Llama hermanos a los más insignificantes; se adapta a las costumbres de todos, mientras no ofendan a Dios. Su unión con los pobres y los oprimidos es patente. Demuestra con obras que no ha venido a ser servido,

sino a servir. Quiere ser pobre con los pobres, despreciado con los despreciados, tentado con los tentados, crucificado con los que sufren y mueren.

Los evangelistas lo advierten continuamente: “Tenía compasión de ellos porque eran ovejas sin pastor” (Mc). Hay ocasiones en que su corazón parece tan sensible y dulce como pueda serlo el de una madre con su hijo enfermo, por ejemplo en las parábolas del hijo pródigo, la moneda perdida, la del buen pastor y la del buen samaritano.

Le conmueve la desgracia de los enfermos y, sobre todo, la de los pecadores. No puede decir “no” cuando clama el dolor, ni cuando lo pide una mujer pagana, ni aunque parezca que no cumple el precepto del sábado; ni por miedo a que se escandalicen los piadosos deja de estar con publicanos y pecadores. Ni siquiera las torturas de la agonía le impiden dirigir al ladrón arrepentido palabras del máximo consuelo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc).

Su amor a los hombres no tolera excepción alguna, y no tiene el menor matiz de preferencia para una clase determinada. Admite a los ricos, aunque les advierte que su situación para alcanzar el Reino de los cielos es más difícil que la de los pobres. Así ocurre con Simón el fariseo, con Nicodemo, con José de Arimatea, con Juana, la mujer de Cusa, Susana y otras muchas “que le servían de sus haciendas” (Lc). Los apóstoles no parecen que pertenecieran a las clases más bajas, sino a la clase media, como el mismo Jesús. La pobreza le conmueve por el sufrimiento que experimentan los que se encuentran en esa condición, y por el peligro de que pierdan la paciencia y se rebelen contra Dios. Peligro mayor tendrán los ricos, que en la abundancia pueden olvidarse del Señor.

El amor a los desgraciados es una necesidad íntima, un irreprimible movimiento interior, es la manifestación de la misericordia divina. El hecho de estar sumergido en las altas realidades divinas no le impide hacerse cargo de las necesidades pequeñas y cotidianas.

¿Y la alegría? Jesús se abre al regocijo humano. Incluso le critican por su naturalidad. Come en cualquier casa, va a la fiesta de bodas, no deja ayunar a los discípulos mientras el esposo esté con ellos. Manifiesta su amor de predilección con uno de ellos, que en la última cena recuesta su

cabeza sobre su pecho. Su amor a los niños es constante y puesto como ejemplo para todos.

Su contemplación de la naturaleza es poética; evoca los lirios, los arbustos, la higuera, las viñas, los pájaros y raposas y la tempestad amenazadora.

¿Quién es este Jesús? ¿No podría parecer que su humanidad se mueve en direcciones opuestas, por una parte hacia lo alto, lo celestial, y por otra a lo de abajo, a lo humano? La solución no se encuentra sólo en lo humano; se debe buscar en la unión de las dos naturalezas –humana y divina– en la persona única. Igual a los hombres en los sentidos externos e internos, en las emociones, en los sentimientos, en la voluntad, en la inteligencia, pero perfecto; y unido a la divinidad de tal modo que sus acciones son humanas y divinas. Este es Jesús. Cada gesto expresa la plenitud de la divinidad corporalmente, pero también expresa lo que es un hombre sin deformaciones, sin taras, sin recortes. Cuando los hombres decimos que algo es humano, con frecuencia indicamos acciones pecaminosas. Jesús nos muestra lo que es genuinamente humano, sin faltas ni recortes.

EL MESIAS DE ISRAEL

Para entender a Jesús hay que conocer quién debía ser el Mesías en los profetas y salmos. Veamos los principales textos

Hijo de David. Emmanuel

A partir de un determinado momento, la salvación se considera depositada en la familia de David y, en concreto, en un descendiente, que será el definitivo Mesías. Al Mesías se le llama **Hijo de David**. El cumplirá las promesas de salvación que Dios hizo a su pueblo.

Entre las muchas profecías mesiánicas, tiene especial importancia la del **Emmanuel**, palabra que significa: Dios-con-nosotros. Dice el profeta Isaías: «Por eso, el Señor mismo os dará una señal: he aquí que una virgen está encinta y os dará un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel» (7, 14)

En el Mesías reposará el espíritu divino y se caracteriza porque: 1) dominará a los enemigos; 2) obrará en favor de los humildes y, 3) le buscarán también los gentiles, es decir, no será salvador sólo del pueblo de Israel, sino de todos los hombres.

El profeta Miqueas precisa que será rey y nacerá en Belén. Zacarías lo muestra como rey justo, que trae la paz y la victoria, aunque será un salvador humilde que vendrá montado sobre un asno.

El siervo de Yavé

Otros textos lo presentan como un siervo humillado y maltratado. Su aparente derrota parece oponerse a la idea del Mesías-rey vencedor, pero no es así, pues estas profecías completan y purifican las anteriores, dando otro aspecto de su actividad.

El **siervo de Yavé**, según Isaías, será humilde, sencillo, fiel a la verdad, firme, con una misión de enseñar, y salvar, que no será un fracaso, sino un sacrificio expiatorio por los pecados: *«recayó el castigo sobre él y por sus llagas nos dio la salud»* (53, S) Según Isaías, el siervo de Yavé se entrega libremente, y por amor, a la muerte. Por eso su sacrificio tiene una gran eficacia redentora, es decir, como medio para pagar la deuda que los hombres tienen con Dios, por los pecados.

Zacarías, por su parte, anuncia que será «traspasado» Varios salmos anuncian también estos sufrimientos, como el 22, citado por el mismo Jesús en la Cruz: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

El Hijo del hombre

El profeta Daniel describe al Mesías desde otra perspectiva, viniendo de lo alto, sobre las nubes del cielo. *«A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas te sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás»* (7, 13-14) Le presenta luego como vencedor de cuatro bestias, que simbolizan poderes diversos, enemigos de Dios. Le da el título de Hijo del Hombre. Este título de Hijo del hombre será el que más frecuentemente usará Jesucristo, quizá porque se presta a confusión.

Por tanto, en el Antiguo Testamento, la idea central sobre el Mesías es que será una manifestación definitiva de Yavé para salvar a todos los hombres. Para ello instaurará el **reino de Dios**, haciendo una nueva alianza entre Yavé y su pueblo. En él cabrán todas las gentes, que participarán de la salvación concedida a Israel. El Mesías reinará por los siglos.

JESUCRISTO ES EL MESIAS

«Hemos hallado al Mesías, que quiere decir el Cristo» (Jn. 1, 41) Así lo dice Andrés a su hermano Simón. Es una de las afirmaciones iniciales del

Evangelio. El mismo Jesús lo dice a la samaritana cuando ella comenta: *«Yo sé que está para venir y que cuando venga, nos hará saber todas las cosas. Dícele Jesús: Soy yo, el que contigo había»* (Jn. 4, 25)

Jesús es el descendiente de David

Nuestro Señor descendía de la familia de David, como consta en las genealogías que contienen los evangelios. Así le llaman los ciegos que curó en Jericó, la mujer siriofenicia que pide la curación de su hija y las muchedumbres que le aclaman como tal cuando entra triunfalmente en Jerusalén: *«Hosanna al hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor»* (Mt. 21. g) Los evangelistas recogen las profecías que se cumplen en Jesús: nacimiento en Belén, se sentará en el trono de David...

Jesús es el Hijo del hombre

Con este título mesiánico se denomina a sí mismo Jesús 81 veces en los evangelios. Con esta expresión indica su procedencia divina: *«Nadie ha subido al cielo, sino aquél que ha bajado del cielo, el Hijo del Hombre»* (Jn. 3, 13) Cuando Caifás pregunta a Jesús: *«¿Eres tú el Mesías?... Jesús le respondió: Sí, yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo»* (Mc. 14, 61) Cuando anuncia su segunda venida, al final de los tiempos, dice: *«Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria»* (Mt. 25, 31) Como se trata del juicio final, aparecen las características divinas de Juez y Señor que posee Jesucristo como verdadero Mesías.

Jesús, Mesías que sufre

Los Apóstoles y la Iglesia primitiva han identificado a Jesús como el Siervo de Yavé de las profecías. Un texto claro es el de la institución de la Eucaristía: *«Esta es mi sangre de la Alianza, que será derramada por muchos para remisión de los pecados»* (Mt. 26, 28) San Juan presenta a Jesús como el Cordero que quita los pecados del mundo (cfr. 1, 19) Pero lo más elocuente es el cumplimiento, en la Pasión y Muerte de Cruz, de lo que habían anunciado, incluso con detalles, Isaías y los salmos.

JESUCRISTO ASUME SU FUNCION MESIANICA

En tiempos de Jesús había una tensa y generalizada espera del Mesías. Aunque se resaltan las cualidades espirituales que tendrá el Mesías, se pone el acento en lo que representará de liberador de la opresión de los enemigos. No cabía en sus mentes la idea de un Mesías que sufriera y fuera

humillado. Los mismos Apóstoles y discípulos de Jesús participaban de esta idea.

Jesús supera el mesianismo político

Jesús convoca al nuevo pueblo de Dios, su Iglesia, llamando primeramente a doce israelitas, que iban a ser las columnas del nuevo edificio espiritual o las cabezas de la nueva estirpe, en recuerdo, y a la vez en contraste con los doce patriarcas antiguos.

Los Apóstoles que eligió Jesús pertenecían a diversos grupos de los que existían entonces. El seguir a Jesús les fue llevando a superar sus antiguos horizontes meramente humanos. Jesús, con paciencia, les fue mostrando las nuevas perspectivas más profundas y, sobre todo, religiosas. El Espíritu Santo, que recibieron en Pentecostés, les dará la visión definitiva de su misión. Durante su vida mortal siempre estuvo presente la confusión de un mesías político que fue claramente rechazada por Jesús

Vida mística de Cristo.

Entendemos por mística el nivel espiritual máximo -la unión con Dios-. La meta del progreso humano es la mística. Veamos las manifestaciones máximas de la vida mística de Cristo. Su Humanidad está unida personalmente al Verbo, pero es indudable que se dan cambios en cuanto a la ciencia adquirida, y también en cuanto a la acción del Espíritu Santo en su alma humana que varía desde su Nacimiento hasta su madurez.

El Bautismo en el Jordán

Los treinta años de vida en Nazaret debieron estar llenos de oración unida al trabajo en el taller de José y la vida de familia. Nada conocemos de sus manifestaciones. La vida pública comienza con una manifestación mística extraordinaria. Cuando Jesús entra en las aguas y Juan baña su cabeza. Al salir Jesús del agua sucede el gran acontecimiento: Dios se manifiesta. “Inmediatamente después de ser bautizado, Jesús salió del agua; y he aquí que se le abrieron los Cielos, y vio al Espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz del Cielo que decía: Este es

mi Hijo, el amado, en quien me he complacido”¹. La voz es la del Padre, eterno Amante. El Hijo es el Amado. La paloma simboliza el Espíritu. Anunció la nueva tierra y la paz de Dios después del diluvio a los hombres, castigados por sus pecados. Anuncia el amor a los que quieren vivir de amor. Anuncia junto a Jesús la nueva Alianza, por la que, de nuevo, el Espíritu de Dios volará sobre las aguas del mundo. Limpiará los corazones con el fuego de su amor, purificará las intenciones, llenará de Dios a todos los que crean y esperen, inflamará de amor a los amantes que desean el amor total, tan lejano al amor propio.

Jesús es ungido por el Espíritu como Cristo. Antes, los reyes y los sacerdotes eran ungidos con aceite, y la gracia de Dios les daba fuerzas. Ahora el Espíritu mismo invade a Jesús. Podrá actuar con plena libertad en su alma dócil, le impulsará, le encenderá en fuego divino. Por eso “Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y fue conducido por el Espíritu al desierto”. Comienza su vida de Ungido por el Espíritu, que le lleva a lo más alejado del paraíso, al desierto.

La vida mística de Cristo comienza en Silencio y Dios se manifiesta con la Palabra del Padre y la presencia del Espíritu Santo. No parece fruto de un esfuerzo meditativo, ni un logro, sino una manifestación de la realidad: Jesús es el Ungido (Cristo) profetizado que tiene una misión que será traer el Espíritu plenamente a la tierra con una nueva Alianza que perfeccione la anterior, sin dejar de cumplirla. Además el Padre le llama “Amado” lo que indica su santidad amable y se alude ligeramente a su consustancialidad con el Padre Amante.

Oración y ayuno extremos

“Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y fue conducido por el Espíritu al desierto”². Durante la vida oculta podemos decir que Cristo asume la vida espiritual en la vida ordinaria de María y José, similar a la de la mayoría de los humanos de todos los tiempos. Ahora va a seguir la vida orante de los grandes ascetas de todos los tiempos, que separándose de lo habitual quieren llevar el cuerpo al extremo para que el espíritu pueda actuar sin su freno. Lo primero en el desierto es el silencio y el recogimiento, algo que realizará toda su vida, pero durante 40 días será su

¹ Mt 3,13-18

² Mt 4,1

compañero hasta el extremo de sus fuerzas. Comienza su vida de Ungido por el Espíritu, que le lleva a lo más alejado del paraíso, al desierto, donde se mortifica, reza Jesús es llevado al desierto para un gran combate, vive la experiencia religiosa en una forma de espiritualidad extrema. Muchos hombres religiosos se han sentido llamados al silencio de modo que su espíritu se expanda en una relación con Dios, sin que nada distraiga esa tensión. Muchos han experimentado el ayuno como una forma de purificación en que el cuerpo extingue sus pulsiones para que el espíritu emerja. En el antiguo hinduismo era frecuente esa acción, como también en el budismo, aunque sin llegar al extremo. Siempre han existido eremitas en todas las culturas religiosas. Cristo asume la espiritualidad religiosa de los más religiosos de los hombres.

La vida mística de Cristo no es algo plácido y aislado, sino una lucha en la raíz, con un opositor inteligente y maligno. Esta lucha se dará en toda su vida y será especialmente violenta en la Cruz, pero ya sabemos más de la vida mística de Cristo

La Transfiguración

La Transfiguración es uno de los momentos más elevados de la vida mística de Cristo. Desde que Jesús comenzó su vida pública sus triunfos y gloria han ido en aumento. Tras el discurso del Pan de vida se ha producido un giro notable; los milagros serán menos frecuentes, su predicación menos popular, y las cosas que se dicen tendrán un mayor contenido. Jesús hablará varias veces de su muerte y vivirá, de ordinario, retirado con los suyos. La transfiguración se realiza sólo ante los más íntimos: Juan, Pedro y Santiago, pero tiene un gran valor de revelación en muchos aspectos. “Subió a un monte para orar. Mientras él oraba, cambió el aspecto de su rostro y su vestido se volvió blanco, resplandeciente. Y he aquí que dos hombres estaban conversando con él: eran Moisés y Elías que, aparecidos en forma gloriosa, hablaban de la salida de Jesús que había de cumplirse en Jerusalén. Pedro y los que estaban con él se encontraban rendidos por el sueño. Y al despertar, vieron su gloria y a los dos hombres que con él estaban. Cuando éstos se apartaron de él, dijo Pedro a Jesús: Maestro, qué bien estamos aquí, hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías; no sabiendo lo que decía. Mientras decía esto, se formó una nube y los cubrió con su sombra. Al entrar ellos en la nube, se atemorizaron. Y salió una voz desde la nube, que decía: este es mi Hijo, el elegido, escuchadle. Cuando sonó la voz, se quedó Jesús solo. Ellos

guardaron silencio, y a nadie dijeron por entonces nada de lo que habían visto”³.

La oración de Jesús era siempre intensa y, muchas veces, en silencio, pero no consiste en alcanzar metas espirituales individuales, sino que siempre es un diálogo con Dios. Esta oración llevaba a Jesús a una unión con el Padre especial. Era hablar y escuchar. Darse y recibir. Amar y ser amado, unión total en todos los niveles del ser de Cristo. Jesús adora con toda su humanidad. Pero pocas veces se manifiesta esa unión al exterior. Ahora, cuando las batallas más duras están a punto de empezar, conviene que lo interno se manifieste exteriormente. Y la gloria de la divinidad se manifiesta en su rostro: “brillante como el sol”, y en los mismos vestidos, “resplandecientes de luz”. No parece que se trate de una visión espiritual, sino de una realidad palpable en el cuerpo de Jesús. Los apóstoles ven a Cristo glorioso como nunca le habían visto. Es un preludeo del Reino que ha venido a traer, de la resurrección que ya ha anunciado, de la gloria del cielo para los que crean en él y sean fieles. La reacción es de estupor: se despiertan sorprendidos de lo que están viendo. Un gozo inexplicable, como un reflejo del de Jesús, les invade. “Qué bien se está aquí” es el comentario, como intentando detener el tiempo en situación tan feliz.

Pero hay más; junto a Jesús aparecen Moisés y Elías. Ambos habían tenido una especial revelación de Dios en el monte Sinaí. Moisés recibe la revelación de Dios, de su nombre y de su Ley y con ella el mandato de liberar y formar un pueblo según la alianza de los padres; y lo hizo. Elías, mucho más tarde, recibe la misión de recuperar la fidelidad del pueblo a esa Alianza. Moisés, al final de su vida, pide a Dios ver su rostro, y ahora le es manifiesto su rostro humano, en Jesucristo. Elías busca a Dios, y le encuentra en una suave brisa; ahora está ante Él de un modo humano, humilde y real. Sorprende el tema de su conversación: la muerte de Jesús en Jerusalén. La antigua Alianza alcanzará su plenitud en la Pasión de Jesús. Las profecías del Mesías como Siervo doliente son certeras. El amor llegará al límite de no detenerse ante nada. Todo lo anterior era figura de lo que había de suceder. Sin embargo, no deja de ser sorprendente la mezcla de cruz y muerte con la gloria de Jesús en esta Transfiguración. Una lógica nueva se está desarrollando

³ Lc 9,22-37

La voz del Padre resuena en la Transfiguración, como se oyó en el Jordán: “Este es mi Hijo el predilecto, escuchadle”. El Amado que va a demostrar que el hombre puede también amar al máximo, y les pide fe. Una fe que deberá actualizarse también cuando no entiendan su conducta y que deberá agudizarse cuando le vean derrotado. Es de notar que a diferencia del Jordán no se da una aparición visible del Espíritu Santo, quizá porque su presencia era total en Cristo y no hacía falta más, pero convenía la presencia del Padre para hacer notar que aún faltaba algo en la vida mística de Cristo que daría tras su obediencia al Padre

Y pasó la Transfiguración. Breve, como todo lo dichoso, menos en el cielo que será para siempre. La referencia de Pedro a las tres tiendas quizá tiene que ver con la próxima fiesta de los Tabernáculos, o, sencillamente, con querer prolongar la dicha que experimenta. Pero deben atender a lo que se les revela pues Cristo es el nuevo legislador. Al oír la voz “los discípulos cayeron sobre su rostro presos de un gran temor. Se acercó Jesús a ellos y tocándoles, dijo: Levantaos, no tengáis miedo. Y cuando se levantaron no vieron a nadie, sino a Jesús solo”⁴.

Una de las manifestaciones de lo Santo es el tremendum, es decir el miedo o pavor a la grandeza divina ante la propia pequeñez. Cristo hará que este temor pase a ser filial uniéndose a Él. “Mientras bajaban del monte les ordenó que a nadie contasen lo que habían visto, hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos. Ellos retuvieron estas palabras, discutiendo entre sí qué era lo de resucitar de entre los muertos. Y le hacían esta pregunta: ¿Por qué dicen los fariseos y los escribas que Elías ha de venir primero? Él les respondió: Elías vendrá antes y restablecerá todas las cosas; pero, ¿cómo está escrito del Hijo del Hombre que padecerá mucho y será despreciado? Sin embargo, yo os digo que Elías ya ha venido e hicieron con él lo que quisieron, según está escrito de él”⁵. El Reino de Dios se ha hecho transparente por unos momentos, el monte Tabor es como un nuevo Sinaí.

⁴ Mt 17,7

⁵ Mc 11-13

La conciencia que tiene Cristo de sí mismo se manifiesta en la expresión Yo soy

Conversación con la samaritana

En la conversación con la samaritana concluye con una manifestación de sí mismo de Cristo. Le respondió Jesús: “Créeme, mujer, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre”. Jesús llama Padre a Dios, revela que la antigua Alianza está superada, y precisa que es más ortodoxa la doctrina de los judíos que la de los samaritanos: “Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos”. Es decir, no es más cierta la postura judía porque ellos sean mejores o más inteligentes, sino porque ha sido profetizado que la salvación llegará a través de la descendencia de Judá y de David; por eso Dios ha protegido la verdad en ese pueblo de una manera especial. En seguida añade que han comenzado los tiempos nuevos. “Pero llega la hora, y es ésta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorar en espíritu y en verdad”⁶. Mientras Jesús iba haciendo estas revelaciones, bulle el interior de aquella mujer. Es cierto que vivía moralmente mal; pero también es cierto que era consciente de ello y poseía una cierta cultura religiosa. Quizá le vinieran a la mente las profecías sobre el Mesías, que también reconocían los samaritanos. Una tenue luz debió hacerse en su interior. Por eso, metida ya de lleno en la órbita espiritual de Jesús, pregunta: “Sé que el Mesías, el llamado Cristo, va a venir. Cuando Él venga nos anunciará todas las cosas”. Ya no hay en la samaritana la actitud hostil del comienzo, más bien habla con una insinuación, llena de respeto, propia de la persona que empieza a ver, y no se atreve a preguntar lo que en realidad está pensando. Le respondió Jesús: “Yo soy, el que contigo habla”⁷. Ahora, cuando la mujer está bien dispuesta, Jesús se revela con más claridad que al mismo Nicodemo o a los miembros del Sanedrín. Le dice: “Yo soy”, expresión que evoca a Yahvé cuando revela el nombre de Dios a Moisés. Jesús está desvelando a la samaritana su mesianidad y veladamente su divinidad. Cristo revela su intimidad y la pecadora se arrepiente y cree: se convierte. Dios habla y la mujer acepta con fe la palabra de Jesús.

⁶ Jn 4,22

⁷ Jn 4,26

Yo soy el Pan de vida

Tras la multiplicación de los panes, la multitud quiere hacer rey a Cristo, que se esconde. Lo encuentran en la sinagoga de Cafarnaúm. Allí Jesús comienza con un reproche sobre la rectitud de intención de los que le quieren escuchar: “En verdad, en verdad os digo que vosotros me buscáis no por haber visto los milagros, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado. Obrad no por el alimento que perece sino por el que perdura hasta la vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre, pues a éste lo confirmó Dios Padre con su sello”⁸. Los que le escuchan aceptan la suave reprensión con mansedumbre, por lo que preguntan cómo rectificar: “¿Qué haremos para realizar las obras de Dios?” Parece que las cosas van por buen camino, y hay entendimiento entre Jesús y los oyentes. Jesús les respondió: “Ésta es la obra de Dios, que creáis en quien Él ha enviado”. Una vez más es la fe lo que se les pide. Una fe que vaya más allá de la repetición de unos conocimientos teóricos, más o menos alejados de la vida. Una fe que sea, al mismo tiempo, amor y entrega; fe en el que sabe más y todo lo hace por amor.

Pero no todos le oyen con tan buenas disposiciones. Se puede ver que en la sinagoga están todos: los que le quieren y los que le rechazan. Y fariseos, saduceos y escribas insisten en exigir el signo del cielo, la prueba evidente del mesianismo que esperan, por lo que “le dijeron: ¿Pues qué milagro haces tú, para que lo veamos y te creamos? ¿Qué obras realizas tú? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del Cielo”. El maná caído del cielo al pedirlo Moisés en el desierto era considerado el mayor milagro en aquellos tiempos cruciales de la vida del Pueblo de Dios. Manifiesta el poder de Dios, que calmó el hambre del cuerpo y del alma. Jesús entra ya en el tema del signo del cielo y “les respondió: En verdad, en verdad os digo que no os dio Moisés el pan del Cielo, sino que mi Padre os da el verdadero pan del Cielo. Pues el pan de Dios es el que ha bajado del Cielo y da la vida al mundo”. El pan del cielo es la doctrina de Dios y él mismo; sólo con esto superarán todas las hambres del espíritu. Los demás, los de buenas disposiciones, dejan oír su voz y le dicen: “Señor, danos siempre de este pan”. Están dispuestos a rectificar sus motivaciones egoístas y materialistas y, después, a vivir una vida religiosa y espiritual, según Jesús enseña. Las cosas transcurren por buenos cauces.

⁸ Jn 6,22-59

Jesús lo ve y abre su alma diciéndoles: “**Yo soy el pan de vida**; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed”⁹. Él mismo es el pan de vida que puede saciar todas las hambres de felicidad, eternidad, verdad, amor, y es el agua viva, como ya dijo a la samaritana. Más no se puede pedir. Pero deben tener fe en él para poder acceder al alimento nuevo. Es posible deducir que algunos reaccionaron mal ante estas palabras, que tampoco estaban dispuestos a doblegarse. Ellos creen en Dios y han conseguido que Dios se pliegue a sus deseos humanos a base de interpretaciones eruditas, pero desamoradas. Son los dueños de Dios, lo usan a su capricho y no pueden entender un amor y una entrega tan totales. No pueden creer en Jesús, que es un hombre como ellos, y, además, no pertenece a ninguna de las escuelas del momento. Jesús lo ve, y vuelve a insistir en la falta de fe de algunos. “Pero os lo he dicho: me habéis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que viene a mí no lo echaré fuera, porque he bajado del Cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me ha enviado. Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que Él me ha dado, sino que lo resucite en el último día. Esta es, pues, la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”¹⁰. Y vuelve el gran tema de la paternidad de Dios, origen de la filiación de Jesús, superior a la de los demás hombres, filiación que permite alcanzar la vida eterna y la resurrección a los que crean.

Es lógico que, si había saduceos, reaccionasen mal ante la palabra resurrección. Pero otros también se molestan. Los fieles no saben qué decir y callan. “Los judíos, entonces, murmuraban de Él porque había dicho: Yo soy el pan que ha bajado del Cielo. Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, de quien conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo ahora dice: He bajado del Cielo? Respondió Jesús y les dijo: No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado, y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los Profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Todo el que ha escuchado al que viene del Padre, y ha aprendido, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, sino que aquel que procede de Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad os

⁹ Jn 6,48

¹⁰ Jn 6,54

digo que el que cree tiene vida eterna”. El discurso, o mejor la conversación a varias bandas, se va centrando en lo central: quién es Jesús.

“**Yo soy el pan de vida**”. Dice Jesús con fuerza y solemnidad.

“Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que baja del Cielo, para que si alguien come de él no muera. Yo soy el pan vivo que he bajado del Cielo. Si alguno come de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”¹¹. Palabras sorprendentes, pues el alimento de vida es la misma vida. ¿Qué quieren decir exactamente pan de vida y pan vivo? “Discutían, pues, los judíos entre ellos diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” ¿Se trata de algo espiritual o de algo material, que parece imposible e inaceptable? Jesús aclara en el sentido real la afirmación, e insiste en que deben comerlo, masticarlo, beberlo: “En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquél que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del Cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente”¹².

Ahora las cosas están más claras. Se trata de una entrega de él mismo como alimento. Evidentemente no puede tratarse de una acción caníbal, pero sí de algo real. Ya les había demostrado su poder sobre el pan y sobre su cuerpo. Ahora les anuncia que también a través del pan se va a producir un milagro mayor que el del maná en el desierto. Se trata de una verdadera comunión con Dios a través de la humanidad de Jesús. El que tenga fe podrá, de un modo que expondrá más tarde, entrar en comunión de alma y de cuerpo con Dios. Y las hambres del alma estarán saciadas. La gran aspiración de la comunión con Dios llega más lejos que la del puro espíritu y alcanza el mismo cuerpo. Jesús se convierte en el pan que dará vida

¹¹ Jn 6,4-51

¹² Jn 6,51

eterna y resurrección. “Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Cafarnaúm”.

Cuatro veces dice de sí mismo **Yo soy** en este discurso añadiendo a continuación la Vida y la Eternidad unidas al nuevo Pan. La revelación de su mesianidad se une de un modo ya bastante claro a su divinidad, no solo de su unión mística con Dios

Yo soy la luz del mundo

La fiesta de los Tabernáculos se celebraba recordando también la nube y el fuego que guiaban a los israelitas en el desierto. En el atrio de las mujeres se encendían unos grandes candelabros de varios metros que iluminaban toda Jerusalén. Los sacerdotes y mucha gente del pueblo hacían procesiones de antorchas alrededor en un espectáculo de gran atracción. En ese contexto “dijo Jesús: **Yo soy la luz del mundo**; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”¹³. Luz plena sólo es Dios. Fuera de Dios, y en el pecado, existe la tiniebla. Proclamarse luz del mundo es una afirmación velada de su divinidad. Sus palabras no pueden ser tomadas como un testimonio más, sino como emanaciones de la luz que llega a todos los hombres. Los hechos anteriores muestran esta distancia – insalvable – entre la luz y las tinieblas.

Entonces surge una gran polémica y “le dijeron entonces los fariseos: Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es válido”. Así decía la Ley en los juicios. Pero aquello no era un juicio, sino una manifestación de la verdad. “Jesús les respondió: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es válido porque sé de dónde vengo y adónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo y adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne, yo no juzgo a nadie; y si yo juzgo, mi juicio es verdadero porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. En vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos personas es válido. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre, que me ha enviado, también da testimonio de mí”. Es un momento clave de su verdad: el Padre da testimonio de él, pero ¿dónde se da este testimonio? En la conciencia y en las Escrituras. Y “entonces le decían: ¿Dónde está tu

¹³ Jn,8,12

Padre? Jesús respondió: Ni me conocéis a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí conoceríais también a mi Padre”¹⁴.

Jesús estaba hablando de su divinidad. Aceptarlo era entrar en una nueva dimensión: El Dios con nosotros era Aquel que estaba delante de ellos. La humanidad acababa de entrar en una nueva era divinizada. Si no se aceptaba, se seguía en las tinieblas, acusando a Jesús de blasfemo. “Estas palabras las dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el Templo; y nadie le prendió porque aún no había llegado su hora”¹⁵.

Antes que Abraham

Los judíos no creen la palabra de Jesús y el testimonio interior del Padre porque su corazón está en las tinieblas del pecado. Por eso

“Jesús les dijo de nuevo: Yo me voy y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado; a donde yo voy vosotros no podéis venir. Los judíos decían: ¿Es que se va a matar y por eso dice: A donde yo voy vosotros no podéis venir?” Siempre entendiendo las cosas de arriba con una visión plana, chata, horizontal. “Y les decía: Vosotros sois de abajo; yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo. Os he dicho que moriréis en vuestros pecados, porque **si no creéis que yo soy, moriréis** en vuestros pecados”¹⁶. De nuevo la fe en su divinidad, aunque su yo profundo es también el yo de su humanidad: Jesús no es de este mundo. Ha usado el nombre con el que Dios se reveló a Moisés para mostrar su identidad. “Yo soy el que soy” y, de nuevo, recuerda que la fe en su divinidad –cada vez más clara– no es de este mundo: es un don de Dios.

Los judíos se quedan perplejos ante esta escalada de revelaciones y dudan. “Entonces le decían: ¿Tú quién eres?” Eres un hombre como nosotros: ¿cómo es posible que te proclames Dios? “Jesús les respondió: Tengo muchas cosas que hablar y juzgar de vosotros, pero el que ha enviado es veraz, y yo, lo que le he oído, eso hablo al mundo. Ellos

¹⁴ Jn 8,19

¹⁵ Jn 8,20

¹⁶ Jn 8,23

no entendieron que les hablaba del Padre”. De nuevo la dificultad para entender y creer. “Díjoles, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que como el Padre me enseñó así hablo. Y el que me ha enviado está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada”¹⁷. Entonces Jesús pone la imagen de la serpiente elevada en el desierto por Moisés a indicación de Dios para curarles de las picaduras de las serpientes, a manera de un anuncio de su muerte salvadora en la Cruz, con una obediencia que agrada al Padre por ser la reparación de la desobediencia de Adán y de los hombres pecadores. “Al decir estas cosas, muchos creyeron en él”.

“Decía Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”¹⁸. La libertad de los hijos de Dios, que nace de la verdad conquistada por la fe, es la libertad del amor verdadero, la vida de Dios en el alma, es una vida nueva por un don de Dios que podemos llamar gracia divina. “Le respondieron: Somos linaje de Abrahán y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Os haré libres? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado, esclavo es del pecado. El esclavo no queda en casa para siempre; mientras que el hijo queda para siempre; pues, si el Hijo os librase, seréis verdaderamente libres. Yo sé que sois linaje de Abrahán y, sin embargo, buscáis darme muerte porque mi palabra no tiene cabida en vosotros”.

“Yo hablo lo que vi en mi Padre, y vosotros hacéis lo que oísteis a vuestro padre. Le respondieron: Nuestro padre es Abrahán. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abrahán haríais las obras de Abrahán. Pero ahora queréis matarme, a mí que os he dicho la verdad que oí de Dios; Abrahán no hizo esto. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Le respondieron: Nosotros no hemos nacido de fornicación, tenemos un solo padre que es Dios. Jesús les dijo: Si Dios fuese vuestro padre, me amaríais; pues yo he salido de Dios y he venido. Yo no he salido de mí mismo sino que Él me ha

¹⁷ Jn 8,29

¹⁸ Jn 8,31-32

enviado. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis cumplir las apetencias de vuestro padre; él era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla la mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y padre de la mentira. Sin embargo, a mí, que digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios”¹⁹.

Al oír estas verdades, los judíos se llenaron de furor, y le respondieron con un insulto: “¿No decimos bien que tú eres samaritano y estás endemoniado? Jesús respondió: Yo no estoy endemoniado, sino que honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis a mí”. El enfrentamiento ya es abierto. Jesús aduce su sinceridad: “Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga. En verdad, en verdad os digo: si alguno guarda mi palabra jamás verá la muerte”. Afirmación fuerte es la victoria sobre la muerte. Nadie ha vencido a la muerte, que es fruto del pecado. Cristo va a traer esta victoria. No le creyeron Y le dijeron: “Ahora conocemos que estás endemoniado. Abrahán murió y también los profetas, y tú dices: Si alguno guarda mi palabra, jamás gustará la muerte. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron. ¿Por quién te tienes tú? Jesús respondió: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada vale. Mi Padre es el que me glorifica, el que decís que es vuestro Dios, y no lo conocéis; yo, sin embargo, lo conozco. Y si dijera que no lo conozco sería mentiroso como vosotros, pero lo conozco y guardo su palabra. Abrahán vuestro padre se regocijó por ver mi día; lo vio y se alegró. Los judíos le dijeron: ¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: **antes que Abrahán naciese, Yo soy**”²⁰.

Es el momento de una explicación de la filiación divina de Jesús. Jesús es preexistente a Abraham y tiene alrededor de treinta años. Esta revelación no puede querer decir más que es Dios mismo. Es Hijo eternamente engendrado por el Padre. Este Hijo eterno se ha hecho hombre

¹⁹ Jn 8,42-47

²⁰ Jn 8,48-58

para traer vida divina a los hombres. Abraham recibió la revelación de esta enorme gracia de Dios y exultó. Ahora deberían tener una fe como la de Abraham para creer en esta enormidad: que este hombre que tienen delante de los ojos sea, además de hombre, Dios verdadero, Hijo consustancial con el Padre Dios. “Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se escondió y salió del Templo”²¹. Es un final violento. Ha estallado la violencia, han pasado de la polémica al insulto, y del insulto al intento de lapidación. Ya no se trata sólo de falta de fe, sino de auténtico odio. Pero Jesús no puede callar, tiene que comunicar a todos su identidad y el motivo de su misión salvadora.

Yo soy el Buen Pastor

Si los guías son ciegos, es fácil que muchos guiados caminen en las tinieblas y se extravíen por senderos desorientados. Lo que acaba de suceder este sábado ha podido abrir los ojos de muchos que ahora saben quiénes son los guías de Israel en aquellos momentos. Y la reacción de Jesús será la exposición de la hermosísima alegoría del Buen Pastor. Israel es un pueblo nacido de pastores; esto fueron los patriarcas, y, tras la liberación de Egipto, fueron un pueblo pastoril seminómada. Al establecerse en la tierra prometida esta labor no cesa, y son numerosos los rebaños, especialmente de ovejas, en todos los lugares, alternando con el cultivo de la tierra. Por eso el recurso al buen y mal pastor es frecuente en los profetas y en los salmos. Dios enviará pastores, Él mismo es el Pastor de Israel. “El Señor es mi pastor, nada me falta, en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas”. De ahí la fácil inteligencia con que Jesús se reconoce a sí mismo como el Buen Pastor y puerta del redil.

“En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta del redil de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es un ladrón y un salteador. Pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el portero y las ovejas atienden a su voz, llama a sus propias ovejas por su nombre y las saca fuera. Cuando ha sacado fuera todas sus ovejas, camina delante de ellas y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Pero a un extraño no le seguirán, sino que huirán de él porque no conocen la voz de

²¹ Jn 8,49

los extraños. Jesús les propuso esta comparación, pero ellos no entendieron qué era lo que les decía”²².

“Entonces dijo de nuevo Jesús: En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos cuantos han venido antes que yo son ladrones y salteadores, pero las ovejas no les escucharon. Yo soy la puerta; si alguno entra a través de mí, se salvará; y entrará y saldrá y encontrará pastos. El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Yo vine para que tengan vida y la tengan en abundancia”²³. Ponerse como puerta es un símbolo de lo que valen sus enseñanzas y ejemplos. El que las sigue encuentra vida abundante, pero existen puertas falsas, existen ladrones, como ya había enseñado en otra de sus imágenes plásticas, la de la puerta angosta.

La alegoría llega a su punto culminante cuando dice de modo solemne y sencillo: “**Yo soy el buen pastor**. El buen pastor da su vida por sus ovejas”. Sólo Dios es el pastor supremo del pueblo. El cuidado de sus fieles no se reduce a guiar, hablar y enseñar, sino que llega a dar la propia vida. El pastor ama a las ovejas con amor total. En cambio “ el asalariado, el que no es pastor dueño de las ovejas, ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye –y el lobo las arrebató y las dispersó–, porque es asalariado y no le importan las ovejas”. Sólo él y quienes tratan de identificarse con él, viviendo como él vive son el Buen Pastor. Quienes le rechazan conociéndole, libremente, no son más que mercenarios a sueldo de sus propios intereses inconfesables. Y repite de nuevo el Señor: “Yo soy el buen pastor, conozco las mías y las mías me conocen”. El conocimiento mutuo es la característica del buen pastor y de las ovejas: se da una sintonía porque el amor de Dios lleva a reconocer a Dios en su enviado. De ahí que la fe es fruto del bien vivir. El conocimiento lleva a un amor de entrega total. “Como el Padre me conoce a mí, así yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas”²⁴. El Padre engendra por amor, con conocimiento

²² Jn 10,1-4

²³ Jn 10,7

²⁴ Jn 10,11-15

perfecto, al Hijo, por eso el Hijo ama como el Padre; ese amor lleva al Hijo a dar su vida por los hombres. Esta entrega se extiende de mil modos a todos los hombres. El cauce primero será Israel; después el nuevo Pueblo de Dios que será la Iglesia; pero llega a todos los hombres por las vías de la misericordia “Tengo otras ovejas que no son de este redil, a éstas también es necesario que las traiga, y oirán mi voz y formarán un solo rebaño, con un solo pastor”. Esta es la gran meta de la humanidad: estar unidos entre sí y con Dios formando un sólo pueblo. Al final de los tiempos todos los pueblos superarán las desuniones, que son fruto del pecado, y la Iglesia los unirá a Cristo y entre ellos. Así escuchando la voz de Jesús se reúne lo disperso, se une en la caridad y en la verdad, consumados en la unidad. Y Cristo como buen y único pastor conduce a los hombres, tantas veces perdidos en las veredas de la vida, a los verdes pastos donde encuentran alimento, vida, paz.

La conclusión sale ya de los límites de la alegoría y pasa al anuncio profético, aunque velado, de lo que va a venir y ya está viniendo: la entrega de la vida para salvar a los hombres. “Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo”²⁵. El que sabe y escuchó sus predicciones anteriores entiende que habla de su muerte y de su resurrección en acto de obediencia al mandato amoroso del Padre. Ante el desarrollo de los acontecimientos que van a venir conviene tener en cuenta la libertad soberana con que Cristo anuncia su muerte, ya próxima. Muerte hacia la que, como Dios, pero también como hombre, camina libremente. Mi vida, dice, “nadie me la quita, sino que yo la doy libremente. Tengo poder para darla y tengo poder para tomarla de nuevo. Éste es el mandato que he recibido de mi Padre”. Ésta es la libertad total, la del amor sin límites, la del amor que llega a la donación no sólo de los sentimientos y de los afectos, sino de la misma vida.

Como solía ocurrir, ante sus declaraciones, hay división de pareceres entre los que le escuchan, pero difícilmente cabe seguir

²⁵ Jn 10,17

indiferente. “Se produjo de nuevo una disensión entre los judíos a causa de estas palabras. Muchos de ellos decían: Está endemoniado y loco, ¿por qué le escucháis? Otros decían: Estas palabras no son de quien está endemoniado. ¿Acaso puede un demonio abrir los ojos de los ciegos?”²⁶. Así finaliza esta fiesta tan densa en acontecimientos.

Y de nuevo ¿quién es Jesús?

Jesús camina por el Templo hablando con unos y otros. Hasta que se dirige al grupo de fariseos reunidos y propone una cuestión importante. Ya no se limita a responder a lo que se le dice, sino que es él quien empieza. “Estando reunidos los fariseos, Jesús les preguntó: ¿Qué pensáis del Mesías? ¿De quién es hijo? Le respondieron: De David. Les volvió a preguntar: ¿Cómo, entonces, David, movido por el Espíritu, le llama Señor al decir: 'Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies?'. Pues si David le llama Señor, ¿cómo va a ser hijo suyo?”²⁷.

El salmo plantea la filiación del Mesías, y es incuestionable que se trata de una filiación distinta de la filiación a David. Además, si David le llama Señor es por reconocerle superior a él. Luego la filiación del Mesías debe ser una filiación divina que supera a la de los hombres. Jesús ha dicho que él es el Hijo igual al Padre, que la suya es una filiación perfecta. El misterio es grande, pero lleno de luz. Jesús es el Señor porque es Dios, y es Señor porque es el rey enviado como Mesías para salvar a los hombres. “Y nadie podía responderle una palabra; y desde aquel día ninguno se atrevió a hacerle más preguntas”.

El anuncio de la traición

Jesús ha hecho saber a Judas que conoce su traición. Judas se estremece. Pero confía en la bondad de Jesús. Y se sobrepone al miedo con una cara de circunstancias que oculta el estado de angustia y tensión que lleva dentro. Juan dice el motivo de las palabras de Jesús: “Sabía quién le

²⁶ Jn 10,19-21

²⁷ Mt 22,41-46; Mc 12,35-37; Lc 20,41-44

iba a entregar, por eso dijo: No todos estáis limpios”²⁸. La tensión era patente. Y Jesús insiste al decir: “El que come mi pan levantó contra mí su calcañar. Os lo digo desde ahora antes de que suceda, para que cuando ocurra creáis que **Yo soy**”²⁹. “Cuando dijo esto, Jesús se conmovió en su espíritu y declaró: En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará”³⁰. Entonces, los discípulos –cada vez menos seguros de sí mismos–, ante la seguridad con que Jesús asegura que uno de ellos será traidor, dicen: “¿Acaso soy yo?”³¹. La escena debió ser conmovedora por parte de los Once y patética por parte de Judas. Las miradas de Jesús hablan más que sus palabras. Por un momento todos se olvidan de juzgar a los demás y contemplan su pequeñez, capaz de cualquier miseria si Dios les abandona. La duda, unida a la rabia, les lleva a preguntarse: ¿Quién es?

Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida

Al final de la última Cena les habla del Padre. “En la casa de mi Padre hay muchas moradas, si no, os lo hubiera dicho, porque voy a prepararos un lugar; y cuando haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros; a donde yo voy, sabéis el camino”³².

Tomás interviene: “Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?”. No quiere separarse del Maestro que ha transformado su vida de un manera tan radical. Le ama de veras, aunque no le comprenda en toda su plenitud. O quizá piensa, como Pedro, que basta con conocer para querer, que –como en lo humano– querer es poder. Por eso le respondió Jesús: “**Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida**; nadie va al Padre sino por mí. Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora le conocéis y le habéis visto”³³. En la misma Cena, algo antes, había dicho el Señor a todos: “A donde yo voy, vosotros no podéis venir”; e

²⁸ Jn 13,21

²⁹ Mc 14,22

³⁰ Jn 13,21

³¹ Mc 14,19; Mt 26,22

³² Jn 14,1

³³ Jn 14,6

insiste a Pedro: “A donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás más tarde”.

Yo soy la vid

Cambian de lugar, recogen las cosas, pero Jesús continúa la enseñanza en la bellísima alegoría de la vid y los sarmientos. “**Yo soy la vid verdadera** y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto lo poda para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, éste da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí es echado fuera como los sarmientos y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y se os concederá. En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto y seáis discípulos míos”³⁴.

Vida divina que llega a través de Jesús. Poda, cuidados, unión, y llegan los frutos abundantes. La gloria del Padre es hacer llegar esa vida a los hombres y elevarlos a su vivir divino con una unión que se realiza por la fe en Jesús y la acción de la gracia santificante. Todos los esfuerzos para alcanzar la perfección sin él están destinados al fracaso. El que se separa caerá en el fuego. Sin Cristo no se puede nada, y todo es nada, fracaso y decepción. Pero con él se puede llegar a la cumbre de lo humano, traspasar ese límite y vivir en la luz y el amor, y para siempre. Más no se puede pedir.

El prendimiento

Judas trata de aparentar una cierta naturalidad y con un temor contenido, saluda: “Salve, Maestro”. Es probable también que dijese el saludo tradicional y cotidiano: “*Shalom*”, paz. “Y le besó”. Parece que le prendieron enseguida³⁵, aunque antes se da la defensa violenta de los discípulos prontamente detenida por el Señor. También se produce un extraño diálogo en el que Jesús pregunta a quién buscan, y al responderles

³⁴ Jn 15,1-11

³⁵ Mc 14,43-52; Mt 26,47-56; Lc 22,47-53

“**Yo soy**” –expresión que recuerda el “Yo soy” del nombre Yahvé Dios–, caen todos al suelo . Jesús tiene una respuesta para Judas que estremece, y le dice: “Amigo, ¡a lo que has venido!... ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?”.

Ante el Sumo Sacerdote

Entonces, “levantándose, el Sumo Sacerdote le dijo: ¿Nada respondes? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti? Pero Jesús permanecía en silencio”. Nada van a avanzar por el camino de los falsos testimonios deformando sus palabras. Entonces el Sumo Sacerdote se levanta y de un modo solemne centra el juicio en la cuestión religiosa, que es la que les ha llevado allí, y la que no querían afrontar cara a cara, y le dice: “Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios”³⁶, el “Hijo del bendito”³⁷. Se hace el silencio en la sala. Se trata de un juramento ante Dios, y de una interrogación por parte de la máxima autoridad religiosa de Israel. Puede ser indigno, pero es el representante de Dios en el pueblo. Jesús eleva su mirada, se yergue *Y* responde: “**Yo soy**”³⁸, “Tú lo has dicho. Además os digo que en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo”³⁹. Las palabras de Jesús han caído como un rayo. Todos se agitan, se miran, hablan, murmuran. Ha tomado el nombre de Dios para sí mismo. Se declara el Cristo usando las palabras del Profeta Daniel que lo presenta viniendo de lo alto para juzgar con todo poder. ¡Cómo contrasta esta declaración clarísima con el hecho de ver a Jesús atado, humillado y con el rostro amoratado del puñetazo recibido en casa de Anás! Es difícil aceptar esa humildad de Dios y de Cristo, pero son los hechos.

“Entonces el Sumo Sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ya lo veis, acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Ellos respondieron: Reo es de muerte”⁴⁰.

³⁶ Mt 26,57-66

³⁷ Mc 14,61

³⁸ Mc 14,62

³⁹ Mt 26,64

⁴⁰ Mt 26,66; Mc 14,64

Ni el Sumo Sacerdote, ni ninguno de los presentes creen en Jesús como Hijo ni como Mesías. El odio ha podido más que el amor en ellos, la tiniebla ha ocultado la luz. Al condenar a Jesús como blasfemo se acusan a sí mismo como infieles a Dios.

Yo soy rey

Una vez aclarado que su reino no es temporal y político, Jesús responde algo de una gran importancia: “Mi Reino no es de este mundo; si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí”⁴¹. Si no es de este mundo, ni es de aquí, ¿de dónde es? No puede ser más que espiritual, y dejando los reinos de los hombres a su libre disposición, lo único que pretende es reinar en los corazones y las intenciones. Se trata de un Reino religioso. No entra por tanto en el ámbito del juicio de Pilato. Esto coincide con la información que tenía el gobernador respecto a Jesús. Sin embargo, puede más su curiosidad, y Pilato le dice: “¿Luego, tú eres Rey?” ¿En qué consiste tu realeza? Jesús contestó: “Tú lo dices: **yo soy Rey**. Para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad escucha mi voz”⁴². Se percibe como un acento amoroso de Jesús hacia Pilato, como diciéndole que si ama la verdad podrá acceder a ella, pues ésa es la meta de la venida al mundo de quien es el camino, la verdad y la vida. La reacción de Pilato revela lo que lleva dentro: es un escéptico, y le dice: “¿Qué es la verdad?”⁴³. La única verdad que entendía era la del poder, la del triunfo social, la del dinero y la fama y los honores. ¿La verdad? Era una cuestión que interesaba a unos pocos iluminados, casi siempre marginales en la sociedad. La única verdad era la suya, que era poderoso.

Resumiendo. Jesús tiene la siguiente conciencia de sí mismo

Su **Yo soy** equiparable al **Yo soy el que soy** revelado a Moisés

Mesías.

⁴¹ Jn 18,33-38; Mt 27,11; Mc 15,2 Lc 23,3

⁴² Jn 18,37

⁴³ Jn 18,38

Pan de vida.

La luz del mundo.

Eterno

Buen Pastor.

Camino.

Verdad.

Vida.

Vid.

Hijo del Bendito

Rey

Con variedad de matices revela quién es y que se considera con atributos de Dios además de ser el mesías. Su humanidad se manifiesta con unas funciones muy concretas en la historia y en el mundo

El Padre y Yo somos Uno

“Paseaba Jesús por el Templo, en el pórtico de Salomón. Entonces le rodearon los judíos y le decían: ¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente”⁴⁴. La pregunta de los judíos, especialmente fariseos y escribas, no es fruto de un deseo de conocer la verdad para creer y seguir a Jesús, sino que nace de la mala intención de hacerle caer en una trampa. Si afirma claramente que es el Mesías rey es fácil comprometerle con las autoridades romanas. Si no lo confiesa, ya nada hay que creer en él; el Reino prometido será algo que se desvanece. Y Jesús, por enésima vez, no sólo no rehúye la contestación, sino que a la revelación de ser, en efecto el Cristo, añade la de ser el Hijo de Dios. “Les respondió: Os lo he dicho y no lo creéis; las obras que hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí”⁴⁵.

Es una contestación similar a la que dio a los discípulos de Juan Bautista. Los milagros son signos del querer de Dios y las palabras

⁴⁴ Jn 10,22

⁴⁵ Jn 10,25

iluminan los hechos. “Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas”. No tienen el corazón limpio propio de que busca Dios con todo el corazón y le ama sobre todas las cosas; es por eso por lo que no ven. No ven porque no quieren ver. “Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y me siguen”. No basta oír, es necesario escuchar; descubrir, reconocer en el fondo del alma la verdad y estar dispuesto a vivir como el Dios verdadero pide. **“Yo les doy vida eterna; no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos; y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre”**⁴⁶. Jesús habla del Padre y de su providencia con la que cuida de los hombres. A partir de aquí va a venir la revelación principal al mostrar su relación con el Padre: **“Yo y el Padre somos uno”**⁴⁷.

Vale la pena detenerse en esta revelación importantísima sobre su unidad con el Padre. Lo primero revelado es que la paternidad de Dios es infinita, divina, total, hasta el punto de que engendra y da toda su vida al Hijo, y es eterna. La paternidad humana es más limitada, porque ser padre –según la carne– significa transmitir la vida física, biológica, al hijo que va a nacer; pero ningún padre, en la tierra, puede ni podrá nunca identificarse con su hijo; ningún padre podrá vivir la vida de su hijo. El Hijo, en cambio, recibe toda la vida del Padre, hasta el punto de que es igual al Padre. Son dos personas diversas, pero sólo en la relación que les une: el Padre es el Amante que engendra, y el Hijo es el Amado que es engendrado como una luz de la divina inteligencia. La unión entre ambos es tan grande y tan total que es una auténtica comunión, y el Padre y el Hijo son uno, son un único Dios en una unión de amor riquísima y plena. Jesús revela la intimidad del Dios único. De momento sólo les habla de dos personas en Dios. Poco más tarde les revelará la persona del Espíritu Santo como Amor que une al Padre y al Hijo, como un tercero en el amor, espirado, no engendrado por el amor del Padre y el Hijo en su comunión eterna. La Humanidad de Jesús se revela introducida en la unión entre el padre y el Hijo sin confundirse con los dos, y recibiendo la vida del Hijo. Ningún hombre ha alcanzado, ni

⁴⁶ Jn 10,27-28

⁴⁷ Jn 10,30

pueda alcanzar unión tan alta con Dios. Es la cumbre del progreso humano por don, no como un logro humano.

De un modo breve, y conciso, la revelación de quién es Jesús está hecha: es el Hijo de Dios, es decir, es Dios mismo, igual al Padre y engendrado por Él. También es el enviado como Cristo. La Humanidad de Jesús está unida al Verbo y es ungida por el Espíritu Santo para la gran misión de redimir a los hombres. Todas las expectativas de los hombres quedan superadas en Jesús. Dios Padre quiere salvar a los hombres enviando a su Hijo para que se haga hombre y se convierta en cabeza de la nueva humanidad salvada del pecado. Se ha alcanzado el máximo progreso en la estirpe humana. Ahora avanzar es unirse a la perfección de Jesús creyendo en él y viviendo su vida que llegará a los hombres por los cauces que quiera establecer irradiando su plenitud y atrayendo a todos hacia Él.

Las palabras de Jesús son tan claras, que los que preguntan las entienden, pero sin fe y con mala voluntad. Por eso, “los judíos cogieron de nuevo piedras para lapidarle”. El tumulto es grande, todos se agitan; Jesús insiste en la verdad de sus palabras con valentía, y “les replicó: Os he mostrado muchas obras buenas de parte del Padre, ¿por cuál de estas obras queréis lapidarme? Le respondieron los judíos: No queremos lapidarte por obra buena alguna sino por blasfemia; y porque tú, siendo hombre, te haces Dios. Jesús les contestó: ¿No está escrito en vuestra Ley: Yo dije: sois dioses? Si llamó dioses a aquellos a quienes se dirigió la palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar, ¿a quién el Padre santificó y envió al mundo, decís vosotros que blasfema porque dije que soy Hijo de Dios?” Al no entender la santidad de la vida de Dios en el hombre, menos pueden entender la santidad de Jesús como Hijo de Dios unigénito. Por otra parte, prosigue Jesús, “si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, creed en las obras, aunque no me creáis a mí, para que conozcáis y sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre”⁴⁸. Sus obras son santas porque las hace el Padre a través de Jesús. Si sigue haciéndolas es porque es verdad lo que dice. Creer es entrar en un océano de verdad inaudito entre los hombres. Dios está entre nosotros, no sólo hay beneficios divinos, sino que se da Dios mismo al hombre a través de Jesús, Hombre y Dios al mismo tiempo, en el cual está el Padre y él está en el Padre.

⁴⁸ Jn 10,31-39

Jesús y el Apocalipsis

El Apocalipsis es un canto de esperanza y de superación de las dificultades. Se puede resumir en los siguientes versículos. Cristo vence. Parte de la profecía de Daniel

Y vi que venía sobre las nubes del cielo como un Hijo de hombre; él avanzó hacia el Anciano y lo hicieron acercar hasta él. Y le fue dado el dominio, la gloria y el reino, y lo sirvieron todos los pueblos, naciones y lenguas. Su dominio es un dominio eterno que no pasará, y su reino no será destruido⁴⁹.

Y concluye el Apocalipsis:

Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe más. Vi la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios, embellecida como una novia preparada para recibir a su esposo. Y el que estaba sentado en el trono dijo: "Yo hago nuevas todas las cosas"⁵⁰

La descripción de Cristo es la siguiente:

Jesucristo es el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados y ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes para su Dios y Padre, a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén⁵¹.

"No temas, soy yo, el Primero y el Ultimo, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades. Escribe, pues, lo que has visto: lo que ya es y lo que va a suceder más tarde⁵².

⁴⁹ Dn. 7. 13-14

⁵⁰ Apoc 21

⁵¹ Apoc 1,5-6

⁵² Apoc 1,17-18

Esto dice el Primero y el Último, el que estuvo muerto y revivió⁵³.

Esto dice el Hijo de Dios, cuyos ojos son como llama de fuego y cuyos pies parecen de metal precioso⁵⁴.

Esto dice el que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas⁵⁵.

Así habla el Amén, el Testigo fiel y veraz, el Principio de la creación de Dios⁵⁶.

Y yo lloraba mucho porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los Ancianos me dice: "No llores; mira, ha triunfado el León de la tribu de Judá, el Retoño de David; él podrá abrir el libro y sus siete sellos. Entonces vi, de pie, en medio del trono y de los cuatro Vivientes y de los Ancianos, un Cordero, como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios, enviados a toda la tierra. Y se acercó y tomó el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono. Cuando lo tomó, los cuatro Vivientes y los veinticuatro Ancianos se postraron delante del Cordero. Tenía cada uno una cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. Y cantan un cántico nuevo diciendo: "Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de Sacerdotes, y reinan sobre la tierra. Y en la visión oí la voz de una multitud de Ángeles alrededor del trono, de los Vivientes y de los Ancianos. Su número era miríadas de miríadas y millares de millares, y decían con fuerte voz: "Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza." Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, oí que respondían: "Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y

⁵³ Apoc 2,8

⁵⁴ Apoc 2,18

⁵⁵ Apoc 3,1

⁵⁶ Apoc 3,14

potencia por los siglos de los siglos." Y los cuatro Vivientes decían: "Amén"; y los Ancianos se postraron para adorar⁵⁷.

Miré y había un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; se le dio una corona, y salió como vencedor, y para seguir venciendo⁵⁸.

El Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos.⁵⁹

Tocó el séptimo Ángel... Entonces sonaron en el cielo fuertes voces que decían: "Ha llegado el reinado sobre el mundo de nuestro Señor y de su Cristo; y reinará por los siglos de los siglos." Y los veinticuatro Ancianos que estaban sentados en sus tronos delante de Dios, se postraron rostro en tierra y adoraron a Dios diciendo: "Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, "Aquel que es y que era" porque has asumido tu inmenso poder para establecer tu reinado⁶⁰

Seguí mirando, y había un Cordero, que estaba en pie sobre el monte Sión, y con él 144.000, que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre⁶¹.

Cristo es presentado como Mesías Salvador y en concreto como Cordero cambiando la figura del Chivo expiatorio poco agradable por la del manso Cordero, más en línea con Jesús y con la liberación de los egipcios

Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin. Dichosos los que laven sus vestiduras, así podrán disponer del árbol de la Vida y entrarán por las puertas en la Ciudad. ¡Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los idólatras, y todo el que ame y practique la mentira!» Yo, Jesús, he enviado a mi Ángel para daros testimonio de lo referente a las Iglesias. Yo soy el Retoño y el descendiente

⁵⁷ Apoc 5,4-14

⁵⁸ Apoc 6,2

⁵⁹ Apoc 7,17

⁶⁰ Apoc 11,15-17

⁶¹ Apoc 14,1

de David, el Lucero radiante del alba.» El Espíritu y la Novia dicen: «¡Ven!» Y el que oiga, diga: « ¡Ven!» Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida⁶².

Cumbre del progreso humano

La conciencia humana de Jesús alcanza un punto en que su Yo es el divino y recibe en su alma humana la fuerza y la energía en una combinación de máxima humildad y máximo amor. Gracias a esa armonía de humildad y amor se advierte en su alma y en su cuerpo una armonía perfecta, sin ninguna sombra de error ni de pecado. En la Pasión se revela que en la mayor dificultad, acepta la humillación, y el dolor no doblega su amor a todos, incluidos los enemigos a los que perdona. A los tres días Dios le da a su Humanidad un nuevo don de la vida inmortal y nueva para no morir, ni sufrir y permitir participar de ella a todos los que la quieran de verdad. Cristo es la cumbre del progreso espiritual humano.

Su inteligencia se enriquece con la Luz divina, todos le llamaban Maestro y se admiran de sus respuestas, pero crece. Tiene el don profético su mirada alcanza los siglos venideros. Podemos decir que posee el conocimiento de todos los posibles que hacen referencia a su misión de Rey y Juez, aunque no conoce como hombre todos los posibles porque eso equivaldría a contener toda la esencia divina en una mente humana. Tras la Resurrección su acción iluminante llega a todos los tiempos y situaciones.

En cuanto a su afectividad se advierten todos los sentimientos básicos: amor a todos; odio al pecado, no al pecador; compasión con los que sufren, ira ante los abusos que hacen referencia al Templo del Padre o contra el pecado contra el Espíritu Santo cuando se le iguala a los demonios; miedo, terror y angustia en la pasión, la tristeza también, especialmente en la Noche del Jueves Santo. La alegría es constante en su vida pública; la esperanza en la victoria definitiva es total, aunque la Cruz parezca un fracaso. La sonrisa de la Resurrección se hace eterna santificándose lo humano.

⁶² Apoc 22,13,17

La voluntad fue inquebrantable durante toda su vida ante todos los obstáculos. Su libertad no está mediatizada por nada humano y cumple siempre la Voluntad del Padre. Ahora cuida de la Iglesia ante el poder del infierno, y llega todos los hombres de buena voluntad.

El corazón manifiesta de un modo máximo su ser y su sensibilidad y es donde se une la intimidad con Dios y todas las potencias humanas. El ensanchamiento de su afecto es máximo como se advierte en los cuarenta días después de la Resurrección hasta la Ascensión, y en la vida de la Iglesia a lo largo de la historia.

En la Resurrección el Padre le otorga una vida nueva. Su resurrección no consiste solamente en la reunión del alma al cuerpo separadas por la muerte, sino que vive una vida para no morir, una vida con unas características nuevas: la impasibilidad y la claridad del cuerpo, una relación diversa con el espacio y el tiempo, y, sobre todo, una glorificación que se advierte en el gozo y la alegría que se advierten en todas sus apariciones a los discípulos. Jesús como Hombre vive una vida humana divinizada. Esa vida es la que transmitirá a largo de los siglos a los hombres, pues es la Cabeza del Cuerpo místico formado por hombres libres y Cristo con el Espíritu Santo y el Padre. Este es el Progreso al que pueden aspirar los hombres.

La lucha de Jesús contra Satán

Otro aspecto de Jesús es su lucha personal para liberar a los hombres de la esclavitud con Satán. Resulta sorprendente que en la vida de Jesús intervengan tan poco los ángeles. Los Evangelios cuentan su importante papel en la anunciación de los Nacimientos de Juan Bautista y Jesús a Zacarías y a María. Asimismo en la resurrección intervienen como testigos para las mujeres que acudieron al sepulcro la mañana del primer día de la semana y a la Magdalena algo más tarde. Dos veces se hacen presentes en la vida pública de Jesús: al final de la tentación del Diablo en el desierto y al final de la agonía en el Huerto de los Olivos, es decir presencias junto a Cristo muy privadas. Este silencio, o no presencia, parece indicar que la

batalla es algo reservado a Cristo que no pide al Padre la ayuda angélica, pues debe asumir una lucha humana con Satán. Es necesario recorrer la vida de Jesús y observar cómo se verifica esa lucha más allá de la fundación de la Iglesia.

Jesús tentado en el desierto

Jesús es llevado al desierto para un gran combate; va a asumir su vocación de Mesías con toda su plenitud humana. Muchos hombres religiosos se han sentido llamados al silencio de modo que su espíritu se relacione con Dios sin que nada distraiga esa tensión. Muchos han experimentado el ayuno como una forma de purificación en que el cuerpo extingue sus pulsiones para que el espíritu emerja.

En esa tensión de elevación religiosa se dan las tentaciones de Satán a Jesús. El diablo, como enemigo que plantea los verdaderos problemas, será el “padre de la mentira”, que intentará disuadir a Jesús de su misión. En sus tentaciones, no tratará solamente de investigar quién es Jesús, en un juego intelectual habilidoso –aunque lo sea–, sino de plantear su propia tentación al hombre que ha sido llamado el Hijo Amado y que trae el bautismo de fuego, superior al bautismo de agua. El diablo no cree que un hombre pueda amar más allá del amor propio y se lo va a decir claramente a Jesús, no sin engaños y con métodos capciosos.

“Entonces fue conducido Jesús al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, sintió hambre. Y acercándose el tentador le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Él, respondiendo, dijo: Escrito está:

*«No sólo de pan vive el hombre,
sino de toda palabra que procede de la boca de Dios».*

Luego, el diablo lo llevó a la Ciudad Santa y lo puso sobre el pináculo del Templo. Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está:

*«Dará órdenes acerca de ti a sus ángeles,
para que te lleven en sus manos,
no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra».*

Y le respondió Jesús: Escrito está también:

«No tentarás al Señor tu Dios».

De nuevo lo llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los Reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todas estas cosas te daré si postrándote me adoras. Entonces le respondió Jesús: Apártate Satanás, pues escrito está:

*«Al Señor tu Dios adorarás
y a Él sólo darás culto»⁶³.*

Las tentaciones se producen tras cuarenta días y cuarenta noches de oración y ayuno. Jesús siente hambre, experimenta las limitaciones del cuerpo, la mente también es influida por el cansancio y el hambre y la soledad. Satán elige para tentarle cuando está debilitado tras mucha oración. Ahí, en situación extrema, es donde se verá si Cristo acepta el reto que se le va a plantear.

Es posible que la creencia en la divinidad de Jesús lleve a pensar que, en el fondo, las tentaciones son externas y ficticias, como de mentirijillas. Pero no es así: real fue el dolor y la muerte, y real es el hambre y la sed. Jesús experimenta la trepidación de la tentación, ve el lado positivo que toda tentación propone, y descubre lo negativo, más o menos oculto, pero que acabará saliendo a relucir. De ahí, también, que la victoria sea real, humana. El resultado final confirma ante Satán que se puede ser fiel al proyecto amoroso del Padre, y que es posible cumplir la voluntad de Dios, a pesar de las alternativas que se le ponen delante.

Es cierto que las tentaciones tienen un sentido de ejemplo para que los hombres venzan las provocaciones al mal. Es un primer nivel no despreciable. Muchos ven en las tentaciones las tres concupiscencias: el desorden de la sensualidad y la carne, la llamada de la soberbia y del orgullo, y la inquietud por el dinero y el poder. Las respuestas de Cristo aciertan en las soluciones, el espíritu está sobre la materia y debe regirla; la humildad lleva a confiar en Dios; y el poder es para servir a Dios y a los demás. De hecho, es frecuente entre los hombres que muchos queden atrapados en el primer obstáculo, sea la sensualidad en el comer, en el beber o en la sexualidad. En un segundo nivel, tienta la soberbia y el amor propio con el ansia de dominar a los demás. En un tercer nivel, el mundo

⁶³ Mt 4,1-11c 1,12-13c 4,1-13

como fin último del hombre engloba todas las sugerencias del mal cuando se coloca en lugar de Dios.

Las tres tentaciones en el desierto a Jesús son más profundas, pues tienden a quebrar su obediencia al Padre. Veamos la tentación primera. Jesús tiene cuerpo en su doble vertiente de sentido y afectividad; tiene, por tanto, necesidades sensitivas y afectivas. La tentación dice: “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes”, es decir: haz un milagro con tu poder de Hijo de Dios para satisfacer tus necesidades. El pan es el alimento para la vida; al satisfacerla, se encuentra un placer en la función natural. Jesús nunca dice que eso sea malo. Lo mismo ocurre con la procreación, que añade a los efectos del cuerpo la satisfacción del afecto: cosas buenas por ser naturales. Nada dice el texto de la extensión de la tentación. Pero entre los hombres estas cuestiones son universales. Jesús pasa hambre con un ayuno extremo; y vive el celibato, prescindiendo libremente del uso legítimo de esas tendencias corporales y afectivas por un amor más alto. Ahí incide la tentación que viene a decir: aprovecha el gozo natural, no te mortifiques; benefícate, búscate en algo tan natural como estas satisfacciones. ¿Acaso son malas?

La respuesta de Jesús es clara: no son malas, pero “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios”. Si el diablo le hubiese propuesto algo ilícito, Jesús lo habría tenido que rechazar, de forma obligada. Pero, en esta primera tentación, Jesús rechaza algo que en sí no es malo: sin embargo, se trata de vivir un amor que vaya más allá de lo habitual. Rechaza decir que esas realidades sean malas y pecaminosas, pero no cede en vivir mortificadamente, pues esas tendencias quiere someterlas a un amor más grande. No se trata sólo de superar la gula y la impureza, sino de vivir un amor espiritual superior. De hecho, el Hijo de Dios es sobrio con naturalidad, y no conviene que tenga descendencia según la carne, sino sólo según el espíritu. El amor al Padre y a los hombres debe estar por encima de cosas que para otros son buenas y santificantes, porque a Él se le ha pedido más. El amor a su misión debe ser superior al tirón de los sentidos y de la afectividad, e incluso al deseo de tener una descendencia humana. Jesús responde con unas palabras del libro de la Sabiduría en las que señala que el placer de los sentidos no es malo dentro de su función natural, pero no lo es todo. El amor sensitivo y el afectivo son buenos, pero existe también el amor espiritual. El que ama con este amor espiritual supera las atracciones de lo sensible, sin decir que sean

malas, aunque puedan serlo por desorden o exceso. El primer combate ha concluido, aunque la tentación acechará a Jesús toda la vida, especialmente en la cruz, donde el dolor será máximo.

La segunda tentación es más profunda y complicada. El diablo cita el salmo 91 diciendo: “Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está: «Daré órdenes acerca de ti a sus ángeles, para que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra»”. El demonio sigue tentando a Jesús, a partir de lo que, en Él, forma parte de su ser: es Hijo de Dios y confía en el Padre como nadie lo ha hecho jamás en la tierra. Por eso Satán plantea la posibilidad de la salvación de la humanidad a través de un milagro. Esto es posible tanto para Dios, como para el que lo pide con fe. Se trata de dejar boquiabiertos a los hombres ante la manifestación de un poder sobrenatural. Las gentes quedarían admiradas ante el éxito del nuevo salvador. Se creía en aquellos momentos que el Mesías anunciaría la salvación de Israel desde aquel pináculo del templo de altura imponente. Le sugiere que las gentes veneran a los triunfadores y se convertirán con esa acción milagrosa. Le oculta con engaño que se puede introducir la vanidad de ser admirado por lo prodigioso, y abandonarse el camino de humildad.

Jesús podía usar su poder, no sólo con los milagros, para ser admirado y admitido por todos. Pero quedaría oculta –u oscurecida– la manifestación del amor, un amor que no puede esconder ni un ápice de amor propio; y es precisamente en la cruz donde la máxima humildad revela el mayor amor.

La tentación es contra el mismo Dios, como se ve en la respuesta de Jesús: “Escrito está también: «No tentarás al Señor tu Dios»”. ¿Es posible tentar a Dios? Sí. No porque Dios pueda pecar, cosa imposible; sino porque Él puede decidirse a cambiar su proyecto de salvación. La tentación se dirige a Jesús para que rechace el camino más difícil del dolor y la expiación, el de la muerte y el del sacrificio; y le propone el de utilizar una salvación evidentemente sobrenatural que le asegure el éxito entre los suyos. Otro camino de salvación, sí; pero menos revelador del amor.

Y Cristo, el Hijo, elige la sabiduría del amor del Padre, rechaza el camino del triunfo humano, lejos del camino de la humildad, que está rodeado de piedras, persecuciones, insultos y muerte. ¿Acaso no puede arrasar a todos los perseguidores y aplastarlos como gusanos? Sí puede, pero el camino humilde permite encontrar excusas a los díscolos y tratarles con misericordia, aunque en estricta justicia sólo merecerían castigo e ira.

No tentar a Dios es confiar en su misericordia y su decreto de salvación del hombre a través de un sacrificio perfecto, oculto a los ojos del mundo.

La tercera tentación es aún más honda. Jesús se proclamará, como había sido profetizado, rey de justicia, de paz, de prosperidad, de victoria, y ahí incidirá la seducción: “De nuevo lo llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los Reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todas estas cosas te daré si postrándote me adoras”. Puede parecer un acoso alocado, pero es en esta tentación donde la frialdad de la astucia diabólica es mayor y la lucha más frontal. Le propone un Reino donde impere la justicia, la ley, la paz. El diablo le dice: “Somos inteligentes, podemos organizar un Reino de justicia. Toma el poder político, impón un Reino en el que todos puedan, y deban, ser justos; y así podrán alcanzar la salvación que tú propones. No está fuera de tus posibilidades organizar un movimiento que llegue más lejos que lo que realizó un hombre como Alejandro Magno”. Y ante los ojos de Cristo desfilan los Reinos humanos que se han sucedido en la historia, desde las formas de organización más rudimentarias y primitivas, en las que tantos hombres sobrevivieron malviviendo, hasta las grandes como Babilonia, China, India, Persia, Grecia, Roma, también las futuras; y el esplendor de esos Reinos refulge lleno de gloria. ¿Será posible hacer algo mejor? Es posible, es más, es deseable para unos hombres que suspiran por la paz, la justicia, la libertad y la prosperidad. Si además es un Reino religioso, mejor que mejor: será nada menos que el Reino de Dios entre los hombres. Dios en las leyes, en la economía, en el arte, en las ciencias, en la convivencia, en las familias y en toda la organización humana.

Pero hay dificultades que el diablo oculta, y no en vano éste será llamado por Jesús “príncipe de este mundo”, está su secreto para dominar con violencia las civilizaciones. Es fácil que los poderosos con su poder se cieguen, se sirvan a sí mismos, se mundanicen en todos los sentidos de la palabra y que las masas entren en crisis violentas. Las guerras nunca han cesado de darse en la historia. Cristo quiere que los hombres conviertan su corazón, que el Reino de Dios anide en su interior y después se transmita a lo exterior. Dios respeta la libertad de los hombres, no quiere imponerse desde arriba, sino desde el amor personal.

La respuesta de Jesús es más tajante que en los casos anteriores: “Entonces le respondió Jesús: Apártate Satanás”. Ya no puede soportar más

insidia, y hace un acto de acatamiento a la sabiduría amorosa del Padre. Dios sabe más; el Reino será realidad en los que quieran: no será quitada la libertad a los hombres. Ciertamente que la pueden usar para burlarse de Dios, pero siempre tendrán al alcance su misericordia. El Reino se realizará en cada corazón y a través de cada hombre en su actividad, y de ahí a todas las estructuras humanas. La existencia del pecado obstaculizará la justicia y el progreso; pero al final el Padre me enviará como rey y como juez para los que quieren –mal o bien– vivir en libertad. Ésta es la grandeza humana y la sabiduría del Padre. Es difícil aceptar la libertad, pero sin ella es imposible el amor, y en este Reino es esencial, hasta el punto de que no hay justicia posible sin libertad. Todo el engaño de la tentación está ahí: suprimir el amor de la creación y rechazar el amor de Dios cuya gloria es la vida amorosa del hombre, no un engrimiento soberbio del que quiere ser admirado, “pues escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto”. Esto es el Reino de Dios: la justicia de Dios entre los hombres y el que ellos veneren y acaten la perfección del amor divino.

“Entonces lo dejó el diablo, y los ángeles vinieron y le servían”. Es el primer triunfo en la primera batalla en el interior de Cristo. Los ángeles, que también habían vencido, se alegran con el triunfo del Hombre, y le consuelan. Pero la suerte está echada: las batallas seguirán de un modo casi continuo hasta el final, especialmente en la Pasión.

Anuncio del Reino de Dios

Tras las tentaciones, llama a algunos para que le sigan, y comienza la predicación de Cristo con una gran novedad. “Llegó Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios, y diciendo: el tiempo se ha cumplido y está cerca el Reino de Dios; haced penitencia y creed en el Evangelio”⁶⁴. Juan había preparado el camino predicando que el Reino de Dios estaba al llegar, y así se levantaron grandes expectativas. Pero ahora el Reino de Dios está a las puertas y es Jesús quien lo trae. Todas las miradas se dirigen hacia Él y las esperanzas se despiertan.

La esperanza en el Reino de Dios no era cosa de unos días, ni de una generación, sino que se remontaba a siglos –más de un milenio– en la conciencia histórica de Israel. Esta esperanza tiene una fuerza especial en el pueblo judío porque conecta con la promesa histórica hecha por Dios mismo. La noticia corre de un pueblo a otro, también llega a los discípulos

⁶⁴ Mc 1,14-15, Mt 4,12-17; Lc 4,14-15

de Juan Bautista que estaba preso en la fortaleza de Maqueronte. Sus discípulos, que sufren, no son indiferentes a los sucesos que se están viviendo en Israel. Por eso “informaron a Juan de todas estas cosas. Y Juan llamó a dos de ellos, y los envió al Señor a preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro? Presentándose aquellos hombres le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti a preguntarte: ¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro? En aquella misma hora curó a muchos de sus enfermedades, de dolencias y de malos espíritus, y dio la vista a muchos ciegos. les respondió diciendo: Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados; y bienaventurado quien no se escandalice de mí”⁶⁵.

Para nuestro tema es importante, además de la referencia a las profecías del Mesías que Jesús repite para que se convenzan los discípulos enviados por Juan, los hechos con los que los recibe, “En aquella misma hora curó a muchos de sus enfermedades, de dolencias y de malos espíritus, y dio la vista a muchos ciegos” y se añade la curación de malos espíritus como signo de su misión. El término es algo ambiguo, pero con los hechos posteriores se puede percibir que cura a endemoniados en algún grado.

Expulsiones de demonios

La lucha con el diablo continúa en la vida de Jesús con la expulsión de demonios de diversos posesos. Uno de los primeros fue en la sinagoga de Cafarnaún. Jesús acude con los primeros discípulos a la sinagoga; allí va a ser su primera predicación. “Entran en Cafarnaún; y al llegar el sábado, fue a la sinagoga y enseñaba. Y quedaban admirados de su doctrina, pues les enseñaba como quien tiene potestad y no como los escribas. Se encontraba entonces en la sinagoga un hombre poseído de un espíritu inmundo, y decía a gritos: ¿Qué hay entre nosotros y tú, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? ¡Sé quién eres tú: el Santo de Dios!”⁶⁶.

Aquel hombre grita, poseído; se enfurece; su cuerpo se revuelca. Todos se apartan sin saber qué hacer. Los gritos revelan algo de la tentación misma del desierto: manifestar o preguntar si Jesús es el Santo de Dios y evidenciar un rechazo lleno de odio. Miremos con detenimiento las

⁶⁵ Lc7,18-23; Mt 11.1-6

⁶⁶ Mc 1,21-28; Lc 4 31-37

palabras de los demonios a través del poseso. “¿Qué hay entre nosotros y tú, Jesús Nazareno?”. Son varios, no solo uno. En la práctica de los exorcistas este es un fenómeno detectado muchas veces. La relación entre ellos y Jesús es de enemistad y de rechazo. La fuerza de Cristo es mayor y se sienten obligados a confesar la verdad, aunque Jesús no acepta su testimonio. No saben bien lo que Cristo quiere, “¿Has venido a perdernos?” le dicen, a lo que Jesús no contesta. Luego, con rabia dicen: “¿Sé quién eres tú: el Santo de Dios!”. Los demonios tienen fe, saben la verdad, la ven, pero con odio.

Jesús no acepta ningún diálogo con los demonios: con autoridad y fuerza “le conminó diciendo: Calla, y sal de él. Entonces, el espíritu inmundo, zarandeándolo y dando una gran voz, salió de él”. La escena es fuerte y sorprendente, asusta. De hecho “se quedaron todos estupefactos”. Y, cuando el endemoniado vuelve en sí, viene la consideración natural: ¿qué ha pasado? No se trata de una curación que podría atribuirse a causas naturales, “de modo que se preguntaban entre sí diciendo: ¿Qué es esto? Una doctrina nueva con potestad. Manda incluso a los espíritus inmundos y le obedecen. Y su fama corrió pronto por doquier en toda la región de Galilea”. Para sus discípulos debió ser una confirmación más de que estaban ante el Mesías y de su misión.

Marcos señala “que arrojó muchos demonios y no les permitía hablar porque le conocían”⁶⁷. No le interesa el testimonio de los demonios porque responde al odio a Dios, aunque digan verdad. Lucas añade que “salía también demonios de muchos, que gritaban: “Tú eres el Hijo de Dios. Pero no les dejaba hablar porque sabían que Él era el Mesías”⁶⁸.

Más adelante “le fue presentado un endemoniado ciego y mudo. Y le curó, de suerte que el mudo hablaba y veía. Y toda la gente atónita decía: «¿No será éste el Hijo de David?» Mas los fariseos, al oírlo, dijeron: «Este no expulsa los demonios más que por Beelzebul, Príncipe de los demonios»⁶⁹. La reacción de los fariseos se puede situar cuando ya se enfrentan a Cristo e intentan explicaciones con mala intención, aunque parecen confundir los nombres del príncipe de los demonios, pues Jesús

⁶⁷ Mc 13,34

⁶⁸ Lc 4,41

⁶⁹ Mt 12,21-24

conociendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo queda asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no podrá subsistir». Realidad bastante clara de que la división de un reino lleva a su destrucción, pero hay algo más en sus palabras, pues se refiere al dominio del Diablo sobre los hombres y añade: “Si Satán expulsa a Satán, contra sí mismo está dividido: ¿cómo, pues, va a subsistir su reino?” (Mt 12,26). No se trata de una pelea entre demonios, sino que Cristo revela un modo de actuar en que Satán actúa al mismo tiempo como destructor agitando las peleas entre los hombres, y como constructor cuando después de la violencia a la que les lleva llega una paz, hasta que sigue una nueva destrucción, más violencia y paz aparente. Éste es el modo de reinar el diablo en el mundo que Jesús viene a destruir con el nuevo Reino de Dios. Además usa argumentos más directos: “Y si yo expulso los demonios por Beelzebul, ¿por quién los expulsan vuestros hijos? Por eso, ellos serán vuestros jueces”. De hecho en todas las culturas y religiones han existido exorcistas, y en Israel era común hacerlo en nombre de Dios. “Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios”⁷⁰. Esta expresión será profética de lo que ocurrirá en la Cruz.

El siguiente argumento es llamar Fuerte a Satán. “¿cómo puede uno entrar en la casa del fuerte y saquear su ajuar, si no ata primero al fuerte? Entonces podrá saquear su casa”. A la fortaleza del odio inteligente y secreto se confiesa más fuerte desde el amor cuando le deja sin armas e impotente. Lucas lo expresa con más extensión: “Pero si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios. Cuando uno fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están en seguro; pero si llega uno más fuerte que él y le vence, le quita las armas en las que estaba confiado y reparte sus despojo”⁷¹. Satán ya no está seguro en sus trampas y va ser arrojado al infierno lejos del mundo de los hombres. A esto añade “El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama”⁷². No se puede estar con Dios y con el Diablo, que es lo que estaban haciendo los fariseos.

⁷⁰ Mt12,28

⁷¹ Lc 11,21-22

⁷² Lc 11,23

Otra expulsión de demonios ocurrió tras la Transfiguración en el monte Tabor. Al bajar del monte, conmovidos por lo sucedido, transparente todavía el rostro de Jesús, encuentran un gran alboroto. Los nueve apóstoles restantes discutían con los escribas del lugar; una gran muchedumbre escucha sin saber qué decir. En el centro, un muchacho en el suelo junto a él su padre, que se queja dolorido.

“Al llegar junto a los discípulos vieron una gran muchedumbre que les rodeaba, y unos escribas que discutían con ellos. En seguida, al verle, todo el pueblo se quedó sorprendido, y acudían corriendo a saludarle. Y él les preguntó: ¿Qué discutáis entre vosotros? A lo que respondió uno de la muchedumbre: Maestro, te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo; y en cualquier sitio que se apodera de él, lo tira al suelo, le hace echar espuma y rechinar los dientes y lo deja rígido. Pedí a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido. Él les contestó: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo tendré que sufriros? ¡Traédmelo! Y se lo trajeron. En cuanto el espíritu vio a Jesús, agitó violentamente al niño, que cayendo a tierra se revolcaba echando espuma. Entonces preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Le contestó: Desde muy niño; y muchas veces lo ha arrojado al fuego y al agua, para acabar con él; pero si algo puedes, ayúdanos, compadecido de nosotros. Y Jesús le dijo: ¡Si puedes...! ¡Todo es posible para el que cree! En seguida el padre del niño exclamó: Creo, Señor; ayuda mi incredulidad. Al ver Jesús que aumentaba la muchedumbre, increpó al espíritu inmundo diciéndole: ¡Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando, sal de él y ya no vuelvas a entrar en él! Y gritando y agitándole violentamente salió; y quedó como muerto, de manera que muchos decían: Ha muerto. Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y se mantuvo en pie”⁷³.

Los apóstoles habían expulsado demonios por mandato imperativo del mismo Cristo; pero ahora los discípulos no pueden. El clamor del padre que teme no tener suficiente fe contrasta con la gran enseñanza de Jesús de que “todo es posible para el que cree”. Se trata de creer totalmente y pedir con toda el alma; sólo así consigue el don del Altísimo ante un demonio que se muestra lleno de fuerza. Es más que la fe de Abraham, es una fe que nada hace conmover, y consigue lo imposible.

⁷³ Mc 9,14-27

Los discípulos están tan desconcertados “Cuando Jesús entró en casa, le preguntaban en privado sus discípulos: “¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?” Les dijo: “Esta clase con nada puede ser arrojada sino con la oración (y ayuno)”⁷⁴.

La primera cosa que sorprende en esta expulsión es que el niño está endemoniado desde pequeño, luego no se trata de que entrase por un acto culpable. Podemos suponer un maleficio, pero no lo sabemos. Lo segundo es que Jesús conoce muy bien el mundo de los demonios. Tercero, que la oración y el poder de los discípulos, aunque lo han recibido de Jesús, no pueden con ese demonio porque les falta fe en su oración. Una enseñanza importante es la insistencia de los demonios y la vigilancia que se debe tener con ellos. “Cuando un espíritu impuro sale de un hombre, vaga por lugares áridos buscando reposo, y al no encontrarlo, dice: Me volveré a mi casa, de donde salí; y al llegar la encuentra barrida y arreglada. Entonces va, toma consigo otros siete espíritus peores que él, entran y fijan allí su morada; y la situación última de aquel hombre viene a ser peor que la primera”⁷⁵.

Es muy impresionante otra expulsión por los detalles con que la cuentan los evangelistas, se da fuera del territorio de Israel. “Y llegaron al otro lado del mar, a la región de los gerasenos. Apenas saltó de la barca, vino a su encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con espíritu inmundo que moraba en los sepulcros y a quien nadie podía ya tenerle atado ni siquiera con cadenas, pues muchas veces le habían atado con grillos y cadenas, pero él había roto las cadenas y destrozado los grillos, y nadie podía dominarle. Y siempre, noche y día, andaba entre los sepulcros y por los montes, dando gritos e hiriéndose con piedras. Al ver de lejos a Jesús, corrió y se postró ante él y gritó con gran voz: «¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes.» Es que él le había dicho: «Espíritu inmundo, sal de este hombre.» Y le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?» Le contesta: «Mi nombre es Legión, porque somos muchos.» Y le suplicaba con insistencia que no

⁷⁴ Mc 9,28-29

⁷⁵ Lc 11, 24-26; Mt 12, 43-45

los echara fuera de la región. Había allí una gran piara de puercos que pacían al pie del monte; y le suplicaron: «Envíanos a los puercos para que entremos en ellos.» Y se lo permitió. Entonces los espíritus inmundos salieron y entraron en los puercos, y la piara —unos 2.000— se arrojó al mar de lo alto del precipicio y se fueron ahogando en el mar. Los porqueros huyeron y lo contaron por la ciudad y por las aldeas; y salió la gente a ver qué era lo que había ocurrido. Llegan donde Jesús y ven al endemoniado, al que había tenido la Legión, sentado, vestido y en su sano juicio, y se llenaron de temor. Los que lo habían visto les contaron lo ocurrido al endemoniado y lo de los puercos. Entonces comenzaron a rogarle que se alejara de su término. Y al subir a la barca, el que había estado endemoniado le pedía estar con él. Pero no se lo concedió, sino que le dijo: «Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti.» Él se fue y empezó a proclamar por la Decápolis todo lo que Jesús había hecho con él, y todos quedaban maravillados⁷⁶.

Este exorcismo es modelo de cómo deben hacerse los exorcismos: preguntar el nombre, mandar que se vayan con autoridad. En este caso el paso a la piara es un signo del poder de los demonios, de su realidad y que no se trata de una enfermedad mental, también es significativo que llamen a Jesús Hijo del Altísimo con una claridad propia de su saber, aunque tengan odio y sea un descanso para ellos la posesión.

El caso de la mujer cananea también sucede fuera de las tierras de Israel y la mujer aun no perteneciendo al pueblo elegido pide con una fe insistente y consigue conmover el corazón de Cristo. “En esto, una mujer cananea, que había salido de aquel territorio, gritaba diciendo: «¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David! Mi hija está malamente endemoniada.» Pero él no le respondió palabra. Sus discípulos, acercándose, le rogaban: «Concédeselo, que viene gritando detrás de nosotros». Respondió él: «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.» Ella, no obstante, vino a postrarse ante él y le dijo: «¡Señor, socórreme!» Él respondió: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos.» «Sí, Señor —repuso ella—, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Entonces Jesús le respondió: «Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas.» Y desde

⁷⁶ Mc 5,1-20; Mt 8, 28-34; Lc 8,26-39

aquel momento quedó curada su hija”⁷⁷. De nuevo la fe se muestra como necesaria para que los discípulos tengan más fuerza que los demonios.

Parábolas que hablan de los demonios

Entre las parábolas del Reino Nuevo es significativa la de la cizaña: “El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras dormían los hombres, vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y echó espiga, entonces apareció también la cizaña. Los siervos del amo acudieron a decirle: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña? Él les dijo: Algún enemigo lo hizo. Le respondieron los siervos: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? Pero él les respondió: No, no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis junto con ella el trigo. Dejad que crezcan ambas hasta la siega. Y al tiempo de la siega diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla; el trigo, en cambio, almacenadlo en mi granero”⁷⁸.

Dormirse aunque se han hecho bien las cosas no es cosa buena; hay que contar con la acción de los enemigos, entre los que destaca el diablo. Es un misterio que Dios permita la acción del diablo y la malicia de los pervertidores, pero hay que contar con eso. No hay que escandalizarse ante la presencia del mal en el mundo; la extirpación definitiva de todos los males se dará en la fase última del Reino. En la fase inicial se trata de sembrar, en la intermedia de vigilar, y sólo en la definitiva de cosechar.

Como en el caso anterior, los discípulos quieren más explicaciones y acuden a solas a Jesús, que aclara el sentido más hondo de las parábolas. “El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del Maligno. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Del mismo modo que se reúne la cizaña y se quema en el fuego, así será al fin del mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles y apartarán de su Reino a todos los que causan escándalo y obran la maldad, y los arrojarán en el horno del fuego.

⁷⁷ Mt 15,22-28; Mc 7,25-30

⁷⁸ Mt 13, 36-43

Allí será el llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. Quién tenga oídos, que oiga⁷⁹.

Aunque no es una parábola la profecía sobre el Juicio final muestra algo el pecado de los ángeles rebeldes. “Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria y acompañado de todos los ángeles, se sentará entonces en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las gentes; y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha, los cabritos en cambio a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme. Entonces le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos peregrino y te acogimos, o desnudo y te vestimos? o ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a verte? Y el Rey en respuesta les dirá: En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Entonces dirá a los que estén a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles: porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era peregrino y no acogisteis; estaba desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Entonces le replicarán también ellos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, peregrino o desnudo, enfermo o en la cárcel y no te asistimos? Entonces les responderá: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también dejasteis de hacerlo conmigo. Y éstos irán al suplicio eterno; los justos, en cambio, a la vida eterna⁸⁰.

El cielo es preparado desde la creación, antes del pecado de ángeles o de hombres. El infierno es el fruto amargo del pecado de los ángeles caídos para los hombres pecadores obstinados.

⁷⁹ Mt 13, 36-43

⁸⁰ Mt 25,31-46

Los discípulos expulsan demonios

Los discípulos salen en Misión cuando Jesús envía a los 72 con unas instrucciones bien precisas. Cuando “Regresaron los 72 alegres, diciendo: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.» Él les dijo: «Yo veía a Satán caer del cielo como un rayo. Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo, y nada os podrá hacer daño; pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos”⁸¹. La expresión “caer Satán del cielo como un rayo” es un anticipo de lo que se realizará en la Pasión y al final de los tiempos.

El poder de Jesús se transmite no sólo a los apóstoles, sino a los 72 discípulos. Este número significaba entre los judíos todos los pueblos de la tierra, y evoca la transmisión a la Iglesia de la misma misión que incluye el exorcismo y la liberación de demonios.

No nos cuentan los evangelistas más cosas concretas, aunque refieren que fueron muchas más las expulsiones de demonios por parte de Jesús y de los discípulos. En una ocasión, Jesús tiene que corregir los celos de los discípulos. “Juan le dijo: «Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y no viene con nosotros y tratamos de impedirselo porque no venía con nosotros.» Pero Jesús dijo: «No se lo impedáis, pues no hay nadie que obre un milagro invocando mi nombre y que luego sea capaz de hablar mal de mí”⁸². El poder de expulsar demonios en nombre de Jesús no se restringe a los que tienen ese encargo, puede llegar a otros y así se realiza a lo largo de la historia.

El mandato de ir a todo el mundo a predicar el evangelio va unido a diversos signos entre los que se cuenta la expulsión de demonios. “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará. Estas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien. Con esto, el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Ellos salieron a predicar

⁸¹ Lc 10,1-12

⁸² Mc 9,38-41; Lc 9,49-50

por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban”⁸³.

Es significativo que después del mandato de predicar y bautizar les confiera el poder de expulsar demonios y que lo realicen desde el primer momento, como se verá repetidamente en los Hechos de los apóstoles. Es más, la expresión de agarrar serpientes y beber veneno no parece que se refiera a la materialidad, sino a la autoridad sobre los espíritus impuros.

Getsemaní

Ras la Última Cena “llegó Jesús con ellos a una finca llamada Getsemaní, y dijo a los discípulos: Sentaos aquí mientras voy allá a orar”. Parecía como de costumbre, pero tiene el alma en tensión. Las emociones de la cena le llevan a una vigilia de alma que quiere entregarse del todo. Ocho de los discípulos se quedan en una cueva, resguardados del relente de la noche. El Señor se aleja de ellos llevándose sólo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, Juan y Santiago. Son los mismos que estuvieron en la Transfiguración del Tabor contemplando su gloria, y los que vieron con sus ojos la resurrección de la hija de Jairo. Ahora van a ser testigos de algo mucho más difícil de entender: la agonía de Cristo, que quedará reducido a un hombre despojado de gloria y esplendor, como si estuviese derrotado. Y tienen que seguir creyendo que es Dios y hombre verdadero contemplándolo inerme, humillado, derrotado, sufriente. Es una situación en la que sólo se puede superar el escándalo con una fe nueva.

Jesús se retira como a un tiro de piedra a un lugar donde existe una enorme roca. Y “empezó a entristecerse y a sentir angustia. Entonces les dijo: Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo”⁸⁴. No se trata de una batalla cualquiera, sino de un amor que va a sufrir la mayor dificultad. Cuando en el fondo del alma se vive el gozo de la presencia del Padre, lo externo se torna menos difícil. Pero ahora Jesús experimenta como una ausencia, aunque el Padre esté siempre allí.

A Jesús se le hace presente todo el sufrimiento de la crucifixión. De esto se trata. De amar a pesar de los pesares. Y viene la angustia, el desasosiego, las lágrimas, el desaliento. Experimenta los efectos del pecado en su alma, especialmente la separación del Padre, que es lo más difícil. Es

⁸³ Mc 16,15-18; Mt 28, 16-20

⁸⁴ Mt 26,36; Mc 14, 32-33; Lc 22,40

un comienzo del descenso a los infiernos que ocurrirá después de la muerte. Es un anonadamiento en su alma. Ha comenzado la Pasión cruenta. Pero no cede, sigue rezando, y sigue amando la voluntad del Padre que también es la suya, y ama a los hombres todos, que son los causantes de ese dolor.

“Y adelantándose un poco, se postró rostro en tierra mientras oraba diciendo: Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieras Tú”⁸⁵. Jesús llama a su Padre con acentos de hijo pequeño; le llama “*Abba*”, oración desconocida en otros labios. Él es el Hijo que cumple la voluntad amorosa del Padre. El Padre quiere salvar a los hombres por la línea del máximo amor; y el Hijo quiere esa voluntad que costará tanto dolor. Ése es el precio de la salvación de los hombres: un acto de misericordia que cumple, al tiempo, toda justicia.

Entonces “un ángel del cielo se le apareció para confortarle. Y entrando en agonía oraba con más fervor y su sudor vino a ser como gotas de sangre que caían sobre la tierra” Todo el cuerpo está empapado en ese extraño sudor de sangre. La angustia del alma llega ser terror; pero no le vence, no desiste Jesús de su empeño de entregarse. Quiere la voluntad del Padre, que es la suya, no la del cuerpo que se resiste, lleno de pavor.

En este estado busca consuelo en los suyos. “Volvió junto a sus discípulos y los encontró dormidos; entonces dijo a Pedro: ¿Ni siquiera habéis sido capaces de velar una hora conmigo?” Es una queja para los que no han sabido estar a la altura de las circunstancias. Se excusan por el cansancio, pero es un sueño extraño, su causa es “la tristeza”; es como una evasión cuando los enemigos de Jesús bullen aquella noche sin ceder a sueños ni descansos.

Pero de nuevo Jesús se rehace y se vuelca en aquellos que no saben, ni pueden, hacer más. Y les dice: “Velad y orad para no caer en tentación: pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil”⁸⁶. El sueño de los discípulos tiene también una causa infranatural; es el diablo, que envuelve en su tiniebla las mentes y los espíritus de todos. Jesús no lucha sólo contra

⁸⁵ Mt 26,39; Mc 14,35; Lc 22,42

⁸⁶ Mt 26,41; Mc 14,38; Lc 22,46

su debilidad, sino contra el príncipe de las tinieblas que está desplegando todo su poder; y ellos, sus seguidores, sin oración no son nada. La oración será la fuerza para vencer cualquier dificultad, aun al mismo diablo con todo su extraño poder.

Ya muy entrada la noche Cristo se retira durante un tiempo largo, y se repite la oración, la agonía que no puede superar a pesar del consuelo de un ángel. Y “de nuevo se apartó por segunda vez y oró diciendo: Padre mío, si no es posible que esto pase sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se apartó una vez más, y oró por tercera vez repitiendo las mismas palabras”. La insistencia es amor que no cede; es una verdadera pasión en el alma, y también en el cuerpo. Parece un desecho de los hombres, está humillado y parece derrotado; supera una y otra vez la tentación y la oración –vida de su vida– se hace más intensa.

“Finalmente va junto a sus discípulos y les dice: Dormid ya y descansad; mirad, ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; ya llega el que me va a entregar”⁸⁷. Se levanta, por fin, el Señor. Se limpia el rostro con el paño para cubrir la cabeza, que queda empapado en sangre y que deja en el suelo doblado. Se adereza el aspecto. Va donde se encuentran Juan, Pedro y Santiago, después se dirigen donde duermen los otros ocho.

La Cruz

“Era ya alrededor de la hora sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona. Se oscureció el sol”⁸⁸. Era plenilunio y, por tanto, imposible un eclipse. Los curiosos que contemplan lo que está sucediendo se retiran asustados ante aquella prematura noche. Los que insultan a Jesús también, llenos de temor, como si Jesús fuese a hacer algún prodigio, como tantas veces había hecho. Los soldados se cubren con sus mantos sin saber qué decir, asustados, pero permanecen en sus puestos. La noche y la tiniebla inundan aquel mediodía.

⁸⁷ Mt 26,46; Mc 14,42

⁸⁸ Mt 27,45; Mc 15,33

Esas tinieblas dejan entrever la acción del señor de las tinieblas, que es el diablo. Satán que había tentado a Jesús en el desierto, y fue vencido, esperaba el momento propicio para actuar con todo su poder. Él estaba en el origen de los ataques de parte de aquellos que no creían en Jesús y acabaron odiándole. Su acción es intensa en la noche del jueves y el viernes por la mañana, en los diversos juicios en que se condena a Jesús. Ahora es la hora del poder de las tinieblas, la hora de la suprema tentación. Va a intentar conseguir poner al Padre en estado de sospecha, de modo que Jesús experimente como un abandono del Padre, que se sienta solo y desolado⁸⁹. Además le hará ver la inutilidad de todos los padecimientos por los hombres ingratos que rechazarán el amor que se les brinda. Jesús va a tener que luchar como hombre contra estas tentaciones. Ahora se va a revelar un amor que permanece.

En medio de la tiniebla hay un consuelo. No todos ceden al contagio contra el inocente. Al pie de la cruz está su Madre, alentando y consolando al hijo como sólo ella puede hacerlo. Es una luz en aquel momento terrible. No sabemos cómo consigue que le dejen acercarse a su Hijo; posiblemente sea a causa de la compasión del centurión. Al principio, llueven también sobre ella los insultos dirigidos a Jesús; pero no retrocede. La acompaña Juan, el primer discípulo, el apóstol amado, el más fiel, el que más ha sabido rezar y comprender al Maestro.

La primera mujer fue infiel a Dios, porque prefirió la sabiduría de Satanás a la sabiduría de Dios. Ahora se le va a pedir a María que venza una prueba enorme: se le pide que no se rebele contra el Padre por llamar a la muerte y al sacrificio al Hijo, que también es hijo suyo. Se le pide que vaya más allá del amor natural y sobrenatural al hijo para querer como el Padre y el Hijo están queriendo en aquellos momentos. Y, para eso, hace falta mucha fe en Dios y un amor que esté purificado plenamente. María vuelve a estar a la altura del momento.

El diablo no cree que Jesús sea capaz de vivir el amor a los enemigos que predica si el dolor y la humillación es extremo. Jesús sufre, pero no se doblega, ama a los enemigos que le golpean y trituran perdonando al que se arrepienta o ignore su culpa

⁸⁹ Mt 27,46-47; Mc 15,34-35

El Cordero expiatorio

La Pasión de Jesús sigue un proceso similar al del chivo expiatorio, pero con cambios esenciales. Los evangelistas llaman a Cristo “Cordero” por lo ingrato que es el chivo, pero hace una función similar de este fenómeno de masas. Jesús había utilizado un aviso para que no sean seducidos por el mecanismo violento de los escándalos. ”¡Ay del mundo por los escándalos! Es inevitable que vengan los escándalos. Sin embargo ¡ay del hombre por cuya culpa se produce el escándalo!”⁹⁰. El escándalo es fruto de deseos opuestos que van creciendo generando un enfrentamiento de “todos contra todos”, hasta que llega una paz nueva al convertirse en “todos contra uno” y descargar todo el conflicto sobre él sacrificando al inocente. Escándalo no es solo mal ejemplo que llevan al pecado, sino que muestra un fenómeno de masas perverso introducido por Satán. Podría interpretarse así: el pecado de uno (Luzbel- Satanás) introduce al conjunto de los hombres en una espiral de violencia. Una vez iniciado el primer escándalo (pecado angélico, Adán y Eva, Caín) irá creciendo el número de escándalos que finalizan con una muerte violenta. Así una vez tras otra. Sólo Cristo podrá detener este proceso.

El escándalo puede contagiar a los inocentes, de ahí la advertencia al escandaloso: “al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino, de las que mueve un asno, y lo arrojasen al fondo del mar. Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo y arrójalo lejos de ti. Más te vale entrar en la Vida manco o cojo, que ser arrojado al fuego eterno con las dos manos o los dos pies. Y si tu ojo te escandaliza, arráncatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale entrar en la Vida tuerto, que ser arrojado al fuego del infierno con los dos ojos”⁹¹. Los pequeños no son solo los niños, sino los hombres indefensos ante los engaños del Ángel rebelde. También vale el aviso para los discípulos por mucho que amen y crean en Jesús: “pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Apártate de mí, Satanás! Eres escándalo para mí”⁹². Es más, en el momento de la Última Cena a pesar del fervor y adhesión de todos les advierte: “todos vosotros os escandalizaréis esta noche por mi causa, pues escrito está: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño. Pero,

⁹⁰ Mt 18,7; cfr Lc 17,1

⁹¹ Mt 18,6-9

⁹² Mt 16,23

después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. Pedro le respondió: Aunque todos se escandalicen por tu causa, yo nunca me escandalizaré. Jesús le replicó: En verdad te digo que esta misma noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces. Pedro insistió: Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré. Todos los discípulos dijeron lo mismo⁹³ Efectivamente, todos fueron arrastrados por la fuerza de una forma de pecado que desconocían.

Es insistente la advertencia de Jesús a los suyos: “que nadie os engañe”⁹⁴. Falsos hermanos serán seducidos y seductores, “pues muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo, y seducirán a muchos”⁹⁵. Conecta esa seducción con la violencia previa a la paz definitiva cuando sea vencido el Príncipe de este mundo: “oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras. Mirad, no os turbéis, pues es necesario que ocurra, pero todavía no es el fin. Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, y habrá hambres y terremotos en diversos lugares. Todo esto es el comienzo de los dolores. Entonces os entregarán al tormento, os matarán y seréis odiados por todas las gentes a causa de mi nombre. Y se escandalizarán muchos, se traicionarán mutuamente y se odiarán unos a otros. Surgirán muchos falsos profetas y seducirán a muchos. Y, al desbordarse la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ése se salvará. Y será predicado este Evangelio del Reino en todo el mundo en testimonio para todas las gentes, y entonces vendrá el fin”⁹⁶. No se refiere aquí al Viernes Santo de la Pasión, sino al continuo *viernes santo de los inocentes* de cada época convertidos en mártires.

Estos avisos van unidos a una esperanza de salvación. “Si Satán expulsa a Satán, está dividido contra sí mismo. ¿Cómo puede entonces subsistir su reino?”⁹⁷. Jesús descubre el engaño, y cómo engaña al engañador. Satanás aprovechaba la paz y la tranquilidad que sigue a la furia de todos frente a la víctima expiatoria y dominar el mundo. Una vez

⁹³ Mt 26,31-35

⁹⁴ Mt 24,4

⁹⁵ Mt 24,5

⁹⁶ Mt 24,6-14

⁹⁷ Jn 12,26

calmados, el ciclo de los escándalos y violencia de hermanos contra hermanos se repite indefinidamente porque muchos piensan que la paz viene del sacrificio de uno por todos. De este modo reina Satanás con el engaño y el homicidio que todos piensan inculpable y la violencia reina a través de los sacrificios humanos o de la guerra. Satán piensa que ha vencido una vez más en la Pasión. Ha conseguido la muerte del Mesías y que todos se vean como responsables de esa muerte, después seguirá reinando con la violencia sin la oposición de Cristo.

Jesús le vence con dos armas. Primero la actitud sacerdotal perfecta: perdona, intercede por todos, da su vida libremente. O, por decirlo de manera negativa, no odia ni cae en la espiral de odio devolviendo odio por odio. Acepta el sacrificio expiatorio libremente y fuera de la ciudad, como estipula la Torá para los sacrificios que se hacen para todo el pueblo. En segundo lugar el Padre acepta el sacrificio perfecto y le resucita, le da una vida nueva para ser distribuida entre los que quieren ser otros cristos.

En los sacrificios humanos, al calmarse la histeria mortífera y llegar una paz nueva, todos se dirigen a la víctima considerando que el sacrificado era el causante de esa paz y lo deificaban de alguna manera. En la Cruz de Cristo los que le matan no actúan así, siguen odiándole. Solo un pequeño grupo resistirá el contagio con dificultad y proclamará la inocencia de Jesús con tal eficacia que la Iglesia lo repite sin cesar y es aceptado por la mayoría. No le deifican, pues ya era aceptada y proclamada su igualdad con el Padre mucho antes, de ahí su sorpresa de ver que Dios mismo acepta la humillación y la muerte. Se revela una dimensión del amor divino nueva manifestada en un sacrificio expiatorio también nuevo. Ya no serán necesarios los sacrificios humanos para restablecer la paz. Ni tampoco la suavización de la ley mosaica en la cual se enviaba un chivo expiatorio al desierto para purificar los pecados de todo el pueblo. Se ha inaugurado un nuevo ciclo en el que la base ya no es la violencia, sino el amor unido al sacrificio perfecto de uno solo: Cristo, Sacerdote y Víctima. Cristo se ofrece libremente al sacrificio proclamando repetidamente su inocencia. Su no resistencia se explica porque acepta parte de los frutos de los sacrificios expiatorios de seres humanos: la paz en el pueblo. Pero rechaza la violencia originada por Satán para triunfar engañando al repetirse el ciclo una y otra vez. Jesús se ofrece a sí mismo. La violencia cruenta ya no será necesaria porque Cristo es la Cabeza de una nueva Humanidad, un nuevo Adán y por su unión con la divinidad en su persona

divina llegará el fruto de su sacrificio a todos los hombres de todos los tiempos, si quieren unirse a Él con la fe y la caridad de un modo incruento. Satán ya no reina por la violencia en el mundo ofreciendo paz y engendrando guerra. Desde Cristo se va estableciendo el ciclo de paz hasta que en su Segunda Venida sea superada toda violencia.

Biografía de Cristo

Camino del Jordán

Jesús –un desconocido– toma el camino del Jordán. Deja Nazaret, y todos sus recuerdos. Lo deja impulsado por el Espíritu Santo, y consciente del gran reto del amor, que es redimir. Sabe que tiene que comprar a gran precio la vida de los hombres y camina decidido. Cada paso es un acto de amor al mundo entero. El mundo abre sus caminos a los pies de aquel que anunciará la buena nueva. La mente y el corazón de Jesús se abren a todos. Ha llegado la hora en que el Eterno abre la historia a un tiempo nuevo. Paso a paso ha llegado la plenitud del tiempo. Ha llegado la luz al mundo que se bate en las tinieblas.

Al dejar Nazaret, Jesús deja muchas cosas. Treinta años de vida de amor intenso. Ha conocido un hogar con calor de amor en todos sus rincones. Todos allí sirven por amor. José pasó de joven a hombre maduro, hasta conocer la muerte, con el consuelo de estar con María –esposa virgen– y el Niño, que ya es hombre, en su último suspiro. María pone un toque maternal en todas partes. Su maternidad virginal es tan pura, que es la madre más madre de todas las madres. José estableció el taller donde Jesús santificó el trabajo de los hombres, elevando el quehacer de las manos y de la mente a vocación de santidad y redención. Y el sudor, que gotea desde Adán, se torna salvador; aunque cueste, manifiesta un acto de amor.

Deja Jesús en Nazaret muchas horas de oración en silencio amoroso, en canto de salmos y oración pública con José y con María. Deja el suave

obedecer, en esa casa donde el mandato más fuerte es “por favor”. Donde todos obedecen a todos, aunque siguiendo el orden que quiso el Padre eterno; y el Hijo es quien más obedece, y está más sujeto, pues ama con esa libertad que todo lo puede. Deja de escuchar los dulces cantos de María, sus coloquios cuando cae la tarde y al mediodía. Deja la comida familiar que, aunque austera, es alivio del cuerpo y ocasión de encuentro familiar, siempre nuevo. Deja el descanso cuando el cuerpo se rinde al sueño, y reposa confiado sin miedo alguno. Deja eso, que es familia, que es amor encarnado en la tierra, reflejo de la vida del Eterno, para entrar en un mundo que ofrece mil sorpresas, algunas amorosas, otras hostiles, todas difíciles. Pero camina decidido, pues el amor que ha madurado en aquella casa es el que le conduce, mientras dice de nuevo: “¿No sabéis que debo dedicarme a las cosas de mi Padre?” (Lc).

El camino desciende por la feraz llanura de Esdrelón; se acerca por Samaria al río Jordán, y allí en silencio peregrino se dirige al lugar donde está Juan, cerca de Judea. Va buscando al nuevo profeta que clama en el desierto. Juan es el pariente que, con signos de Dios, vino a este mundo de madre estéril y fecunda por gracia de Dios, que todo lo cuida, para bien de los hombres. La llamada a la conversión se hace clamorosa, y muchos, conscientes de sus pecados, caminan hacia las aguas, sin saber que junto a ellos va también un hombre joven que quiere llevar sobre sí el pecado de todos, el pecado del mundo. Comienza Jesús en ese camino esos tres años que cambiarán el desierto en paraíso para todo el que quiera amar y creer con la fe nueva. Dios camina entre los hombres.

Juan Bautista

Y, en efecto, en el Jordán estaba Juan, conocido también como el Bautista, porque bautizaba con agua llamando a la purificación de los pecados y preparando la venida del Mesías:

“He aquí que yo envío a mi mensajero, para que te preceda,
y prepare tu camino.

Voz del que clama en el desierto:

Preparad el camino del Señor,

enderezad sus sendas” (Is).

“Apareció Juan Bautista en el desierto predicando un bautismo de penitencia para perdón de los pecados. Y acudía a él toda la región de Judea y todos los habitantes de Jerusalén, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Juan llevaba un vestido de pelos de camello y un ceñidor de cuero a la cintura, y comía langostas y miel silvestre. Y predicaba diciendo: Después de mí viene el que es más poderoso que yo, ante quien yo no soy digno de inclinarme para desatar la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado en agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo” (Mc).

Su origen era públicamente conocido: era el hijo de Zacarías, sacerdote del Templo, y de Isabel. Concebido en la ancianidad de ambos, en circunstancias extrañas, tales como el enmudecimiento del padre cuando servía al culto del Templo. Los que habían sido testigos comentaban: “Pues, ¿qué va a ser de este niño?”. Y su padre Zacarías, al recuperar la voz, había pronunciado unas palabras proféticas referidas al niño:

“Y tú, niño pequeño, serás llamado profeta del Altísimo,
 pues irás delante del Señor
 para preparar sus caminos
 y para dar a su pueblo la ciencia de la salvación
 por la remisión de los pecados,
 por las entrañas de misericordia de nuestro Dios,
 por las que nos visitará una luz de la altura,
 para iluminar a los que yacen
 en las tinieblas y la sombra de muerte
 por el camino de la paz” (Lc).

Estas palabras no eran más que el reflejo de las que había dicho el arcángel Gabriel: “convertirá a muchos hijos de Israel al Señor su Dios, y él caminará delante de él con el espíritu y poder de Elías para a traer

los corazones de los padres hacia los hijos, y los rebeldes a la sabiduría de los justos para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc).

Su predicación comenzó poco antes de comenzar la vida pública de Jesús. Acudían multitudes para que les bautizara y les hablase. Es significativo que también acudiesen a escucharle publicanos, fariseos y soldados. A cada uno adapta la verdadera penitencia según su posición en la vida, según su trabajo.

El mismo aspecto del Bautista era una lección de austeridad. Vivía lo que enseñaba con una coherencia que atraía a los mejores y escandalizaba a los hipócritas, que le criticaban por exagerado. Sin embargo, no se envanecía de su popularidad y repetía constantemente: “Yo os bautizo con agua; pero viene uno que es más poderoso que yo, a quien no merezco desatar las correas de sus sandalias; ése os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Tiene el bieldo en su mano para limpiar su era y recoger el trigo en su granero y la paja la quemará en fuego inextinguible” (Mt).

La expectación que despertaban en sus discípulos estas palabras era grande y estaban atentos, esperando el momento en que les indicase quién era el poderoso que bautizaría en fuego y Espíritu Santo.

Los sacerdotes y levitas también habían acudido a Juan Bautista para preguntarle: “¿Quién eres tú?”. Y ante su contestación –no soy el Mesías, ni Elías, ni un profeta– insistían: “¿Quién eres, para que demos una respuesta? ¿Qué dices de ti?” A lo que Juan respondía con palabras del profeta Isaías, anunciadoras de un precursor mesiánico: “Yo soy la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor”. Los fariseos no se conformaban, pues querían saber el significado de su bautismo de agua, pero Juan repetía: “Yo bautizo con agua; en medio de vosotros está el que vosotros no conocéis, el que viene detrás de mí, a quien no soy digno de desatar la correa de su sandalia” (Jn).

Jesús camina hacia este hombre. Juan es la voz. Jesús es la Palabra que llenará de luz el mundo entero. Los que escuchen la voz estarán más próximos a conocer la palabra que salva, la palabra definitiva del Padre, el Verbo de vida, que es el Hijo. Jesús camina junto a otros con la seguridad del que sabe que va a cambiar el mundo aquellos días. Se mezcla entre los peregrinos, hombres de buena voluntad, y va en silencio, pues es mucho lo que se va a revelar el próximo día.

El bautismo de Jesús

Jesús avanza decidido entre el grupo de peregrinos que viene de Galilea. Se coloca ante Juan, que lo reconoce, y comienza un breve diálogo. Jesús ha llegado al Jordán para ser bautizado por Juan. Pero éste se resiste diciendo: “Soy yo quien necesita ser bautizado por ti. ¿Cómo vienes tú a mí?” El bautista dirá más tarde que no le conocía. No le conocía como Mesías y portador del bautismo de fuego y del Espíritu Santo, pero le conoce como pariente, al menos de oídas, por las palabras de su madre Isabel y de su padre Zacarías. Sabe que Jesús es justo, que no hay pecado en él, que reza, que ama a Dios, que ama a sus padres. Quizá sabe más cosas, pero no lo sabe todo, pues el silencio de la vida oculta se extiende también a los cercanos en los lazos de sangre. Respondiendo Jesús le dijo: “Déjame ahora; así es como debemos nosotros cumplir toda justicia. Entonces Juan se lo permitió” (Mt).

Y cumple Jesús toda justicia. Desciende a las aguas ante Juan. En aquellos momentos el inocente de todo pecado asume todos los pecados de los hombres. Los miles de millones de pecados de los hombres caen sobre sus espaldas, y los asume haciéndose pecado, como si fuesen suyos, sin serlo. Esta decisión libre le costará sangre y sudor: amor difícil, amor total que llegará a estar crucificado, hasta dar la vida por todos.

Cuando Jesús entra en las aguas y Juan baña su cabeza, son sumergidos todos los pecados de los hombres. Las aguas limpian el cuerpo, y por eso son tomadas como símbolo de la limpieza de las almas que se arrepienten ante Dios. Más no pueden hacer. Pero al sumergirse Jesús en las aguas, las santifica, les da una fuerza nueva. Más adelante, el bautismo lavará, como las aguas, los pecados hasta la raíz, y dará la nueva vida que Cristo conquistará en su resurrección. Serán, efectivamente, aguas vivas que saltan hasta la vida eterna.

Al salir Jesús del agua sucede el gran acontecimiento: Dios se manifiesta. “Inmediatamente después de ser bautizado, Jesús salió del agua; y he aquí que se le abrieron los Cielos, y vio al Espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz del Cielo que decía: Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido” (Mt). La voz

es la del Padre, eterno Amante, el que engendra al Hijo en un acto de conocimiento y amor eterno, dándole toda su vida. El Hijo es el Amado, igual al Padre según su divinidad, imagen perfecta del Padre, su Palabra eterna, el Verbo de Dios. Es tan Hijo que es consustancial con el Padre, los dos son uno en unión de amor y de verdad. El Padre le dio toda su vida, y el Hijo ama al Padre con ese amor obediente que vemos en Jesús cuando desciende a las aguas como hombre que se sabe Dios, desde una libertad humana con la que se entrega por los hombres y ama al Padre. Y el Padre se complace en ese hombre que le ama con amor total, y mira a los demás hombres saliendo del pecado, y les ama en el Hijo.

La paloma simboliza el Espíritu. Anunció la nueva tierra y la paz de Dios después del diluvio a los hombres, castigados por sus pecados. Anuncia el amor a los que quieren vivir de amor. Anuncia junto a Jesús la nueva Alianza, por la que, de nuevo, el Espíritu de Dios volará sobre las aguas del mundo. Limpiará los corazones con el fuego de su amor, purificará las intenciones, llenará de Dios a todos los que crean y esperen, inflamará de amor a los amantes que desean el amor total, tan lejano al amor propio.

Jesús es ungido por el Espíritu. Jesús es así el Cristo, el nuevo rey del Reino del Padre. Antes, los reyes y los sacerdotes eran ungidos con aceite, y la gracia de Dios les daba fuerzas. Ahora el Espíritu mismo invade a Jesús. Podrá actuar con plena libertad en su alma dócil, le impulsará, le encenderá en fuego divino. Por eso “Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y fue conducido por el Espíritu al desierto”. Comienza su vida de Ungido por el Espíritu, que le lleva a lo más alejado del paraíso, al desierto, donde se mortifica, reza y sufre la tentación de Satanás.

Las tentaciones del desierto

Jesús es llevado al desierto para un gran combate; va a asumir su vocación de Mesías con toda su plenitud humana. Jesús vive la experiencia religiosa en una forma de espiritualidad extrema. Muchos hombres religiosos se han sentido llamados al silencio de modo que su espíritu se expanda en un relación con Dios, sin que nada distraiga esa tensión. Muchos han experimentado el ayuno como una forma de purificación en que el cuerpo extingue sus pulsiones para que el espíritu emerja. En el antiguo hinduismo era frecuente esa acción, como también en el budismo,

aunque sin llegar al extremo. Siempre han existido eremitas en todas las culturas religiosas. Cristo asume la espiritualidad religiosa de los más religiosos de los hombres.

En esa tensión se dan las tentaciones que se prolongarán a lo largo de su vida, pero que aquí se plantean con gran crudeza: el diablo, como enemigo que plantea los verdaderos problemas, será el “padre de la mentira”, que intentará disuadir a Jesús de su misión. Este agente oscuro tiene un papel tan destacado en la vida de los hombres, que si se excluye no se entienden problemas como el del mal, ni mucho menos se comprende el Evangelio de Jesucristo. El demonio es un ser vivo, creado, inteligente, pero pervertido y pervertidor. Él se rebela contra Dios de un modo lúcido y consciente, y encuentra en ese orgullo un gozo amargo y triste a un tiempo. En sus tentaciones, no tratará solamente de investigar quién es Jesús, en un juego intelectual habilidoso –aunque lo sea–, sino de plantear su propia tentación al hombre que ha sido llamado el Hijo Amado que trae el bautismo de fuego, superior al bautismo de agua. El diablo no cree que un hombre pueda amar más allá del amor propio y se lo va a decir claramente a Jesús, no sin engaños y con métodos capciosos.

Las tentaciones

“Entonces fue conducido Jesús al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, sintió hambre. Y acercándose el tentador le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Él, respondiendo, dijo: Escrito está:

«No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios».

Luego, el diablo lo llevó a la Ciudad Santa y lo puso sobre el pináculo del Templo. Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está:

«Daré órdenes acerca de ti a sus ángeles, para que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra».

Y le respondió Jesús: Escrito está también:

«No tentarás al Señor tu Dios».

De nuevo lo llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los Reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todas estas cosas te daré si postrándote me adoras. Entonces le respondió Jesús: Apártate Satanás, pues escrito está:

«Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto»” (Mt).

Las tentaciones se producen tras cuarenta días y cuarenta noches de oración y ayuno. Siente hambre, se agota, experimenta las limitaciones del cuerpo, la mente también es influida por el cansancio y el hambre y la soledad. Satanás elige el momento más adecuado para tentarle, aquel en que está debilitada la humanidad. Ahí, en situación extrema, es donde se verá si Cristo acepta el reto que se le va a plantear.

“Entonces lo dejó el diablo, y los ángeles vinieron y le servían”. Es el primer triunfo en la primera batalla en el interior de Cristo. Los ángeles, que también habían vencido, se alegran con el triunfo del Hombre, y le consuelan. Pero la suerte está echada: las batallas seguirán de un modo casi continuo hasta el final, especialmente en la Pasión.

Los primeros discípulos

Jesús acaba de vivir cuarenta intensos días de oración y ayuno en el desierto. Allí fue llevado por el Espíritu, y allí superó tentaciones diabólicas. Su aspecto físico manifiesta la dureza de la prueba, pero también la alegría de la victoria. Cansancio y serenidad son los rasgos de su semblante. La flaqueza de su cuerpo, consecuencia del ayuno, se compensa con la mirada llena de la alegría de saber que pronto la redención alcanzará con plenitud a los hombres.

Es muy posible que varios de los apóstoles ya conociesen a Jesús de vista, aunque no hablasen con Él, y que también hubiesen oído la gran voz desde el cielo que decía: “Este es mi Hijo, el predilecto; en Él me complazco”; así como probablemente habrían visto “bajar, como una paloma, el Espíritu de Dios, y posarse sobre él”. Juan y Andrés habían escuchado de su maestro, Juan el Bautista, la siguiente declaración sobre Jesús:

“Vi al espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se posó sobre él. Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y permanecer sobre él, ése es el que ha de bautizar en el Espíritu Santo. Y yo lo he visto y atestigo que él es el Hijo de Dios” (Jn).

Por esto la conmoción entre los seguidores del Bautista en el momento del bautismo del Señor fue enorme, y miran a Jesús con una atención plena.

Juan y Andrés

Los primeros que tomaron la iniciativa de dirigirse a Jesús fueron Juan y Andrés. Al día siguiente de escuchar las palabras del Bautista, estaban con él cuando éste, al mirar a Jesús que pasaba, dijo: “He aquí el Cordero de Dios”. Ellos se levantan, buscan a Jesús y le siguen. Sabían bastante bien lo que buscaban, y la ansiedad de sus almas se debía reflejar en todo su comportamiento. Era perceptible un cierto temor al empezar la conversación; por su juventud no saben encontrar las palabras adecuadas; quizá por eso no hablaban mientras seguían a Jesús. Es fácil imaginar una sonrisa en Jesús al ver su timidez atrevida, pues sabe bien lo que quieren. Pero no les habla enseguida: deja que hagan algo, quiere que perseveren en la búsqueda.

De repente, se vuelve Jesús hacia ellos, y les mira. Mucho se ha comentado sobre la mirada del Señor. Jesús mira como Dios y como hombre verdadero, manso y humilde de corazón, sencillo e imponente. Les mira con la inteligencia de una mente preclara en la que no hay cabida para la ignorancia natural, y que posee la máxima lucidez humana; les mira con un corazón que ama con perfección humana y divina.

Juan y Andrés callan ante la mirada amable y penetrante de Jesús, y, por fin, escuchan su palabra: “¿Qué buscáis?” Jesús acierta en la diana de sus pensamientos. Lo mismo hará con los demás, pero a cada uno le trata de manera distinta, porque todos son diferentes. Juan y Andrés eran dos buscadores de Dios. Su vida –corta todavía– estaba llena de la inquietud del que no se conforma con una existencia mediocre. De hecho, se habían acercado a Juan Bautista en el Jordán, por su prestigio de hombre austero, valiente, sincero y religioso. Buscaban un maestro coherente, que vive lo que enseña; seguían al profeta del Mesías que ha de venir. Eran buscadores de Dios: esa debía ser su respuesta a la pregunta de Jesús. Pero no lo hacen

así, y su contestación parece extraña, ya que no responden lo que Jesús pide, sino que, simplemente, le preguntan dónde vive. ¿Por qué lo hicieron así? Quizá por una cierta timidez juvenil, o, más bien, porque no se conforman con una respuesta rápida y quieren escuchar con detenimiento a Jesús, con la disposición generosa de hacerse discípulos suyos.

Jesús va directo al fondo del asunto: “¿Qué buscáis?” Es pregunta repetida muchas veces a lo largo de sus años de actividad pública. Él ha venido para encontrar a los hombres, pero también para ser encontrado por ellos. Busca a todos, pero antes que nadie a los buscadores. Habla a todos, pero sabe que sólo será oído por los que tienen oídos para oír.

Pedro y Santiago

Juan y Andrés hablaron pronto con Santiago y Simón, sus hermanos. Las cosas se pueden decir y escuchar de muchas maneras. No es lo mismo una comunicación fría y distante, que lo dicho con alegría y entusiasmo. No es igual transmitir una información rutinaria y anodina, como el estado del tiempo, que manifestar el descubrimiento de aquel que quita todos los males del mundo. Juan y Andrés estaban entusiasmados. Ni podían hablar fríamente, ni podían ser escuchados con indiferencia.

Durante el tiempo anterior al encuentro con sus hermanos se hallaban como fuera de sí, con un gozo y una alegría más que naturales: habían encontrado al Mesías esperado desde hacía tantos siglos. Les parece sorprendente que precisamente ellos fuesen los afortunados y, además, los primeros. Es cierto que no había en Jesús de Nazaret nada extraño o extraordinario, pero estaban seguros de que era él: les bastaba el testimonio del Bautista; y una seguridad interior, difícil de explicar, les movía a creer.

Fue Andrés el que abordó a su hermano diciendo lo que llevaba dentro: “Hemos encontrado al Mesías”. Así, sin rodeos, con una seguridad sorprendente. No habló de Jesús como un profeta, o un hombre de Dios. Le llama el Mesías. No es posible calibrar la primera reacción de Simón. Conociéndole a través de su vida posterior, sabemos de su carácter impetuoso y noble. Simón conocía bien a su hermano y sabía que no era un visionario, no era uno que cree al primero que le cuenta algo extraordinario. Por eso la sorpresa es mayor. Ambos eran pescadores, es decir, hombres prácticos y endurecidos desde niños por los trabajos manuales. Simón parece ser el mayor de los dos, y es comprensible una cierta desconfianza inicial; pero, ¿y si tuviera razón este entusiasta de

Andrés? Además, por comprobar quién es ese Jesús no se pierde nada. No nos cuentan los Evangelios la conversación de Santiago con su hermano Juan, pero debió ser muy similar; quizá hablaron los cuatro. No en vano eran convecinos y compañeros de pesca. Lo cierto es que todos acudieron otra vez a escuchar a Jesús.

Cuando llegaron ante Jesús, mirando a Simón, “fijó en él sus ojos”. También debió ser una mirada que caló hasta el fondo del alma del recién llegado, y antes de que Andrés hiciera las presentaciones, Jesús habló: “Tú eres Simón, el hijo de Juan, tú te llamarás Pedro” (Jn). Siendo más precisos, el nuevo nombre que Jesús atribuye a Simón es Cefas o Piedra, nombre desconocido en Israel. La sorpresa de Simón y de los demás fue enorme. ¿Qué significaba esto? ¿De qué me conoce? ¿Será cosa de mi hermano Andrés? La palabra de Jesús actúa como una simiente lanzada en su alma y dará fruto en el momento oportuno. De momento Jesús le deja un tiempo, para que reflexione.

El pensamiento de Simón debió tener muchos matices. ¿Será cierto lo que me dice mi hermano de que éste Jesús es el Mesías? Parece que me conoce bien, incluso hace una referencia a mi padre. Pero, sobre todo, ¿por qué me ha dado un nuevo nombre? El nombre para los judíos contemporáneos de Jesús era más que una palabra para diferenciar a las personas. Un nombre era una vocación. Sólo podía imponerlo quien tuviera autoridad. ¡Cuánto más si se trataba de cambiarlo! Además, quien daba el nombre tomaba a su cargo al nominado; se declaraba, de algún modo, su padre o su dueño.

Las palabras de Jesús escondían un misterio. Es seguro que lo ocurrido diese más y más vueltas en el interior de Pedro cuando volvió a Cafarnaún con su familia, y mientras trabajaba con las barcas y las redes: “¿Qué ha querido decir ese Jesús? Si es cierto que es el Mesías, significa que me llama a seguirle; pero ¿cómo puedo estar seguro?” Simón, más que buscar, fue buscado, pero el resultado es el mismo que en su hermano. Una llamada fruto de un primer diálogo con Jesús que despierta un interrogante y una inquietud. ¿En qué acabará todo? desde luego ya no podía quedarse tranquilo o indiferente: debía hacer algo y pronto. Pero ¿qué?

Felipe y Natanael

“Al día siguiente quiso Jesús salir hacia Galilea” (Jn). Es entonces cuando aparece en escena el temperamental Felipe. Jesús “encontró a

Felipe y le dijo: Sígueme”. Es la primera vez que Jesús utiliza el consejo imperativo de seguirle. Nada se nos dice sobre si se dio una conversación previa, o si estaba con Andrés y Pedro, sus convecinos de Betsaida. Quizá éstos le habían hablado antes y le habían presentado al Mesías; o bien fue un encuentro en el que Jesús se presentó directamente al que sabía que le estaba buscando. Sea como fuere, los frutos de esa llamada no pudieron ser más fulminantes: Felipe empieza a hacer apostolado con su amigo Natanael.

Natanael se nos presenta como un hombre prudente que pondera los pros y los contras. Buen amigo, pero cauto. Así, cuando Felipe le dice: “Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y también los Profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José”, Natanael le responde con una cierta incredulidad: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” Natanael objeta los prejuicios sobre una población vecina que no ha tenido ningún hecho relevante en su historia y que tampoco ha gozado de ninguna referencia notable en las profecías. Sus palabras son similares a las de los fariseos cuando decían que el Mesías tenía que nacer en Belén. No debió ser fácil convencer a Natanael. Podemos apreciarle como hombre de convicciones firmes y fundamentadas, difícil de convencer. Pero hizo caso a Felipe, y fue a ver a Jesús ante el argumento irresistible: “Ven y verás”, es decir, “juzga por ti mismo; no te retraigas, pues es tan importante lo que te digo que no investigar a fondo es una locura, aunque yo no sepa explicarme muy bien todavía”.

El diálogo de Natanael con Jesús es muy distinto a los dos anteriores. Jesús estaba aún con otros de los primeros cuando interrumpe la conversación y dice ante todos: “He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez”. Natanael debió quedarse sorprendido. El elogio, naturalmente, le agradaba. Pero podía ser una trampa para atraerlo halagando su vanidad, y es muy posible que la primera reacción le endureciese más que ablandarle; sobre todo si era cierto que era un hombre de una pieza. Trucos tan ingenuos, pensaría, no servirían para convencerle. Levantó la cabeza y preguntó con palabras cortantes: “¿De qué me conoces?” Era como un reto, y Jesús lo aceptó. Quizá acentuó su sonrisa y dijo: “Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi” (Jn).

La respuesta conmocionó a Natanael. ¿De qué higuera hablaba Jesús? Parece claro que Natanael lo sabía bien. Nunca sabremos lo que pasó debajo de aquella higuera. Es muy probable que Natanael en ese lugar tuviese algún pensamiento que nadie pudiese conocer, sino el mismo Dios. Quizá le pedía por la salvación de su pueblo, o la pronta venida del Mesías, ya próxima según los vaticinios de los profetas. Lo cierto es que Natanael sintió que aquellas palabras desnudaban su alma. Era un signo. Quien conociera aquello no podía sino ser un enviado de Dios. Por eso, sin que mediara una palabra más, prorrumpió en elogios aún más intensos que los del entusiasta Felipe: “Maestro, tú eres el hijo de Dios, tú eres el rey de Israel”. Cree, y sabe muy bien lo que cree. Su fe revela una preparación doctrinal sólida.

Jesús sonrió ante la respuesta de aquel hombre íntegro y duro que se entusiasmaba como los jóvenes. Por eso añadió una palabras llenas de promesas: “¡Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees! Mayores cosas verás” (Jn). Todos escuchan con asombro. Ya creían en Jesús, y comenzaban a amarle, pero es posible que –en aquel momento– les invadiese un cierto temor, como el discípulo cuando el maestro destapa algo de su sabiduría y le deslumbra, pero en mucho mayor grado, pues les hablaba de realidades divinas.

Jesús sabía que ese asombro era bueno, pues percibían un poco quién era Él, y les adentraba en la experiencia de Jacob que, buscando con esfuerzo la bendición de Dios, vio en sueños una escala: “En verdad, en verdad os digo que algún día veréis el cielo abierto y a los ángeles del cielo subir y bajar sirviendo al Hijo del hombre” (Jn).

Estas palabras recuerdan la profecía de Daniel, en la cual el Mesías vendría como Hijo del Hombre, servido por ángeles, para juzgar, junto con la visión de la escala de Jacob que sube al cielo. Esto se hacía realidad en Jesús. Él se proclama el Mesías esperado. Un estremecimiento recorre el ambiente; todos intuyen que quizá, si es verdad, está comenzando un mundo nuevo.

¿Quién era aquel hombre que así conocía a las personas, y con una simple mirada bajaba a lo más profundo de los corazones anunciando, además, que esto era sólo el prólogo de lo que se avecinaba?

Se sentían felices y asustados de haber conocido a Jesús. Acababan de descubrir a alguien que se había metido en sus vidas, y hasta el fondo de sus corazones. Ciertamente es que podían huir o escabullirse con las variadas excusas que sabe construir el egoísmo, pero estaban fascinados por Jesús. Ésa es la verdad.

La boda de Caná

Después de ese primer encuentro Jesús acudió con los discípulos y María a Caná, donde realiza el primer milagro. La importancia de María, la Madre de Jesús, en este encuentro es muy grande. Los discípulos dejan todo para seguir a Jesús. Pero saben poco de Él. Es lógico que les agrade conocer a su Madre, aunque desconozcan las maravillas que Dios ha hecho en ella. La ven amable y muy compenetrada con su Hijo. Todos van a Caná a unas bodas. Jesús les está enseñando que no rechaza el matrimonio como malo, ni siquiera como algo permitido, pero negativo, sino que se alegra con los novios, como lo hacen todos. Es más, Cristo bendice con su presencia la unión matrimonial con bendiciones del cielo para que pueda cumplir su función original de ser comunión de amor y de vida. Allí Jesús “manifestó su gloria” y “los discípulos creyeron en él”. La intervención de María en estas dos realidades es decisiva.

María está con Jesús en la fiesta de la boda, se fija en todo, y en un momento determinado dice a su Hijo: “No tienen vino” (Jn). Es una petición doble, pues de una parte le pide ayuda en una pequeña dificultad doméstica; y de otra parece que le propone que se manifieste como Mesías mediante un milagro.

La primera reacción de Jesús parece negativa: “¿Qué nos va a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora”. Se cruzan las miradas. María amablemente compenetrada con su Hijo dice en voz baja a los sirvientes: “Haced lo que él os diga” (Jn). Entonces Jesús se levanta, se dirige a los sirvientes y les indica que llenen las hidrias de agua, unos seiscientos litros, trabajo pesado. Obedecen. Y se realiza el milagro de convertir el agua en vino de gran calidad, lo que sorprende al maestra sala, que así se lo comenta a los novios. Se debió levantar un cierto revuelo. Jesús se retira. Acaba de comenzar la ola de milagros, signos de los tiempos mesiánicos, tiempos de abundancia, de alegría, de curación. Entonces, los discípulos se dan cuenta de lo que ha pasado. Están ante alguien más grande de lo que en un principio pensaban. Un milagro sólo se puede hacer con el poder de Dios, y

ellos han visto con sus propios ojos lo que ha sucedido. “Y creyeron en él” como Mesías (Jn). El papel de María es fundamental en este inicio. Después tendrán ocasión de conocer a esta mujer tan sencilla que es, nada más y nada menos, que la Madre de Dios.

El anuncio del Reino de Dios

En los primeros meses de su vida pública, Jesús tiene una gran aceptación entre los que le oyen, y en otros a los que llega el mensaje. Es constante en los evangelistas señalar que “creyeron en él” y era alabado por muchos. ¿Qué era lo que Jesús predicaba para ser tan aceptado? Nada más y nada menos que el Reino de Dios: “Llegó Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios, y diciendo: el tiempo se ha cumplido y está cerca el Reino de Dios; haced penitencia y creed en el Evangelio” (Mc). Juan había preparado el camino predicando que el Reino de Dios estaba al llegar, y así se levantaron grandes expectativas. Pero ahora el Reino de Dios está a las puertas y es Jesús quien lo trae. Todas las miradas se dirigen hacia Él y las esperanzas se despiertan.

La esperanza en el Reino de Dios no era cosa de unos días, ni de una generación, sino que se remontaba a siglos –más de un milenio– en la conciencia histórica de Israel. En todos los hombres y en todos los pueblos ha existido la esperanza de una organización donde reine la paz y la justicia y donde los hombres puedan relacionarse con Dios con libertad, a pesar de que los continuos fracasos lleven a considerar este Reino de paz, amor, justicia y libertad como una utopía. Pero en Israel esta esperanza tiene una fuerza especial porque conecta con la promesa histórica hecha por Dios mismo.

En Israel, el poder tuvo siempre una dimensión religiosa. Así se aprecia ya en Abraham y en Jacob. Pero donde aparece con más claridad es en la monarquía davídica, en la que se cumplen las promesas hechas a los padres en la fe. La dinastía de David subsistirá por siempre (2 Sam) porque Dios le ha hecho una promesa. A partir de ese momento la esperanza de Israel irá unida a la realeza de la estirpe de David (Sal 2 y 110). El rey es “ungido” (mesías) y subordinado a Dios. Isaías anuncia ante el calculador rey Ajaz que de una virgen nacerá un hijo de rey con características extraordinarias: “Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; sobre sus hombros el imperio, y su nombre será: Consejero admirable, Dios potente, Padre eterno, Príncipe de la paz, para ensanchar el imperio, para una paz

sin fin, en el trono de David y en su Reino, para sentarlo y afirmarlo en el derecho y la justicia desde ahora hasta siempre” (Is); con él vendrá una paz insospechada y una reconciliación grande, nacerá en Belén de Efratá y será pastor del pueblo con un poder que llegará a los confines de la tierra con paz (Miq); reinará con justicia y con sabiduría, ejercerá el derecho (Jer). Con el destierro de Israel a Babilonia creció de un modo espiritual esta esperanza, y se une al Templo y a un culto renovado a Dios (Ez). Esta espera se hace exultante e inminente en los tiempos anteriores a Cristo: “Salta de júbilo, hija de Sión; alégrate, hija de Jerusalén. He aquí que tu rey viene a ti; él es justo y victorioso, humilde y montado en un asno, joven cría de asna. Y hará que desaparezcan los carros de guerra de Efraím y los caballos de Jerusalén, y desaparecerá el arco de guerra. Él anunciará la paz a las naciones y dominará de mar a mar y desde el río hasta los confines de la tierra” (Zac).

Esta esperanza del Reino de Dios se revistió en la secta de los esenios de Qumram de un carácter político y nacionalista, y en los celotes de violenta índole. También era muy fuerte entre los fariseos; todo el pueblo estaba a la espera del Reino de Dios. En este contexto llega Jesús, avalado por el testimonio del Bautista, y dice que ha llegado el Reino de Dios; por fin la esperanza se está cumpliendo. Si se cree, el entusiasmo es lógico.

Jesús lo anuncia como un *evangelio*, como una buena nueva, como una novedad. El componente religioso es claro: deben convertirse, cambiar de mente, depurarse de las deformaciones y estar dispuestos a ver y aceptar en qué modo se manifiesta el cumplimiento de las promesas y la plenitud del Reino. Después se irá aclarando en qué consiste el Reino de Dios; pero, de momento, el anuncio está hecho. La primera aceptación de la mayoría es una buena señal para ese nuevo Reino de Dios en la tierra y en Israel.

Los milagros

Una parte importante de la aceptación que Jesús encontró se debió a la abundancia de sus milagros. Después del milagro de la boda de Caná –que queda en un ámbito más bien doméstico–, Jesús rodea su predicación del Reino de muchas curaciones y expulsiones de demonios.

Los milagros son el lenguaje de Dios. La naturaleza habla de la gloria de Dios. Para los ojos despiertos, que no están nublados por la rutina, toda la creación es un canto de alabanza al Creador, que pregona: Él nos ha hecho. La belleza del mundo es palabra hermosa que habla de Dios. El sol

y la luna; las estrellas, la noche y el día; las estaciones, las flores, los mares y los ríos; los desiertos, los bosques y los animales. Todo habla de Dios y de su esplendor de gloria. Pero el milagro tiene un lenguaje especial. Es el lenguaje privado de Dios. Sólo Él puede emitir una palabra que vaya más allá de los límites que ha querido establecer en la naturaleza. Los milagros hablan del amor omnipotente del eterno. Y Dios habla en Jesús con tantos milagros que, al cabo de los tres años, casi se acostumbran a esa grandeza. Todos los milagros de Jesús son para el bien; nunca realiza ningún milagro para castigar o hacer caer fuego del cielo sobre los injustos o los malhechores. Los que los observan, ven el dedo de Dios que señala: mirad a mi Hijo. Los beneficiados se gozan. Los ciegos se llenan de alegría, al ver; los paralíticos saltan de gozo, y los leprosos estrenan nueva convivencia al quedar limpios.

Es significativa la cantidad de milagros destinados a sanar las enfermedades. El dolor es un efecto del pecado de origen. Cristo, al vencer al dolor, quiere demostrar que viene a vencer a su causa, que es el pecado. No sana todas las enfermedades, sólo unas pocas, aunque se cuenten por centenares. Porque el dolor se va a convertir en instrumento del amor más grande. Gran misterio el del dolor; pero mayor aún el del amor que, en el dolor, no deja de querer. Jesús dará a conocer su mesianidad por medio de los milagros, pero cada milagro será un signo elocuente de lo que viene a traer al mundo: una felicidad nueva, presentada por un amor generoso y fuerte, que llega de lo Alto.

Éstos son los hechos: “Al atardecer, cuando se puso el sol, llevaban hasta él a todos los enfermos y a los endemoniados; y estaba toda la ciudad agolpada junto a la puerta. Y curó a muchos que padecían diversas enfermedades, y expulsó a muchos demonios, y no les dejaba hablar, porque sabían quién era. De madrugada, todavía muy oscuro, se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí oraba. Salió a buscarle Simón y los que estaban con él; y, cuando lo encontraron, le dijeron: Todos te buscan. Y les dijo: Vayamos a otra parte, a las aldeas próximas, para que predique también allí, pues para esto he venido. Y pasó por toda Galilea predicando en sus sinagogas y expulsando a los demonios” (Mc).

Más adelante veremos uno a uno los milagros de Jesús: son una constante en su primera predicación. “Recorría Jesús toda la Galilea enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del Reino y curando

toda enfermedad y dolencia del pueblo” (Mt). Estas curaciones ocurrieron también en Judea (Jn).

Todo el mundo desea la superación del dolor. Todos se alegran ante una curación repentina y alegre, hecha sin esfuerzo. Y la consecuencia es inmediata: ¿por qué este Jesús puede hacer estos milagros tan sorprendentes? Porque tiene el poder de Dios, porque el Reino de Dios ha llegado a Israel. Nicodemo acudirá a él diciéndole precisamente que “ninguno podría hacer esos milagros que tú haces, si Dios no estuviese con él” (Jn), y esto es un clamor general. Los milagros se convierten en signos de que Dios está cumpliendo sus promesas; por fin llega una acción de curación y de alegría; los tiempos mesiánicos han comenzado.

Así se entiende que al comienzo, en el primer año de su ministerio, Jesús “era honrado de todos” (Lc). Más aún, cuando Jesús proclama “un año de gracia del Señor” (Lc), un año de misericordia en el que los corazones se van a llenar de esperanza.

Esto lo hizo “para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías: él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades” (Mt). Jesús se muestra misericordioso y con poder para grandes y pequeñas curaciones. No era posible quedarse indiferente ante hechos tan luminosos y las conversiones van en aumento; algunas son de personajes importantes, la mayoría de gente sencilla. Jesús las acepta. El pequeño rebaño crece de uno en uno, que es el modo divino de contar. Jesús exige mucho porque no quiere que se trate de un entusiasmo pasajero, ni se sientan movidos sólo por lo extraordinario de sus acciones. Pero no deja de conmoverse ante las penas humanas. El fundamento de la entrega para entrar en el Reino de los cielos debe ser sólido: una fe firme y una caridad verdadera dispuesta a todo. Pero también saberse querido y consolado cuando el dolor aprieta.

¿Cómo hace Jesús los milagros? No con grandes gestos, sino con suavidad. En algunas ocasiones se manifiesta majestuoso, como, por ejemplo, al mandar que se calme la tempestad; pero lo habitual es la sencillez y la naturalidad. Dan la impresión de un agua que brota de una fuente muy abundante. En ocasiones reza al Padre, pero es más una acción de gracias que una petición. Lo habitual es un acto de su voluntad, una palabra, un querer, y se produce el milagro. Es más, algunos milagros se

realizan sin una intervención directa de su voluntad, como arrancados al tocar sus ropas.

Jesús es la imagen del Padre, es su Palabra, y todo su actuar refleja su ser. Sus gestos son expresivos y sus palabras los aclaran. En los milagros es constante el testimonio de cómo se compadece del que sufre. No se trata sólo de signos de su poder, o de su divinidad, sino del testimonio de su compasión por el que sufre. Son movimientos de su corazón misericordioso ante la madre que padece, o ante el doliente, o el angustiado. Esta misericordia de su corazón es la fuente de donde brota el acto poderoso. En el milagro se revela la misericordia divina a través de los encuentros de Jesús con el dolor humano. Son, pues, una verdadera revelación de las entrañas de Dios hacia los dolores de los hombres.

No es fácil saber por qué los fariseos se oponen a Jesús ya desde un principio. Pero desde el comienzo se da una oposición más o menos larvada. Sorprende que encuentren una explicación a lo inexplicable de los milagros atribuyendo el hecho al poder de Satanás; como si Jesús fuese un instrumento del demonio, o el mismo demonio. No pueden aceptar que realmente sea el dedo de Dios el que actúa en Jesús, porque no están dispuestos a aceptar un mensaje de amor pleno como el que se está formulando. Sin estos presupuestos no tendría ninguna explicación su conducta.

Primera Pascua

Tras los hechos de Caná y Cafarnaúm, Jesús inicia su manifestación a Israel como Mesías, y lo hace en Jerusalén, la ciudad santa. Jerusalén era la ciudad del Templo y, por ello, la ciudad de Dios. Allí se adoraba a Dios del modo más pleno. Los israelitas peregrinaban a ella desde todo el mundo, especialmente los que vivían en Israel. El Templo, construido por Salomón, se había convertido en el centro de la religiosidad, desplazándolo de las casas particulares. Su destrucción fue una gran desgracia sentida por todos. A la vuelta de la cautividad de Babilonia los judíos lo reconstruyen, aunque sin su antiguo esplendor, pero con un cuerpo sacerdotal, unos sacrificios y una doctrina. Herodes lo volvió a reconstruir más adelante, lleno de magnificencia. Era conveniente que el Mesías se diese a conocer en el centro espiritual de Israel, y así lo hizo.

El modo de esa manifestación resulta sorprendente, pues nada más llegar al Templo se produce la primera expulsión de los mercaderes que

vendían lo necesario para los sacrificios y para las ofrendas. Esta acción molestará vivamente tanto a los que se aprovechaban de esa mercadería como al Sumo sacerdote, cargo que comportaba un notable enriquecimiento por estas y otras prácticas parecidas. Pero agradará a los más religiosos, que verán en Jesús el fuego de los profetas que clama ante la religiosidad pervertida y mercadeada. Tras esta expulsión muchos creyeron en él, aunque, a la vez, toma cuerpo la oposición que irá creciendo en la medida en que Jesús aclare en qué consiste el Reino de Dios.

“Estaba próxima la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y haciendo un látigo de cuerdas arrojó a todos del Templo, con las ovejas y los bueyes; tiró las monedas de los cambistas y volcó las mesas. Y dijo a los que vendían palomas: Quitad esto de aquí, no hagáis de la casa de mi Padre un mercado. Recordaron sus discípulos que está escrito: *El celo de tu casa me consume*” (Jn).

La acción de Jesús no es fruto de un acceso de ira repentino, sino algo querido de un modo lúcido y claro. Se trataba de instaurar el Reino de Dios Padre primero en su propia casa. Se trataba de que aquellos muros fuesen casa de oración, de diálogo sincero, de amor desinteresado. Y para eso se necesitaba una purificación del pecado y de la mancha que significaba convertir la limosna y el culto purificador en un suculento negocio al servicio de intereses inconfesables. Por eso les decía: “¿No está escrito que mi casa será llamada casa de oración para todas las gentes? Vosotros, en cambio, la habéis convertido en una cueva de ladrones” (Mc, Mt y Lc). Se había impedido lo más importante de Israel: los derechos de Dios por un mercadeo. La esencia religiosa del pueblo se corrompía y los abusos eran constantes. El desprestigio llegaba a otros campos menores, como el de evitar dar la vuelta al Templo para ir de un lado a otro y pasar por en medio de él con el consiguiente barullo de animales, excrementos y paseantes que convertían el Templo en un mero lugar de paso. También esa costumbre, fruto de la pereza o de la comodidad, será corregida, pues “no permitía que nadie transportase cosas por el Templo” para evitar la alteración del ambiente de oración y recogimiento.

El Reino de Dios, que estaba cerca, se manifestaba ya desde el principio como una restauración de lo religioso en el mismo centro. Han llegado los nuevos tiempos largamente esperados. Muchos preguntarían

quién era ese desconocido. Y se enterarían que acababa de anunciar la llegada del Reino de Dios; y que el Bautista lo avalaba con toda su autoridad de profeta ante el pueblo. El mismo Jesús explica con palabras el sentido de su acción. Muchos no se alteran demasiado hasta ver en qué paran las cosas: ya había demasiados exaltados que se proclamaban mesías.

Aunque la expulsión de los mercaderes fuese bien vista por los hombres religiosos, y quizás por la mayoría del pueblo, fue también ocasión de la primera reacción en contra de Jesús, pues ya desde entonces “lo oyeron los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y buscaban el modo de perderle; pues le temían, ya que toda la muchedumbre estaba admirada de su doctrina” (Mc).

Si se hubiera tratado sólo de corregir un abuso moral, la mayoría estaba de acuerdo, también los fariseos. Pero había algo más. Jesús suele hablar con un lenguaje simbólico, como la mayor parte de los judíos de su tiempo: los gestos aclaraban lo que necesitaba una interpretación. La expulsión de los mercaderes del Templo, en primer término, es la corrección del abuso; pero, en un segundo nivel, es un ataque al Templo mismo, o, mejor, a su modo de conducir la religiosidad de su tiempo. Así lo entienden un grupo de fariseos que polemizan con él.

Y se levantó la primera polémica: “Entonces los judíos replicaron: ¿Qué señal nos das para hacer esto?” Es como reprocharle que se sienta con más autoridad que el Templo y sus sacerdotes, que no han rechazado esos usos y, en cambio, custodian al Santo de los Santos. A lo que Jesús respondió: “Destruid este Templo y en tres días lo levantaré. Los judíos contestaron: ¿En cuarenta y seis años ha sido construido este Templo, y tú lo vas a levantar en tres días? Pero él hablaba del Templo de su cuerpo. Cuando resucitó de entre los muertos, recordaron sus discípulos que él había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había pronunciado Jesús” (Jn).

La respuesta de Jesús es fulminante y será recordada por todos. Jesús se reconoce a sí mismo como superior al Templo, hasta el punto de poder destruirlo y reconstruirlo. Es evidente que no entendieron entonces que se refería a Él mismo, pero sí que entendieron que era superior, y eso no lo podían tolerar. No iba a ser fácil llegar al corazón de todos y que le

reconociesen como Mesías: había que luchar contra muchas cosas y remover muchos obstáculos. El pecado se revestía de muchos modos: la avaricia y el enriquecimiento aprovechando lo religioso va a ser el primero; y el segundo, un modo de vivir la religiosidad que no estaba de acuerdo con el querer de Dios, como se pondrá de manifiesto en las polémicas posteriores.

Sin embargo, el fruto más importante de aquella primera expulsión fue la conversión de muchos. “Mientras estaba en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre al ver los milagros que hacía” (Jn). Aunque la primera conversión, o la aceptación de Jesús como el enviado, fuese superficial, allí estaba. Era un buen comienzo para llegar a los corazones de los hombres.

Tras estos hechos, Jesús sigue un tiempo en Judea, hasta el mes de abril o los comienzos del de mayo. “Después de esto fue Jesús con sus discípulos a la región de Judea, y allí convivía con ellos y bautizaba” (Jn). Cuenta con un número apreciable de discípulos, y se multiplican las conversiones en aquella tierra difícil de Judea. La respuesta a los hechos de la primera Pascua y el comienzo de la manifestación de Jesús son esperanzadores, “pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos, y no necesitaba que nadie le diera testimonio acerca de hombre alguno, pues sabía lo que hay dentro de cada hombre”. En muchos la conversión fue una adhesión firme, aunque la identidad de Jesús no se hubiese revelado en su totalidad. En otros hay una resistencia clara. Pero todos debían cambiar sus esquemas mentales religiosos para poder comprender la buena nueva del Reino de Dios, cosa difícil que requería verdadera humildad y ánimo abierto junto a una verdadera sed de vivir con Dios.

En la sinagoga de Nazaret

Tras los sucesos de Jerusalén y la primera predicación en Judea, Jesús vuelve a Galilea estableciendo en Cafarnaún, a orillas del lago Genesaret, el centro de una intensa acción para dar a conocer el evangelio del Reino, todo ello acompañado de múltiples milagros. “Cuando vino a Galilea, le recibieron los galileos porque habían visto todo cuanto hizo durante la fiesta en Jerusalén, pues también ellos habían ido a la fiesta” (Jn).

Antes de predicar en las diversas poblaciones galileas, acude a Nazaret, donde ha vivido unos treinta años –toda una vida de trabajo– sin ningún signo externo que pudiese dejar entrever ni su misión ni su personalidad. Muchos del pueblo han presenciado los sucesos de Jerusalén, y también han llegado ecos de algunas de las curaciones realizadas, junto a la predicación del esperado Reino de Dios. La expectación, curiosidad y recelo, eran, pues, grandes; todos quieren saber directamente qué pasa, y oírse lo decir a Él mismo, su paisano, su pariente. Y acuden todos a la sinagoga.

Jesús “llegó a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró en la sinagoga el sábado, y se levantó a leer. Entonces le entregaron el libro del Profeta Isaías, y abriendo el libro dio con el lugar donde estaba escrito: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha unguido para evangelizar a los pobres, me ha enviado para anunciar la redención a los cautivos y devolver la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y para promulgar el año de gracia del Señor.* Y enrollando el libro se lo devolvió al ministro, y se sentó. Todos en la sinagoga tenían fijos los ojos en él” (Lc).

El silencio, la atención y los pensamientos de los que estaban allí eran intensos. Los de más edad le habían visto durante treinta años como uno más junto a sus hijos; nada extraordinario había hecho, ni siquiera había asistido a las escuelas rabínicas más importantes; era un artesano como los demás; era el hijo de José, que había muerto hacía poco tiempo y su madre, María, estaba aún viviendo en el pueblo. Sus parientes estarían presos, si cabe, de una sorpresa mayor que la de los demás, porque le conocían más. Sabían lo bueno que era, pero nunca les había manifestado nada respecto a su mesianidad; ni siquiera había mostrado tendencia profética alguna; era tan normal como ellos.

Entonces Jesús empezó a hablar y sus palabras les llenaron de estupor: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír” (Lc). La conmoción fue grande; era cierto lo que se decía de él, no eran sólo habladurías; este Jesús, tan conocido, se declara el Ungido de Dios, el Cristo, el Mesías anunciado por los profetas. Y dice que con él, hoy mismo, comienza el año de gracia profetizado por Isaías. Quienes le escuchan no se pueden quedar indiferentes, tienen que decir si le aceptan o le rechazan. El estupor se hace general.

La sorpresa de los presentes la narran los evangelistas con expresiones encontradas. No hay una reacción unánime, como de hecho nunca la habrá en torno a Jesús. De entrada “todos daban testimonio en favor de él, y se admiraban de las palabras de gracia que procedían de su boca” (Lc) y “quedaron llenos de admiración”. Pero enseguida aparecen reacciones opuestas: muchos no aceptan sin más el testimonio que da de sí mismo. Piensan que le conocen y no entienden de dónde le venía aquel modo sabio de hablar: “¿De dónde le viene a éste esta sabiduría y los milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama María su madre, y sus parientes Santiago, José, Simón y Judas? Y sus parientes no están todas entre nosotros? Pues ¿de dónde le viene esto?” (Mt y Mc).

Lo más lógico era que, si no encontraban una explicación natural a su sabiduría ni a sus milagros, existiese una explicación sobrenatural; pero no les resultaba fácil creer que uno de los suyos fuese el Mesías. Y se dividieron entre ellos. La mayoría “se escandalizaba de él”; otros le pedían milagros, con incredulidad. Algunos –como Santiago y Judas Tadeo– creyeron en él y se contarán más tarde entre sus apóstoles. También la madre de estos dos apóstoles cree y estará con las santas mujeres al pie de la cruz.

Pero una gran mayoría se enfureció contra Jesús, “lo arrojaron de la ciudad, y lo llevaron a la cumbre de la montaña sobre la que estaba edificada para despeñarle. Pero él, pasando por medio de ellos, seguía su camino” (Lc). Es la primera reacción en contra de una cierta consideración, y sus frutos serán amargos pues “no podía hacer allí ningún milagro, sino que impuso las manos a unos pocos enfermos y los curó” (Mc).

Jesús “se maravillaba de su incredulidad”. Una frase del Señor que ha pasado a ser una sentencia de valor universal refleja esa circunstancia: “Un profeta sólo es menospreciado en su patria, entre sus parientes y familia” (Mt, Mc, Lc).

La escena de Nazaret es fuerte. Los amigos del Señor, la mayoría de los que han convivido con él y sus parientes no le comprenden, e incluso le expulsan de la ciudad hasta el punto de que algunos exaltados quieren matarle. La conducta de los nazarenos manifiesta algo común a todo hombre: resulta difícil superar los esquemas humanos acostumbrados. Los nazarenos y los parientes de Jesús no se sienten con fuerzas para dar el salto de fe necesario para creer que uno de ellos es el Mesías. Es lógico que

Jesús sienta un dolor considerable al ver tan poco amor en aquellos a los que quiere de una manera especial. María Santísima también sufriría intensamente; Ella tuvo que permanecer allí cuando se marchó Jesús y recibiría las recriminaciones de los que no entendían a su Hijo.

Y Jesús se marcha de Nazaret con el anuncio del año de gracia concedido a los hombres. Ciertamente, todo el tiempo que vive Jesús va a ser un tiempo de gracia. Pero este año que vamos a seguir será un año de misericordia para todos los que acepten la predicación que se va a realizar de un modo activísimo en todo Israel, primero en Galilea, pero también en Judea, Samaría y los territorios limítrofes

En Caná y Cafarnaún realiza algunos milagros

“Entonces vino de nuevo a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había allí un funcionario real de Cafarnaún, cuyo hijo estaba enfermo”. Algunos lo relacionan con Cusa, el esposo de Juana, una de las más fieles seguidoras del Señor. Este hombre, “al oír que Jesús venía de Judea hacia Galilea, se acercó a él y le rogaba que bajase y curara a su hijo, pues estaba muriéndose. Jesús pone a prueba su fe señalando una actitud que va a ser muy frecuente entre los judíos: piden milagros para creer, cuando debía ser al revés: primero creer y, luego, conseguir de Dios la gracia de las curaciones queridas. Por eso Jesús le presenta una cierta oposición: “Si no veis signos y prodigios, no creéis. Le respondió el funcionario real: Señor, baja antes de que se muera mi hijo. Jesús le contestó: Vete, tu hijo vive. Aquel hombre creyó en la palabra que Jesús le dijo y se marchó”. Caná estaba a unos veinte quilómetros de Cafarnaún y no era concebible una curación en estas circunstancias. Pero lo cierto es que el funcionario cree.

“Mientras bajaba, sus siervos le salieron al encuentro diciendo que su hijo vivía. Les preguntó la hora en que empezó a mejorar. Le respondieron: Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre. Entonces el padre cayó en la cuenta de que aquélla era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive. Y creyó él y toda su casa. Este segundo milagro lo hizo Jesús cuando vino de Judea a Galilea”.

Los milagros se van a ir sucediendo, suscitando fe en muchos; acompañarán la predicación y serán signos que esclarezcan la doctrina.

El “sígueme” de Simón, Andrés, Santiago y Juan

Jesús había dejado a Juan, Andrés, Santiago, Simón, Felipe y Natanael con una inquietud en el alma. Ahora creen, pero viven igual que antes. Su fe es una semilla que aún debe germinar. Saben que tienen que hacer algo, pero no saben qué es. Entonces llega Jesús donde ellos trabajan, acude a buscarlos junto al lago de Genesaret. Este lago es un lugar privilegiado de la naturaleza. Sus medidas son de veinte y diez kilómetros, entre su longitud máxima y su anchura. Ni demasiado grande, ni demasiado pequeño. Lo suficiente para constituir una medida humana y acogedora. Sus aguas dulces son fruto de las altas cumbres del monte Hermón, y las vierte, a su vez, en el Jordán. Le rodea una vegetación arborada y su entorno son prados. En las épocas primaverales la pradera se llena de pequeñas flores que le dan un agradable colorido. La temperatura es deliciosa, ya que reina un clima levantino algo alejado de la costa, con vientos provenientes de las cercanas montañas, que atemperan las épocas más calurosas. Los puertos de pescadores se suceden a poca distancia unos de otros, pues la pesca es abundante. Por su emplazamiento, es un lugar donde los hombres pueden vivir a gusto, sin las agresiones del excesivo frío o del calor fuerte, con agua y con luz. Favorece los largos ratos al aire libre en conversación amistosa; y las pocas lluvias facilitan más aún estas reuniones con el cielo por techo y sentados en la hierba. Alrededor del lago, a una cierta distancia, se elevan pequeñas colinas desde las que con una mirada se domina todo el lago. Las puestas de sol invitan a la oración y a agradecer a Dios la belleza de lo creado.

Nazaret está relativamente cerca, aunque alejada de sus orillas; entre las poblaciones que se encuentran allí se puede contar Betsaida –lugar de nacimiento de Pedro, Juan, Felipe, Andrés y Santiago–; Cafarnaún –donde vivían Pedro y Andrés cuando Jesús les llamó definitivamente–; Magdala –lugar de la conversión de la mujer pecadora–; Tabigha –donde se realizó la segunda pesca milagrosa, la de los 153 peces grandes bien contados–; Tiberíades –localidad romana de mala fama entre los judíos–; y algunos otros pequeños puertos de pescadores.

Este es el marco del segundo encuentro de Jesús con algunos de sus futuros apóstoles. La semilla dejada en su alma en el primer encuentro con el Señor va a dar aquí su primer fruto.

Los seis primeros, después de hablar con Jesús, volvieron a sus casas con la inquietud en el alma. No pueden ser indiferentes a lo que han visto y oído. El encuentro con Cristo había sido muy intenso. Jesús había entrado en sus almas hasta lo más hondo. Ciertamente que ellos habían puesto pocas dificultades y estaban llenos de buena voluntad; pero hemos de reconocer que es difícil acostumbrarse a lo desconocido; y más aún si se trata de un encuentro con el Mesías anunciado por los profetas y esperado durante tantos siglos por los israelitas. Jesús había dicho a unos que era Él a quien esperaban: el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. A otro le cambió el nombre. A otro lo entusiasma. Alguien descubre en Él al Hijo de Dios y al rey de Israel. Los detalles del primer encuentro y la hondura de las primeras palabras bullen en su interior, también cuando se dedicaban a sus tareas habituales de pesca. La simiente lanzada a voleo por el sembrador iba desarrollándose en su alma. Iban asimilando lo oído y lo visto. Y esto requiere un cierto tiempo, aunque sea poco.

Jesús deja pasar los días para que maduren la experiencia de aquel primer encuentro. Después, los busca para realizar una segunda llamada, la definitiva. Esta llamada es repentina, pero la respuesta es rápida, lo que significa que han reflexionado sobre el primer encuentro.

Después de la manifestación en Judea y Nazaret las almas ya están maduras, y Jesús se presenta en Cafarnaún. Al verle, los seis sienten un gran sobresalto. La alegría es grande en todos, aunque en alguno apareciese una cierta inquietud, al presentir que aquella visita tan grata le iba a complicar la vida; pero difícilmente podía seguir su vida transcurriendo como hasta el momento. Lo recibieron con gusto, y Jesús se quedó, con gozo, con sus nuevos amigos.

Jesús, que sabe lo que pasa por su interior, se dirige a ellos y les dice algo inesperado y deseado al mismo tiempo: sígueme, o seguidme. El Señor quiere dejar bien claro que no le eligen ellos a él como Maestro, sino que libremente les elige él a ellos como discípulos.

La llamada se dio al pasar Jesús cerca de ellos. Parece casual, rápida, como dicha de paso; pero no es así. Cristo los busca, ha ido a su pueblo deliberadamente, se dirige con toda intención a la orilla donde están, y pasa por sus vidas en el momento elegido por él: “Y, al pasar junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, que echaban las redes en el mar, pues eran pescadores. Y les dijo Jesús: Seguidme, y os haré pescadores de hombres. Y, al instante, dejaron las redes y le siguieron. Y avanzando un poco, vio a Santiago el de Zebedeo y a Juan su hermano, que remendaban las redes en la barca. Y enseguida los llamó. Y dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron tras él” (Mt y Mc).

¿Qué quiere decir “sígueme”? ¿Es un mandato o una petición? No es fácil contestar, pues nos falta conocer el acento con que Jesús pronuncia la palabra. “Sígueme” tiene algo de mandato y algo de súplica. La voluntad de Dios se exterioriza en esta palabra, y por tanto es un mandato; pero al mismo tiempo suplica una respuesta libre. Es un mandato, pero con un acento amoroso. Es como decir: “si quieres puedes ser mi discípulo, pero ten en cuenta que es Dios quien te lo pide”; o bien: “quiero que me sigas, aunque eres muy libre para decidirte”. No en vano el amor es más exigente que la justicia y, cuando es el Amor el que llama, una súplica es un mandato.

¿Qué contenido tiene la propuesta de seguir a Jesús? Lo vemos claramente en la respuesta de los apóstoles: dejar sus ocupaciones, su modo de vida, y vivir como el mismo Jesús. Les pedía un cambio de vida respecto a Dios y a la vez dedicarse a una tarea algo enigmática. Era lógico hacer preguntas, enterarse bien de lo que debían hacer: cómo quedaría la familia, las barcas, y mil detalles de cierta importancia. Pero no hicieron preguntas. Creen en Jesús, se fían de Él, y por eso le siguen dejándolo todo. Andrés y Pedro dejaron las redes tal y como estaban. Santiago y Juan

dejaron a su padre boquiabierto, aun en el supuesto de que Zebedeo conociera algo por las conversaciones familiares de aquellos días.

Dejaron todo “al instante, al momento”. No hubo dilación, ni excusas más o menos razonables. Esa prontitud en la entrega es importante. En el caso de estos cuatro apóstoles no era imprudencia, ni temeridad, pues conocían bien quién era Jesús y creían en Él; tenían la formación básica que proporcionaba la Ley, unida a la que les había dado Juan Bautista. Si hubiera sido un acto generoso, pero imprudente, Jesús no les hubiera admitido en su compañía. No quiere decir esto que ya fuesen perfectos, ni siquiera que tuviesen perfecta conciencia de lo que se les pedía. Jesús les llama precisamente para formarlos, y conoce muy bien sus carencias intelectuales y humanas. Pero la valentía, la firmeza, la prontitud en la decisión es necesaria en la generosidad.

Seguir a Jesús es convivir con Él. La perspectiva es halagüeña, pero no fácil. Jesús se exige mucho; les conocerá muy de cerca y la experiencia muestra la diferencia entre un trato diario y continuado y uno esporádico. La convivencia diaria permite que afloren defectos: desalientos, malhumor, pereza, espíritu crítico, envidia y tantos otros. Pero sólo esa convivencia hará posible una educación y una formación de filigrana. Las grandes ideas y los consejos sabios se concretarán en correcciones concretas y en costumbres detalladas, como el control de la lengua, la paciencia ante los inoportunos, no dejar nunca para después la oración y mil cosas más. Santiago y Juan dejan a su padre Zebedeo. Pedro, a su familia. No se trata pues de dejar cosas malas o indiferentes, sino realidades tan buenas como la familia misma. Cabía argüir, como excusa para la entrega, que el cuarto mandamiento es muy importante; pero el primero lo es más, y ambos no pueden estar en oposición.

El contenido de la petición del “sígueme” con el que Jesús llama a los discípulos se puede resumir en “comprometerse”. No les muestra al principio todo lo que van a hacer, ni si tendrán que vivir un determinado tipo de vida, o de estudio. Si les hubiese hablado al principio de la Cruz se hubiesen asustado, y quizá no se hubiesen atrevido a entregarse. Parece

claro que seguirle equivale a fiarse de Jesús y a hacer las cosas como el Maestro les indique.

La primera pesca milagrosa

Jesús “al pasar” les llamó y le siguieron. Pero, siendo más precisos, la llamada se produjo después de la primera pesca milagrosa. Sólo al final de ella brota la decisión clara de Simón, Andrés, Juan y Santiago de dejarlo todo y de seguir a Cristo.

Sucedió que, estando Jesús junto al lago de Genesaret, la multitud se agolpaba a su alrededor para oír la palabra de Dios. Y vio dos barcas que estaban a la orilla del lago; los pescadores habían bajado de ellas y estaban lavando las redes. Entonces, subiendo en una de las barcas que era de Simón, le rogó que la apartase un poco de tierra. Y sentado, enseñaba desde la barca a la multitud.

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: “Guía mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca. Simón le contestó: Maestro, hemos estado fatigándonos durante toda la noche y nada hemos pescado; pero no obstante, sobre tu palabra echaré las redes. Y habiéndolo hecho recogieron gran cantidad de peces, tantos que las redes se rompían. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que vinieran y les ayudasen. Vinieron y llenaron las dos barcas, de modo que casi se hundían. Cuando lo vio Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy un pobre pecador. Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos estaban con él, por la gran cantidad de peces que habían capturado. Lo mismo sucedía a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Entonces Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serán hombres los que has de pescar. Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron” (Lc).

Jesús conoce el corazón humano; y la pesca milagrosa será un signo importante para la vocación de aquellos cuatro pescadores. Todo lo que sucede alrededor de la pesca milagrosa es como hablar con símbolos muy expresivos. Primero les pide prestada la barca y les da la alegría de poder hacer un favor al Maestro. Después le escuchan y su alma se conmueve. Remar mar adentro les representa una pequeña molestia, recompensada por la buena compañía. La petición de lanzar la red ya es más arriesgada, pues requiere fiarse de Jesús en algo en lo que ellos son expertos y que va contra la experiencia de pescar de día; más aún, cuando en toda la noche no han pescado nada. Pero dan el paso porque creen en Jesús. Sólo entonces se da la pesca abundante y desproporcionada. Entonces se dan cuenta del milagro. Pedro se sobrecoge, se siente tocado por Dios, y expresa de un modo admirable lo que todos sienten: “Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador”. Ha percibido la luz de la divinidad y con ella el contraste de su pequeñez y miseria; dice a Jesús que se aparte porque él no se considera digno, a la vez que se acerca más a él; y la decisión de entregarse dejándolo todo se hace irrevocable. ¿Cómo negarse ahora a acceder a la petición que le hace el Maestro?

El resto de los apóstoles

No conocemos cómo fue la llamada del resto de los apóstoles, excepto en el caso de Leví. La discreción envuelve su vocación. Dos de ellos, Santiago y Judas Tadeo, son parientes del Señor, y debió suceder con la confianza de los que se conocen mucho. Probablemente le dicen que tienen fe, que creen en él como Mesías. Jesús les hace ver la dificultad de una familia que no cree en él. Y cuando les ve decididos, les acepta como discípulos. Seguirle no fue fácil; pues sus otros hermanos se oponen a Jesús. La familia casi entera acabará llamando loco a Jesús. Es lógico que tilden de ilusos a los que siguen a un loco. Ciertamente que su madre María Cleofé también cree, pero su voz no debió tener ningún peso específico puesto que se trataba “sólo” de una mujer. Ella, sin embargo, será, junto a María y otras mujeres, quienes acompañarán al Señor durante todos estos años de vida pública. Y en la pasión continuará al pie de la cruz. Su

testimonio tiene su valor, aunque no excesivo, en sus hijos. El paso no debió ser fácil.

La vocación de Simón el cananeo y de Tomás debió ser un “sígueme” como los anteriores, pero adaptado a unas circunstancias que invitan a la discreción. El silencio es mayor en el caso de Judas Iscariote, como si los evangelistas se avergonzasen del fracaso de un hombre que empezó bien.

El endemoniado en la sinagoga

La lucha con el diablo fue terrible en el desierto. Uno de los signos de que esta lucha continúa en la vida de Jesús será la expulsión de demonios de diversos posesos. Uno de los primeros fue en la sinagoga de Cafarnaún.

Jesús acude con los primeros discípulos a la sinagoga; allí va a ser su primera predicación. “Entran en Cafarnaún; y al llegar el sábado, fue a la sinagoga y enseñaba. Y quedaban admirados de su doctrina, pues les enseñaba como quien tiene potestad y no como los escribas. Se encontraba entonces en la sinagoga un hombre poseído de un espíritu inmundo, y decía a gritos: ¿Qué hay entre nosotros y tú, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? ¡Sé quién eres tú: el Santo de Dios!” (Mc).

Con frecuencia, el dolor asusta, aunque mueva a compasión. Los accesos de un loco aumentan esta impresión. Pero, ante un endemoniado, se une el temor a lo sobrenatural tenebroso. Aquel hombre grita, poseído; se enfurece; su cuerpo se revuelca. Todos se apartan sin saber qué hacer. Los gritos revelan algo de la tentación misma del desierto: manifestar o preguntar si Jesús es el Santo de Dios y evidenciar un rechazo lleno de odio. Una parte importante del evangelio del Reino va a consistir, precisamente, en expulsar al príncipe de este mundo, que es el diablo, vencéndolo con la humildad humana y el poder de Dios.

Jesús no acepta ningún diálogo con los demonios: con autoridad y fuerza “le conminó diciendo: Calla, y sal de él. Entonces, el espíritu inmundo, zarandeándolo y dando una gran voz, salió de él”. La escena es fuerte y sorprendente, asusta. De hecho “se quedaron todos estupefactos”. Y, cuando el endemoniado vuelve en sí, viene la consideración natural: ¿qué ha pasado? No se trata de una curación que podría atribuirse a causas naturales, “de modo que se preguntaban entre sí diciendo: ¿Qué es esto? Una doctrina nueva con potestad. Manda incluso a los espíritus inmundos y le obedecen. Y su fama corrió pronto por doquier en toda la región de Galilea” (Mc). Para sus discípulos debió ser una confirmación más de que estaban ante el Mesías.

La suegra de Pedro

A continuación, los evangelistas narran un hecho que parece insignificante en el contexto de los que se están sucediendo, pero que posee en realidad un marcado relieve: se trata de la curación de las fiebres de la suegra de Pedro. Salen todos sobrecogidos y emocionados de la sinagoga. Jesús también. Van a casa de Simón, y allí su suegra permanece enferma. “En cuanto salieron de la sinagoga, fueron a la casa de Simón y de Andrés, con Santiago y Juan. La suegra de Simón estaba acostada con fiebre, y enseguida le hablaron de ella. Acercándose, la tomó de la mano y la levantó; le desapareció la fiebre y se puso a servirles” (Mc).

Ante sus milagros es conveniente ver qué dice y qué quiere decir Jesús. En este caso, proporciona un consuelo quizá menor, pero también importante, y dirige a la vez una llamada a Pedro, que se une a las anteriores. Parece como si, desde el principio, Jesús concediera gran importancia al pescador.

Curación del parálítico

“Subiendo a una barca, cruzó de nuevo el mar y vino a su ciudad. Entonces le presentaron a un parálítico postrado en una camilla”. Las gentes del pueblo se apiñan para ver a Jesús. La admiración y la sorpresa, la curiosidad y la necesidad, unidas a la fe religiosa, les empujan hacia el nuevo Maestro. Los que llevan al parálítico no pueden acceder hasta el lugar donde está al Señor, e idean abrir el techo de la casa de Pedro para que el enfermo sea visto y curado. Todos se sorprenden de aquella amistad que conduce a estos extraños y extraordinarios modos, pero lo cierto es que el parálítico, que no podía acudir a pedir la curación por la naturaleza de su enfermedad, tiene amigos, y los amigos responden a su deseo.

“Al ver Jesús la fe de ellos” –fe y amistad que les hacen agradables al Señor–, mira con misericordia al hombre que desciende del techo en rara figura, y dice al parálítico: “Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados”. Esta vez, antes que la curación, el perdón. La sanación del alma. Este hecho no pasa inadvertido para ciertos escribas, que dicen en su interior: “éste blasfema”. Conociendo Jesús sus pensamientos, les dice: “¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: tus pecados te son perdonados, o decir: levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, dijo al parálítico: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Él se levantó y se marchó a su casa. Al ver esto, las multitudes se atemorizaron y glorificaron a Dios por haber dado tal poder a los hombres” (Mt).

Si el modo en que Jesús ha perdonado al parálítico fuera sólo una cuestión de formas, parecería que el Señor estaba haciendo un juego de palabras: dar el perdón podía ser un juego más del hablar. Pero curar un parálítico no se puede hacer con palabras, y Jesús lo cura como señal de que verdaderamente ha perdonado el pecado. Es decir, tiene el poder de perdonar, algo que sólo Dios puede hacer. El hecho es importante y el milagro se ha convertido en un signo de la liberación del pecado, algo mucho más importante que una limitación corporal. Jesús perdona, hace algo reservado a Dios. Algunos pueden pensar que lo hace sólo como

enviado de Dios. Otros, en cambio, llegan a creer que Dios está en medio de ellos. Pero los hechos son testimonio elocuente: el paralítico anda y alaba a Dios, y Jesús perdona los pecados.

En esta curación se advierte una oposición a Jesús tan sólo con críticas internas. La proclamación del Reino no va a ser pacífica cuando se desvele más claramente quién es Él.

Los hechos conmocionan a toda la región y, cada vez más, acuden de todas partes para ver a Jesús. Los dolientes y sus familiares se ponen en movimiento. Jesús habla, anuncia la buena nueva, y cura.

Predicación intensa y oración

Hay mucha acción en la vida de Jesús, pero es mayor aún la oración. “De madrugada, todavía muy oscuro, se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí oraba” (Mc). Ésta va a ser una constante de la vida de Jesús: su oración. Jesús goza de la oración continua. Ve al Padre cara a cara. Sabe que es mirado por Dios, que es el Amado. Pero necesita tener recogimiento exterior. Es cierto que la acción va a ser importante en su vida, especialmente en estos momentos; pero, ahora, quiere retirarse a solas para hablar con el Padre, para expresar sus reacciones sobre lo que está pasando en el libre juego de las libertades de los hombres. Da gracias por los beneficios continuos que descenden desde el cielo; pide por todos, pide por lo que le piden. Y necesita hablar a solas, no quiere que nada le distraiga. Aunque siempre viva en presencia del Padre, busca la noche. No dice adónde va, y le roba horas al descanso, porque lo que en realidad le descansa la contemplación de la luz del Padre: adherirse a su voluntad y a sus deseos. Y reza con intensidad.

Los discípulos le buscan, no saben dónde está: aún no conocen sus costumbres. Hasta que “salió a buscarle Simón y los que estaban con él; y, cuando lo encontraron, le dijeron: Todos te buscan”. El clamor general, es que quieren verle, oírle, pedirle cosas, verificar con sus propios ojos si es cierto lo que otros les han referido. Quieren llevarle sus problemas, sus dolores. Por eso le buscan. Jesús les atiende con fuerza, extraída en gran parte de la intimidad con el Padre: “Y les dijo: Vayamos a otra parte, a las aldeas próximas, para que predique también allí, pues para esto he venido”. Éste es el fruto de su oración, la sobreabundancia de su vida íntima: llegar a todos. Corre prisa difundir el mensaje. No podemos esperar. Empecemos por lo más próximo. Vayamos. “Y pasó por toda Galilea predicando en sus sinagogas y expulsando a los demonios” (Mc). Los hechos de los primeros meses se van a repetir en cada pueblo, en cada lugar. Nadie podrá decir que no ha tenido oportunidad de enterarse. Era el comienzo del verano del primer año de la vida pública de Jesús. Además de Galilea, Jesús hace viajes cortos a Judea, “e iba predicando por las sinagogas” (Lc).

Es muy posible que la fiesta de Pentecostés la celebrase en Jerusalén. De hecho, “se extendía su fama cada vez más, y concurrían numerosas muchedumbres para oírle y para ser curados de sus enfermedades. Pero él se retiraba a lugares solitarios y hacía oración” (Lc). El Señor se preocupa mucho por que llegue su luz a Jerusalén, aunque al mismo tiempo actúa con discreción.

Curación de dos ciegos y un endemoniado mudo

A medida que la fe se extiende con los milagros, la oposición también. Dos ciegos le llaman hijo de David, lo que equivale a reconocerle como Mesías, y piden su curación. Los fariseos le critican por la curación de un endemoniado. Resulta sorprendente la libertad del ser humano y su capacidad para reaccionar opuestamente ante una misma realidad.

“Al marcharse Jesús de allí, le siguieron dos ciegos diciendo a gritos: Ten piedad de nosotros, Hijo de David. Cuando llegó a la casa se le acercaron los ciegos y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer eso? Respondieron: Sí, Señor. Entonces tocó sus ojos diciendo: Según vuestra fe, así os suceda. Y se les abrieron los ojos. Pero Jesús les ordenó severamente: Mirad que nadie lo sepa. Ellos, por el contrario, una vez que salieron divulgaron la noticia por toda aquella región” (Mt). “Cuando se habían marchado, le presentaron un endemoniado mudo. Expulsado el demonio, habló el mudo, y la multitud se admiró diciendo: Jamás se ha visto cosa igual en Israel. Pero los fariseos decían: En virtud del príncipe de los demonios arroja a los demonios” (Mt).

Jesús Maestro

El mensaje de Jesús no se reduce a anunciar que está cerca el Reino de Dios y a llamar a la conversión; Jesús enseña sin medida. Tanto, que los discípulos le suelen llamar Maestro, o Rabbí, aunque no provenía de ninguna de las escuelas rabínicas del momento. Predica a grandes y pequeños grupos, enseña a individuos particulares, aunque, como es lógico, se hace más extenso su magisterio para los discípulos que conviven con él. Predica por todo Israel, “recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas y predicando la buena nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia del pueblo” (Mt y Mc). También predica en las sinagogas de Judea (Lc) y en la Decápolis, al otro lado del Jordán, así como en el litoral de Tiro y Sidón.

Muchas de estas enseñanzas están reunidas en el llamado Sermón del Monte. El lugar está cerca de Cafarnaún, en el lago de Genesaret, centro de operaciones de Jesús durante bastante tiempo. La suave pendiente de la ladera permite que su voz llegue a muchas personas. Allí proclama la novedad del Reino de los cielos, que está a las puertas.

Las bienaventuranzas

La continua predicación y enseñanza de Jesús por estos parajes ha quedado formulada en un único texto, resumen o compendio asequible de aquello que los evangelistas entienden como el núcleo de la felicidad que Cristo promete a los que le siguen. Son las bienaventuranzas. Se llaman así porque de modo armónico e insistente exponen las características de los justos en el nuevo Reino. Veamos estas bienaventuranzas e intentemos captar el contenido más hondo.

“Al ver Jesús a las multitudes, subió al monte; se sentó y se le acercaron sus discípulos; y abriendo su boca les enseñaba diciendo:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el Cielo: de la misma manera persiguieron a los profetas que os precedieron” (Mt).

Lo que Jesús muestra en las bienaventuranzas es a Él mismo. Él es el bienaventurado, el santo, la plenitud de la nueva ley. El cumplimiento de la ley del nuevo Reino de Dios consistirá en seguirle, en imitarle, en ser igual que Él en la medida de lo posible.

Una mirada más profunda nos lleva a ver en Jesús al pobre, que sin nada vino al mundo y sin nada se irá, siendo señor de todo lo creado. Es el manso y el pacífico, que se manifiesta, animando, reconciliando a los hombres con Dios, entre sí y en su interior. Las lágrimas ocuparán un lugar en su vida y será consolado por ángeles antes del sacrificio redentor. Es el hambriento y el sediento de la nueva justicia, que como don divino se derramará sobre la tierra. Sembrador de misericordia, alcanzará el perdón a los contritos de corazón y a las ovejas perdidas. Su limpieza de corazón llegará hasta la ausencia de todo amor propio, en un amor verdadero que se derramará sobre todos los hombres. Él es el Hijo de Dios, en una generación eterna de tal plenitud que es consustancial al Padre: “el Padre y yo somos uno”, dirá más adelante. Además, será el perseguido por enseñar la senda del amor que el mundo no puede entender, porque está lleno de pecado. Y en la octava bienaventuranza, vemos a Cristo enclavado en la cruz, el sacrificio perfecto entre el cielo y los hombres, salvando a todos. Cristo en las bienaventuranzas se muestra a sí mismo como camino de la nueva felicidad.

Este aluvión de luz, de verdad y de vida, debía ser comunicado a los hombres de un modo gradual. De entrada, la mayoría no podía soportar tanta verdad, pues era necesario romper los esquemas antiguos. Por eso, Cristo se revela veladamente, manifestándose a través de una moral nueva, la moral de las bienaventuranzas. En un primer nivel les dice que serán felices y justos si saben vivir con pobreza, con mansedumbre, con ánimo pacífico y pacificador, con corazón misericordioso, siendo limpios de corazón y llenos de rectitud de intención en lo más íntimo; que los que tienen hambre y sed de justicia la recibirán, igual que si saben llorar y llevar bien las persecuciones. Nunca ha hecho felices a los hombres el ansia de dinero o de poder, ni el espíritu violento, ni la rebeldía ante las dificultades, ni el corazón sucio y retorcido, ni el alma inmisericorde o dura, que no sabe sufrir con los que sufren, ni el rencor ante las

persecuciones. La felicidad sólo puede estar en el amor verdadero, y las bienaventuranzas marcan la senda de un amor rico en matices que abarca las situaciones reales de la vida.

Por otra parte el premio es extraordinario: el Reino de los cielos, con lo que significa: poseer la tierra, ser consolados, ser saciados de justicia, alcanzar misericordia, ver a Dios, ser llamados hijos de Dios y, al morir, una gran recompensa en los cielos. Ésta es la plenitud del Reino de Dios que Cristo anuncia. Más no se puede pedir. El Reino de las bienaventuranzas es la plenitud humana alcanzada como don de Dios para los que quieren creer y vivir la nueva vida y la nueva alianza. Al final de los tiempos los justos vivirán esa bienaventuranza de un modo pleno.

Verdaderamente, es feliz el que sabe ser pobre y vivir desprendido de las cosas de la tierra, libre de las ataduras del deseo y del ansia de posesión.

Es feliz el que, al llorar, recibe el consuelo de saber que sus sufrimientos no son inútiles y sin sentido, sino que se pueden convertir en un sacrificio que ayude a salvar a otros hombres en una comunión espiritual de los santos.

Es feliz quien tiene dominio interior de sus pasiones, en una mansedumbre, que es poder sereno, lejos de la violencia.

Es feliz el que sabe que todos los deseos de justicia y amor serán saciados con abundancia.

Es feliz quien tiene buen corazón con el que sufre, en el alma o en el cuerpo, y le trata con una misericordia que unas veces es perdón y otras caricia.

Es feliz el que mira al mundo, las personas o a Dios, con mirada limpia, y entiende las cosas con visión sobrenatural.

Es feliz quien siembra paz y concordia entre los hombres, para que aprendan a amarse, también cuando son poco amables.

Puede ser feliz, incluso, el perseguido por ser fiel a Dios, ya que así puede asemejarse a Jesús, que es el inocente que paga las deudas de los pecadores porque los quiere con un amor que les eleva más que les juzga.

En un juego de antítesis, Jesús enunciará, en otra ocasión, cuatro ayes que sintetizan lo opuesto al espíritu de las bienaventuranzas:

“¡Ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!

¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre!

¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!

¡Ay cuando los hombres hablen bien de vosotros, pues de este modo se comportaban sus padres con los falsos profetas!” (Lc).

Son lamentos por los que se dejan llevar por el espíritu del mundo, por el egoísmo y la falta de amor. Jesús desvela el amor verdadero frente al pecado y al mal amor del que busca sólo lo propio.

Debe temer a quien pone su corazón en las cosas de la tierra; pues todas le serán quitadas, y se le secará el corazón. El que se sacia, buscando sólo bienes materiales, experimentará el vacío en el alma.

Como consecuencia de esta nueva moral de amor pleno, Jesús anuncia a los que crean que serán sal de la tierra y luz del mundo. El mundo y los hombres se salvarán de la corrupción si sus discípulos saben llevar ese mensaje a todas las realidades humanas con su palabra y, sobre todo, con su vida. “Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa ¿con qué se salará? No vale sino para tirarla fuera y que la pisotee la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero a fin de que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos” (Mt). El mundo dominado por el pecado se mueve en la corrupción y en la oscuridad. El sabor y la claridad en el camino vendrán de quien sepa ser como Cristo, en su nueva moral de amor pleno.

Los mandamientos

Una vez anunciado el Reino, con el pórtico abierto de las bienaventuranzas para entrar en él, queda pendiente una cuestión del máximo interés: ¿se debe cumplir la ley de Dios según fue dada a Moisés en el monte Sinaí? ¿En que consiste la ley moral? ¿Qué se debe hacer para entrar en el Reino de Dios y pertenecer a él? Jesús dedicará buena parte de su magisterio a aclarar estos interrogantes. Declarará que no ha venido a cambiar la ley, sino a llevarla a su plenitud. Esa plenitud será ver a Dios como Padre y vivir como hijos de Dios. Ya había enseñado que si vivían así los hombres glorificarían al Padre. Pero ahora concreta más y recorre la senda de los principales mandamientos de la ley de Dios. Con ellos irá mostrando en qué consiste ser “perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt). Por ello mostrará el valor de la oración, de la limosna y el ayuno sabiéndose mirados por “tu Padre, que ve en lo secreto”. Ante Él hay que actuar y es Él quien “recompensará” del modo más adecuado. La religiosidad no debe ser algo externo y superficial, sino que se debe amar y rezar a Dios como Padre nuestro.

Si en las bienaventuranzas se muestra al Hijo que se ha hecho hombre para salvarnos, en los comentarios a los mandamientos se muestra al Padre, que es el origen en el amor. El Padre es quien toma la iniciativa de amar y que, además de engendrar al Hijo unigénito, quiere engendrar hijos libres que sepan amar por la senda amplia de los mandamientos.

Veamos primero la aclaración sobre la validez de la ley de Moisés. “No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolirlos sino a darles su plenitud. En verdad os digo que mientras no pasen el Cielo y la tierra no pasará de la Ley ni la más pequeña letra o trazo hasta que todo se cumpla. Así, el que quebrante uno solo de estos mandamientos, incluso de los más pequeños, y enseñe a los hombres a hacer lo mismo, será el más pequeño en el Reino de los Cielos. Por el contrario, el que los cumpla y enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos. Os digo, pues, que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos” (Mt).

La Ley hay que cumplirla toda hasta el detalle más ínfimo, pero con un espíritu nuevo; no vale ya el espíritu de los fariseos que rodean la ley de múltiples reglas, preceptos e interpretaciones, pero pierden su contenido esencial, que es amar a Dios en el fondo del corazón y en la conducta. El que asimila este espíritu tiene siempre ante los ojos a Dios Padre, que le llama para que libremente obre el bien y tenga la perfección que él tiene, que es la de amar sin medida. Pero veamos cómo se concreta esta plenitud de la ley moral.

Las seis antítesis

No matarás

“Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás, y el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: Todo el que se llene de ira contra su hermano será reo de juicio; y el que llame a su hermano ‘raca’ será reo ante

el Sanedrín; el que le llame ‘renegado’, será reo del fuego del infierno. Por tanto, si al llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y vuelve después para presentar tu ofrenda. Ponte de acuerdo antes con tu adversario mientras vas de camino con él; no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al alguacil y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que restituyas la última moneda” (Mt).

El mandamiento de no matar es uno de los más inmediatos en la conciencia humana. Jesús va al fondo del precepto que es la falta de amor al adversario, al no verle como un hermano. Por eso el que quiera cumplir el mandato de Dios debe reconciliarse con el hermano en caso de conflicto. Ni siquiera debe insultar. Es decir, se trata de vivir una justicia llena de amor y caridad. Si se consigue en el fondo del alma vivir ese amor con el hermano se puede vivir desde su raíz el mandamiento de no matar. La ley se ha extendido y mejorado. Este mandamiento, tan espontáneo a la conciencia humana, ha llegado a la plenitud.

El matrimonio y la castidad

“Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio en su corazón. Si tu ojo derecho te escandaliza, arrácatelo y tíralo; porque más te vale que se pierda uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtala y arrójala de ti; porque más te vale que se pierda uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Se dijo también: Cualquiera que repudie a su mujer, dele libelo de repudio. Pero yo os digo que todo el que repudie a su mujer –fuera del caso de fornicación– la expone a cometer adulterio, y el que se una con la repudiada comete adulterio” (Mt).

Jesús va de nuevo al fondo del problema; se trata de no desear a la mujer del prójimo en el corazón, lo que equivale a un adulterio interior, y eso de tal modo que deberá arrancar el ojo, o cortar la mano, si inducen al pecado. El temor al infierno es la consideración que debe llevar a una vida casta, aunque el amor sea lo decisivo.

Además, Jesús va más allá y supera el libelo de repudio, o divorcio, permitido por Moisés. No entra en las disputas rabínicas, más o menos permisivas, sino que va a la raíz del asunto: todo repudio o divorcio es malo y contrario a la ley de Dios. Más adelante aclarará a los discípulos esta cuestión. Algo tan importante no podía quedar en suspenso. La frase “fuera del caso de fornicación” no hay que entenderla como una salvedad a la indisolubilidad del matrimonio, sino que hace referencia a uniones admitidas entre paganos, pero prohibidas como incestuosas en la ley mosaica. Son uniones inválidas que serán declaradas nulas en el nuevo Reino.

El juramento y la sinceridad

“También habéis oído que se dijo a los antiguos: No jurarás en vano, sino que cumplirás tus juramentos al Señor. Pero yo os digo: No juréis en absoluto; ni por el Cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del Gran Rey. Tampoco jures por tu cabeza, porque no puedes volver blanco o negro ni un solo cabello. Sea, pues, vuestro modo de hablar: Sí, sí, o no, no. Lo que exceda de esto, viene del Maligno” (Mt).

La sinceridad en las relaciones humanas es vital para la convivencia. El juramento significa poner a Dios por testigo de que lo se dice es cierto y verdadero. Es bueno el juramento, pero deja de serlo cuando se convierte en tapadera para garantizar conductas mentirosas o indignas. Un abuso común en aquel momento era el de jurar para negar los derechos matrimoniales al cónyuge, contra toda justicia, y así se hacía también en

otros casos parecidos. Se usaba el nombre de Dios y su santidad como cobertura para intereses egoístas o falsarios. Jesús rechaza los diversos juramentos al cielo, a la tierra, al estrado, a Jerusalén, al templo, o por la propia cabeza, e invita a llamar las cosas por su nombre: lo blanco, blanco, lo negro, negro. La frase contundente del “sí, sí, no, no” revela un modo de hablar y de actuar en la presencia de Dios, que ve las intenciones más escondidas del corazón. La ley es vivir con sinceridad ante Dios, ante los hombres y ante uno mismo, sin tortuosidades que empañan la recta forma de hablar y de manifestarse.

La ley del tali3n, la venganza y el perd3n

“Hab3is o3do que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No repliqu3is al malvado. Por el contrario, si alguien te golpea en la mejilla derecha, pres3ntale tambi3n la otra. Al que quiera entrar en pleito contigo para quitarte la t3nica, d3jale tambi3n la capa. A quien te fuerce a andar una milla, ve con 3l dos. A quien te pida, dale; y no rehuyas al que quiera de ti algo prestado” (Mt).

La ley del tali3n hab3a constituido un avance 3tico en momentos de brutalidad, cuando la venganza era siempre mayor que la ofensa recibida. La cadena de venganzas era creciente, y fuente de dolores casi imposibles de curar. Jes3s va de nuevo a la ra3z: el perd3n ante la ofensa real recibida. Ante la violencia se debe responder con la caridad, no con m3s violencia. Es frecuente ver que las guerras generan odios y repiten, al pasar el tiempo, nuevos horrores. El perd3n permite comenzar de nuevo. Pero ha de ser un perd3n que salga de dentro, un perd3n real. Jes3s utiliza im3genes de la vida cotidiana con abusos de menor categor3a, para que, si estas cuestiones b3sicas quedan claras, conscientes de la nueva justicia que se est3 viviendo, cuando lleguen los problemas graves se pueda acceder a un orden superior. La ley del amor va m3s lejos que la ley del tali3n.

Amor a los enemigos

“Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? ¿Acaso no hacen eso también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿Acaso no hacen eso también los paganos?” (Mt).

Jesús defiende la ley del Levítico de amar al prójimo, y no la interpretación de odiar al enemigo. Ciertamente, la caridad es ordenada y se debe amar con intensidad a los más cercanos –familia, pueblo, nación–, pero no a costa del odio al enemigo. Los beneficios de Dios sobre todos revelan la su paciencia sobre buenos y malos. Se trata de llegar más lejos que los pecadores y que los paganos que no conocen a Dios. El que conoce a Dios ama como Él ama. Su amor no es indiferencia, ni lejanía, y mucho menos odio o menosprecio, sino amor que llega lejos, también al que está en el último lugar. El amor debe llegar a los enemigos. Es decir, a aquellos que nos odian. No se puede responder al odio con el odio, sino con el amor. Éste es el modo divino de actuar.

La perfección del amor

La sorpresa de los que le escuchaban debió ser grande. En esto consistía la ley del nuevo Reino de Dios. Se cumplía la ley moral, se cumplía la ley revelada a Moisés; pero a unos niveles distintos, a niveles de perfección. Se trataba de ser “perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto” (Mt). Para eso era necesario profundizar en el conocimiento del Padre celestial. Sólo el que comprendiera el amor del Padre se podría introducir en esa nueva ley del amor, que se concretaba ante sus ojos en estas seis antítesis en que Jesús repetía lo que se había dicho a los antiguos,

añadiendo ese famoso “yo os digo”, de verdadero contenido legislativo y que desvela la esencia misma de la ley y la coloca ante los ojos de los que le escuchaban.

Oración

La base y el mínimo moral para entrar en el Reino era vivir de acuerdo con los mandamientos. Para ello era necesario superar las interpretaciones que alejaban de la ley del amor. Era el mínimo indispensable. Pero había que dar un paso más: se trataba de la vida activa del amor. ¿Cómo se ama? Estando unido al amado, estando unidos a Dios del modo más íntimo posible, y esto se consigue por medio de la oración. Jesús pasa entonces a explicar la oración de los hijos de Dios en el nuevo Reino.

Lo primero que enseña es a no hacer las cosas buenas para ser vistos, sino a hacerlas ante Dios con total sinceridad: “Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres con el fin de que os vean; de otro modo no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los Cielos” (Mt). Jesús muestra el inicio del camino de la perfección: la rectitud de intención. Cuando falla, todo se desbarata. No basta, pues luego se deben hacer más cosas; pero cuando se corrompe se degenera hasta lo más santo. El camino para adquirir la rectitud de intención es actuar ante la mirada de Dios Padre, que está en los cielos con ojos amorosos y que observa con cariño el buen uso que el hijo hace de su libertad.

La limosna

Una concreción de esta rectitud de intención es un acto en sí muy bueno: ayudar al necesitado con la limosna, y ayudar al culto de Dios. “Por tanto, cuando des limosna no lo vayas pregonando, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, con el fin de ser alabados por los

hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, por el contrario, cuando des limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede en oculto; de este modo, tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará” (Mt).

La belleza de la imagen de la mano izquierda desconociendo lo que hace la derecha es inconmensurable. De un modo paralelo, el hipócrita repugna puesto que da para alcanzar la vanagloria, la consideración social y el placer de ser admirado por los hombres. Compra la fama al precio de una buena acción externa; pero se hace un hipócrita, y toda su recompensa está en esa alabanza superficial y voluble. Ninguna acción buena deja de ser premiada por el Padre bueno de los cielos, pues ve en lo secreto, en lo íntimo, en lo personal. Éste es el secreto del hijo de Dios: actuar ante la mirada de su Padre celestial; todo lo demás le sobra.

La oración de los hijos de Dios

Pero la enseñanza de Jesús va más al interior, y llega a la misma oración. “Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que son amigos de orar puestos de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para exhibirse delante de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, por el contrario, cuando te pongas a orar, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará. Y al orar no empleéis muchas palabras como los gentiles, que se figuran que por su locuacidad van a ser escuchados. No seáis, pues, como ellos; porque bien sabe vuestro Padre de qué tenéis necesidad antes de que se lo pidáis” (Mt).

La oración que enseña Jesús es un diálogo personal, sencillo, de corazón a corazón, amoroso. Lejos de las grandes palabras, de las manifestaciones en las plazas. Es más, quien reza así sabe que el Padre celestial conoce todo lo que necesita, pero quiere que se lo pidamos por el bien que esa oración produce en el que se dirige a Dios. La oración pasa a

ser diálogo con Dios, la conversación del hijo con su Padre, con conciencia de la distancia que les separa, pero también del cariño que les une.

El Padrenuestro

Rezar como hijos, no como extraños, y menos como hipócritas. Pero ¿qué decir? Y Jesús enseña el Padrenuestro, la oración más perfecta salida de labios humanos. “Vosotros, pues, orad así:

Padre nuestro, que estás en los Cielos,
 santificado sea tu Nombre;
 venga tu Reino;
 hágase tu voluntad
 así en la tierra como en el Cielo.
 El pan nuestro de cada día dánosle hoy;
 y perdónanos nuestras deudas,
 así como nosotros perdonamos a nuestros deudores;
 y no nos dejes caer en la tentación,
 mas líbranos del mal.

Pues si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre Celestial. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados” (Mt).

Lo primero es pedir, porque es la actitud humilde que evita el orgullo de quien piensa que por sus propios méritos alcanzará la perfección. Para evitar el escollo, casi insalvable, del amor propio, disfrazado en ocasiones de religiosidad, pedir. Reconocer la propia verdad de criatura necesitada. Pero orar como hijos a ese Padre que está en los cielos, y no desoye nunca las súplicas de los hombres.

Pedir su gloria, lo primero, también porque es lo más conveniente para los hombres. La gloria de Dios es la vida del hombre: que sea santo, que ame sin mentiras, que viva vida eterna. Y el esplendor de la vida divina se refleja en el hombre, que es su imagen. Y, después, rezar por la venida del Reino, y con él de la paz, la justicia, la libertad, el amor que Dios derramará sobre los hombres, si quieren acogerlo.

En tercer lugar, desear el cumplimiento de la voluntad de Dios en el mundo, pues el hombre no puede alcanzar su propio fin sin la ayuda amorosa del Padre. El hombre es un orante, llamado a un fin altísimo que sólo puede alcanzar con la ayuda del Padre.

El pan de cada día lo constituyen las necesidades materiales y espirituales de todo hombre. Y cada día es único, hasta que el hoy se convierta en eternidad.

Luego el perdón, condición para ser perdonado con el perdón divino mucho más grande que el humano porque el pecado tiene una dimensión misteriosamente infinita. La superación de la tentación requiere la ayuda divina. El hombre no está solo ni en las pequeñas pruebas, ni en las grandes, ni en las sutiles que quizá vienen muy disfrazadas.

Y como gran final, la liberación de todo mal, del tentador que se rebeló frente a Dios, al que odia intentando destruir al hombre; y de todos los dolores que amedrentan al hombre.

Éstas son las siete peticiones; pero el fondo se resumen en una sola actitud: la del hijo ante su Padre poderoso y amoroso que respeta su libertad y nunca deja de ayudarlo, más aún si se lo pide.

El ayuno

En la misma línea de la oración y la limosna se encuentra la enseñanza sobre el ayuno. “Cuando ayunéis no os finjáis tristes como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres noten que ayunan. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lávate la cara, para que no adviertan los hombres que ayunas, y tu Padre, que está en lo oculto, te recompensará” (Mt).

Es necesario comer y beber para mantener la vida; es frecuente la observancia del ayuno para manifestar la superioridad del alma sobre el cuerpo. El ayuno es costoso, y tiene efectos externos, de ahí la necesidad de un cuidado especial para evitar la hipocresía. En aquellos momentos, era moneda corriente la utilización del ayuno para la vanagloria, deformando el sentido religioso natural. Jesús quiere que quede clara la sinceridad ante Dios y la humildad agradecida. El Padre que ve lo interior, lo premiará.

El uso del dinero

Jesús también enseña el recto uso del dinero, y el peligro de colocarlo como un ídolo que ocupe el lugar de Dios. El dinero y los tesoros son sólo un medio, pero nunca un fin. “No amontonéis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los corroen y donde los ladrones socavan y los roban. Amontonad en cambio tesoros en el Cielo, donde ni polilla ni herrumbre corroen, y donde los ladrones no socavan ni roban. Porque donde está tu tesoro allí estará tu corazón” (Mt). Usar, pero no abusar. Tener el corazón desprendido. Tener el tesoro en el cielo. Pero el apego de las cosas terrenas es tan frecuente entre los hombres, que necesitaba una lección especial.

Esta lección se completa con la que señala que el dinero se puede convertir, para el hombre de poca fe, en un dios que compita con el

verdadero. “Nadie puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión al uno y amor al otro, o prestará su adhesión al primero y menospreciará al segundo: no podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt). La cuestión de fondo siempre es la misma: el amor a Dios por encima de todas las cosas es lo primero, el amor al dinero por delante de Dios es una verdadera idolatría.

El abandono en la Providencia

Todo lo anterior llega a su cima en el abandono en la Providencia de Dios. Jesús nos habla de una actitud de superar todas las preocupaciones y los desvelos buscando a Dios en todo. Sus palabras alcanzan niveles de gran expresividad. “Por eso os digo: No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿Acaso no vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido? Fijaos en las aves del Cielo, que no siembran, ni siegan, ni almacenan en graneros, y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿Es que no valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Quién de vosotros por mucho que cavile puede añadir un solo codo a su edad? Y acerca del vestir, ¿por qué preocuparos? Contemplad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria pudo vestirse como uno de ellos. Si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios la viste así, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer, qué vamos a beber, con qué nos vamos a vestir? Por todas esas cosas se afanan los paganos. Bien sabe vuestro Padre Celestial que de todo eso estáis necesitados. Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura. Por tanto, no os preocupéis por el mañana, porque el mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su contrariedad” (Mt).

Los que creen verdaderamente en la paternidad de Dios deben superar la preocupación por las cosas terrestres y mundanas. Así llegan a poseer la añadidura de sentirse con paz en cualquier situación.

La conciencia luminosa

El resumen de las enseñanzas de Jesús es escuchar a Dios en el fondo de la conciencia e iluminar toda la vida con esa luz. “La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado. Pero si tu ojo es malicioso, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Y si la luz que hay en ti es tinieblas, cuán grande será la oscuridad” (Mt). En el interior de la conciencia, Dios habla al que escucha y todo queda iluminado por esta sabiduría. Desoír esta voz es entrar en las tinieblas.

El magisterio sapiencial de Jesús

Jesús, al enseñar, abarca múltiples cuestiones. La ley del amor se concreta en diversos consejos llenos de luz. Uno de ellos es acerca de los juicios internos sobre los demás. Cuando éstos nacen del amor serán buenos, si nacen en cambio del desprecio no pueden edificar. “No juzguéis y no seréis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis se os juzgará, y con la medida con que midáis se os medirá. ¿Por qué te fijas en la mota del ojo de tu hermano, y no adviertes la viga que hay en el tuyo? O ¿cómo vas a decir a tu hermano: Deja que saque la mota de tu ojo, cuando tú tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver cómo sacar la mota del ojo de tu hermano” (Mt).

Vivir la caridad no quiere decir ser ingenuo. Conviene tener en cuenta que algunos se comportarán con malicia ante las indicaciones de buena fe y las cosas santas. En esos casos la caridad tiene que ser precavida. “No deis

las cosas santas a los perros, ni echéis vuestras perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen con sus patas y revolviéndose os despedacen” (Mt).

La confianza en la oración debe ser total, pues Dios es más Padre que todos los padres del mundo: “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y todo el que busca, encuentra; y al que llama se le abrirá. O ¿quién hay entre vosotros, al que si su hijo pide un pan le da una piedra? ¿O si le pide un pez le da una culebra? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos dará cosas buenas a quienes le pidan?” (Mt).

La regla de oro de las relaciones con los demás es amar de verdad: “Todo lo que queráis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos: Esta es la Ley y los Profetas” (Mt).

Para llegar a la Vida hay dos caminos, y nos conviene acertar en el verdadero: “Entrad por la puerta angosta, porque amplia es la puerta y ancho el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la Vida, y qué pocos son los que la encuentran!” (Mt).

Debemos permanecer siempre vigilantes frente a los falsos maestros y profetas, que pueden llevar al mal con bella retórica; pero sus frutos revelan su verdad. “Guardaos bien de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados de oveja, pero por dentro son lobos voraces. Por sus frutos los conoceréis: ¿acaso se cosechan uvas de los espinos o higos de las zarzas? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da fruto bueno es cortado y arrojado al fuego. Por tanto, por sus frutos los conoceréis” (Mt).

Edificar sobre roca: en eso consiste llevar a la práctica todos estos consejos de Jesús, que conducen a ser verdaderos discípulos. “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿pues no hemos profetizado en tu nombre, y arrojado los demonios en tu nombre, y hecho prodigios en tu nombre? Entonces yo les diré públicamente: Jamás os he conocido: apartaos de mí, los que habéis obrado la iniquidad. Por tanto, todo el que oye estas palabras mías y las pone en práctica, es como un hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, llegaron las riadas, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquella casa, pero no se cayó porque estaba cimentada sobre roca. Pero todo el que oye estas palabras mías y no las pone en práctica es como un hombre necio que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, llegaron las riadas, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquella casa, y cayó y fue tremenda su ruina” (Mt).

Estas enseñanzas, tan gráficas y luminosas, debieron causar un gran impacto sobre los que le oían. Unos se preguntan si era verdaderamente el Mesías, otros creen definitivamente en Él; lo cierto es que todos se sorprenden de su autoridad. “Y sucedió que, cuando terminó Jesús estos discursos, las multitudes quedaron admiradas de su doctrina, pues les enseñaba como quien tiene potestad y no como los escribas” (Mt). La explicación de en qué consiste el Reino de Dios está clara. Si se quiere entrar en él ya se sabe el camino. Jesús se muestra como maestro de ese camino de vida.

La vocación de Leví el publicano

Además de la predicación, continúa la acción proselitista de Jesús, como sucede cuando busca a Leví el publicano. Escuchemos del propio Leví la narración de su vocación: “Cuando partía Jesús de allí (Cafarnaún), vio a un hombre sentado en el telonio, llamado Mateo, y le dijo: Sígueme. Él se levantó y le siguió” (Mt). Jesús, al pasar frente a su mostrador, donde alineaban las monedas de los tributos, sólo dice: Sígueme. Y él lo deja

todo: dinero, oficio, vida, para hacer lo que le acaba de mandar. Ya no se llamará Leví, sino Mateo, que significa “don de Dios”, don de su propia vida a Dios, pero más aún regalo de Dios para un afortunado que ha recibido la vocación de labios del mismo Cristo.

¿Cómo era Leví antes de la llamada? Sólo sabemos una cosa: era publicano. En la actualidad publicano equivale a pecador público, pero la realidad tiene más matices. La situación económica de Israel en tiempos de Jesús era desastrosa: existía una gran pobreza. Para muchos, una de las causas principales de la pobreza consistía en los pesadísimos impuestos con que estaba gravada Palestina. Tanto los romanos como sus delegados y los sucesivos reyezuelos, como Herodes, rivalizaban en añadir nuevos impuestos, que se sumaban a los que se tributaban al Templo según la Ley. Pero lo que hacía más insoportables los impuestos era el modo de cobrarlos. Los distintos organismos arrendaban a ricos personajes, o a compañías, el cobro de dichas cargas. Éstos, para asegurarse el beneficio, reclamaban a los contribuyentes el pago de cantidades mayores. Así, de ordinario, acumulaban fortunas escandalosas. Los subalternos seguían el ejemplo de sus superiores y añadían sobretasas, con lo que se agravaba la mala situación en una cascada difícil de controlar, pues nadie tenía autoridad, ni deseos, de establecer una justicia y una equidad en este terreno. Cuando los que ejercían este oficio eran judíos, eran muy mal vistos por sus compatriotas, que los asimilaban a los pecadores de la peor ralea, y, con frecuencia, acertaban.

¿Abusaba Mateo de su trabajo como publicano? No lo sabemos. Pero sí es posible asegurar que recibiría el desprecio de los demás judíos, que veían en él a un chupador de sangre, aunque no lo fuera, y le cubrirían con los más groseros improperios, o, al menos, con el desprecio y el vacío. Ese vacío social era superable. La vida acomodada posibilita no conferir demasiada importancia a esos detalles molestos. De hecho, es notorio que los publicanos estuviesen bastante unidos entre sí, pues tanto en el caso de la vocación de Mateo como en el de la conversión de Zaqueo, lo primero que les viene a ambos a la cabeza es organizar un convite con numerosos invitados. Muy solos no debían estar, teniendo en cuenta que el dinero facilita muchas amistades, aunque, a menudo, demuestren su fragilidad

cuando falta. Pero, mientras tanto, “comamos y bebamos que mañana moriremos”...

Por otra parte, Mateo percibe la vibración del ambiente ante Jesús. Está bien informado y muchas de las palabras del Señor caen en su alma como la semilla que crece poco a poco, pero imparable. Es muy posible que sintiese un vacío en el alma que los bienes materiales no conseguían llenar. Con frecuencia, oraciones de los salmos brotarían en su alma espontáneamente: “Desde lo hondo grito a Ti, Señor; escucha mi voz; está atento a la voz de mi súplica. Si llevas la cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón y así infundes respeto. Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor más que el centinela la aurora”.

Esta preparación previa en el interior de Leví hace más comprensible la rápida y generosa respuesta cuando es llamado. Responder era llenar el vacío, reparar los errores, si los hubo, salir de una vida sin sentido, aunque cómoda, para embarcarse en lo divino. Pero algo muy difícil le quedaba a Leví todavía después de ser perdonado y acogido por Dios. Perdonarse a sí mismo. El pecado, como la vida frívola, dejan su huella y el recuerdo de los anteriores desvaríos intenta intranquilizar. Y Leví sufre. A pesar de la sonrisa del Señor, que le anima una y otra vez a olvidar la vida pasada, le cuesta. Hasta que se instale en su interior, con hondas raíces, la realidad de haber sido acogido y perdonado del todo. Y se hace vida en su interior lo que dice Ezequiel: “Acércate confiadamente al Señor, que no se complace en la muerte del pecador, sino en que se convierta y viva”.

El convite

No es fácil describir lo que sintió Leví al entregarse, pero un dato revela su alegría: celebra una comida multitudinaria. “Leví le dio en su casa un gran banquete. Y asistían gran número de publicanos y otros que estaban sentados con ellos a la mesa” (Mt). Más que una comida familiar, es un

gran banquete. Para muchos, no para unos pocos íntimos, pues su corazón acaba de agrandarse para dar cabida al mundo entero. La alegría de Mateo es evidente, y no puede dejar de comunicarlo a los cuatro vientos.

La primera consideración ante este convite consiste en mirar y admirar la alegría de Leví. Siempre que se vive con generosidad, la alegría inunda el alma. Pero si la generosidad es una respuesta a una llamada divina, la alegría es desbordante. Una alegría no comunicada a los amigos es rara, y Mateo quiere comunicar su gozo a todos. No puede callar. Quiere celebrarlo.

Acudieron a la fiesta “en gran número”. La procedencia de los invitados es de lo más diverso, la expectación es grande. Todos miran al Maestro, que actúa con naturalidad y con afecto. Sus palabras son escuchadas con atención. Pero una sombra alteró el grato ambiente de la fiesta. La provocaron los escribas y fariseos cuando se dirigieron a los discípulos de Jesús con un escándalo –que después hemos llamado farisaico, pero que podemos denominar sencillamente hipócrita–, al decirles: “¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?” La respuesta parece obvia: Jesús estaba viviendo la caridad. Un obstáculo, que después surgirá con frecuencia, sale a la luz: la interpretación legalista y estrecha de la Ley iluminada, o ensombrecida, por la envidia de bajo calado. Quizá los discípulos no supieron contestar, pues llevaban poco tiempo con el Maestro. Y es Jesús mismo el que contesta en público a lo que decían aquellos pocos, y todos pensaban, diciéndoles: “Id y aprended qué significa ‘misericordia quiero y no sacrificio’. Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores; no necesitan médico los sanos, sino los que están mal” (Mt).

Dudas acerca de Jesús

Muchos se admiran de las palabras de Jesús, de tal modo que “cuando terminó Jesús estos discursos, las multitudes quedaron admiradas

de su doctrina, pues les enseñaba como quien tiene potestad y no como los escribas” (Mt). Lo suyo no son citas de autores renombrados, sino agua que mana de la fuente con naturalidad y abundancia. No es posible explicar esta sabiduría por los años de vida oculta en Nazaret, y menos por los años de tierna infancia. Influye, pero poco; todos son conscientes de que no ha bebido en las fuentes habituales del saber.

Y no todos aceptan su doctrina. Ya vimos los rasgos de la primera oposición, especialmente por parte de los fariseos, que, de momento, sólo critican internamente. La multitud se inclina por Jesús, pero cuentan bastante los juicios de los entendidos, aunque sean superficiales o maliciosos. Sin embargo, la autoridad y los milagros de Jesús son elocuentes.

La fe requiere una conversión del corazón. Los signos externos ayudan, pero no son suficientes. La fe es un don de Dios, y exige ser aceptado libremente. El que no quiere, no cree, aunque hablen los cielos. El que cree, tiene voluntad para aceptar lo que le muestra la inteligencia. Y con los que creen se va formando un núcleo de discípulos por todas partes, sobre todo en Galilea. Pero también se va consolidando un núcleo de oposición que aprovechará todas las excusas para rechazarle. De momento, critican en privado, sin llegar al rechazo externo y oficial.

La mayoría se va enterando, la voz se corre con rapidez. Se cuentan las palabras y los hechos de Jesús; todos se sorprenden, muchos se alegran, otros son indiferentes, algunos se cierran a la luz de la fe, otros dudan. Éste es el balance del primer año de predicación de Jesús.

El otoño avanza. Ha transcurrido un año desde la subida de Jesús al Jordán. Han pasado muchas cosas. La semilla ha sido lanzada a voleo en el campo de la libertad de los hombres. El tiempo ha alcanzado su plenitud. Los hechos no alterarán el decreto salvador de Dios Padre, ni la voluntad de entregarse del Hijo, pero los planes de Dios se configuran en parte según

las respuestas de los hombres. Esto es lo que vamos a ver en el desarrollo del segundo año.

Inicio de la oposición a Jesús

Los primeros meses de predicación han sido de aprobación casi general. Las multitudes le buscan. Los milagros se multiplican. Se acepta la predicación del Reino. La expulsión de los mercaderes del Templo ha dado lugar a una oposición incipiente, pero pronto queda ahogada por el entusiasmo ante el nuevo profeta que va a suprimir abusos evidentes. La reacción de los nazarenos “de querer despeñarle” queda silenciada por la pequeñez del lugar y su lejanía de los centros más influyentes. Pero pasado el primer entusiasmo comienza la oposición en Galilea, y después, cuando el movimiento originado por Jesús cobra importancia, pasará a Judea. En el núcleo de esta oposición estarán los fariseos. Pero la raíz es la presencia del pecado. Lo ocurrido a aquellos hombres del tiempo de Jesús es una constante de todas las épocas y momentos de la historia. Vayamos por partes.

Los sectores aristocrático y sacerdotal en la época de los Macabeos, deslumbrados ante la fuerza del helenismo, pactaron con él. Pero algunos grupos populares resistieron y se opusieron y fueron la base de la rebelión macabea. Se llamaban los piadosos (*perushim*); de ahí el nombre de fariseos. La palabra significa “los separados”. Procedían de las clases bajas y de las intelectuales (escribas), no eran sacerdotes y eran hostiles a la ocupación romana. En el terreno religioso pensaban que la Ley de Moisés debía entenderse a la luz de una tradición de muchos preceptos, que formaban un muro que defendía el cumplimiento de la misma. Eran rigurosos y se consideraban defensores de la integridad de la Ley. En tiempos de Herodes los fariseos eran unos 6.000; no muchos, pero formaban un clan fuertemente unido. De hecho, controlaban al pueblo con una autoridad paralela a la de los sacerdotes, mucho menos numerosos. Tenían prestigio y, con frecuencia, vivían únicamente a la sombra de este prestigio.

La raíz de su enfrentamiento con Cristo está en el pecado. Su actitud tiene algo de universal, y va a encontrar en Jesús un rechazo mayor que otros pecados. A primera vista, sorprende que constituyan la reacción más fuerte contra Jesús. La raíz de todo pecado es el orgullo, y ahí va a situarse el problema. Es fácil descubrir que muchos de los fariseos padecen en alguna medida la soberbia espiritual. Ahí estará la razón de su endurecimiento ante Jesús, y de esa mala voluntad que lleva a ver con malos ojos hasta las mejores acciones. La Ley será una excusa para el enfrentamiento. No se trata de ir al fondo de la Ley moral para ver quién la cumple mejor, sino de refugiarse en legalismos y en tradiciones humanas que oscurecen la verdadera voluntad de Dios, que es el amor y la salvación de los hombres a través de su Cristo.

Es más fácil entender de este modo la oposición de los fariseos y de tantos que se encuentran con este problema en todos los tiempos, a veces sin detectar la enfermedad.

Veamos ahora en, cinco actos, la oposición primera a Jesús por parte de los fariseos de Galilea. Primero, en casa de Pedro, cuando critican interiormente a Jesús porque perdona los pecados a un paralítico. La crítica es silenciosa, como un susurro entre ellos mismos. No pueden aceptar que Jesús sea enviado por Dios. Su ceguera es patente ante los signos de su poder. Por eso ni siquiera un milagro les persuade de que también los pecados del paralítico han sido perdonados, con el mismo poder que tiene el que obra el milagro. Son ciegos que guían a otros ciegos, son sordos que no quieren oír.

El siguiente acto es el escándalo ante la asistencia de Jesús a la comida en casa de Mateo con sus amigos –que ya hemos descrito–, a los que consideran pecadores. No es impensable una cierta envidia ante el éxito de Jesús. La crítica sigue en el mismo Cafarnaún poco después y se hace externa. No aprecian la conversión de un pecador y Jesús tiene que aclarar la importancia del médico para los enfermos, y la conversión para

los pecadores. A los fariseos les resulta difícil la lógica de la misericordia, y prefieren seguir la del cumplimiento legal externo.

La oposición crece de tono por la conducta de los discípulos de Jesús en cosas que parecen triviales, pero que estaban muy reguladas por las interpretaciones farisaicas. Se trata de la cuestión de los ayunos: “Los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando; y vinieron a decirle: ¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan y, en cambio, tus discípulos no ayunan?”. Jesús les respondió: “¿Acaso pueden ayunar los convidados a la boda, mientras el esposo está con ellos? Durante el tiempo en que tienen al esposo con ellos no pueden ayunar. Días vendrán en que el esposo les será arrebatado; entonces, en aquellos días, ayunarán. Nadie pone una pieza de paño nuevo a un vestido viejo; pues de otro modo la pieza tira de él, lo nuevo de lo viejo, y se produce un desgarrón peor. Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; pues de lo contrario, el vino rompe los odres, y se pierden el vino y los odres; por eso, el vino nuevo se echa en odres nuevos” (Mc). El sentido del ayuno es mortificar el cuerpo como súplica a Dios. Jesús va más lejos que la mera respuesta moral y utiliza el ayuno para declarar veladamente quién es Él: nada menos que el Esposo, es decir, Dios. El mismo que se manifestó como Esposo de Israel por medio del profeta Oseas. El escándalo es total si no se está dispuesto a creer.

Tras estas cuestiones va a surgir una aún mayor. Al fin y al cabo, los ayunos son libres y no regidos por la Ley misma. Se trata ahora del mismo cumplimiento de la Ley en una cuestión importante: el descanso del *sabbat*. “Un sábado pasaba el Señor por los sembrados, y sus discípulos iban delante desgranando espigas. Los fariseos le decían: Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no es lícito?” Ahora el escándalo crece de tono, pues se trata de un verdadero pecado. Jesús defiende a sus discípulos usando la misma Escritura. Y les dice: “¿Nunca habéis leído lo que hizo David cuando se vio necesitado, y tuvo hambre él y los que estaban con él? ¿Cómo entró en la Casa de Dios en tiempos de Abiatar, Sumo Sacerdote, y comió los panes de la proposición, que no es lícito comer más que a los sacerdotes, y los dio también a los que estaban con él?” No cabe respuesta, pues no se atreven a llamar pecador al mismo David y a los sacerdotes que hicieron una acción buena. Pero la enseñanza de Jesús va al fondo de la

cuestión, más allá de una discusión rabínica. “Y les decía: El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. Por tanto, el Hijo del Hombre es señor hasta del sábado” (Mc).

La afirmación es escandalosa para los fariseos. Jesús se proclama Señor del Sábado, es decir, se sitúa a la altura de Dios mismo. ¿Cómo entender estas palabras? Los fariseos están perplejos y la enemistad crece. Crecerá más aún la animadversión cuando sea el mismo Cristo el que incumpla las tradiciones humanas que regulan el sábado. Se trata de la curación en el día del sábado. Podía considerarse trabajo realizar una curación. Los corazones, cerrados y endurecidos, ven en ella una ocasión más para acusarle de pecador, aunque lo realizado sea milagroso. Pero ¿qué importa? Lo importante son sus interpretaciones de la Ley, no la Ley misma; y menos aún el querer de Dios, que se manifiesta misericordioso con el pobre y necesitado.

“De nuevo entró en la sinagoga, donde se encontraba un hombre que tenía la mano seca. Le observaban de cerca por si lo curaba en sábado, para acusarle. Y dice al hombre que tenía la mano seca: Ponte en medio. Y les dice: ¿Es lícito en sábado hacer el bien o el mal, salvar una vida o perderla? Ellos permanecían callados. Entonces, mirándolos con ira, entristecido por la ceguera de sus corazones, dice al hombre: Extiende tu mano. La extendió, y su mano quedó curada” (Mc). Evidentemente, no se trata de un despiste, ni de cazar en un descuido, sino de una cuestión suscitada por el mismo Jesús: ¿se puede hacer el bien en sábado o lo prohíben los reglamentos? ¿Es más importante la caridad o los legalismos y prescripciones humanas? Y el hombre de la mano seca extiende su mano curada a la vista de todos. Los fariseos callan, pero no ceden; es más, conspiran contra Jesús. “Al salir, los fariseos, junto con los herodianos, celebraron enseguida una reunión contra él, para ver cómo perderle” (Mc). Poco importa que los herodianos sean poco religiosos y que defiendan a Herodes, que se plegaba ante Roma para conservar una parcela de poder. Lo importante era quitar de en medio a Jesús, fuera como fuese, poco importaba si eso iba o no contra la moral y el querer de Dios.

El fondo de la cuestión se va revelando cada vez con mayor claridad. Se trata de un endurecimiento de los corazones ante el anuncio de que ha llegado el Reino anunciado por los profetas; y se resisten a la conversión. Ni siquiera aceptan la realidad de los milagros que se multiplican ante sus ojos. Pero resisten al anuncio y buscan todo género de excusas para no ver que tienen ante ellos al mismo enviado de Dios, al Mesías; no quieren reconocerlo. Lo veremos mejor al explicar el contenido moral y religioso que Jesús anuncia. Se trata de la resistencia a creer que Jesús perdona como Dios, se declara como Esposo divino y Señor del sábado. Éste es el problema.

Segunda subida a Jerusalén

Jesús acude de nuevo a Jerusalén, para la fiesta de la Dedicación que se celebra en otoño. Con Él va un buen grupo de discípulos: no podemos precisar quiénes y cuántos, pero sabemos que ellos le acompañan y bautizan a los que van creyendo, al modo como lo hacía Juan Bautista. En Jerusalén todo son comentarios sobre el mensaje y los milagros del Señor. Los espíritus están divididos, pero ninguna oposición es sólida. El ambiente es de querer saber a qué atenerse. En esas circunstancias, realiza el milagro semioculto del leproso. Seguirá la conversación nocturna de Nicodemo con Jesús. El hecho de que Nicodemo sea fariseo, doctor de la Ley y miembro del Sanedrín hace muy relevante este diálogo. Los importantes también se interesan positivamente por el Señor.

La curación del leproso

Entre los milagros que llevaron a muchos a creer y que mueven a Nicodemo a hablar con Jesús está la curación del leproso. Los evangelistas no señalan expresamente que fue en aquellos días, y lo sitúan de un modo inconcreto en una ciudad, pero parece muy probable que sea el Simón leproso que invitará a Jesús a comer unos días antes de la tercera pascua en

Betania. Debía ser un personaje más o menos importante. La proximidad pudo conmover más a Nicodemo, que procura conocer el mensaje de Jesús y su misma persona.

“Y vino hacia él un leproso que, rogándole de rodillas, le decía: Si quieres, puedes limpiarme. Y, compadecido, extendió la mano, le tocó y le dijo: Quiero, queda limpio. Y al momento, desapareció de él la lepra y quedó limpio. Le conminó y enseguida lo despidió, diciéndole: Mira, no digas nada a nadie; pero anda, preséntate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio. Sin embargo, una vez que se fue, comenzó a proclamar y a divulgar la noticia, hasta el punto de que ya no podía entrar abiertamente en ciudad alguna, sino que se quedaba fuera, en lugares apartados. Pero acudían a él de todas partes” (Mc).

La lepra es una enfermedad especialmente grave pues, junto a las llagas que deforman el cuerpo y que llevan lentamente a la muerte, se creía que era contagiosa y por eso el leproso estaba sometido a prohibiciones estrictas, como la de acercarse a los sanos bajo pena de lapidación. Si se producía una curación tenía que ser verificada por los sacerdotes. Era fácil ver en esta enfermedad la triste condición del pecador.

El leproso acude a Jesús, con riesgo de su vida, con una petición humilde y dolorida: “Si quieres, puedes limpiarme”. Es un acto de fe, pues afirma que puede curarle, que está en su poder, y desea que esté también en su querer. Jesús no investiga su fe, la ve. Y accede rápidamente, y lo toca, con todo lo que esto llevaba consigo: contaminarse legal y físicamente. Dice: “Quiero, sé limpio”, y el enfermo se cura. La inmediata petición de discreción nos sorprende, pues muchos otros milagros son hechos para que crean los presentes; aquí hay silencio, quizá porque, en este caso, la lepra no era aún pública, o por otra razón que los evangelistas callan. Sí se le pide que vaya a los sacerdotes. No dice si continuó como discípulo, pero todo parece indicar que no sólo lo fue, sino que se contó entre el grupo de los incondicionales, o amigos, si se quiere expresar así. Jesús desea

discreción para que no se malogre el crecimiento de sus primeras acciones en Judea.

Nicodemo acude a hablar con Jesús

Entre los más conmovidos por los sucesos de aquellos días estaba un fariseo, magistrado del Sanedrín, llamado Nicodemo, que acudió a ver a Jesús de noche por temor a sus compañeros que se habían opuesto a Jesús. “Había entre los fariseos un hombre, llamado Nicodemo, judío influyente. Este vino a él de noche y le dijo: Rabbí, sabemos que has venido de parte de Dios como Maestro, pues nadie hace los prodigios que tú haces si Dios no está con él” (Jn). El clima de la conversación es afable y respetuoso, pero al mismo tiempo exigente. Sus compañeros fariseos se han declarado pronto contrarios a Jesús, a pesar de hechos patentes como los milagros y la autoridad con que Él hablaba. Se imponía la necesidad de una conversación sincera, sin discusiones apasionadas, con buena voluntad, y llegando al fondo, para aclarar la cuestión.

El dilema era clave, y no admitía dilación: ¿era Jesús realmente el Mesías, o no? Admite que es Maestro, pues lo ha oído hablar. También acepta que ha venido de parte de Dios, pues ha visto los milagros. Pero ¿es posible llegar más lejos? Ahí radica su duda y su búsqueda cautelosa. La introducción está llena de respeto y delicadeza, pero Jesús supera de inmediato las amabilidades corteses, y va a lo hondo; necesita golpear con fortaleza para ver si sus palabras son sinceras, o bien son suaves por fuera y falsas por dentro. Jesús contestará a Nicodemo en dos niveles: primero hablando de una vida nueva; luego, cuando ve que no le entiende, eleva su mirada haciéndole comprender que su ciencia es muy escasa y que necesita humildad para entender las verdades divinas.

Así fue la respuesta del Señor: “En verdad, en verdad te digo que si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios”. Jesús centra su respuesta en la salvación que ha venido a traer. La nueva vida es una

victoria sobre el pecado y una participación en la misma vida de Dios. Ante un sabio se puede expresar con profundidad. No se trata sólo de cumplir la Ley, sino de vivir una nueva vida, que viene de lo alto. Los cristianos llamaremos *gracia* a este don que nos permite cumplir la Ley y participar en la vida divina.

Nicodemo no entiende la respuesta del Señor, pues responde: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?” Es patente la dificultad de Nicodemo para entender las palabras espirituales de Jesús; su interpretación es sólo humana. Quizá pensaba en las objeciones a la reencarnación defendida por los hindúes en el lejano Oriente y por los órficos, los pitagóricos y casi todos los grandes filósofos griegos en Occidente. La intervención parece la típica de un intelectual acostumbrado a la discusión y defensor de la unidad del ser humano. Lo seguro es que no entiende que se pueda dar un nuevo nacimiento eterno y espiritual.

Jesús se lo aclara a través de ejemplos. “En verdad, en verdad te digo que si uno no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, carne es; y lo nacido del Espíritu, espíritu es. No te sorprendas de que te he dicho que es preciso nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va, así es todo nacido del Espíritu” (Jn). Cristo habla a Nicodemo de algo que él conocía bien: el bautismo de Juan realizado con agua. Este bautismo era un símbolo a través del cual movía a penitencia a los que se acercaban a él; les movía a arrepentirse de sus pecados. Pero el Maestro añade algo nuevo: la acción del Espíritu. Dios concederá con el nuevo bautismo el perdón solicitado, y lo hará al modo divino, ya que no sólo perdonará el pecado, sino que, además, elevará al hombre a la vida divina. La respuesta va precisando lo que quiere decir Jesús con la imagen del nuevo nacimiento.

Pero Nicodemo continúa sin entender: “¿Cómo puede ser esto?” Entonces Jesús emplea unas palabras aparentemente duras. Le dice: “¿Tú eres maestro de Israel y lo ignoras?” Es como decirle: ya ves que no basta toda tu ciencia de maestro de Israel, ni siquiera tu buena voluntad; es

necesario superar una barrera nueva. Jesús está llamando ignorante a uno de los sabios del momento. Estas palabras podían ser recibidas mal por Nicodemo, quien hubiera podido contestar con arrogancia que él era sabio oficial, mientras que Jesús era un artesano sin estudios que no había frecuentado ninguna de las grandes escuelas de Israel. Sería la reacción del orgullo. Pero Nicodemo no incurre en ella, porque busca sinceramente la verdad; le pesa demasiado el fardo de las interpretaciones sin vida, muy eruditas quizás, pero muertas, o poco espirituales. Sabe que ese modo de pensar le frena para poder entender.

Jesús le aclarará que ahí está la raíz del rechazo de sus amigos fariseos y del conjunto del Sanedrín. Necesitan convertirse con humildad y rechazar el pecado: “En verdad, en verdad te digo que hablamos de lo que sabemos, y damos testimonio de lo que hemos visto, pero no recibís nuestro testimonio. Si os he hablado de cosas terrenas y no creéis, ¿cómo ibais a creer si os hablara de cosas celestiales? Pues nadie ha subido al Cielo, sino el que bajó del Cielo, el Hijo del Hombre. Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea tenga vida eterna en él” (Jn). Así, veladamente Cristo le señala el sacrificio que se realizará en la Cruz, pero Nicodemo ahora no puede entender estas cosas.

Las dificultades con las que se va a enfrentar Jesús son más fuertes que las cuestiones de dinero o de poder; se trata de cuestiones de fe, que tocan las más hondas caras del pecado. De momento, Nicodemo escucha.

Jesús le aclara en qué consiste la conversión y la salvación que ha venido a traer: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no es juzgado; pero quien no cree ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Hijo Unigénito de Dios. Este es el juicio: que vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, ya que sus obras eran malas. Pues todo el que obra mal odia la luz y no viene a la luz, para que sus obras

no sean reprobadas. Pero el que obra según la verdad viene a la luz, para que sus obras se pongan de manifiesto, porque han sido hechas según Dios” (Jn).

Ante Nicodemo, Jesús se manifiesta como Maestro que habla con autoridad. Dialoga, pero desde el que sabe que posee toda la verdad y la manifiesta poniéndose al nivel de su interlocutor. Jesús es doctor de una nueva verdad que puede ser aceptada por los hombres de buena voluntad, se encuentren en el nivel en que se encuentren. Jesús, con Nicodemo, puede hablar con profundidad y decir que lo que viene a traer es más que una reforma moral: se trata de un descendimiento de la vida de Dios a los hombres. Dios ama tanto a los hombres que quiere liberarlos del pecado e incorporarlos a una unión viva con Él. Jesús ha desvelado un poco el modo de realizar esa gran obra, al hablar de la serpiente elevada en el desierto. La Cruz se apunta pero aún no se palpa ese exceso de amor de Dios por los hombres. Sin embargo, Nicodemo puede captar, mejor que la mayoría de los suyos, la grandeza de lo que está sucediendo ante sus ojos. Creer en ello es un obsequio de su libertad.

La samaritana, pecadora y apóstol

Tras la segunda estancia en Judea, en la que ha tenido lugar la conversación con Nicodemo, Jesús se pone de nuevo en camino. “Cuando supo que los fariseos habían oído que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan (aunque Jesús mismo no bautizaba sino sus discípulos), abandonó Judea y se marchó de nuevo a Galilea. Tenía que pasar por Samaria. Llegó, pues a una ciudad de Samaria, llamada Sicar, junto al campo que dio Jacob a su hijo José. Estaba allí el pozo de Jacob. Jesús, fatigado del camino, se había sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta” (Jn).

Jesús estaba cansado. Llevaban bastantes horas caminando, seguramente desde el alba hasta el mediodía. Su cansancio era debido a la larga caminata, pero había algo más; ese algo más que se intuye al considerar que comenzaba a palpase la hostilidad a su predicación de la buena nueva. Jesús leía en los corazones y podía ver en ellos el rechazo de muchos. Es entonces cuando llega una mujer samaritana a buscar agua, y se encuentra en el pozo con Jesús. Parece casual ese encuentro, pero no lo es: está previsto por la providencia divina.

La samaritana debió sorprenderse al encontrar un forastero junto al pozo. Le pareció un hombre pacífico, y se atrevió a acercarse para buscar agua. No se sabe si se intercambiaron algún saludo, pero es Jesús quien comienza la conversación de una manera normal, adecuada a las circunstancias, pues le dijo: “Dame de beber”. El pozo tenía unos treinta metros de profundidad y era necesario tener cuerdas, que quizá estaban ya allí, y también algún recipiente. Jesús no tenía ni lo uno ni lo otro. Cristo se ha saltado los convencionalismos al hablar con una mujer, que además es samaritana. Y hablará con ella de religión, tercera libertad que entonces era considerada excesiva.

La samaritana, al mirar a Jesús, se da cuenta de que es judío, y le responde con una actitud antipática y discutidora: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí, que soy una mujer samaritana?” La mujer comienza de una manera poco educada la conversación. Quizá piensa en su interior que todos los hombres son iguales; y, además, éste es judío. Jesús no responde en el mismo tono, ni con la misma actitud: no discute. Le habla con mansedumbre. No nos es posible conocer ni el tono de su voz, ni sus inflexiones, ni la mirada; pero algo nota la samaritana que la invita a reconsiderar su actitud agresiva y defensiva. Para Jesús aquél tono es connatural, porque es manso y humilde; y eso desarma a la samaritana. Parte del muro que la separa de Jesús cae ante los buenos modos del Señor.

Una vez superada la primera dificultad, Jesús le respondió: “Si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice dame de beber, tú le habrías pedido y él te habría dado agua viva” (Jn). Primero Jesús ha disculpado su contestación ineducada diciendo que en realidad no sabe quién es Él. Después, advierte que desconoce un don de Dios, que llamará agua viva. Pero, al mismo tiempo, mueve la curiosidad de la samaritana; busca algo que le interese, una puerta, que permita proseguir el diálogo, y hacerle entender las realidades sobrenaturales. Sin un interés mínimo es imposible un diálogo. De hecho, Jesús con su mansedumbre, con su disculpa y con la curiosidad de la samaritana por aquella agua extraña (¿existe acaso un agua viva?), consigue continuar la conversación, aunque el tono sea aún algo desafiante.

La mujer dijo: “¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él, sus hijos y sus ganados?” Ella sigue tratándole en un plano de igualdad, puesto que no le conoce, y piensa que es un hombre como los demás. Pero ya no se da la actitud belicosa que se solía dar entre samaritanos y judíos. Además, ha hablado de algo que era común a los dos, la ascendencia de Jacob.

El Señor aprovecha aquella mínima buena voluntad, y continúa la conversación. “Todo el que bebe de esta agua tendrá sed de nuevo, pero el que beba de agua que yo le daré, no tendrá sed nunca más, sino que el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna” (Jn). Sin duda, la mujer estaría sorprendida del giro que estaba dando aquella conversación que, en el mejor de los casos, parecía destinada a acabarse en las primeras palabras. Su curiosidad debió crecer; pero antes trata a Jesús con respeto, pues se da cuenta que no está hablando con un hombre cualquiera: el tono de sus palabras revelan sabiduría y amabilidad.

Quizá la samaritana no hizo demasiados razonamientos, pero sí sabía que tenía que ir muchas veces a buscar aquella agua que se acababa siempre. El agua viva que aquel forastero le ofrecía quitaría la sed para siempre. ¿Será un mago o tendrá una receta desconocida? Entonces la samaritana advierte que está ante alguien importante: no sólo es un hombre

educado y respetuoso, sino también alguien que le habla de cosas sorprendentes e interesantes, y, en vez de dar agua a Jesús, es ella la que pide que le calme su sed, diciendo: “Señor, dame de beber”. Hubiera sido hermoso que su petición hubiese acabado aquí, pues hubiese indicado que entendía lo que Jesús estaba diciendo. Pero no fue así, y añade: “para que no tenga sed ni tenga que venir aquí a sacar el agua”. Ciertamente que le ha llamado Señor, lo que indica respeto, e, incluso, lo considera como alguien muy importante, pero no entiende el sentido de las palabras de Cristo; sólo piensa en el agua que siempre ha bebido. No escucha todo lo que Jesús le está diciendo, no se da cuenta de que le está hablando de la eternidad. Podía pensar que el agua era un símbolo que reflejaba una realidad sobrenatural, pues Jesús la llama agua viva y fuente de vida eterna. Pero no es así. Existían otras barreras que superar, además de los malos modos, para que entendiese lo que Jesús le estaba diciendo. La barrera estaba ahora en una visión demasiado materialista de la vida. Piensa tanto en el agua material, que no capta el símbolo del agua que salta hasta la vida eterna.

Ante esa ceguera espiritual Jesús da un golpe de timón a la conversación, y le dice: “Anda, llama a tu marido y vuelve aquí”. La mujer debió sentir como un sobresalto en su interior. Su seca respuesta lo revela: “¿A qué viene que hables de mi marido?”, “mi vida es privada, no tienes derecho a meterte en mis cosas”. Una cierta mirada de recelo aparece en su rostro; da la impresión de querer concluir la conversación. Y contesta cortante: “No tengo marido”, que es como decir: “Déjame en paz, dame agua si quieres o no me la des, pero no te metas en mis cosas”. La visión materialista le impedía entender la existencia de un agua viva que surge de una fuente eterna, y Jesús quiere destruir esa barrera moral con la sinceridad plena.

Jesús le contestó de nuevo con mansedumbre, pero con una mirada que indicaba que conocía bien su vida: “Bien has dicho ‘no tengo marido’, pues cinco has tenido y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho verdad” (Jn). La mujer debió quedar estupefacta. Quizá enrojeció. La barrera que le impedía entender queda al descubierto: era la impureza. Quizá alguno de los hombres anteriores fue, realmente, su marido en sentido propio, pero otros no; y el actual, desde luego, no es su marido, ni

ante Dios ni ante los hombres. El Señor ya había recordado que los limpios de corazón verán a Dios; o, dicho a la inversa, que los impuros tendrán dificultades para entender las cosas espirituales. Era necesario vencer la impureza con la sinceridad. Y puesto que ella no habla, es Jesús quien tiene que abrir la puerta de aquella conciencia. A partir de este momento, la conversación ya adquiere un tinte distinto. La puerta ya está abierta, Jesús puede entrar, puede limpiar y, sobre todo, puede iluminar. Por así decir, comienza la conversión de aquella mujer de mal carácter y poco sentido espiritual una vez que se ha desvelado la naturaleza de su pecado.

Aún no ha descubierto que es el Mesías, ni mucho menos que es la Verdad hecha Hombre; pero reconocerlo como profeta le permite elevar la conversación a un nivel espiritual. Así, un poco por interés verdadero, y otro poco para desviar la conversación del enojoso tema de los maridos, dice: “Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y vosotros decís que el lugar donde se debe adorar está en Jerusalén”. La cuestión era un punto central de litigio entre judíos y samaritanos; pero en el fondo escondía otra cuestión más importante: la interpretación demasiado humana de la Escritura, y revelaba lo poco que conocían a Dios unos y otros, aunque hablasen mucho de Él y organizaran toda su vida en torno a lo religioso.

Jesús no quiere que la conversión de aquella mujer se eche a perder por una discusión teórica que, como cortina de humo, esconda los verdaderos problemas de sinceridad ante Dios; y eleva de nuevo el punto de mira de la samaritana, que está realmente cautivada por la palabra del Señor. Le respondió Jesús: “Créeme, mujer, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre”. Jesús llama Padre a Dios, revela que la antigua Alianza está superada, y precisa que es más ortodoxa la doctrina de los judíos que la de los samaritanos: “Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos”. Es decir, no es más cierta la postura judía porque ellos sean mejores o más inteligentes, sino porque ha sido profetizado que la salvación llegará a través de la descendencia de Judá y de David; por eso Dios ha protegido la verdad en ese pueblo de una manera especial.

En seguida añade que han comenzado los tiempos nuevos. “Pero llega la hora, y es ésta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorar en espíritu y en verdad” (Jn). Mientras Jesús iba haciendo estas revelaciones, bulle el interior de aquella mujer. Es cierto que vivía moralmente mal; pero también es cierto que era consciente de ello y poseía una cierta cultura religiosa. Quizá le vinieran a la mente las profecías sobre el Mesías, que también reconocían los samaritanos. Una tenue luz debió hacerse en su interior. Por eso, metida ya de lleno en la órbita espiritual de Jesús, pregunta: “Sé que el Mesías, el llamado Cristo, va a venir. Cuando Él venga nos anunciará todas las cosas”.

Ya no hay en la samaritana la actitud hostil del comienzo, más bien habla con una insinuación, llena de respeto, propia de la persona que empieza a ver, y no se atreve a preguntar lo que en realidad está pensando. Le respondió Jesús: “Yo soy, el que contigo habla” (Jn). Ahora, cuando la mujer está bien dispuesta, Jesús se revela con más claridad que al mismo Nicodemo o a los miembros del Sanedrín. Le dice: “Yo soy”, expresión que evoca a Yahvé cuando revela el nombre de Dios a Moisés. Jesús está desvelando a la samaritana su mesianidad y veladamente su divinidad. Cristo revela su intimidad y la pecadora se arrepiente y cree: se convierte. Dios habla y la mujer acepta con fe la palabra de Jesús.

La mujer samaritana ha pasado de ser una pecadora, llena de amargura y mal carácter, a ser un apóstol. Su palabra tiene tal fuerza, que arrastra a que otros conozcan a Jesús como el Salvador. Su conversión es realmente una transformación.

La samaritana vio el entusiasmo y la fuerza moral de Jesús. Esta fuerza se transparenta en su respuesta a los apóstoles al volver cuando le dicen: “Rabbi, come”. Pero él les dijo: “Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis. Decían los discípulos entre sí: ¿Acaso alguien le trajo de comer? Jesús les dijo: mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra”. Jesús, que había comenzado pidiendo agua para beber, no llegó a beber, ocupado en el proceso de conversión de

aquella mujer. Jesús estaba cansado, pero se le pasa el cansancio volcándose en los que acuden a él. Jesús tiene hambre y no come. La alegría interior le lleva a despreocuparse de las necesidades del cuerpo. El hambre, la sed, el cansancio se superan con la conversión de aquella mujer. Jesús tiene sed y hambre de almas; por eso descansa cuando las almas responden; más que la fatiga del cuerpo, le consume la sed de almas. Por esto, al llegar la samaritana, aquella mujer pecadora, el corazón sacerdotal de Cristo se vuelca, diligente, para recuperar la oveja perdida: olvidando el cansancio, el hambre, la sed.

Pero fijémonos en otro detalle. Jesús habla a solas con una mujer. Aunque era un lugar público y a mediodía, vivía esta cautela para evitar posibles murmuraciones, pero también para dar ejemplo a los que quieren vivir la castidad con delicadeza. El celo por las almas hace que ponga por delante la conversión de la samaritana a un posible escándalo farisaico. En este caso, la caridad va por delante de otras consideraciones. No en vano la prudencia lleva a decidir en cada caso concreto lo que es más oportuno en esa situación irrepetible. Pero habla en público y a mediodía: no abandona la prudencia habitual por motivos apostólicos.

La conversión de la samaritana permitió que Jesús abriera su alma a sus discípulos. Se le pasa el cansancio; ya no tiene importancia satisfacer el hambre; está entusiasmado, y les habla del Padre con auténtica alegría. Jesús ha venido a salvar almas y detrás de aquella mujer ve multitud de almas que descubrirán a Dios en los caminos de la tierra a través de su mensaje de salvación. “A continuación llegaron sus discípulos, y se admiraron de que hablara con una mujer. Pero ninguno le preguntó: ¿Qué buscas?, o ¿qué hablas con ella? La mujer dejó su cántaro, fue a la ciudad y dijo a la gente: Venid, ved a un hombre que me ha dicho cuanto hice. ¿No será éste el Cristo? Salieron de la ciudad y venían a él. Entre tanto los discípulos le rogaban diciendo: Rabbí come. Pero él les dijo: Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis. Decían los discípulos entre sí: ¿Acaso le trajo alguien de comer? Jesús les dijo: Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra. ¿No decís vosotros que después de cuatro meses viene la siega? Pues yo os digo: Levantad vuestros ojos y mirad los campos que están dorados para la siega; el

segador recibe ya su jornal y recoge el fruto de cara a la vida eterna, para que se gocen juntos el que siembra y el que siega. Pues en esto es verdadero el refrán de que uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os envié a segar lo que vosotros no habéis trabajado; otros trabajaron y vosotros os habéis aprovechado de su esfuerzo” (Jn).

Están en época de siembra, de oculto crecimiento, pero ya son visibles los frutos. La alegría del segador es también la del sembrador. Jesús es ambas cosas y quiere que su gozo sea patente a los suyos. “Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer que atestiguaba: Me ha dicho todo cuanto hice. Así que, cuando vinieron a él los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Entonces creyeron en él muchos más por su predicación. Y decían a la mujer: Ya no creemos por tu palabra; nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es en verdad el Salvador del mundo” (Jn). Allí se quedó Jesús dos días antes de seguir su camino hacia Galilea. La conversión de samaritanos es importante pues indica la apertura del Reino de Dios a miembros de otros pueblos diversos a los judíos.

Dos días después marchó de allí hacia Galilea. Le recibieron los galileos que ya creían y muchos otros que habían visto todo cuanto hizo durante la fiesta en Jerusalén, pues también ellos habían ido a la fiesta.

Resumen del Primer año

Al término de este primer año de la vida pública del Señor, parece lógico detenerse para hacer un balance. Sabemos que Jesús, después del bautismo del Jordán y de su retiro en el desierto, volvió a Galilea. Sería el mes de marzo, poco antes de la Pascua. En este viaje conoció a los primeros discípulos: Juan, Andrés, Simón Pedro, Felipe, y Natanael, con quienes lo encontramos en las bodas de Caná.

A finales de marzo irían todos a Jerusalén para celebrar la Pascua. Allí Jesús, que ya había sido proclamado Mesías por Juan, se manifiesta públicamente, con un golpe de audacia increíble. Él solo arroja a los mercaderes del Templo. Pero no es lo suyo el tono airado, y terminada la Pascua, regresa a Galilea para hacer una llamada de conversión: el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el Evangelio. De estos meses de catequesis Lucas da un resumen certero en la actuación de Jesús en la sinagoga de Nazaret donde, siguiendo a Isaías, promulga un año de gracia del Señor. Jesús predica y hace milagros abundantes. Pero la reacción en Galilea se hace notar hacia septiembre, y Él marcha hacia Jerusalén predicando y bautizando por medio de sus discípulos.

Es posible que para estas fechas ya haya encontrado a los doce, aunque los Evangelios no lo dicen, pues hablan sólo de los seis anteriores y de Mateo, recaudador de impuestos en Cafarnaún. Tras ser rechazado en Galilea decide acabar el año en Judea conviviendo con sus discípulos, para formarlos y prepararlos a las pruebas que tendrán que soportar. No sería extraño que hacia fines de noviembre subiese a Jerusalén para celebrar la fiesta de la Dedicación, como vemos que ya lo hizo en otra ocasión.

Se puede decir, que en conjunto, ha sido un año feliz; las multitudes le siguen, crece su fama. Tiene discípulos selectos, hay bautizos. Se multiplican los milagros, aunque apunta ya la sombra del rechazo de los fariseos en Galilea. Es el año del planteamiento de las cosas. Después llegará aclarar a fondo el enfrentamiento con el pecado y el diablo y la revelación de Jesús como Hijo de Dios.

*Segundo año***Discípulos**

Tras los primeros meses van apareciendo núcleos de discípulos aquí y allí, según los lugares donde Jesús predica. Pero ya desde el principio se establece un grupo de discípulos más cercanos a él. Era necesario que algunos conociesen más profundamente la doctrina, al modo que hacían los rabinos; pero, además, conocer a Jesús como persona, ya que conocerle a él es el centro de toda la salvación. Cristo, poco a poco, se les revelará en su ser más íntimo. Primero como Mesías, después como Hijo igual al Padre.

Hacia final del primer año ya ha encontrado a los doce, aunque aún forman un grupo poco diferenciado de los demás. Los Evangelios nos hablan en estos momentos solamente de siete: Pedro y Andrés, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, Felipe y Bartolomé y Mateo el publicano. Los apóstoles Judas y Santiago, hijos de Alfeo, que eran primos del Señor, aunque no los han nombrado, estarían ya con él. Judas Iscariote era judío (de Judea) y frecuentaba a los principales del Templo. Quizá pensaba en él Juan cuando escribió: “Mientras estaba en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre al ver los milagros que hacía. Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos, y no necesitaba que nadie le diera testimonio acerca de hombre alguno, pues sabía lo que hay dentro de cada hombre” (Jn).

Al volver a Galilea va a realizar una de las acciones más decisivas de aquellos tres años: la elección de los apóstoles. Al llegar a Cafarnaún, un centurión del ejército romano, hombre de fe, le pide la curación de un siervo. Jesús se llena de nuevo de alegría, porque esa petición revela el nuevo Reino a todos los hombres, no sólo a los judíos.

La zona de Cafarnaún que había sido el centro de la actividad de Jesús en este primer año lo seguirá siendo en el comienzo del segundo. Allí pasa la *via maris*, carretera romana, centro con guarnición militar y recaudador de impuestos. Es un lugar de cierta importancia; quizá por eso Jesús la elige para establecerse, pues a esa ciudad pueden acudir gentes de muchos lugares. Allí se le acerca el centurión romano. Piadoso, pero gentil. Es importante ver cómo le trata Jesús después de sus explicaciones sobre el nuevo Reino de Dios. El hombre acude con humildad; no quiere comprometer a Jesús haciéndole entrar en su casa, para evitar la habladuría de que Jesús sostiene tratos con paganos; pero tiene fe y ama a su siervo como si fuese de su propia familia.

“Al entrar en Cafarnaún se le acercó un centurión y, rogándole, dijo: Señor, mi criado yace paralítico en casa con dolores muy fuertes. Jesús le dijo: Yo iré y le curaré. Pero el centurión le respondió: Señor, no soy digno de que entres en mi casa; basta que lo mandes de palabra y mi criado quedará sano. Pues yo, que soy un hombre subalterno con soldados a mis órdenes, digo a uno: ve, y va; y a otro: ven, y viene; y a mi siervo: haz esto, y lo hace. Al oírlo Jesús se admiró, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que en nadie de Israel he encontrado una fe tan grande. Y os digo que muchos de Oriente y Occidente vendrán y se pondrán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos, mientras que los hijos del Reino serán arrojados a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinar de dientes. Y dijo Jesús al centurión: Vete y que se haga conforme has creído. Y en aquel momento quedó sano el criado” (Mt). La sencillez de la narración atrae. Jesús se conmueve ante la delicadeza de aquel hombre, y alaba su fe poniéndola por encima de muchos en Israel. Es más, muchos israelitas serán arrojados a las tinieblas exteriores, si no creen y se convierten. En la práctica muestra que el Reino es para todos los hombres de buena voluntad.

Elección de los doce apóstoles

Después, “subiendo al monte llamó a los que él quiso, y fueron junto a él. Y eligió a doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios. Y formó el grupo de los doce: a Simón, a quien puso el nombre de Pedro; y a Santiago el de Zebedeo y a Juan, el hermano de Santiago, a quienes llamó Boanerges, esto es, ‘Hijos del trueno’; y a Andrés y Felipe, y a Bartolomé y Mateo, y a Tomás y Santiago el de Alfeo, y a Tadeo y Simón Cananeo, y a Judas Iscariote, el que lo entregó” (Mc).

El Reino se consolida. Ha elegido a doce de los que llamó primero. Jesús institucionaliza como apóstoles a un grupo de discípulos, elegidos con cuidado entre los que ya creen en él. El número doce evoca a las doce tribus de Israel. La figura del enviado, o apóstol, equivale a la de un representante, que actúa con plenos poderes de quien envía. Es una figura corriente en Israel, y en nuestros días. Más tarde, les comunicará con detalle su función: “Vosotros sois los que habéis permanecido junto a mí en mis tribulaciones. Por eso yo os preparo un Reino como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lc).

Antes de llamarles, Jesús pasó la noche entera en oración. La oración es una constante en la vida de Jesús. Pero aquella elección es tan importante que requiere una oración más intensa. Tiene que elegir y ver la voluntad del Padre en estas vocaciones. Y eligió a los que quiso. Se trata de una verdadera vocación divina para ser las columnas del nuevo Pueblo de Dios, abierto a todos los hombres sobre la raíz del antiguo pueblo fundamentado sobre los doce hijos de Jacob.

Y Jesús explicará con detalle, paso a paso, en qué va a consistir su misión en la tierra. “A estos doce envió Jesús dándoles estas instrucciones: No vayáis a tierra de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; sino id primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Id y predicad diciendo que el Reino de los Cielos está al llegar. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, sanad a los leprosos, arrojad a los demonios; gratuitamente lo recibisteis, dadlo gratuitamente. No llevéis oro, ni plata, ni dinero en

vuestras fajas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón, porque el que trabaja merece su sustento.

“En cualquier ciudad o aldea en que entréis, informaos sobre quién hay en ella digno; y quedaos allí hasta que salgáis. Al entrar en una casa dadle vuestro saludo. Si la casa fuera digna, venga vuestra paz sobre ella; pero si no fuera digna, vuestra paz revierta a vosotros. Si alguien no os acoge ni escucha vuestras palabras, al salir de aquella casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo que en el día del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma y Gomorra que para esa ciudad.

“Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, cautos como las serpientes y sencillos como las palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en sus sinagogas, y seréis llevados ante los gobernadores y reyes por causa mía, para que deis testimonio ante ellos y los gentiles. Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué habéis de hablar; porque en aquel momento os será dado lo que habéis de decir. Pues no sois vosotros los que vais a hablar, sino el Espíritu de vuestro Padre quien hablará en vosotros. Entonces el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres para hacerles morir. Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien persevere hasta el fin, ése será salvo. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra; en verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre.

“No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Le basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al amo de la casa le han llamado Beelzebul, cuánto más a los de su casa. No les tengáis miedo, pues nada hay oculto que no vaya a ser descubierto, ni secreto que no llegue a saberse. Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a plena luz; y lo que escuchasteis al oído, pregonadlo desde los terrados. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno. ¿Acaso no se vende un par de pajarillos por un as? Pues bien, ni uno solo de ellos caerá en tierra sin que lo permita vuestro Padre. En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Por tanto, no tengáis miedo: vosotros valéis más que muchos pajarillos.

“A todo el que me confiese delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre que está en los Cielos. Pero al que me niegue delante de los hombres, también yo le negaré delante de mi Padre que está en los Cielos.

“No penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer la paz sino la espada. Pues he venido a enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su misma casa.

“Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien encuentre su vida, la perderá; pero quien pierde su vida por mí, la encontrará.

“Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado. Quien recibe a un profeta por ser profeta obtendrá recompensa de profeta, y quien recibe a un justo por ser justo obtendrá recompensa de justo. Y todo el que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños por ser discípulo, en verdad os digo que no quedará sin recompensa” (Mt).

La misión primera se restringe solamente a Israel, y, más en concreto, a las ovejas perdidas de Israel; ya llegará el tiempo de ampliarla más y extenderla a otros pueblos. De momento, tienen que empezar por lo más familiar.

Aquel invierno transcurrió con una triple labor: la formación de aquellos hombres, sus misiones a los lugares cercanos y la misma predicación de Jesús, que está muy activo en aquella zona del mar de Galilea.

La resurrección del hijo de la viuda de Naím

Al acercarse la segunda Pascua de su vida pública, Jesús y sus discípulos se ponen en camino hacia Jerusalén. En el camino pasan por la pequeña ciudad de Naím. Allí son testigos de un hecho doloroso: el entierro del hijo único adolescente de una mujer viuda. El dolor es patente en aquella mujer y en todos los que acuden al entierro, seguramente todo el pueblo.

El Señor, con una reacción muy humana, pero que es también muy divina, ante las lágrimas de la madre viuda se compadeció de ella. Se acercó a ella y le dijo: “No llores”. Que es como darle a entender: no quiero verte en lágrimas, porque yo he venido a traer el gozo y la paz. Luego tiene lugar el milagro, manifestación del poder de Cristo Dios. Pero antes fue la conmoción de su alma, manifestación evidente de la ternura del Corazón de Cristo Hombre.

Veamos los hechos: “Sucedió, después, que marchó a una ciudad llamada Naím, e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre. Al acercarse a la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar un difunto, hijo único de su madre que era viuda, y la acompañaba una gran muchedumbre de la ciudad. Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo: No llores. Se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron; y dijo: Muchacho, a ti te digo, levántate. Y el que estaba muerto se incorporó y comenzó a hablar; y se lo entregó a su madre. Y se llenaron todos de temor y glorificaban a Dios diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. Esta fama acerca de él se divulgó por toda la Judea y por todas las regiones vecinas” (Lc).

La voz del milagro se corrió rápidamente, y llegó a Jerusalén precediéndoles en el camino: ¡Un gran profeta está en Israel! ¡Ha proclamado la llegada del Reino de Dios, le siguen muchos, cura a gente enferma, y ha resucitado un muerto cuando le iban a enterrar! ¿Qué pensar de todo esto?

Embajada del Bautista

Juan estaba preso en la fortaleza de Maqueronte. Sus discípulos, que sufren, no son indiferentes a los sucesos que se están viviendo en Israel. Por eso “informaron a Juan de todas estas cosas. Y Juan llamó a dos de ellos, y los envió al Señor a preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro? Presentándose aquellos hombres le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti a preguntarte: ¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro? En aquella misma hora curó a muchos de sus enfermedades, de dolencias y de malos espíritus, y dio la vista a muchos ciegos. les respondió diciendo: Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados; y bienaventurado quien no se escandalice de mí” (Lc).

Juan aprovecha la ocasión para que sus discípulos reconozcan a Jesús como el Mesías. Él mismo ya se lo había mostrado como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y algunos de los suyos siguieron a Jesús. Siempre había dejado claro que él no era el Mesías. Ahora anima a los suyos para que hagan a Cristo la pregunta decisiva: ¿Tú eres el Mesías?

Jesús contesta, poniendo delante de sus ojos los milagros –que ya habían sido profetizados– como característicos de los nuevos tiempos mesiánicos. Son libres de creer o no, de seguirle o no. Pero las obras hablan por sí mismas. El grupo de los preparados con el bautismo de penitencia se apresta para el gran paso de recibir al Mesías.

“Después de marcharse los enviados de Juan, comenzó a decir a las muchedumbres acerca de Juan: ¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con ropas delicadas? Mirad, los que visten con lujo y viven entre placeres están en palacios de reyes. ¿Qué habéis salido a ver? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Este es de quien está escrito: He aquí que yo envío delante de ti mi mensajero, que vaya preparándote el camino. Os digo,

pues, que entre los nacidos de mujer nadie hay mayor que Juan; aunque el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él. Y todo el pueblo y los publicanos, habiéndole escuchado, reconocieron la justicia de Dios, recibiendo el bautismo de Juan. Pero los fariseos y los doctores de la Ley rechazaron el plan de Dios sobre ellos, no habiendo sido bautizados por él” (Lc).

Y es a partir de este momento cuando va a ser más explícita la manifestación de Jesús como Mesías. Es más, en esta segunda Pascua ya va a dar señales más claras aún de su divinidad. No se trata de un reformador religioso más o menos lúcido. Él es el mismo Mesías, el Hijo de Dios. Los espíritus deben estar atentos a lo que va a suceder, y Juan Bautista ha sido el mensajero anunciado por el profeta Malaquías para preparar el camino del Señor.

La embajada del Bautista también interesaba a sus discípulos, pues a pesar de vivir una vida penitente con rechazo del pecado, no eran inmunes a las pequeñas envidias: antes de que encarcelasen a Juan criticaban a los discípulos de Jesús. Así lo cuenta Juan evangelista, que había sido discípulo de los dos: “Después de esto fue Jesús con sus discípulos a la región de Judea, y allí convivía con ellos y bautizaba. También Juan estaba bautizando en Ainón junto a Salín, porque había allí mucha agua, y acudían a ser bautizados, pues aún no había sido encarcelado Juan. Se originó una discusión entre los discípulos de Juan y un judío acerca de la purificación. Y fueron a Juan y le dijeron: Rabbí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tu diste testimonio, está bautizando y todos van a él. Respondió Juan: No puede el hombre apropiarse de nada si no le es dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él. Esposo es el que tiene la esposa; el amigo del esposo, el que está presente y le oye, se alegra mucho con la voz del esposo. Por esto mi gozo se ha colmado. Es necesario que él crezca y que yo disminuya” (Jn).

Juan había llamado Esposo a Jesús. Todos sabían que estas palabras, a la luz de la Escritura, eran significativas porque Dios era el Esposo de

Israel, en la Alianza de amor que les unía. Veladamente, Juan señala quién es Jesús, pero convenía ofrecer un testimonio evidente, contundente. Con la embajada lo va a conseguir.

Juan es valiente, y verdaderamente humilde. No busca la gloria propia, sino la gloria de Dios. No se siente humillado, porque muchos le abandonen como Maestro y sigan a Jesús. No le considera una competencia, sino que se sabe Precursor, y su enseñanza revela bien el sentido profundo de que su penitencia era verdadera humildad: “Conviene que él crezca y yo disminuya”. El sentido del mensajero es ocultarse cuando llega el hijo del rey. Juan puede decir con verdad que “el que viene de arriba está sobre todos. El que es de la tierra, de la tierra es y de la tierra habla. El que viene del Cielo está sobre todos, y da testimonio de lo que ha visto y oído, pero nadie recibe su testimonio. El que recibe su testimonio confirma que Dios es veraz; pues aquél a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, porque da el Espíritu sin medida. El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en sus manos. El que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero quien rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios pesa sobre él” (Jn). En sus palabras se trasluce la voz del Padre, escuchada en el momento del Bautismo de Jesús en el Jordán, hace ahora año y medio.

Se estaban cumpliendo las profecías enunciadas por el padre del Bautista, Zacarías. Recordemos el nacimiento extraordinario de Juan: “Hubo, en tiempos de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la familia de Abías, cuya mujer, descendiente de Aarón, se llamaba Isabel. Ambos eran justos ante Dios, y caminaban intachables en todos los mandamientos y preceptos del Señor; no tenían hijos, porque Isabel era estéril y los dos de edad avanzada.

“Y sucedió que, al ejercer su ministerio sacerdotal delante de Dios, cuando le tocaba el turno, le cayó en suerte, según la costumbre del Sacerdocio, entrar en el Templo del Señor para ofrecer el incienso; y toda la concurrencia del pueblo estaba fuera orando durante el ofrecimiento del incienso. Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso. Y Zacarías se turbó al verlo y le invadió el temor. Pero el ángel le

dijo: No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada, así que tu mujer Isabel te dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Juan. Será para ti gozo y alegría; y muchos se alegrarán en su nacimiento, porque será grande ante el Señor; no beberá vino ni licor, será lleno del Espíritu Santo ya desde el vientre de su madre, y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios; e irá delante de El con el espíritu y el poder de Elías para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los desobedientes a la prudencia de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto. Entonces Zacarías dijo al ángel: ¿Cómo podré yo estar cierto de esto? pues ya soy viejo y mi mujer de edad avanzada. Y el ángel le respondió: Yo soy Gabriel, que asisto ante el trono de Dios, y he sido enviado para hablarte y darte esta buena nueva. Desde ahora, pues, te quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no has creído en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo.

“El pueblo estaba esperando, y se extrañaba de que Zacarías se demorase tanto en el Templo. Cuando salió, no podía hablarles; y comprendieron que había tenido una visión en el Templo. El intentaba explicarse por señas, y permaneció mudo.

“Y sucedió que cuando se cumplieron los días de su ministerios, se marchó a su casa. Después de estos días Isabel, su mujer, concibió y se ocultaba durante cinco meses, diciéndose: Así ha hecho conmigo el Señor, en estos días en los que se ha dignado borrar mi oprobio entre los hombres” (Lc).

María Santísima se enteró de estos hechos seis meses después por boca del ángel Gabriel, y acudió a visitar a Isabel para ayudarla en el parto. Isabel la acogió con gran alegría; y convivieron tres meses hasta que nació el niño. Zacarías recuperó el habla porque tuvo fe en la intervención de Dios, y el Espíritu Santo habló por su boca anunciando qué tenía previsto Dios para aquel niño que de adulto sería Juan Bautista.

“Entre tanto le llegó a Isabel el tiempo del parto, y dio a luz un hijo. Y oyeron sus vecinos y parientes la gran misericordia que el Señor le había mostrado, y se congratulaban con ella. El día octavo fueron a circuncidar al niño, y querían ponerle el nombre de su padre Zacarías. Pero su madre dijo:

De ninguna manera, sino que se ha de llamar Juan. Y le dijeron: No hay nadie en tu familia que se llame con este nombre. Al mismo tiempo preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase. Y él, pidiendo una tablilla, escribió: Juan es su nombre. Lo cual llenó a todos de admiración. En aquel momento recobró el habla, se soltó su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios. Y se apoderó de todos sus vecinos el temor y se comentaban estos acontecimientos por toda la montaña de Judea; y cuantos los oían los grababan en su corazón, diciendo: ¿Qué pensáis ha de ser este niño? Porque la mano del Señor estaba con él.

“Y Zacarías, su padre, quedó lleno del Espíritu Santo y profetizó diciendo:

“Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
y ha suscitado para nosotros el poder salvador
en la casa de David su siervo,
como lo había anunciado desde antiguo
por boca de sus santos profetas;
para salvarnos de nuestros enemigos
y de la mano de cuantos nos odian:
ejerciendo su misericordia con nuestros padres,
y acordándose de su santa alianza,
y del juramento que hizo a Abraham, nuestro padre,
para concedernos
que, libres de la mano de los enemigos,
le sirvamos sin temor,
con santidad y justicia en su presencia
todos los días de nuestra vida.

Y tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo:
porque irás delante del Señor a preparar sus caminos,
enseñando a su pueblo la salvación
para el perdón de sus pecados;
por las entrañas de misericordia de nuestro Dios,
el Sol naciente nos visitará desde lo alto,
para iluminar a los que yacen en tinieblas y en sombra de muerte,
y guiar nuestros pasos por el camino de la paz.

“Mientras tanto, el niño iba creciendo y se fortalecía en el espíritu, y habitaba en el desierto hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel” (Lc).

Juan correspondió libremente al querer de Dios, y fue profeta del Altísimo anunciando sus caminos misericordiosos. Juan era la voz y Jesús era la Palabra que salva al mundo.

La curación del paralítico de la piscina de Siloé

La segunda Pascua que pasa Jesús en Jerusalén va a ser el momento oportuno para dar un paso adelante en la manifestación de sí mismo y de su misión. Al subir a Jerusalén le precede la voz de haber resucitado al hijo de la viuda de Naim. Sin palabras, se ha declarado Señor de la vida. La expectación ante lo que va a decir, o a hacer, es grande. Un milagro va a ser la ocasión de avanzar en la manifestación. Se trata de la curación del paralítico de la piscina de Siloé, lugar donde se agrupaban muchos enfermos con la esperanza de ser curados al entrar en las aguas, removidas por el ángel de vez en cuando.

Veamos los hechos: “Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que tiene cinco pórticos. En estos yacía una muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paráliticos. Había allí un hombre que padecía una enfermedad desde hacía treinta y ocho años”. Es fácil intuir la mezcla de esperanza y desaliento de este hombre. Está allí porque queda una ligera posibilidad. Pero son tantos los años de fracaso que poco le resta esperar ya. Está solo, y los que le rodean son competidores, no amigos. El estado de su alma no parece mejor que el del cuerpo. Se intuye una amargura que quizá sea la causa de su soledad. No está a bien ni con Dios, ni con los hombres. Y la vida pocas posibilidades le ofrece, aparte de la queja y el lamento. “Jesús, al verlo tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres ser curado?” La respuesta parece obvia; para eso está allí; pero emerge poca esperanza. “Le contestó: Señor, no tengo un hombre que me introduzca en la piscina cuando se mueve el agua; mientras voy, descende otro antes que yo” (Jn). No sabe quién es el que habla con él, ni tiene fe en aquel profeta de Nazaret. Pero Jesús quiere que su enfermedad sea ocasión de gloria de Dios. “Le dijo Jesús: Levántate, toma tu camilla y anda. Al instante aquel hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar.

“Aquel día era sábado. Entonces dijeron los judíos al que había sido curado: Es sábado y no te es lícito llevar la camilla. Él les respondió: El que me ha curado es el que me dijo: Toma tu camilla y anda. Le interrogaron: ¿Quién es el hombre que te dijo: Toma tu camilla y anda? El que había sido curado no sabía quién era, pues Jesús se había apartado de la turba allí reunida. Después de esto Jesús lo encontró en el Templo y le dijo: Mira, has sido curado; no peques más para que no te ocurra algo peor. Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien le había curado” (Jn).

La fiesta del sábado se extendía desde la víspera del día anterior hasta el anochecer. En ella se trata de reconocer a Dios como Señor de todo lo creado, de darle culto, y de vivir un descanso que es ocasión de fiesta y de gozo en la creación. Dios descansó el séptimo día, dice el Génesis. El cumplimiento del descanso sabático era de gran importancia en la piedad judía; tanto, que su incumplimiento implicaba la exclusión de la comunidad y conllevaba el castigo divino. En los tiempos de Jesús se había acentuado el rigor de este cumplimiento con una variada casuística. El Libro de los

jubileos prohíbe casarse, encender fuego o cocinar. Los fariseos aumentaban las prohibiciones. Jesús no es contrario a la institución del sábado; pero coloca por delante el amor al prójimo, y, sobre todo, se declara Señor del sábado, es decir, con potestad divina muy superior a la de las prescripciones veterotestamentarias.

“Por eso perseguían los judíos a Jesús, porque había hecho esto en sábado”. La contestación de Jesús va mucho más lejos que la validez de los preceptos humanos que interpretan la ley del sábado, pues revela quién es Él. Y replica con claridad: “Mi Padre trabaja hasta el presente, y yo también trabajo”. Se pone en el mismo nivel que el Padre celestial. Se manifiesta como Hijo, de una manera nueva y sorprendente. No se trata ya de una filiación como la de todos los hombres, sino de una filiación nueva. Lo característico de la filiación es recibir del padre el cuerpo y la vida humana, algo de su ser, pero ningún hijo recibe toda la vida de su padre en la tierra. La filiación plena de Jesús es recibir toda la vida del Padre, y así es igual a Dios. ¿Lo entendieron así los judíos? Parece que sí, pues “por esto los judíos con más ahínco buscaban matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios” (Jn). Estamos en el segundo año de la vida pública de Jesús y vemos cómo los judíos perciben –con más claridad cada vez– que Jesús no es un reformador religioso solamente, sino que se declara igual a Dios. Ante esto sólo caben dos posibilidades: o creer y seguirle hasta el final, o no creer y condenarle por blasfemo.

Y Jesús aclara más la afirmación inicial. “Respondió Jesús y les dijo: En verdad, en verdad os digo que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; pues lo que Él hace, eso lo hace del mismo modo el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él hace, y le mostrará obras mayores que éstas para que vosotros os maravilléis. Pues así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida a quienes quiere. El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo ha enviado” (Jn).

Luego como en tono solemne declara: “En verdad, en verdad os digo que el que oye mi palabra y cree en el que me envió tiene vida eterna, y no viene a juicio sino que pasa de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán, pues como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo. Y le dio poder de juzgar, ya que es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto, porque viene la hora en la que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron el bien saldrán para la resurrección de la vida; y los que practicaron el mal, para la resurrección del juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo: según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad sino la voluntad del que me envió”. La salvación lleva hasta una nueva vida de resurrección. Las cosas están claramente planteadas. No hay ambigüedades, aunque vendrán aclaraciones mayores aún. Esta segunda Pascua es decisiva para el mensaje de Jesús: Él es el Hijo de Dios vivo, enviado por el Padre para salvar a los hombres que crean en Él y darles una vida nueva.

Para confirmar sus palabras, señala el doble testimonio que le avala: el de Juan Bautista y el del mismo Padre: “Si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería verdadero. Otro es el que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis legados a Juan y él dio testimonio de la verdad. Pero yo no recibo el testimonio de hombre, sino que os digo esto para que os salvéis. Aquel era la antorcha que ardía y alumbraba, y vosotros quisisteis alegraros por un momento con su luz. Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, pues las obras que me ha dado mi Padre para que las lleve a cabo, las mismas obras que yo hago, dan testimonio acerca de mí, de que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me ha enviado, El mismo ha dado testimonio de mí. Vosotros no habéis oído nunca su voz ni habéis visto su rostro; ni permanece su palabra en vosotros, porque no creéis en éste a quien El envió. Escudriñad las Escrituras, ya que vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para tener vida” (Jn). Juan hablaba en el exterior, y ha sido escuchado por los hombres de buena voluntad. El Padre habló en el

exterior y ahora lo hace también en el interior con luces para los que no ponen obstáculos.

Luego Jesús declara que esta manifestación es un acto de humildad, no una locura de orgullo. Debe declarar la misma verdad, escandalice o no. “Yo no busco recibir gloria de los hombres; pero os conozco y sé que no hay amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniera en nombre propio a ése lo recibiríais. ¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que procede del único Dios? No penséis que yo os acusaré ante el Padre; hay quien os acusa: Moisés, en quien vosotros esperáis. En efecto, si creyeseis a Moisés, tal vez me creeríais a mí, pues él escribió de mí. Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?” (Jn).

Las cosas quedan claras en el seno del más puro Israel. Jesús acaba de hacer la declaración de su divinidad y de su filiación divina. Nada puede seguir igual a partir de ahora.

La queja sobre las ciudades incrédulas

A partir de este momento aflora la queja del Señor sobre aquellas aldeas donde había estado tanto tiempo en Galilea, que fueron testigos de tantos milagros y que en cambio se resisten a la conversión y no han querido reconocerle: “Entonces se puso a reprochar a las ciudades donde se habían realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían convertido: ¡Ay de ti, Corozáin, ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran realizado los milagros que han sido hechos en vosotras, hace tiempo que habrían hecho penitencia en saco y ceniza. En verdad os digo que para Tiro y Sidón habrá menos rigor en el día del Juicio que para vosotras. Y tú, Cafarnaún, ¿te vas a alzar hasta el cielo? ¡Hasta el infierno

vas a descender! Porque si en Sodoma se hubiesen realizado los milagros que se han obrado en ti, subsistiría hasta hoy. En verdad os digo que para la tierra de Sodoma habrá menos rigor en el día del Juicio que para ti” (Mt). Son palabras duras, pues Sodoma fue castigada a desaparecer bajo una lluvia de fuego; luego los pecados de estas ciudades son peores. Y Jesús les hace responsables de su falta de fe después de los muchos signos que han recibido. La amenaza de castigo es señal de justicia pues han rechazado la misericordia. El ambiente es tenso, aunque continúe aumentando el número de los que creen en Jesús.

La conversión de la Magdalena

Después de la segunda Pascua en Jerusalén, Jesús vuelve a Galilea. Allí, en una población que no nos es posible identificar, es invitado a comer por un fariseo rico llamado Simón. Jesús acude abierto a toda muestra de buena voluntad, a pesar de las reticencias, como en este caso. En las comidas judías era costumbre tener muestras de hospitalidad, como ofrecer abluciones; pero allí hay frialdad. El motivo quizá sea que Simón se sabe observado por otros fariseos que miran con malos ojos esa invitación. No quiere manifestarse demasiado amistoso con Jesús. Quiere observarle, pero, desde luego, no le mueve ninguna clase de amor al nuevo profeta, que se confiesa el Mesías y anuncia el nuevo Reino de Dios.

Jesús entra y se coloca sin demasiadas ceremonias en uno de los divanes. Se reclina sobre el brazo derecho, para comer con la mano izquierda, y los pies descalzos están colocados hacia el exterior del asiento. El ambiente es educado, pero frío. Cuando, de repente, entra una mujer, se coloca detrás de Jesús, llora y, al tiempo, unge perfume los pies del Señor y los baña con sus lágrimas. El gesto es más elocuente que las palabras: está arrepentida de su vida de pecado. La emoción del momento es grande, aunque no por el mismo motivo en todos los presentes.

¿Quién era aquella mujer? Era una pecadora. Los indicios nos llevan a identificarla con la Magdalena –María de Magdala–, que es hermana de Lázaro. Una mujer de buen ambiente religioso, pero que pierde la cabeza en una vida de pecado sin recato. Si grande fue la locura que le llevó a malos caminos, mayor aún ha sido la conversión dolorosa de esta mujer.

Jesús calla ante esta explosión de sentimiento. Él sabe bien que, a veces, las palabras tienen que esperar. Pero algo turba aquellos momentos de gozo y reconciliación con Dios. Es el juicio secreto de Simón. Jesús lo advierte y no puede callar. “Viendo esto el fariseo que lo había invitado decía para sí: Si este fuera profeta sabría con certeza quién y que clase de mujer es la que le toca: que es una pecadora. Jesús tomó la palabra y dijo: Simón, tengo que decirte una cosa. Y él contestó: Maestro, di. Un prestamista tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo con que pagar, se lo perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le amará más? Simón contestó: estimo que aquel a quien se le perdonó más. entonces Jesús le dijo: Has juzgado con rectitud. Y vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? entré en tu casa y no me diste agua para limpiarme los pies; ella en cambio ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso, pero ella desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con óleo; ella en cambio ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo: le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho” (Lc).

La mujer, desde sus lágrimas, escucha las palabras de Jesús, y se conmueve más aún. Está perdonada. Su gesto, valiente, ha tenido respuesta. Simón calla ante la lección. Jesús muestra el amor misericordioso que perdona al pecador. “Aquél a quien menos se perdona menos ama. Entonces le dijo a ella: Tus pecados quedan perdonados”. La sala entera se conmueve ante esas palabras, y una vez más vuelven los comentarios: ¡Ha perdonado los pecados! “Y los convidados comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?” Es el señor de la vida que resucitó a un muerto, es el señor del sábado que trabaja en íntima unión con el Padre celestial. Es el Hijo que puede perdonar, porque es igual al Padre y ha venido a traer el perdón a los hombres.

La mujer ha quedado silenciosa en medio del revuelo suscitado por su conducta. Entonces Jesús se dirige a ella, y le dice: “Tu fe te ha salvado; vete en paz”. Jesús dice que su pecado es real, pero encuentra la disculpa: “Ha amado mucho”. Las últimas palabras del Señor se le quedan fuertemente grabadas en su memoria: “Vete en paz”. Se le dilata el alma, y asiente con todo su ser cuando oye que “ama más aquel a quien más se le perdona”. La pecadora es ahora una mujer nueva que empleará toda la fuerza del amor que le llevó al pecado en una causa mucho mejor: la de amar a Dios con todas las fuerzas por el camino recién descubierto.

Las discípulas de Jesús

Jesús trata siempre con extremada delicadeza y respeto a la mujer. Vive las medidas de prudencia adecuadas para no escandalizar y dar buen ejemplo; pero no deja de conceder atención e importancia a la mujer en su predicación y en el nuevo Reino.

“Sucedió, después, que él recorría ciudades y aldeas predicando y anunciando la buena nueva del Reino de Dios; le acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido libradas de espíritus malignos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; y Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; y Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes” (Lc).

Muchas otras reciben el trato delicado de su caridad: Marta, la hermana de Lázaro, las madres de diversos apóstoles –María Cleofé y Salomé–, la mujer siriofenicia, la mujer adúltera, y la hija de Jairo son las más conocidas. Pero lo que llama la atención es que forman un grupo separado de los discípulos, que también siguen al Señor y le ayudan de diversas maneras. Ellas se saben bien tratadas por Jesús, y esto contrasta con la consideración que recibían en aquellos tiempos en casi todas las culturas, y de un modo especial en Israel.

Sorprende la discriminación –casi el desprecio– con que son tratadas las mujeres en la Roma y en la Grecia clásicas, tan avanzadas en otros aspectos. Pero lo mismo se puede decir de otras culturas de aquel tiempo. En Israel la religión era, sobre todo, una cuestión de varones. La mujer no podía estudiar la Torá; era indigna de participar de la mayoría de las fiestas; la mayoría eran analfabetas, y eran consideradas una carga para la familia, alguien a ignorar, un mal inevitable, además de serles imputada una peculiar maldad femenina. Estaban obligadas permanentemente a un ritual de purificación. No se podía hablar con una mujer en público. Las leyes de repudio las perjudicaban ostensiblemente. Las viudas tenían una vida difícil, a expensas de otros familiares de buen corazón, sin los cuales estaban abocadas a la miseria.

Todo esto contrasta con la conducta de Jesús. El hecho de llevar un grupo de discípulas es bien diferente de la costumbre de los rabinos que sólo admitían hombres como discípulos. Jesús enseña y se deja servir por ellas, prácticamente lo único que podían hacer por Él, además de creer y seguirle.

En su predicación abundan los ejemplos extraídos del entorno femenino, como la mujer que pone la levadura en el pan, la que busca la moneda perdida, las vírgenes que se preparan para la boda, la viuda y el juez inicuo. Y habla con estima de las mujeres del Antiguo Testamento. Este respeto y consideración son más notorios cuando se trata de extranjeras en las que elogia su fe; y contrapone la generosidad de la viuda ante la ostentación de los fariseos.

Jesús enseña con su actitud lo más positivo de la mujer: su fortaleza para amar, y su fe sencilla y profunda. Rechaza el desprecio y la marginación indisimulada en lugares secundarios. La mujer tiene un papel distinto del varón, en unas cuestiones del mismo valor, en otras distinto. Ciertamente Jesús no las elige para ser sacerdotas de la nueva Alianza, pero también es cierto que tienen una primacía en el orden del amor, como se

verá al pie de la Cruz y en la Resurrección. Desde el principio María, su Madre, ocupa en la salvación un lugar privilegiado: el primero después de Cristo. Ella es la representante de la humanidad en el momento previo a la Encarnación, y llega ser la Madre que engendra en el tiempo a la persona del Verbo. Ella será la Madre de todos los hombres por especial designio divino.

Sin embargo, la actitud de Jesús respecto a la mujer será criticada y le acusarán, con mente pervertida, de aceptar y comer con pecadores y prostitutas. Sucio modo de mirar el amor limpio y sano.

El pueblo ama a Jesús

Después de la comida ofrecida por Simón el fariseo, Jesús vuelve a Cafarnaún. Allí es recibido con gozo por la gente del pueblo. Los recuerdos de los milagros y de la predicación llenan los corazones de muchos. Las conversiones al nuevo camino son frecuentes, aunque la oposición es también cada vez más frontal.

“Entonces llega a casa; y se vuelve a juntar la muchedumbre, de manera que no podían ni siquiera comer” (Mc). Es posible palpar la alegría de Jesús ante aquellas multitudes; no importa que no haya tiempo para el descanso, ni casi para el alimento. Jesús se da, ve en cada uno lo que es: un alma creada por Dios para la eternidad. Y esta reacción del pueblo va a continuar durante bastante tiempo, antes de que calen en él las críticas de los que no quieren creer. Entre los que no creen están los parientes de Jesús que “al enterarse fueron a llevárselo, porque decían que había perdido el juicio”. Duro es sentirse incomprendido entre los seres queridos: pero los hechos son como son; ya los consideraremos más adelante.

Pero la oposición mayor se encontrará entre los fariseos que habían ido a Jerusalén, habían tomado parte en la polémica sobre el sábado, y vuelven dispuestos a plantar cara. Para ello pasan de no creer, y de las críticas veladas, a denunciar que la causa de sus milagros y de su palabras es que está endemoniado. “Y los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: Tiene a Beelzebul, y en virtud del príncipe de los demonios arroja a los demonios”.

Jesús no rechaza la confrontación y responde con claridad. “¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Si un Reino está dividido en su interior, no puede mantenerse en pie aquel Reino; y si una casa está dividida en su interior, no podrá mantenerse en pie aquella casa. Y si Satanás se levanta contra sí mismo, entonces se encuentra dividido y no puede mantenerse en pie, sino que ha llegado su fin. Pues nadie puede entrar en la casa del fuerte y saquear sus bienes, a no ser que antes ate al fuerte; entonces podrá saquear su casa” (Mc). El argumento es irrefutable, pues Satanás no puede luchar contra sí mismo, y todo lo que ha hecho Jesús ha sido una lucha incesante contra el demonio y contra el pecado, contra el dolor y contra la muerte, consecuencia del pecado. La calumnia de los escribas viene de intentar explicar torcidamente lo que sólo se puede explicar como efecto del dedo de Dios. Precisamente la calumnia surge cuando Jesús cura a un endemoniado mudo.

Además de la explicación de que un Reino dividido no puede subsistir, Jesús añade la más honda de sus disposiciones: su mala voluntad. “Por tanto, os digo: todo pecado y blasfemia se perdonarán a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. A cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del Hombre, se le perdonará; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero.

“O tenéis por bueno el árbol y bueno su fruto, o declararéis malo el árbol y malo su fruto; porque por el fruto se conoce el árbol. Raza de víboras, ¿cómo podéis decir cosas buenas, siendo malos? Pues de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno del buen tesoro saca cosas buenas, pero el hombre malo del tesoro malo saca cosas malas.

Os digo que de toda palabra vana que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio. Por tus palabras, pues, serás justificado, y por tus palabras serás condenado” (Mt).

Y, a partir de entonces Jesús predica utilizando parábolas, a causa de la mala voluntad que lleva a ver mal en el bien. Por eso no puede hablar con tanta claridad, aunque las parábolas están tan llenas de contenido. Hace ya un año que Jesús recorre los caminos de Palestina, predicando el Evangelio del Reino y confirmando su doctrina con innumerables milagros. Muchos creen, otros no, y aunque las tinieblas se cierran a la luz, Jesús no quiere “quebrar la caña cascada ni apagar la mecha que aún humea” (Mt), por eso habla del Reino de Dios con tacto y utiliza parábolas en las que, sin ocultar que está diciendo cosas nuevas incita a los oyentes a interesarse y les advierte: “¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!” Entenderán los que tengan un corazón dispuesto a la conversión a Dios con el rechazo del pecado, también en sus formas más sutiles.

Las parábolas del Reino

Después de mostrar que los mandamientos y las bienaventuranzas son el camino para entrar en el Reino, queda mostrar el Reino mismo. Jesús lo va a hacer principalmente con parábolas, es decir, ejemplos vivos, imágenes tomadas de la vida ordinaria, dándoles contenidos ricos y amplios. En todas destaca la pequeñez de los comienzos, y el crecimiento progresivo de este Reino; su fuerza regeneradora para los llamados por Dios a la salvación, que alcanzarán si corresponden a esa vocación.

La parábola del sembrador

Es la más larga de las parábolas del Reino y responde a una pregunta sobre por qué se producen efectos tan distintos en los que escuchan el

mensaje del Reino. La gracia es igual para todos, pero la libertad humana lleva a respuestas diferentes.

“Aquel día salió Jesús de casa y se sentó a la orilla del mar. Se reunió junto a él tal multitud que hubo de subir a sentarse en una barca, mientras toda la multitud permanecía en la orilla. Y se puso a hablarles muchas cosas en parábolas, diciendo: He aquí que salió el sembrador a sembrar. Y al echar la semilla, parte cayó junto al camino y vinieron los pájaros y se la comieron. Parte cayó en terreno rocoso, donde no había mucha tierra y brotó pronto por no ser hondo el suelo; pero al salir el sol, se agostó y se secó porque no tenía raíz. Otra parte cayó entre espinos; crecieron los espinos y la sofocaron. Otra, en cambio, cayó en buena tierra y dio fruto, una parte el ciento, otra el sesenta y otra el treinta. El que tenga oídos, que oiga” (Mt).

Probablemente, todos los que escuchaban tenían experiencia de la semilla lanzada a voleo, conocían las inquietudes por la cosecha abundante o malograda. Quizá por esto no era difícil extraer consecuencias espirituales, pero los discípulos piden la explicación del Maestro para comprender, y reciben una primera lección sobre la necesidad de tener el corazón bien dispuesto y sobre las malas consecuencias de la dureza de corazón: “Los discípulos se acercaron a decirle: ¿Por qué les hablas en parábolas? El les respondió: A vosotros se os ha dado conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no se les ha dado. Porque al que tiene se le dará y abundará, pero al que no tiene incluso lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice:

“Con el oído oiréis, pero no entenderéis,

con la vista miraréis, pero no veréis.

Porque se ha embotado el corazón de este pueblo,

han hecho duros sus oídos,

y han cerrado sus ojos;

no sea que vean con los ojos,
y oigan con los oídos,
y entiendan con el corazón y se conviertan,
y yo los sane.

“Bienaventurados, en cambio, vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. Pues en verdad os digo que muchos profetas y justos ansiaron ver lo que vosotros estáis viendo y no lo vieron, y oír lo que vosotros estáis oyendo y no lo oyeron” (Mt).

La explicación para los que están bien dispuestos es la siguiente: “Escuchad, pues, la parábola del sembrador. Todo el que oye la palabra del Reino y no entiende, viene el maligno y arrebatada lo sembrado en su corazón: esto es lo sembrado junto al camino. Lo sembrado sobre terreno rocoso es el que oye la palabra, y al punto la recibe con alegría; pero no tiene en sí raíz, sino que es inconstante y, al venir una tribulación o persecución por causa de la palabra, en seguida tropieza y cae. Lo sembrado entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este mundo y la seducción de las riquezas sofocan la palabra y queda estéril. Por el contrario, lo sembrado en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, y fructifica y produce el ciento, o el sesenta, o el treinta” (Mt).

La semilla tiene poder de fructificar siempre; pero el fruto depende de la libertad del hombre, que puede estar condicionada por el maligno, por la propia inconstancia o por las dificultades –externas o internas–, o por la seducción del mundo y las riquezas. La misma variedad de frutos muestra la calidad de la fe y de las buenas disposiciones en los que la escuchan y llevan a la práctica la doctrina. El mensaje es claro en esta parábola acerca del Reino, que no puede darse con violencia, sino que debe ser aceptado con libertad para arraigar y dar fruto.

La parábola de la cizaña

“El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras dormían los hombres, vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y echó espiga, entonces apareció también la cizaña. Los siervos del amo acudieron a decirle: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña? El les dijo: Algún enemigo lo hizo. Le respondieron los siervos: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? Pero él les respondió: No, no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis junto con ella el trigo. Dejad que crezcan ambas hasta la siega. Y al tiempo de la siega diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla; el trigo, en cambio, almacenadlo en mi granero” (Mt).

Dormirse porque se han hecho bien las cosas, no es cosa buena; hay que contar con la acción de los diversos enemigos, entre los que destaca el diablo. Es un misterio que Dios permita la acción del diablo y la malicia de los pervertidores. No hay que escandalizarse ante la presencia del mal en el mundo; la extirpación definitiva de todos los males se dará en la fase última del Reino. En la fase inicial se trata de sembrar, en la intermedia de vigilar, y sólo en la definitiva de cosechar.

Y, como en el caso anterior, los discípulos quieren más explicaciones y acuden a solas a Jesús, que aclara el sentido más hondo de las parábolas. “El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del Maligno. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Del mismo modo que se reúne la cizaña y se quema en el fuego, así será al fin del mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles y apartarán de su Reino a todos los que causan escándalo y obran la maldad, y los arrojarán en el horno del fuego. Allí será el llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. Quien tenga oídos, que oiga” (Mt).

Jesús, en la explicación, ha añadido un dato importante: el Reino tiene una fase o dimensión escatológica, es decir, existe un juicio, un premio eterno y un castigo, también eterno. Tener en cuenta esto es muy importante. No caben indiferencias: existe el cielo y el infierno para los que acepten o rechacen el Reino. También es importante porque coloca en su sitio la misión del Mesías, que no viene a establecer un Reino temporal, terreno. El Reino de los cielos se incoa aquí abajo, pero la plenitud está más allá.

La parábola del grano de mostaza

La historia humana está contenida en ella. El tiempo de la Iglesia será de desarrollo –y crecimiento– de lo sembrado por Jesús. Sólo al final de los tiempos lucirá todo su esplendor. No es el Reino algo pasivo, sino que requiere un progreso en el bien. “El Reino de los Cielos es semejante al grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo; es ciertamente la más pequeña de todas las semillas, pero cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas, y llega a ser como un árbol, hasta el punto de que los pájaros del cielo acuden a anidar en sus ramas” (Mt).

Sólo al final de los tiempos se desplegarán todas la virtualidades del Reino de Dios. Por esto, la esperanza debe mover a quienes viven en cada momento histórico concreto. Es bien conocida la fuerza de la esperanza en los hombres. En este caso, se dice que la meta no es una utopía, sino que el Reino de paz, amor, justicia y libertad es realizable por especial querer de Dios. Al final se alcanzará un progreso sorprendente.

La parábola de la levadura

A la idea de crecimiento se añade ahora la de cambio por dentro. La levadura forma parte del pan, pero está en más avanzado estado de desarrollo y puede operar el cambio de toda la masa que le rodea.

“El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que toma una mujer y mezcla con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta” (Mt). El que acepta el Reino no debe separarse del resto de los hombres, por inmaduros que estén. Pero debe tener fuerza interior, y entonces se obrará el prodigio de cambiar la masa amorfa en buen pan de buen trigo.

La parábola del tesoro escondido

El valor del Reino es supremo. Todo lo demás carece de valor ante él, pero ese Reino se encuentra de improviso y hay que estar preparado y dispuesto a todo para hacerse con él. “El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo que, al encontrarlo un hombre, lo oculta y, gozoso del hallazgo, va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo” (Mt). Toda renuncia es un buen negocio ante un hallazgo que llena el alma de gozo y alegría. El agricultor no buscaba el tesoro, pero al encontrarlo pone todos los medios para poseerlo.

La parábola de la perla

Es muy semejante a la anterior, pero introduce la pequeña diferencia de que el mercader sí que busca una perla preciosa en el mercado. Sólo el entendido se da cuenta de su valor, muy superior al de cualquier riqueza y sabiduría humana. Y al encontrarla se alegra grandemente por su suerte y su sagacidad. “El Reino de los Cielos es semejante a un comerciante que

busca perlas finas y, cuando encuentra una perla de gran valor, va y vende todo cuanto tiene y la compra” (Mt).

La parábola de la red barreadera

La parábola hace par con la de la cizaña, pero sin mencionar el enemigo. El juicio trae consigo la separación de buenos y malos. La referencia al cielo y el infierno es importante. “El Reino de los Cielos es semejante a una red barreadera que, echada en el mar, recoge todo clase de cosas. Y cuando está llena la arrastran a la orilla, y sentándose echan lo bueno en cestos, mientras lo malo lo tiran fuera. Así será el fin del mundo: saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos y los arrojarán al horno del fuego. Allí será el llanto y rechinar de dientes” (Mt).

Con estas explicaciones, tan fáciles de recordar, siguiendo los métodos didácticos de la época y válidos en todos los tiempos, Jesús muestra el valor incomparable del Reino, sus dificultades, el desarrollo y la situación final en que serán superados todos los enemigos, sin olvidar la suerte individual de todos los hombres que serán juzgados según su actitud ante el Reino.

Las parábolas de la misericordia

En la enseñanza del Reino Jesús insiste en la necesidad de la fe y del buen uso de la libertad. También en el premio y el castigo. Pero quedaría incompleta la riqueza del Reino, si no se mostrase también como un Reino de misericordia y perdón. La enseñanza de Jesús sobre el perdón es constante en toda su vida, pero las parábolas que a continuación comentaremos lo muestran con lenguaje vivo y rico.

La parábola de la oveja perdida

“Se le acercaban todos los publicanos y pecadores para oírle. Pero los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: Este recibe a los pecadores y come con ellos. Entonces les propuso esta parábola: ¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una, no deja las noventa y nueve en el campo y va en busca de la que se perdió hasta encontrarla? Y, cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso, y, al llegar a casa, convoca a los amigos y vecinos y les dice: Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que se me perdió. Os digo que, del mismo modo, habrá en el Cielo mayor alegría por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no la necesitan” (Lc).

La alegría que le producen los noventa y nueve justos –la mayoría– no parece suficiente al buen pastor, que piensa en el que está perdido y –después de dejar seguros a los fieles– busca al extraviado. Nadie es indiferente al Señor; cada uno vale mucho a sus ojos; le duele la situación del perdido; sufre y quiere salvarle y se alegra con todos cuando lo ha recuperado. El perdón tiene el rostro de la alegría por los que vuelven al redil seguro y reconfortante.

La parábola de la dracma perdida

Quizá el celo de la mujer parece exagerado ante el poco valor de la moneda perdida, pero no cesa hasta que la encuentra. Una vez más enseña el Señor que un solo pecador –por pequeño e insignificante que sea humanamente– es motivo del máximo interés por parte del redentor. “¿Qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una, no enciende una luz y barre la casa y busca cuidadosamente hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a las amigas y vecinas diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he encontrado la dracma que se me perdió. Así, os digo, hay alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente” (Lc). Y, de nuevo, la

alegría es la manifestación del perdón por el que parecía nada y es tanto para Dios. Cristo es el portador del perdón del nuevo Reino; el Reino de perdón y misericordia está abierto a todos.

La parábola del hijo pródigo

La riqueza del perdón alcanza cimas insuperables en esta parábola que tanto impresiona a todos. Pero aquí vamos a acercarnos a la enseñanza del perdón al pecador. En esta parábola los hijos y el padre simbolizan a Israel y los gentiles. Pero también muestra a Dios como muy Padre; y después describe el fondo del corazón humano, en situaciones variadas.

“Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde. Y les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo más joven, reuniéndolo todo, se fue a un país lejano y malgastó allí su fortuna viviendo lujuriosamente. Después de gastar todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos; y nadie se las daba. Recapacitando, se dijo: ¡cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros. Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre.

“Cuando aun estaba lejos, lo vio su padre y se compadeció; y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Comenzó a decirle el hijo: Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: pronto, sacad el mejor traje y vestidlo; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron a celebrarlo.

“El hijo mayor estaba en el campo; al volver y acercarse a casa oyó la música y los cantos y, llamando a uno de los criados, le preguntó qué pasaba. Este le dijo: Ha llegado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado por haberle recobrado sano. Se indignó y no quería entrar, pero su padre salió a convencerlo. El replicó a su padre: Mira cuántos años hace que te sirvo sin desobedecer ninguna orden tuya, y nunca me has dado ni un cabrito para divertirme con mis amigos. Pero en cuanto ha venido este hijo tuyo que devoró tu fortuna con meretrices, has hecho matar para él el ternero cebado. Pero él respondió: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero había que celebrarlo y alegrarse, porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado” (Lc).

La parábola admite, en una primera lectura, la situación del pecador que se aleja del Padre e incurre en todo tipo de pecados en un uso alocado de la libertad. La carencia de lo mínimo, el hambre que pasa, la indigna situación en que se halla después de haber malgastado toda su herencia, le hace rectificar y volver al Padre en un camino de vuelta difícil y doloroso. Vive peor que los animales, aunque conserva la conciencia de hijo, a pesar de saberse indigno de ello. Y la actitud del Padre es un desbordarse de cariño: aunque respetando su libertad, el Padre salía diariamente a la espera del hijo. En cuanto le ve llegar, va a su encuentro, le abraza, le besa, le deja hablar; le prepara un convite, le viste con vestiduras ricas, le ofrece el anillo de la reconciliación. Más no se puede pedir en su perdón, es un amor extraordinario.

El hijo mayor también necesita reconciliación. Se puede ver en él al resentido que no tiene un corazón como el Padre, y se lamenta de la vuelta de su hermano. El Padre también es misericordioso con él, aunque la parábola no dice si entró en el banquete preparado para el hijo menor.

Otra significación de la parábola es la de los gentiles e Israel ante Dios. El padre es Dios Padre. El hijo mayor es Israel que siempre ha estado con él, pero necesita una nueva conversión. El hijo menor son los gentiles, que a pesar de todos sus abusos, son de nuevo acogidos por el Padre que

quiere que todos los hombres estén en la casa paterna. La historia enseña que muchos gentiles se abrieron al mensaje de Jesús, aunque largo era el camino que debieron recorrer. Pero al pueblo elegido le costó aceptar vivir este amor dilatado del Padre. El Reino de Dios es para todos los hombres, para todos los pueblos, para todas las culturas. La misericordia de Dios supera todas las barreras, y aceptar a Cristo devuelve la condición de hijos, más que perdonados, muy amados.

Parábolas de la justicia y de la santidad

No podíamos concluir este recorrido sobre las parábolas de Jesús sin comentar las que hablan de la santidad. La justicia de Dios es su misericordia. Ahora podremos ver una justicia divina que es la expresión de un inmenso amor, especialmente por los más necesitados.

La parábola de los obreros de la hora undécima

Había, y todavía hay, en Jerusalén hombres que viven al día, aun teniendo a su cargo una familia. Su vida es el jornal que van a ganar aquel día. La inquietud por la paga es grande, va en ello el sustento, no hay seguridad siquiera para lo más elemental. Esta dura situación social marca la parábola.

“El Reino de los Cielos es semejante a un amo que salió al amanecer a contratar obreros para su viña. Después de haber convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió también hacia la hora de tercia y vio a otros que estaban en la plaza parados, y les dijo: Id también vosotros a mi viña y os daré lo que sea justo. Ellos marcharon. De nuevo salió hacia la hora de sexta y de nona e hizo lo mismo. Hacia la hora undécima volvió a salir y todavía encontró a otros parados, y les dijo: ¿Cómo es que estáis aquí todo el día ociosos? Le contestaron: Porque nadie nos ha contratado. Les dijo: Id también vosotros a mi viña. A la caída de la

tarde dijo el amo de la viña a su administrador: Llama a los obreros y dale el jornal, empezando por los últimos hasta llegar a los primeros. Vinieron los de la hora undécima y percibieron un denario cada uno. Al venir los primeros pensaban que cobrarían más, pero también ellos recibieron un denario cada uno. Cuando lo tomaron murmuraban contra el amo, diciendo: A estos últimos que han trabajado sólo una hora los has equiparado a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor. El respondió a uno de ellos: Amigo, no te hago ninguna injusticia; ¿acaso no conveniste conmigo en un denario? Toma la tuyo y vete; quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿No puedo hacer yo con lo mío lo que quiero? ¿O es que vas a ver con malos ojos que yo sea bueno? Así los últimos serán primeros y los primeros últimos” (Mt).

Las enseñanzas individuales sobre la necesidad de tener un buen corazón, de vivir una justicia que vaya más allá de lo marcado por la ley son claras. Las enseñanzas sociales muestran también un auténtico modelo social donde la caridad completa la justicia. Pero Jesús dice que los últimos serán los primeros y los primeros los últimos. Se trata otra vez de la extensión del Reino de Dios que no se reduce a Israel, sino que se abre a todos los pueblos. Y el último pueblo, el último gentil, recibirá la misma paga, porque todos los dones son superiores a los méritos realizados, todo es un derroche de amor de Dios. Esta parábola no sería fácil de asimilar para los que estaban arraigados en unos esquemas patrióticos que secuestraban la religión, a pesar de las muchas indicaciones de los profetas sobre la universalidad de la llamada a la santidad. Pero es que en el fondo el problema radicaba en la santidad misma y en la revelación de Dios que quiere a todos los hombres, siendo Israel el hermano mayor y el pueblo sacerdotal que lleva a los demás a la unión con el Dios vivo. Ésta era la enseñanza del Señor sobre el Reino.

La parábola de los invitados a las bodas

En la misma línea de la anterior corre esta parábola pero con acentos más nítidos, pues se trata de una invitación a unas bodas, a una fiesta

importante, y el rechazo de los primeros invitados contrasta con la gratuidad de la llamada a los extraños.

“El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo, y envió a sus criados a llamar a los invitados a las bodas; pero éstos no querían acudir. Nuevamente envió a otros criados ordenándoles: Decid a los invitados: mirad que tengo preparado ya mi banquete, se ha hecho la matanza de mis terneros y reses cebadas, y todo está a punto; venid a las bodas. Pero ellos sin hacer caso, se marcharon uno a sus campos, otro a sus negocios; los demás echaron mano a los siervos, los maltrataron y dieron muerte. El rey se encolerizó y, enviando a sus tropas, acabó con aquellos homicidas y prendió fuego a su ciudad. Luego dijo a sus criados: las bodas están preparadas pero los invitados no eran dignos. Id, pues, a los cruces de los caminos y llamad a las bodas a cuantos encontréis. Los criados, saliendo a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos; y se llenó de comensales la sala de bodas. Entró el rey para ver a los comensales, y se fijó en un hombre que no vestía traje de boda; y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin llevar traje de boda? Pero el se calló. Entonces dijo el rey a sus servidores: Atadlo de pes y manos y echadlo a las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos” (Mt).

La validez universal de la parábola es evidente pues todo hombre es llamado al gran banquete de las bodas del Hijo. Además esta parábola es narrada en momentos en que la oposición de escribas y fariseos es fuerte y violenta. Por ello, Cristo insiste en presentar el Reino de los cielos como abierto a todos los hombres de todos los pueblos de todos los tiempos. Muchos son, ciertamente, los llamados; pero sólo se encontrarán entre los elegidos los que tengan fe en que Jesús es el Mesías rey, y acojan el nuevo reinado de Dios entre los hombres.

Las parábolas de los viñadores homicidas, la del fariseo y el publicano y la del buen samaritano son importantes en el contexto de los hechos que van a suceder en cuanto a la aceptación o no de Jesús como Mesías, y con él del Reino de Dios que predica con intensidad y sin componendas.

Los parientes de Jesús

La presencia de sus parientes junto con su madre permite a Jesús dar doctrina sobre los lazos familiares y los de la fe. Ocurrió así: “Vinieron su madre y sus parientes; se quedaron fuera y le enviaron un recado para avisarle. Estaba la gente sentada alrededor de él y le dijeron: Tu madre y tus parientes están fuera y te buscan: Y les respondió: ¿Quién es mi madre y mis parientes? Y, dirigiendo una mirada a los que estaban sentados alrededor de él dijo: He aquí mi madre y a mis parientes. El que hace la voluntad de Dios ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt). Estas palabras invitan a tratar de conocer la personalidad de la Madre de Jesús. Hasta entonces, ha permanecido oculta a los ojos de los hombres, con una total discreción. Pero, de hecho, habían sucedido muchas cosas entre ella y Dios. Los discípulos las conocerán de boca de Jesús o de la misma María.

La Anunciación

La Madre de Jesús vivía en Nazaret. Oculta a los ojos de los hombres, pero no a los ojos de Dios. Más adelante contará Ella misma los hechos que la llevan a la maternidad, y a descubrir su vocación y su misión en la vida y en los planes de Dios. Hasta la anunciación del arcángel Gabriel, María de Nazaret era una mujer israelita perfectamente desconocida. Su vida trasciende la historia por el libre y amoroso cumplimiento de la misión que le fue asignada desde la eternidad y que Ella conoció a través del arcángel.

Nace en una familia de la tribu de Judá; sus padres se llaman Joaquín y Ana. Diversas tradiciones nos la sitúan muy pequeña en el Templo donde aprende la Sagrada Escritura a un nivel no usual en las mujeres de Israel. Pero lo importante era su trato con Dios desde el principio. En su infancia, o primera adolescencia, es cuando percibe con claridad que Dios le pide

vivir virgen por amor a Él. Su vida de oración es intensa para poder descubrir algo infrecuente: la entrega total prescindiendo de algo tan bueno, y tan bendecido por Dios en todos los libros santos y en la conciencia de los humanos, como el matrimonio y la maternidad. Pero Dios quería de Ella ese modo de vivir que es amar con el corazón indiviso, sin anticipos de cosas buenas, en oblación total. Más adelante, Jesús dirá que no todos entienden estas cosas. Pero Ella entiende porque, aunque no lo sepa, desde su concepción tiene un privilegio especialísimo: no estar afectada por el pecado original y estar, por tanto, llena de la gracia de Dios. Ella es amada por Dios de un modo nuevo, en previsión de los méritos del que será su Hijo. Ella no lo sabe, pero sí sabe que tiene una gran intimidad con Dios, que le ama de un modo pleno, que bebe sus palabras y sintoniza plenamente con el querer divino.

Cuando cumple trece años, sus familiares, siguiendo las costumbres del momento, deciden poner los medios para que se case del mejor modo posible. Para eso miran entre los varones de la tribu, y descubren uno que tiene todas las condiciones: José, vecino también de Nazaret. Era justo, es decir, cumplidor de la ley, honrado, trabajador, piadoso. Un buen hombre a ojos de todos, que puede encajar muy bien con el carácter de María. Los planes de Dios siguen su curso. Ahora podrá ser Madre virginal protegida a los ojos de todos por el matrimonio con José.

Al poco tiempo tiene lugar uno de los momentos culminantes de la historia de los hombres. María está en su casa, probablemente recogida en oración. Cuando de repente entró un ángel. Quizá es una aparición con el resplandor de los que están en la vida eterna cerca de Dios, quizá es más sencillo. Poco importa el modo; pues lo sorprendente son sus palabras: Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo. “Ella se turbó al oír estas palabras, y consideraba qué significaría esta salutación” (Lc).

Aquel fue un momento solemne para la historia de la humanidad: se iba a cerrar el tiempo del pecado para entrar en el tiempo de la gracia; se pasa del tiempo de la paciencia de Dios al de mayor misericordia. La creación entera está pendiente del sí de una joven israelita. Es un momento

de gran alegría en los cielos y en la tierra, llega al mundo un gran amor divino. Dios habita en su alma de un modo pleno, gozoso, amoroso. Ella es la hija de Dios Padre que siempre ha correspondido al querer de Dios. María se sorprende, pero sin perder la serenidad, pues reflexiona sobre el significado de estas palabras. Respeto y sorpresa. “¿Es de Dios lo que oigo?”

El ángel, llamado Gabriel, nombre que significa “fuerte ante Dios”, espera; y tras un breve silencio, pronuncia las palabras de su embajada: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su Reino no tendrá fin” (Lc).

El “no temas” es la introducción que usa la Escritura para las vocaciones divinas; es como decir: escucha con atención, lo que vas a oír es Palabra de Dios. Y luego la gran sorpresa: por especial gracia de Dios concebirá, dará a luz y pondrá nombre al futuro rey de Israel, al Hijo de David que tendrá un Reino eterno. El momento tan esperado en Israel de la venida de un salvador ha llegado. La virgen profetizada por Isaías es Ella. Comienzan, si María quiere, los tiempos tan esperados de la gran misericordia de Dios.

María escucha, piensa, y pone una objeción, que no manifiesta resistencia, sino sólo no entender cómo Dios le puede pedir dos cosas que son incompatibles para el ser humano: la virginidad y la maternidad. ¡Era tan clara la llamada a ser virgen!

“María dijo al ángel: ¿De qué modo se hará esto, pues no conozco varón?”. “Respondió el ángel y le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre tí y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo, será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes a Isabel, tu pariente, que en

su ancianidad ha concebido también un hijo, y la que era llamada estéril, hoy cuenta ya el sexto mes, porque para Dios no hay nada imposible” (Lc). El ángel ha respondido a la duda; María ve, ahora, la llamada anterior compatible con la maternidad que se le pide. Dios quiere que su Hijo no sea un hijo de la carne con un padre humano, sino sólo de Mujer. La única Mujer totalmente dócil a su querer.

El tiempo se detiene. María reconoce el querer de Dios para Ella: su colaboración libre en una empresa divina. Percibe que su maternidad va a ser de una calidad especial; ser la madre del Rey de Reyes, del Salvador, pero sobre todo ser madre del Hijo del Altísimo, ser madre de Dios. Porque la maternidad hace referencia a la persona, y Ella introducirá al Hijo sempiterno en la vida de los hombres. María tuvo que ser plenamente consciente de lo que estaba pasando y de lo que se le pedía: no será un elemento pasivo en la gran tarea de la redención. Y, desde una inteligencia preclara, sin la tiniebla del pecado, ve con claridad meridiana la grandeza de lo que se le pide. Aunque tendrá conocimiento más claro en la profecía de Simeón. Pero ve, sobre todo, el gran derroche de Amor en el mundo. El mundo espera su respuesta. La esperan Adán y Eva, la esperan los patriarcas, y los ángeles; el cielo está en suspenso ante la respuesta de María. Los segundos se hacen eternos. Cuando de pronto surge de su boca el sí con acentos de entrega y fe consciente y amorosa: “Dijo entonces María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y el ángel se retiró de su presencia” (Lc).

Y el Verbo se hizo carne en sus entrañas virginales. El Espíritu forma la humanidad de Jesús a la que se une al Verbo. La Humanidad llega a su punto más alto: Dios se ha unido al hombre en Jesús. No hay cumbre mayor a partir de entonces. Y el gozo embarga el corazón de María llena de Dios, que además de hija de Dios Padre, es, desde entonces, Madre de Dios Hijo.

Visitación

En la Anunciación el ángel había mencionado, como de pasada, un dato no pedido por María, que a la vez era prueba. Isabel, pariente ya anciana de María, daría a luz un hijo. María conoce la pena de la esterilidad de su pariente. Conoce su edad. Y se llena de caridad para estar en comunión con aquella que también juega un papel en los planes de Dios. Y, empujada por el Espíritu Santo, se pone en movimiento; quiere visitar y ayudar a Isabel en su alumbramiento; quiere darle muestras de su amor. Está movida por el cariño humano y por la caridad divina.

Y se pone en camino hacia las montañas de Judea. Comienza el caminar de Dios entre los hombre en el seno de su Madre bendita.

El camino es largo, y cuando llega “entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y en cuanto oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó de gozo en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo; y exclamando en voz alta, dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme? Pues en cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno; y bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor” (Lc).

Todo es alegría en el encuentro. Alegría por la visita de la pariente tan querida. Alegría por saberse ayudada en momentos tan esperados, pero nada fáciles. Pero, sobre todo, alegría que nace en el Espíritu Santo y embarga el corazón de Isabel. Alegría también del niño de Isabel que salta de gozo en su seno. Es la alegría del encuentro con Dios. Y es también alegría de María que no sólo se siente amada sino que ama como sólo puede amar quién está llena de Dios. Al ver la alegría de Isabel, María abre su alma y manifiesta lo más íntimo de sus sentimientos.

María exclamó:

“Glorifica mi alma al Señor,
y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador:
porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava;
por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las
generaciones.

Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso,
cuyo nombre es Santo;
su misericordia se derrama de generación en generación
sobre aquellos que le temen.

Manifestó el poder de su brazo,
dispersó a los soberbios de corazón.

Derribó a los poderosos de su trono
y ensalzó a los humildes.

Colmó de bienes a los hambrientos
y a los ricos los despidió vacíos.

Acogió a Israel su siervo,
recordando su misericordia,
según había prometido a nuestros padres,
Abraham y su descendencia para siempre” (Lc).

Son palabras de la Escritura que brotan de sus labios como agua de una fuente abundante. Ha meditado mucho y ha entendido con las luces del Espíritu. Ciertamente ve su pequeñez, pero ve también que las cosas que se han producido en Ella son grandes: ve la salvación de los hombres, la victoria sobre el pecado y el príncipe de este mundo que esclaviza a los hombres; ve la satisfacción de todos los deseos de liberación que se encierran en el corazón de los hombres, ve el cumplimiento de las promesas de Dios de un modo que supera todas las expectativas. Sabe que

en su seno vive el Hijo del Altísimo. Y se llena de toda la alegría que puede albergar un ser humano. Por eso da gloria a Dios por tanto bien.

“María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a casa”. Hasta que nació Juan y recuperó el habla Zacarías convirtiéndose en profeta del Altísimo.

La prueba de José

María no sólo cumple la voluntad de Dios, se abandona, descansa en ella. También sufre, en el episodio que se avecina, una prueba más –y no pequeña–: la duda de José.

Al volver María de la visita a Isabel su estado se hace ya visible, y José se da cuenta. “La generación de Jesucristo fue así: Estando desposada su madre María con José, antes de que conviviesen, se encontró que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo. José su esposo, como era justo y no quería exponerla a infamia, pensó repudiarla en secreto” (Mt).

José no duda de la integridad de la vida moral de María. Es, más bien, la sorpresa del que se da cuenta de que algo grande ha ocurrido y no sabe qué es. Ha visto el rápido viaje de María a ver a Isabel, el embarazo de la que era estéril; ha visto la alegría en el rostro de María, su vida de oración. Pero no lo sabe todo, y algo no cuadra en el conjunto. Es posible que perciba, no sin luz de Dios, que algo santo ha ocurrido y se sienta indigno de ser partícipe de aquellos sucesos. Y decide retirarse, descartando el repudio, de modo que, a los ojos de tantos, se hace culpable de abandonar a la que debía ser su esposa y a su hijo. Acepta la infamia y se angustia en su corazón; pero no ve otra solución.

“Estando él considerando estas cosas, he aquí que un ángel del Señor se la apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, pues lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt).

Y de este modo sorprendente se introduce más en los planes de Dios, se le da a conocer que el Verbo se ha hecho carne, que María va a ser Madre del Hijo de Dios, del Salvador del mundo y de Israel. José va a ser ante los hombres, y en su corazón, el padre de ese Hijo que sólo es Hijo de Dios. Él va a ser el que guarde la honra de María y de Jesús. Él les va a alimentar. Él le va a dar nombre y con él la descendencia legal que le conecta con el rey David. Él va a cuidar a los dos en los diversos avatares de la vida, como se verá en la huída a Egipto. Él les va a hacer partícipes de su vida de trabajo. A cambio, se le va dar una intimidad con Dios a un nivel más alto que la justicia hasta entonces vivida, y se le va ofrecer una vida de familia insuperable: convivir con la Esposa del Espíritu Santo, también esposa suya, y con el Hijo de Dios. Más no se puede pedir en esta vida. Dios no se deja ganar en generosidad. Y José se introduce en los planes de Dios.

“Todo esto ha ocurrido para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del Profeta: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien llamarán Emmanuel, que significa Dios-con-nosotros. Al despertarse José hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su esposa. Y, sin que la hubiera conocido, dio ella a luz un hijo; y le puso por nombre Jesús” (Mt).

Nacimiento en Belén

Los seis meses que siguen a estos sucesos son de gran gozo, para María y José. Su vida bien puede llamarse un cielo en la tierra. Cierto que los profetas dicen que el Mesías debe nacer en Belén, la ciudad de David; pero ya están acostumbrados a abandonarse en las manos de Dios, que dirige todo con su paternal providencia.

Cuando llega la noticia del empadronamiento en la ciudad de origen, que es Belén, está a punto de nacer el Niño y se dirigen a la ciudad de David. Se están cumpliendo las Escrituras.

“En aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, para que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento fue hecho cuando Quirino era gobernador de Siria. Todos iban a inscribirse, cada uno a su ciudad. José, como era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, estando allí, le llegó la hora del parto, y dio a luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el aposento” (Lc).

La llegada a Belén antes del nacimiento no debió ser fácil. No había lugar en una casa cualquiera para la que va a dar a luz. Es normal inquietarse. Ya están acostumbrados a caminar con libertad en los planes de Dios; pero José busca hasta que encuentra una gruta reservada a los animales. Entran. La arregla. Y allí, aquella noche bendita, ve la luz del mundo el que es la Luz de los hombres.

María está gozosa. El nacimiento fue como una luz que atraviesa un cristal. Sin dolor, sin menoscabo físico, con el máximo gozo. Y abraza a aquel Niño, pequeño como todos los niños, sin palabras cuando es la Palabra que viene a este mundo. Y lo besa y lo envuelve en pañales

bordados por Ella misma. José se acerca después del nacimiento, y también lo adora. El mundo está en la noche, nada sabe de lo que acaba de ocurrir. Ya se enterará. De momento, inerte en sus manos, necesitado de todo, llora, respira y vive el que trae al mundo la Vida que no pasa, la victoria sobre las tinieblas y el pecado.

Dios quiere que haya algunos sean testigos de lo sucedido y, en esta onda de humildad, se manifiesta a unos que difícilmente podrían ser testigos entre los hombres por ser incultos y pobres: unos pastores. “Había unos pastores por aquellos contornos, que dormían al raso y vigilaban por turno su rebaño durante la noche. De improviso un ángel del Señor se les presentó, y la gloria del Señor los rodeó de luz y se llenaron de un gran temor. El ángel les dijo: No temáis, pues vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. De pronto apareció junto al ángel una muchedumbre de la milicia celestial, que alababa a Dios diciendo:

“Gloria a Dios en las alturas

y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

“Luego que los ángeles se apartaron de ellos hacia el cielo, los pastores se decían unos a otros: Vayamos hasta Belén, y veamos este hecho que acaba de suceder y que el Señor nos ha manifestado. Y vinieron presurosos, y encontraron a María y a José y al niño reclinado en el pesebre. Al verlo, reconocieron las cosas que les habían sido anunciadas acerca de este niño. Y todos los que escucharon se maravillaron de cuanto los pastores les habían dicho. María guardaba todas estas cosas ponderándolas en su corazón. Y los pastores regresaron, glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según les fue dicho” (Lc).

Una nueva lógica acaba de entrar en el mundo. La lógica de un amor tan grande que se anonada. El Hijo se hace Niño inerte para abrir los caminos divinos de la tierra. Los pastores son sus testigos y responden con fe a la luz que les viene de fuera. Y los ojos, acostumbrados a la noche y a la vida sin esperanza, se abren a la luz y a la alegría que viene del cielo y les llega hasta lo más profundo de sus vidas. María contempla, se alegra y medita en oración lo que está pasando.

No se queda en los pastores la noticia del nacimiento. Al poco llegarán más personajes: los Magos de Oriente. “Nacido Jesús en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes, unos Magos llegaron de Oriente a Jerusalén preguntando: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo. Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalén. Y, reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les interrogaba dónde había de nacer el Mesías. En Belén de Judá, le dijeron, pues así está escrito por medio del Profeta:

“Y tú, Belén, tierra de Judá,
no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá;
pues de ti saldrá un jefe
que apacentará a mi pueblo, Israel” (Lc).

La noticia del Nacimiento de Jesús llega también a los intelectuales, y, a través de ellos, a toda Jerusalén. Los doctores de la Ley son informados e informan bien a Herodes, pero no van a Belén; se ve que les importa poco, o no se lo acaban de creer. Herodes urde violencias en su duro corazón. Hasta ahora todo ha sido un rosario de respuestas generosas y llenas de fe – María, José, Isabel, los pastores–: Y los ángeles se gozan en ellos. Pero ya se deja ver que el poder del pecado es fuerte y ha echado raíces hondas en muchos.

“Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó cuidadosamente por ellos del tiempo en que había aparecido la estrella; y les envió a Belén, diciéndoles: Id e informaos bien acerca del niño; y cuando lo encontréis, avisadme para ir yo también a adorarlo. Ellos, después de oír al rey, se pusieron en marcha. Y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta pararse sobre el sitio donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Y entrando en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrados le adoraron; luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. Y, habiendo recibido en sueños aviso de no volver a Herodes, regresaron a su país por otro camino” (Mt).

Oro como rey, incienso como sacerdote y mirra, signo de la inmortalidad. Los Magos saben mucho acerca de quién es Aquel que buscan. Por eso, emprenden un viaje tan largo y atraviesan caminos complicados. No importa el cansancio, si de verdad ha nacido el Rey de los judíos, que viene a salvar al mundo de sus pecados. La estrella es la luz que camina en la noche. Cuando se oculta se acude a los que guardan la palabra de Dios. Y se llenan de inmensa alegría al reencontrar la estrella, y más aún, ante el sol que se les presenta en brazos de su Madre, y le adoran. Volverán a su país con la luz en sus almas.

La purificación en el Templo

José y María acuden al Templo para la purificación ritual de la Madre. Un anciano movido por el Espíritu Santo habla y da la clave para entender a Jesús cuando se manifieste en su vida pública. “Y cumplidos los días de su purificación según la Ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está mandado en la Ley del Señor. Todo varón primogénito será consagrado al Señor; y para presentar como ofrenda un par de tórtolas o dos pichones, según lo mandado en la Ley del Señor. Había por entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón. este hombre, justo y temeroso de Dios, esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba con él. Había recibido la revelación del Espíritu Santo de que

no moriría antes de ver al Cristo del Señor. Así, vino al Templo movido por el Espíritu. Y al entrar con el niño Jesús sus padres, para cumplir lo que prescribía la Ley sobre él, lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios diciendo:

Ahora Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz,
según tu palabra:
porque mis ojos han visto
a tu Salvador,
al que has preparado
ante la faz de todos los pueblos:
luz que ilumine a los gentiles
y gloria a tu pueblo Israel.

“Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían acerca de él. Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre: Mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción –y a tu misma alma le traspasará una espada–, a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

“Vivía entonces una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad muy avanzada, había vivido con su marido siete años casada, y había permanecido viuda hasta los ochenta y cuatro años, sin apartarse del Templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día. Y llegando aquel momento alababa a Dios, y hablaba de él a todos los que esperaban la redención de Jerusalén” (Lc).

Jesús será luz de las gentes, luz para los pueblos de toda la tierra. Será gloria de Israel. Pero también será signo de contradicción, bandera discutida. Y María escucha que una espada le atravesará el corazón. Y los corazones de los hombres quedarán al descubierto hasta lo más íntimo.

La muerte de los inocentes

La malicia de Herodes se desborda al saberse burlado por los Magos y ordena una masacre: “Después que se marcharon, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo. El se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y huyó a Egipto. Allí permaneció hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del Profeta: ‘De Egipto llamé a mi hijo’. Entonces Herodes, al ver que los Magos le habían engañado, se irritó en extremo, y mandó matar a todos los niños que había en Belén y toda su comarca, de dos años para abajo, con arreglo al tiempo que cuidadosamente había averiguado de los Magos. Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías:

Una voz se oyó en Ramá,

llanto y lamento grande:

es Raquel que llora a sus hijos,

y no admite consuelo, porque ya no existen” (Lc).

José ha puesto toda su vida al servicio de los planes de Dios. Pero ahora se le va a pedir que proteja con toda su hombría al Salvador indefenso y a su Madre. Y toma las decisiones con rapidez; obedece al ángel que le habla en sueños. No discute. No se queja de tener que abandonar Belén, ni de tener que vivir como un exiliado, ni de tener que aprender lenguas nuevas, ni se lamenta de las muchas incomodidades que lleva consigo la marcha apresurada. Ya sabe moverse en sintonía con la Providencia divina. Se olvida de sí, se entrega, pone todo su ser en ayudar al Niño inerme. Habla con María, que secunda totalmente sus decisiones y, sin decir nada a nadie, huyen en la noche como unos perseguidos.

La muerte rondará Belén. Los niños asesinados entran en el gozo de Dios sin conocer los sinsabores de la vida; pero sus madres lloran. El pecado de Herodes conduce a esas lágrimas inocentes.

La vida oculta en Nazaret

“Muerto Herodes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto, y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel; pues han muerto ya los que atentaban contra la vida del niño. Levantándose, tomó al niño y a su madre y vino a la tierra de Israel. Pero al oír que Arquelao había sucedido a su padre Herodes en el trono de Judea, temió ir allá; y avisado en sueños marchó a la región de Galilea. Y se fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que cumpliera lo dicho por medio de los Profetas: Será llamado nazareno” (Mt).

En Nazaret transcurrirá lo que llamamos la vida oculta del Señor. Nada saben sus habitantes de los sucesos ocurridos. Quizá los vecinos preguntaron con curiosidad qué había pasado desde que fueron a Belén a empadronarse. De hecho, ellos regresan a su pueblo, a su casa de siempre. Se alegran al verlos de nuevo, y ven un matrimonio con un Niño precioso. Los admiten. José se establece como artesano. Y viven una vida familia y de trabajo como la de los demás del pueblo, como la mayoría de los hombres. Cristo, en el taller de José y en el hogar de Nazaret, santifica el trabajo humano herido por el pecado. Allí, convierte el trabajo y la vida ordinaria en camino de salvación y de colaboración con Dios. Allí santifica la vida de familia.

El Niño perdido y hallado en el Templo

Durante la vida oculta “el niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él” (Lc). María y José subían todos los años por Pascua al Templo de Jerusalén. El Niño iba con ellos

habitualmente. Lo sucedido cuando el Niño tenía doce años tiene gran importancia. Esta edad era aquella en la que se considera que los niños pasaban a ser adolescentes, o “hijos de la Ley”, debiendo asumir las obligaciones de la misma. Jesús da este paso con conciencia de su filiación divina. Y va a ser un paso discreto, pero importante.

“Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Y cuando tuvo doce años, subieron a la fiesta, como era costumbre. Pasados aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo advirtiesen sus padres. Suponiendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino buscándolo entre los parientes y conocidos, y como no lo encontrasen, retornaron a Jerusalén en busca suya. Y ocurrió que, al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verlo se maravillaron, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que les dijo” (Lc).

No convenía que María y José estuviesen presentes en lo que iba a realizar el Niño, ya adulto ante la Ley. Eran cosas del Padre celestial. Se trata de algo ante los doctores de la Ley, y Jesús, con mayoría de edad religiosa, puede intervenir, y lo hace: habla, pregunta, escucha. Los doctores de la Ley se admiran de su sabiduría. Le preguntan y constatan que su saber va más allá de una lección aprendida de memoria. La admiración crece. Convenía que Jesús dejase claro en aquellos momentos algo de interés. Desconocemos el contenido de aquellas conversaciones. Pero un motivo podemos intuir: Dios quiere que el Unigénito hable en su Templo en un momento importante para la vida de un israelita.

María y José sufren. No saben nada del motivo de su ausencia. Lo buscan un día con su noche, otro día y otra noche, enteros. Están extenuados y angustiados, hasta que acuden al Templo sin saber qué hacer. Allí le encuentran y se admiran. La Madre manifiesta su angustia, José

calla sin saber qué decir. Jesús les explica con seguridad manifiesta que debe ocuparse de las cosas de su Padre, y se sorprende de su búsqueda angustiada. María y José saben mucho, pero no lo saben todo; también ellos deben hacer su peregrinación en la fe que tiene mucho de luz y algo de oscuridad.

Muerte de José

Tras este episodio Jesús vuelve a Nazaret con María y José. “Y bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres” (Lc).

En Nazaret la vida sigue su curso, ocultando la realidad de aquel hogar lleno de oración, de santidad y de trabajo. La maduración humana de Jesús va unida a una plenitud interior que tendrá un desbordamiento en la vida pública.

No se sabe cuándo murió José. Pero el hecho de no mencionarle para nada en el ministerio público de Jesús, indica que ya había pasado al seno de Abraham. Ha experimentado la santidad en la vida ordinaria. No vio la vida pública de Jesús, ni sus milagros, ni el aplauso de muchos; pero tampoco vio la malicia de los hombres que perseguirán al que todos en Nazaret creían su hijo. Su vida es una vida plena, no evidente a los ojos de los hombres, pero sí a los ojos de Dios.

La fe de María

María también ha crecido interiormente en estos treinta años. En su infancia vivió una unión con el Padre muy íntima, pues era inmune al

pecado de origen y Dios la hizo llena de gracia. Ella será la nueva Eva. La primera no fue fiel a Dios. María sí que tendrá fe cuando el ángel le anuncie la voluntad de Dios. Su aceptación libre de la Voluntad de Dios hace posible la Encarnación del Verbo en sus entrañas virginales. Es parte activa de la Redención que va a realizar su divino Hijo. En los años siguientes ama a su Jesús, el Hijo de Dios. Habla con Él, le enseña lo que sabe. Profundiza con luces del cielo en la misión de Jesús, entregándose libremente como colaboradora de ella. Y Jesús se hace hombre maduro, preparado para la misión que comenzará en el Jordán. María santísima también está preparada.

Fortalecimiento de los discípulos

Los discípulos se enteran del origen de Jesús en estos primeros tiempos de convivencia. Conocen a su Madre, al resto de su familia, y su vida oculta de trabajo. Todo ello junto a la intensa enseñanza teórica y práctica que Jesús les imparte. Sin embargo, la oposición de los familiares de Jesús y las críticas de los escribas y fariseos podían afectar a los discípulos con una fe todavía débil. Por eso Jesús se decide a apartarlos de Cafarnaún por un poco de tiempo. Suben a las barcas y se dirigen a la otra orilla, en territorio pagano.

En este viaje va a ocurrir un gran milagro que sorprende grandemente a los suyos, a pesar de que ya han visto tantas curaciones. Se trata de la tempestad calmada. Sucedió así: “Aquel día, llegada la tarde, les dice: Crucemos al otro lado. Y, despidiendo a la muchedumbre, le llevaron en la barca tal como se encontraba, y le acompañaban otras barcas. Y se levantó una gran tempestad de viento, y las olas se echaban encima de la barca, de manera que se inundaba la barca. El estaba en la popa durmiendo sobre un cabezal; entonces lo despiertan, y le dicen: Maestro, ¿no te importa que perezcamos? Y levantándose, increpó al viento y dijo al mar: ¡Calla, enmudece! Y se calmó el viento, y se produjo una gran bonanza. Entonces les dijo: ¿Por qué tenéis miedo? ¿Todavía no tenéis fe? Y se llenaron de gran temor, y se decían unos a otros: ¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?” (Mc).

Ante la tempestad surge el temor y el miedo a morir. No advierten que Jesús no puede morir de aquella manera, pues tiene una misión divina aún no acabada, y se ha declarado igual al Padre en tantas ocasiones. Pero el viento es fuerte, las barcas suben y bajan, pueden volcar, pueden hundirse. Jesús, sorprendentemente, duerme. Y se quejan del peligro, con visos de crítica al mismo Jesús que no hace nada. Le despiertan y, con gesto imponente, clama al viento que enmudezca, y lo hace. La calma vuelve de repente al pequeño mar. Y cuando Jesús les reprende por su poca fe, no se quejan, no murmuran, no protestan, y emerge en ellos el respeto ante alguien que es más que un maestro de vida coherente, y se preguntan: ¿Quién es éste? Aún le conocen poco, tienen que introducir en su fe el dato de que Cristo es Señor de todo, es el mismo Dios con nosotros.

Al llegar a la orilla surge otro inconveniente: se les acerca un hombre enfurecido, un energúmeno, que es como se denomina a los endemoniados llenos de furia. Es lógico el susto de todos. Jesús de nuevo va a consolidar la fe de los suyos curándolo y haciendo un gesto de difícil olvido. Si antes demostró su dominio sobre el viento y el mar, ahora va a demostrar su superioridad sobre el demonio y sobre los animales.

“Y llegaron a la orilla del mar, a la región de los gerasenos. Al salir de la barca, en seguida le salió al encuentro desde los sepulcros un hombre poseído por un espíritu inmundo, que vivía en los sepulcros y nadie podía tenerlo sujeto ni siquiera con cadenas; porque había estado muchas veces atado con grilletes y cadenas, y había roto las cadenas y deshecho los grilletes, y nadie podía dominarlo. Y se pasaba las noches enteras y los días por los sepulcros y por los montes, gritando e hiriéndose con piedras. Al ver a Jesús desde lejos, corrió y se postró ante él; y, gritando con gran voz, dijo: ¿Qué tengo que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Porque le decía: Sal, espíritu inmundo, de este hombre. Y le preguntaba: ¿Cuál es tu nombre? Le contestó: Mi nombre es legión, porque somos muchos. Y le suplicaba con insistencia que no lo expulsara fuera de la región.

“Había allí junto al monte una gran piara de cerdos paciendo. Y le suplicaron diciendo: Envíanos a los cerdos, para que entremos en ellos. Y se lo permitió. Y, saliendo los espíritus inmundos, entraron en los cerdos; y con gran ímpetu la piara, alrededor de dos mil, corrió por la pendiente hacia el mar, donde se iban ahogando. Los porqueros echaron a correr, y contaron por la ciudad y los campos lo sucedido. Y acudieron a ver qué había ocurrido. Y llegaron junto a Jesús, y vieron al que había estado endemoniado, sentado, vestido y en su sano juicio; y se quedaron asustados. Los que lo habían presenciado les contaron lo que había sucedido con el que había estado poseído por el demonio y con los cerdos. Y comenzaron a rogarle que se alejase de su región. Y al subir en la barca, el que había estado endemoniado le suplicaba quedarse con él; pero no lo admitió, sino que le dijo: Vete a tu casa con los tuyos y cuéntales todo lo que el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti. Se fue y comenzó a proclamar en la Decápolis lo que Jesús había hecho con él; y todos se admiraban” (Mc).

Es el primer paso –realmente sobrecogedor– de su predicación a los gentiles. Emociona ver al hombre liberado de los demonios que le suplica quedarse con él. Jesús prefiere que se quede en aquella región siendo portavoz de la buena nueva que tiene que llegar no sólo a los judíos, sino a todos los hombres de buena voluntad. Y la fe de los discípulos se fortalece con hechos tan extraordinarios.

Al volver a Cafarnaún sucede un nuevo milagro que va más allá de las curaciones, que ya se han convertido en cosa ordinaria. Se trata de la hija de un hombre importante, el jefe de la sinagoga. El dolor del padre es agudo: su hija se muere, y Jesús ha curado a muchos. Duda hasta que se decide a pedir el milagro. En el trayecto una mujer llena de fe arranca otro milagro de Jesús, que alaba su fe. Hasta llegar al lugar donde está la niña, de doce años.

“Y habiendo cruzado de nuevo Jesús en la barca hasta la otra orilla, se reunió una gran muchedumbre a su alrededor mientras él estaba junto al mar. Viene uno de los jefes de la sinagoga, de nombre Jairo, y, al verlo, se

postra a sus pies, y le suplica con insistencia diciendo: Mi hija está en las últimas. Ven, impón tus manos sobre ella para que se salve y viva. Se fue con él, y le seguía la muchedumbre, que le apretujaba.

“Una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que había sufrido mucho por parte de muchos médicos, y gastado todos sus bienes sin aprovecharle de nada, sino que iba de mal en peor, cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la muchedumbre y tocó su vestido; porque decía: Si pudiera tocar, aunque sólo fuera su manto, quedaré sana. En el mismo instante se secó la fuente de sangre, y sintió en su cuerpo que estaba curada de la enfermedad. Y al momento Jesús, conociendo en sí mismo la virtud salida de él, vuelto hacia la muchedumbre, decía: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Y le decían sus discípulos: Ves que la muchedumbre te oprime y dices ¿quién me ha tocado? Y miraba a su alrededor para ver a la que había hecho esto. La mujer, asustada y temblorosa, sabiendo lo que le había ocurrido, se acercó, se postró ante él y le confesó toda la verdad. El entonces le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu dolencia.

“Todavía estaba él hablando, cuando llegan desde la casa del jefe de la sinagoga, diciendo: Tu hija ha muerto; ¿para qué molestar ya al Maestro? Jesús, al oír lo que hablaban, dice al jefe de la sinagoga: No temas, tan sólo ten fe. No permitió que nadie le siguiera, excepto Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegan a la casa del jefe de la sinagoga, y ve el alboroto, y a los que lloraban y a las plañideras. Y al entrar, les dice: ¿Por qué alborotáis y estáis llorando? La niña no ha muerto, sino que duerme. Y se reían de él. Pero él, haciendo salir a todos, toma consigo al padre y a la madre de la niña y a los que le acompañaban, y entra donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dice: Talita qumi, que significa: Niña, a ti te digo, levántate. Y en seguida la niña se levantó y se puso a andar, pues tenía doce años. Y quedaron llenos de asombro. Les insistió mucho en que nadie lo supiera, y dijo que dieran de comer a la niña” (Mc).

Una vez más, los discípulos han presenciado un milagro que –como en otras ocasiones, o quizás más que antes– les reafirma en su fe en Jesús, más allá del conocimiento teórico y rabínico de la Ley y los Profetas. La resurrección de la hija de Jairo hubo de confirmarles que estaban delante del Mesías, con poder del Altísimo sobre la vida y la muerte. Mucho les

queda aún por aprender, pero su fe ya es más plena, y permanece al resguardo de las críticas más o menos maliciosas.

Instrucciones para la primera misión

Tomando como punto de partida Nazaret, Jesús “recorría las aldeas vecinas” (Mc) que serían Caná, Endor, Naim, Séforis.... Ahora es el momento oportuno para dar un nuevo paso en la implantación del Reino. Los discípulos ya han recibido suficiente formación, su fe es más firme. Ya puede enviarlos a predicar la Buena Nueva del Evangelio. Están ya preparados para ir, sin Jesús, a anunciar quién es y su mensaje. Este paso será como una avanzadilla, como un ensayo, como un aprendizaje, para la misión que les llevará por todo el mundo. De momento, sólo son enviados a las poblaciones cercanas, y de dos en dos, como ayudándose mutuamente.

“A estos doce envió Jesús dándoles estas instrucciones: No vayáis a tierra de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; sino id primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Id y predicad diciendo que el Reino de los Cielos está al llegar. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, sanad a los leprosos, arrojad a los demonios; gratuitamente lo recibisteis, dadlo gratuitamente. No llevéis oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón, porque el que trabaja merece su sustento. En cualquier ciudad o aldea en que entréis, informaos sobre quién hay en ella digno; y quedaos allí hasta que salgáis. Al entrar en una casa dadle vuestro saludo. Si la casa fuera digna, venga vuestra paz sobre ella; pero si no fuera digna, vuestra paz revierta a vosotros. Si alguien no os acoge ni escucha vuestras palabras, al salir de aquella casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo que en el día del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma y Gomorra que para esa ciudad” (Mt).

En esta primera etapa de la instrucción a los discípulos, Jesús limita el ámbito de su predicación: les indica que vayan solamente a lugares de una

cultura y ambiente muy parecido al suyo. Las dificultades no deben ser excesivas para comenzar. Luego les da el poder de hacer milagros, que deben administrar gratuitamente. Los milagros son decisivos en esta primera fase de la implantación del Reino: les ayudará a poner su confianza en Dios sin llevar dineros ni repuestos. Dios proveerá a su sustento. Se pueden acoger a la hospitalidad de las gentes viviendo como ellos viven y dándoles la paz. Si les rechazan, el castigo será fuerte, pues Dios es misericordioso, pero también justo.

Después de la primera fase de la instrucción viene una segunda en la que les previene de las dificultades. “Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, cautos como las serpientes y sencillos como las palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en sus sinagogas, y seréis llevados ante los gobernadores y reyes por causa mía, para que deis testimonio ante ellos y los gentiles. Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué habéis de hablar; porque en aquel momento os será dado lo que habéis de decir. Pues no sois vosotros los que vais a hablar, sino el Espíritu de vuestro Padre quien hablará en vosotros. Entonces el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres para hacerles morir. Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien persevere hasta el fin, ése será salvo. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra; en verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre.

“No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Le basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al amo de la casa le han llamado Beelzebul, cuánto más a los de su casa. No les tengáis miedo, pues nada hay oculto que no vaya a ser descubierto, ni secreto que no llegue a saberse. Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a plena luz; y lo que escuchasteis al oído, pregonadlo desde los terrados. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno. ¿Acaso no se vende un par de pajarillos por un as? Pues bien, ni uno solo de ellos caerá en tierra sin que lo permita vuestro Padre. En cuanto a

vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Por tanto, no tengáis miedo: vosotros valéis más que muchos pajarillos” (Mt).

Corderos y lobos, palomas y serpientes. Difícil equilibrio. No les oculta la enemistad que va a suscitar la palabra de salvación. El pecado lleva a que muchos se revuelvan con violencia; pero deben perseverar, no han de tener miedo pues Dios les protege como a los pajarillos, y tiene los cabellos de su cabeza contados. Ha sido llamados a una misión divina entusiasmante, pero nada fácil: no han de temer a nada ni a nadie, pero tampoco ser ingenuos y desconocer los peligros. La convicción profunda es que Dios, que está con ellos, les ayudará. Así conseguirán el objetivo.

En un tercer momento, les muestra la grandeza de su misión y la responsabilidad de los que los acepten o rechacen. No se predicán a sí mismos, sino a Dios a través de la enseñanza de Jesús. “A todo el que me confiese delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre que está en los Cielos. Pero al que me niegue delante de los hombres, también yo le negaré delante de mi Padre que está en los Cielos. No penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer la paz sino la espada. Pues he venido a enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su misma casa” (Mt).

El amor que deben predicar es de un calibre superior a los amores más dignos de la tierra; por eso habrá divisiones y guerras. El mensaje es de paz; pero de una paz que es fruto de una guerra total contra el pecado y todo lo que lleva consigo. No caben medias tintas. Por eso, “quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien encuentre su vida, la perderá; pero quien pierde su vida por mí, la encontrará” (Mt).

Su dignidad reside en que son la voz de Cristo y como tales deben ser recibidos. Ellos mismos deben ser conscientes de su dignidad. “Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado. Quien recibe a un profeta por ser profeta obtendrá recompensa de profeta, y quien recibe a un justo por ser justo obtendrá recompensa de justo. Y todo el que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños por ser discípulo, en verdad os digo que no quedará sin recompensa”.

Salen los apóstoles a la primera misión, persuadidos de que deben obedecer y de que tienen la formación suficiente para realizar lo que Jesús les manda. El impacto causado por sus palabras debió ser grande. Jesús les forma de un modo práctico, no sólo teórico. Iban de dos en dos. “Y habiendo marchado, predicaron que hicieran penitencia; y expulsaban muchos demonios, y ungían con óleo a muchos enfermos y los curaban” (Mc).

Al cabo de unos días, “reunidos los Apóstoles con Jesús, le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Y les dice: Venid vosotros solos a un lugar apartado, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, y ni siquiera tenían tiempo para comer. Se marcharon, pues, en la barca a un lugar apartado ellos solos” (Mc). Y, una vez más, el lugar de reunión debió ser Cafarnaún, donde estaban las barcas; de allí parten para un lugar tranquilo donde poder descansar y continuar la formación de otro modo, quizá en las fuentes del Jordán, lugar acogedor con agua y sombra.

Muerte del Bautista

En los días en que los discípulos desempeñan su primera misión, ocurre un hecho que será un duro golpe para el Señor y para todos: la muerte del Baustista a manos de Herodes. Juan había sido detenido y

encarcelado en la fortaleza de Maqueronte, en la región de Perea. Herodes, sin embargo, “hacía muchas cosas por el consejo de Juan, pues le oía con gusto” (Mc). Rara circunstancia en la que se combinan la injusticia y el respeto.

Este Herodes era hijo de Herodes el Grande, que había muerto dos años después de ordenar la matanza de los inocentes en Belén. Su Reino se dividió entre los hijos que habían sobrevivido a sus matanzas. Filippo en el norte, Arquelao en Judea y Herodes en Galilea y Perea. Había subido al trono con diecisiete años y tendría un reinado largo, hasta el año 40 de la era cristiana. Amante del lujo y del poder, como su padre, aunque menos violento y sanguinario. Estando en Roma se enamoró de la mujer de su hermanastro Filippo, Herodías. Esta mujer le prefirió a él y ambos se fueron a vivir a Palestina. Herodes estaba casado con la hija del rey árabe Aretas y la abandonó. Herodías también tenía una hija adolescente. El escándalo que producían en el pueblo era grande.

Juan fue la voz de la conciencia en aquella relación de adulterio público, y denunció, también en público, que aquella unión era ilegal e inmoral. Herodes se indignó y le detuvo, pero a pesar de la insistencia de Herodías, no se atrevió a matarle, por su talante supersticioso. Simplemente amordazó su voz.

En el banquete de un cumpleaños de Herodes se urdió la tragedia. Las comidas festivas eran sólo para hombres. Asisten casi todos los principales del Reino; comen en abundancia, beben mucho más. Mientras tanto, bailan danzarinas, que solían ser esclavas o prostitutas. Cuando, de repente, sale a bailar Salomé, la hija de Herodías. La imaginación popular ha puesto en aquel baile un vértigo de lujuria y provocación. Es posible que fuese así. En medio de su embriaguez, Herodes hace un juramento extraño. “Pídeme lo que quieras”, “te lo daré, aunque sea la mitad de mi Reino”. La muchacha se retira consciente de su triunfo, habla con su madre, que estaba en la estancia separada para las mujeres, y ella ve la oportunidad de venganza. Por eso le dice: “Pídele la cabeza de Juan Bautista”.

La joven vuelve ante Herodes que ríe en su estado de semiinconsciencia. El reyezuelo espera recibir la petición de joyas, palacios o cualquier otra cosa. Cuando de labios de aquella mujer escucha la feroz sentencia: “Quiero ahora mismo en esta bandeja la cabeza de Juan, el Bautista”. Madre e hija forman una triste unidad en la lujuria, la violencia y el odio. No quiere una sentencia, pues cabe el arrepentimiento del rey cuando recupere la cordura. La quiere ahora, y muestra la bandeja que ha traído. Todos miran al rey estupefactos. Herodes tiembla. No quiere realizar aquel asesinato, pero es débil. Se excusa por el juramento y manda al soldado que le traiga la cabeza del Bautista. Todos esperan con risas nerviosas, cuando al poco tiempo llega la macabra embajada con el horroroso regalo, la cabeza de un hombre bueno y valiente que muere por un exceso de frivolidad, impureza y odio. Herodes mira horrorizado, pero ya está hecho, no se puede volver atrás. Más adelante, al extenderse la fama de Jesús, Herodes verá en él, desde su conciencia lacerada, una reencarnación del Bautista. La conciencia le remuerde en lo más hondo.

Con esta muerte Herodes se puso al pueblo en contra. Aretas, el padre de la esposa repudiada, se vengó invadiendo su Reino, destruyendo y arruinando palacios. Herodes acabó huyendo a las Galias con Herodías, donde murió.

Los discípulos de Juan “fueron y cogieron el cadáver y lo sepultaron. Después vinieron a confiárselo a Jesús” (Mt). No conocemos su reacción, pero debió ser de consternación para él y para todos, especialmente para los que habían sido discípulos de Juan. El Señor decide llevarse a los discípulos aparte, a un lugar desierto, para que descansen, y para que los ánimos se calmen, ante los hechos dolorosos de la muerte de Juan y ante los frutos gozosos de la primera predicación. Conviene reflexionar y rezar a Dios para unirse a su voluntad. El enemigo, que es el pecado, se revela duro y sangriento. Era el martirio del hombre más grande nacido de mujer.

Primera multiplicación de los panes

Tras el retiro, al nordeste del lago, probablemente en Banias, en las fuentes del Jordán, alejados del poder del rey sangriento, vuelven a Cafarnaún.

Las gentes no han estado quietas. Ha crecido la fama del maestro. Le buscan muchos, que vienen de todas partes. Unos por su poder de curar, otros por oírle, otros por una fe incipiente. Jesús al verlos se compadeció porque “andaban como ovejas sin pastor, y se puso a enseñar. Como avanzase la hora, se le acercaron los discípulos y le dijeron: Este sitio es desierto y ya es muy tarde: Despídelos para que vayan a los campos y aldeas vecinas y se compren algo para comer” (Mc). A Jesús y a los que le escuchan se les ha pasado el tiempo volando. Habla, enseña, cura, consuela, abre horizontes, actúa como buen pastor. Pero el tiempo pasa y hay que comer; se hace de noche y hay que ser prácticos. “Jesús les dijo: No hace falta que vayan; dadles vosotros de comer. Ellos contestaron: No tenemos más que cinco panes y dos peces” (Mc), que eran de un muchacho que estaba por allí.

“Jesús, al levantar la mirada y ver que venía hacia él una gran muchedumbre, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos pan para que coman éstos? Lo decía para probarle, pues él sabía lo que iba a hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno coma un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es esto para tantos?” (Jn).

Evidentemente, no pueden dar de comer a tanta gente; ni ellos mismos pueden alimentarse. Jesús ve que es el momento oportuno para un signo grande. Y “dijo: Haced sentar a la gente. En aquel lugar había mucha hierba. Se sentaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. Jesús tomó los panes, y habiendo dado gracias, los repartió a los que estaban

sentados, e igualmente les dio de los peces cuanto quisieron. Cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: Recoged los trozos que han sobrado para que nada se pierda. Entonces los recogieron, y llenaron doce cestos con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido” (Jn).

Era cinco mil hombres; contando mujeres y niños se puede multiplicar por tres o cuatro resultando el número bastante elevado. Se necesitan muchos quilos de pan para dar de comer a tantos. Jesús toma la ofrenda humilde y generosa del muchacho, y parte el pan. Al darlo, y volver a tomar el pan para partirlo, permanece la misma cantidad, así hasta los miles de panes para que todos coman hasta hartarse. Igualmente con los peces. La gente come, están saciados, se preguntan de dónde ha venido tanto pan si nada tenían. Y corre la voz del nuevo milagro. Sobran doce canastos llenos, hay pan en abundancia. El entusiasmo se hace visible. “Aquellos hombres, viendo el milagro que Jesús había hecho, decían: este es verdaderamente el Profeta que viene al mundo. Jesús, conociendo que iban a venir para llevárselo y hacerlo rey, se retiró de nuevo al monte él solo” (Jn).

No quiere Jesús el éxito engañoso de ser elevado a la categoría de rey temporal. Él lo podría hacer mejor que cualquiera de los gobernantes de los pueblos de cualquier tiempo, pero su Reino es espiritual: viene a liberar de la esclavitud del pecado y del diablo, bastante más difícil que conseguir un buen abastecimiento de pan. No va a ser fácil convencer a los que están exaltados. Y se va, diciendo a los suyos que se marchen a la otra orilla del lago, a Betsaida Julia, y despide a la gente.

“Inmediatamente después Jesús mandó a los discípulos que subieran a la barca y que se adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y, despedida la multitud, subió al monte a orar a solas; y después de anochecer permanecía él solo allí. Entretanto la barca estaba ya alejada de tierra muchos estadios, batida por las olas, porque el viento le era contrario. En la cuarta vigilia de la noche vino hacia ellos caminando sobre el mar. Cuando le vieron los discípulos caminando sobre el mar, se turbaron y decían: Es un fantasma; y llenos de miedo empezaron a gritar. Pero al

instante Jesús comenzó a decirles: Tened confianza, soy yo, no temáis. Entonces Pedro le respondió: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. El le dijo: Ven. Y Pedro, bajando de la barca, comenzó a andar sobre las aguas hacia Jesús. Pero al ver que el viento era tan fuerte se atemorizó y, al empezar a hundirse, gritó diciendo: ¡Señor, sálvame! Al punto Jesús extendiendo su mano, lo sostuvo y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? Y cuando subieron a la barca cesó el viento. Los que estaban en la barca le adoraron diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios” (Mt).

Ha dejado claro su poder sobre la materia del pan y de los peces. Después manifiesta su poder sobre su propio cuerpo caminando sobre las aguas. La fe va creciendo en los apóstoles, y adorándole dicen: “Verdaderamente eres Hijo de Dios” (Mt). Es como un despertar, ya que “no habían entendido lo de los panes pues su entendimiento estaba embotado” (Mc).

“Terminada la travesía llegaron a tierra a la altura de Genesaret. Al reconocerlo los hombres de aquel lugar mandaron aviso a toda la comarca y le trajeron todos los enfermos, y le suplicaban poder tocar aunque sólo fuera el borde su manto; y todos aquellos que lo tocaron quedaron sanos” (Mt).

Los principales se endurecen

A raíz del milagro reciente, el pueblo –abierta y sencillamente– aclama a Cristo y –en su mentalidad, humana– le quieren como rey temporal. Los discípulos, al convivir con él, tienen una fe más firme y le adoran como Hijo de Dios. Pero los principales le resisten. Aunque son miles los que le aclaman, los escribas y fariseos venidos de Jerusalén, se unen a los locales y le critican por faltar a las tradiciones; no quieren oír, ni ver, lo palmario; no quieren creer. La crítica por no lavarse las manos es tan desproporcionada que clama al cielo. Jesús hasta el momento ha

reaccionado con mansedumbre. Pero es frecuente que los que no buscan la verdad, confundan bondad con debilidad. Jesús actuaba así para no apagar la mecha que aún humea, ni quebrar la caña cascada. Pero ahora la mecha ya está apagada, y la caña quebrada definitivamente. La ha roto el orgullo, la infidelidad, la envidia, y otros muchos pecados ocultos que, en el momento adecuado, Jesús desvelará. De momento conviene contestar a las críticas con fortaleza, para defender la fe de los débiles y para ver si ella consigue lo que no fue posible con la mansedumbre.

“Se acercaron a él los fariseos y algunos escribas que habían llegado de Jerusalén, y vieron a algunos de sus discípulos que comían los panes con manos impuras, es decir, sin lavar. Pues los fariseos y todos los judíos nunca comen si no se lavan las manos muchas veces, observando la tradición de los antiguos; y cuando llegan de la plaza no comen, si no se purifican; y hay otras muchas cosas que guardan por tradición: purificaciones de las copas y de las jarras, de las vasijas de cobre y de los lechos. Le preguntaban, pues, los fariseos y los escribas: ¿Por qué tus discípulos no se comportan conforme a la tradición de los antiguos, sino que comen el pan con manos impuras? El les respondió: Bien profetizó Isaías de vosotros los hipócritas, como está escrito:

“Este pueblo me honra con los labios,

pero su corazón está bien lejos de mí.

En vano me dan culto,

mientras enseñan doctrinas que son preceptos humanos.

“Abandonando el mandamiento de Dios, retenéis la tradición de los hombres. Y les decía: ¡Qué bien anuláis el mandamiento de Dios, para guardar vuestra tradición! Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre, y quien maldiga al padre o a la madre, sea reo de muerte. Vosotros, en cambio, decís: Si un hombre dice al padre o a la madre: Lo que de mi parte pudieras recibir sea Corbán, que significa ofrenda, ya no le permitís hacer nada por el padre o por la madre; con ello anuláis la palabra de Dios

por vuestra tradición, que vosotros mismos habéis establecido; y hacéis otras muchas cosas semejantes a éstas” (Mt).

El valor de las tradiciones humanas es proteger los mandatos de Dios, para facilitar o, al menos, recordar la necesidad de cumplir los mandamientos de la Ley divina. Pero si se ponen tradiciones humanas por delante de las divinas se hace grave falta. El pecado de aquellos hombres era la hipocresía, y convenía desenmascararla, porque la hipocresía, al revestirse de bondad y virtud, engaña al que no sabe y no puede descubrir el fondo.

Jesús reacciona con energía: para incorporarse al Reino era imprescindible creer en él y vivir de cuerdo con los mandatos de Dios. Ya antes había advertido que “se perdonarán a los hijos de los hombres todos los pecados y cuantas blasfemias profieran; pero quien blasfeme contra el Espíritu Santo jamás tendrá perdón, sino que será reo de delito eterno. Porque ellos decían: Tiene un espíritu inmundo” (Mc). Y de esto se trataba, aunque pareciese que se discutía sobre la cuestión de cómo lavarse las manos para comer.

En aquellos hombres se ha dado un endurecimiento culpable. “Aunque había hecho Jesús tantos milagros delante de ellos, no creían en él, de modo que se cumplieran las palabras que dijo el profeta Isaías: ‘Señor, ¿quién ha creído nuestro mensaje?; y el brazo del Señor, ¿a quién ha sido revelado?’ Por eso no podían creer, porque también dijo Isaías: Ha cegado sus ojos y ha endurecido su corazón, de modo que no vean con los ojos, ni entiendan con el corazón, ni se conviertan, y los sane” (Jn).

El escándalo farisaico nace de ver cosas malas donde no las hay, con la intención de no querer aceptar lo que es bueno: creer que Jesús es el Hijo de Dios que viene a este mundo para salvarlo. Sólo los pobres, los humildes de corazón, los que tienen una actitud humilde podrán creer, pues tienen puesto su corazón en la búsqueda de Dios y no en sus egoísmos. Estos son los bienaventurados, a ellos pertenece el Reino.

Jesús dará la explicación de lo que está pasando a sus discípulos para que no se contaminen: “Y después de llamar a la multitud les dijo: Oíd y entended. Lo que entra por la boca no hace impuro al hombre, sino lo que sale de la boca: eso sí hace impuro al hombre. Entonces se acercaron los discípulos y le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tus palabras? Pero él les respondió: Toda planta que no plantó mi Padre Celestial será arrancada. Dejadlos, son ciegos, guías de ciegos; y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo.

“Pedro entonces tomó la palabra y le dijo: Explícanos esa parábola. El respondió: ¿También vosotros sois todavía incapaces de entender? ¿No sabéis que lo que entra por la boca pasa al vientre y luego se echa en la cloaca? Por el contrario, lo que procede de la boca sale del corazón, y eso es lo que hace impuro al hombre. Pues del corazón proceden los malos pensamientos, homicidios, adulterios, actos impuros, robos, falsos testimonios y blasfemias. Estas cosas son las que hacen al hombre impuro; pero el comer sin lavarse las manos no hace impuro al hombre” (Mt).

Por tierras de Tiro y Sidón

A la actividad incesante en torno a Cafarnaum sucede un viaje a tierras lejanas. Se trata del viaje por el norte de Galilea hacia el noroeste, en la región de Tiro y Sidón. Desde allí, Cristo irá a buscar las fuentes del Jordán y continuará hacia el sur hacia la Decápolis, donde había sido sanado al endemoniado energúmeno. “Y partiendo de allí se fue hacia la región de Tiro y de Sidón. Y habiendo entrado en una casa deseaba que nadie lo supiera, pero no pudo permanecer oculto” (Mc). No quiere darse a conocer, pero su fama trasciende las fronteras de Israel, y acuden a él las personas que ya tenían fe, más o menos formada.

Entre los que acuden está la mujer cananea o sirofenicia. El dolor le lleva a luchar por la curación de la hija endemoniada. La insistencia revela un amor que sabe superar las pruebas. La suya es una fe y un amor humilde

que no se molesta ni por silencios, pues insiste; ni por palabras, que se podrían interpretar como un rechazo o un desprecio. Lo importante es la salvación de la hija. Ella ¿qué importa? Y consigue lo que pide, además de un elogio del Señor a su fe.

“Después que Jesús partió de allí, se retiró a la región de Tiro y Sidón. En esto una mujer cananea, venida de aquellos contornos, se puso a gritar: ¡Señor, Hijo de David, apiádate de mí! Mi hija es cruelmente atormentada por el demonio. Pero él no le respondió palabra. Entonces, acercándose sus discípulos, le rogaban diciendo: Atiéndela y que se vaya, pues viene gritando detrás de nosotros. El respondió: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Ella, no obstante, se acercó y se postró ante él diciendo: ¡Señor, ayúdame! El le respondió: No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos. Pero ella dijo: Es verdad, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen de las mesas de sus amos. Entonces Jesús le respondió: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase como tú quieres. Y quedó sana su hija en aquel instante” (Mt).

La porfía entre Jesús y la mujer, la imagen de los perros y los cachorros, conmueven al Señor. A través de esta mujer, ve el amor y la fe que busca entre los hombres. La alegría de la mujer ante la niña sanada tuvo que ser enorme; el agradecimiento inunda su alma. Y, como otras veces, corre la voz del milagro y las gentes acuden hacia él. Después se encontró con un sordomudo. Esta vez el milagro lo va a realizar con parsimonia, con gestos y con oración, con palabras, como con esfuerzo. Y todos lo comentan. “De nuevo, saliendo de la región de Tiro, vino a través de Sidón hacia el mar de Galilea, cruzando el territorio de la Decápolis. Le traen un sordo y mudo, y le ruegan que le imponga su mano. Y apartándolo de la muchedumbre, metió los dedos en sus orejas, y con saliva tocó su lengua; y mirando al cielo, dio un suspiro, y le dice: Effetha, que significa: ábrete. Al instante se le abrieron los oídos, quedó suelta la atadura de su lengua y hablaba correctamente. Y les ordenó que no lo dijeran a nadie. Pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo proclamaban; y estaban tan maravillados que decían: Todo lo ha hecho bien, hace oír a los sordos y hablar a los mudos” (Mc).

El paso por la Decápolis no fue tan oculto como su estancia en la región fenicia. La cercanía de Galilea y la acción del antiguo endemoniado, liberado de sus cadenas, influyó; y se juntan multitudes para escuchar al Señor y beneficiarse de sus milagros. Aquí podemos situar la segunda multiplicación de los panes y de los peces, similar a la primera a orillas del lago en Tabgha. Se repiten los mismos hechos, salvo el número de los presentes y la cantidad inicial de alimento. “En aquellos días, reunida de nuevo una gran muchedumbre que no tenía qué comer, llamando a los discípulos les dice: Siento profunda compasión por la muchedumbre, porque ya hace tres días que permanecen junto a mí y no tienen qué comer; y si los despiden en ayunas a sus casas desfallecerán en el camino, pues algunos han venido desde lejos. Y le respondieron sus discípulos: ¿Quién podrá abastecerlos de pan aquí, en el desierto? Les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. Y ordenó a la multitud que se acomodase en el suelo. Tomando los siete panes, después de dar gracias, los partió y los fue dando a sus discípulos para que los distribuyeran; y los distribuyeron a la muchedumbre. Tenían también unos pocos pececillos; después de bendecirlos, mandó que los distribuyeran. Y comieron y quedaron satisfechos, y recogieron de los trozos sobrantes siete espuelas. Los que habían comido eran alrededor de cuatro mil, y los despidió” (Mc).

Al volver a Galilea le esperan con ansia las multitudes con enfermos de todas clases. Jesús les cura, y todos se maravillan de nuevo dando gloria a Dios. “Y cuando Jesús salió de allí, vino junto al mar de Galilea, subió a la montaña y se sentó. Acudió a él una gran multitud llevando consigo cojos, ciegos, lisiados, mudos y otros muchos enfermos, y los pusieron a sus pies y los curó; de tal modo que se maravillaba la multitud viendo hablar a los mudos y quedar sanos los lisiados, andar a los cojos y ver a los ciegos, por lo que glorificaban al Dios de Israel” (Mt).

Los apóstoles han podido comprobar una vez más que el Reino de Jesús se extiende más allá de las fronteras de Israel. Es natural que, en un principio, sientan un cierto rechazo; pero deben aprender a ensanchar sus

horizontes y a mirar el corazón de los hombres, que es el modo divino de juzgar.

La señal de Jonás

A la vuelta de la predicación por la Decápolis llegaron con las barcas a la orilla occidental, cerca de Magdala, al caserío llamado Dalmanuta. La exaltación por parte del pueblo es creciente, pero la oposición no cesa. Los fariseos opuestos a él se unirán a los saduceos. Se fingen discípulos con deseos de conocer. Es la alianza contra el enemigo común. Entre unos y otros discuten. Ven que de nada sirven los insultos ni las acusaciones descabelladas, como la de que está endemoniado. El pueblo cada vez cree más en él, nada avanzan. Buscan una grieta y una debilidad para atacarle, y la encuentran en una petición que le hicieron fariseos y escribas a la que no ha contestado: se trata de la señal del cielo. Era una creencia apocalíptica del momento, especialmente de los fariseos, que la solución de los problemas de Israel vendría del cielo, dados los fracasos históricos de arreglar las cosas de otro modo.

“Entonces algunos de los escribas y fariseos se dirigieron a él, diciendo: Maestro, queremos ver de ti una señal. El les respondió: esta generación malvada y adúltera pretende una señal, pero no se le dará otra señal que la del profeta Jonás. Pues así como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el seno de la tierra tres días y tres noches. Los hombres de Nínive se levantarán contra esta generación en el Juicio y la condenarán; porque se convirtieron ante la predicación de Jonás, y ved que aquí hay algo más que Jonás. La reina del Mediodía se levantará contra esta generación en el Juicio y la condenará; porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y ved que aquí hay algo más que Salomón. Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, va errante por lugares áridos en busca de descanso, pero no lo encuentra. Entonces dice: Volveré a mi casa, de donde salí. Y al llegar la encuentra desocupada, bien barrida y en orden. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan

allí, con lo que la situación final de aquel hombre resulta peor que la primera. Así ocurrirá a esta generación malvada” (Mt).

Son palabras veladas y llenas de simbolismo que, a la luz de la Cruz y la resurrección, tienen fácil entendimiento, pero entonces no tanto, pues ¿en qué consistía la señal de Jonás? No parece fácil saberlo. Será un signo portentoso que deslumbrará a muchos, y los que no lo acojan serán juzgados con severidad. Ellos no pueden entenderlo. Pero la señal no la ha realizado aún. Luego se puede insistir en el tema, como si les faltase esa señal para creer, o como si Jesús no pudiese realizar ese signo prometido.

Así piensan los fariseos, aliados con los saduceos, y repiten la petición de la señal: “Se acercaron los fariseos y saduceos y, para tentarle, le rogaron que les hiciera ver una señal del Cielo. El les respondió: Al atardecer decís que va a hacer buen tiempo, porque está el cielo arrebolado; y de mañana, que hoy habrá tormenta, porque el cielo está rojizo y lóbrego. Así que sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir los signos de los tiempos. Esta generación malvada y adúltera pide una señal, pero no se le dará otra que la señal de Jonás. Y, dejándolos, se marchó” (Mt).

Jesús vuelve a quejarse de la malicia de aquellos que preguntan sin intención de creer ni de convertirse; pero retrasa el dar esa señal de los tres días en el vientre de la ballena. Había señales por todos lados, como las del cielo que anuncian lluvia o tormenta. Estaban las profecías de Daniel, la pérdida del cetro en Judá, la decadencia de la patria, la realización de los signos proféticos, la aparición de Juan, la doctrina y los milagros de Jesús. Pero no saben ver, porque no quieren ver. Y no quieren ver porque su corazón está endurecido por el pecado. Es posible intuir el dolor de Jesús que sabe bien lo que dice. Quiere que no caiga sobre ellos sangre inocente. Quiere que no se consume el gran pecado. Pero el dolor inunda su alma. Y les deja con pena por lo corrompido de su corazón.

En estas circunstancias, les dice a los discípulos que se guarden de la malicia de los fariseos: la llama levadura, y ellos no entienden. Al

explicárselo descubre la malicia del corazón torcido por la hipocresía, que desconoce el amor a Dios por encima de todas las apariencias; la astucia, el formalismo egoísta, la ambición, el placer. Peor aún cuando está revestido de religiosidad y que ataca más fuertemente a los que se proclaman más fieles a Dios que nadie.

“Al pasar los discípulos a la otra orilla se olvidaron de llevar panes. Jesús les dijo: Estad alerta y guardaos de la levadura de los fariseos. Pero ellos cavilaban diciendo interiormente: No hemos traído panes. Conociéndolo Jesús dijo: Hombres de poca fe, ¿qué caviláis interiormente de que no habéis traído panes? ¿No entendéis todavía? ¿No os acordáis de los cinco panes para los cinco mil hombres y de cuántos cestos recogisteis; ni de los siete panes para los cuatro mil hombres y de cuántas espuestas recogisteis? ¿Cómo no entendéis que no me refería a los panes? Guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos. Entonces entendieron que no se había referido a guardarse de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos” (Mt).

Discurso del Pan de vida

En la sinagoga de Cafarnaún se van a producir unos hechos de capital importancia. Jesús ha predicado con profundidad y abundancia. Ha llegado a muchas gentes de las más variadas procedencias. Ha realizado multitud de milagros con un claro contenido simbólico, especialmente los de la multiplicación de panes y peces. El mensaje estaba lo suficientemente claro para tener fe en él. Pero los hechos muestran que, salvo un pequeño grupo que cree sin condiciones, se da una gran variedad de respuestas. La mayoría del pueblo quiere hacerle rey, lo que significa que le quieren; pero no le comprenden. Quieren un reinado material, con contenido religioso. Les mueven sus intereses inmediatos. Ocurre como en la primera tentación del desierto. Jesús ya ha vencido esta tentación, pero ellos no; quieren un mesianismo deficiente. Por otra parte, están los que se oponen a Jesús y a su mensaje. Es una oposición cerrada, agravada porque tienen más cultura teológica, pero no tienen fe. Buscarán todos los razonamientos posibles

para rechazarle; no quieren saber nada de Él y su enseñanza de un amor total a Dios y a los demás. Viendo no ven, porque no quieren ver, son guías ciegos.

En este contexto, después de la vuelta por Tiro y Sidón y la Decápolis, regresa a Cafarnaún. Acude a la sinagoga, y allí van todos: los que creen en él hasta el punto de entregarse y seguirle, los que creen con imperfecciones, los que no creen. Todos ponen atención en este discurso que tiene una gran importancia en la vida de Jesús. El momento es solemne, la expectación máxima.

Jesús comienza con un reproche sobre la rectitud de intención de los que le quieren escuchar: “En verdad, en verdad os digo que vosotros me buscáis no por haber visto los milagros, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado. Obrad no por el alimento que perece sino por el que perdura hasta la vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre, pues a éste lo confirmó Dios Padre con su sello” (Jn). Los que le escuchan aceptan la suave reprensión con mansedumbre, por lo que preguntan cómo rectificar: “¿Qué haremos para realizar las obras de Dios?” Parece que las cosas van por buen camino, y hay entendimiento entre Jesús y los oyentes. Jesús les respondió: “Ésta es la obra de Dios, que creáis en quien El ha enviado”. Una vez más es la fe lo que se les pide. Una fe que vaya más allá de la repetición de unos conocimientos teóricos, más o menos alejados de la vida. Una fe que sea, al mismo tiempo, amor y entrega; fe en el que sabe más y todo lo hace por amor.

Pero no todos le oyen con tan buenas disposiciones. Se puede ver que en la sinagoga están todos: los que le quieren y los que le rechazan. Y fariseos, saduceos y escribas insisten en exigir el signo del cielo, la prueba evidente del mesianismo que esperan, por lo que “le dijeron: ¿Pues qué milagro haces tú, para que lo veamos y te creamos? ¿Qué obras realizas tú? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del Cielo”. El maná caído del cielo al pedirlo Moisés en el desierto era considerado el mayor milagro en aquellos tiempos cruciales de la vida del Pueblo de Dios. Manifiesta el poder de Dios, que calmó el

hambre del cuerpo y del alma. Jesús entra ya en el tema del signo del cielo y “les respondió: En verdad, en verdad os digo que no os dio Moisés el pan del Cielo, sino que mi Padre os da el verdadero pan del Cielo. Pues el pan de Dios es el que ha bajado del Cielo y da la vida al mundo”. El pan del cielo es la doctrina de Dios y él mismo; sólo con esto superarán todas las hambres del espíritu. Los demás, los de buenas disposiciones, dejan oír su voz y le dicen: “Señor, danos siempre de este pan”. Están dispuestos a rectificar sus motivaciones egoístas y materialistas y, después, a vivir una vida religiosa y espiritual, según Jesús enseña. Las cosas transcurren por buenos cauces.

Jesús lo ve y abre su alma diciéndoles: “Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed” (Jn). Él mismo es el pan de vida que puede saciar todas las hambres de felicidad, eternidad, verdad, amor, y es el agua viva, como ya dijo a la samaritana. Más no se puede pedir. Pero deben tener fe en él para poder acceder al alimento nuevo. Es posible deducir que algunos reaccionaron mal ante estas palabras, que tampoco estaban dispuestos a doblegarse. Ellos creen en Dios y han conseguido que Dios se pliegue a sus deseos humanos a base de interpretaciones eruditas, pero desamoradas. Son los dueños de Dios, lo usan a su capricho y no pueden entender un amor y una entrega tan totales. No pueden creer en Jesús, que es un hombre como ellos, y, además, no pertenece a ninguna de las escuelas del momento. Jesús lo ve, y vuelve a insistir en la falta de fe de algunos. “Pero os lo he dicho: me habéis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que viene a mí no lo echaré fuera, porque he bajado del Cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me ha enviado. Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que El me ha dado, sino que lo resucite en el último día. Esta es, pues, la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Jn). Y vuelve el gran tema de la paternidad de Dios, origen de la filiación de Jesús, superior a la de los demás hombres, filiación que permite alcanzar la vida eterna y la resurrección a los que crean.

Es lógico que, si había saduceos, reaccionasen mal ante la palabra resurrección. Pero otros también se molestan. Los fieles no saben qué decir

y callan. “Los judíos, entonces, murmuraban de Él porque había dicho: Yo soy el pan que ha bajado del Cielo. Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, de quien conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo ahora dice: He bajado del Cielo? Respondió Jesús y les dijo: No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado, y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los Profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Todo el que ha escuchado al que viene del Padre, y ha aprendido, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, sino que aquel que procede de Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo que el que cree tiene vida eterna”. El discurso, o mejor la conversación a varias bandas, se va centrando en lo central: quién es Jesús.

“Yo soy el pan de vida”. Dice Jesús con fuerza y solemnidad.

“Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que baja del Cielo, para que si alguien come de él no muera. Yo soy el pan vivo que he bajado del Cielo. Si alguno come de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn). Palabras sorprendentes, pues el alimento de vida es la misma vida. ¿Quiéren decir exactamente pan de vida y pan vivo?

“Discutían, pues, los judíos entre ellos diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” ¿Se trata de algo espiritual o de algo material, que parece imposible e inaceptable? Jesús aclara en el sentido real la afirmación, e insiste en que deben comerlo, masticarlo, beberlo: “En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquél que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del Cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente” (Jn).

Ahora las cosas están más claras. Se trata de una entrega de él mismo como alimento. Evidentemente no puede tratarse de una acción caníbal, pero sí de algo real. Ya les había demostrado su poder sobre el pan y sobre su cuerpo. Ahora les anuncia que también a través del pan se va a producir un milagro mayor que el del maná en el desierto. Se trata de una verdadera comunión con Dios a través de la humanidad de Jesús. El que tenga fe podrá, de un modo que expondrá más tarde, entrar en comunión de alma y de cuerpo con Dios. Y las hambres del alma estarán saciadas. La gran aspiración de la comunión con Dios llega más lejos que la del puro espíritu y alcanza el mismo cuerpo. Jesús se convierte en el pan que dará vida eterna y resurrección. “Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Cafarnaún” (Jn).

Reacción de los discípulos

“Entonces, oyéndole muchos de sus discípulos, dijeron: Dura es esta enseñanza, ¿quién puede escucharla?” Ya no se trata de los que se oponen al Señor, sino de discípulos. Surge entre ellos un fruto amargo de crítica y falta de fe. No pueden entender que un hacer milagroso y divino va a entrar, como gran novedad, en la historia de los hombres. ¿Si no entienden esto, como entenderán el misterio de la Encarnación, por la cual aquel hombre que tienen delante es Dios y hombre verdadero? Realmente es un problema de fe en la omnipotencia de Dios. No pueden entender un amor de Dios que se da hasta la locura para estar unido a los hombres, de un modo espiritual y de un modo físico, de modo que tengan su misma vida en ellos por siempre. “Jesús, conociendo en su interior que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza? Pues, ¿si vierais al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes?” (Jn). Que es lo mismo que decirles: ¿Qué pasaría si vierais al mismo Dios en eterna comunión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo? Ésta es la finalidad de la fe: aceptar que ese Jesús es Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Para creer deben aceptar el testimonio del Padre, que les habla desde dentro por la gracia, y desde fuera por los milagros, y una doctrina que es, a la vez, antigua y nueva. “El espíritu es el que da vida, la carne de nada sirve:

las palabras que os he hablado son espíritu y son vida”. De esto se trata: de vivir según el espíritu, de ser verdaderamente espirituales, y entonces se entienden las cosas del amor de Dios. Si se vive inmerso en las cosas de la tierra poco o nada se entiende.

Jesús mira alrededor. Estudia los rostros asombrados, y dice la triste verdad: “Sin embargo, hay algunos de vosotros que no creen. En efecto, Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que le iba a entregar”. Judas ya ha cedido a la tentación diabólica de la falta de fe. Ya no cree en lo más íntimo de su corazón. Y con él otros. “Y decía Jesús: por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí si no le fuera dado por el Padre. Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él” (Jn). Es un momento duro. Muchos le abandonan. Es una desbandada. Pero, ¿es que hubiera sido mejor ceder y no manifestar que Dios es Amor hasta el punto de entregarse en Cristo a los hombres como Pan eucarístico?

Los apóstoles callan. Es lo más triste que ha ocurrido hasta entonces: “Entonces Jesús dijo a los doce: ¿También vosotros queréis marcharos?” Jesús no les fuerza. Si quieren seguirle, deben creer hasta el final. No se trata sólo de unas cuantas reglas morales más o menos exigentes. Se trata de seguir un amor total, una vida nueva. Una fe entera y recia, confiada sólo en la persona del Maestro, del que saben –lo han experimentado ya– que es el único Camino, Verdad y Vida. “Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios”. Pedro confiesa su desconcierto pero, a la vez, reafirma su fe en que Jesús sabe y puede más. Él sólo sabe que unido a Cristo ha experimentado lo que nunca antes había vivido; sabe su veracidad, su palabra auténtica. Sabe que es el Mesías. Sabe que es el amor lo que siempre mueve al Señor. Sabe que él es un pobre hombre, lleno de todos los pecados de los hombres, y prefiere las palabras de “vida eterna” de Jesús. Aunque toma la representación de todos, no sin audacia, diciendo *nosotros*, cuando debía hablar de sí mismo. Y Jesús, que sabe lo que hay en el interior del hombre, de cada hombre

responde: “¿No os he elegido yo a los doce? Sin embargo, uno de vosotros es un diablo. Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote, pues éste, aun siendo uno de los doce, era el que le iba a entregar” (Jn).

El momento de la manifestación del amor llevado a comunión queda empañado por la declaración de que uno de ellos es un diablo. Las emociones han sido fuertes aquel día; en que la fe y el amor con el dolor se unen de un modo nuevo.

Resumen del segundo año

En la segunda parte del libro de Isaías hay cuatro cantos que suelen denominarse “los poemas del siervo de Yahvé” y se refieren a diversos momentos de la vida del Señor. El segundo de ellos tiene un paralelismo sorprendente con los hechos que hemos vivido este año. Dice así:

“¡Oídme, islas, atended, pueblos lejanos! Yahvé desde el seno materno me llamó, desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre. Hizo mi boca como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió, hizome como saeta aguda, en su carcaj me guardó”. En este canto se habla de la predicación y responde: “Por poco me he fatigado, en vano e inútilmente mi vigor he gastado. ¿De veras que Yahvé se ocupa de mi causa y mi Dios de mi trabajo?” Realmente la respuesta que ha tenido Jesús ha sido pequeña. Pero no se desanima, pues Yahvé dice: “Poco es que sea mi siervo, en orden a levantar las tribus de Jacob, y de hacer volver a los preservados de Israel. Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance a los confines de la tierra” (Is).

En este segundo año de vida pública, llama a los doce, envía a setenta y dos, los forma. Va a poblaciones lejanas e incluso extranjeras a Israel. Multiplica los signos y prodiga las explicaciones del Reino con parábolas. Resiste la oposición conjunta de fariseos, escribas y saduceos. Se proclama

señor de la vida, señor del sábado, esposo de Israel, igual al Padre. Muestra al Bautista y a sus discípulos los signos, profetizados, del Reino. Sufre con la muerte del Precursor. Hasta que proclama la realidad de que Él es el Pan de vida. Y queda en evidencia la calidad de la fe de cada uno. No basta la popularidad para ser creído. Es necesaria una conversión, y no todos están dispuestos a aceptar un amor tan grande por parte de Dios al encarnarse en Jesús y al entregarse en la Eucaristía. Los apóstoles tiemblan, y uno de ellos se aleja de su corazón.

La verdadera lucha está planteada. No es una cuestión de propaganda e intensidad en la predicación; ni tampoco crecerá con la abundancia de milagros. Se trata de una lucha contra el demonio y sus ángeles y contra el pecado que, de diversas maneras, tiene sus raíces en el corazón de todos y cada uno de los hombres. El tercer año va a ser muy distinto de los anteriores. Se va a concentrar en lo interior, y en la formación y consolidación de los discípulos, no sólo de los apóstoles. Comenzarán las profecías sobre su muerte y la Cruz. Jesús sabe lo que hay en el corazón del hombre, y persevera en su batalla por alcanzar a los hijos de los hombres la posibilidad de que se conviertan libremente en hijos de Dios.

Tercer año

El primado de Pedro

Tras los duros sucesos de Cafarnaún, Jesús aparta a los suyos a un lugar solitario. Va a las fuentes del Jordán, en Cesarea de Filipo. Allí, en el silencio y la intimidad, con la fe de la mayoría asentándose, les dirige una pregunta sobre los frutos de los dos años de predicación: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” Se hizo un silencio. Poco antes le habían abandonado muchos de sus seguidores, y, como es de suponer, le criticarían; a pesar de los numerosos milagros. Los fariseos y los saduceos le contradecían cada vez con más descaro. Es cierto que no faltan seguidores, pero no es un caminar triunfal el suyo, y, entre la gente sencilla, se dicen cosas ridículas. Finalmente se deciden a contestar lo que realmente han oído: “Ellos respondieron: Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas” (Mt). La respuesta es evasiva y deprimente. Es como si dijeran: la mayoría ni te conoce, ni te reconoce, a pesar de tu predicación, de tus milagros, y de lo que nosotros mismos hemos dicho de Ti. Después, todos callan.

Entonces Jesús lanza un interrogante, directo como un dardo: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, que es como decir: “Y vosotros ¿me habéis reconocido como Mesías y como Hijo unigénito del Padre?” A estas palabras sigue un silencio denso. Ellos percibían lo humano de una manera directa: comen con Jesús, hablan, le oyen, le ven dormir, en ocasiones aparece cansado, hambriento y con todas las manifestaciones de la humanidad. Pero ¿captarán lo divino en Jesús?

Entonces Pedro eleva su voz con decisión. “Respondiendo Simón Pedro dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Casi las mismas palabras a las pronunciadas ante el milagro de la tempestad calmada, y, además, añade la declaración de que Jesús es el Cristo, el Ungido de Dios,

y la expresión “Hijo de Dios vivo”. La fe de Pedro se ha ido afianzando, y la confiesa con precisión y claridad.

La reacción de Jesús va más allá del asentimiento o de la alabanza, pues dice: “Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan, porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt). Jesús muestra que la fe de Pedro no es producto ni de la carne –el razonamiento humano– ni de la sangre –la tradición israelita–, sino que es una gracia de Dios Padre a la cual no se ha resistido.

Después viene la declaración del primado de Pedro. Da la impresión de que el acto de fe de Pedro fuera una manifestación externa de ser el elegido por Dios Padre para ser la Roca sobre la cual se establecerá la Iglesia. Entonces Jesús le declara el designio eterno de Dios para con él y para la salvación del mundo: “Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra quedará atado en los Cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, quedará desatado en los Cielos” (Mt).

No se trata sólo de la misión de Pedro como roca, sino de la voluntad divina y de Cristo de constituir un Pueblo nuevo, una Iglesia, instrumento para la realización del Reino de Dios. Esta Iglesia contará para ejercer su ministerio de salvación con la presencia de Cristo en ella hasta el final de los tiempos. Pedro será la roca contra la que se estrellarán las asechanzas del Enemigo, y contará con unos poderes y facultades muy superiores a la capacidad de cualquier hombre y de cualquier sociedad: perdonar, regir, enseñar, también con infalibilidad si conviene, aglutinar en la unidad a la convocación –común vocación– de los elegidos.

¿Se da cuenta Simón Pedro de todo lo que significan estas palabras? Es muy posible que no, pero algo grande se entreabre ante sus ojos. Y queda anonadado y sorprendido. Jesús declara que fundará un nuevo Pueblo de Dios –una Iglesia es un pueblo convocado para dar culto a

Dios—, y, en esa Iglesia, Pedro será piedra fundamental para la construcción. A partir de ahora no se entiende a Pedro sin la Iglesia, ni a la Iglesia sin Pedro.

La palabra Iglesia utilizada por Jesús significa “reunión de los que tienen una vocación”. La Iglesia es la “convocación” de los llamados a ser santos. La palabra hebrea original parece ser *qahal*, que significa una “asamblea del pueblo” que se reúne para escuchar el anuncio de Dios y dar su asentimiento. Cuando el pueblo se dispersa se espiritualiza esta expresión. Iglesia es la expresión griega y la que prevaleció a lo largo de los siglos sobre otros modos. En el nuevo testamento *iglesia* expresa la asamblea cultural, la comunidad local, la única Iglesia de Cristo. Pedro será el fundamento visible de la unidad y la comunión de los santos. Sin él la Iglesia no está completa.

Simón no podía ser consciente del contenido de estas palabras de Jesús. Desconocía el desarrollo que tendrían a lo largo de los siglos. Pero sí podía darse cuenta de la desproporción entre su propia debilidad y limitación con la grandeza de las promesas de Cristo. Atribuir a un hombre ser roca, perdonar, atar y desatar en el cielo y en la tierra, vencer al maligno a lo largo de toda la historia, supera con creces sus fuerzas, y sólo una acción divina en él y sus sucesores lo puede explicar. La reacción no puede ser más que la de la humildad ante lo inaudito. El contraste de estas palabras de Jesús con lo sucedido a continuación es sorprendente.

El primer anuncio de la pasión

“Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y padecer mucho de parte de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día” (Mt). Jesús acaba de hacer una declaración profética que rompe los esquemas de los Doce de un triunfo fácil. La grandeza de los milagros, la brillantez de la doctrina, la santidad de vida no han sido suficientes para

derribar el muro del pecado en los corazones de muchos. Y la consecuencia es una cierta resistencia a creer en Jesús; es más, en el inicio del último año de vida pública se intuye que la lucha va a ser total y sin cuartel. El anuncio de las persecuciones debió desconcertar a todos. Quizá pasó más desapercibido el anuncio de la muerte y de la resurrección ante tal revelación. A partir de ahora no proyectan extender el apostolado a nuevas gentes –aunque lo sigan haciendo–. Se trata de una lucha con el pecado mismo, y la victoria sólo se producirá con una muerte que sea un sacrificio. El amor debe triunfar sobre el pecado en el modo extremo. Las declaraciones se van a suceder a partir de entonces. Si las palabras del discurso del Pan de vida eran duras para muchos oídos, éstas lo han sido mucho más. Así se entiende la reacción de Pedro.

“Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprenderle diciendo: Lejos de ti, Señor, de ningún modo te ocurrirá eso (Mt). La Piedra firme pasa a ser piedra de escándalo por su poca fe, y Jesús lo corrige con fortaleza y energía con palabras similares a aquellas con las que apartó la tentación satánica en el desierto. ¿Qué ha sucedido? ¿Ha sido revocada la elección de Pedro como roca sobre la que se va a construir la Iglesia? No, indudablemente: Pedro será Roca; pero Pedro será también Piedra de escándalo. Su debilidad personal es tan evidente, que cabe dudar de su capacidad para realizar la misión. Será capaz por la gracia de Dios, no por sus cualidades personales, sino por un especial don de Dios.

Jesús reacciona con fortaleza: “pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Apártate de mí, Satanás! Eres escándalo para mí, pues no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres” (Mt). Estas palabras fueron dirigidas a Pedro poco después de ser elegido como la Roca sobre la cual se va a levantar la Iglesia, y poco después de concedérsele el poder de las llaves para atar en el cielo y en la tierra. La roca, como el granito, necesitaba el cincel y no la suave mano que modela la arcilla.

La respuesta del Señor evoca aquella otra, la tercera tentación diabólica en el desierto, cuando al ofrecerle Satanás el dominio del mundo responde Jesús: “Apártate, Satanás”. Parece casi increíble el paralelismo

entre la energía con que Jesús rechaza a Satanás y aquella con la que corrige a Pedro. El diablo proponía a Jesús un Reino humano en lugar del Reino espiritual; Pedro, sin darse cuenta, propone a Jesús algo similar: que no sufra. De esa manera el sacrificio querido por la Trinidad desaparecería. Las consecuencias en ambos casos son iguales: apartar a Cristo de su misión y del cumplimiento de la voluntad del Padre. Jesús rechaza con energía ambas tentaciones.

No se retracta el Señor de la elección de Pedro como roca sobre la cual se edificará la Iglesia, pero debe ser corregido para no traicionar la alta misión. Su ignorancia disculpa su falta de fe, pero no se puede pasar por alto el error. Y Jesús no lo consiente. Talla la Piedra para que tenga un fundamento sólido. No valen ni falsas compasiones, ni debilidad: comienza la formación de la Roca.

La Transfiguración

A los pocos días ocurrió la Transfiguración. Desde que Jesús comenzó su vida pública sus triunfos y gloria han ido en aumento. Tras el discurso del Pan de vida se ha producido un giro notable; los milagros serán menos frecuentes, su predicación menos popular, y las cosas que se dicen tendrán un mayor contenido. Jesús hablará varias veces de su muerte y vivirá, de ordinario, retirado con los suyos. La transfiguración se realiza sólo ante los más íntimos: Juan, Pedro y Santiago, pero tiene un gran valor de revelación en muchos aspectos.

“Sucedió unos ocho días después de estas palabras, que tomó consigo a Pedro, a Juan y a Santiago, y subió a un monte para orar. Mientras él oraba, cambió el aspecto de sus rostro y su vestido se volvió blanco, resplandeciente. Y he aquí que dos hombres estaban conversando con él: eran Moisés y Elías que, aparecidos en forma gloriosa, hablaban de la salida de Jesús que había de cumplirse en Jerusalén. Pedro y los que estaban con él se encontraban rendidos por el sueño. Y al despertar, vieron

su gloria y a los dos hombres que con él estaban. Cuando éstos se apartaron de él, dijo Pedro a Jesús: Maestro, qué bien estamos aquí, hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías; no sabiendo lo que decía. Mientras decía esto, se formó una nube y los cubrió con su sombra. Al entrar ellos en la nube, se atemorizaron. Y salió una voz desde la nube, que decía: este es mi Hijo, el elegido, escuchadle. Cuando sonó la voz, se quedó Jesús solo. Ellos guardaron silencio, y a nadie dijeron por entonces nada de lo que habían visto” (Lc). El monte estaba lejos de Cesarea de Filipo, y van caminando a ese lugar de gran belleza con las vistas a la llanura de Esdrelón.

La oración de Jesús era siempre intensa y, muchas veces, en silencio. Esta oración llevaba a Jesús a una unión con el Padre especial. Era hablar y escuchar. Darse y recibir. Amar y ser amado, unión total en todos los niveles del ser de Cristo. Jesús adora con toda su humanidad. Pero pocas veces se manifiesta esa unión al exterior. Ahora, cuando las batallas más duras están a punto de empezar, conviene que lo interno se manifieste exteriormente. Y la gloria de la divinidad se manifiesta en su rostro: “brillante como el sol”, y en los mismos vestidos, “resplandecientes de luz”. No parece que se trate de una visión espiritual, sino de una realidad palpable en el cuerpo de Jesús. Los apóstoles ven a Cristo glorioso como nunca le habían visto. Es un preludeo del Reino que ha venido a traer, de la resurrección que ya ha anunciado, de la gloria del cielo para los que crean en él y sean fieles. La reacción es de estupor: se despiertan sorprendidos de lo que están viendo. Un gozo inexplicable, como un reflejo del de Jesús, les invade. “Qué bien se está aquí” es el comentario, como intentando detener el tiempo en situación tan feliz.

Pero hay más; junto a Jesús aparecen Moisés y Elías. Ambos habían tenido una especial revelación de Dios en el monte Sinaí. Moisés recibe la revelación de Dios, de su nombre y de su Ley y con ella el mandato de liberar y formar un pueblo según la alianza de los padres; y lo hizo. Elías, mucho más tarde, recibe la misión de recuperar la fidelidad del pueblo a esa Alianza. Moisés, al final de su vida, pide a Dios ver su rostro, y ahora le es manifiesto su rostro humano, en Jesucristo. Elías busca a Dios, y le encuentra en una suave brisa; ahora está ante Él de un modo humano,

humilde y real. Sorprende el tema de su conversación: la muerte de Jesús en Jerusalén. La antigua Alianza alcanzará su plenitud en la Pasión de Jesús. Las profecías del Mesías como Siervo doliente son certeras. El amor llegará al límite de no detenerse ante nada. Todo lo anterior era figura de lo que había de suceder. Sin embargo, no deja de ser sorprendente la mezcla de cruz y muerte con la gloria de Jesús en esta Transfiguración. Una lógica nueva se está desarrollando. Entenderla requerirá una fe espiritual, una fe que permita conocer al mismo Dios que manifiesta su gloria en la humildad. Y la máxima humildad es ser humillado, poder defenderse y, aún más, vencer, pero aceptar la derrota para triunfar de un modo superior a un enemigo como el pecado, que tiene su raíz en el orgullo y la rebeldía.

La voz del Padre resuena en la Transfiguración, como se oyó en el Jordán: “Este es mi Hijo el predilecto, escuchadle”. El Amado que va a demostrar que el hombre puede también amar al máximo, y les pide fe. Una fe que deberá actualizarse también cuando no entiendan su conducta y que deberá agudizarse cuando le vean derrotado.

Y pasó la Transfiguración. Breve, como todo lo dichoso, menos en el cielo que será para siempre. La referencia de Pedro a las tres tiendas quizá tiene que ver con la próxima fiesta de los Tabernáculos, o, sencillamente, con querer prolongar la dicha que experimenta. Pero deben atender a lo que se les revela pues Cristo es el nuevo legislador. Al oír la voz “los discípulos cayeron sobre su rostro presos de un gran temor. Se acercó Jesús a ellos y tocándoles, dijo: Levantaos, no tengáis miedo. Y cuando se levantaron no vieron a nadie, sino a Jesús solo” (Mt).

“Mientras bajaban del monte les ordenó que a nadie contasen lo que habían visto, hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos. Ellos retuvieron estas palabras, discutiendo entre sí qué era lo de resucitar de entre los muertos. Y le hacían esta pregunta: ¿Por qué dicen los fariseos y los escribas que Elías ha de venir primero? El les respondió: Elías vendrá antes y restablecerá todas las cosas; pero, ¿cómo está escrito del Hijo del Hombre que padecerá mucho y será despreciado? Sin embargo, yo os digo

que Elías ya ha venido e hicieron con él lo que quisieron, según está escrito de él” (Mc).

Explica el Señor más a fondo su muerte y su resurrección. El Mesías ha de padecer mucho y ser despreciado; pero vencerá incluso a la muerte, cosa que ningún hombre puede hacer. Ésta es la lucha. Es como una decisión irrevocable del Padre y del Hijo. Ya se ha cumplido el tiempo de la misericordia, ahora será el tiempo de la justicia, pero de un modo sorprendente: el Justo llevará sobre sí los pecados de todos, pagando por ellos. Y ante la pregunta sobre Elías les dice que el Bautista era el Elías que había de venir, el profeta de fuego que anuncia la nueva Alianza.

El Reino de Dios se ha hecho transparente por unos momentos, el monte Tabor es como un nuevo Sinaí; pero conviene bajar al valle donde están todos ajenos a lo sucedido en las alturas. Pedro, Juan y Santiago callan y reflexionan por el nuevo curso de los acontecimientos.

El demonio mudo y la fe

Al bajar del monte, conmovidos por lo sucedido, transparente todavía el rostro de Jesús, encuentran un gran alboroto. Los nueve apóstoles restantes discutían con los escribas del lugar; una gran muchedumbre escucha sin saber qué decir. En el centro, un muchacho en el suelo junto a él su padre, que se queja dolorido.

“Al llegar junto a los discípulos vieron una gran muchedumbre que les rodeaba, y unos escribas que discutían con ellos. En seguida, al verle, todo el pueblo se quedó sorprendido, y acudían corriendo a saludarle. Y él les

preguntó: ¿Qué discutíais entre vosotros? A lo que respondió uno de la muchedumbre: Maestro, te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo; y en cualquier sitio que se apodera de él, lo tira al suelo, le hace echar espuma y rechinar los dientes y lo deja rígido. Pedí a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido. El les contestó: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo tendré que sufriros? ¡Traédmelo! Y se lo trajeron. En cuanto el espíritu vio a Jesús, agitó violentamente al niño, que cayendo a tierra se revolcaba echando espuma. Entonces preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Le contestó: Desde muy niño; y muchas veces lo ha arrojado al fuego y al agua, para acabar con él; pero si algo puedes, ayúdanos, compadecido de nosotros. Y Jesús le dijo: ¡Si puedes...! ¡Todo es posible para el que cree! En seguida el padre del niño exclamó: Creo, Señor; ayuda mi incredulidad. Al ver Jesús que aumentaba la muchedumbre, increpó al espíritu inmundo diciéndole: ¡Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando, sal de él y ya no vuelvas a entrar en él! Y gritando y agitándole violentamente salió; y quedó como muerto, de manera que muchos decían: Ha muerto. Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y se mantuvo en pie” (Mc).

¡En cuantas ocasiones Jesús ha expulsado demonios! Incluso los mismos apóstoles lo habían hecho por mandato imperativo del mismo Cristo; pero ahora los discípulos no pueden. El clamor del padre que teme no tener suficiente fe contrasta con la gran enseñanza de Jesús de que “todo es posible para el que cree”. Se trata de creer totalmente y pedir con toda el alma; sólo así consigue el don del Altísimo ante un demonio que se muestra lleno de fuerza. Es más que la fe de Abraham, es una fe que nada hace conmover, y consigue lo imposible.

Los discípulos están tan desconcertados que “cuando entró en casa le preguntaron a solas: ¿Por qué nosotros no hemos podido expulsarlo? Y les respondió: Esta raza no puede ser expulsada por ningún medio, sino con la oración.” (Mc). No conviene minusvalorar al enemigo, sólo la oración acompañada de ayuno puede vencerle. La permisión de la actividad del Maligno es uno de los grandes misterios de la Creación, pero es un hecho. El mismo Jesús va a ser zarandeado, por su odio impotente.

Conviene que la superficialidad no se apodere de los discípulos: el enemigo es fuerte y sólo puede ser vencido por el alma orante que se une a Dios con fe.

Segundo anuncio de la Pasión

Al bajar del Tabor Jesús había hablado pidiendo discreción a Pedro, Juan y Santiago. Y, como convenía que todos estuviesen preparados para los hechos que iban a venir, “una vez que salieron de allí cruzaban Galilea, y no quería que nadie lo supiese; pues iba instruyendo a sus discípulos y les decía: El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán, y después de muerto resucitará a los tres días. Pero ellos no entendían sus palabras y temían preguntarle” (Mc).

La prueba era grande. Jesús les pedía que creyesen que se iba a instaurar el Reino de Dios, a través del fracaso aparente. La fuerza de los enemigos sería tan grande que le matarían, y Él no se defendería, ni haría prodigios, ni batallaría al modo humano. No tenían que aliarse con los poderosos, ni movilizar las masas. La muerte se iba a convertir en una victoria porque tras ella vendría la resurrección, una nueva vida, una nueva humanidad. Esta es la fe que debían tener, y no la tienen. Y, pese a que ni siquiera entienden, no se atreven a preguntar. No entendían. Se entristecen. Les era difícil comprender. En los sucesos de la Pasión parecerá que estos avisos se han olvidado, como si no encontrasen eco en su memoria. Su fe era poco sobrenatural, era muy humana; y lo que iba a suceder les supera. Pero el mensaje profético cada vez se hace más claro y explícito.

El pago de un impuesto

Al volver a Cafarnaún se plantea el pago de un impuesto especial para el mantenimiento del culto del templo: la didracma. Jesús aprovecha para

aclarar que Él es el Hijo y superior por tanto al Templo; pero que se somete a todos los requisitos legales que los hombres legítimamente han establecido, para no escandalizar.

“Llegados a Cafarnaún, se acercaron a Pedro los recaudadores del tributo y le dijeron: ¿No va a pagar vuestro Maestro la didracma? Respondió: Sí. Al entrar en la casa se anticipó Jesús y le dijo: ¿Qué te parece, Simón? ¿De quiénes reciben tributo o censo los reyes de la tierra, de sus hijos o de los extraños? Al responderle que de los extraños, le dijo Jesús: Luego los hijos están exentos; pero para no escandalizarlos, ve al mar, echa el anzuelo y el primer pez que pique sujétalo, ábrele la boca y encontrarás un estáter; tómalo y dalo por mí y por ti” (Mt).

El Reino de Dios es para los que se hacen como niños

“Estando ya en casa, les preguntó: ¿De qué discutíais por el camino? Pero ellos callaban, porque en el camino habían discutido entre sí sobre quién sería el mayor. Entonces se sentó y, llamando a los doce, les dijo: Si alguno quiere ser el primero, hágase el último de todos y servidor de todos. Y tomando un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: El que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe; y quien me recibe, no me recibe a mí, sino al que me envió” (Mc).

Hacerse como niños es ver la propia verdad delante de Dios, no medirse por las opiniones de otros, ni por la propia vanagloria. Cristo será su servidor y deben servirse unos a otros. Los criterios de valoración deben cambiar en el nuevo Reino de Dios, pues quien manda es el que más sirve. Esto no es posible sin una verdadera humildad. Y, al querer vivir así, el hombre descubre cual es la dificultad –y la grandeza– de ser humano.

El exorcista

La envidia ante los que hacen el bien también puede acosar al discípulo con exclusivismos y faltas de rectitud de intención. “Juan le dijo: Maestro, hemos visto a uno expulsando demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros. Jesús contestó: No se lo prohibáis, pues no hay nadie que haga un milagro en mi nombre y pueda a continuación hablar mal de mí: el que no está contra nosotros, está con nosotros. Y cualquiera que os dé de beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo que no perderá su recompensa” (Mc).

Esta grandeza de ánimo no es posible si se descuida la verdadera humildad. No ver competidores, sino amigos en aquellos que siguen a Cristo pero que no son de mi grupo. Alegrarse de los éxitos de los demás, al saber que el único enemigo es el diablo y el pecado. No parece fácil asimilar que el que no está contra Cristo, está a su favor, aunque parezca lejano y aún distante de los escogidos públicamente.

El escándalo

El ejemplo de los niños y la crítica de los apóstoles al exorcista dan pie a la enseñanza sobre el escándalo. No del escándalo llamado farisaico, que ve maldad donde no hay más que bien, sino del verdadero escándalo que con trampas, engaños o desvergüenza induce al mal a los que aún son inmaduros. El lamento de que “es imposible que no vengan escándalos” (Lc) no es obstáculo para la fuerte diatriba que el Maestro hace contra ellos:

“Y al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le pongan al cuello una piedra de molino, de las que mueve un asno, y sea arrojado al mar.

“Y si tu mano te escandaliza, córtala: más te vale entrar manco en la Vida que con las dos manos ir al infierno, al fuego inextinguible.

“Y si tu pie te escandaliza, córtatelo: más te vale entrar cojo en la Vida que con los dos pies ser arrojado a la gehena del fuego inextinguible.

“Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo: más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios que con los dos ojos ser arrojado al fuego del infierno, donde su gusano no muere y el fuego no se apaga. Porque todos serán salados con fuego. Buena es la sal; pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened en vosotros sal y tened paz unos con otros” (Mc).

La amenaza del fuego del infierno para el escandaloso es una advertencia para quien usa su libertad para el mal y lleva a otros a la misma trampa. En cambio, la advertencia final sobre la sal insípida parece señalar a los que tienen conocimiento oficial de la Ley, pero que en realidad alejan a los fieles del querer de Dios con interpretaciones humanas ajenas al amor divino y a la justicia.

Los ángeles de los pequeños

Los niños vuelven a surgir en las enseñanzas de Jesús: “Guardaos de despreciar a uno de estos pequeños, pues os digo que sus ángeles en los Cielos están viendo siempre el rostro de mi Padre que está en los Cielos” (Mt). Los ángeles de los pequeños que miran con alegría al Padre son una realidad que llena de gozo y contrasta con la de los escandalosos. Como si los que tienen una visión de presencia de Dios se gozasen de la bondad y de la humildad de aquellos que protegen en la tierra por especial misión de Dios.

La corrección fraterna y el perdón

La humildad y la sencillez se manifiestan en la caridad, que no es solamente una actitud suave y llena de ternura, sino que es fuerte, lo suficiente como para corregir al que está en algún pecado. La futura Iglesia deberá tener la corrección fraterna (privada o pública) como algo básico en su caminar. Querer a los hermanos también cuando se equivocan. “Si tu hermano peca contra ti, ve y corrígele a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no escucha, toma entonces consigo a uno o dos, para que cualquier asunto quede firme por la palabra de dos o tres testigos. Pero si no quiere escucharlos, díselo a la Iglesia. Si tampoco quiere escuchar a la Iglesia, tenlo por pagano y publicano” (Mt).

La fuerza de la oración

La oración es omnipotente, especialmente cuando se hace en unión con los hermanos. Cristo mismo estará presente en los que rezan, dando, en cierta manera, un valor infinito a sus preces. “Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el Cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el Cielo. Os aseguro también, que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que quisieran pedir, mi Padre que está en los Cielos se lo concederá. Pues donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt).

Dios quiere darnos multitud de bienes, pero quiere hacerlo respetando el modo en que nosotros queramos. Quiere atarse al modo con que nosotros atamos. Quiere salvarnos, pero no sin nosotros. La libertad del hombre es tan importante para Dios que nunca la suprime y escucha con solicitud todo lo que le pide libremente.

El perdón

Amar a quién nos ama es algo común con los paganos. Todos los hombres lo hacen, más o menos. Pero el seguidor de Cristo debe vivir un amor superior. Debe amar también cuando le ofenden y le persiguen. Debe perdonar. A Pedro le inquieta esta perspectiva, y pregunta por los límites de ese perdón: “Entonces, acercándose Pedro, le preguntó: Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano, cuando peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le respondió: No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt). Es decir, siempre. Será necesario un cambio interior grande para realizar este perdón. Primero para entenderlo. Luego, para aplicarlo en circunstancias donde es natural que surja el odio y la venganza. Después, hay que pedir fuerza para vivirlo por encima de sentimientos contrarios.

Y Jesús pone el ejemplo del siervo cruel como explicación de lo que ya había dicho en el Padrenuestro. “Por eso el Reino de los Cielos viene a ser semejante a un rey que quiso arreglar cuentas con sus siervos. Puesto a hacer cuentas, le presentaron uno que le debía diez mil talentos. Como no podía pagar, el señor mandó que fuese vendido él con su mujer y sus hijos y todo lo que tenía, y así pagase. Entonces el servidor, echándose a sus pies, le suplicaba: Ten paciencia conmigo y te pagaré todo. El señor, compadecido de aquel siervo, lo mandó soltar y le perdonó la deuda. Al salir aquel siervo, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándole, lo ahogaba y le decía: Págame lo que me debes. Su compañero, echándose a sus pies, le suplicaba: Ten paciencia conmigo y te pagaré. Pero no quiso, sino que fue y lo hizo meter en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Al ver sus compañeros lo ocurrido, se disgustaron mucho y fueron a contar a su señor lo que había pasado. Entonces su señor lo mandó llamar y le dijo: Siervo malvado, yo te he perdonado toda la deuda porque me lo has suplicado. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo la he tenido de ti? Y su señor, irritado, lo entregó a los verdugos, hasta que pagase toda la deuda. Del mismo modo hará con vosotros mi Padre Celestial, si cada uno no perdona de corazón a su hermano” (Mt).

Perdonar de corazón es uno de los grandes retos de los hombres. Perdonar como somos perdonados. Sólo el que se da cuenta de lo que es el pecado como ofensa a Dios, un auténtico misterio de iniquidad, puede percibir la grandeza de un Dios que perdona y aprender ese difícil y divino modo de amar.

La fe

Todavía en Galilea completa Jesús la formación de los discípulos para el nuevo Reino de Dios. Les enseña los matices de la caridad: servir, ser sencillos, perdonar, no juzgar, alegrarse con los éxitos de los demás; un mosaico difícil y hermoso a los ojos de los suyos. La fe debía crecer. Por eso le dicen: “Aumentanos la fe. Respondió el Señor: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este moral: arráncate y plántate en el mar, y os obedecería” (Lc). Antes utilizó el ejemplo de un monte, ahora escoge un árbol para mostrarles el poder de la fe. Ejemplos ambos muy gráficos. Es necesario tener fe, y adquiriremos capacidades sorprendentes y extraordinarias. Y todo eso, sin vanagloriarse, sino actuando como el siervo que ha cumplido su deber. “Si uno de vosotros tiene un siervo en la labranza o con el ganado y regresa del campo, ¿acaso le dice: entra en seguida y siéntate a la mesa? No le dirá, al contrario: prepárame la cena y disponte a servirme mientras como y bebo, que después comerás y beberás tú? ¿Es que tiene que agradecerle al siervo el que haya hecho lo que se le había mandado? Pues igual vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: somos unos siervos inútiles; no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer” (Lc).

Con estas palabras los Evangelistas cierran la estancia de Jesús en Galilea. Ha sido un tiempo de siembra y de consolidación. Han pasado muchas cosas allí. Pero falta lo esencial en la misión salvadora de Jesús, y eso lo va al realizar en Jerusalén, la ciudad santa, la ciudad del Templo de Dios.

Camino de Jerusalén

Jesús sube a Jerusalén. Deja, definitivamente, Galilea como residencia fija. Aunque, en su intenso ir y venir, viajará al otro lado del Jordán y volverá a Galilea en cortos trayectos, propios de quien no tiene una residencia fija “donde reposar la cabeza”. Hacía un año aproximadamente que Jesús no estaba en Jerusalén, porque los judíos le buscaban para matarle. En la última fiesta de Pascua se manifestó, veladamente, igual al Padre, y sus enemigos lo interpretaron como blasfemia. Sus milagros y la belleza de su doctrina, que a tantos atraía, seguían despertando la envidia de escribas y fariseos; la energía con que descubría algunas costumbres farisaicas seguía molestando a algunos representantes oficiales de la Ley.

Escribas y fariseos de Jerusalén marchan a Galilea para prevenir a sus correligionarios, y la oposición de Galilea crece en intensidad. De todos modos en Galilea no querían matarle y seguía manteniendo seguidores en distintos lugares. Su fama era grande entre el pueblo, aunque muchos estuviesen confusos en cuanto a su identidad. Por eso la marcha a Jerusalén tiene tan gran importancia: se pone en manos del enemigo; o se prepara para una batalla definitiva que no quiere rehuir. El peligro es grande y sus discípulos se percatan de ello. Pero la decisión de Jesús es firme.

Quedan apenas unos seis meses para que se consume la obra de la Redención: sólo Cristo lo sabe. Los demás siguen sin entender lo que en los últimos tiempos ha repetido con frecuencia: “Es necesario que el Hijo del hombre muera...” ¿Intuyen, quizá que este tiempo se acerca? Quizá advierten que subir a Jerusalén puede resultar un riesgo excesivo: es allí donde el enemigo es más fuerte, más poderoso, más organizado.

Pero Cristo quiere completar la revelación de quién es Él, precisamente allí, en Jerusalén, y lo hará con motivo de tres fiestas

religiosas que los judíos celebran solemnemente: los Tabernáculos en octubre; la Dedicación en diciembre; y la Pascua en abril. Estos esos seis meses que faltan para llegar a su Pasión serán la última oportunidad de profundizar en la fe de sus discípulos y de conseguir la conversión de aquellos que le odian. Pero sólo Jesús lo sabe.

Su mesianismo no se revela solamente en la predicación de una moral más profunda entregada por Dios a un hombre religioso excepcional en cuanto a la santidad y en cuanto a la inteligencia. Eso es mucho, pero es poco. Se trata de revelar la intimidad de Dios mismo. El Dios único, el Yahvé revelado a Moisés, el Creador omnipotente tiene una rica intimidad. El Padre es tan perfectamente Padre que engendra un Hijo, tan Hijo, que es de la misma naturaleza del Padre. La paternidad es tan perfecta, que da toda la vida al Hijo; y la filiación es tan total que el Hijo es igual al Padre. La unión de ambos es tan plena que son un sólo Dios, y esa unión se realiza en el tercero en el amor, que es el Espíritu de amor, el Espíritu Santo, el éxtasis de amor del Padre al contemplar al Hijo amado, y también éxtasis de amor del Hijo ante el Padre amante que eternamente engendra al Hijo con un amor fontal y pleno.

Y este Hijo se ha hecho hombre en Jesús para salvar a los hombres. Los israelitas estaban acostumbrados a venerar a Dios como ser espiritual y único, aborrecían los politeísmos que les rodeaban. El paso a aceptar que ese Dios único tiene una riqueza tripersonal les resultaba difícil. Pero no a todos, pues muchos creyeron, sin dejar de creer que existe un solo Dios. La fe podía aceptar la Trinidad si se tenía el alma limpia y se aceptaba la luz del Padre, que habla dentro de las conciencias, y la voz del Hijo, que habla con sabiduría y poder incontestables. Sorprendentemente el rechazo de esta revelación de la intimidad de Dios podía disfrazarse de defensa de la verdad del Dios único, y acusar de blasfemo al Hijo igual al Padre; pero, en realidad, la causa última de ese rechazo es el desconocimiento de Dios mismo, al que se dice servir, y el pecado oculto bajo las apariencias. Los hechos desvelarán los pensamientos de los que no tienen fe en Jesús.

Por otra parte, estaba revelado que el Mesías, además de rey y salvador, sería un siervo doliente que llevaría sobre sí los pecados de los hombres. ¿Cómo compaginar estas tres realidades? La dureza de las luchas que vamos a observar estos seis meses mostrarán la fuerza del pecado, así como un amor más fuerte que el pecado, y más fuerte que la muerte. Los hechos que contemplaremos mostrarán el cumplimiento de las profecías hasta la última coma. Cristo va a ser rey que salva y sacerdote que ofrece el sacrificio perfecto, siendo al mismo tiempo la víctima doliente, el siervo que lleva sobre sí los pecados de Israel y de toda la humanidad.

La subida a Jerusalén da comienzo con una intervención desafortunada de algunos parientes del Señor que no creían en él. Quizá esperaban un triunfo de masas para ellos y para una causa que consideraban propia por motivos familiares, no por fe. “Estaba próxima la fiesta judía de los Tabernáculos. Entonces le dijeron sus hermanos: Márchate de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces, porque nadie hace algo a escondidas si quiere ser conocido. Puesto que haces estas cosas, muéstrate al mundo. Ni siquiera sus hermanos creían en él. Entonces, Jesús les dijo: ‘Mi tiempo aún no ha llegado, pero vuestro tiempo siempre está a punto. El mundo no puede odiaros, pero a mí me odia porque doy testimonio acerca de él, de que sus obras son malas. Vosotros subid a la fiesta; yo no subo a esta fiesta porque mi tiempo aún no se ha cumplido. Dicho esto, él se quedó en Galilea’.

“Una vez que sus hermanos subieron a la fiesta, él también subió, no públicamente sino como a escondidas. Los judíos le buscaban durante la fiesta y decían: ¿Dónde está ése? Y había entre la gente muchos comentarios acerca de él. Unos decían: Es bueno. Otros, en cambio: No. Seduce a la gente. Sin embargo, nadie hablaba abiertamente de él por miedo a los judíos” (Jn). Jesús ha llegado a Jerusalén como de hurtadillas para evitar que los motivos aducidos por los parientes desnaturalicen la verdadera motivación.

De camino a Jerusalén se dio la curación de diez leprosos: “Y sucedió que, yendo de camino a Jerusalén, atravesaba los confines de Samaría y Galilea; y, cuando iba a entrar en un pueblo, le salieron al paso diez

leprosos, que se detuvieron a distancia y le dijeron gritando: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. Al verlos, les dijo: Id y presentaos a los sacerdotes. Y sucedió que mientras iban, quedaron limpios. Uno de ellos, al verse curado, se volvió glorificando a Dios a gritos, y se fue a postrarse a sus pies dándole gracias. Y éste era samaritano. Ante lo cual dijo Jesús: ¿No son diez los que han quedado limpios? Los otros nueve ¿dónde están? ¿No ha habido quién volviera a dar gloria a Dios sino sólo este extranjero? Y le dijo: Levántate y vete; tu fe te ha salvado” (Lc).

Una vez más contrasta la reacción de los hombres ante una misma acción. Todos son curados, y sólo uno agradece a Jesús el milagro y da gloria a Dios. El hecho de que no fuese del pueblo elegido, sino samaritano, resalta más la importancia del buen corazón para creer, más allá de las consideraciones de pertenencia a una comunidad.

El camino hacia Jerusalén pasaba por Samaria. En un pueblo ocurrió un hecho que refleja el ambiente que rodea al Señor. “Y cuando estaba para cumplirse el tiempo de su partida, Jesús decidió firmemente marchar hacia Jerusalén. Y envió por delante unos mensajeros, que entraron en una aldea de samaritanos para prepararle hospedaje; y no le acogieron, porque daba la impresión de ir a Jerusalén. Al ver esto, sus discípulos Santiago y Juan dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? Y volviéndose, les reprendió. Y se fueron a otra aldea” (Lc). Es un modo práctico de mostrar el perdón y la paciencia ante la sinrazón y la malevolencia. Jesús corrige con fuerza a los violentos discípulos con una fuerte reprensión.

Tres vocaciones

Continuando el camino acuden a Jesús tres hombres con el ánimo de seguirle. Se ha corrido la voz del Maestro, le buscan y, cuando le encuentran, le manifiestan sus deseos de entrega. El primero es un escriba lleno de generosidad. “Mientras iban de camino, uno le dijo: Te seguiré

adonde quiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza” (Lc). Ésta era la situación real de Jesús. Rechazado en Galilea y en Judea es un maestro itinerante sin lugar de reposo fijo ni lugar para enseñar. El que le quiera seguir debe estar dispuesto a esta vida dura, lejana a las ilusiones de un maestro, y menos aún de un rey.

“A otro le dijo: Sígueme. Pero éste contestó: Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre”. Ahora es Jesús el que llama, como lo ha hecho en tantas ocasiones. La respuesta es afirmativa pero con reticencias. “Y Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios” (Lc). Coloca la vocación por encima de toda otra obligación. Nada debe ponerse por delante del amor de Dios.

“Otro dijo: Te seguiré, Señor, pero primero permíteme despedirme de los de mi casa. Jesús le dijo: Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios” (Lc). El cariño filial es importante, pero el amor a Dios lo es más. A lo largo de los tiempos ¡cuántos discípulos que siguen a Cristo en las diferentes vocaciones de su Iglesia recordarán que también ellos pusieron la mano en el arado y que mirar hacia atrás significa perder todo derecho a la herencia eterna!

En los tres casos, Jesús plantea la radicalidad de un amor total y sin concesiones ni a la vida fácil, ni a posibles engaños revestidos de caridad. Esta va a ser la actitud de Jesús siempre, pero más en aquellos meses.

La misión de los setenta y dos

Al entrar en Judea llama a los suyos y envía a setenta y dos, como antes envió a los doce, para anunciar el Reino en aquellas tierras. “Después de esto designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar a donde él había de ir”. El número de

setenta y dos es simbólico. Es clara la relación de los doce apóstoles con las doce tribus de Israel. De Noé, en cambio, habían surgido setenta y dos pueblos. Los pueblos de toda la tierra. Era ésta una forma de dejar claro que la misión de extender el Reino de Dios entre los hombres no se reduce a los apóstoles, ni sólo a sus sucesores, sino a todos los creyentes.

Su predicación fue sólo de algunas semanas; recibieron una formación específica para la misión: “Y les decía: La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al señor de la mies que envíe obreros a su mies”. Las ansias de caridad llegan a todos los hombres de todos los tiempos y arde en deseos de que sean muchos los que lleven el amor de Dios a los corazones humanos en una cosecha de almas santas. Es como una llamada extraordinaria a la conversión que cada vez se hace más urgente y no puede retrasarse.

La prudencia que deben tener ha de ser grande y nada ingenua. “Id: he aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos”. La pobreza será un gran testimonio y deben poner su confianza en Dios: “No llevéis bolsa ni alforja ni sandalias, y no saludéis a nadie por el camino”. Han de caminar como sembradores de paz y de alegría: “en la casa en que entréis decid primero: paz a esta casa. Y si allí hubiera algún hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz; de lo contrario, retornará a vosotros. Permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tengan, pues el que trabaja es merecedor de su salario. No vayáis de casa en casa. Y en aquella ciudad donde entréis y os reciban, comed lo que os pongan”. Los poderes de Cristo pasarán a ellos: “Curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: el Reino de Dios está cerca de vosotros. Pero en la ciudad donde entréis y no os reciban, saliendo a sus plazas, decid: hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies lo sacudimos contra vosotros; pero sabed esto: el Reino de Dios está cerca. Os digo que Sodoma en aquel día será tratada con menos rigor que aquella ciudad” (Lc).

Estas últimas palabras traen a Jesús el recuerdo de los pocos frutos de su predicación en Cafarnaún, Betsaida y Corozáin, donde tanto se prodigó. La libertad humana es así, pero también la responsabilidad será grande.

“¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran realizado los milagros que han sido hechos en vosotras, hace tiempo que habrían hecho penitencia sentados en saco y ceniza. Sin embargo, Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras en el juicio. Y tú, Cafarnaún, ¿acaso serás exaltada hasta el cielo? Hasta el infierno serás abatida”.

Y como conclusión de la misión apostólica les dice: “Quién a vosotros oye, a mí me oye; quién a vosotros desprecia, a mí me desprecia; y quien a mí me desprecia, desprecia al que me ha enviado” (Lc). La unión del Padre con el Hijo, y del Hijo con el apóstol es tan grande, que ver, recibir, o despreciar a uno es hacerlo con el otro.

Tampoco esta misión fue larga, y Jesús, recogido en oración, pedía al Padre por ellos. Cuando vuelven, llenos de gozo por los frutos de su apostolado, se conmueve de alegría; el Espíritu Santo llena su alma humana y eleva una acción de gracias. “Volviéron los setenta y dos con alegría diciendo: Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. El les dijo: Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad, os he dado potestad para aplastar serpientes y escorpiones y sobre todo poder del enemigo, de manera que nada podrá haceros daño. Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en el Cielo” (Lc).

Acción de gracias de Jesús

“En aquel mismo momento se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, pues así fue tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo. Y volviéndose hacia los

discípulos les dijo aparte: Bienaventurados los ojos que ven lo que veis. Pues os aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron” (Lc).

La alegría y el gozo es lo más natural en Jesús. Ahora se añade un gozo sobrenatural, lleno de Espíritu Santo por los frutos de la acción apostólica de los suyos. Piensa en el Padre y en los hijos dispersos. Piensa en los peligros y en la victoria, difícil, pero segura. El corazón de Jesús vibra de amor y se transparenta en su rostro, en su palabra, en todo su ser. Es casi como una transfiguración en la vida ordinaria. El Espíritu actúa a través de los suyos que cada vez son más maduros. Los frutos futuros se anuncian.

En Betania con Lázaro, Marta y María

Cerca de Jerusalén –a tres kilómetros– está Betania. Allí viven Lázaro, Marta y María. Tres hermanos que tienen una gran amistad con Jesús. Su casa será en aquellos meses un lugar de hospitalidad y reposo para los días que le esperan.

En el trayecto a Jerusalén Jesús pasa por Betania. La actividad de los días anteriores había sido intensa. El camino que lleva de Jericó a Betania es empinado, requiere una ascensión continua y transcurre por terreno desértico. Jesús y los suyos debieron llegar cansados. Allí fue recibido por Lázaro, Marta y María.

Hay amistad con Jesús en aquella casa. Quizá tenga que ver con la conversión de María unos meses antes. Lo cierto es que todos actúan con naturalidad. No se percibe ni el envaramiento previsible en las visitas de algún personaje importante, ni la curiosidad o el recelo ante el desconocido, menos aún la frialdad ante la presencia de alguien que se considera inoportuno. Marta y María actúan y se mueven con sencillez; no

se dice nada de Lázaro en esta ocasión, pero es normal pensar que estaba allí.

No es infrecuente que los hermanos se parezcan y al mismo tiempo sean muy distintos. Marta es activa, diligente, hacendosa, está en todo; es una buena ama de casa, con ella se puede encontrar un hogar donde todo está en su sitio. María es más apasionada: todo corazón, sensible, en su vida no caben medias tintas, sino entrega sin condiciones. Sabe querer. Los temperamentos de las dos hermanas son ocasión para que Jesús deje una joya preciosa de sus enseñanzas, casi como de pasada. Sus palabras parecen dichas al vuelo.

Los hechos transcurrieron así: “Una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Tenía ésta una hermana llamada María que, sentada también a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta estaba afanada en los múltiples quehaceres de la casa y poniéndose delante dijo: Señor, ¿nada te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo de la casa? Dile, pues, que me ayude. Pero el Señor le respondió: Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. En verdad una sola cosa es necesaria. Así, pues, María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada”.

Jesús aprovechó la sencillez y la confianza de Marta para dejar sentado el orden de lo necesario y lo superfluo. Primero la oración y, unida a ella, el trabajo; lo demás puede esperar. Jesús revela cómo la oración es el núcleo y la raíz de toda actividad para que de ésta resulte algo vivo y sano.

Es fácil comprender la actitud de Marta. Es una mujer responsable. Está en los detalles, se ocupa en algo necesario que alguien tiene que hacer: dar de comer y beber a mucha gente, procurar que descansen. No cuesta verla subir y bajar, mandar y ordenar. Es en medio de esa actividad cuando una inquietud empieza a dibujarse en su interior. Primero sería una mirada furtiva a su hermana. Poco a poco iría juzgándola con severidad creciente. Decididamente no comprende a María; tenía razones, pero le faltaba darse cuenta de que la inactividad de María era sólo aparente. Por otra parte se le

está ocultando que su actividad es un servicio que permite a los demás gozar de las palabras del Maestro, también a su hermana. Hasta que llega un momento en que no puede más, se planta delante del Señor, le interrumpe ante un público verdaderamente absorto en sus palabras, y se queja. La sencillez de la queja de Marta es encantadora, confiada, aunque revele falta de caridad; y con toda espontaneidad le dice al Maestro: “¿Nada te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo de la casa? Dile, pues, que me ayude”. Su queja va contra María, pero también afecta al mismo Jesús, que no se da cuenta de que ella es una mártir y su hermana una comodona. Es la explosión de algo que ha ido incubándose poco a poco, y estalla de repente. Está realmente enfadada; ha perdido la calma y en ella se ha introducido el espíritu crítico: falta a la caridad y la humildad. Sus buenos deseos de servir se han visto enturbiados por el enfado creciente, agresor de la paz de su alma.

El tono de la respuesta de Jesús se puede deducir del modo con que empieza a hablarle: Marta, Marta... ¡Cuánto cariño hay en la repetición de este nombre. Es como decirle: “Mujer, calma”, “claro que te comprendo, pero te has puesto nerviosa”. Es una contestación que revela amor y buen humor; le recuerda su carácter, y hace que reflexione un poco. No la riñe, sino que le hace reflexionar. Primero sobre sí misma: tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. Luego, Jesús le aclara la conducta de María y el camino que debe seguir para no perder los estribos con sus quejas. Y le dice: “En verdad una sola cosa es necesaria”. Cosas importantes hay muchas en la vida, y Marta estaba haciendo una de ellas: procurar servir alimento y descanso. Pero conviene tener bien dispuesto el orden de los valores. Lo necesario siempre será lo más importante, y sólo amar a Dios sobre todas las cosas lo es; al lado de lo necesario todo lo que llamamos importante pasa a un segundo lugar. ¿Quiere decir esto que está mal la actividad de Marta? No. Quiere decir que debe trabajar de una manera distinta, con una paz respaldada por la oración. Y en caso de dudar sobre qué es más urgente, elegir primero la oración.

María ha escogido la mejor parte. Cuando Jesús dice que la oración es lo mejor, conviene recordar que lo mejor no es lo contrario de lo malo, sino de algo menos bueno. La bondad de las diversas actividades dependerá del

amor a Dios que sean capaces de acoger. “No le será quitada la mejor parte”. La oración es así hacer actos de amor. No se pierde ninguno. Todo acto de amor a Dios permanece en el seno del Amante, que es Dios.

En Jerusalén durante la Pascua

Llega Jesús a Jerusalén por tercera vez desde que se ha declarado Mesías, y va al Templo para rezar. El ambiente es hostil, y sus discípulos, atemorizados, lo perciben. “Cuando terminó de orar le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos”. Ya sabían rezar los discípulos, y de hecho rezaban, y mucho; pero les impresiona la intensidad de oración de Jesús, su concentración, su recogimiento, hasta el gesto de su rostro. Sus silencios son elocuentes, pero también lo son sus palabras. Si la oración es hablar con Dios, Cristo habla con su Padre en diálogo riquísimo y pleno, pero también habla como hombre, con intercambio de ideas, con afectos del corazón, con actos de voluntad; su espíritu está inmerso en el Padre de un modo pleno. No quiere Jesús las manifestaciones extraordinarias, pero las ordinarias son de un amor pleno, de entrega, de comunión. No se basa en fórmulas su oración, aunque con frecuencia sigue las oraciones de la Escritura; pero su oración es, ante todo, un diálogo de tú a tú, cara a cara en una intimidad difícil de lograr.

Jesús no elude la respuesta y “les contestó: Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino; nuestro pan cotidiano dánosle cada día; y perdónanos nuestros pecados, puesto que también nosotros perdonamos a todo el que nos debe; y no nos dejes caer en la tentación” (Lc).

En una ocasión anterior Jesús había enseñado a rezar en base a un esquema semejante, con sólo cinco peticiones; lo que se repite, entonces y ahora, lo central, es la invocación al “Padre”, el eterno Amante, el que engendra por amor, el que cuida de cada uno respetando la libertad, el que

dirige todo para el bien de los que le aman. Darle gloria siendo perfectos como Él quiere; y Jesús enseña a darle esa gloria que es la vida del hombre; enseña a pedir su Reino, su justicia, su amor, su libertad, su paz, no sólo externa, sino aquella que tiene su origen en el interior del hombre. Y llega a vencer al Maligno y a la muerte, su aliada. Y suplica por las necesidades diarias, por el perdón y la fuerza para vencer la tentación; es decir, para vivir de amor, sin desánimos y conscientes de que es posible vencer si se recurre al Padre.

Eficacia de la oración

Y, junto a esa oración esencial, Jesús añade muchos otros ejemplos que enseñan a ser constantes en la oración y a llenarse de confianza. El primer fruto de la oración es hacernos buenos, y el siguiente es conseguir cosas buenas. Algunos no consiguen lo que piden porque son malos, porque piden malamente, o porque piden cosas malas, que les harían más daño que bien. Aún así siempre tiene fruto la oración, incluso un fruto superior a lo que se pide. “Y les dijo: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, y acuda a él a media noche y le diga: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío me ha llegado de viaje y no tengo qué ofrecerle, le responderá desde dentro: No me molestes, ya está cerrada la puerta; yo y los míos estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos? Os digo que, si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos por su importunidad se levantará para darle cuanto necesite” (Lc). La comparación de una oración que puede parecer inoportuna a los ojos humanos, pero que consigue ayuda del amigo, es aliento a pedir, porque, además, la oración nunca es inoportuna, pues Dios siempre escucha solícito nuestras súplicas.

“Así, pues, os digo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y a quien llama, se le abrirá. Pues, ¿qué padre habrá entre vosotros a quien el hijo le pide un pez, en lugar de pez le dé una serpiente? ¿O si le pide un

huevo, le dé un escorpión? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del Cielo dará el Espíritu Santo a los que le piden?” (Lc). Pedir, buscar, llamar: tres actitudes del orante no siempre coincidentes. El que pide, sabe lo que necesita, al menos siente una necesidad. El que busca no posee, pero pone interés en alcanzar, por ejemplo, la fe. El que llama se encuentra ante puertas cerradas con el único recurso de su clamor. El ejemplo de los malos que hacen cosas buenas con los hijos es un acicate para acercarse al que es siempre bueno y da no sólo lo que se le pide sino su mismo amor; se da a sí mismo y su don más precioso que es el Espíritu Santo.

Expulsión de los demonios y Reino de Dios

En este ambiente de piedad, tan propio del Templo, ocurrió un milagro que desató una gran controversia con los fariseos. “Estaba expulsando un demonio que era mudo; y sucedió que, cuando salió el demonio, el mudo rompió a hablar y la muchedumbre se quedó admirada” (Lc). No era para menos, todos pueden oír hablar a un mudo, que, además, tiene otros efectos de la posesión diabólica. Pero los que tienen el corazón pervertido ven mal en el mismo bien, y “algunos de ellos dijeron: Por Beelzebul, príncipe de los demonios, arroja los demonios”. Y otros, “para tentarle, le pedían una señal del cielo” (Lc). Otra vez se repiten las críticas de Galilea, con pocas variantes. “Pero él, que conocía sus pensamientos, les dijo: Todo Reino dividido contra sí mismo quedará desolado y caerá casa contra casa. Si, pues, también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo quedará en pie su Reino, puesto que decís que arrojo los demonios por Beelzebul? Si yo expulso los demonios por Beelzebul, vuestros hijos ¿por quién los arrojan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo expulso los demonios por el dedo de Dios, está claro que el Reino de Dios ha llegado a vosotros”. El razonamiento es acabado y total: aceptar el milagro pero poner a Satanás como el causante se debe a que no se quiere aceptar que la obra es del mismo Dios, a través de Jesucristo. Están dispuestos a todo antes que aceptar el testimonio divino de los milagros.

Jesús sigue con su exposición, y va más lejos, mostrando cómo actúa el diablo si no se le rechaza positivamente, y no se llena de Dios el alma. “Cuando uno que es fuerte y está bien armado custodia su palacio, sus bienes están seguros; pero si llega otro más fuerte y le vence, le quita sus armas en las que confiaba y reparte su botín”. Cristo es más fuerte que el diablo y le vence siempre. Por eso creer en Jesús es el medio de vencer al maligno; y si no se cree en él se está contra él, pues no caben posturas intermedias. “El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama” (Lc). “Cuando un espíritu impuro sale de un hombre, vaga por lugares áridos buscando reposo, y al no encontrarlo, dice: Me volveré a mi casa, de donde salí; y al llegar la encuentra barrida y arreglada. Entonces va, toma consigo otros siete espíritus peores que él, entran y fijan allí su morada; y la situación última de aquel hombre viene a ser peor que la primera” (Lc).

La alabanza de una mujer

De entre quienes han escuchado las palabras de Jesús y su controversia con los que le critican. Algunos reaccionan con fe y alabanza. “Sucedió que mientras él estaba diciendo todo esto, una mujer de en medio de la multitud, alzando la voz, le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron. Pero él replicó: Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan” (Lc). Bella alabanza para los que descubren la verdad sin prejuicios ni malas interpretaciones, sino con corazón recto y amante de la verdad. La mujer que admira de Jesús, quiere recordar con gozo a su madre. Jesús al alabar a todos los justos, se dirige, en primer lugar, a su santísima Madre.

Luz del cuerpo, luz del alma

Sus enemigos no creen porque falten signos, sino porque su intención es torcida. “Nadie enciende una lámpara para ponerla en un sitio oculto ni bajo el celemín, sino sobre el candelero para que los que entran vean la luz. La lámpara del cuerpo es tu ojo. Si tu ojo está sano, también todo tu cuerpo está iluminado; pero si tu ojo está enfermo, también tu cuerpo queda en tinieblas. Mira, pues, no sea que la luz que hay en ti sea tinieblas. Si, pues, todo tu cuerpo está iluminado, sin haber en él parte alguna oscura, todo él estará iluminado como cuando la lámpara te ilumina con su resplandor” (Lc). Dios habla de muchas maneras al hombre, principalmente a través de la conciencia. Si escucha, percibirá la suavidad y la fuerza de su palabra. Si se entonetece con ruidos y frivolidades no se oye la voz de Dios; si se es malo y pecador cabe incluso estar en la ceguera.

Una comida con los fariseos en que se consuma la oposición

Un día, “cuando terminó de hablar, cierto fariseo le rogó que comiera en su casa. Habiendo entrado, se puso a la mesa”. Jesús no rechaza a nadie. Había criticado, suavemente, algunas actitudes farisaicas, pero era creciente entre ellos la oposición a Jesús. La mayoría no acepta su mesianismo y quienes le critican tienen cada vez más adeptos. No pueden entender una religión tan interior y de sinceridad tan exigente. Sin embargo, no hay una ruptura externa, aunque disuaden a muchos de que crean en Jesús. Fácilmente, ya que la autoridad que tenían entre el pueblo era grande, por su prestigio como cumplidores de la Ley. Hemos visto cómo algunos acusan a Jesús de endemoniado y le piden una señal del cielo. El ambiente era tenso, estudian todos los gestos y palabras de Jesús. La invitación del fariseo no parece un convite guiado por el cariño, y menos por la fe.

Nada más empezar, “el fariseo se quedó extrañado al ver que Jesús no se había lavado antes de la comida”. Este era un precepto fácil de cumplir y muy visible; pero un precepto humano, al fin. Si Jesús no lo cumple no es por inadvertencia, ni por ánimo de ir contra lo mandado; menos aún por

querer ofender a Dios. Lo hace para dar una lección sobre algo importante. Lo cierto es que el clima es desagradable, y Jesús no aguanta más la hipocresía, y estalla en unos lamentos que son latigazos para las conciencias encallecidas. No son maldiciones, sino llamadas fuertes a la conversión. No les han servido para convertirse las palabras dulces que les dejan insensibles, ni les sirven los continuos milagros. Necesitan una medicina fuerte. La caridad debe ser siempre fuerte, y, en ocasiones, es el único remedio cuando el mal es muy hondo. Este era el caso de aquellos fariseos.

“Pero el Señor le dijo: Así que vosotros, los fariseos, purificáis por fuera la copa y el plato, pero vuestro interior está lleno de rapiña y maldad. ¡Insensatos!, ¿acaso quien hizo lo de fuera no ha hecho también lo de dentro? Dad, más bien, limosna de lo que guardáis dentro y así todo quedará purificado para vosotros. Pero, ¡ay de vosotros, fariseos, porque pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de todas las legumbres, pero despreciáis la justicia y el amor de Dios! Esto es lo que hay que hacer sin omitir aquello. ¡Ay de vosotros, fariseos, porque apetecéis los primeros asientos en las sinagogas y los saludos en las plazas! ¡Ay de vosotros, que sois como sepulcros disimulados, sobre los que pasan los hombres sin saberlo!” (Lc).

Se hizo el silencio entre todos los reunidos. Se sienten insultados. No ven las palabras del Señor como una invitación a profundizar en la realidad de un legalismo sin vida; y a examinar si han introducido la hipocresía en su quehacer, o si buscan sólo beneficios personales, lejos del amor a Dios que es el acto religioso fundamental. Debían revisar esos preceptos pequeños, por si eran realmente palabra de Dios, ley divina, o sólo interpretaciones humanas que podían ocultar lo fundamental.

Y, “entonces, cierto doctor de la Ley, tomando la palabra, le replica: Maestro, diciendo tales cosas, nos ofendes también a nosotros”. Muchos doctores de la Ley eran fariseos, aunque no todos. Pero el peligro parecía el mismo, o muy semejante. Jesús sigue por el camino de la denuncia

profética y de la valentía y dice: “¡Ay también de vosotros, los doctores de la Ley, porque imponéis a los hombres cargas insoportables, pero vosotros ni con un dedo las tocáis! ¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas, después que vuestros padres los mataron! Así, pues, sois testigos de las obras de vuestros padres y consentís en ellas, porque ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros. Por eso dijo la sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles, y matarán y perseguirán a una parte de ellos, para que se pida cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas, derramada desde la creación del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, asesinado entre el altar y el Templo. Sí, os lo aseguro: se le pedirá cuentas a esta generación. ¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, porque os habéis apoderado de la llave de la sabiduría!: vosotros no habéis entrado y a los que estaban para entrar se lo habéis impedido” (Lc). Era terrible la acusación de tener la llave de la sabiduría, utilizarla mal y cerrar de este modo la puerta del amor de Dios. Es frecuente que los intelectuales se envanezcan con lo que saben; pero es grave, cuando se trata del estudio de la Sagrada Escritura.

El enfrentamiento ya es directo. Podía haber sido una llamada a la conversión. Pero, de hecho, produjo rencor, resentimiento y furia. Todos los rostros están contraídos. Jesús les ama, pero, por eso mismo, tiene que decir la verdad, aunque le acarree duras persecuciones.

“Cuando salió de allí, los escribas y fariseos comenzaron a atacarle con vehemencia y a acosarle a preguntas sobre muchas cosas, acechándole para cazarle en alguna palabra” (Lc). Éste es el fruto de la soberbia que no acepta la corrección ni la verdad. A partir de ese momento la oposición a Jesús, por parte de muchos fariseos y escribas, va a ser frontal, cada vez más fuerte y contraria. La razón última es que no quieren convertirse. Y Jesús lo sabe.

La ruptura consumada

Al terminar la comida Jesús se va entristecido por la dureza de corazón de aquellos hombres importantes; no podía hacer otra cosa. La caridad exigía claridad y fortaleza. Los escribas y los fariseos se irritan y deciden mover toda su influencia para matarle. Ya no se conforman con grupos que critican más o menos solapadamente, sino que, de hecho, comienza una conspiración.

Mucha gente, sin embargo, cree en Jesús, que comunica sus sentimientos íntimos en aquellos momentos. “En esto, habiéndose reunido una muchedumbre de miles de personas, hasta atropellarse unos a otros, comenzó a decir en primer lugar a sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Nada hay oculto que no sea descubierto, ni secreto que no llegue a saberse. Porque cuanto hayáis dicho en la oscuridad será escuchado a la luz; cuanto hayáis hablado al oído bajo techo será pregonado sobre los terrados” (Lc). El que quiera acercarse a Dios, debe hacerlo con sinceridad, ha de huir de un alma tortuosa y complicada, y mucho más de hacer las cosas bien externamente y mal en el interior, que es lo propio del hipócrita. Dios lee en los corazones. Eso es lo que debe importar al verdadero discípulo.

Además deben estar vigilantes ante el escándalo porque puede matar al alma. Pero no deben perder la confianza en el Padre. “A vosotros, amigos míos, os digo: no tengáis miedo a los que matan el cuerpo y después de esto no pueden hacer nada más. Os enseñaré a quién habéis de temer: temed al que después de dar muerte tiene poder para arrojar en el infierno. Sí, os digo: temed a éste”. Muchos son los escándalos que pueden llevar al infierno, pero son especialmente malos los de aquellos que se revisten de bien y de religiosidad, pero llevan a la perdición. Es posible que Jesús pensase en aquellos momentos en los fariseos y los escribas hipócritas, y en los muchos que a lo largo de los siglos seguirían su camino. Pero Dios protege a los sencillos, no hay que tener miedo. “¿No se venden cinco pajaritos por dos ases? Pues bien, ni uno sólo de ellos queda olvidado

ante Dios. Aún más, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis: vosotros valéis más que muchos pajarillos” (Lc).

La lealtad al Hijo debe ser parte importante de la conversión. “Os digo, pues: a todo el que me confiese ante los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará ante los ángeles de Dios. Pero el que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios” (Lc).

“Todo el que diga una palabra contra el Hijo del Hombre, será perdonado; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no será perdonado” (Lc). La blasfemia contra el Espíritu Santo es una resistencia soberbia ante su acción, es rechazar el perdón de Dios, es no querer creer a pesar de todos los signos que llevan a ello. Todo pecado, cualquier pecado, puede ser perdonado si existe arrepentimiento. Pecar contra el Espíritu Santo significa, precisamente, negarse al arrepentimiento, querer seguir en el fango, y pretender que no lo es, que es agua clara. Es el pecado del orgullo: el pecado más próximo al de Satanás. En cambio, la valentía para confesar la fe debe superar cualquier dificultad. “Cuando os lleven a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo defenderos, o qué tenéis que decir, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora qué es lo que hay que decir” (Lc).

La cuestión de la herencia

Entre la gente que sigue y escucha al Señor, no todos tienen el mismo pensar. Algunos quieren utilizar su prestigio para conseguir ventajas materiales. Jesús no quiere ser rey al modo humano, ni tampoco juez de cuestiones temporales. Su misión es más honda;

respetar la autonomía de lo creado ante lo religioso. Ocurrió que “uno de entre la multitud le dijo: Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo. Pero él le respondió: Hombre, ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros? Y añadió: Estad alerta y guardaos de toda avaricia, porque si alguien tiene abundancia de bienes, su vida no depende de aquello que posee”. No es fácil vencer el apego a los bienes de la tierra que se convierten, casi sin darse cuenta, en fines para el hombre; como si fuesen dioses, cuando son sólo medios. Por eso les propuso una parábola diciendo: “Las tierras de cierto hombre rico dieron mucho fruto, y pensaba para sus adentros: ¿qué haré, pues no tengo donde guardar mi cosecha? Y dijo: Esto haré: voy a destruir mis graneros, y construiré otros mayores, y allí guardaré todo mi trigo y mis bienes. Entonces diré a mi alma: alma, ya tienes muchos bienes almacenados para muchos años. Descansa, come, bebe, pásalo bien. Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche te reclaman el alma; lo que has preparado, ¿para quién será? Así ocurre al que atesora para sí y no es rico ante Dios” (Lc).

De nuevo en Galilea

Después de estas intervenciones, Jesús debió dirigirse de nuevo a Galilea, pues allí nos lo presentan los Evangelios. Probablemente los sucesos en casa del fariseo aconsejan el viaje. “Jesús andaba por Galilea y no quería ir a Judea porque intentaban matarlo” (Jn). Ahora no tiene residencia fija y se dedica a formar a los apóstoles de forma itinerante. Y, por tercera vez en estos años de vida pública, Jesús envía a sus discípulos – como en ocasiones anteriores, también setenta y dos– a una misión nuevamente apostólica. Una vez más se repite el espectáculo: la opinión está dividida y, pese a los poderes sobrenaturales que Jesús les ha otorgado, algunos se niegan a creer. Es posible que los discípulos entiendan que están ante un fracaso; de hecho, las palabras de Jesús son un canto al amor para recordar a los suyos que “todo es para bien”; que Dios sabe más y que – también en este fracaso– Dios está con ellos. ¡Bien intuían que seguir al Señor no es fácil no cómodo! La acogida de la misión de los setenta y dos por parte del pueblo es relativamente pobre. Así las llamadas a no perder la paz y abandonarse en las manos del Padre toman su verdadera dimensión.

Exhortación a la vigilancia y parábola del administrador

El que ama debe cuidar ese amor para que no se pierda y para que aumente el calor y el fuego. “Tened ceñidas vuestras cinturas y las lámparas encendidas, y estad como quienes aguardan a su amo cuando vuelve de las nupcias, para abrirle al instante en cuanto venga y llame. Dichosos aquellos siervos a los que al volver su amo los encuentre vigilando. En verdad os digo que se ceñirá la cintura, les hará sentar a la mesa y acercándose les servirá. Y si viniese en la segunda vigilia o en la tercera, y los encontrase así, dichosos ellos. Sabed esto: si el dueño de la casa conociera a qué hora va a llegar el ladrón, no permitiría que se horadase su casa. Vosotros, pues, estad preparados, porque a la hora que menos pensáis viene el Hijo del Hombre” (Lc). Si la espera es corta, es fácil estar atento a la llegada de Dios. Si se alarga, se puede debilitar la vigilancia; entonces entran las tentaciones y las componendas con el maligno. Es más fácil luchar una hora que mil, pero si se lucha cada hora como si fuese la última parece más fácil.

Los discípulos se inquietan por los peligros. “Y le preguntó Pedro: Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos? El Señor respondió: ¿Quién piensas que es el administrador fiel y prudente, a quien el amo pondrá al frente de su casa, para dar a tiempo la ración adecuada? Dichoso aquel siervo, al que encuentre obrando así su amo cuando vuelva. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes. Pero si aquel siervo dijera en sus adentros: mi amo tarda en venir, y se pusiera a golpear a los criados y criadas, a comer, a beber y a emborracharse, llegará el amor de aquel siervo el día menos pensado, a una hora imprevista, lo castigará duramente y le dará el pago de los que no son fieles. El siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no fue previsor ni actuó conforme a la voluntad de aquél, será muy azotado; en cambio, el que sin saberlo hizo algo digno de castigo, será poco azotado. A todo el que se le ha dado

mucho, mucho se le exigirá, y al que le encomendaron mucho, mucho le pedirán” (Lc). Ellos han recibido mucho y grande es su responsabilidad. El hecho de que Dios respete la libertad de las personas y a veces parezca ausente, precisamente para no coartar esa libertad, no significa que no lo sepa todo; al final Él va a pedir cuenta de las acciones de cada uno. Los discípulos, además de su vida personal, son administradores de las cosas de Dios y, al tener gran responsabilidad, también tendrán gran exigencia.

Jesús como signo de contradicción

En conversación con los suyos Jesús vibra de amor a los hombres; siente el fuego divino en su alma humana; ve a todos los hombres de todos los tiempos y el deseo de su salvación –fuego divino– le consume. Así lo manifiesta a los suyos en una confianza llena de confianza: “Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda?” ¿Cómo no ver aquí ese amor divino y humano que quiere encender a todos y a cada uno? Y mira a los suyos pidiendo con el gesto que vibren con su mismo fuego, que les abrase, que se sientan gozosos de poder sacrificarse para que llegue a todo el mundo ese amor eterno. Este amor que le lleva a una entrega total, al sacrificio de ser el inocente que paga por las deudas de todos. A eso le llama su bautismo, que será la Cruz. “Tengo que ser bautizado con un bautismo, y ¡cómo me siento urgido hasta que se lleve a cabo! ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, os digo, sino división. Pues desde ahora, habrá cinco en una casa divididos: tres contra dos y dos contra tres, se dividirán el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra” (Lc). No es la paz de la indiferencia, ni de la tranquilidad, sino de la lucha contra el mal, cueste lo que cueste. Por eso Cristo será signo de contradicción, y lo serán los suyos.

En la fiesta de Pentecostés

Las anteriores enseñanzas de Jesús a los discípulos se dan en la zona de Cesarea marítima, donde Pilato tenía su residencia. Allí le llegan noticias de que Pilato había ordenado la reciente matanza de unos galileos. “Estaban presentes en aquel momento unos que le contaban lo de los galileos, cuya sangre mezcló Pilato con la de sus sacrificios. Y en respuesta les dijo: ¿Pensáis que estos galileos fueron más pecadores que todos los galileos, porque han padecido tales cosas? ¡No!, os lo aseguro; pero si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿pensáis que fueron más culpables que todos los hombres que vivían en Jerusalén? ¡No!, os lo aseguro; pero si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente” (Lc).

Jesús no ha querido hacer una valoración –humanamente razonable– de aquel asesinato. Va más allá. Es el misterio del dolor y del pecado. Algunos sufren y padecen desgracias, pasan por pruebas duras; para otros la vida es corta por los accidentes o por la crueldad de otros hombres. Pero la desgracia verdaderamente importante es la del pecado, que sólo se puede eliminar por el perdón de Dios.

Al hablar de penitencia y conversión su pensamiento se va hacia Israel y los frutos que podía dar y no da; por eso les decía esta parábola: “Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar en ella fruto y no encontró. Entonces dijo al viñador: Mira que hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera sin encontrarlo; córtala, ¿para qué va a ocupar terreno en balde? Pero él le respondió: Señor, déjala también este año hasta que cave a su alrededor y eche estiércol, por si produce fruto; si no, ya la cortarás” (Lc). Dios tiene paciencia con los suyos, dándoles siempre otra oportunidad para que se conviertan, pero deben dar fruto, que es la fe en Jesús que lleva al amor a Dios.

Jesús cura a una mujer en sábado

“Un sábado estaba enseñando en una de las sinagogas. Y había allí una mujer poseída por un espíritu, enferma desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada sin poder enderezarse de ningún modo. Al verla Jesús, la llamó y le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad. Y le impuso las manos, y al instante se enderezó y glorificaba a Dios” (Lc). El milagro es uno más de esa siembra de alegría de Jesús: la libera del mal espíritu y la sana el cuerpo para que pueda vivir erguida ante Dios y ante los hombres. Pero una vez más el hecho de haber curado en sábado va a crear problemas.

“Tomando la palabra el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús curaba en sábado, decía a la muchedumbre: Seis días hay en los que es necesario trabajar; venid, pues, en ellos a ser curados, y no en día de sábado. El Señor le respondió: ¡Hipócritas!, cualquiera de vosotros ¿no suelta del pesebre en sábado su buey o su asno y lo lleva a beber? Y a ésta que es hija de Abrahán, a la que Satanás ató hace ya dieciocho años, ¿no era conveniente soltarla de esta atadura aun en día de sábado? Y cuando decía esto, quedaban avergonzados todos sus adversarios, y toda la gente se alegraba por todas las maravillas que hacía” (Lc). El escándalo farisaico tiene raíces ocultas, que son puestas a la vista en las duras reprimendas que Jesús les dedicó en la comida en casa del fariseo. Entre los fariseos ya se ha corrido la consigna de enfrentarse con Él, y lo hacen. Poco parece importar la alegría de la mujer y su liberación; tienen la mirada oscurecida por el legalismo y por el odio a Jesús. El pueblo se alegra con la respuesta de Jesús sobre la hipocresía y por su valentía.

Parábolas del grano de mostaza y de la levadura

“Y decía: ¿A qué es semejante el Reino de Dios y con qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza, que tomó un hombre y lo

echó en su huerto, y creció y llegó a ser un árbol, y las aves del cielo anidaron en sus ramas.

“Y dijo también: ¿Con qué compararé el Reino de Dios? Es semejante a la levadura que tomó una mujer y mezcló con tres medidas de harina hasta que fermentó todo” (Lc).

Después del último incidente con los fariseos, los Evangelios nos relatan dos parábolas breves y llenas de colorido. La enseñanza que transmiten va dirigida a los que creen: no deben impresionarse en la pequeñez de los comienzos, ya llegará la hora de crecer, hasta que al final de los tiempos cuando el Reino llegue a todos los confines de la tierra. La eficacia oculta es la del fermento, escondido, pero que tiene poder para cambiar a toda la masa. Las multitudes siempre han sido influidas por pocos que han tenido la fuerza divina y los medios intelectuales y morales para dar vida a todo el conjunto.

La puerta angosta

“Y recorría ciudades y aldeas enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén. Y uno le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan?” La pregunta parece fácil, pero no lo es, pues si dice que Dios es tan bueno que todos se salvan ¿para qué molestarse en vivir una vida exigente de amor y evitar el pecado? Si, en cambio, son poquísimos y nadie prácticamente se salva, ¡vivamos aprovechando los placeres del momento, olvidados del futuro! Jesús va al centro del problema y les contesta: “Esforzaos para entrar por la puerta angosta, porque muchos, os digo, intentarán entrar y no podrán”. La salvación es un don y una tarea. Sin la gracia de Dios nadie puede salvarse, pero sin el ejercicio de la propia libertad para el bien, tampoco. Aquí reside el drama de la existencia humana; saber vivir de acuerdo con una libertad amante y rechazar la libertad esclava del pecado. Ésta es, en resumen, la lucha para entrar por la puerta angosta, la única que conduce al cielo. “Una vez que el dueño de la casa haya entrado y cerrado la puerta, os quedaréis

fuera y empezareis a golpear la puerta, diciendo: Señor, ábrenos. Y os responderá: No sé de dónde sois. Entonces empezareis a decir: Hemos comido y hemos bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas. Y os dirá: No sé de dónde sois; apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad. Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras que vosotros sois arrojados fuera. Y vendrán de Oriente y de Occidente y del Norte y del Sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Pues hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos” (Lc). La velada alusión a los fariseos y a los escribas queda reforzada por la apertura del Reino a todos los hombres de todos los pueblos. El amor a la patria de los padres, y la conciencia de ser un pueblo elegido por Dios, no puede llevar a la exclusión de otros pueblos del Dios, creador y redentor de todos los hombres, sea cual sea su raza y condición.

Respuesta de Jesús a Herodes

Más adelante, Jesús se dirige a la zona de Perea del Jordán, allí donde predicó Juan. Este territorio estaba bajo los dominios de Herodes. “En aquel momento se acercaron algunos fariseos diciéndole: Sal y aléjate de aquí, porque Herodes te quiere matar”. Jesús deja claro que no tiene miedo a nadie. Sabe lo que tiene que hacer en cada momento, y les dice: “Id a decir a ese zorro: he aquí que expulso demonios y realizo curaciones hoy y mañana, y al tercer día acabo. Pero es necesario que yo siga mi camino hoy y mañana y al día siguiente, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén”. Con estas palabras se dirige a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés, pero no por temor, sino para cumplir su misión.

La comida con un fariseo amigo

Uno de los días de la fiesta de Pentecostés, un fariseo amigo le invitó a comer. Era impensable que lo hiciese uno de los que habían sido recriminados por Jesús anteriormente. Es posible que fuese el mismo Nicodemo, que, a los pocos días, saldrá en su defensa. Allí sucedió el milagro de la curación de un hidrópico y Jesús explicó por qué, insistentemente, curaba en sábado. “¿Quién de vosotros si se le cae al pozo un hijo o un buey no lo saca inmediatamente, aún en día de sábado. Y no pudieron responderle a esto”. Era la típica argumentación rabínica y no ofrecía lugar a discusión; era lícito y no ofensa a Dios hacer el bien del milagro en sábado.

En el curso de la comida, Jesús aprovecha para dar una lección más sobre la virtud de la humildad. “Proponía a los invitados una parábola, al notar cómo iban eligiendo los primeros puestos, diciéndoles: Cuando seas invitado por alguien a una boda, no te sientes en el primer puesto, no sea que otro más distinguido que tú haya sido invitado por él, y al llegar el que os invitó a ti y al otro, te diga: cede el sitio a éste; y entonces empieces a buscar, lleno de vergüenza, el último lugar. Al contrario, cuando seas invitado, ve a sentarte en el último lugar, para que cuando llegue el que te invitó te diga: amigo, sube más arriba. Entonces quedarás muy honrado ante todos los comensales. Porque todo el que se ensalza será humillado; y el que se humilla será ensalzado” (Lc). La verdad humana de estas palabras es notoria. Pero el verdadero honor consiste, paradójicamente, en ser servidor de todos. Entonces aquel que se humilla a los ojos de todos queda ensalzado a los ojos de Dios. El Señor, que ve en el fondo de todos los corazones, dispone la verdadera jerarquía social.

Actitud ante los pobres

“Decía también al que le había invitado: Cuando des una comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a

vecinos ricos, no sea que también ellos te devuelvan la invitación y te sirva de recompensa. Al contrario, cuando des un banquete, llama a pobres, a tullidos, a cojos, y a ciegos; y serás bienaventurado porque no tienen para corresponderte; se te recompensará en la resurrección de los justos” (Lc). Muchas pobrezas son fruto de las mil desgracias de la vida, y aún en el caso de que sean culpables, se debe vivir misericordia con el que padece necesidad. El orden social se hace abierto y misericordioso, sin afectaciones.

“Cuando oyó esto uno de los comensales, le dijo: Bienaventurado el que coma el pan en el Reino de Dios”. Pero Jesús le dijo: “Un hombre daba una gran cena, e invitó a muchos. Y envió a su criado a la hora de la cena para decir a los invitados: Venid, pues ya está todo preparado. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero le dijo: He comprado un campo y tengo necesidad de ir a verlo; te ruego que me des por excusado. Y otro dijo: Compré cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas; te ruego que me des por excusado. Otro dijo: Acabo de casarme, y por eso no puedo ir. Regresó el criado y contó esto a su señor. Entonces, irritado el dueño de la casa, dijo a su criado: Sal ahora mismo a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a los pobres, a los tullidos, a los ciegos y a los cojos. Y el criado dijo: Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio. Entonces dijo el señor a su criado: Sal a los caminos y a los cercados y obliga a entrar, para que se llene mi casa. Os aseguro, pues, que ninguno de aquellos hombres invitados gustará de mi cena” (Lc). Este “oblígalos a entrar” muestra el deseo ardiente de Jesús para que todos puedan gozar de la dicha de la salvación, las bodas eternas con Dios en el cielo y en la tierra. La invitación a todos es clara una vez más, no caben excusas, por muy justificadas que parezcan.

Condiciones para seguir a Jesús

Tras la fiesta y la comida en casa del fariseo amigo “iba con él mucha gente, y volviéndose les dijo: Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre y a la esposa y a los hijos y a los hermanos y a las hermanas, hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (Lc). Parece excesivo lo que pide, pero todo amor, por bueno y legítimo que se presente, debe ser menos intenso que el amor a Dios y a su enviado Jesucristo. Sólo este amor divino es capaz de seguir amando hasta en la cruz, en la contradicción y en el dolor. El amor debe ser más fuerte que la muerte; ningún otro puede ponerse por delante.

“Porque, ¿quién de vosotros, al querer edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos a ver si tiene para acabarla?, no sea que, después de poner los cimientos y no poder acabar, todos los que lo vean empiecen a burlarse de él, diciendo: este hombre comenzó a edificar, y no pudo terminar?. O ¿qué rey, que sale a luchar contra otro rey, no se sienta antes a deliberar si puede enfrentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? Y si no, cuando todavía está lejos, envía una embajada para pedir condiciones de paz. Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo”. Éste es el modo de amar de una manera total, con un amor generoso. Cualquier apegamiento a las cosas de la tierra debe ser superado; no porque las cosas sean malas, sino porque pueden impedir el verdadero amor si se colocan en el primer lugar de la vida de una persona.

“La sal es buena; pero si hasta la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? No es útil, ni para la tierra, ni para el estercolero; la tiran fuera. Quien tenga oídos para oír, que oiga” (Lc). Los que escuchaban quizá pensarían en los saquitos de arena con sal que se usaban para salar con economía; cuando faltaba sal ya no salaban y se podía tirar la arena a los caminos. El Evangelio es la sal que da sabor a todo lo que toca, pero cada uno debe vigilar que no se pierda la sal.

“Se le acercaban todos los publicanos y pecadores para oírle”. Escuchar al Señor, con un corazón no pervertido, despertaba entusiasmo. La Ley se presentaba exigente en su boca, pero acogedora: era como escuchar lo de siempre, pero con luces nuevas, con nuevos sabores, con el alma abierta a nuevos horizontes, y se conmovían los corazones. Era un clamor especial de algo nuevo y desconocido. “Pero los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: Éste recibe a los pecadores y come con ellos”. Es el contrapunto de la envidia y la mala voluntad. Es posible que en este ambiente Jesús propusiese las parábolas de la misericordia, que hemos citado al principio.

El ciego Bartimeo

Camino de Jerusalén pasaron por Jericó. Allí, en aquella antiquísima ciudad, se producirá la curación de dos ciegos, uno de ellos llamado Bartimeo. “Llegan a Jericó. Y al salir él de Jericó con sus discípulos y una gran multitud, el hijo de Timeo, Bartimeo, ciego, estaba sentado junto al camino pidiendo limosna”. “Y al oír que era Jesús Nazareno, comenzó a gritar y a decir: Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí”. Es la verdadera oración, el clamor de un necesitado que clama desde su oscuridad. No fue fácil pues “muchos le reprendían para que se callase. Pero él gritaba mucho más: Hijo de David, ten compasión de mí”. El clamor de la oración llega a los cielos, y, en este caso, son verdaderos gritos los que llegan al Señor. Se detuvo Jesús y dijo: Llamadle. Llaman al ciego diciéndole: ¡Animo!, levántate, te llama. Él arrojando su manto, dio un salto y se acercó a Jesús” (Mc). Deja su seguridad para las noches, su único cobijo, para ir decididamente al encuentro de la voz que le llama. Por fin, llega ante Él; siente su presencia y su respiración. Entonces, “Jesús, preguntándole, dijo: ¿Qué quieres que te haga?” (Mc). Eran tantas cosas las que podía pedir, una limosna, un cobijo, una ayuda familiar, un consuelo. Pero el ciego le respondió: “Rabboni, que vea”. Pide lo que sólo se puede pedir desde la fe, pide lo imposible, pide la vista. “Entonces Jesús le dijo: Anda, tu fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista, y le seguía por el camino” (Mc). Lo primero que vieron sus ojos, antes muertos, fue el rostro

de Jesús que le miraba con gozo, y la alegría inundó sin límites su alma: había sido objeto de la misericordia de Dios. Ve con el cuerpo y con el alma; percibe todos los matices de la realidad, antes sólo accesibles por el oído, y da gloria a Dios con un entusiasmo sin barrera.

Zaqueo

La comitiva ha llegado a Jericó, centro neurálgico para la administración de la provincia romana, y como tal, lugar repleto de publicanos y de funcionarios. En Jericó se dio otro hecho notable. Ocurrió de una manera insólita y algo graciosa. Entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad. “Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos y rico”. El nombre *Zaccai* significa puro, aunque no era así como lo veían los demás, ni él mismo se consideraba menos pecador. A pesar de todo “intentaba ver a Jesús para conocerle, pero no podía a causa de la muchedumbre, porque era pequeño de estatura”.

Los motivos para querer ver a Jesús pueden ser muy variados. Es posible buscarle porque se piensa que es el Mesías; cabe pensar simplemente que es famoso, y sentirse aguijoneado por la curiosidad; y puede ser también que le moviesen los milagros que, según decían, hacía; quizá simplemente fue porque todos iban. No lo sabemos, pero el caso es que fue al encuentro con Jesús, y lo encontró, no sin dificultades. “Y, adelantándose corriendo, subió a un sicómoro para verle, porque iba a pasar por allí”. La situación tiene algo de ridícula aunque refleje también el interés por ver al Señor a pesar de los obstáculos, en este caso materiales. “Cuando Jesús llegó al lugar, levantando la vista, le dijo: Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me hospede en tu casa”. La sorpresa de Zaqueo y de todos es grande; primero por lo inesperado, después porque los publicanos eran rechazados por los cumplidores de la Ley, al considerarlos pecadores. A la sorpresa sigue la acción, y Zaqueo “bajó rápido y lo recibió con gozo”.

Zaqueo, sorprendido, piensa: “Me tiene en cuenta, no me rechaza, es mi amigo, es verdad lo que decían de él”, y el gozo de la amistad le va acercando a la conversión. Y, como tantas veces, muchos critican: “Al ver esto, todos murmuraban diciendo que había entrado a hospedarse en casa de un pecador”. Zaqueo el publicano no hace caso a las críticas y Jesús tampoco. Están a gusto. Entonces “Zaqueo, de pie, dijo al Señor: Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres y si he defraudado en algo a alguien le devuelvo cuatro veces más”. Es la conversión de un hombre práctico y acostumbrado a los juegos del dinero. Su punto flaco era la justicia, pero ha entendido que la conversión es, ante todo, una cuestión de amor, una decisión de la voluntad, y se mueve con caridad dando con generosidad, de lo legítimamente ganado a los pobres y a los necesitados. La reacción de Jesús es de gozo grande: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán; porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc). Y la comida se convierte en una fiesta, preludio de la de la vida eterna para los que se convierten. A Zaqueo no le duele que se enflaquezca su bolsa, que ahora ya no le pesa como un fardo en la conciencia. Ahora es libre con la libertad de los hijos de Dios.

Debió de ser en este ambiente cuando Jesús habló de las parábolas del desprendimiento. Cosa muy clara en la del administrador infiel. “Había un hombre rico que tenía un administrador, al que acusaron ante el amo de malversar la hacienda. Le llamó y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de ti? Dame cuentas de tu administración, porque ya no podrás seguir administrando. Y dijo para sí el administrador: ¿Qué haré, puesto que mi señor me quita la administración? Cavar, no puedo; mendigar, me avergüenza. Sé lo que haré para que me reciban en sus casas cuando sea retirado de la administración. Y, convocando uno a uno a los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi señor? El respondió: Cien medidas de aceite. Y le dijo: Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta. Después dijo a otro: ¿Tú, cuánto debes? El respondió: Cien cargas de trigo. Y le dijo: Toma tu recibo y escribe ochenta. El dueño alabó al administrador infiel por haber actuado sagazmente; porque los hijos de este mundo son más sagaces en lo suyo que los hijos de la luz” (Lc).

El espíritu de pobreza es, ante todo, estar desprendido de los bienes de la tierra; también consiste en llevar con alegría las carencias. También aquellos que tengan bienes en abundancia deben saber ser pobres; en estos casos además de la sobriedad se debe saber dar para llenar de caridad la tierra, sembrando el bien. Nunca se pueden considerar los bienes como algo propio de lo que se puede disponer al antojo y capricho, sino que se posee por un tiempo, más por la benevolencia de Dios que por azar o esfuerzo, y hay que ser sagaz para invertir con la misma inteligencia que ponen en sus negocios las personas alejadas de Dios. “Y yo os digo: haceos amigos con las riquezas injustas, para que, cuando falten, os reciban en las moradas eternas”.

“Quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho; y quien es injusto en lo poco también es injusto en lo mucho. Por tanto, si no fuisteis fieles en la riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo vuestro? Ningún criado puede servir a dos señores, pues odiará a uno y amará al otro, o preferirá a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero” (Lc). Criterios útiles para vivir en el mundo sin ser mundano, con el corazón en Dios y en los demás; poniendo la cabeza en generar bienes para el progreso y el desarrollo de la sociedad, pues así se pueden evitar las lacras de la pobreza y la miseria mejor aún que con la necesaria limosna.

El contrapunto a estas enseñanzas lo dan los fariseos, como siempre, revelando lo que había en su corazón; no en vano el uso de los bienes materiales suele ser un indicador fiel de la verdadera, o falsa, religión con Dios. “Oían todas estas cosas los fariseos, que eran amantes del dinero, y se burlaban de él”. Es de suponer que se burlan en la intimidad, aunque todos conocían su afán por el dinero. Jesús lo detecta, y les dice: “Vosotros os hacéis pasar por justos delante de los hombres; pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que parece ser excelso ante los hombres, es abominable delante Dios” (Lc).

La parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro

La única parábola que tiene un nombre propio es la del rico Epulón y el pobre Lázaro. Dice así: “Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino finísimo, y cada día celebraba espléndidos banquetes. Un pobre, en cambio, llamado Lázaro, yacía sentado a su puerta, cubierto de llagas, deseando saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros acercándose le lamían sus llagas. Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán; murió también el rico y fue sepultado. Estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando sus ojos vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno; y gritando, dijo: Padre Abrahán, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en estas llamas. Contestó Abrahán: Hijo, acuérdate de que tú recibiste bienes durante tu vida y Lázaro, en cambio, males; ahora, pues, aquí él es consolado y tú atormentado. Además de todo esto, entre vosotros y nosotros hay interpuesto un gran abismo, de modo que los que quieren atravesar de aquí a vosotros, no pueden; ni pueden pasar de ahí a nosotros. Y dijo: Te ruego entonces, padre, que le envíes a casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos, para que les advierta y no vengan también a este lugar de tormentos. Pero replicó Abrahán: Tienen a Moisés y a los Profetas. ¡Que los oigan! El dijo: No, padre Abrahán; pero si alguno de entre los muertos va a ellos, se convertirán. Y les dijo: Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se convencerán aunque uno de los muertos resucite” (Lc).

El uso de los bienes materiales y la caridad es el criterio de este juicio para entrar en el cielo –expresado con el nombre entonces usual del seno de Abraham, pues aún no había resucitado Cristo, que abre la posibilidad de una felicidad inimaginable en Dios– o en el infierno – expresado por el *seol* o lugar de castigo hebraico para las almas pecadoras obstinadas–. La conversión no ha de venir a raíz de milagros, ni de muertos que vuelven a la tierra, sino en el deseo de cumplir la voluntad de Dios que todo judío conocía por la Ley y las Escrituras y todo hombre tiene inscrita en su corazón como ley natural.

Si estas palabras fueron dichas en Jericó, conviene recordar que es un oasis, rico en agua y vegetación, con muchos árboles frutales y de clima tropical, rodeado de desiertos, fértil y generoso. En aquellos tiempos tenía construcciones riquísimas realizadas por el rey Herodes.

La fiesta de los Tabernáculos

La fiesta de los Tabernáculos, o de las tiendas, era una de las tres grandes solemnidades judías, en la que, si no había obstáculos graves, todos debían acudir al Templo para celebrarla. Se recordaba la peregrinación de los hebreos por el desierto antes de su instalación en la tierra prometida, y los muchos beneficios recibidos por Dios en aquellos tiempos. Se levantaban tiendas por toda la ciudad. También era la fiesta de la recolección, y se daban gracias a Dios por las cosechas. Duraba ocho días, en octubre. Era una fiesta popular, con múltiples manifestaciones alegres y gozosas, que, a menudo, acababan en excesos.

Las ceremonias religiosas eran variadas; una de ellas consistía en llevar agua de la piscina de Siloé y derramarla sobre el altar, para pedir lluvia para la cosecha del año próximo; simbolizaba también la presencia del Espíritu. Jesús aprovechará este simbolismo para mostrar su misión. También se recordaba el fuego que guió al pueblo en el desierto, y se encendían grandes hogueras en el atrio de las mujeres.

La fiesta recordaba también las murmuraciones de los israelitas en el desierto, cuando, asediados por la sed, dudaron de Dios, pese a la protección divina experimentada hasta entonces. Tras la rebelión en Masá, Moisés, con el poder de Dios, cambia en dulces las aguas amargas. En Meribá, hace salir de la roca una fuente de agua.

Jesús no había querido acudir a la fiesta con sus parientes, y llegó sin grandes avisos, pero “mediada ya la fiesta, subió al Templo y se puso a enseñar”. Su predicación es la que hemos visto anteriormente: la conversión al Reino y el modo de vivir cara a Dios. Jesús predicaba con la autoridad de siempre, pero sin el prestigio por haber estudiado en alguna de las escuelas del momento. “Los judíos quedaron admirados y comentaban: ¿Cómo sabe éste de letras sin haber estudiado?” Esta sorpresa va a ser la ocasión para declarar el origen de la doctrina y de sí mismo. “Entonces Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía sino del que me ha enviado”. Él es el enviado con una misión más alta que la de Moisés, pero ¿cómo saber si verdaderamente es enviado de Dios, o son doctrinas suyas? Jesús les dice que tienen un testimonio interior el que deben escuchar; con esa luz interna pueden descubrir que su doctrina es de origen divino. “Si alguno quiere hacer su voluntad conocerá si mi doctrina es de Dios, o si yo hablo por mí mismo. El que habla por sí mismo busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le envió, ése es veraz y no hay injusticia en él”. Jesús es sincero, y su vida es irreprochable; nadie puede acusarle de pecado, porque no lo hay; su intención es dar gloria a Dios. Los que no le querían recuerdan el episodio de la última Pascua en Jerusalén, cuando curó al paralítico en sábado, y le acusaron de pecador queriéndole matar. Ante la sorpresa de los que no conocían los hechos dice Jesús: “¿Acaso no os dio Moisés la Ley? Sin embargo, ninguno de vosotros cumple la Ley. ¿Por qué queréis matarme? Respondió la multitud: Estás endemoniado; ¿quién te quiere matar? Jesús les contestó: Yo hice una sola obra y todos os habéis extrañado”. Y acude a los razonamientos rabínicos que decían que realizar la circuncisión el octavo día después del nacimiento no era pecado, pues era una obra buena. ¿Cómo no va a ser bueno curar milagrosamente a un hombre? “Puesto que os dio Moisés la circuncisión –aunque no es de Moisés sino de los Patriarcas–, incluso en sábado circuncidáis a un hombre. Si un hombre recibe la circuncisión en sábado para no quebrantar la Ley de Moisés, ¿os indignáis contra mí porque he curado por completo a un hombre en sábado? No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con recto juicio”.

Y se encendió de nuevo la controversia. Sabe que los del Sanedrín han decidido matarle; pero habla con libertad en el Templo.

“Entonces, algunos de Jerusalén decían: ¿No es éste el que buscan para matarle? Pues mirad cómo habla con toda libertad y nada le dicen. ¿Acaso habrán reconocido las autoridades que éste es el Cristo?” Éste era el núcleo de la cuestión: si debían creer o no en Jesús como el Cristo.

Entonces, se suscita la cuestión del origen de Jesús. “Sin embargo, sabemos de dónde es éste, mientras que cuando venga el Cristo nadie conocerá de dónde es”. Piensan que conociendo su origen en Nazaret ya conocen todo. Desde luego ignoran que nació en Belén, pero la cuestión era más honda; se trataba del origen divino de Jesús, y él aprovecha la oportunidad para aclararlo. Y “clamó: Me conocéis y sabéis de dónde soy; en cambio, yo no he venido de mí mismo, pero el que me ha enviado, a quien vosotros no conocéis, es veraz. Yo le conozco, porque de El vengo y El mismo me ha enviado”. La declaración era importante: era enviado por el Veraz, por Dios mismo. Ahora era más explícito que en la ocasión anterior. No se pueden quedar indiferentes ante una declaración de este estilo. Los que no querían creer se enfurecieron y “buscaban cómo detenerle, pero nadie le puso las manos encima porque aún no había llegado su hora” (Jn).

Los ánimos estaban divididos y “muchos de la multitud creyeron en él y decían: Cuando venga el Cristo, ¿acaso hará más milagros que los que éste hace?” Y este entusiasmo del pueblo exasperó a sus enemigos. “Al oír los fariseos que la multitud comentaba esto de él, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos enviaron alguaciles para prenderlo. Entonces Jesús les dijo: Aún estaré entre vosotros un poco de tiempo, luego me iré al que me ha enviado. Me buscaréis y no me encontraréis, porque donde yo estoy vosotros no podéis venir. Les está hablando de su muerte y de su resurrección, pero no pueden entenderle. Se dijeron los judíos: ¿Adónde se irá éste que no podamos encontrarle? ¿Se irá tal vez a los dispersos entre los griegos y enseñará a los griegos? ¿Qué significan estas palabras que ha

dicho: Me buscaréis y no me hallaréis, y donde yo estoy vosotros no podéis venir?” (Jn). Tras esta discusión Jesús se aleja de allí.

“En el último día, el más solemne de la fiesta, estaba allí Jesús y clamó: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba quien cree en mí. Como dice la Escritura, brotarán de su seno ríos de agua viva” (Jn). Las celebraciones del agua dan pie a este clamor de Jesús. No les dice que vayan a las aguas, sino venid a Mí. Las aguas son bendiciones de Dios. Él es la fuente de esas aguas y bendiciones. Y así como Él es enviado, también va a enviar al que fecundará a todas las tierras que no se cierran a su llamada. “Dijo esto del Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él, pues todavía no había sido dado el Espíritu, ya que Jesús aún no había sido glorificado” (Jn).

Las reacciones, como siempre, fueron variadas. Muchas positivas, pues “de entre la multitud que escuchaba estas palabras, unos decían: Este es verdaderamente el profeta. Otros: Este es el Cristo”. Otras negativas y contrarias pues “en cambio, otros replicaban: ¿Acaso el Cristo viene de Galilea? ¿No dice la Escritura que el Cristo viene de la descendencia de David y de la ciudad de Belén de donde era David? Se produjo, pues, una disensión entre la multitud por su causa. Algunos de ellos querían prenderle, pero nadie puso las manos sobre él” (Jn).

“Volvieron los alguaciles a los príncipes de los sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: ¿Por qué no lo habéis traído? Respondieron los alguaciles: Jamás habló así hombre alguno. Les replicaron entonces los fariseos: ¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso alguien de las autoridades o de los fariseos ha creído en él? Pero esta gente, que desconoce la Ley, son unos malditos”.

Sin embargo, no pueden impedir que en su mismo ambiente empiece a germinar la fe. “Nicodemo, aquel que vino de noche a Jesús y que era uno de ellos, les dijo: ¿Es que nuestra Ley juzga a un hombre sin haberle oído antes y conocer lo que ha hecho? Le respondieron: ¿También tú eres de Galilea? Investiga y te darás cuenta de que ningún profeta surge de Galilea. Y se volvió cada uno a su casa” (Jn). Realmente no había respuesta para una norma tan clara de la Ley como escuchar al acusado. Pero evitan una búsqueda sincera de la verdad, porque en realidad les importa poco; sus corazones están oscurecidos.

La mujer adúltera

Los sucesos de la fiesta de los Tabernáculos han dejado los ánimos divididos. Cada vez son más los que creen en Jesús en el propio Jerusalén. En el mismo Sanedrín aparecen partidarios de él. Y los ánimos contrarios se enconan, y van a preparar una encerrona a Jesús con malicia notable. Van a conjugar el cumplimiento de la Ley y la misericordia con el perdón tantas veces predicados por Jesús. Aunque en sus mentes retorcidas parezca incompatible compaginar lo que dice la Ley con el perdón.

Sucedió al día siguiente de la fiesta, cuando Jesús baja del monte de los olivos al Templo para enseñar. De repente, se organiza un notable tumulto. Un grupo de escribas y fariseos se agitan y gritan. Una mujer está en el centro del grupo; se acercan a Jesús. “Los escribas y fariseos trajeron una mujer sorprendida en adulterio y, poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés en la Ley nos mandó lapidar a éstas; ¿tú que dices?” (Jn). En el Levítico se prescribe la pena de muerte para estos casos; en el Deuteronomio se manda que se saque fuera de la ciudad a los adúlteros y se les lapide. Los romanos prohibían la lapidación. Pero están dispuestos a realizarla.

“Esto lo decían tentándole, para tener de qué acusarle”. Es la primera vez que le tienden una trampa a Jesús, intentando envolverle en cuestiones aparentemente insolubles. Por un lado estaba el cumplimiento de la Ley que, en justicia, pedía esa pena. Por otro lado, estaba la constante actitud de perdonar que Cristo tenía, y que tan amable le hacía a muchos. Si optaba por la justicia se hacía odioso al pueblo; si perdonaba no cumplía la Ley. En sus mentes resentidas no había otra opción.

Jesús reacciona con un silencio sereno. “Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en la tierra”. Parece no querer cruzar su mirada con el tumulto ni con ninguno de ellos. Ese silencio es una oportunidad para que rectifiquen los malintencionados, pero también puede ser un enfado contenido ante la crueldad de aquellos que no piensan en la mujer, en su vergüenza, en su pecado o en su muerte. Los escribas y fariseos se alegran de su silencio, piensan que no sabe qué decir, que ya lo tienen vencido.

“Como ellos insistieran en preguntarle, se incorporó”, les mira con mirada severa dirigiéndose a cada uno “y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado que tire la piedra el primero”. Fue como un trallazo en el grupo. Ahora son ellos los que guardan silencio. Pasan de acusadores a acusados. Pedían justicia y se encuentran que la justicia les interpela. Cada uno se encuentra con la verdad de su propia vida. En lo externo son cumplidores, pero en lo oculto son pecadores. Se miran. Dudan. Nadie se mueve, ni habla. Jesús, “inclinándose de nuevo, seguía escribiendo en la tierra. “Al oírle, se iban marchando uno tras otro, comenzando por los más viejos”. Ninguno puede soportar un juicio en el que saldrían condenados por la verdad. Por eso optan por la salida poco digna, pero salida al fin, de callar y escapar.

“Y quedó solo Jesús y la mujer, de pie, en medio. Jesús se incorporó y le dijo: Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado? Ella respondió:

Ninguno, Señor. Díjole Jesús: Tampoco yo te condeno; vete y desde ahora no peques más” (Jn). El juicio pasa de la justicia a la misericordia, y triunfa el perdón. Jesús consigue con su misericordia la meta del arrepentimiento y la rectificación de una conducta alocada y, con ella, una justicia más alta. En ningún momento ha alabado su comportamiento: llama al pecado, pecado; pero perdona. Y este perdón misericordioso es como un acicate que impulsa al cambio de vida.

La luz del mundo

Es fácil imaginar el estado de ánimo de los escribas y fariseos después de la vergüenza que han experimentado con la cuestión de la mujer adúltera. Estaban humillados. La humildad da paz y libera de las tenazas del pecado y sus confusiones; pero la humillación engendra odio, rencor, violencia, ceguera, esclavitud. Los sucesos de los siguientes días, en que se desarrollan unas polémicas llenas de encono y violencia, lo mostrarán.

La fiesta de los Tabernáculos se celebraba recordando también la nube y el fuego que guiaban a los israelitas en el desierto. En el atrio de las mujeres se encendían unos grandes candelabros de varios metros que iluminaban toda Jerusalén. Los sacerdotes y mucha gente del pueblo hacían procesiones de antorchas alrededor en un espectáculo de gran atracción. En ese contexto “dijo Jesús: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn). Luz plena sólo es Dios. Fuera de Dios, y en el pecado, existe la tiniebla. Proclamarse luz del mundo es una afirmación velada de su divinidad. Sus palabras no pueden ser tomadas como un testimonio más, sino como emanaciones de la luz que llega a todos los hombres. Los hechos anteriores muestran esta distancia –insalvable– entre la luz y las tinieblas.

Entonces surge una gran polémica y “le dijeron entonces los fariseos: Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es válido”. Así decía la Ley en los juicios. Pero aquello no era un juicio, sino una manifestación de la verdad. “Jesús les respondió: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es válido porque sé de dónde vengo y adónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo y adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne, yo no juzgo a nadie; y si yo juzgo, mi juicio es verdadero porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. En vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos personas es válido. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre, que me ha enviado, también da testimonio de mí”. Es un momento clave de su verdad: el Padre da testimonio de él, pero ¿dónde se da este testimonio? En la conciencia y en las Escrituras. Y “e entonces le decían: ¿Dónde está tu Padre? Jesús respondió: Ni me conocéis a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí conoceríais también a mi Padre”.

Jesús estaba hablando de su divinidad. Aceptarlo era entrar en una nueva dimensión: El Dios con nosotros era Aquel que estaba delante de ellos. La humanidad acababa de entrar en una nueva era divinizada. Si no se aceptaba, se seguía en las tinieblas, acusando a Jesús de blasfemo. “Estas palabras las dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el Templo; y nadie le prendió porque aún no había llegado su hora”.

Jesús reprende la incredulidad de los judíos

Los judíos no creen la palabra de Jesús y el testimonio interior del Padre porque su corazón está en las tinieblas del pecado. Por eso “Jesús les dijo de nuevo: Yo me voy y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado; a donde yo voy vosotros no podéis venir. Los judíos decían: ¿Es que se va a matar y por eso dice: A donde yo voy vosotros no podéis

venir?” Siempre entendiendo las cosas de arriba con una visión plana, chata, horizontal. “Y les decía: Vosotros sois de abajo; yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo. Os he dicho que moriréis en vuestros pecados, porque si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados” (Jn). De nuevo la fe en su divinidad cada vez más clara: Jesús no es de este mundo. Ha usado el nombre con el que Dios se reveló a Moisés para mostrar su identidad. “Yo soy el que soy” y, de nuevo, recuerda que la fe en su divinidad –cada vez más clara– no es de este mundo: es un don de Dios.

Los judíos se quedan perplejos ante esta escalada de revelaciones y dudan. “Entonces le decían: ¿Tú quién eres?” Eres un hombre como nosotros: ¿cómo es posible que te proclames Dios? “Jesús les respondió: Tengo muchas cosas que hablar y juzgar de vosotros, pero el que ha enviado es veraz, y yo, lo que le he oído, eso hablo al mundo. Ellos no entendieron que les hablaba del Padre”. De nuevo la dificultad para entender y creer. “Díjoles, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que como el Padre me enseñó así hablo. Y el que me ha enviado está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Jn). Entonces Jesús pone la imagen de la serpiente elevada en el desierto por Moisés a indicación de Dios, a manera de un anuncio de su muerte salvadora en la Cruz, con una obediencia que agrada al Padre por ser la reparación de la desobediencia de Adán y de los hombres pecadores. “Al decir estas cosas, muchos creyeron en él”.

“Decía Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn). La libertad de los hijos de Dios, que nace de la verdad conquistada por la fe, es la libertad del amor verdadero, la vida de Dios en el alma, es una vida nueva por un don de

Dios que podemos llamar gracia divina. “Le respondieron: Somos linaje de Abrahán y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Os haré libres? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado, esclavo es del pecado. El esclavo no queda en casa para siempre; mientras que el hijo queda para siempre; pues, si el Hijo os librase, seréis verdaderamente libres. Yo sé que sois linaje de Abrahán y, sin embargo, buscáis darme muerte porque mi palabra no tiene cabida en vosotros”.

“Yo hablo lo que vi en mi Padre, y vosotros hacéis lo que oísteis a vuestro padre. Le respondieron: Nuestro padre es Abrahán. Jesús les dijo: Si fuereis hijos de Abrahán haríais las obras de Abrahán. Pero ahora queréis matarme, a mí que os he dicho la verdad que oí de Dios; Abrahán no hizo esto. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Le respondieron: Nosotros no hemos nacido de fornicación, tenemos un solo padre que es Dios. Jesús les dijo: Si Dios fuese vuestro padre, me amaríais; pues yo he salido de Dios y he venido. Yo no he salido de mí mismo sino que El me ha enviado. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis cumplir las apetencias de vuestro padre; él era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla la mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y padre de la mentira. Sin embargo, a mí, que digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios”.

Al oír estas verdades, los judíos se llenaron de furor, y le respondieron con un insulto: “¿No decimos bien que tú eres samaritano y estás endemoniado? Jesús respondió: Yo no estoy endemoniado, sino que honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis a mí” (Jn). El enfrentamiento ya es abierto. Jesús aduce su sinceridad: “Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga. En verdad, en verdad os digo: si alguno guarda mi palabra jamás verá la muerte”. Afirmación fuerte es la victoria sobre la muerte. Nadie ha vencido a la muerte, que es fruto del pecado. Cristo va a traer esta

victoria. No le creyeron Y le dijeron: “Ahora conocemos que estás endemoniado. Abrahán murió y también los profetas, y tú dices: Si alguno guarda mi palabra, jamás gustará la muerte. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron. ¿Por quién te tienes tú? Jesús respondió: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada vale. Mi Padre es el que me glorifica, el que decís que es vuestro Dios, y no lo conocéis; yo, sin embargo, lo conozco. Y si dijera que no lo conozco sería mentiroso como vosotros, pero lo conozco y guardo su palabra. Abrahán vuestro padre se regocijó por ver mi día; lo vio y se alegró. Los judíos le dijeron: ¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: antes que Abrahán naciese, yo soy” (Jn).

Es el momento de una explicación de la filiación divina de Jesús. Jesús es preexistente a Abraham y tiene alrededor de treinta años. Esta revelación no puede querer decir más que es Dios mismo. Es Hijo eternamente engendrado por el Padre. Este Hijo eterno se ha hecho hombre para traer vida divina a los hombres. Abraham recibió la revelación de esta enorme gracia de Dios y exultó. Ahora deberían tener una fe como la de Abraham para creer en esta enormidad: que este hombre que tienen delante de los ojos sea, además de hombre, Dios verdadero, Hijo consustancial con el Padre Dios. “Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se escondió y salió del Templo” (Jn). Es un final violento. Ha estallado la violencia, han pasado de la polémica al insulto, y del insulto al intento de lapidación. Ya no se trata sólo de falta de fe, sino de auténtico odio. Pero Jesús no puede callar, tiene que comunicar a todos su identidad y el motivo de su misión salvadora.

La curación del ciego de nacimiento

Sin usar sus poderes divinos, con la ayuda de sus discípulos, Jesús se escabulló de los que querían apedrearle en medio de la confusión. Pero

volvió al siguiente sábado al Templo; allí realizará un milagro relacionado con todo lo que acaba de suceder: la curación de un ciego de nacimiento, conocido de todos, porque pedía en el mismo Templo. Este milagro tendrá varias características importantes: una vez más es realizado en sábado, con lo que se renueva la polémica de la curación del paralítico en la Pascua anterior; su valiente confesión le comporta su expulsión como miembro de la sinagoga. Esta curación va a ser realizada en el Templo ante “una nube de testigos”, no en un lugar apartado pidiendo silencio y discreción. Es la primera excomunión a un discípulo de Jesús, por el hecho de serlo, en una escalada de enfrentamiento con el Señor.

Todo comenzó con una pregunta de los discípulos al ver a un ciego de nacimiento en el Templo. “Y al pasar vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: Rabbí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?”. La Escritura relaciona el dolor, la enfermedad y la muerte con el pecado, pero no cada enfermedad, sino la situación de postración y dolor de la humanidad. Estaba muy arraigado entre el pueblo ver la enfermedad como fruto del pecado, y los discípulos participaban de esta mentalidad, bastante simplista. Lo que extraña es que lo apliquen a una enfermedad de nacimiento. ¿Cuándo había pecado si no había nacido? Esta creencia necesita aclaración.

“Respondió Jesús: Ni pecó éste ni sus padres, sino que eso ha ocurrido para que las obras de Dios se manifiesten en él” (Jn). Cosa que sucederá, en este caso, con el milagro de su curación, pero que ocurre en todo dolor cuando el paciente sabe convertirlo en ocasión de amar, perseverando en el amor cuando se vive con salud y prosperidad. Luego, Jesús repite la declaración que había hecho hacía poco: “Es necesario que nosotros hagamos las obras del que me ha enviado mientras es de día, pues llega la noche cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo” (Jn). El día son los años de su permanencia entre los hombres; la noche, su muerte. Aunque también se puede interpretar el día como vivir con Jesús por la gracia, y la noche el alejamiento que lleva a las tinieblas.

La declaración de ser luz del mundo adquiere matices nuevos mirando al ciego que no ve la luz de la tierra.

“Dicho esto, escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, aplicó lodo en sus ojos y le dijo: Anda, lávate en la piscina de Siloé –que significa Enviado–”. Todo tiene aquí su significado. Hacer lodo en sábado equivale a trabajar. Según las interpretaciones farisaicas, era como hacer ladrillos, incluso se decía que poner saliva en los ojos era una actividad que quebrantaba el descanso del sábado. Por otra parte, conocemos la importancia de la piscina de Siloé en la fiesta de los Tabernáculos, y el mismo nombre de Enviado evoca a Jesús como el Enviado que viene a curar a los hombres de sus enfermedades.

El ciego no sabe quién es el que le mancha la cara, quizá escucha que se trata de barro. No se le pide fe, ni se le dice que va a ser curado, simplemente se le dice que se lave en un lugar determinado. Él, quizá molesto, guiado por otros, se dirigió donde se le decía. “Fue, pues, se lavó y volvió con vista”. ¡Qué gran sobresalto hubo de ser pasar de las tinieblas a la luz! Ver a las personas que antes sólo oía, percibir la grandeza del Templo y sus formas, captar todos los matices de la luz, poder moverse con libertad. Y la alegría inunda su alma. Lo dice a todos, su corazón no cabe en su pecho. Entonces pregunta quién le ha puesto ese barro en los ojos con el deseo de conocerle, de saber quién es y cómo lo ha hecho. “Los vecinos y los que le habían visto antes cuando era mendigo decían: ¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna? Unos decían: Es él. Otros en cambio: De ningún modo, sino que se le parece”. Es lógica la sorpresa ante la transformación de un rostro sin mirada en otro rostro iluminado por la vista y por la alegría. “Él decía: Soy yo. Entonces le preguntaban: ¿Cómo se te abrieron los ojos? Él respondió: Ese hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: Ve a Siloé y lávate. Entonces fui, me lavé y comencé a ver. Le dijeron: ¿Dónde está ése? Él respondió: No lo sé” (Jn).

La cuestión no acaba ahí, pues va a dar un giro insospechado al intervenir los fariseos que no ven, o no quieren ver, las grandezas de Dios. Y se fijan en un precepto humano que pretendía proteger otro divino, pero que, de hecho, lo ocultaba. “Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día en que Jesús hizo el lodo y le abrió los ojos. Y le preguntaban de nuevo los fariseos cómo había comenzado a ver. Él les respondió: Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo”. Parece que les sorprende el hecho de la curación y quieren cerciorarse por boca del interesado, que lo repite casi con las mismas palabras a todos. Al oír que el milagro ha sido realizado en sábado, la curación milagrosa pasa a un segundo lugar, como si no viniese de Dios y fuese una cuestión secundaria. “Entonces algunos de los fariseos decían: Ese hombre no es de Dios, ya que no guarda el sábado. Pero otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer tales prodigios? Y había división entre ellos”. Hasta que vuelven al antiguo ciego que les mira con asombro, al constatar que los fariseos, lejos de admirarse o agradecer semejante curación a uno de los suyos, miembro de la Sinagoga y ciego de nacimiento, se entretienen en cuestiones, para él, sin importancia. “Dijeron, pues, otra vez al ciego: ¿Tú que dices de él, puesto que te ha abierto los ojos? Respondió: Que es un profeta”. Entonces se indignan con él como si fuese un culpable. “No creyeron los judíos que aquel hombre habiendo sido ciego hubiera llegado a ver, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista”; éstos acuden con el temor que suele dar a las gentes sencillas la presencia de los poderosos y de la autoridad. “Les preguntaron: ¿Es éste vuestro hijo, que decís ha nacido ciego? ¿Entonces cómo es que ahora ve? Respondieron sus padres: Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo es que ahora ve, no lo sabemos; o quién le abrió los ojos, nosotros no lo sabemos. Preguntadle a él, que edad tiene, él dará razón de sí mismo. Sus padres dijeron esto porque temían a los judíos, pues ya habían acordado que si alguien confesaba que él era el Cristo fuese expulsado de la sinagoga. Por eso sus padres dijeron: Edad tiene, preguntadle a él”.

Ceguera de los judíos

Entonces “llamaron, pues, por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es un pecador”. Dar gloria a Dios es dar testimonio de la verdad, pero ellos eligen un falso testimonio contra Jesús como pecador. En su vileza, piden que el curado sea desagradecido y se pliegue a sus presiones. Pero no lo consiguen, pues “Él les contestó: Si es un pecador yo no lo sé. Sólo se una cosa: que yo era ciego y ahora veo. Entonces le dijeron: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?” Han perdido ya la paciencia, y están haciéndola perder al ciego, que no sale de su asombro y empieza a comprender que se mueven por odio con sus corazones más ciegos que sus ojos antes del milagro. “Les respondió: Ya os lo dije y no lo escuchasteis, ¿por qué lo queréis oír de nuevo? ¿Es que también vosotros queréis haceros discípulos suyos?” La reacción de los inquisidores es violenta pues “le insultaron y le dijeron: Tú serás discípulo suyo; nosotros somos discípulos de Moisés. Sabemos que Dios habló a Moisés, pero ése no sabemos de dónde es”. No aceptan el testimonio de Jesús de que su Padre es Dios y él es el enviado de Dios para salvar a los hombres. Todo antes que aceptar esa verdad.

El ciego, que no sólo tiene vista en los ojos, sino que está viendo con los ojos del alma la verdad de fondo que se está jugando, “les respondió: Esto es precisamente lo admirable, que vosotros no sepáis de dónde es y que me abriera los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino que si uno honra a Dios y hace su voluntad, a éste le escucha. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si ése no fuera de Dios no hubiera podido hacer nada”. El discurso del ciego que ahora ve está lleno de lógica y de fe. Todos los pasos de su razonamientos son coherentes. El que no los ve es porque está ciego y sufre la peor ceguera, la de no querer ver porque le ciega el pecado. La respuesta es aún más violenta, y le expulsan de la sinagoga acusándole además de pecador por ser ciego. Sorprendente lógica que bien concuerda con el error inicial que manifestaron, sencillamente, los propios

discípulos del Señor. “Ellos le respondieron: Has nacido empecatado y ¿nos vas a enseñar tú a nosotros? Y lo echaron fuera” (Jn).

El ciego y Jesús

El ciego se va lleno de confusión y dolor. De una parte la alegría de ver, de otra la excomunión. ¿Por qué odian tanto a ese Jesús, del cual sólo conoce la voz, pero aún no ha visto el rostro?

“Oyó Jesús que lo habían echado fuera, y encontrándose con él le dijo: ¿Crees tú en el Hijo del Hombre? El respondió: ¿Y quién es, Señor, para que crea en él? Le dijo Jesús: Lo has visto; el que habla contigo, ése es. Y él exclamó: Creo, Señor. Y se postró ante él. Dijo Jesús: Yo he venido a este mundo para un juicio, para que los que no ven vean, y los que ven, se vuelvan ciegos” (Jn). Creer es ver por los ojos de otro. Creer es reconocer la verdad. Creer es el medio para amar a Dios. Y el ciego ve con el cuerpo y con el alma. Ahora sabe que Dios ha tenido misericordia de los hombres. Sabe que Dios le quiere. Sabe que ese hombre que le untó barro en los ojos es el Hijo del hombre profetizado por Daniel, sabe que Jesús es el Mesías, sabe que es el Hijo de Dios venido al mundo para dar luz a los hombres. Y se postra adorándole como Dios. La luz llena su alma.

“Oyeron esto algunos de los fariseos que estaban con él y le dijeron: ¿Acaso nosotros también somos ciegos? Les dijo Jesús: Si fuerais ciegos no tendríais pecado, pero ahora decís: Vemos; por eso vuestro pecado permanece”. La ignorancia invencible nunca es pecado y Dios juzga la sinceridad de cada uno con todos los atenuantes y todos los agravantes. Ellos están ciegos, porque en sus corazones reside el pecado. Pronto revelará Jesús la verdad de sus vidas en público, para su vergüenza, ya que no quieren acercarse a la luz, y reconocer la verdad alcanzando el perdón, porque sus obras son malas.

Jesús es el Buen Pastor

Si los guías son ciegos, es fácil que muchos guiados caminen en las tinieblas y se extravíen por senderos desorientados. Lo que acaba de suceder este sábado ha podido abrir los ojos de muchos que ahora saben quienes son los guías de Israel en aquellos momentos. Y la reacción de Jesús será la exposición de la hermosísima alegoría del Buen Pastor. Israel es un pueblo nacido de pastores; esto fueron los patriarcas, y, tras la liberación de Egipto, fueron un pueblo pastoril seminómada. Al establecerse en la tierra prometida esta labor no cesa, y son numerosos los rebaños, especialmente de ovejas, en todos los lugares, alternando con el cultivo de la tierra. Por eso el recurso al buen y mal pastor es frecuente en los profetas y en los salmos. Dios enviará pastores, Él mismo es el Pastor de Israel. “El Señor es mi pastor, nada me falta, en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas”. De ahí la fácil inteligencia con que Jesús se reconoce a sí mismo como el Buen Pastor y puerta del redil.

“En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta del redil de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es un ladrón y un salteador. Pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el portero y las ovejas atienden a su voz, llama a sus propias ovejas por su nombre y las saca fuera. Cuando ha sacado fuera todas sus ovejas, camina delante de ellas y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Pero a un extraño no le seguirán, sino que huirán de él porque no conocen la voz de los extraños. Jesús les propuso esta comparación, pero ellos no entendieron qué era lo que les decía” (Jn).

“Entonces dijo de nuevo Jesús: En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos cuantos han venido antes que yo son ladrones y salteadores, pero las ovejas no les escucharon. Yo soy la puerta; si alguno entra a través de mí, se salvará; y entrará y saldrá y encontrará pastos. El

ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Yo vine para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn). Ponerse como puerta es un símbolo de lo que valen sus enseñanzas y ejemplos. El que las sigue encuentra vida abundante, pero existen puertas falsas, existen ladrones, como ya había enseñado en otra de sus imágenes plásticas, la de la puerta angosta.

La alegoría llega a su punto culminante cuando dice de modo solemne y sencillo: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas”. Sólo Dios es el pastor supremo del pueblo. El cuidado de sus fieles no se reduce a guiar, hablar y enseñar, sino que llega a dar la propia vida. El pastor ama a las ovejas con amor total. En cambio “el asalariado, el que no es pastor dueño de las ovejas, ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye –y el lobo las arrebató y las dispersó–, porque es asalariado y no le importan las ovejas”. Sólo él y quienes tratan de identificarse con él, viviendo como él vive son el Buen Pastor. Quienes le rechazan conociéndole, libremente, no son más que mercenarios a sueldo de sus propios intereses inconfesables. Y repite de nuevo el Señor: “Yo soy el buen pastor, conozco las mías y las mías me conocen”. El conocimiento mutuo es la característica del buen pastor y de las ovejas: se da una sintonía porque el amor de Dios lleva a reconocer a Dios en su enviado. De ahí que la fe es fruto del bien vivir. El conocimiento lleva a un amor de entrega total.

“Como el Padre me conoce a mí, así yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas” (Jn). El Padre engendra por amor, con conocimiento perfecto, al Hijo, por eso el Hijo ama como el Padre; ese amor lleva al Hijo a dar su vida por los hombres. Esta entrega se extiende de mil modos a todos los hombres. El cauce primero será Israel; después el nuevo Pueblo de Dios que será la Iglesia; pero llega a todos los hombres por las vías de la misericordia “Tengo otras ovejas que no son de este redil, a éstas también es

necesario que las traiga, y oirán mi voz y formarán un solo rebaño, con un solo pastor”. Esta es la gran meta de la humanidad: estar unidos entre sí y con Dios formando un sólo pueblo. Al final de los tiempos todos los pueblos superarán las desuniones, que son fruto del pecado, y la Iglesia los unirá a Cristo y entre ellos. Así escuchando la voz de Jesús se reúne lo disperso, se une en la caridad y en la verdad, consumados en la unidad. Y Cristo como buen y único pastor conduce a los hombres, tantas veces perdidos en las veredas de la vida, a los verdes pastos donde encuentran alimento, vida, paz.

La conclusión sale ya de los límites de la alegoría y pasa al anuncio profético, aunque velado, de lo que va a venir y ya está viniendo: la entrega de la vida para salvar a los hombres. “Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo” (Jn). El que sabe y escuchó sus predicciones anteriores entiende que habla de su muerte y de su resurrección en acto de obediencia al mandato amoroso del Padre. Ante el desarrollo de los acontecimientos que van a venir conviene tener en cuenta la libertad soberana con que Cristo anuncia su muerte, ya próxima. Muerte hacia la que, como Dios, pero también como hombre, camina libremente. Mi vida, dice, “nadie me la quita, sino que yo la doy libremente. Tengo poder para darla y tengo poder para tomarla de nuevo. Éste es el mandato que he recibido de mi Padre”. Ésta es la libertad total, la del amor sin límites, la del amor que llega a la donación no sólo de los sentimientos y de los afectos, sino de la misma vida.

Como solía ocurrir, ante sus declaraciones, hay división de pareceres entre los que le escuchan, pero difícilmente cabe seguir indiferente. “Se produjo de nuevo una disensión entre los judíos a causa de estas palabras. Muchos de ellos decían: Está endemoniado y loco, ¿por qué le escucháis? Otros decían: Estas palabras no son de quien está

endemoniado. ¿Acaso puede un demonio abrir los ojos de los ciegos?” (Jn). Así finaliza esta fiesta tan densa en acontecimientos.

Los niños y Jesús

A los tensos días de las fiestas suceden una serie de encuentros en los que la grandeza de Dios se manifiesta en ternura humana. El primero atrae en su difícil facilidad. Unas personas “le presentaban unos niños para que les impusiera las manos; pero los discípulos les reñían. Al verlo, Jesús se enfadó, y les dijo: Dejad que los niños se acerquen a mí, y no se lo impidáis, porque de éstos es el Reino de Dios. En verdad os digo: quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y abrazándolos, los bendecía imponiéndoles las manos” (Mc).

Sin la sencillez de los niños no se puede comprender, ni vivir, según el Reino predicado por Jesús. Un niño necesita de todo, está en manos de sus padres. Sus pequeños avances son grandes victorias. No sabe de las grandes cuestiones y preocupaciones de los mayores, pero es muy sensible a las cuestiones de amor, especialmente de los padres. El camino de las cosas pequeñas es el suyo. Para los mayores es más necesario que para los niños el camino de infancia, pues requiere mucha madurez vivir con esta sencillez y abandono; se deben superar las complicaciones interiores y la autosuficiencia de querer hacer las cosas solo, y no como hijo de Dios.

El joven rico

“Cuando salía para ponerse en camino, vino uno corriendo y, arrodillado ante él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna?” Las carreras, el arrodillarse, la pregunta sobre la vida eterna, son muestra de vitalidad y de la buena voluntad del joven. “Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno, Dios”.

Que es como decirle: ¿Te has dado cuenta de quién soy yo? ¿Me reconoces como Dios además de Maestro? El silencio del joven indica que no había llegado tan lejos. Entonces Jesús añade: “Ya conoces los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, no defraudarás a nadie, honra a tu padre y a tu madre” (Mc). Le recuerda sólo los de la segunda tabla, la que hace referencia al amor al prójimo; ya vendrá después la primera, la del amor a Dios que lo debe llenar todo.

El joven respondió alegremente: “Maestro, todo esto lo he guardado desde mi adolescencia”. La reacción del Señor es también alegre. “Jesús, fijando en él su mirada, se prendó de él”. La mirada tiene un fuerte contenido. Se pueden decir muchas cosas con ella, incluso puede ser más expresiva que las palabras. Jesús mira aquel alma limpia, le ama, y le invita a subir más arriba; por eso le dice: “Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; luego ven y sígueme” (Mc). Era un *sígueme* como el de los apóstoles. Se trataba de vivir con un amor que llevase a estar desprendido de todo lo material, a no tener donde reclinar la cabeza, a dar sus bienes a los pobres, en un acto de generosidad total. Si Jesús se lo pide es porque es lo mejor para aquel joven. Le propone un amor como Él mismo vive. Se hizo el silencio en todos los que observaban la escena; “pero él, afligido por estas palabras, se marchó triste, pues tenía muchos bienes” (Mc). triste final, para tan buen comienzo. Se hizo el silencio entre los presentes que ven marchar al joven poco generoso.

Pobreza y entrega cristianas

“Jesús, mirando a su alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Qué difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas! Los discípulos quedaron impresionados por sus palabras. Y hablándoles de nuevo, dijo: Hijos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Es más fácil a

un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios. Y ellos se asombraron aún más diciéndose unos a otros: Entonces, ¿quién podrá salvarse?” (Mc). Saben bien lo que cuesta desprenderse de los bienes materiales, y la exclamación del Señor revela que, aunque han dejado sus trabajos y sus posesiones, quizá algunos guardaban la secreta esperanza de que aquello fuese una situación transitoria, hasta la instauración del Reino que predica Jesús; pero no es así, siempre se debe vivir con ese espíritu de pobreza nada fácil. El asombro y el temor llenan sus almas. Jesús, fijándose en ellos, dijo: “Para los hombres esto es imposible, pero no para Dios; pues para Dios todo es posible” (Mc). Para cumplir esa nueva ley, para seguir a Cristo de cerca, contarán con una ayuda divina extraordinaria, la gracia de Dios, un don por el cual Dios habita en el alma, sana las heridas del pecado original, y permite cumplir lo que, sin ella, sería una ley de perdición: el hombre conocería lo que es el deber, pero no lo podía hacer.

“Comenzó Pedro a decirle: Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”. Es sincero, manifiesta su amor, su entrega real, no pide nada, pero sus palabras esconden una cierta inquietud. Por eso, Jesús respondió: “En verdad os digo que no hay nadie que habiendo dejado casa, hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o campos por mí y por el Evangelio, no reciba en esta vida cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones; y en el siglo venidero, la vida eterna. Porque muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros” (Mc). El ciento por uno es la felicidad en la tierra, ésa que la posesión de cosas no puede dar, pues el egoísmo siempre se cobra su tributo de inquietud. Pero, por si fuese poco, alcanzarán como premio la vida eterna. Vale la pena buscar de un modo decidido esa paga. Dios, que es Amor, no dejará sin recompensa a los que por amor suyo viven generosamente, pues no se deja ganar en generosidad. La esperanza en la meta lleva a no querer tomarse anticipos de otras felicidades que, por ser terrenas, siempre son efímeras, y dejan el corazón seco tantas veces, porque no incluyen el amor total y excedente.

Parábola del buen samaritano

Entre los encuentros de esos días también los hay insidiosos. “Un doctor de la Ley se levantó y dijo para tentarle: Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?” (Lc). La misma pregunta que el joven rico, pero sin su ingenuidad. Jesús, que lee en los corazones, le contesta con la Ley que él bien conocía: “¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? Y éste le respondió: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Has respondido bien: haz esto y vivirás. Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?” Todo está escrito, pero resulta difícil entender y se suceden las interpretaciones, algunas deforman el fondo, ponen limitaciones y existe el peligro de no vivir lo más importante de la ley y lo que da sentido a todas las demás prescripciones: amar a Dios plenamente, y a los hombres con ese mismo amor.

Y la pregunta, que había tenido su inicio en la insidia, va a ser ocasión de una de las más bellas enseñanzas de Jesús dicha en forma de parábola: “Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de haberle despojado, le cubrieron de heridas y se marcharon, dejándolo medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y, viéndole, pasó de largo. Asimismo, un levita, llegando cerca de aquel lugar, lo vio y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él, y al verlo se movió a compasión, y acercándose vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino; lo hizo subir sobre su propia cabalgadura, lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: Cuida de él, y lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta. ¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que cayó en manos de los salteadores? Él le dijo: El que tuvo misericordia con él. Pues anda, le dijo entonces Jesús, y haz tú lo mismo” (Lc).

El camino de Jerusalén a Jericó es el camino de la vida, lleno de peligros. Los salteadores son el demonio y sus secuaces. El sacerdote representa a los que interpretan la Ley, pero sin vida y con legalismos. De hecho, una de las falsas interpretaciones de la Ley que circulaba en aquellos momentos en la Sinagoga sostenía que sólo tocar a alguien malherido y que pudiese estar muerto era contaminante; por esto el sacerdote de la parábola se aleja, e igualmente el levita. El buen samaritano es el hombre que sabe querer al modo divino, que se olvida de sus ocupaciones, cura, cuida, gasta su dinero, dice que volverá para ver cómo va la recuperación. En definitiva, vive la misericordia; ése, el que está fuera de la ley mosaica, es el que mejor cumple la ley de Dios. El pensamiento de Jesús es de una claridad diáfana. Jesús es el buen samaritano de los que sufren en este mundo.

Las parábolas de la verdadera justicia

Las parábolas que vienen a continuación resumen el contenido de los tres años de predicación. Lo esencial ya está dicho, pero queda mucho por desarrollar. Los apóstoles –en esta ocasión– no preguntan el significado de las parábolas. Los discípulos están más preparados para entender la doctrina de Jesús.

Parábola de fariseo y del publicano

Los acontecimientos explican muy bien una parábola de Jesús sobre la verdadera oración, la actitud farisaica y la verdadera humildad. “Dijo también esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos teniéndose por justos y despreciaban a los demás: Dos hombres subieron al Templo para orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, quedándose de pie, oraba para sus adentros: Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano.

Ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de todo lo que poseo. Pero el publicano, quedándose lejos, ni siquiera se atrevía a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Oh Dios ten compasión de mí que soy un pecador. Os digo que éste bajó justificado a su casa, y aquél no. Porque todo el que se ensalza será humillado, y todo el que se humilla será ensalzado” (Lc).

La oración del fariseo es rechazada porque sus pensamientos son fruto del orgullo espiritual. Hace cosas difíciles y loables en sí mismas, pero con intención torcida. El fariseo se vanagloria de sus limosnas, de sus ayunos y se compara con el publicano, al que considera inferior, juzgándole. Busca el secreto orgullo de saberse perfecto. No le mueve el amor de Dios, y no es consciente de que, sin la ayuda del Señor, no puede nada. El orgullo ha tomado una apariencia espiritual que esconde un pecado de soberbia, difícil de curar, porque está llena de buenas obras pero no para la gloria divina. Usa a Dios para la propia gloria.

El publicano, en cambio, dice la verdad de su propia indignidad, por eso pide perdón. No se compara con nadie, se sitúa en su sitio y Dios le mira con compasión. Le justifica. La suya es una oración humilde, y, por eso, es escuchada y arranca bendiciones del cielo.

Jesús quiere que los suyos juzguen con rectitud y no se queden en las meras apariencias, sino que dejen el juicio íntimo para Dios, y ellos oren con humildad, incluso cuando las obras buenas les puedan llevar a un cierto engreimiento y vanidad.

Parábola de los obreros de la viña

Israel es la viña de Dios, como también lo es el mundo entero. La parábola que viene a continuación expone el misterio de la libertad divina – Dios llama a quien quiere y cuando quiere–, de la libertad humana –nadie

se ve nunca obligado, forzado por Dios a trabajar en su viña—. Dios invita, no impone.

“El Reino de los Cielos es semejante a un amo que salió al amanecer a contratar obreros para su viña. Después de haber convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió también hacia la hora de tercia y vio a otros que estaban en la plaza parados, y les dijo: Id también vosotros a mi viña y os daré lo que sea justo. Ellos marcharon. De nuevo salió hacia la hora de sexta y de nona e hizo lo mismo. Hacia la hora undécima volvió a salir y todavía encontró a otros parados, y les dijo: ¿Cómo es que estáis aquí todo el día ociosos? Le contestaron: Porque nadie nos ha contratado. Les dijo: Id también vosotros a mi viña. A la caída de la tarde dijo el amo de la viña a su administrador: Llama a los obreros y dale el jornal, empezando por los últimos hasta llegar a los primeros. Vinieron los de la hora undécima y percibieron un denario cada uno. Al venir los primeros pensaban que cobrarían más, pero también ellos recibieron un denario cada uno. Cuando lo tomaron murmuraban contra el amo, diciendo: A estos últimos que han trabajado sólo una hora los has equiparado a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor. El respondió a uno de ellos: Amigo, no te hago ninguna injusticia; ¿acaso no conviniste conmigo en un denario? Toma la tuyo y vete; quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿No puedo hacer yo con lo mío lo que quiero? ¿O es que vas a ver con malos ojos que yo sea bueno? Así los últimos serán primeros y los primeros últimos” (Mt).

Israel es llamado antes que los demás pueblos, y soporta el peso del día y el calor manteniendo la fidelidad a la Alianza del Dios único. Otros, con el tiempo, se irán incorporando, incluso algunos son llamados al final, a la hora undécima y reciben el mismo premio. La justicia se mide por la bondad del amor, más que por los esfuerzos de los llamados, quienes reciben, en cada caso, lo suyo. Compararse con los demás es no tener en cuenta la justicia amorosa de Dios que llama a todos desde su misericordia.

En la Iglesia sucede con frecuencia este fenómeno por el que unos trabajan mucho por el Reino de Dios, quizá toda la vida, y otros llegan al

final. Según el criterio divino los primeros deberían alegrarse y superar la queja de la comparación, pues muchos podrán disfrutar del premio, porque Dios es bueno. Por otra parte el premio del cielo es mucho más que todo lo que puede merecer cualquiera, por mucho que trabaje.

Parábola de los dos hijos

De nuevo Israel –el hijo de Dios– es el sujeto de la parábola. “¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos; dirigiéndose al primero, le mandó: Hijo, ve hoy a trabajar en la viña. Pero él le contestó: No quiero. Sin embargo se arrepintió después y fue. Dirigiéndose entonces al segundo, le dijo lo mismo. Este le respondió: Voy, señor; pero no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? El primero, dijeron ellos. Jesús prosiguió: En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os van a preceder en el Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros por camino de justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las meretrices le creyeron. Pero vosotros, ni siquiera viendo esto os movisteis después a penitencia para poder creerle” (Mt).

No bastan las buenas disposiciones para alcanzar el Reino; son necesarias las obras de amor y penitencia, aunque al principio advierte una resistencia a cumplir la voluntad de Dios. Las conversiones de tantos pecadores acreditan que pueden llegar mejor que los oficialmente “buenos” del Pueblo de Israel o de todos los tiempos. Obras quiere el Señor.

Parábola de los invitados a las bodas

Dios invita a Israel y todos los hombres a unas bodas, a una fiesta eterna en el cielo y en la tierra. Pero muchos resisten con excusas la llamada. “Jesús les habló de nuevo en parábolas diciendo: El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo, y envió a sus

criados a llamar a los invitados a las bodas; pero éstos no querían acudir. Nuevamente envió a otros criados ordenándoles: Decid a los invitados: mirad que tengo preparado ya mi banquete, se ha hecho la matanza de mis terneros y reses cebadas, y todo está a punto; venid a las bodas. Pero ellos sin hacer caso, se marcharon uno a sus campos, otro a sus negocios; los demás echaron mano a los siervos, los maltrataron y dieron muerte. El rey se encolerizó y, enviando a sus tropas, acabó con aquellos homicidas y prendió fuego a su ciudad. Luego dijo a sus criados: las bodas están preparadas pero los invitados no eran dignos. Id, pues, a los cruces de los caminos y llamad a las bodas a cuantos encontréis. Los criados, saliendo a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos; y se llenó de comensales la sala de bodas. Entró el rey para ver a los comensales, y se fijó en un hombre que no vestía traje de boda; y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin llevar traje de boda? Pero el se calló. Entonces dijo el rey a sus servidores: Atadlo de pies y manos y echadlo a las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos” (Mt).

Todo hombre y todos los pueblos son llamados a la unión con Dios. El hecho de ser elegidos depende de la libertad de Dios, pero también de la libertad humana que puede responder afirmativa o negativamente. Algunos se excusan porque en el fondo no aman a Dios y temen el sacrificio que comporta seguirle. La acción de salir a los caminos indica la urgencia del amor divino que llama a todos los hombres, aunque en el momento de la llamada sean indignos. Pero con una condición: deben revestirse con el vestido de la gracia y del perdón; si no quieren purificarse, serán expulsados a las tinieblas exteriores, símbolo del infierno.

Parábola de las vírgenes necias y prudentes

Las parábolas escatológicas son aquellas que hacen referencia explícita a la situación final de premio o castigo después de la muerte.

“Entonces el Reino de los Cielos será semejante a diez vírgenes, que

tomaron sus lámparas salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco prudentes; pero las necias, al tomar sus lámparas, no llevaron consigo aceite; las prudentes, en cambio, junto con las lámparas llevaron aceite en sus alcuizas. Como tardase en venir el esposo les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó vocear: ¡Ya está aquí el esposo! ¡Salid a su encuentro! Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes: dadnos de vuestro aceite porque nuestras lámparas se apagan. Pero las prudentes les respondieron: Mejor es que vayáis a quienes lo venden y compréis, no sea que no alcance para vosotras y nosotras. Mientras fueron a comprarlo vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta. Luego llegaron las otras vírgenes diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Pero él les respondió: En verdad os digo que no os conozco. Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora” (Mt).

El tiempo de espera puede llevar a que las buenas disposiciones se relajen. No basta tener buenas intenciones, pues deben ir acompañadas por buenas obras. El aceite son las buenas acciones exigidas a cada uno para poder recibir la gracia de entrar en la felicidad divina del cielo. Estar vigilantes en todo tiempo y lugar es la condición necesaria para mantenerse en las buenas obras; deja apagar la lámpara por culpa del sueño es caer en pecado. Y la muerte suele sorprender con su venida.

Parábola de los talentos

De nuevo la gracia y la libertad entran en juego en ese gran negocio de la salvación. “Es también como un hombre que al marcharse de su tierra llamó a sus servidores y les entregó sus bienes. A uno le dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno sólo: a cada uno según su capacidad; y se marchó. El que había recibido cinco talentos fue inmediatamente y se puso a negociar con ellos y llegó a ganar otros cinco. Del mismo modo, el que había recibido dos ganó otros dos. Pero el que había recibido uno fue, cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo, regresó el amo de dichos servidores e hizo cuentas con ellos. Llegado el

que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Le respondió su amo: Muy bien, siervo bueno y fiel; puesto que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegado también el que había recibido los dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos que he ganado. Le respondió su amo: Muy bien siervo bueno y fiel; puesto que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu señor. Llegado por fin el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por eso tuve miedo, fui y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo tuyo. Le respondió su amo, diciendo: Siervo malo y perezoso, sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo de donde no he esparcido; por eso mismo debías haber dado tu dinero a los banqueros, y así, al venir yo, hubiera recibido lo mío junto con los intereses. Por lo tanto, quitadle el talento y dádsele al que tiene los diez.

“Porque a todo el que tenga se le dará y abundará; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará. En cuanto al siervo inútil, arrojadlo a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinar de dientes” (Mt).

A cada uno según su capacidad. Sólo Dios sabe lo que cada uno ha recibido en inteligencia, carácter, familia, sensibilidad, dones de gracia, amigos. Los que dan frutos con sus talentos muestran la alegría por el bien realizado. El premio es la canonización de su buena acción. Pero el siervo de pocos talentos y perezoso, que no hace nada porque no tiene amor, en lugar de confesar su pecado critica a su Señor por lo poco que ha recibido, por eso y por ser malo y haragán es arrojado a las tinieblas exteriores del llanto y rechinar de dientes.

El Juicio Final

El final de los tiempos se muestra en esta parábola. Muestra a Cristo en su segunda venida como Rey juzgando sobre las acciones y las

omisiones de los hombres. “Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria y acompañado de todos los ángeles, se sentará entonces en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las gentes; y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha, los cabritos en cambio a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme. Entonces le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos peregrino y te acogimos, o desnudo y te vestimos? o ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a verte? Y el Rey en respuesta les dirá: En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Entonces dirá a los que estén a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles: porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era peregrino y no acogisteis; estaba desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Entonces le replicarán también ellos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, peregrino o desnudo, enfermo o en la cárcel y no te asistimos? Entonces les responderá: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también dejasteis de hacerlo conmigo. Y éstos irán al suplicio eterno; los justos, en cambio, a la vida eterna” (Mt).

El cielo es lo preparado desde la creación. El infierno es el estado fruto amargo del pecado de los ángeles caídos y lugar para los hombres pecadores obstinados. Dios quiere salvar a todos, pero los hombres son realmente libres y puedan reaccionar bien o mal. Cielo, o vida eterna, e infierno, o suplicio eterno; premio o castigo por el amor con que se trata al prójimo en sus necesidades. La misericordia llega más allá que la justicia. Es significativa la identificación que hace Jesús del necesitado y sufriente con él mismo. La solidaridad debe ser la norma del discípulo que quiere alcanzar el Reino eterno. Aunque el hombre no sea consciente de ello, Dios contempla las acciones y las omisiones de cada uno, y todos serán juzgados por la calidad de su amor.

En la fiesta de la Dedicación Jesús se revela uno con el Padre

En la segunda quincena del mes de diciembre se celebra en Jerusalén la fiesta de la Dedicación, también conocida como la de los Tabernáculos, solemne y festiva; la noche de Jerusalén queda envuelta, una vez más, en la luz y el fuego de muchas antorchas encendidas. En esta ocasión no era obligatoria la peregrinación, pero la dedicación tiene un gran significado que Jesús quiere aprovechar para importantes revelaciones.

La fiesta conmemoraba la consagración del Templo y del altar después de la profanación de Antíoco Epifanes dos siglos antes. Este rey sirio había instalado en el altar un ídolo pagano, lo que se sentía como la abominación de la desolación y llenaba de horror a los israelitas. Los Macabeos vencieron al impío rey, y, después de destruir el altar profanado, construyeron uno nuevo, similar al viejo, como mandaba la Ley, y santificaron la Casa y los atrios. Hicieron nuevos objetos sagrados y colocaron dentro del Templo el candelabro, el altar del incienso y la mesa. Quemaron incienso sobre el altar y encendieron las lámparas del candelabro, que iluminaron el Templo. Pusieron panes sobre la mesa, colgaron cortinas y dieron fin a la obra que habían comenzado. Dios tenía otra vez una morada digna para habitarla con su presencia. En las casas se encendían cirios todos los días que duraba el festejo.

Era invierno, y Jesús estaba en el atrio de Salomón. La fiesta recuerda el núcleo de los más profundos sentimientos religiosos del Pueblo elegido: el altar era el centro de sus sacrificios a Dios. La consagración del altar era el inicio de una nueva etapa en la que Yahvé, que estaba ausente, volvía a estar entre los suyos. La santidad del Templo venía de la presencia de Dios en él, por eso se consagraba y se separaba el altar para Dios, y era sagrado. Jesús viene al Templo esos días para señalar una presencia más intensa de Dios en el mundo.

“Paseaba Jesús por el Templo, en el pórtico de Salomón. Entonces le rodearon los judíos y le decían: ¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (Jn). La pregunta de los judíos, especialmente fariseos y escribas, no es fruto de un deseo de conocer la verdad para creer y seguir a Jesús, sino que nace de la mala intención de hacerle caer en una trampa. Si afirma claramente que es el Mesías rey es fácil comprometerle con las autoridades romanas. Si no lo confiesa, ya nada hay que creer en él; el Reino prometido será algo que se desvanece. Y Jesús, por enésima vez, no sólo no rehuye la contestación, sino que a la revelación de ser, en efecto el Cristo, añade la de ser el Hijo de Dios. “Les respondió: Os lo he dicho y no lo creéis; las obras que hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí” (Jn).

Es una contestación similar a la que dio a los discípulos de Juan Bautista. Los milagros son signos del querer de Dios y las palabras iluminan los hechos. “Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas”. No tienen el corazón limpio propio de que busca Dios con todo el corazón y le ama sobre todas las cosas; es por eso por lo que no ven. No ven porque no quieren ver. “Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y me siguen”. No basta oír, es necesario escuchar; descubrir, reconocer en el fondo del alma la verdad y estar dispuesto a vivir como el Dios verdadero pide. “Yo les doy vida eterna; no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos; y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre” (Jn). Jesús habla del Padre y de su providencia con la que cuida de los hombres. A partir de aquí va a venir la revelación principal al mostrar su relación con el Padre: “Yo y el Padre somos uno” (Jn).

Vale la pena detenerse en esta revelación importantísima sobre su unidad con el Padre. Lo primero revelado es que la paternidad de Dios es infinita, divina, total, hasta el punto de que engendra y da toda su vida al Hijo, y es eterna. La paternidad humana es más limitada, porque ser padre –según la carne– significa transmitir la vida física, biológica, al hijo que va

a nacer; pero ningún padre, en la tierra, puede ni podrá nunca identificarse con su hijo; ningún padre podrá vivir la vida de su hijo. El Hijo, en cambio, recibe toda la vida del Padre, hasta el punto de que es igual al Padre. Son dos personas diversas, pero sólo en la relación que les une: el Padre es el Amante que engendra, y el Hijo es el Amado que es engendrado como una luz de la divina inteligencia. La unión entre ambos es tan grande y tan total que es una auténtica comunión, y el Padre y el Hijo son uno, son un único Dios en una unión de amor riquísima y plena. Jesús revela la intimidad del Dios único. De momento sólo les habla de dos personas en Dios. Poco más tarde les revelará la persona del Espíritu Santo como Amor que une al Padre y al Hijo, como un tercero en el amor, espirado, no engendrado por el amor del Padre y el Hijo en su comunión eterna.

De un modo breve, y conciso, la revelación de quién es Jesús está hecha: es el Hijo de Dios, es decir, es Dios mismo, igual al Padre y engendrado por Él. También es el enviado como Cristo. La Humanidad de Jesús está unida al Verbo y es ungida por el Espíritu Santo para la gran misión de redimir a los hombres. Todas las expectativas de los hombres quedan superadas en Jesús. Dios Padre quiere salvar a los hombres enviando a su Hijo para que se haga hombre y se convierta en cabeza de la nueva humanidad salvada del pecado. Se ha alcanzado el máximo progreso en la estirpe humana. Ahora avanzar es unirse a la perfección de Jesús creyendo en él y viviendo su vida que llegará a los hombres por los cauces que quiera establecer.

Intentan lapidar al Señor

Las palabras de Jesús son tan claras, que los que preguntan las entienden pero sin fe y con mala voluntad. Por eso, “los judíos cogieron de nuevo piedras para lapidarle”. El tumulto es grande, todos se agitan; Jesús insiste en la verdad de sus palabras con valentía, y “les replicó: Os he mostrado muchas obras buenas de parte del Padre, ¿por cuál de estas obras queréis lapidarme? Le respondieron los judíos: No queremos

lapidarte por obra buena alguna sino por blasfemia; y porque tú, siendo hombre, te haces Dios. Jesús les contestó: ¿No está escrito en vuestra Ley: Yo dije: sois dioses? Si llamó dioses a aquellos a quienes se dirigió la palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar, ¿a quien el Padre santificó y envió al mundo, decís vosotros que blasfema porque dije que soy Hijo de Dios?” Al no entender la santidad de la vida de Dios en el hombre, menos pueden entender la santidad de Jesús como Hijo de Dios unigénito. Por otra parte, prosigue Jesús, “si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, creed en las obras, aunque no me creáis a mí, para que conozcáis y sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre” (Jn). Sus obras son santas porque las hace el Padre a través de Jesús. Si sigue haciéndolas es porque es verdad lo que dice. Creer es entrar en un océano de verdad inaudito entre los hombres. Dios está entre nosotros, no sólo hay beneficios divinos, sino que se da Dios mismo al hombre a través de Jesús, Hombre y Dios al mismo tiempo, en el cual está el Padre y él está en el Padre.

Ya nadie dialoga. Unos intentan lapidarlo, otros defenderle. Jesús se escabulle. “Intentaban entonces prenderlo otra vez, pero se escapó de sus manos”. La situación ha vuelto a ser tan tensa y con amenazas de muerte, que ya se hace imposible estar en Jerusalén “Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba al principio, y allí se quedó” (Jn).

En el Jordán le preguntan sobre el matrimonio

Tras los duros sucesos de Jerusalén, Jesús marcha a las orillas del Jordán, lejos de la jurisdicción de los judíos de Judea, y allí “muchos acudieron a él y decían: Juan no hizo ningún milagro, pero todo lo que dijo Juan acerca de él era verdad. Y muchos allí creyeron en él” (Jn). Los sencillos de corazón descubren lo que se hace evidente a los ojos y al buen sentido; y se benefician de la palabra y de los milagros de Jesús. Pero no todos eran así. Allí se encontraba un grupo de fariseos y pusieron de nuevo

a prueba a Jesús en una cuestión de gran importancia en la vida de los hombres para la marcha de la sociedad: el matrimonio.

“Y sucedió que, cuando terminó Jesús estos discursos, partió de Galilea y fue a la región de Judea, al otro lado del Jordán, a donde le siguieron grandes multitudes, y los curó allí. En esto, se acercaron a él unos fariseos y le preguntaron para tentarle: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?” (Mt). En Israel ésta era la práctica general, quizá, moderada por las presiones familiares, pero especialmente dura para la mujer. Entre los rabinos existían dos escuelas: una era muy laxa y admitía casi cualquier motivo para dar el libelo de repudio, como era cocinar mal. La otra era más exigente. Pero ambas admitían el repudio, que en su tiempo fue un avance en la vida familiar, exigiendo el documento oficial del repudio para tratar de evitar, o al menos disminuir, los frecuentes abandonos por capricho de la mujer.

Jesús no se adhiere a ninguna de las dos escuelas sino que enseña el sentido nuevo y original del matrimonio, y responde: “¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo varón y hembra, y que dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne?” Sí lo habían oído, pero las pasiones y las costumbres les nublaban la vista. Incluso los que vivían con una sola mujer veían como normal la separación y el divorcio. Jesús no lo admite: “Así pues, ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre” (Mt). La unión es indisoluble, sagrada, santificada por Dios. No se trata de algo instintivo, ni sólo una unión necesaria para la reproducción, sino de algo santo y santificado por Dios en una unión personal una e indisoluble. Todos se conmueven al oír la breve, pero contundente, sentencia.

Los fariseos creen haber encontrado un punto de polémica pues parece que Jesús está en contra de Moisés, lo cual era grave, y por eso le replican: “¿Por qué entonces Moisés mandó dar el libelo de repudio y despedirla? El les respondió: Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres a causa de la

dureza de vuestro corazón; pero al principio no fue así” (Mt). Se trata de volver al principio de la creación, de liberar al hombre de la corteza del pecado, que le hace duro y egoísta. Algo se adelantó con el libelo de repudio, pero ahora, con la nueva vida que trae Cristo, el matrimonio queda dignificado, la mujer queda protegida ante el egoísmo del varón, y el hombre es llevado a vivir un amor más humano y más divino, un amor que realmente refleje el modo divino de vivir. Cabe la separación por motivos graves, pero sin tener acceso a nuevas nupcias. “Sin embargo, yo os digo: cualquiera que repudie a su mujer –a no ser por fornicación– y se una con otra, comete adulterio” (Mt). No admite interesadas interpretaciones de su sentencia.

La cuestión no deja indiferente a los suyos, que le exponen con confianza: “Si tal es la condición del hombre con respecto a su mujer, no trae cuenta casarse”. Mucho quedaba por hacer para cambiar mentes formadas en los esquemas antiguos. Jesús les respondió: “No todos son capaces de entender esta doctrina, sino aquellos a quienes se les ha concedido”. Y da un paso más en su enseñanza sobre la sexualidad hablándoles del celibato por amor a Dios. Algunos, no todos, serán llamados a vivir un amor más alto, que prescinda del matrimonio y de los hijos. “En efecto, hay eunucos que así nacieron del seno de su madre; también hay eunucos que así han quedado por obra de los hombres; y los hay que se han hecho tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien sea capaz de entender, que entienda” (Mt).

Era necesaria una nueva mente, un don especial, para entender esta generosidad por el Reino que buscaban extender. No se trataba de un celibato egoísta, sino de un celibato por un amor más alto, de un celibato que conoce la bondad de un matrimonio en el que se da una verdadera comunidad de amor y de vida, pero de la cual se prescinde para amar más intensamente y con el corazón indiviso a Dios y a todo ser humano. Se acababa de abrir un nuevo modo de amar a Dios con el alma y el cuerpo. Ya lo vivían Jesús, y su Madre que era Virgen, pero ahora se extiende a muchos este nuevo modo de vivir el amor a Dios. Los discípulos han

pasado de una situación en que era legal y se consideraba normal el divorcio, a otra en que será normal algo sólo posible por la gracia que Cristo ha conquistado para el hombre: el celibato por amor a Dios.

Jesús bendice a los niños

Se hace el silencio entre todos; tienen que asimilar la nueva luz, pues aunque ya la vivieran, no dejaba de ser algo muy nuevo y exigente. “Entonces le presentaron unos niños para que les impusiera las manos y orase; pero los discípulos les reñían. Ante esto, Jesús dijo: Dejad a los niños y no les impedáis que vengan a mí, porque de éstos es el Reino de los Cielos. Y después de imponerles las manos, se marchó de allí” (Mt). Ésta era la respuesta a sus inquietudes: fiarse de Dios como el niño de su Padre, ser sencillos, guardar esa bendita inocencia de los comienzos, no mancharse con los pecados de la vida adulta, amar lo pequeño. En esa alma puede residir Dios y crear un verdadero Reino.

El momento de la venida del Reino

El Reino era de amor, de castidad y de vida sencilla en la inocencia del corazón. Pero ¿cuándo llegaría ese Reino? No parecía que hubiera venido ya. Hay grupos de creyentes y discípulos aquí y allá, masas que ven con buenos ojos la nueva doctrina; pero el Reino en sí no se ve como se ven los otros reinos de la tierra. Interrogado por los fariseos sobre cuándo llegaría el Reino de Dios, él les respondió: “El Reino de Dios no viene con espectáculo; ni se podrá decir: vedlo aquí o allí; porque, mirad, el Reino de Dios está ya en medio de vosotros” (Lc). En Jesús el reinado de Dios es pleno; en los que creen se va realizando, poco a poco, en su corazón y en su conciencia; sus costumbres se van adaptando cada vez más al nuevo amor a Dios. El Reino está aquí ya, pero no es visible como los otros Reinos de los

hombres, es un Reino espiritual. Esta realidad no era fácil de entender para aquellos hombres tan acostumbrados a lo sensible.

El día de la venida de Cristo

En un aparte, como hacía tantas veces, Jesús continúa profundizando en su doctrina: “Vendrá un tiempo en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Entonces os dirán: vedlo aquí, o vedlo allí. No vayáis ni corráis detrás. Pues, como el relámpago fulgurante brilla de un extremo a otro del cielo, así será en su día el Hijo del Hombre. Pero es necesario que antes padezca mucho y sea reprobado por esta generación. Y como ocurrió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre. Comían y bebían, tomaban mujer o marido, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio e hizo perecer a todos. Lo mismo sucedió en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban; pero el día en que salió Lot de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre e hizo perecer a todos. Del mismo modo sucederá el día en que se manifieste el Hijo del Hombre. En aquel día, quien esté en el terrado y tenga sus cosas en la casa, no baje por ellas; y lo mismo, quien esté en el campo, que no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Quien pretenda guardar su vida, la perderá; y quien la pierda, la conservará viva. Y yo os digo: aquella noche estarán dos en el mismo lecho: uno será tomado y el otro dejado. Habrá dos moliendo juntas: una será tomada y la otra dejada” (Lc). Era una nueva llamada a la vigilancia, apremiante. Deben estar preparados, alerta, con el alma despierta, con la fe encendida, con los sentidos sosegados, con las pasiones dominadas, con la mente y el corazón en vela. Y descubrirán un aspecto nuevo del Reino en el que se desvelará el Hijo del Hombre, que es Jesús, de una manera sorprendente. La muerte y la vida se anuncian suavemente.

“Y a esto le dijeron: ¿Dónde, Señor? Él les respondió: Dondequiera que esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas” (Lc). Los discípulos no dudan de que se va a producir un hecho prodigioso que cambie el curso de

Israel y de la historia, pero les preocupa el lugar. ¡Quizá intuyen que ni siquiera Israel puede abarcar los límites –tan extensos– de aquel Reino que, acaban de saberlo, será de manera espiritual y abierto, por tanto, a todo el que quiera acogerlo! Por eso han preguntado: ¿Dónde, Señor? Jesús con una frase proverbial les anima a la vigilancia: como el águila descubre su presa a gran distancia y se alimenta de ella, así debe ser su mirada: afilada, aguda, rápida y constante. Sólo entonces podrán reconocer dónde está el Reino que les anuncia.

Perseverancia en la oración. Parábola del juez injusto

“Les proponía una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desfallecer, diciendo: En cierta ciudad había un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. También había en aquella ciudad una viuda, que acudía a él diciendo: Hazme justicia ante mi adversario. Y durante mucho tiempo no quería. Sin embargo al final se dijo a sí mismo: aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, ya que esta viuda está molestándome, le haré justicia, para que no siga viniendo a importunarme. Concluyó el Señor: Prestad atención a lo que dice el juez injusto. ¿Acaso Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a El día y noche, y les hará esperar? Os aseguro que les hará justicia sin tardanza. ¿Pero cuando venga el Hijo del Hombre, acaso encontrará fe sobre la tierra?” (Lc).

La interrogación final deja en suspenso los ánimos de los discípulos. Se transparenta el dolor en el corazón de Jesús por la falta de fe en entre los hombres. La oración es el acto de fe del que no ve, y al creer confía en Dios. Por eso reza sin interrupción, sin desanimarse.

La petición de la madre de Santiago y de Juan

“Entonces se acercó a él la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Di que estos dos hijos míos se sienten en tu Reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda” (Mt). La petición es sorprendente. De una parte se advierte el cariño de aquella mujer y de sus hijos por Jesús y su adhesión a la nueva doctrina del maestro. Quieren estar cerca del Maestro, pero también del nuevo rey. Y se deslizan, casi insensiblemente, las ideas humanas sobre el Reino. Jesús no les riñe por la extraña petición, quizá por ser hecha por una mujer tan buena como la madre de los dos discípulos. Por eso responde: “No sabéis lo que pedís”. Ante sus ojos está la Cruz con todo su dolor e ignominia; éste va a ser el trono de la nueva realeza, un verdadero altar sangriento. Los mira, pues los conoce bien y les dice: “¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?” ¿Estáis dispuestos a amar con un amor total que no se reserve nada en la entrega? Ellos con audacia y algo de inconsciencia le contestan: “Podemos”. Jesús ve su amor encendido, sabe las pruebas que van a pasar y les ve dispuestos a todo; ^{por} eso añadió: “Mi cáliz sí lo beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde concederlo, sino que es para quienes ha dispuesto mi Padre” (Mt).

En el cielo y en la tierra hay lugar para todos, cada uno tiene que ser fiel a su propia vocación. El Padre elige y da las fuerzas. Ellos tienen que responder con ese entusiasmo, y, con la ayuda divina, podrán porque tendrán una fuerza sobrenatural que va más allá de los pobres intentos humanos.

“Al oír esto, los diez se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús les llamó y les dijo: Sabéis que los que gobiernan los pueblos los oprimen y los poderosos los avasallan. No ha de ser así entre vosotros; por el contrario, quien entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro esclavo. De la misma manera que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención por muchos” (Mt). Éste es modo divino de reinar: servir. Ponerse a los pies de los menos dignos, y de los indignos, para lavarles el alma y el cuerpo. Se trata de un amor excedente,

generoso, en el que cuenta más el dar que el recibir, creando así un nuevo modo de pisar en la tierra. Cristo rey es el servidor de todos. Los poderosos de la tierra deben servir desde sus puestos. Los humildes deben usar sus limitaciones para amar de ese modo nuevo. El nuevo Reino es un Reino de servidores, es decir, de personas que saben amar de verdad, con obras y de corazón. Este modo de vivir es una auténtica revolución entre los hombres. La pregunta de la madre de Juan y Santiago ha dado para mucho; ya está más claro en qué consiste estar a la derecha o la izquierda de Jesús, el Rey del nuevo Reino de Dios.

Tercer anuncio de la Pasión

Desde las orillas del Jordán, empieza un lento acercarse a Jerusalén que tendrá su etapa intermedia en la estancia en la región de Samaria, más cercana a Judea, en una población llamada Taybe.

“Iban de camino subiendo a Jerusalén. Jesús los precedía y estaban admirados; ellos le seguían con temor”. La mezcla de admiración, maravilla y temor en los corazones en aquellos hombres es grande. Exteriormente han dejado todo para seguir a Jesús, pero les queda mucho camino por recorrer. Aman al Señor, pero son conscientes de que les separa una gran distancia. El abrirse los horizontes de su filiación divina y del nuevo modo de vivir la religión, les asusta.

En este ambiente, Jesús va a hacer una declaración importante: “Tomando aparte de nuevo a los doce, comenzó a decirles lo que le iba a suceder”. Lo sabe todo. Como Dios, tiene toda la ciencia de lo pasado, de lo presente y de lo futuro. En lo humano, con su inteligencia preclara, percibe como nadie los problemas y los enfrentamientos a que da lugar con sus declaraciones. Por eso dice: “Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles; se burlarán

de él, le escupirán, lo azotarán y lo matarán, pero a los tres días resucitará” (Mc). Nada se le oculta del sacrificio que va a consumir, ni la alianza de sacerdotes y escribas, ni la intervención de los gentiles, ni los azotes, ni las burlas, ni los escupitajos, ni la muerte. Ya les había dicho antes que el Reino se iba a realizar por medio de la Cruz, el suplicio más doloroso e ignominioso que Roma reserva a miserables y esclavos. Eso sí, ahora declara que el final será una resurrección, una vuelta a la vida, o mejor, una vida para no morir. Creer en el sentido de estas cosas no era fácil. La derrota y la victoria se mezclan de una manera nueva y sorprendente. No tienen todavía la luz para ni siquiera entender lo que se va a realizar, y se sorprenden. Es más, “ellos no entendieron nada de esto, y estas palabras quedaron veladas. No entendieron lo que había dicho” (Lc).

La soledad de Jesús es grande. No puede experimentar el consuelo de ser comprendido. Hasta los que le quieren no le comprenden, y es lógico, en cierta manera, pues está revelando un amor desconocido hasta entonces: Dios amando hasta el final. Jesús sufre ya con lo que va a sufrir; no se le concede el lenitivo de no saber lo que va a pasar. Lo sabe, y ya padece con ese saber doloroso. Pero no retrocede, pues su amor es más fuerte que la muerte. El final está próximo; ya ha dicho todo lo necesario para creer y entrar en la nueva vida, pero falta lo más importante: los hechos que abren la entrada en el nuevo Reino del amor de Dios en el mundo. Cristo como hombre está dispuesto a todo. Ama de veras a los hombres y al Padre. El final se acerca

Muerte de Lázaro

Jesús se encontraba a menos de un día de viaje de Jerusalén, fuera de los confines de Judea. Cerca de Jerusalén, a unos tres kilómetros, está Betania, lugar donde vivían Lázaro, Marta y María, los amigos del Señor. Lázaro estaba gravemente enfermo en Betania; María y su hermana Marta le cuidan con la natural congoja y preocupación. María era la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos. Su conversión había sido tan profunda que Jesús la alabó ante la inquietud en el servicio de

Marta. Las hermanas saben dónde está Jesús, protegido de las persecuciones de los judíos. Lo saben, pero su fe es tan grande y su angustia tan honda, que se atreven a pedir a Jesús que acuda a curar a su hermano; por eso “le enviaron este recado: Señor, mira, aquel a quien amas está enfermo”. La delicadeza y la urgencia se unen en la petición. Saben que Jesús se expone a peligros, pero saben también que él es poderoso; además, quiere a Lázaro con una amistad especial, que no puede hacer oídos sordos a la curación posible, como en tantos otros que ni siquiera eran amigos. “Al oírlo, dijo Jesús: Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado el Hijo de Dios” (Jn). Las enfermedades y muertes humanas, si son llevadas con amor de Dios, son ocasión de mejora, son un paso a un amor mejor y una vida más alta. Así era la enfermedad de Lázaro, tan lejana a la enfermedad del alma que es el pecado. Pero hay más: si el dolor, en los creyentes, siempre da más gloria a Dios, aquella enfermedad va a redundar en gloria de Dios y de Jesús.

“Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó que estaba enfermo, se quedó aún dos días en el mismo lugar”. Es de suponer que Lázaro murió al poco de salir el emisario para ver a Jesús. Los cuatro días transcurridos se consumen: uno en el viaje del emisario, dos de espera, sabiendo Jesús que Lázaro estaba ya muerto, y uno de viaje a Betania. ¿Por qué ese tiempo? Porque los judíos embalsamaban los cuerpos de los difuntos para que no se corrompiesen, durante tres días; no más. Era un detalle de caridad con el difunto, leve, pero entrañable; no buscaban, como los egipcios, la permanencia del cuerpo en la tumba por tiempos largos, incluso siglos. Jesús quería que hubiese constancia ante todos de que Lázaro estaba realmente muerto. La hija de Jairo estaba recién muerta, y el hijo de la viuda de Naím aún no estaba sepultado. Alguno podía dudar de su muerte real. Pero Lázaro estaba enterrado y habían pasado los tres días de reposo preceptivo.

Pasados dos días después de la recepción del mensaje dijo a sus discípulos: “Vamos otra vez a Judea”. Todos se conmueven y ¹e dijeron:

“Rabbí, hace poco te buscaban los judíos para lapidarte, y ¿vas a volver allí?” Respondió Jesús: “¿Acaso no son doce las horas del día? Si alguien camina de día no tropieza porque ve la luz de este mundo; pero si alguien camina de noche tropieza porque no tiene luz”. El diablo y los pecadores tienen su tiempo, pero Dios tiene también su hora para manifestar la luz, que no va a quedar oculta por miedo y temor. Dicho esto, añadió: “Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero voy a despertarlo. Le dijeron entonces sus discípulos: Señor, si está dormido se salvará. Jesús había hablado de su muerte, pero ellos entendieron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vayamos a donde está él”. Los que le siguen ya creen en Jesús, pero es tiempo de creer con más intensidad: la fe debe abarcar no sólo conocimientos, sino también debe ser una adhesión viva, y va a ser reforzada por un signo más extraordinario aún que los anteriores. Lleno de sentido común Tomás, llamado también Dídimo, dijo a sus compañeros: “Vayamos también nosotros y muramos con él”. Está dispuesto a todo; pero no ve triunfo, ni fe, sino derrota y muerte. Es valiente, pero con poca fe. Es generoso, pero su amor se queda corto.

Jesús al llegar, encontró que Lázaro estaba sepultado ya desde hacía cuatro días. Muchos judíos habían ido a visitar a Marta y María para consolarlas por su hermano. El ambiente está lleno de testigos y ocurría como en los entierros de las personas destacadas: muchos van por sincero afecto, y otros por conveniencias, como una obligación social. Era conocido que los tres hermanos eran discípulos de Jesús, pero, a pesar de la excomunicación decretada, no les molestaban por su posición social, y porque la adhesión a Jesús no comportaba manifestaciones externas. Se puede decir que todo seguía como siempre, aunque dentro de ellos todo fuese distinto.

“En cuanto Marta oyó que Jesús venía, salió a recibirle; María, en cambio, se quedó sentada en casa. Dijo Marta a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Es como una queja de la

persona que no entiende que Jesús guiado por el cariño y la amistad no hubiese acudido a visitar al enfermo y a curarle como había hecho con tantos. Es el amor el que habla, y es tanta la confianza, que no es un reproche la queja, sino una exteriorización de lo que se tiene dentro. Pero reacciona con buen juicio, y añade: “Incluso ahora sé que cuanto pidieras a Dios, Dios te lo concederá” (Jn). ¿Es una alusión a la posible resurrección de su hermano? Es posible, pero muy leve. Jesús la consuela con el único consuelo ante la muerte: “Tu hermano resucitará”. No deja claro si será ahora o al final de los tiempos. Por eso Marta le responde: “Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día”. Hay un oculto dolor en estas palabras de fe, como si la separación por el cuchillo de la muerte fuese demasiado dura, y demasiado lejano el encuentro definitivo, al fin. Le dijo Jesús: “Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?” (Jn). La vida eterna está aquí presente en Jesús, no es algo lejano; la vida del alma es la vida en Dios y Jesús es esa vida y esa resurrección. ¿Era su fe honda o cree sólo en quien hace milagros corporales y efímeros? Marta le contestó: “Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido a este mundo”. Está llena de fe; pero el dolor le lleva a pedir la vida terrena de ese hermano a quien tanto quiere.

“Y dicho esto fue y llamó a su hermana María diciéndole en voz baja: El Maestro está aquí y te llama. Cuando ésta lo oyó, se levantó en seguida y fue hacia él. Todavía no había llegado Jesús a la aldea, sino que estaba aún en el lugar en que Marta le había salido al encuentro. Los judíos que estaban con ella en la casa y la consolaban, al ver que María se levantó de repente y se marchó, la siguieron pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Entonces María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle se postró a sus pies y le dijo: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano” (Jn). Las mismas palabras de Marta. Es cosa clara que han hablado de la tardanza del Señor: no entienden que no venga, están sorprendidas. No ceden en su fe, pero una sombra anida en su corazón como si fuesen menos queridas por aquel que tantas manifestaciones ha tenido con la familia.

Jesús conoce sus congojas, pero “cuando la vio llorando, y que los judíos que la acompañaban también lloraban, se estremeció en su interior, se conmovió”. Jesús es también hombre perfecto, con emociones y sentimientos, como todo hombre. Y al ver llorar, se emociona, no puede, ni quiere, ocultarlo; se le nublan los ojos y se nota en su voz la emoción interior. Entonces dijo: “¿Dónde lo habéis puesto? Le contestaron: Señor, ven y lo verás”. Y van al sepulcro cavado en la roca, como hacían las personas notables; allí, ante la roca, que tapaba la entrada del túmulo, “Jesús comenzó a llorar” (Jn). Jesús se ha emocionado y su corazón de hombre siente la separación –definitiva– de su amigo y las lágrimas brotan como fuente de los ojos de Jesús. No tiene reparo en llorar: es humano, muy humano; quiere a Lázaro, le ha enternecido el dolor de sus hermanas; sufre y llora. Todos se dan cuenta y decían entonces los judíos: “Mirad cómo le amaba”; expresión inolvidable de amor a Lázaro, y a todos. La presencia lleva a la manifestación externa del amor de amistad. Sin embargo, no podía faltar el contrapunto de la crítica amarga. “ Pero algunos de ellos dijeron: Éste que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber impedido que muriese?” (Jn).

Resurrección de Lázaro

“ Jesús conmoviéndose de nuevo, fue al sepulcro. Era una cueva tapada con una piedra. Jesús dijo: Quitad la piedra. Marta, la hermana del difunto, le dijo: Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días” (Jn). Parece que la buena hermana ha olvidado la fe con la que pedía el milagro al entrar en contacto con la cruda realidad. “ Le dijo Jesús: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Quitaron entonces la piedra”. La operación es lenta; se hace el silencio, todos se agolpan en el lugar. Entonces, Jesús reza al Padre en voz alta: “Levantando los ojos a lo alto, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sabía que siempre me escuchas, pero lo he dicho por la multitud que está alrededor, para que crean que Tú me enviaste” (Jn). Ésta es la petición: que crean porque así entrarán en la vida

de amor en Dios, y de una manera mayor que todas las anteriores les va a poner delante de sus ojos incrédulos aquel signo que exigen. “Y después de decir esto, gritó con fuerte voz: ¡Lázaro, sal afuera! Y el que estaba muerto, salió atados los pies y las manos con vendas, y el rostro envuelto con un sudario. Jesús les dijo: Desatadle y dejadle andar” (Jn).

Todos quedan paralizados por el milagro. Y lo ven los que creen, los que dudan y los que no creen. Todos pueden certificar la muerte, todos la han llorado, han acudido al entierro, han experimentado el olor de cadáver y la sorprendente salida de la tumba sin caminar, ceñido por las vendas, sanado, vivo, mirando sorprendido a los que le contemplan con estupor. Abre Lázaro la puerta de la vida por segunda vez ante la mirada atónita de la nube de testigos. Y se encuentra ante la mirada alegre, y aún llorosa, de su gran amigo, de Jesús, el Mesías Salvador, el Hijo de Dios viviente entre nosotros. Y él le ha dado la vida en el alma y en el cuerpo. Y esa vida fluye como la sangre por las venas, con un amor y un agradecimiento que nunca había experimentado.

El Sanedrín decreta la muerte de Jesús

“Muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que hizo Jesús, creyeron en él” (Jn). Es la reacción natural; dejar paso a luz de Dios que habla por las obras de Jesús. Nunca se había visto nada igual. Y, al no cerrarse, la fe en el Mesías entra en sus almas. Pero “algunos de ellos fueron a los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho”. Lo dicen no para que crean, sino para enconar sus ánimos contra Jesús, todavía un poco más. En ellos el milagro no ha despertado amor y fe, sino que ha echado leña a un fuego que ya no parece posible apagar. Odian a Jesús. “Entonces los pontífices y los fariseos convocaron el Sanedrín y decían: ¡Qué hacemos, puesto que este hombre realiza muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar y nuestra nación” (Jn). La excusa política para mantener el *statu quo* que les conviene a su posición de privilegio.

“Uno de ellos, Caifás, era Sumo Sacerdote aquel año”. Caifás era un político que se enriquecía con el culto del Templo. Ocupaba su cargo apoyado por Roma. Hacía tiempo que el sumo sacerdocio había dejado de ser un cargo vitalicio. Los emperadores romanos, o sus procuradores, los nombraban o destituían a su antojo, como hicieron con Eleazar, hijo de Anás, en el año 17, el cual sustituyó a Ismael, sucesor del mismo Anás. Eleazar fue destituido por Simón, más adicto a los romanos y en el año 25 fue nombrado Caifás que conservó el puesto hasta el año 37. Caifás era yerno de Anás, que a pesar de ser depuesto conservaba una gran influencia y seguía gobernando a través de sus hijos y parientes. Este Caifás tuvo, a pesar suyo, una intervención profética, aunque movida por la malevolencia, y les dijo: “Vosotros no sabéis nada, ni os dais cuenta de que os conviene que un solo hombre muera por el pueblo y no que perezca toda la nación. Pero esto no lo decía por sí mismo, sino que, siendo Sumo Pontífice aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn).

Caifás pretendía defender la situación del momento sin importarle los signos que probaban que verdaderamente era el Mesías rey prometido. Pero era cierto que Jesús moriría para dar la vida a los hombres en una acción que, externamente, era un asesinato; pero que Dios transformaba en la acción más santa de toda la historia, un verdadero sacrificio de valor infinito. El Espíritu Santo utilizó sus palabras para hablar a los hombres. “Así, desde aquel día decidieron darle muerte”. Y empezaron a buscar los motivos para que el procurador romano le condenase, pensaron en el modo de detenerle y en la traición de uno de los suyos, cosa que evitaría tumultos después de que tantas veces se les escapase de las manos.

“Entonces Jesús ya no andaba en público entre los judíos, sino que se marchó de allí a una región cercana al desierto, a la ciudad llamada Efraín, donde se quedó con sus discípulos” (Jn). Estaba próxima la Pascua de los judíos, y “muchos subieron de aquella región a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse. Los que estaban en el Templo buscaban a Jesús, y se

decían unos a otros: ¿Qué os parece, acaso vendrá a la fiesta? Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes de que si alguien sabía dónde estaba, lo denunciase, con el fin de prenderlo” (Jn).

María unge con nardo a Jesús

En Betania, después de la resurrección de Lázaro, todos los presentes quedaron paralizados por el estupor. Tal fue el asombro, que el mismo Jesús les tiene que indicar que liberen al muerto resucitado de las vendas que le impedían moverse.

¿Qué pensó Lázaro, al saberse vivo? No lo sabemos. Quizá sentiría como si volviese de un sueño profundo. Después se ve amortajado, ve gente a su alrededor, a sus hermanas, a sus amigos, y a Jesús con los suyos. Todos estupefactos a causa de la sorpresa. Jesús estaba allí, con restos de las lágrimas apenas enjugadas, pero con el rostro alegre e imponente. Pregunta qué había pasado y, al contárselo, se dirige lleno de amor y respeto al Maestro y al Amigo. No parece fácil reproducir la escena, pero es muy de suponer que no habría muchas palabras, sino una efusión de afecto plena y total entre el discípulo y el Maestro.

Si antes de la resurrección podían designar a Lázaro como “el que ama” a Jesús, ¿qué dirán después? Lázaro quiere a Jesús, y cree en él, más aún que antes. Siente una mezcla armoniosa de amistad y respeto, sobrenatural y humana. A la vez respeto porque le había hecho atravesar la puerta de la muerte volviendo a la vida; y amistad porque le consta que lloró por él. Conoce con mayor profundidad y experiencia el amor de Jesús. La amistad entre los dos alcanza un nivel muy denso, pues es agradecimiento, querer corresponder, fe total, adoración, en el sentido más estricto. Le quiere a Jesús como lo que es, como Dios y como Hombre. Y se siente querido, experimentando el amor divino capaz de resucitar y el amor humano que todos advierten cuando dicen: “mirad como le amaba”.

¿Y sus hermanas? Habían sufrido mucho los días anteriores; la enfermedad grave de su hermano, su muerte, el entierro; pero, sobre todo, quizá, por ver que Jesús, capaz de hacer tantos milagros, no prestaba atención a su hermano. Serían auténticas tinieblas las que vivirían en sus almas esos días, especialmente María, más sensible que Marta. Al ver a su hermano saliendo del sepulcro ante la llamada imperiosa de Jesús quedan paralizadas, como el resto de los presentes. Una honda alegría inundó entonces toda su alma. La luz sucedía a la noche. “¡Lo quería de verdad! ¡Ha hecho el milagro! ¡Él sabe por qué ha esperado al cuarto día! Jesús sabe más que nosotras, que sólo vemos lo que está delante de nuestros ojos”. Y aumenta también en ellas el amor y la confianza en el Maestro. ¿Cómo agradecer el bien que les había hecho? Es muy posible que desde entonces este pensamiento llenase su corazón. María encuentra el modo de mostrar el agradecimiento y lo hace en la comida celebrada en la misma Betania, en casa de Simón el leproso, seis días antes de la Pascua en que Jesús va a sufrir la Pasión.

“Le dieron allí un banquete, Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo legítimo, de gran precio, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos; y el aroma del perfume llenó la casa” (Jn). El frasco era de alabastro y antes de ungir los pies “lo derramó sobre la cabeza de Jesús”. “Rompió el frasco” para que se gastase todo, sin ahorro alguno. Judas dirá el precio de aquel perfume: “trescientos denarios”, es decir, el salario de un trabajador durante un año, una cantidad espléndida.

¿Por qué María tuvo aquel gesto verdaderamente magnánimo? María está agradecida por la resurrección de su hermano, ha llorado cuatro días al difunto, lo que revela la calidad de su amor. María ha sido perdonada por Jesús de su antigua vida de pecado y su arrepentimiento ya lo manifestó públicamente ungiendo y llorando a los pies del Maestro, que había dicho: “Se le ha perdonado mucho porque amó mucho”. María sabe querer y el amor es sabio. No era posible separar estos hechos de la sensibilidad de aquella mujer. Quiere agradecer a Jesús todo el bien recibido y encuentra el

modo: ungir de nuevo al Señor. ¿Acaso no es costumbre ungir a los huéspedes con perfumes? Y escogió lo mejor: “nardo legítimo”. Además, algo intuía del futuro de Jesús. La intuición de esa mujer comprendió más que los mismos Apóstoles, aunque a éstos se les había predicho, explícitamente, la Pasión y Muerte de Jesús. Así lo descubre Jesús a los que no entienden: “Se anticipó a mi sepultura” , “ha hecho una buena obra conmigo; ha hecho cuanto estaba en su mano: se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura”. María estaba ofreciendo algo a Jesús como si éste fuera ya la víctima que había de ser sacrificada por los pecados del mundo. Aquel ungüento, derramado sobre la cabeza de Jesús, era, en el corazón de María, un anticipo del embalsamamiento de su cadáver. La intuición de María acierta. El gesto dirá mucho más que todas las palabras del mundo y; además, en público.

Es destacable el elevado valor del perfume. Los presentes también se sorprendieron por eso; a muchos les pareció demasiado, y Judas lo criticó en voz alta. Seguro que a María le pareció poco, y lo mismo pensarían Lázaro y Marta. Ellos saben querer y entienden al Maestro.

Entiende mejor las cosas quien más ama. El que ama poco entiende menos; quien no ama no comprenderá el sentido de un regalo, quien odia lo entiende todo al revés. Los tres hermanos se unirían en el significado del regalo que le hacían a Jesús. El nardo legítimo era un símbolo de su fe y de su amor, un símbolo magnífico, pero al mismo tiempo muy inferior al amor que ellos habían recibido. ¿Habría aceptado el Señor un regalo en metálico? ¿O bienes materiales? ¿Hay algún bien superior a la vida natural? ¿Y a la vida eterna? Los bienes que Jesús recibe los utiliza siempre para consolar a los pobres y para el mantenimiento sencillo de los que le siguen. Pero en esta ocasión se trata de una despedida; el mismo Jesús quiere dejar bien claro que le entienden y le quieren de un modo pleno. Le quieren como él quiere ser querido. Y Jesús acepta la unción.

María capta la soledad de Jesús. No es un aislamiento, pues está rodeado de gente que le quiere; algunos lo han dejado todo para seguirle. La soledad de Jesús es la soledad de quien está en la cumbre mientras los

demás permanecen en el valle, es la soledad de quien sabe todo y los demás sólo conocen una parte, pues no conviene que sepan más; es la soledad del que se sabe Mediador único.

Judas Iscariote

En este ambiente de fe y de amor contrasta más la reacción crítica y malhumorada de Judas Iscariote, que murmura abiertamente contra María en su unción a Jesús. Es necesario considerar lo que pasa en el corazón de este hombre para introducirnos más a fondo en el drama de la Pasión. Jesús le corrige en público. La situación es tensa. Fue uno de los Doce, conocemos de él más que de muchos de los demás apóstoles. Su vida es un oscuro contraste que revela el mérito de los demás y la Luz del mismo Cristo. Judas tenía una verdadera vocación divina a la que no correspondió. Se cumplen en él las profecías, aunque éstas dejan resquicios para que sea uno u otro el traidor. ¿Cuál fue su evolución personal?

Los comienzos debieron ser buenos, al menos en la intención, pero al cabo de un tiempo Jesús hizo una fuerte declaración sobre Judas: “¿No os he elegido yo a los doce? sin embargo uno de vosotros es un diablo. Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote, pues éste, aún siendo uno de los doce, era el que le iba a entregar” (Jn).

Estas palabras revelan la gravedad de la situación de Judas. Jesús habla en momentos de gran tensión, pues después de la multiplicación de los panes, muchos querían hacerle rey. Jesús rechaza el ofrecimiento. “Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él” (Jn). Y Jesús no intenta retenerles con explicaciones de componendas, se dirige a los suyos que estaban claramente impresionados diciéndoles con fortaleza: “¿También vosotros queréis marcharos?” Simón Pedro se hace portavoz de los demás sin consultarles demasiado, y dice: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios”. Pero Jesús no acepta con facilidad

la buena voluntad de la declaración de fe de Pedro y habla de uno de ellos como un diablo.

Para entender mejor estas palabras y la tensión de la situación conviene ver las declaraciones directamente anteriores de Jesús. Pues antes de que muchos de sus pretendidos discípulos, probablemente los mismos que querían hacerle rey, se marchasen, dice: “El espíritu es el que da la vida, la carne de nada sirve: las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida. Sin embargo, hay algunos de vosotros que no creen” (Jn). “En efecto, Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quien era el que le iba a entregar”. Luego la situación de Judas como un diablo y la falta de fe están directamente relacionadas.

¿Cómo se produjo la tentación de Judas para que se pueda decir que es un diablo? Pues introduciéndose por alguna grieta de su voluntad y conduciéndole a la falta de fe y a la traición. Las cosas debieron producirse poco a poco, según la astucia de un ser inteligente y maligno sabedor de que si muestra a la primera su rostro asusta, mientras que cuando está dentro del alma produce la caída del tentado.

El proceso pudo ser el siguiente. Judas sigue al Maestro atraído por su fama. Al principio se entusiasma, pero su fe primera está llena de las ideas mundanas sobre el Mesías rey. No es impensable que se viese a sí mismo como uno de los principales dignatarios del nuevo rey del Israel, del Hijo de David. Ciertamente tiene verdadera vocación pues Jesús le llamó en el monte, pero no tiene una intención clara. El rechazo por parte de Jesús del mesianismo político le sorprende y pronto surgen dudas en su corazón, que se resiste a abandonar sus viejos y, aparentemente, ventajosos motivos.

Un segundo paso sería la vida que llevaban. Muchas veces no tenían dónde reclinar la cabeza. En otras ocasiones, les faltaba lo necesario para comer y desde luego estaba ausente cualquier tipo de lujo. La vida era grata, pero dura. Por otra parte, Jesús no le parece hábil y político para granjearse las simpatías de los poderosos; es más, les dice sin ningún

tapujo sus pecados y se convierten en enemigos suyos. Los mismos hombres importantes, que parecían discípulos suyos, como Nicodemo, permanecen ocultos cuando comienza a desatarse la persecución.

El hecho que debió desencadenar la falta de fe en Judas debió ser la negativa de Jesús a dejarse coronar rey: “Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él”. El desánimo y la dureza de corazón para creer y confiar en Jesús debieron desmoronar a Judas, que dejó que entrara la duda primero, y, después, la falta de fe en Jesús como Cristo.

Hay otra cuestión de no menor calibre. No es fácil convivir con la santidad cuando se vive en la mediocridad o en el pecado. El mediocre experimenta un rechazo grande ante el santo, le repugna y puede odiarle. Jesús le ama, pero ese mismo amor produce el efecto de un rechazo, por no saber ni poder estar a la altura. Su mala vida no se convierte en contacto con el santo, sino que le rechaza con un espíritu crítico negativo.

Luego, vendrá la crítica amarga y el mal ambiente con los demás: caras largas, quejas mal contenidas, pesimismo y desánimo; caldo de cultivo para que, cuando llegue la tentación de vender al Amigo y Maestro, si quedaba alguna resistencia, se viniese toda abajo. Después, venderá a Cristo conviviendo con él y los demás el tiempo necesario para pensar y realizar con premeditación la entrega sin tumulto de Aquel que sólo habla de amor.

Judas “era ladrón y, como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella” (Jn). Por este dato sabemos que era el administrador de los escasos bienes que todos poseían en común. Parte de estos bienes eran utilizados para dar limosnas. Jesús quería que aprendiesen ese aspecto de la pobreza que es ayudar al necesitado. Así se explica la reacción de los apóstoles cuando Jesús –que leía en el corazón de Judas– le dice que haga cuanto antes lo que tiene que hacer, y “ninguno de los que estaban a la mesa entendió con qué fin dijo esto, pues algunos pensaban que, como Judas

tenía la bolsa, Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta, o da algo a los pobres”.

¿Para qué quería Judas aquel dinero? Se han elaborado, sin fundamento, algunas hipótesis. Aquí nos basta pensar en las tentaciones habituales de cualquier hombre. Pero como la Escritura silencia este hecho nosotros nada diremos, salvo suponer, que no es poco. Desde luego eran robos de miseria. Pero lo poco lleva a lo mayor. Quizá la esperanza de un Reino material vició desde el principio la entrega de aquel hombre. La imaginación le traiciona con los honores que se brindan a los íntimos del gran rey y, poco a poco, los deseos van creciendo en su alma. El contraste con la vida pobre que llevaban, así como las críticas a los poderosos y el rechazo del reinado que ofrecía Cristo debió amargarle el corazón. Hasta que se le presenta la oportunidad de pasar a mayores. Esto ocurrió al enterarse de que los príncipes de los sacerdotes buscaban cómo prender a Jesús por traición. Entonces “fue a los príncipes de los sacerdotes para entregárselo. Ellos al oírlo se alegraron; prometiendo darle dinero”. Judas fue comprado por dinero. Se cumplía así la profecía de Zacarías. Esa cantidad –treinta monedas– profetizada era el precio de un cordero pascual, según algunos autores, y según otros el de la indemnización por la muerte de un esclavo causada por un animal de labranza. El designio divino es transparente en esta acción. Pero por parte de Judas ¿cómo no pensar que era una cantidad simbólica que precede a los honores que le concederían si cumplía la ingrata y difícil labor de entregar al Amigo, al Maestro y al Taumaturgo?

Es sintomática la reacción de Judas ante la unción de Jesús por parte de la agradecida hermana de Lázaro, el resucitado por el Señor, pues dice: “¿Por qué no se ha vendido éste perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?” (Jn). No sólo no es magnánimo, sino que es miserable con una crítica que alcanza al mismo Jesús. Todos debieron quedarse consternados ante estas palabras, reflejo de una amargura muy honda. Jesús, con serenidad, pero con fortaleza, no puede callar y aclara la acción de María: “Dejadle que lo emplee para el día de mi sepultura; pues a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis” (Jn). La crítica de Judas no surge de un deseo de justicia o de caridad hacia

los pobres, sino de la rebeldía interior acumulada ante la evidencia de que seguir al Maestro requiere vivir la pobreza y la humildad, y de sus deseos mal reprimidos de riquezas, ambiciones y poder humanos.

A las puertas de la Pascua vemos a Jesús más querido que nunca por los suyos. Pero en ese ambiente amoroso se encuentra un traidor, que ya se ha puesto de acuerdo con los enemigos declarados del Señor para entregarle. Así entramos en la Semana de Pascua.

*Pasión de Nuestro Señor Jesucristo***El Domingo de Ramos**

La semana anterior a la Pascua la vive Jesús en Betania. Habla con Lázaro. Habla con los discípulos. Pero, sobre todo, habla con el Padre. Van a ser unos días de oración intensa. La clarividencia es total en Jesús. Sabe lo que va a suceder. Ya lo ha anunciado varias veces con gran detalle. Además, para cualquier mente despierta era claro que se iba a producir una confrontación total con las cabezas del pueblo. Todo iba a quedar claro en aquellos días. Los discípulos lo ven, pero no lo ven todo, pues desconocen la profundidad del drama. Desconocen la fuerza del pecado y la violencia del diablo. Ellos no lo saben, pero Jesús sí. En esos días reafirma su voluntad humana y divina de entrar en la lucha de ese modo tan sorprendente que será ir humilde a la muerte sin defenderse. Va a convertir la confrontación en un sacrificio. Va a demostrar que el amor es más fuerte que la muerte. Va amar a todos a pesar de todas las dificultades. Y eso es el contenido de su oración dolorida y amorosa, valiente y silenciosa.

El sábado fue un día de especial oración. Jesús, como el soldado antes de la batalla, vela su espíritu para lo que va a suceder. Su mente ve, su voluntad quiere, su corazón ama. Siente el rechazo y la resistencia, es tentado más intensamente de lo que lo fue en el desierto, pero sigue firme la respuesta generosa de amor al Padre y a los hombres.

El primer día de la semana se pone Jesús en marcha hacia Jerusalén. “Caminaba delante de ellos” (Lc). Debían ser entre cincuenta y cien personas, contando hombres y mujeres, los que formaban la peregrinación. El primer kilómetro de subida transcurrió en silencio por parte de Jesús y con una progresiva animación de todos. Animados, pero vigilantes. No quieren que se dé un ataque por parte de los enemigos. Están dispuestos a defenderle. Jesús calla, pues sabe bien lo que valen esas valentías, y cómo

se va a necesitar mucho más en aquella batalla tan distinta de las que suelen suceder entre los hombres.

Al llegar a la cumbre de la pequeña pendiente de Betania hacia Jerusalén ocurre un hecho significativo. Se paran y habla Jesús. “Al llegar a Betfagé, junto al Monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: Id a esa aldea que veis enfrente y encontraréis en seguida un asna atada, con su pollino al lado; desatadlos y traédmelos. Si alguien os dijera algo, respondedle que el Señor los necesita, y al momento los soltará. Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por medio del Profeta: Decid a la hija de Sión: He aquí que viene a tu Rey con mansedumbre, sentado sobre un asno, sobre un borrico, hijo de burra de carga” (Mt).

Muchas cosas está diciendo Jesús con ese gesto. Diez siglos antes entró en la ciudad construida por David su hijo Salomón montado en un borrico. Las gentes de la ciudad aclamaron al hijo de David con gritos de *hossana*. Por otra parte la profecía de Zacarías dice que el Rey de Israel va a entrar en la ciudad del monte Sión montado en un pollino como rey de paz. El hecho de que sea un pollino, y no su madre, muestra la novedad de los tiempos. La borrica simboliza al antiguo Israel, el pueblo de la Antigua Alianza. El pollino aún no montado por nadie es la montura real y mansa del rey de la Nueva Alianza. El lenguaje de los símbolos es claro para gentes acostumbradas a leer en ellos. Jesús monta y se reanuda lentamente el camino, que ya es de descenso hacia Jerusalén.

“Los discípulos marcharon e hicieron como Jesús les había ordenado. Trajeron el asna y el pollino, pusieron sobre ellos los mantos y le hicieron montar encima”. La comitiva crece. Era costumbre entre las gentes reunidas para la Pascua recibir con gritos y cánticos a los nuevos grupos que llegaban. Los acompañantes de Jesús también lo hacen. La figura de Jesús destaca en el conjunto. Las gentes se preguntan quién es el recién llegado. Los que le conocen lo dicen. Eran conocidos de muchos sus milagros en todas partes y su anuncio del Reino de Dios. La resurrección de Lázaro ya había corrido de boca en boca. Muchos venían de Galilea o de otros lugares más frecuentados por el Señor. En aquellos momentos

residían en Jerusalén unas cincuenta mil personas, a las que se añadía en campamentos alrededor de la ciudad un número cuatro veces mayor de peregrinos. El monte de los olivos estaba lleno de gente. De pronto, comienza un entusiasmo que va creciendo y “una gran multitud extendió sus propios mantos por el camino; otros cortaban ramas de árboles y las echaban por el camino; las multitudes que iban delante y detrás de él, clamaban diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (Mt).

Es posible que en la mente de muchos, también de los discípulos, estuviese la idea de que por fin se decidía a manifestar claramente su mesianidad y su realeza. Se entusiasman, ponen su mantos a los pies del borriquillo, toman ramas agitándolas y gritan contentos. Con el alboroto se corre más la voz. Y Jesús acepta la alabanza. En otras ocasiones había rechazado los entusiasmos del pueblo; ahora los quiere; es más: da pie a que se den. Está declarándose rey ante el pueblo en la misma Jerusalén.

La alabanza a Jesús como hijo de David se extiende al cielo en alabanza a Dios: “Hossanna en las alturas”. Dios ha tenido misericordia del pueblo y les envía un liberador, un rey de paz y de justicia. ¡Alabado sea Dios!

Avanza el grupo entre aclamaciones y le siguen muchos, que se arraciman en torno a él. El avance es lento. La ciudad está a la vista. Entre el monte de los olivos y Jerusalén está el torrente de Cedrón. La vista es magnífica. Enfrente, la mole grandiosa del Templo; al norte, la torre Antonia, donde está la guarnición romana dominando la ciudad; en el lado opuesto, el palacio de Herodes defendido por tres torres casi inexpugnables; en torno, la doble muralla, que protegía la ciudad, palacios deslumbrantes en el monte Sión y casas apiñadas con callejas estrechas. El Templo domina todo con sus murallas ciclópeas (una auténtica maravilla), con sus puertas monumentales, sus torres y enormes explanadas, todo cubierto de plata y mármol, como una montaña de nieve llena de luz en

aquella mañana de primavera. Un grito de admiración sale de los peregrinos cuando se comienza a ver el Templo.

Ante este espectáculo Jesús se detiene, fija su vista en la ciudad y en el Templo, y, ante la sorpresa de todos, llora diciendo: “¡Si conocieras también tú en este día lo que te lleva a la paz!; sin embargo, ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti en que no solo te rodearán tus enemigos con vallas, y te cercarán y te estrecharán por todas partes, sino que te aplastarán contra el suelo a ti y a tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de la visita que se te ha hecho” (Lc). Pocos días antes, había llorado Jesús ante la tumba de su amigo Lázaro, porque lo amaba. Ahora llora porque ama a la ciudad Santa, ama a los hombres y la patria donde ha nacido. Pero ve la realidad, ve la ruina que va a caer sobre ella. En el año 70, después de una rebelión promovida por los celotas, los romanos, guiados por Tito, la cercarán, y pondrán precisamente sus fortificaciones en el monte de los olivos. La batalla será terrible y el Templo quedará destruido por completo. En el año 135, ante una nueva rebelión encabezada por Bar Kochba, el emperador Claudio ordenará la total destrucción de la ciudad hasta los cimientos, y mandará construir en su lugar una ciudad romana que habrá de llamarse Aelia Capitolina. Jesús sabe que estos hechos serán duros y terribles. Serán un castigo por la dureza de corazón que la ciudad va a manifestar especialmente en estos días, en que no sabrá reconocer la paz que viene del cielo. Los que le rodean le aclaman, pero él sabe bien el valor de lo que tiene delante de los ojos.

En aquellos momentos “algunos fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. El les respondió: Os digo que si éstos callan gritarán las piedras” (Lc). Aquellos hombres no pueden aguantar las aclamaciones a Jesús. Quizá, piensan, se produzca ya el movimiento de masas tan temido, y que Jesús pase de su apostolado con pequeños grupos a uno de masas, llegando a arrastrar a toda la población. Conocemos el odio de muchos de ellos a Jesús y la negación de su mesianidad y de su filiación divina. Más adelante dirán entre sí: “Veis que no adelantamos nada. Todo el mundo se va detrás de él” (Jn). Las aclamaciones siguen en el Templo, y a la indignación de los fariseos se

unen los escribas y los saduceos. Es de notar que en el Templo los *hosanna* los decían sobre todo los niños, y por eso se quejan al Señor: “¿No oyes lo que dicen éstos? Jesús les contestó: Sí. ¿No habéis leído nunca que de la boca de los pequeñitos y de los niños de pecho te has hecho alabar?” (Mt). Lo alaban como Rey descendiente de David, como había sido vaticinado. Aquellos hombres rechazan su testimonio.

Jesús entró en la ciudad por la puerta Dorada, cerca del Templo. Allí “se le acercaron unos ciegos y cojos y los curó” (Mt). Después de esto “enseñaba a diario en el Templo y los príncipes de los sacerdotes y los escribas, con los jefes del pueblo, querían matarlo. Pero no veían cómo lo realizarían, porque todo el pueblo estaba pendiente de sus labios” (Lc). No podían provocar una revuelta. Pero una vez más Jesús tampoco aprovecha su éxito para conseguir una meta política. Habría podido aprovechar las aclamaciones de la multitud y con gentes dispuestas a todo, que las tenía, organizar grupos de activistas, tomar el poder y hacer valer su ley, superando los abusos religiosos y económicos de los poderosos. Pero no lo hace así: sigue con la predicación, deja que se seren los ánimos, y al caer la tarde, después de examinarlo todo, vuelve a Betania con los Doce y los demás. A los ojos de algunos parece que no explota el éxito de su aclamación como rey y, de hecho, no actúa como un aspirante a un reinado humano.

Aquella tarde sucedió algo que llenó de entusiasmo a Jesús y nos revela su mente en aquel día. Se trata de unos gentiles que quieren verle. “Entre los que subieron a adorar a Dios en la fiesta había algunos griegos; éstos se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaban diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Fue Felipe y se lo dijo a Andrés, y Andrés y Felipe fueron y se lo dijeron a Jesús. Jesús les contestó: Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre” (Jn). Se alegra Jesús con los primeros frutos de fe en aquellos que vivían lejos del pueblo elegido. Pero lo central en su pensamiento y su corazón es la cercanía de su muerte y la gloria del Padre. Por eso dice: “En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna. Si alguien

me sirve que me siga, y donde yo estoy allí estará también mi servidor; si alguien me sirve, el Padre le honrará”. Grano de trigo que muere, fecundidad tras el morir, ser el siervo de Yahvé que lleva sobre sí los pecados y la muerte, fecundidad unida al sacrificio.

¿Y cual era el estado de ánimo de Jesús? Él mismo lo dice: “Ahora mi alma está turbada”. Sentimiento de dolor, de angustia, de preocupación, de conciencia de lo que va suceder. Hay lucha en su interior. Pero se crece ante esta turbación de su alma. “Y ¿qué diré?: ¿Padre, líbrame de esta hora?” No quiere la liberación del dolor, quiere la liberación del pecado. Sabe que éste es el momento crucial de la entrega y el sentido de su vocación. Sabe que es el mediador único, el sacerdote de la nueva alianza, y añade: “Sí; para eso vine a esta hora. ¡Padre, glorifica tu nombre!” Es un grito que sale del alma, es una oración externa de lo que bulle intensamente en su interior. Quiere la gloria del Padre por encima de todo. Y entonces el Padre responde, y “vino una voz del cielo: Lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré” (Jn). La gloria con que había de glorificar al Hijo es su unión total; la gloria que vendrá será la nueva vida resucitada.

“La multitud que estaba presente, decía: Ha sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. Jesús respondió: Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado fuera. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí. Decía esto señalando de qué muerte iba a morir” (Jn).

La cruz se anuncia cada vez más clara en sus palabras: el pecado y el diablo van a ser vencidos del único modo que ellos no pueden deformar: con la humildad y el amor. “La multitud le replicó: Nosotros hemos oído en la Ley que el Cristo permanece para siempre; entonces, ¿cómo dices tú: Es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre? ¿Quién es este Hijo del Hombre?” Muerte y vida parecen inconciliables. El Cristo vive para siempre, pero quiere pasar por la muerte; éste va a ser el hecho central de aquellos momentos. Aceptar esto va a ser el centro de la fe; el eje para acceder a la inteligencia de Dios mismo y de su enviado Jesucristo. “Jesús

les dijo: Todavía por un poco de tiempo está la luz entre vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que las tinieblas no os sorprendan; pues el que camina en tinieblas no sabe a dónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz. Jesús les dijo estas cosas, se marchó y se ocultó de ellos” (Jn). Las tinieblas lo llenarán todo dentro de poco. No deben confiar sólo en sus propias luces, deben crecer en la fe, entrar en la sabiduría de Dios, en la sabiduría de la Cruz. La falta de visión sobrenatural llevará a no entender nada y huir de aquel amor total.

Acaba el día y Jesús desanda el camino de Jerusalén a Betania. El silencio llena los corazones. Alegría por los *hosannas*, pero sorpresa por la vuelta silenciosa. Jesús calla. Durante aquella noche seguirá hablándoles del sentido de todo lo que está pasando, para que entiendan. Pero entender no era fácil. Va a ocurrir aquellos días el misterio más grande de la historia, el misterio de un amor de verdad.

El lunes santo

La noche del domingo fue intensa para Jesús. Explica muchas cosas a los suyos, pero, sobre todo, reza. Su alma está en tensión. Ve, quiere, siente, habla con el Padre, es invadido por el Espíritu Santo que le empuja al sacrificio. Vive un amor intenso y dolorido. Ante sus ojos desfilan los sucesos de aquellos tres años, y la humanidad entera con sus miles de historias individuales se le hace presente. Es la oración del Mediador entre Dios y los hombres, y vive su función con intensidad.

También ayuna, su espíritu no se relaja. El lunes, al encaminarse de nuevo al Templo de Jerusalén, “sintió hambre”. Pero en lugar de recurrir a los suyos pidiendo alimento, se dirige hacia un higuera buscándolo. Sabe que florecen hacia junio y raramente lo hacen en abril; pero le mueve un deseo intenso de que Israel dé buenos frutos, a pesar de todas las evidencias. Tiene hambre del amor de su pueblo y de todos los hombres. Pero aquel pueblo es como la higuera que tiene muchas hojas y ningún fruto. Y surge

la ira profética como el relámpago en un cielo de tormentas, y clama hablando con el árbol, y más aún con su pueblo: “Que nunca jamás coma nadie fruto de ti” (Mc). Los discípulos escuchaban sorprendidos.

Al día siguiente “Por la mañana, al pasar, vieron que la higuera se había secado de raíz”. Los discípulos estaban acostumbrados a los milagros, pero esta vez se sorprenden, pues se dan cuenta de que forma parte del mensaje de Jesús, que les habla por medio de un símbolo. Un árbol frondoso y prometedor se ha secado casi de repente. “Y acordándose Pedro, le dijo: Rabbí, mira, la higuera que maldijiste se ha secado”. Era como decirle: explícanos esta nueva parábola unida a un milagro tan extraño. Jesús abre su alma y les explica algo esencial: el valor de la fe y la importancia del perdón. Y les contesta: “Tened fe en Dios”. La necesitarán, pues dentro de poco van a ver la debilidad de Dios, o mejor, una manifestación del amor divino que se abajará al máximo para ganar la buena voluntad de los hombres. Para personas acostumbradas a considerar a Dios lleno de poder y majestad, es un escándalo verle humilde para vivir el misterio del perdón.

La segunda expulsión de mercaderes en el Templo

Al comenzar la vida pública Jesús expulsó a los mercaderes del Templo en un acto que suscitó esperanzas en algunos y enemistad en los comprometidos con el mercadeo de las cosas de Dios. Ahora va a suceder algo similar, pero no en vano han transcurrido tres años de intensa evangelización. Jesús ya no se presenta sólo como un reformador religioso, pues en el Templo se ha proclamado el Hijo de Dios igual al Padre. Está hablando en su casa, en la casa de Dios, y todo su poder se dejará ver con fuerza. “Llegan a Jerusalén. Y, entrando en el Templo, comenzó a expulsar a los que vendían y a los que compraban en el Templo, y derribó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas. Y no permitía que nadie transportase cosas por el Templo, y les enseñaba diciendo: ¿No

está escrito que mi casa será llamada casa de oración para todas las gentes? Vosotros, en cambio, la habéis convertido en una cueva de ladrones” (Mc).

Su acción no encuentra ahora gentes sorprendidas por el desconocido galileo. Ahora todos saben que el que actúa con santa ira se ha proclamado Mesías rey, ha sido aclamado por el pueblo y discutido por los príncipes. Temen, recogen sus enseres, y huyen. La actividad era grande en el mercado del Templo durante la Pascua. Miles de sacrificios, multitud de animales, vocerío, paso por el centro del templo, y nada de oración. Pero la acción apunta más alto. Los responsables son los que dirigen el Templo. El Sumo Sacerdote permite aquel barullo porque se enriquece con cada transacción. Si el dinero fluye a sus arcas poco le importa el orden del Templo. Los que le asisten también son colaboradores de aquel abuso. En realidad la gloria del Altísimo era una cuestión muy lejana de sus intereses. Aquí está la raíz del rechazo de Jesús como Mesías que se manifiesta como el Hijo de Dios. Si fuesen hombres de oración, si estuviesen unidos con Dios, descubrirían la verdad del enviado de Dios. Pero no lo son, y por eso cuando los príncipes de los sacerdotes y los escribas lo supieron “buscaban el modo de perderle; pues le temían, ya que toda la muchedumbre estaba admirada de su doctrina” (Mc).

La rabia crece en su corazones. el mismo Sanedrín ha determinado que se le mate, pero Jesús actúa con impunidad en el Templo. Es más, actúa haciendo y deshaciendo, enseñando y corrigiendo abusos. Parece que les provoca. Y ellos no pueden aguantar. Por eso con irritación se enfrentan con Jesús sin atender a sutilezas, a gritos: “Y mientras paseaba por el Templo, se le acercan los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos, y le dicen: ¿Con qué potestad haces tales cosas?, o ¿quién te ha dado tal potestad para hacerlas?” Siempre es el mismo tema: ¿Quién eres?, como si no lo hubiese dejado claro muchas veces allí mismo. Pero no quieren aceptarlo, ninguna razón les moverá de su incredulidad. Por eso Jesús les contestó de un modo sorprendente: “Yo también os haré una pregunta, respondedme, y os diré con qué potestad hago estas cosas: el bautismo de Juan ¿era del Cielo o de los hombres? Y deliberaban entre sí diciendo: Si decimos que del Cielo, dirá: ¿por qué, pues, no creísteis? Pero ¿vamos a decir que de los hombres? Temían a la gente; pues todos tenían a

Juan como a un verdadero profeta. Y contestaron a Jesús: No lo sabemos. Entonces Jesús les dice: Pues tampoco yo os digo con qué potestad hago estas cosas” (Mc).

Jesús tiene autoridad de rey; tiene la autoridad de quien tiene poder de hacer milagros; tiene autoridad de hombre perfecto y sabio; tiene la autoridad de Hijo de Dios; tiene la autoridad del Padre que le ha dado todo poder. Ninguna de ellas es aceptada por aquellos hombres de corazón envilecido. Sus mentes bullen ante la cuestión de quedar bien con el pueblo. Y se refugian en la evasiva cuando se les enfrenta con la verdad. Jesús no puede actuar con la claridad de la verdad a los que están cerrados a la luz. Y deja en evidencia a los que no quisieron creer en el Bautista, y no quieren creer en él.

Parábola de los viñadores homicidas

Jesús prosigue su enseñanza en el Templo. La tensión aumenta. Aunque la atención a sus palabras es grande y utiliza de nuevo el ejemplo de la viña; pero ahora los tintes van a ser más dramáticos. “Cierta hombre que era propietario plantó una viña, la rodeó de una cerca y cavó en ella un lagar, edificó una torre, la arrendó a unos labradores y se marchó de allí. Cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus criados a los labradores para percibir sus frutos. Pero los labradores, agarrando a los criados, a uno lo golpearon, a otro lo mataron y a otro lo lapidaron. De nuevo envió a otros criados en mayor número que los primeros, pero hicieron con ellos lo mismo. Por último les envió a su hijo, diciéndose: A mi hijo lo respetarán. Pero los labradores, al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero. Vamos, matémoslo y nos quedaremos con su heredad. Y, agarrándolo, lo echaron fuera de la viña y lo mataron. Cuando venga el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores? Le contestaron: A esos malvados les dará una mala muerte, y arrendará la viña

a otros labradores que les entreguen los frutos a su tiempo. Jesús les dijo: ¿Acaso no habéis leído en las Escrituras: La piedra que rechazaron los constructores, ésta ha llegado a ser la piedra angular. Es el Señor quien ha hecho esto y es admirable a nuestros ojos? Por esto os digo que os será quitado el Reino de Dios y será dado a un pueblo que rinda sus frutos. Y quien caiga sobre esta piedra quedará destrozado, y sobre quien ella caiga, lo aplastará.

“Al oír los príncipes de los sacerdotes y los fariseos sus parábolas, comprendieron que se refería a ellos. Y aunque querían prenderle, tuvieron miedo a la multitud, porque lo tenían como profeta” (Mt).

Una vez más se ha proclamado el Hijo enviado por el Padre a su viña, que es Israel. Pero su suerte va a ser la muerte. Jesús es la piedra rechazada por los constructores y el que le rechace se estrellará y será destrozado. Las alusiones son entendidas, pero no cambian los corazones enemistados, sino que crece el enfrentamiento. “Los escribas y los príncipes de los sacerdotes intentaban ponerle las manos encima en aquel mismo momento, pero tuvieron miedo al pueblo; pues se dieron cuenta de que por ellos había dicho aquella parábola” (Lc).

Martes santo. El día de las grandes controversias

La noche del lunes fue como la del domingo: enseñanzas a los discípulos y mucha oración. Jesús está en máxima tensión. El ambiente de paz de Betania ayuda a relajar los espíritus, pero Jesús no cede en su lucha y necesita rezar.

El martes acude al Templo por el camino tantas veces recorrido. Los rostros de los que le acompañan están serios; ya no hay vítores de los acampados alrededor de Jerusalén, ni en la ciudad. Pero muchos quieren oír y ver al Maestro, al Hijo de David, al que resucitó a Lázaro, al que se ha proclamado Hijo del Padre eterno. Este día todos los grupos que se oponen

a Jesús se van a unir y emplear sus armas dialécticas para destruirle. “Siguieron observando y le enviaron espías que simulaban ser justos para cogerle en alguna palabra y entregarlo al poder y jurisdicción del gobernador” (Lc). Muchas cosas van a quedar claras en este día y mucha va a ser la luz para los de mente y corazón abiertos.

El pago del tributo al César

Los fariseos se habían enfrentado con Jesús tanto el domingo como el lunes y estaban avergonzados. Ahora van a enviar discípulos camuflados para cogerle en una palabra comprometida; le preparan una pregunta que creen sin solución, o mejor, con todas las soluciones posibles negativas para Jesús: es la cuestión de la relación de la esfera religiosa con la autoridad política, gran tema de todos los tiempos y que tantos problemas ha solido llevar consigo. Acuden con retorcimiento mental, con adulación y falsedad y acompañados de los herodianos, que eran partidarios del poder de los romanos y de Herodes.

La cuestión se plantea así: “Entonces los fariseos se retiraron y tuvieron consejo para ver cómo podían cazarle en alguna palabra. Y le enviaron sus discípulos, junto a los herodianos, a preguntarle: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas de verdad el camino de Dios, y que no te dejas llevar de nadie, pues no haces acepción de personas” (Mt). La suavidad de las palabras esconde la malicia. Ciertamente Jesús es veraz, pero a ellos no les interesa la verdad, sino atraparle y entregarlo como prisionero. Por eso plantean la cuestión que les parece insoluble. “Dinos, por tanto, qué te parece: ¿es lícito dar tributo al César, o no?” El tema aparente es sólo el del impuesto, pero detrás lleva mucha más carga. Si responde que no se pague tributo al Cesar se hace reo de rebelión y puede ser tomado preso por los herodianos o los romanos. Si dice que se pague el tributo se hace colaboracionista, y acepta el yugo gentil sobre el pueblo elegido, algo intolerable para muchos. No parece haber más salidas. El nivel más profundo del tema es el de la relación de lo religioso y lo político. ¿Tiene que regirse el pueblo por las leyes de Dios y ser

gobernando por los sacerdotes? ¿O acaso debe tomar la dirección de lo religioso el poder político? En la historia se han dado las dos posibilidades con malos frutos casi siempre. Ciertamente la cuestión es compleja.

Jesús no rehuye el problema del momento, ni el más profundo, y va a dar una solución que recorrerá la historia a partir de entonces.

“Conociendo Jesús su malicia, respondió: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda del tributo. Y ellos le mostraron un denario. Jesús les preguntó: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Le respondieron: Del César. Entonces les dijo: Dad, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mt). La solución sorprende a todos. Toda autoridad viene de Dios, pues la sociedad necesita de la autoridad para no caer en el caos y en la anarquía. Se debe obedecer a esa autoridad en sus mandatos justos y en las leyes que no sean inmorales; pero lo político es autónomo de lo religioso. Por tanto es lícito pagarle el tributo al César que lo necesita para su función, pero siempre dando a Dios todo el corazón, que es lo suyo propio. “Al oírlo se quedaron admirados y dejándole se marcharon” (Mt). “Y no pudieron acusarle por sus palabras ante el pueblo y, admirados de su respuesta se callaron” (Lc). Los siglos siguientes contemplan esta respuesta como un giro importante en una cuestión difícil, y casi nunca bien resuelta.

La resurrección de los muertos

Después de los fariseos y los herodianos acuden a la controversia algunos de los saduceos. Eran pocos en el pueblo de Israel, pero ocupaban puestos de gran relevancia en el Sanedrín. Eran conservadores en lo económico y bastante escépticos en lo religioso. Aceptan la religión como algo esencial en el momento, pero al negar la resurrección se confunden en cuanto a la situación del hombre después de la muerte, es decir, sobre la misma espiritualidad del ser humano.

“Después se le acercan unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaban: Maestro, Moisés nos dejó escrito: Si muere el hermano de alguien y deja mujer sin hijos, que su hermano tome a la mujer para dar descendencia a su hermano. Eran siete hermanos. El primero tomó mujer, muriendo sin dejar descendencia. Entonces el segundo se casó con ella, y murió sin dejar tampoco descendencia. De igual modo el tercero. Y los siete no dejaron descendencia. Después de todos murió también la mujer. En la resurrección, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será mujer?, porque los siete la tuvieron por mujer” (Mc). La cuestión de la resurrección de los cuerpos, que aceptaban los fariseos, comportaba problemas acerca de la sexualidad que convenía dilucidar. Ambas cuestiones, lo que ocurre tras la muerte y la transmisión de la vida, han sido, y son, muy importantes para los hombres. No se pueden resolver sin atención. Son muy distintas las posturas de los materialistas y de los que aceptan una vida auténticamente espiritual. En ambos se debe aclarar el sentido del cuerpo y su relación con el principio vital, que es el alma.

Jesús, como es habitual, no rehuye la cuestión, sino que la aprovecha para dar luz en todo lo que se planteaba, y les contestó: “¿No habéis caído en error al no entender las Escrituras ni el poder de Dios? Cuando resuciten de entre los muertos, ni los hombres tomarán mujer ni las mujeres marido, sino que serán como los ángeles en el Cielo. Y acerca de que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el pasaje de la zarza, cómo le habló Dios diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Ahora bien, Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Estáis muy equivocados” (Mc).

La unión sexual para transmitir la vida no es sólo algo físico, sino que debe ser una expresión de amor. Tanto es así que, cuando los cuerpos resuciten, ya no se realiza la unión sexual porque el cuerpo está espiritualizado y vive más profundamente el amor del alma. La revelación de que son “como ángeles en el Cielo” es grandemente consoladora, y desvela la dignidad del cuerpo y de su unión vital con el alma y el espíritu.

Por otra parte, la vida tras la muerte queda claramente afirmada una vez más. Dios es Dios de vivos, y vivos están Abraham, Isaac y Jacob. La vida es inmortal. Cuando un hombre entra en la vida pasará por la muerte, una dura separación de cuerpo y alma. Pero el alma pervive tras la muerte para siempre y se unirá con el cuerpo al final de los tiempos. Pero la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo son objeto de una enseñanza clara por parte de Jesús.

El primer mandamiento de la ley

En el movimiento de los grupos surge una pregunta de uno que ha quedado cautivado por las palabras del Señor. “Se acercó uno de los escribas, que había oído la discusión y, al ver lo bien que les había respondido, le preguntó: ¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?” (Mc). Muchos eran los preceptos que se atribuían a la Ley. Unidos los de la sagrada Escritura y los de las diversas tradiciones rabínicas eran más de seiscientos. Su cumplimiento parecía imposible para los hombres de buena voluntad. Por otra parte parecía difícil, si no imposible, ordenarlos según su importancia. La luz de las palabras de Jesús ante las cuestiones anteriores ilumina el alma del escriba de buena voluntad, y sin consultarlo con otros, se lanza a preguntar con auténtico deseo de saber, no para atacar al Señor con astucias.

Jesús respondió con palabras conocidas por todos los israelitas, con palabras del “*shemá Israel*” que recitaban todos los días tres veces: “El primero es: Escucha, Israel, el Señor Dios nuestro es el único Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos” (Mc). Une el mandamiento del amor a Dios y el del amor al prójimo, y las palabras antiguas del Éxodo y el Levítico parecen nuevas en su boca. Precisamente, se trata de entender el verdadero amor. Se trata de comprender que el amor

es algo más que amor propio. El amor supera el egoísmo, quiere el bien del otro; se olvida de sí, se entrega y busca una unión que es comunión de identificación entre personas. El que ama tiene todo su pensamiento en la persona amada, quiere lo que ella quiere, siente con su sentir, se olvida de sí, se entrega hasta lo más hondo. Entender y vivir el amor es el núcleo de lo que enseña Jesús, y los próximos días lo va a vivir en su grado máximo.

El escriba entiende lo que se le dice, se entusiasma y le responde:

“¡Bien Maestro!, con verdad has dicho que Dios es uno solo y no hay otro fuera de El; y amarle con todo el corazón y con toda la inteligencia y con toda la fuerza, y amar al prójimo a como a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios” (Mc). La luz se ha hecho en su interior, repite casi las mismas palabras de Jesús y de la Ley, pero hay un nuevo entendimiento que le llena el corazón y le enciende el ánimo. “Viendo Jesús que le había respondido con sensatez, le dijo: No estás lejos del Reino de Dios” (Mc). Le faltaba hacer operativo aquel amor que nace en su interior y seguir al Maestro con todas sus consecuencias. “Y ninguno se atrevía ya a hacerle preguntas” (Mc).

Y de nuevo ¿quién es Jesús?

La conversación pública del escriba con Jesús hace que los fariseos se replieguen. Jesús camina por el Templo hablando con unos y otros. Hasta que se dirige al grupo de fariseos reunidos y propone una cuestión importante. Ya no se limita a responder a lo que se le dice, sino que es él quien empieza. “Estando reunidos los fariseos, Jesús les preguntó: ¿Qué pensáis del Mesías? ¿De quién es hijo? Le respondieron: De David. Les volvió a preguntar: ¿Cómo, entonces, David, movido por el Espíritu, le llama Señor al decir: 'Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies?'. Pues si David le llama Señor, ¿cómo va a ser hijo suyo?” (Mt).

El salmo plantea la filiación del Mesías, y es incuestionable que se trata de una filiación distinta de la filiación a David. Además, si David le llama Señor es por reconocerle superior a él. Luego la filiación del Mesías debe ser una filiación divina que supera a la de los hombres. Jesús ha dicho que él es el Hijo igual al Padre, que la suya es una filiación perfecta. El misterio es grande, pero lleno de luz. Jesús es el Señor porque es Dios, y es Señor porque es el rey enviado como Mesías para salvar a los hombres. “Y nadie podía responderle una palabra; y desde aquel día ninguno se atrevió a hacerle más preguntas” (Mt). Las discusiones van a cesar; ahora se va a pasar a los hechos, que siempre son más elocuentes que las palabras.

La ofrenda de la viuda

Los enemigos se retiran. Jesús se mueve por el Templo con libertad cuando ocurre un hecho que le conmueve y le sirve de ejemplo para educar a los discípulos. “Sentado Jesús frente al gazofilacio, miraba cómo la gente echaba en él monedas de cobre, y bastantes ricos echaban mucho. Y al llegar una viuda pobre, echó dos monedas, que hacen la cuarta parte del as. Llamando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más en el gazofilacio que todos los otros, pues todos han echado algo de lo que les sobraba; ella, en cambio, en su necesidad, ha echado todo lo que tenía, todo su sustento” (Mc).

Aquella mujer es ajena a los sucesos del Templo. Bastante tiene con sus preocupaciones. Jesús dice que Dios mira el corazón de aquella mujer y valora el amor de lo que hace. Es bien conocido que la limosna hecha con ostentación es un acto que pierde su eficacia de amor a Dios y al prójimo. La viuda gana el corazón de Jesús que se alegra de su fe generosa, aunque pareciera tan poco lo que entregaba.

Jesús descubre el pecado de los fariseos y los escribas

El ambiente es tenso y expectante. Jesús vive con intensidad el momento. Quiere dejar algo muy importante a los que le escuchan. No se trata sólo de sus discusiones con los escribas, los fariseos y los saduceos. Se trata de denunciar la raíz del pecado en los corazones de los hombres. Sólo cuando se descubre el rostro de la soberbia, se puede vencer y vivir la vida de amor tantas veces anunciada, pero siempre lejana. Por eso Jesús manda que se reúnan los más posibles, también sus enemigos. Cuando, de pronto, Jesús eleva la voz para ser oído por todos, y con fuerza verdades que pueden doler, pero que pueden también curar. Va denunciar el pecado interno de los escribas y de los fariseos, que es actuar “para ser vistos”, no guiados por el amor. La soberbia espiritual lleva al engreimiento ante la propia perfección y su primer fruto es hacer las cosas para ser alabados por los hombres. La gloria y el amor de Dios se desdibujan, la humildad se hace imposible y, en una pendiente difícil de controlar, se deslizan una serie de abusos cada vez más notorios. No denuncia Jesús la doctrina de los escribas y fariseos, pues dice: “Haced lo que dicen”; sino las motivaciones de sus corazones. Sus palabras, sus gritos más bien, van a resonar en el Templo como latigazos que intentan convertir a los duros de corazón. La cólera de Dios se hace manifiesta como en el Sinaí.

El ataque inicial es contra los escribas

“Guardaos de los escribas, que les gusta pasear con vestidos lujosos y que los saluden en las plazas, y ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; que devoran las casas de las viudas mientras fingen largas oraciones. Estos recibirán un juicio más severo” (Mc).

Después reúne en su crítica a fariseos y escribas; es decir, a los que presumen de cumplir la Ley, tanto si son doctos como si no lo son. “En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Haced y cumplid todo cuanto os digan; pero no hagáis según sus obras, pues dicen pero no hacen. Atan cargas pesadas e insoportables y las ponen sobre los hombros de los demás, pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Hacen todas sus

obras para ser vistos por los hombres; ensanchan sus filacterias y alargan sus franjas. Apetecen los primeros puestos en los banquetes, los primeros asientos en las sinagogas y los saludos en las plazas, y que la gente les llame Rabí. Vosotros, al contrario, no os hagáis llamar Rabí, porque sólo uno es vuestro Maestro y todos vosotros sois hermanos. A nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra, porque sólo uno es vuestro Padre, el celestial. Tampoco os hagáis llamar doctores, porque vuestro Doctor es uno sólo: Cristo. El mayor entre vosotros sea vuestro servidor. El que se ensalce a sí mismo será humillado, y el que se humille a sí mismo será ensalzado” (Mt).

No niega la autoridad de unos y de otros; desvela el fondo de sus intenciones que se manifiesta en vanidades que alcanzan el ridículo. El amor verdadero es humilde, y busca servir más que servirse. La humildad no tiene fuerzas para decir que es humilde, pues sería orgullo espiritual, pero se advierte en que sirve a todos; entonces Dios da gloria en lo más íntimo del alma y cuando conviene en lo exterior, pues ya nada puede hacer daño al que nada busca en las vanidades humanas.

Invectivas contra los escribas y fariseos

Hasta este momento el Señor se ha dirigido a discípulos suyos para que corrijan la soberbia que corrompe hasta lo religioso si entra en el alma. Los escribas y fariseos se agitan molestos. No aceptan la corrección. Murmuran. Jesús los mira con indignación; sus ojos llamean, el tono de su voz se eleva, golpea aquellas almas para que se les abran los ojos. El látigo de su lengua se agita en el aire, golpea las conciencias, y surgen otros siete ayes parecidos a los que en un pequeño grupo ya había dicho Jesús. Pero ahora la denuncia va a ser realizada en público y en el Templo de Dios. La justicia se hace voz que denuncia.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el Reino de los Cielos a los hombres! Porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a

los que entrarían” (Mt). La palabra hipócritas llena el ambiente. Hombres de dos caras y de sentimientos retorcidos. Y ataca la actitud de cerrar el Reino de los cielos a los humildes. Ni entran, ni dejan entrar. Han perdido la llave de la salvación al perder el sentido del amor que todo lo ilumina. Los cumplimientos externos no bastan si falta esa actitud del corazón, de la voluntad y de la mente.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que vais dando vueltas por mar y tierra para hacer un solo prosélito y, una vez convertido, le hacéis hijo del infierno dos veces más que vosotros” (Mt). El proselitismo para acercar almas a Dios es bueno, y se debe vivir con celo. Pero una vez dentro ¿qué se les da? Lo mismo que ellos viven. Su celo es movido por falta de rectitud de intención y los que entran se encuentran con desorientación y con pecado. De poco vale ese proselitismo.

“¡Ay de vosotros, guías de ciegos!, que decís: El jurar por el Templo no es nada; pero si uno jura por el oro del Templo, queda obligado. ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más: el oro o el Templo que santifica al oro? Y el jurar por el altar no es nada; pero si uno jura por la ofrenda que está sobre él, queda obligado. ¡Ciegos! ¿Qué es más: la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Por tanto, quien ha jurado por el altar, jura por él y por todo lo que hay sobre él. Y quien ha jurado por el Templo, jura por él y por Aquel que en él habita. Y quien ha jurado por el Cielo, jura por el trono de Dios y por Aquel que en él está sentado” (Mt). Pervierten el sentido de lo sagrado. Usan a Dios y abusan de su santo nombre. Por eso son ciegos que no ven que la santidad del juramento la da Dios mismo con su grandeza y poder.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que pagáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, pero habéis abandonado lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad. estas últimas había que hacer, sin omitir aquéllas. ¡Guías de ciegos!, que coláis un mosquito y os tragáis un camello” (Mt). Cuidan cosas pequeñas e insignificantes, y descuidan las grandes. Bueno es cuidar lo mínimo, pero a

condición de que lo grande sea tratado con esmero y delicadeza. Esa es la verdadera piedad.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro quedan llenos de carroña e inmundicia. Fariseo ciego, limpia primero el interior de la copa, para que luego llegue a estar limpio también el exterior” (Mt). Las apariencias pueden llevara pensar en que son santos y perfectos. Pero a Dios nadie le puede engañar. Los malos deseos y los pensamientos desbordados es lo que deben cuidar, después vendrá lo exterior como fruto que nace de buena raíz.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera aparecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda podredumbre. Así también vosotros por fuera aparecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e indignidad” (Mt). La imagen del sepulcro blanqueado ha cristalizado como señal de la hipocresía, pero la verdad y la sinceridad ante Dios puede llevar a superar esa corrupción.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis las tumbas de los justos, y decís: Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así, pues, atestiguáis contra vosotros mismos que sois hijos de los que mataron a los profetas. Y vosotros, colmad la medida de vuestros padres” (Mt). Ésta es la denuncia fundamental. Jesús revela lo que en aquellos momentos está en sus corazones: el odio hasta la muerte contra toda justicia. Quieren matar al inocente, porque no aman a Dios. Son hijos de Caín, que odia al inocente Abel porque sus obras son malas y la vida del justo es para él un reproche inocente. Jesús advierte su irritación, pero no cede.

“¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo podréis escapar de la condenación del infierno? Por eso he aquí que voy a enviar a vuestros profetas, sabios y escribas; a unos mataréis y crucificaréis, y a otros los flagelaráis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros toda sangre inocente que ha sido derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al que matasteis entre el Templo y el altar. En verdad os digo: todo esto caerá sobre esta generación” (Mt). El enfrentamiento cada vez es más radical. Jesús quiere enderezar a aquellos hombres de su conducta desviada con la fuerza del profeta. Pero lo que consigue es que su odio llegue al máximo y pongan todos los medios para matarle.

Quejas contra Jerusalén

El silencio se hace entre la multitud después de la explosión de imprecaciones de Jesús. No se puede decir más. Todos callan esperando una nueva polémica que no llega. La saeta ha dado en la diana, la verdad de unos y de otros se ha hecho clara a la vista de todos. Jesús está encendido. Pero no ha acabado, pues añade una exclamación final: “Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y lapidas a los que te son enviados. Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina cobija a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste. He aquí que vuestra casa se os va a quedar desierta. Así, pues, os aseguro que no me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor” (Mt).

Si Jerusalén hubiera querido, hubiera sido la capital del nuevo Reino. La belleza de los dones de Dios la hubiera inundado. El mundo hubiera tenido en ella su centro. El antiguo olivo hubiera florecido en nuevos brotes en todo el orbe de la tierra. Dios habría bendecido su fe. Pero no ha querido. Ha usado la libertad para oponerse al modo con que ha querido Dios salvar a los hombres. Ha despreciado el amor humilde, ha preferido una religión adulterada en su fondo y vacía en sus formas. Al final de los tiempos, Jesús volverá a venir con aspecto glorioso. Pero entre esas dos venidas no le verán, sino que se manifestará a otros pueblos. Amargo fruto

de la libertad que no ha sabido seguir el paso del amor y ha rechazado al Cristo de Dios. Lo reconocerá al final de los tiempos cuando, antes del final, se conviertan como pueblo; pero en los miles de años intermedios, será un pueblo alejado de Cristo cuando podía haber sido un pueblo lleno de bendiciones.

La segunda venida de Jesús y el Templo

Jesús se enfrenta a sus enemigos, y éstos no encuentran adecuada respuesta, pues como no tenían intención de encontrar la verdad y convertirse, las palabras de Jesús resbalaban en ellos como el agua en la roca granítica. Su reacción es de odio, no de conversión. Jesús sale del Templo dolorido por la dureza de corazón de aquellos hombres tan cercanos a la palabra de Dios y tan lejanos de Dios mismo. Los apóstoles participan de aquel dolor sin entenderlo del todo. Jesús acaba de decir a los que le escuchan que “quedará desierta vuestra casa” (Mt) ¿Qué había querido decir con estas palabras? Pronto lo sabrán.

En el camino de vuelta a Betania predomina el silencio, hasta que alguno de los discípulos –quizá para crear un ambiente más distendido– se admira de la belleza del Templo, y dice: “Maestro, mira qué piedras y qué edificios”. Otros aprovechan la ocasión y al admirar las riquezas del Templo, quizá comentan los valiosos dones y regalos de personajes como Ptolomeo, Augusto, Julia, Herodes el Grande y muchos otros benefactores insignes y personas particulares que guardaban sus fortunas allí. Basta pensar en la vid de oro macizo puesta a la entrada del Templo que tenía la altura de un hombre. Tácito dice que era un Templo de gran opulencia, bien construido: algunas de las piedras eran enormes, de unos diez metros de tamaño.

El tono de la conversación debió animarse, pero Jesús calla, y, de repente, les dice: “¿Veis estas grandes construcciones? No quedará aquí piedra que no sea derruida” (Mc). La expresión “no quedará piedra sobre

pedra” (Mt) es expresiva. Todos quedaron consternados ante estas palabras, tanto por el tono profético, como por la dureza de la misma revelación, pues les estaba diciendo que el mismo Templo, orgullo de todo israelita, iba a ser destruido; cosa que ocurrió efectivamente antes de haber transcurrido cuarenta años por manos de Tito. Al no poder dominar un incendio ordenó la destrucción total del Templo, que dura hasta hoy.

Todos callan, y un silencio cortante domina la escena. Ascienden un poco más hasta el huerto de los olivos, que está frente al Templo, y allí, en confianza, “le preguntaron aparte Pedro, Santiago, Juan y Andrés: Dinos: ¿cuándo ocurrirán estas cosas y cuál será la señal de que todo esto está a punto de cumplirse?” (Mc). Los cuatro discípulos escuchan con fe, con curiosidad, y con un cierto temor en el corazón. Respecto al tiempo del fin del mundo no les quiere revelar el momento: “En cuanto a aquel día y a aquella hora, nadie la conoce: ni los ángeles, ni el Hijo, sino sólo el Padre” (Mc), cosa comprensible, pues el temor, el desaliento, el cansancio, o la despreocupación podrían hacer mella en los hombres, y conviene que cada uno luche en el presente. Lo característico del final es la venida de Cristo como juez y rey. Es un tiempo de plenitud y salvación definitiva. “Y cuando venga el Hijo del hombre en su majestad y todos los ángeles con El, entonces se sentará sobre el trono de su majestad, y serán congregadas delante de El todas las gentes, y los apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos” (Mt).

Las palabras del Señor sobre lo que acaecerá en los últimos tiempos se van mezclando con lo que sucederá al Templo y al Israel incrédulo, y, en cierta manera, irá sufriendo siempre la Iglesia a lo largo de los siglos.

Lo primero es el engaño, las guerras y las catástrofes naturales. “Mirad que nadie os engañe. Muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy, y engañarán a muchos. Cuando oigáis que hay guerras y rumores de guerras, no tengáis miedo. Es preciso que esto suceda, pero no es todavía el fin. Pues se levantará pueblo contra pueblo y Reino contra Reino. Habrá terremotos en diversos sitios, habrá hambres” (Lc). Muchos han visto en estas palabras la situación de Israel antes del año 70, en que fue destruida

Jerusalén. Es notorio que también han sucedido muchas cosas similares a lo largo de la historia, pero parece que serán más intensas estas pruebas antes del fin definitivo, pues es sólo “el comienzo de los dolores” (Mc).

La segunda serie de señales la representa la aparición de persecuciones similares a las que padeció Cristo. “Entonces os entregarán a los tormentos, y os matarán, y por mí seréis odiados de todos los pueblos. Muchos desfallecerán y unos a otros se traicionarán y se odiarán mutuamente. surgirán muchos falsos profetas y con el crecer de la maldad se enfriará la caridad de muchos” (Mt). Realidades fuertes que sólo atempera la insinuación sobre la conversión de los judíos. Y ante el temor que podrían producir les consuela con la promesa de una ayuda especial del Espíritu Santo para perseverar: “El que persevere hasta el fin, ese se salvará” (Mt); es más, “no se perderá ni un cabello de vuestra cabeza” (Lc), pero necesitan paciencia.

Las señales de la ruina de Jerusalén también son aplicables al fin del mundo; se trata de la “abominación de la desolación” (Mt). Con esta expresión el profeta Daniel señala una idolatría, algo así como la profanación del Templo de Dios realizada por Antíoco dos siglos antes al colocar un ídolo allí; o bien a la ocupación del lugar más sagrado de una manera sacrílega y llena de un sorprendente poder. Las palabras “donde no debiera estar”, quizá anuncian un poder humano que intentará suplantar el poder divino que en la tierra ejerce la Iglesia. Y el consejo del Señor para esta situación es rezar: “Orad para que no suceda en invierno”, expresión que quizá quiere decir con pocos frutos, aunque la oración de los justos acortará el tiempo de prueba. “Habrá en aquellos días tal tribulación cual no la ha habido desde que Dios creó hasta ahora, ni la habrá. Y si el Señor no acortase aquellos días, nadie se salvaría. En atención a los elegidos se abreviará” (Mc). Estas señales ya son más directamente aplicables al fin de los tiempos.

La tercera serie de señales es la aparición de falsos Cristos y falsos profetas, capaces de hacer prodigios y “de engañar si fuera posible a los elegidos”, dice el Señor. Vendrá “una gran apostasía”, unida a la aparición

de “un anticristo” al que llama “hijo de la perdición que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse a sí mismo Dios”.

El final de la exposición de Jesús sobre aquellos hechos fue sorprendente, pues dijo: “Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor y las potestades de los cielos se conmoverán. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre, y en ese momento todas las tribus de la tierra prorrumpirán en llantos. Y verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes con gran poder y gloria. Y enviará a sus ángeles que, con trompeta clamorosa, reunirán a sus elegidos desde los cuatro vientos, de un extremo a otro de los cielos” (Mt).

Realmente es el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que retribuirá a cada uno según sus obras: la vida eterna para quienes perseveren en el bien obrar; y la ira y la indignación, en cambio, para quienes, con contumacia, no sólo se rebelen contra la verdad, sino que obedezcan a la injusticia. Por último, les revela el gozo de la restauración definitiva cuando se cumplan los planes de la divina sabiduría respecto a los hombres que pudieron usar bien o mal su libertad.

El miércoles santo

El miércoles santo Jesús no acudió al Templo. Permaneció en Betania en una vigilia de oración. Todo lo que había de decir, lo ha dicho. La revelación de su identidad es clara. La denuncia del pecado también. Las posiciones de los importantes también están definidas.

Cristo les dice: “Sabéis que de aquí a dos días será la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado” (Mt). Hay presciencia en Jesús. Sabe lo que va suceder, sabe el día y la hora. No le será ahorrado el

desconocimiento previo, o la esperanza de que el dolor va a ser menor. Lo sabe todo. Es consciente de que los clavos van a atravesar su carne, sabe que su cuerpo va a ser flagelado, escupido, deshonrado y, por fin, llegará una muerte cruel. Lo sabe, y no huye, porque esa afrenta va a ser convertida en un sacrificio en el que él va a ser sacerdote y víctima. Va a pedir al Padre el perdón para todos, pero lo va a pedir pagando el precio de justicia de todos los pecados. Va a ser un verdadero sacrificio expiatorio, como lo simbolizaba el animal que soltaban los sacerdotes, que llevaba sobre sí los pecados del pueblo. Pero ahora no va a ser un símbolo, sino una realidad. El peso de todos nuestros pecados va a caer sobre él. Jesús va a ser el inocente que paga por los pecados de aquellos a quienes ama. De esta manera se manifiesta una misericordia que tiene en cuenta la justicia.

Ya había sido profetizado mucho sobre el siervo de Yahvé que padecerá para librar al pueblo de sus pecados. Se cumplirá todo hasta el mínimo detalle. El amor no es sólo la satisfacción por el gozo con la persona amada. Es también querer tanto al otro –en este caso a todos los hombres– que se busca librarlos de todo mal, se busca liberarlos de las garras del diablo, de las redes del pecado, de la muerte primera, y de la muerte segunda que es el infierno. Ese amor le lleva a no poder soportar que se pierda ninguno. Que todo el que quiera salvarse lo pueda hacer. Por eso no rechaza el sacrificio. Se puede decir que lo ama, aunque el corazón tiemble y la carne se resista. Pero la voluntad es firme. Y el miércoles santo es un día de oración intensa y sin descanso, rodeado del cariño de los suyos, aunque no todos, pues Judas le odia.

La reunión del Sanedrín

Aquel día se reunieron las tres clases del Sanedrín: los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos notables. Preside el Sumo Sacerdote Caifás. No es una reunión oficial, pero están casi todos. Los acontecimientos del día anterior hacen que lo ya decidido se ponga por obra. Ya habían decidido matarle antes; pero nada han conseguido. Ahora les mueve la furia de hacerlo cuanto antes, pero con astucia, con una

frialdad y un odio que encuentran su motor en el mismo Satanás. Son implacables. “Entonces se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el palacio del Sumo Sacerdote, llamado Caifás, y acordaron apoderarse con engaño de Jesús y hacerle morir. Pero decían: No sea en la fiesta, para que no se produzca alboroto entre el pueblo” (Mt).

Las deliberaciones fueron duras. Hablan más los que más le odian, es decir, los que tienen una mayor pecado según las denuncias públicas y privadas de Jesús. No pueden esperar, pero no quieren alboroto. Saben que los partidarios de Jesús son muchos. Saben que en una situación de guerra civil los romanos intervendrían y liberarían a Jesús, pues su conducta es intachable y nada enemiga de ellos. Por otra parte quieren comprometer a los romanos para que ellos sean responsables de la muerte de Cristo ante el pueblo. Deben calcular las cosas hasta el mínimo detalle. No pueden fallar. Alguno habla de Judas que ya ha entrado en tratos, pero poco saben de él.

La traición de Judas

“Se acercaba la fiesta de los Azimos, que se llama Pascua, y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban cómo acabar con él, pero temían al pueblo. Entró Satanás en Judas, llamado Iscariote, uno de los doce. Fue y habló con los príncipes de los sacerdotes y los magistrados sobre el modo de entregárselo” (Lc).

Satanás sólo entra si se le deja entrar. Puede tentar y tienta como lo hizo con Jesús y lo hace con todos. Pero para entrar necesita una puerta abierta. Satanás es soberbio, pero es lúcidamente inteligente. Conoce las debilidades de los hombres y las prueba. Odia a Dios, y sabe que el mayor daño que le puede hacer es destruir a los hombres. Conoce la debilidad de Judas, su amor por el dinero, y lo que el dinero lleva consigo. Ha seguido su comportamiento a lo largo de los tres años. Ha podido observar sus trampas. Y sobre todo su resentimiento por no entender el modo en que Jesús lleva las cosas adelante. Judas no puede entender un amor tan grande

que le lleve a la pobreza, a decir las verdades a los poderosos, contra las juiciosas políticas de los hábiles. Su vida de fraternidad es difícil con los demás, pues ellos han dejado todo para seguir a Jesús, y les ve decididos a hacer lo que les pida, por loco que parezca. Las peleas y los reproches no faltan. No en vano ellos no tienen tanta paciencia como Jesús, que siempre le disculpa y le apoya. La misma paciencia y el amor de Jesús le llenan de odio, pues son un reproche cuando él ya no quiere saber nada de ese reinado que no parece de este mundo.

Entonces Judas Iscariote “fue donde los príncipes de los sacerdotes, y dijo: ¿Qué me queréis dar a cambio de que os lo entregue? Ellos le ofrecieron treinta monedas de plata. Desde entonces buscaba una oportunidad para entregarlo” (Mt).

El precio había sido profetizado. Es muy posible que ellos, o alguno de ellos, se acordase de la profecía con burla y cinismo. Es muy posible que, en su astucia, la utilizaran para acallar la conciencia de Judas diciéndole que si verdaderamente Jesús era el Mesías se aclararía todo, pues se manifestaría con poder. Era un engaño, pero cuando se peca cualquier excusa puede servir de justificación. El hecho es que él era traidor de quien más le había querido, del Mesías, del Amigo, del Hijo de Dios Altísimo. Esa es la verdad de Judas. Estaba cometiendo el peor de los pecados con una lucidez que la compañía con Jesús agravaría por minutos.

La cantidad de treinta siclos de plata era también el precio del daño por un esclavo que hubiese sido muerto por un animal. Era el precio de un pequeño campo. Era el precio de un cordero pascual. Simbolizaba, sin quererlo, a Jesús que se entrega como un esclavo de amor, del cordero pascual que libera de la muerte a los primogénitos. Para Judas era sólo el símbolo del poder que alcanzaría cuando venciesen sus nuevos amigos. Poco sabía cuál iba a ser la paga de los traidores, pues lo que es lucidez para la traición es oscuridad para el propio conocimiento.

Los reunidos en el Sanedrín se alegraron. Judas hierve de actividad. Se separan, preparando todo para el desenlace inminente, aunque un cierto temor de que Jesús se escape de nuevo de sus manos les deja intranquilos, pues lo ha hecho muchas veces. Menos les intranquilizaba lo más importante: el juicio de Dios.

La preparación de la cena pascual

El jueves por la tarde, Jesús volvió a subir a Jerusalén, pero no públicamente como los días anteriores, sino con precauciones para evitar problemas con los que le buscan para matarle. Quiere calma y las condiciones materiales más adecuadas para un designio que cruzará los siglos. Judas espía dónde van a ir, pero no le es posible enterarse; Jesús da indicaciones muy cuidadosas a Juan y a Pedro. Hasta que llegan a una casa espaciosa y rica, en la zona más acomodada de aquella Jerusalén, en el monte Sión, no lejos de la casa de Caifás.

“Llegó el día de los Azimos, en el cual había que sacrificar la Pascua. Envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: Id y preparadnos la Pascua para comerla. Ellos le dijeron: ¿Dónde quieres que la preparemos? Y les respondió: Mirad, cuando entréis en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre llevando un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en que entre, y decid al dueño de la casa: el Maestro te dice: ¿dónde está la estancia en que he de comer la Pascua con mis discípulos? El os mostrará una habitación superior, grande, aderezada. Preparadla allí. Marcharon y encontraron todo como les había dicho, y prepararon la Pascua” (Lc).

Juan y Pedro llegan a la ciudad antes que los demás. Entran por la puerta de Siloé. Allí les sale al encuentro un hombre con un cántaro de agua, acción que solían realizar las mujeres. Es alguien previamente avisado para prepararles el lugar. La cantidad de gente en Jerusalén hace casi imposible encontrar una casa adecuada para trece personas si no se ha previsto mucho antes. Aquel hombre sabía cómo solucionar el problema.

La casa era grande, en la mejor zona de la ciudad, alfombrada, con todo lo necesario para la Pascua: mesas, divanes, iluminación, alimentos. Todo esto requiere mucha preparación. No se improvisa. Jesús, con el dueño de la casa, cuyo nombre desconocemos, lo ha preparado todo, de modo que los agentes del Sanedrín no puedan detenerle en aquel momento tan solemne.

Llegan a la casa. Suben al piso superior. Se admiran de lo espléndido del lugar, cosa que contrasta con los lugares donde habitualmente se alojaban. Y comienzan los preparativos para la cena pascual. Algunas de las mujeres han acudido también, y viven la fiesta separadas de los varones, como era la costumbre. Probablemente cuidan de lo que necesitan para la Pascua. La Virgen María está allí por especial designio divino. Jesús no quiere apartarla de los momentos más importantes de su vida, quiere que se asocie a su modo con lo que va a suceder.

La Pascua era la fiesta más grande para Israel. Recuerda la liberación de la esclavitud de los israelitas en Egipto. Dios quería salvar a su pueblo, pero el faraón se opone y es castigado con diez plagas hasta que doblega su terca voluntad. La décima plaga consistió en herir a los primogénitos de Egipto con el ángel exterminador. Los hebreos podían librarse de este castigo si marcaban el dintel de la puerta de su casa con la sangre de un cordero. “Aquella noche comerían su carne, asada al fuego, con panes sin levadura y hierbas amargas. Cenarían, ceñidos los riñones, con los zapatos puestos, bastón en la mano y a toda prisa”, como viajeros dispuestos a partir. Era el recuerdo del Paso del Señor, de su Pascua. Durante siete días debían abstenerse de pan fermentado y consagrar a Dios la semana entera.

Las tradiciones rabínicas precisaban más el modo de celebrar la fiesta. No se debía romper ni un hueso del cordero, que se cocería al fuego vivo, ensartado en una varilla de granado, y se bendecirían cuatro copas de vino rojo mezclado con agua. Se cantaban diversos himnos llamados los del Hallel (115 al 119). La fiesta se celebraba el día quince de Nisán, y la cena la vigilia. En nuestro calendario el jueves de aquel año era el seis de abril. Los judíos seguían el calendario lunar, por eso la Pascua era cambiante cada año, justo el día de la Luna llena de primavera. La noche del jueves se

consideraba ya como el día de viernes, por eso la cena pascual –celebrada la vigilia de aquel viernes– marcaba el comienzo de la Pascua.

La cena

Al anoecer del jueves, pasadas ya las cinco y media de la tarde, se sentaron en la mesa. En un principio la cena se comía de pie. En aquellos momentos, era ya costumbre comerla recostados como expresión de que el pueblo elegido era ya libre después de la salida de Egipto. Jesús preside, y todos se sientan alrededor. Juan a su derecha, Pedro a su izquierda. En la mesa están los corderos asados y preparados, la salsa llamada *harroset* para mojar el pan, las copas para el vino y las hierbas amargas que recuerdan su antigua esclavitud.

Al situarse ya hay una pequeña contienda entre ellos. Todos quieren estar cerca de Jesús. “Entonces se suscitó entre ellos una disputa sobre quién sería tenido como el mayor. Pero él les dijo: Los reyes de las naciones las dominan y los que tienen potestad sobre ellas son llamados bienhechores; no seáis así vosotros, sino que el mayor entre vosotros hágase como el menor, y el que manda como el que sirve. Porque ¿quién es mayor: el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Sin embargo, yo estoy en medio de vosotros como quien sirve. Vosotros sois los que habéis permanecido junto a mí en mis tribulaciones. Por eso yo os preparo un Reino como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lc).

“Cuando llegó la hora, se puso a la mesa y los Apóstoles con él. Y les dijo: Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer” (Lc). Jesús está lleno de deseos de entrega. Su corazón vibra de amor a los hombres. Sabe que dentro de unos momentos se va a hacer realidad el gran “invento” divino de la Eucaristía. Va a poder entrar en

comuni3n 3ntima de alma y cuerpo con los que le quieran. El amor no puede hacer m3s, pues siempre busca el bien y la uni3n con el otro.

“Sabien3o que hab3a llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habien3o amado a los suyos en el mundo, los am3o hasta el fin” (Jn). Su mirada recorre los rostros de todos, que le observan con atenci3n y en silencio expectante. Ha pensado mucho en este momento. Sabe que podr3 amar de un modo a3n mayor que antes. Y el amor le llena el esp3ritu, sin olvidar lo que va a suceder, y lo que va a padecer. Quiere y quiere querer, arde en deseos de entrega. Est3 con el alma en vilo. Por fin ha llegado el momento, aunque sea tan dif3cil. Sabe que es la 3ltima cena con ellos. Por eso a3ade: “Porque os digo que no la volver3 a comer hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios” (Lc). La plenitud de la salvaci3n llegar3 al final de los tiempos cuando Jes3s vuelva glorioso a vencer el 3ltimo enemigo que es la muerte y funde unos nuevos cielos y la nueva tierra. El Reino de Dios llegar3, pero de un modo bien distinto a como podr3amos imaginarlo los hombres. Ser3 toda la plenitud y toda la belleza, pero vencido el mal en su m3s 3ntima ra3z.

El lavatorio de los pies

“Y mientras celebraban la cena, cuando el diablo ya hab3a sugerido en el coraz3n de Judas, hijo de Sim3n Iscariote, que lo entregara, como Jes3s sab3a que todo lo hab3a puesto el Padre en sus manos y que hab3a salido de Dios y a Dios volv3a” (Jn). 3ste es el contraste: la libertad que no quiere amar y la libertad que se da sin tasa. La conciencia que Cristo tiene de su misi3n es total. 3l conoce su origen como Hijo engendrado eternamente por el Padre e Hijo de los hombres, cabeza de toda la humanidad, y sabe que su camino de vuelta al Padre pasa por medio del dolor y del amor, del servicio como Siervo doliente que ama consiguiendo el perd3n.

El ambiente es religioso y solemne. Todos miran a Jes3s que hace un signo sorprendente: lavar los pies de los disc3pulos. Jes3s “se levant3 de la

cena, se quitó el manto, tomó una toalla y se la ciñó. Después echó agua en una jofaina y empezó a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que se había ceñido” (Jn). Momentos antes los discípulos discutían “sobre cuál era el mayor”; no parece una discusión para situarse más arriba unos que otros, sino para estar más cerca del Maestro. Le querían mucho y le conocían bien. Se daban cuenta de que quería decirles muchas cosas y también de que era muy sensible a su cariño. Con el trato, el respeto había aumentado, pero también el amor. Quieren estar cerca del Señor y se establece una rivalidad amistosa.

Por fin se sientan y se acomodan más o menos a gusto. Y entonces Jesús les muestra el mejor modo de querer. El orden de la caridad va a ser muy distinto del modo anterior. Jesús ama sirviendo; y, sirve como lo hace un esclavo a sus señores. La sorpresa debió ser grande, y es precisamente Pedro quien manifiesta el estupor general. Su temperamento y su amor apasionado a Jesús aparecen de nuevo: “Señor, ¿tú me vas a lavar a mí los pies?” (Jn). Pedro comprende de manera particular lo profundo de la humillación del Señor, y se rebela, no la acepta. Pedro percibe la distancia entre un pecador como él y Jesús. Por eso le cuesta comprender que Jesús se humille tanto.

Es evidente que Jesús quiere revelar el valor de la humildad, del servicio y la necesidad de la purificación para acceder a la Eucaristía. Pero no se trata de una lección más de las muchas que han recibido; se trata de una nueva revelación de la intimidad de Dios. Quiere manifestarse como el Siervo de Yahvé que purifica los pecados de todos por la vía del dolor, como dice Isaías. Pedro sabe que Dios es Amor, pero ver de rodillas el amor humilde de Dios, le parece demasiado. Pedro ama a Jesús y sabe que el Señor también le ama, pero es consciente de la distancia entre ambos. Tanto el amor de Pedro como el de Jesús son entrega, pensar en el otro, querer el bien del otro, pero en Jesús, “el mayor sirve al menor”, hasta el extremo de que Dios sirve al hombre, incluso al hombre sucio por el pecado, es decir, al hombre que no le ama. Ésa es la diferencia y a Pedro le cuesta aceptarla, y se resiste.

La resistencia de Pedro es significativa. A una mirada superficial el Apóstol puede parecerle un inconstante, pues pasa de una afirmación tajante a la contraria en un abrir y cerrar de ojos; pero no es así. “Respondió Jesús: lo que yo hago no lo entiendes tú ahora, lo comprenderás después. Le dice Pedro: No me lavarás los pies jamás. Le respondió Jesús: Si no te lavo, no tendrás parte conmigo. Simón Pedro le replicó: Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza” (Jn). El Maestro conoce bien a su discípulo, y le convence con el argumento que más hondo le puede llegar: o conmigo o contra mí. Pedro no puede soportar estar alejado del Señor. Su queja y su rebeldía manifiestan un amor muy grande, pero imperfecto. Es un amor que le oscurece la mirada: no comprende la grandeza de aquella humillación, ni el significado de aquel servicio. Jesús le disculpa: “Lo comprenderás después”. Lo comprenderá cuando tenga que amar a otros inferiores a él. Sabrá algo del amor divino cuando realmente llegue a amar a otros, menos santos, con menos prestigio o menos autoridad; aprenderá a servir sin ningún ademán de desprecio. Es más, llegará a amar a los que le desprecien, porque su amor será de un nivel divino. Pero ahora todavía su amor es muy humano; no es el amor de un verdadero santo, de un hombre de Dios.

Jesús le había dicho: “El que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse más que los pies, pues todo él está limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos” (Jn). Y aquel “no todos” se clava como una flecha en su alma: ¿de quién habla?

Jesús realiza la ceremonia del lavatorio con detenimiento. Los purifica uno a uno en medio de un silencio tenso. Todos se dejan lavar mientras se examinan. Y por fin Jesús explica con palabras el significado del signo: “Después de lavarles los pies tomó el manto, se puso de nuevo a la mesa, y les dijo: ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro os he lavado los pies, vosotros también os debéis lavar los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que así hagáis vosotros. en verdad, en verdad os digo: no es el siervo más que su señor, ni el enviado

más que el que le envió. Si comprendéis esto y lo hacéis seréis bienaventurados” (Jn).

Es la última bienaventuranza antes de la Pasión, y como un compendio de las muchas que fue exponiendo a lo largo de su vida pública, además de las ocho del Sermón del Monte: Bienaventurado el que sirve porque sabe amar como Dios ama.

El anuncio de la traición

¿Qué debió sentir Judas al notar las manos del Maestro lavándole los pies? Quizá tuvo un sentimiento de arrepentimiento. Todavía estaba a tiempo de echar tierra a la traición y volver a empezar con un acto sincero de rectificación. Nada externo había salido a la luz, la traición no se había consumado. Era posible volver atrás. Pero no lo hizo. Era la hora del amor de Jesús, y también la hora del endurecimiento definitivo de Judas.

Jesús ha hecho saber a Judas que conoce su traición. Judas se estremece. Pero confía en la bondad de Jesús. Y se sobrepone al miedo con una cara de circunstancias que oculta el estado de angustia y tensión que lleva dentro. Juan dice el motivo de las palabras de Jesús: “Sabía quién le iba a entregar, por eso dijo: No todos estáis limpios” (Jn). La tensión era patente. Y Jesús insiste al decir: “El que come mi pan levantó contra mí su calcañar. Os lo digo desde ahora antes de que suceda, para que cuando ocurra creáis que yo soy” (Mc).

“Cuando dijo esto, Jesús se conmovió en su espíritu y declaró: En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará” (Jn). Entonces, los discípulos –cada vez menos seguros de sí mismos–, ante la seguridad con que Jesús asegura que uno de ellos será traidor, dicen: “¿Acaso soy yo?” (Mc). La escena debió ser conmovedora por parte de los Once y patética por parte de Judas. Las miradas de Jesús hablan más que

sus palabras. Por un momento todos se olvidan de juzgar a los demás y contemplan su pequeñez, capaz de cualquier miseria si Dios les abandona. La duda, unida a la rabia, les lleva a preguntarse: ¿Quién es?, ¿por qué no lo dice Jesús?

Pedro no se conforma con la declaración genérica del Señor y quiere saber quién es el traidor. Jesús no quiere violencia, y menos aún en la Cena Pascual en la que instituye la Eucaristía. La inquietud de Simón crece; entonces su mirada se cruza con Juan, que estaba al lado del Señor “recostado en el pecho de Jesús” (Jn), le hace señas para que pregunte, y Juan se atreve a dirigirle a Jesús la tremenda pregunta: “¿Quién es?” (Jn).

La pregunta es grave. Las consecuencias pueden ser terribles. Conociendo cómo son los apóstoles es fácil pensar que si Jesús pronunciaba el nombre del traidor se alzasen contra él, y en el mejor de los casos lo expulsasen con violencia, si es que no lo herían, o, incluso, lo mataban. Ninguna de estas posibilidades es impensable.

La discreción de Jesús es comprensible. No quiere que sus discípulos manchen sus manos de sangre, aunque se diesen variadas razones para justificar una conducta defensiva, pero violenta. Además, ¿no se había de consumir el sacrificio como había sido profetizado? Jesús calla hasta que Juan pregunta.

Jesús conoce a Juan, por eso le revela quién es el traidor. Sabe el Señor que Juan no va a actuar de una manera contraria a como él quiere. Juan conoce lo que hay en el corazón del Señor, y algo ha reflexionado sobre el sacrificio del Cordero inmaculado. Pero encontrarse delante de una traición sangrienta es distinto a conocerlo de un modo teórico y lejano. El corazón de Jesús debió acelerarse cuando anunció la traición. Juan puede escuchar y sabe lo que significan esos latidos del corazón de Jesús: amor divino y humano plenos, y dolor por la traición de un amigo íntimo.

Cuando Jesús, a través del gesto, confirma que el traidor es Judas, el dolor invade todo el ser de Juan. Su corazón también se acelera con el mismo sentir del Maestro, su mente se nubla. ¡Qué difícil es vivir la caridad! Hay que perdonar incluso a los enemigos, sí; pero la ira hierve en su interior. Ideas opuestas se cruzan en su pensamiento: horror, lástima, asco, venganza, y ese amor tan repetido por Jesús. ¿Podrá ser en él el amor más fuerte que la venganza y la ira? Mira a Jesús, que observa al discípulo amado comprendiendo sus luchas. Y Juan comprende que debe callar con un silencio que es perdón. Calla Juan, y vence el amor que Jesús ha sabido sembrar en aquel alma tan dócil.

Juan calla. Pedro le mira con desasosiego, e insiste para que repita la pregunta o diga si Jesús ya ha respondido. Era posible ver el cambio en el rostro de Juan: está demudado. Entonces, ¿por qué no habla? Pero Juan no dice nada. Acaba de recibir una de las lecciones más difíciles de su vida. Aceptar el sacrificio para salvar a los pecadores. Juan se hace depositario de una confianza difícil de soportar: conocer al traidor y aceptar el sacrificio. Se le pide saber quién era el traidor y no reaccionar con violencia.

La situación ya es clara. Ya no hay ambigüedad ni medias palabras que oculten al culpable. Todos se estremecen con el dolor visible de Jesús. Pero Judas permanece quieto, como si las muchas ocasiones en las que ha sucedido algo similar le ocultasen que ahora es el momento del enfrentamiento definitivo.

Los hechos se suceden a iniciativa de Pedro, con la colaboración de Juan. Probablemente un poco antes, Jesús ha manifestado a todos –en realidad a Judas– que va a pasar la noche en el huerto de Getsemaní. El delator ya tiene la información buscada, pero “los discípulos se miraban unos a otros no sabiendo a quién se refería”. Entonces Jesús, “mojando el bocado, lo toma y se lo da a Judas, hijo de Simón Iscariote” (Jn). La hora tan esperada y preparada por Jesús había llegado. Cristo ha descubierto como traidor a uno de los suyos. Todos los intentos de retenerle han sido

inútiles para aquella voluntad rebelde. “Entonces, tras el bocado, entró en él Satanás” (Jn).

El bocado amistoso de Jesús produce en Judas el efecto contrario al buscado. Por eso Jesús, que lee en los corazones, le dice: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto” (Jn). Y Judas se marcha a delatar el lugar donde podrán prender a Jesús aquellos que le odian. Cada prueba de amor endurece más el alma de quien no quiere vivir según Dios. Judas, “después de tomar el bocado, salió enseguida” (Jn). Ha visto el modo de delatarlo para que le prendan. Y aprovecha la ocasión de marchar sin escándalo. Triste ocasión. Triste victoria. Jesús podía realizar el sacrificio redentor del modo más cruento y más amoroso; pero Judas labraba su perdición. Juan, que era el único discípulo que sabía lo que sucedía, comenta de un modo escueto, pero gráfico: “Era de noche” (Jn). Ciertamente serían las once, noche cerrada, pero el dato refleja también la oscuridad del alma de Judas y las tinieblas en las que se introducía, traicionando un amor verdadero y destruyendo su vocación, a pesar de tantas ayudas recibidas del mismo Redentor.

Cuando Judas abandona el Cenáculo ya no volverá a estar más en aquella compañía que había sido su vida durante casi tres años. Las tinieblas de la noche eran un símbolo del nuevo camino que comenzaba. ¿Qué pensó Judas a salir a la calle en aquellos momentos? Su interior debía estar en un estado de agitación frenética. Es impensable un actuar frío y apático, aunque desde luego actuaba con una extraña lucidez que contrasta con el sueño y la pesadez de los Once tras la última Cena.

Era de noche; la negrura nocturna oculta exteriormente los sentimientos encontrados de Judas cuando acude con prisa al Sanedrín para denunciar el lugar donde encontrarán a Jesús, y poder, por fin, prenderlo o descubrir –pensaría en su interior con una duda sangrienta– la verdad entera de ese Jesús que sabe querer como nadie, pero tan difícil de entender. La mezcla de amor y odio, la frustración y la esperanza, el miedo y el arrojo se cruzaban en su mente. La imaginación ve sombras amenazadoras donde sólo había alguna luz temblorosa. Aún podía

rectificar; ¿por qué no volver y pedir perdón a Jesús a solas... o ante todos? ¿Acaso no había perdonado a otros? Tanto el perdón como el retorno le parecían imposibles. Y siguió adelante.

Las calles aumentaban su oscuridad, y su silencio. Judas se encontraba solo ante su conciencia, que no dejaba de hablarle, pues la ayuda divina no le faltó ni un momento. Hasta que por fin llegó a la puerta tras la que se reunían los conspiradores. Quizá un instante de duda se encendió, como un destello fugaz en aquella noche de la conciencia. Pero se decidió a llamar, y llamó. La suerte está echada. “Cortemos la retirada. Vayamos hacia delante pase lo que pase”. Y entró en aquel lugar tan distinto al Cenáculo donde en aquellos momentos se estaba instituyendo el memorial de la nueva Alianza para la salvación de los hombres.

La visión de los allí reunidos debió ser impactante y atrayente a un tiempo para Judas. De un lado sonrisas y felicitaciones, de otro hipocresía, falsedad, astucia. Le acogen con palabras aduladoras, adormecen con suavidad la previsible resistencia a delatar al Amigo y al Maestro.

¡En qué distinto ambiente se movía ahora respecto al grupo luminoso y alegre de los amigos del Señor! Jesús los agrupaba, los corregía y, sobre todo, les quería. Ellos eran conscientes de sus defectos, pero luchaban. Ahora se va a encontrar en medio de hombres pervertidos con los peores pecados, que son los del espíritu. Parece mentira cómo su agudo espíritu crítico se había adormecido respecto a los sanedritas y los suyos. Es como si el poder y sus pompas ocultasen la miseria de sus almas. Estaba ciego con esa ceguera que, por ser querida, ciega más y hace que todo vuelva de noche.

Cuando salió Judas del cenáculo, dijo Jesús: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios le glorificará a él en sí mismo: y pronto le glorificará” (Jn). Jesús les está diciendo que su amor es un amor divino sorprendente, pero que como hombre también está viviendo el amor a los enemigos. Ésa es la

gloria del Hijo: amar con un amor absoluto. Y ésa es la gloria del Padre: amar con un amor que perdona. Y el Padre premiará al Hijo en cuanto hombre con una vida desconocida hasta entonces: la vida resucitada.

La Eucaristía, amor que se da

Al marcharse Judas se calma el ambiente en el Cenáculo. Jesús recupera la serenidad al superar la turbación que le produce la presencia del traidor. Todos participan de ese nuevo clima apenas perceptible, pero real. Como en un respiro interior y externo dice: “Hijitos”. Nunca les había llamado así. Eran discípulos, e incluso amigos, pero ahora les llama hijitos. No es sólo un desbordarse de ternura: es una identificación tan grande con el Padre que siente su misma paternidad en el alma. Él es el Hijo que viene a hacer nuevos hijos de Dios, es el primogénito entre muchos hermanos. Pero ahora, además de hermano mayor, siente la paternidad del Padre, y les ama con un doble amor: fraternal y paterno.

Luego añade el mandamiento nuevo. “Todavía estoy un poco con vosotros. Me buscaréis y como dije a los judíos: a donde yo voy, vosotros no podéis venir; lo mismo os digo ahora a vosotros. Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor entre vosotros” (Jn). Parece extraño que les diga que es nuevo el mandamiento del amor cuando ha sido tantas veces repetido en la Ley antigua, pero hay una novedad: entregarse como Dios se entrega. Sólo cuando se entiende este mandamiento se puede entender a Cristo y al mismo Dios. Dios se da, y Cristo, como hombre, también se da en amor total.

Sigue la cena pascual y toman el cordero como lo han hecho otras muchas veces. Hay oraciones, y, sobre todo, silencios. Jesús no dice nada. Cuando, de pronto, se levanta, toma el pan, lo parte, haciendo que llegue a todos un trozo, y dice: “Tomad y comed. Esto es mi cuerpo” (Mt). Ha

llegado el momento de la gran entrega. No se trata sólo de dar un beneficio, una nutrición necesaria para la vida, sino que es el amor mismo que se da. Aquel pan es él mismo oculto en las apariencias del pan. Jesús había dicho que era el pan de vida, y que les daría ese pan; ahora lo está haciendo. Ante sus ojos se acaba de dar un cambio sustancial. Allí, ante ellos, en sus manos, está el mismo Jesús oculto por amor para ser alimento de sus almas y de sus cuerpos, para entrar en comunión con ellos. Lo íntimo del pan experimenta una conversión causada por la omnipotencia divina y por el amor que se da. Ya no es pan, sino que es el cuerpo de Cristo. La Vida se hizo carne en la encarnación, ahora la vida se oculta y se manifiesta en un alimento. Junto al cuerpo está el alma y la divinidad. Es la máxima presencia de Dios que se esconde entre los hombres sin alterar el modo humano de existir.

Es un verdadero sacrificio sacramental. En la antigua ley se realizaban sacrificios sangrientos, pero también sacrificios de comunión. El de Jesús es de comunión de la nueva Alianza. La causa es un amor de locura. No es sólo el amor que da, es el amor que se da. Dios se da en un acto humilde y omnipotente al tiempo. El amor lo exige porque anhela la comunión. El que coma de ese pan vivirá para siempre y resucitará glorioso. Este pan es vida del mundo, vida de la nueva Iglesia que se reunirá para administrar este don de Dios a los hombres.

Jesús toma el tercer cáliz de bendición y, habiendo dado gracias, se lo da a ellos diciendo: “Bebed todos de él; porque esto es la sangre mía, de la alianza” (Mt). De nuevo la conmoción recorre la sala. En los antiguos sacrificios de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Moisés y Josué la sangre había sellando la sorprendente alianza de Dios con los hombres. Ahora esa alianza se realiza en una sangre más preciosa: la de Jesús. Es el precio de la nueva alianza. Cristo, Dios y hombre en única persona, representa a Dios y también representa a la humanidad. Es una alianza verdadera y definitiva en Jesús.

La unión de Dios y el hombre en Jesús es total y perfecta. Pero los hombres seguían estando en pecado. Era necesaria una reconciliación, que

iba a realizarse con sangre. Esta sangre que se entrega con amor generoso para la salvación de la multitud, es “derramada por muchos” (Mc), para la “remisión de los pecados” (Mt) es la del Hijo de Dios. Ya había anunciado Jesús que “el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan sino para servir y dar la vida en rescate por muchos” (Mc). Se hace realidad esa promesa.

Esa alianza es “nueva”. Todas las alianzas anteriores se habían hecho en vistas a la de Cristo. El perdón concedido entonces era dado en función del sacrificio de Jesucristo. Ahora el perdón tiene una prenda externa.

Por último, Jesús añade tras la comida del pan y del vino: “Haced esto en memoria mía”. Es el mandato del nuevo sacerdocio. El único sacerdote es Cristo, la víctima ofrecida es él mismo. Los nuevos sacerdotes participarán en ese sacerdocio con el gesto de repetir esa consagración del pan y del vino, de “la fracción del pan”. Por esto Pablo recuerda que “cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga”.

Este es el momento central de la Cena: ha sido instituido el sacramento de la Eucaristía y del sacerdocio. Ha comenzado una nueva alianza entre el amor de Dios que se da y el de los hombres que pueden entrar en comunión con Dios de un modo humilde y grandioso.

“Como yo os he amado”, les había dicho. Es la medida del amor entre los discípulos. Jesús vive un amor que no se detiene ante nada. Es entrega total. Antes de Cristo todos los amores humanos estaban limitados por diversas formas de amor propio, ahora se revela un amor de verdad, un amor total, un amor que es don de sí, hasta el extremo que parece locura a los que mueven en los estrechos horizontes del amor interesado.

Después llevan el pan y el vino consagrados a María y las mujeres. Ellas también pueden comulgar el cuerpo de Cristo transfigurado, presente y oculto. María vuelve a vivir la comunión como cuando el Verbo se hizo carne en sus entrañas virginales. Ahora conoce mucho más a Jesús y le ama más aún. La unión y la comunión es más intensa que entonces. Y María renueva su entrega a la manera que ve hacer en su Hijo. Ella sí que sabe lo que va suceder. Ella comprende el amor de Dios; por eso ama con todas sus fuerzas, con todo su alma y con todo su corazón, con un amor en el que cuenta poco el estado de ánimo.

Los discípulos serán reconocidos por el amor que se tienen, un amor como el de Jesús, en el que cada uno, en cierta manera, es pan para ser comido por los otros. La omnipotencia de Dios ha permitido que ese darse se materialice en la conversión eucarística –la transubstanciación–. Ellos sólo pueden dar su tiempo, sus conocimientos, su afecto, su fe, su fortaleza. No pueden tanto como Jesús, que se da a sí mismo; no pueden convertirse en pan; pero sí conseguirán que su sangre se convierta en semilla para nuevos cristianos. Un camino nuevo en la tierra.

Anuncio de las negaciones de Pedro

Simón Pedro no puede aceptar las palabras de despedida del Señor. No quiere separarse de Él. Y dice: “Señor, ¿adónde vas? Jesús respondió: A donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás más tarde” (Jn). Iba a la Cruz; se lo ha dicho varias veces, incluso el día anterior, pero es tan dura la revelación que no puede, no quiere, aceptarlo. Quiere seguir al Señor como lo ha hecho tantas veces aquellos tres años, y está dispuesto a todo. “Pedro le dijo: Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti”. Es sincero, lo dice de corazón, estaba dispuesto a morir. Pero se conoce poco, confía sólo en sus fuerzas, y así no es posible vivir un amor a lo divino, un amor que se va manifestar en una humillación extrema. Y eso no puede hacerlo ni Pedro, ni ningún otro hombre. Sólo Jesús podrá amar hasta la muerte. “Respondió Jesús: Tú darás la vida por mí? En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo antes de que me

niegues tres veces” (Jn). Y, efectivamente, poco va a durar el valor del Pedro. Necesitará una transformación mayor para poder seguir a Cristo.

Jesús le habla con dulzura y comprensión, pero con claridad: “Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo. Pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos. El le dijo: Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y hasta la muerte. Pero Jesús le respondió: Te aseguro, Pedro, que no cantará hoy el gallo sin que hayas negado tres veces haberme conocido” (Lc). Todos van a ser cribados como el trigo por Satanás. Y después, sólo después, podrán comprender mejor la intensidad de la lucha de Jesús y la tremenda tentación que no pudo superar Adán. Sólo Cristo va a dar la victoria definitiva.

Y les dijo: “Cuando os envié sin bolsa ni alforjas ni calzado, ¿acaso os faltó algo? Nada, le respondieron. Entonces les dijo: Ahora en cambio, el que tenga bolsa, que la lleve; y del mismo modo alforja; y el que no tenga, que venda su túnica y compre una espada. Pues os aseguro que debe cumplirse en mí lo que está escrito: Y fue contado entre los malhechores. Porque lo que se refiere a mí llega a su fin. Ellos dijeron: Señor, he aquí dos espadas. Y él les dijo: Ya basta” (Lc).

El tono de la conversación se hace más íntimo. Jesús vuelca su vida íntima en sus palabras. Les conforta. Ilumina sus mentes. Les revela el sorprendente plan divino elaborado para salvar a los hombres. No deben temer nada. “No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí”. Su Padre sigue siendo omnipotente y les ayudará para que su amor venza al odio y a la muerte.

Una conversación viva

Luego les habla del Padre. “En la casa de mi Padre hay muchas moradas, si no, os lo hubiera dicho, porque voy a prepararos un lugar; y cuando haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros; a donde yo voy, sabéis el camino” (Jn).

Tomás interviene: “Señor, no sabemos adonde vas, ¿cómo podemos saber el camino?”. No quiere separarse del Maestro que ha transformado su vida de un manera tan radical. Le ama de veras, aunque no le comprenda en toda su plenitud. O quizá piensa, como Pedro, que basta con conocer para querer, que –como en lo humano– querer es poder. Por eso le respondió Jesús: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí. Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora le conocéis y le habéis visto” (Jn). En la misma Cena, algo antes, había dicho el Señor a todos: “A donde yo voy, vosotros no podéis venir”; e insiste a Pedro: “A donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás más tarde”.

Tomás había seguido a Jesús dejando todo. Seguir el Camino que Jesús le marque ha sido su vida en los últimos tiempos. Ese Camino se ha ido concretando poco a poco. Unas veces el camino ha sido aprender la verdad presentada a la inteligencia. Tomás aprende y camina. Otras aprender la práctica de esa verdad, vencer el orgullo, perdonar, ser fuerte, leal, sincero, humilde, etc. Tomás aprende y camina imitando a Jesús lo mejor que puede. Pero ahora el mismo Jesús les dice que va a un lugar donde ellos no pueden seguirle.

Mucho debieron agrandar al Señor las palabras de Tomás y su generosidad; pero en el mundo de la gracia una cosa es querer y otra poder; y a su debido tiempo quedará claro que donde iba Jesús no podía ir entonces ni Tomás, ni Pedro, ni Juan, pues sólo Jesús iba a consumir el Sacrificio perfecto del Hombre-Dios. El Señor va a librar una batalla tremenda contra Satanás y los ángeles caídos, va a luchar contra toda la fuerza del pecado y del infierno, luchará y vencerá a la misma muerte, que es el salario del pecado. La batalla era demasiado fuerte para cualquier otro

que no fuese él. Sólo más adelante, los apóstoles, fortalecidos por la gracia que les va a conseguir en la Cruz, podrán ser mártires; pero ahora no. La huída de todos cuando prendan a Cristo les hará patente su debilidad.

La contestación de Jesús va más allá de la pregunta de Tomás. No elude la respuesta, pero dice mucho más. Cuando dice que él es el Camino indica su Humanidad unida personalmente al Verbo de Dios. Al decir Verdad y Vida muestra dos atributos divinos. Él es el camino para alcanzar la verdad y la vida divina. Ya saben el camino, pues le conocen a él. Pero pensaban que era sólo un conocimiento teórico, y es mucho más.

Ahora es Felipe el que interviene diciendo: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta”. Va al núcleo de la revelación; quiere conocer a Dios, quiere conocer a ese Padre tan amado. Jesús le contestó: “Felipe, ¿tanto tiempo como llevo con vosotros y no me has conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo, no las hablo por mí mismo. El Padre, que está en mí, realiza sus obras. Creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí; y si no, creed por las obras mismas. En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas porque yo voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pidieréis algo en mi nombre, yo lo haré” (Jn).

El ambiente de la Cena pascual está cargado de fe y de confianza; todos son amigos y se quieren, hablan y preguntan sin ningún tipo de cortapisa. Por eso, cuando Jesús dice: “Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre”, y añade que les iba a preparar un lugar junto al Padre, Felipe se lanza a preguntar, y, a raíz de la pregunta, Jesús revela con claridad el misterio de la vida íntima de Dios, y le dice a Felipe: “¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?” (Jn). Sí lo creía Felipe, pero no se daba cuenta de todo lo que significa “ser uno con el Padre” para Jesús. Por eso pide más fe: “Creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí” (Jn), y añade después, como si la revelación clarísima de su

divinidad fuese poco, que rogará al Padre para que les dé “otro Paráclito... el Espíritu de la Verdad” (Jn).

La revelación ha llegado a su punto más alto: existe un solo Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Jesús les habla de modo sencillo y a su alcance, pero suficientemente claro para que crean, si quieren, que no sólo Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, sino que llama Padre a otro alguien que también es verdadero Dios, y que los dos enviarán a otro alguien que llama Paráclito, con una función cargada de futuro, pues “les enseñará todo y les recordará todas las cosas”, traerá alegría porque será el fruto de la reconciliación de Dios con los hombres pecadores que va a realizar Jesús. Este Paráclito les “guiará hacia toda la verdad... dirá todo lo que oiga... anunciará lo que ha de venir... glorificará a Jesús”.

Promesa del Espíritu Santo

Ahora ya saben que el camino es hacer lo que hace Jesús, identificarse con Él. “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros” (Jn). El Espíritu Santo será el gran don del Padre y del Hijo a los hombres. El amor con que el Padre y el Hijo se aman será dado a los hombres moviéndoles desde dentro para que puedan gozar de ese amor divino. El Espíritu Santo será como el alma en la Iglesia de Dios.

No deben temer. “No os dejaré huérfanos, yo volveré a vosotros. Todavía un poco y el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis porque yo vivo y también vosotros viviréis. En aquel día conoceréis que yo estoy en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros” (Jn). Ahora les está anunciado el misterio de la nueva vida resucitada y la presencia grandiosa del Espíritu Santo en el mundo. Pero deben poner algo de su parte. “El que

acepta mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y yo mismo me manifestaré a él” (Jn).

Entonces Judas, no el Iscariote, le dijo: “Señor, ¿y qué ha pasado para que tú te vayas a manifestar a nosotros y no al mundo?” A Judas Tadeo le intrigó mucho la novedad de que el mundo ya no recibiría la revelación de Jesús, y ellos en cambio sí. “¿Qué quiere decir Jesús con el mundo?”, “¿es que ya no se dirige a todos los hombres la salvación?”, “¿no ha estado insistiendo Jesús continuamente que quiere que todos se salven, y no sólo las ovejas de Israel?” La cuestión que preocupa al apóstol es qué quiere decir “mundo” y en qué sentido ellos son distintos del mundo. La distinción entre el mundo como creación y el mundo como conjunto de personas y estructuras pervertidas por el pecado era algo nuevo. Jesús les habla de esta segunda acepción: la perversión de las personas de tal modo que no puede entrar en ellos la luz y el amor de Dios.

Algo más adelante Jesús aclarará: “Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a Mí. si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso el mundo os odia” (Jn). Luego, para que no tiemblen ante este mundo pecador, aparentemente tan poderoso, les dice: “Confiad, yo he vencido al mundo” (Jn), y añade hablando con el Padre: “No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno”, porque los discípulos “no son del mundo como Yo no soy del mundo”. Algo muy hondo se está revelando en las palabras de Jesús. La respuesta a Judas Tadeo es ahora plena. Hay un mundo de amor, a través del cual llega la salvación, y un mundo pecador, que se perderá. La respuesta de Jesús es clara para la inteligencia, pero amarga al corazón.

Jesús contestó a Judas y le dijo: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amaré, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que escucháis no es mía sino del Padre que me ha enviado. Os he hablado de todo esto estando con vosotros; pero el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi

nombre, El os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho” (Jn). No era fácil el cambio mental que les estaba exigiendo. Les pide pensar al modo divino, a ellos, tan acostumbrados a los esquemas de tejas abajo. Pero el Espíritu Santo enseñará todo a los que dócilmente se dejen enseñar. La memoria de Dios brotará desde el fondo del alma entre las agitaciones de aquí abajo.

El fruto de ese don es la paz. “La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis escuchado que os he dicho: Me voy y vuelvo a vosotros. Si me amarais os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os lo he dicho ahora antes de que suceda, para que cuando suceda creáis. Ya no hablaré mucho con vosotros, pues viene el príncipe del mundo; contra mí no puede nada, pero el mundo debe conocer que amo al Padre y que obro tal como me ordenó” (Jn). La insistencia en el amor es constante, queda mucho por demostrar, pero deben conocer el fondo del corazón de Jesús y el querer de Dios. Luego añade: “¡Levantaos, vámonos de aquí!”

La vid y los sarmientos

Cambian de lugar, recogen las cosas, pero Jesús continúa la enseñanza en la bellísima alegoría de la vid y los sarmientos. “Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto lo poda para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí es echado fuera como los sarmientos y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras

permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y se os concederá. En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto y seáis discípulos míos” (Jn).

Vida divina que llega a través de Jesús. Poda, cuidados, unión, y llegan los frutos abundantes. La gloria del Padre es hacer llegar esa vida a los hombres y elevarlos a su vivir divino con una unión que se realiza por la fe en Jesús y la acción de la gracia santificante. Todos los esfuerzos para alcanzar la perfección sin él están destinados al fracaso. El que se separa caerá en el fuego. Sin Cristo no se puede nada, y todo es nada, fracaso y decepción. Pero con él se puede llegar a la cumbre de lo humano, traspasar ese límite y vivir en la luz y el amor, y para siempre. Más no se puede pedir.

La ley del amor

¿Qué hacer para poder estar unido con Dios y con Jesús? Vivir de amor. “Como el Padre me amó, así os he amado yo. Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo. Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn). La clave del mandamiento del amor es “como yo os he amado”.

“Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos” (Jn). Por amor se pueden hacer regalos, se pueden hacer esfuerzos y sacrificios, se pueden prodigar los beneficios sobre la persona amada. Pero siempre queda aún algo: dar la vida. La muerte se muestra aquí como testigo mudo de ese amor más fuerte. De un amor que no se detiene ante nada, ni ante nadie.

“Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros, en cambio, os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn). Ese amor de amigo de Jesús por los suyos, esa elevación de siervos a amigos, poniéndoles en un nivel más alto que el que les corresponde, es una revelación del amor del Padre. Toda la Redención es un querer del Padre.

Ese amor lleva a la elección como íntimos y colaboradores. “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Esto os mando, que os améis los unos a los otros” (Jn). Sembradores de amor en el mundo. Sembradores de libertad, de eternidad en el tiempo, de vida divina, de alegría contagiosa. Y los frutos no pasan.

El odio del mundo a los discípulos

“Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso el mundo os odia. Acordaos de la palabra que os he dicho: no es el siervo más que su señor. Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán. Si han guardado mi doctrina, también guardarán la vuestra. Pero os harán todas estas cosas a causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado. Pero ahora no tienen excusa de pecado” (Jn). Hay mucha ignorancia en la mayor parte de los pecados, ignorancia y debilidad; pero no es infrecuente la lucidez; y ésta será combativa, adoptará formas distintas en cada época; deben contar con ello, no pueden ser ingenuos.

“El que me odia a mí, también odia a mi Padre. Si no hubiera hecho ante ellos las obras que ningún otro hizo, no tendrían pecado; sin embargo, ahora las han visto y me han odiado a mí, y también a mi Padre. Pero había de cumplirse la palabra que estaba escrita en su Ley: Me odiaron sin motivo” (Jn). El único motivo es el mal que anida en los corazones pervertidos.

“Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, El dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo” (Jn). El mal y la persecución no quedarán impunes, aunque en ocasiones lo parezca. Existen testigos ante Dios que como Juez dará a cada uno según sus obras y sus oportunidades.

La acción del Espíritu Santo

Las palabras de Jesús son un fluir de lo que está en su alma, surgen a borbotones, se juntan y se agrupan espontáneamente. La raíz es un amor tan verdadero que no se puede contener. Es un desbordarse de lo que lleva dentro. Jesús quiere que tengan paz y fuerza para vencer en la lucha del día siguiente y de toda su vida. “Os he dicho estas cosas para que no os escandalicéis. Seréis expulsados de las sinagogas; aún más, llega la hora en que todo el que os dé muerte pensará que hace un servicio a Dios. Y esto os lo harán porque no han conocido a mi Padre, ni a mí. Pero os he dicho estas cosas para que cuando llegue la hora os acordéis de que ya os las había anunciado. No os las dije al principio porque estaba con vosotros. Ahora voy a quien me envió y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas?” (Jn).

“Pero porque os he dicho esto, vuestro corazón se ha llenado de tristeza; mas yo os digo la verdad: os conviene que me vaya, pues si no me

voy, el Paráclito no vendrá a vosotros. En cambio, si yo me voy os lo enviaré” (Jn). El Espíritu Santo es el gran don, la presencia del amor vivo actuando en cada hombre en todos los lugares, en toda la tierra. El dador de vida nueva que renovará la faz de la tierra. “Y cuando venga Él, argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque no creen en mí; de justicia, porque me voy al Padre y ya no me veréis; de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado” (Jn). El mundo es aquí los que no han querido creer y han rechazado a Cristo. A éstos el Espíritu Santo les acusará de pecado por su incredulidad. Mostrará que Jesús es el justo que jamás cometió pecado, y, por eso, será glorificado por el Padre. El demonio será juzgado y será vencido por la inmolación de Jesús que rescata a los hombres de sus garras de muerte.

“Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis sobrellevarlas ahora. Cuando venga Aquel, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad, pues no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que oiga y os anunciará lo que ha de venir. El me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por esto dije que recibe de lo mío y os lo anunciará” (Jn). A través de los siglos la acción del Espíritu de verdad se prolongará en la memoria, en el intelecto y en el corazón de sus fieles. Así dará gloria al Hijo y al Padre. La Iglesia gozará de infalibilidad en las cuestiones más importantes por esa acción oculta y manifiesta.

La plenitud de gozo

Y, de nuevo, el anuncio de lo que va a venir vuelve a las palabras de Jesús. Parece que es un pensamiento insistente largamente meditado, imparables. “Dentro de un poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver”. Los apóstoles se desconciertan. se miran y se dicen unos a otros: “¿Qué es esto que nos dice: Dentro de un

poco ya no me veréis y dentro de otro poco me volveréis a ver, y que voy al Padre? Decían pues: ¿Qué es esto que dice: Dentro de un poco? No sabemos lo que dice”. Parece que la oscuridad de la noche y la tentación actúe ya en sus mentes; no perciben lo que tan claramente se les ha dicho tantas veces. Sólo se dan cuenta de que se acerca una separación que no entienden, ni quieren. “Conoció Jesús que querían preguntarle y les dijo: Intentáis averiguar entre vosotros acerca de lo que he dicho: dentro de un poco no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver. En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, en cambio el mundo se alegrará; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Jn). No se les va a ahorrar el dolor y la tristeza, pasarán por la muerte, sabrán lo que significa el poder del pecado de la muerte y del diablo. Todo será oscuridad, pero no deben perder la esperanza, la tristeza será transitoria, y sucederá a la noche un nuevo día, una alegría mayor que todas las que han experimentado.

Va a ser como un nuevo nacimiento. “La mujer, cuando va a dar a luz, está triste porque llegó su hora, pero una vez que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la tribulación por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Así pues, también vosotros ahora os entristecéis, pero os volveré a ver y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo. En aquel día no me preguntaréis nada” (Jn), y entonces ya no preguntarán porque se habrá hecho la luz en su inteligencia, tan torpe hasta entonces; la alegría de la resurrección les llenará y comprenderán con la ayuda del Espíritu.

Pero para llegar hasta aquí deben pedir con fe. Nada se les va a negar. “En verdad, en verdad os digo: si algo pedís al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo” (Jn). Pedir en el nombre de Jesús es pedir en nombre del Amado, del que siempre dice que sí al Padre, del que, como hombre, ha vencido a los enemigos del hombre. En nombre de aquel que les ha llamado amigos de verdad y los ha hecho hijos de Dios, con él. Entonces alcanzarán un gozo nuevo.

El tono de la conversación se va haciendo más íntimo. Jesús habla cada vez más con el alma en la mano. Todos escuchan conteniendo la respiración. “Os he dicho estas cosas por medio de comparaciones. Llega la hora en que ya no hablaré por comparaciones, sino que abiertamente os anunciaré las cosas acerca del Padre. Aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios”. Dios no se deja ganar en generosidad, Dios premia su fe en Jesús, bendice esa fe que les ha llevado más lejos de lo que parece. Ahora les habla del Padre y la emoción de Jesús sube en intensidad. “Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y voy al Padre” (Jn). Los discípulos dicen: “Ahora sí que hablas con claridad y no usas ninguna comparación; ahora vemos que lo sabes todo, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios”. Están también emocionados, transportados, se ha hecho la luz en su interior, vibran con Jesús y se disipan las nieblas de su mente, aunque no lo saben todo, perciben el gran misterio en el que se encuentran metidos de lleno. Están asombrados. Y Jesús dice: “¿Ahora creéis? Mirad que llega la hora, y ya llegó, en que os dispersaréis cada uno por su lado, y me dejaréis solo, aunque no estoy solo porque el Padre está conmigo. Os he dicho esto para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación, pero confiad: yo he vencido al mundo” (Jn). Su fe es aún demasiado humana y deben destruirse los viejos esquemas para que nazca en ellos el hombre nuevo engendrado a la vida divina.

Oración sacerdotal de Jesús

En ese momento Jesús da un giro a su conversación. Ya no mira a los discípulos sino que mira al Padre y habla con Él en voz alta. La emoción es máxima. Van a descubrir lo que hay en el corazón de

Jesús. “Jesús, dicho esto, elevó sus ojos al cielo y exclamó: Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique; ya que le diste poder sobre toda carne, que él dé vida eterna a todos los que Tú le has dado” (Jn). Es la hora establecida desde la eternidad, la hora de las tinieblas, pero también la hora del máximo amor divino y humano, la hora de la redención, la hora del sacrificio perfecto. Todo está preparado, pero hay que vivirla con intensidad.

“Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo a quien Tú has enviado. Yo te he glorificado en la tierra: he terminado la obra que Tú me has encomendado que hiciera. Ahora, Padre, glorificame Tú a tu lado con la gloria que tuve junto a Ti antes de que el mundo existiera” (Jn). Sólo el que comprende el amor del Padre puede comprender el amor del Hijo. Jesús es el único que puede corresponder a ese don íntegro del Padre con un don de sí mismo también perfecto que, además de divino, es plenamente humano. La gloria es el amor entre Padre e Hijo, pero en Jesús está oculto en su humanidad. La gloria de la resurrección descubrirá el nuevo rostro del Padre en el Hijo.

Ruega por los discípulos

El pensamiento de Jesús va del Padre a los discípulos, y reza por ellos.

“He manifestado tu nombre a los que me diste del mundo. Tuyo eran, me los confiaste y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me has dado proviene de Ti, porque las palabras que me diste se las he dado, y ellos las han recibido y han conocido verdaderamente que yo salí de Ti, y han creído que Tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo sino por los que me has dado, porque son tuyos. Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío, y he sido glorificado en ellos” (Jn). A Jesús le alegra la fe de los discípulos, ruega por ellos al Padre, y los coloca en el intercambio de amor entre el Padre y el Hijo, como miembros de sí mismo Cristo. Como si fuesen otros Cristos.

“Ya no estoy en el mundo, pero ellos están en el mundo y yo voy a Ti. Padre Santo guarda en tu nombre a aquellos que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba con ellos yo los guardaba en tu nombre. He guardado a los que me diste y ninguno de ellos se ha perdido, excepto el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura” (Jn). Judas es la espina más dolorosa de la Pasión, en él el amor ha sido frustrado libremente. Dios salva, pero no suprime la libertad real de los hombres, tampoco la de Judas. Cristo protege a los suyos con su presencia, y pide ahora que el Padre prosiga con esa protección. Y añade: “Pero ahora voy a Ti y digo estas cosas en el mundo, para que tengan mi gozo completo en sí mismos” (Jn).

“Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo como yo no soy del mundo. No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno. No son del mundo como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es la verdad. Como Tú me enviaste al mundo, así los he enviado yo al mundo”. Jesús es enviado por el Padre al mundo como luz y como salvador. Del mismo modo, los suyos deben ser del mundo sin ser mundanos con la ayuda del Padre y el ejemplo del Hijo. Su oración crece en intensidad: “Por ellos yo me santifico, para que también ellos sean santificados en la verdad”. Ésta es la meta: santificarlos, purificarlos, endiosarlos, divinizarlos con la vida divina.

En un paso más, Jesús mira a todos los que creerán en él a lo largo de la historia con sus mil vicisitudes. “No ruego sólo por éstos, sino por los que han de creer en mí por su palabra”. Y la gran petición: “Que todos sean uno; como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que así ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado” (Jn). Es la unidad de la humanidad creyente con Dios unidos como las personas divinas lo están, en una comunión perfecta. “Yo les he dado la gloria que

Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que Tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí. Padre, quiero que donde yo estoy también estén conmigo los que Tú me has confiado, para que vean mi gloria, la que me has dado porque me amaste antes de la creación del mundo” (Jn). La petición se desborda; pide mucho, pide que la unión sea una auténtica comunión de amor.

Y, de nuevo Jesús eleva su oración a Dios Padre en un canto de alabanza. “Padre justo, el mundo no te conoció; pero yo te conocí, y éstos han conocido que Tú me enviaste. Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer, para que el amor con que Tú me amaste esté en ellos y yo en ellos” (Jn).

Al final de la última cena Jesús les da un aviso profético: “Todos vosotros os escandalizaréis esta noche por mi causa, pues escrito está: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño. Pero, después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. Pedro le respondió: Aunque todos se escandalicen por tu causa, y nunca me escandalizaré. Jesús le replicó: En verdad te digo que esta misma noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces. Pedro insistió: Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré. Todos los discípulos dijeron lo mismo” (Mt). Eran como las doce de la noche, apenas pasarían cuatro horas para que se cumpliera esa predicción. Jesús ha empezado a experimentar ya la soledad de los últimos momentos, y la asume con fortaleza.

Se ha hecho la noche cerrada. Jesús ha volcado su alma en los suyos, se ha entregado en el misterio de amor que es la Eucaristía, ha instituido el sacerdocio de la nueva alianza, ha explicado todo lo que hay en su corazón, Ya no hay sitio para muchas más palabras. Ha llegado el momento de los hechos. “Después que Jesús dijo estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón”; y se dirigió “hacia el monte de los olivos según costumbre” (Lc).

La oración en el huerto de Getsemaní

Salen del Cenáculo, situado en la parte alta de la ciudad, y recorren el camino hacia el monte de los olivos por la escala de los Macabeos. Era una media hora de camino. Jesús empieza a sentir en su alma una tristeza extraña, que deja a todos sin saber qué decir y cómo consolarle. Pero le siguen en aquel camino iluminado por la luna llena de abril. Estaban ya en el día de la Pascua.

“Entonces llegó Jesús con ellos a una finca llamada Getsemaní, y dijo a los discípulos: Sentaos aquí mientras voy allá a orar”. Parecía como de costumbre, pero tiene el alma en tensión. Las emociones de la cena le llevan a una vigilia de alma que quiere entregarse del todo. Ocho de los discípulos se quedan en una cueva, resguardados del relente de la noche. El Señor se aleja de ellos llevándose sólo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, Juan y Santiago. Son los mismos que estuvieron en la Transfiguración del Tabor contemplando su gloria, y los que vieron con sus ojos la resurrección de la hija de Jairo. Ahora van a ser testigos de algo mucho más difícil de entender: la agonía de Cristo, que quedará reducido a un hombre despojado de gloria y esplendor, como si estuviese derrotado. Y tienen que seguir creyendo que es Dios y hombre verdadero contemplándolo inerte, humillado, derrotado, sufriente. Es una situación en la que sólo se puede superar el escándalo con una fe nueva.

Jesús se retira como a un tiro de piedra a un lugar donde existe una enorme roca. Y “empezó a entristecerse y a sentir angustia. Entonces les dijo: Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo” (Mt). No se trata de una batalla cualquiera, sino de un amor que va a sufrir la mayor dificultad. Cuando en el fondo del alma se vive el gozo de la presencia del Padre, lo externo se torna menos difícil. Pero ahora Jesús experimenta como una ausencia, aunque el Padre esté siempre allí.

A Jesús se le hace presente todo el sufrimiento de la crucifixión. De esto se trata. De amar a pesar de los pesares. Y viene la angustia, el desasosiego, las lágrimas, el desaliento. Experimenta los efectos del pecado en su alma, especialmente la separación del Padre, que es lo más difícil. Es un comienzo del descenso a los infiernos que ocurrirá después de la muerte. Es un anonadamiento en su alma. Ha comenzado la Pasión cruenta. Pero no cede, sigue rezando, y sigue amando la voluntad del Padre que también es la suya, y ama a los hombres todos, que son los causantes de ese dolor.

“Y adelantándose un poco, se postró rostro en tierra mientras oraba diciendo: Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieras Tú” (Mt). Jesús llama a su Padre con acentos de hijo pequeño; le llama “*Abba*” (Mc), oración desconocida en otros labios. Él es el Hijo que cumple la voluntad amorosa del Padre. El Padre quiere salvar a los hombres por la línea del máximo amor; y el Hijo quiere esa voluntad que costará tanto dolor. Ése es el precio de la salvación de los hombres: un acto de misericordia que cumple, al tiempo, toda justicia.

Entonces “un ángel del cielo se le apareció para confortarle. Y entrando en agonía oraba con más fervor y su sudor vino a ser como gotas de sangre que caían sobre la tierra” (Lc). Todo el cuerpo está empapado en ese extraño sudor de sangre. La angustia del alma llega ser terror; pero no le vence, no desiste Jesús de su empeño de entregarse. Quiere la voluntad del Padre, que es la suya, no la del cuerpo que se resiste, lleno de pavor.

En este estado busca consuelo en los suyos. “Volvió junto a sus discípulos y los encontró dormidos; entonces dijo a Pedro: ¿Ni siquiera habéis sido capaces de velar una hora conmigo?” Es una queja para los que no han sabido estar a la altura de las circunstancias. Se excusan por el cansancio, pero es un sueño extraño, su causa es “la tristeza” (Lc); es como

una evasión cuando los enemigos de Jesús bullen aquella noche sin ceder a sueños ni descansos.

Pero de nuevo Jesús se rehace y se vuelca en aquellos que no saben, ni pueden, hacer más. Y les dice: “Velad y orad para no caer en tentación: pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil” (Mt). El sueño de los discípulos tiene también una causa infranatural; es el diablo, que envuelve en su tiniebla las mentes y los espíritus de todos. Jesús no lucha sólo contra su debilidad, sino contra el príncipe de las tinieblas que está desplegando todo su poder; y ellos, sus seguidores, sin oración no son nada. La oración será la fuerza para vencer cualquier dificultad, aun al mismo diablo con todo su extraño poder.

Ya muy entrada la noche Cristo se retira durante un tiempo largo, y se repite la oración, la agonía que no puede superar a pesar del consuelo de un ángel. Y “de nuevo se apartó por segunda vez y oró diciendo: Padre mío, si no es posible que esto pase sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se apartó una vez más, y oró por tercera vez repitiendo las mismas palabras” (Mt). La insistencia es amor que no cede; es una verdadera pasión en el alma, y también en el cuerpo. Parece un desecho de los hombres, está humillado y parece derrotado; supera una y otra vez la tentación y la oración –vida de su vida– se hace más intensa.

“Finalmente va junto a sus discípulos y les dice: Dormid ya y descansad; mirad, ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; ya llega el que me va a entregar” (Mt). Se levanta, por fin, el Señor. Se limpia el rostro con el paño para cubrir la cabeza, que queda empapado en sangre y que deja en el suelo doblado. Se adereza el aspecto. Va donde se encuentran Juan,

Pedro y Santiago, después se dirigen donde duermen los otros ocho. Se despiertan también con excusas. Están confusos.

Prendimiento de Jesús

“Todavía estaba hablando, cuando llegó Judas, uno de los doce, acompañado de un gran gentío con espadas y palos, enviados por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta señal: Aquel a quien yo bese, ése es: prendedlo. Y al momento se acercó a Jesús y dijo: Salve, Rabí; y le besó. Pero Jesús le dijo: Amigo ¿a lo que has venido!”

Un error lleva a otro error, una mala elección a otra, a un pecado sigue otro. Eso es lo que le sucedió a Judas. Quizá pensaba que bastaba con la delación para finalizar sus planes de entregar al Maestro; pero no era así. Cuando manifestó a los reunidos el lugar idóneo para prender a Jesús sin alboroto quedó prendido en una red, y, una vez atrapado, le será imposible la escapatoria. Primero le comprometerán para que conduzca a los soldados y criados que acudirán aquella noche a prender a Jesús y le ordenarán que les señale exactamente quién es, para que no pueda escaparse en el tumulto, y ¿qué mejor saludo que un beso para que el perseguido quede señalado? Los hijos de las tinieblas son astutos y despiertos para sus maldades, más que los hijos de la luz.

Mientras ocurrían estos hechos en el Sanedrín, Jesús concluía la Cena Pascual –la última Cena– donde se daba plenamente, hasta que calló, y en silencio comenzó la Pasión cruenta.

Judas también está activo, pero para acabar su obra perversa. Los que le pagan su sacrílega venta le exigen que acuda al huerto. Juntan los soldados, se une un grupo heterogéneo de militares y gentes armadas con palos que descienden también por el torrente del Cedrón, por donde poco

antes pasó el Señor; suben al huerto guiados por Judas, que conoce bien el lugar. Ahora ha llegado el momento de encararse con Jesús y con los demás.

Judas dice: “Prendedlo con cuidado” (Mc), e iba “al frente de ellos” (Lc), de los soldados del Templo, de algunos soldados romanos y de algunos voluntarios que se arman de palos. No hay precipitación, sino actividad clarividente, aunque nerviosa, pues es inevitable pensar que en un momento dado Jesús pueda hacer un milagro poderoso y justo. Por otra parte es imposible acallar del todo la conciencia, aunque la actividad intensa lo facilite.

Entonces se produce la escena del beso de Judas. La iniciativa del encuentro partió de Jesús, que se dirigió a él sin ocultarse. Jesús camina hacia el beso traidor con decisión, casi con prisa. El Jesús derrumbado de unos momentos antes en el sudor de sangre se rehace; retoma, de pronto, las riendas de su alma, se levanta y va hacia la muerte con una serenidad que ha sacado de su oración y de su entrega total. Parece que tiene prisa. Debía quedar claro que iba hacia la muerte cuando él quería. Libremente. Con plena conciencia. La hora tan esperada había sonado.

Judas se sorprende, pero trata de aparentar una cierta naturalidad y con un temor contenido, saluda: “Salve, Maestro”. Es probable también que dijese el saludo tradicional y cotidiano: “*Shalom*”, paz. “Y le besó”. Parece que le prendieron enseguida (Mc), aunque antes se da la defensa violenta de los discípulos prontamente detenida por el Señor. También se produce un extraño diálogo en el que Jesús pregunta a quién buscan, y al responderles “Yo soy” –expresión que recuerda el “Yo soy” del nombre Yahvé Dios–, caen todos al suelo (Jn). Jesús tiene una respuesta para Judas que estremece, y le dice: “Amigo, ¡a lo que has venido!... ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?” (Mt).

Todo es mentira en los labios de Judas. Miente cuando saluda deseando “paz” a Jesús y sólo le lleva guerra y muerte. Miente cuando le

llama Maestro y no ha aprendido ninguna lección, y, menos aún, la del amor, predicada con mil acentos por el divino pedagogo. Miente cuando besa –más bien mancha– a Cristo con la señal para prender al que no quiere defenderse. Y el beso queda como una marca de fuego en la mejilla de Jesús. Realmente Judas es el hijo de la mentira.

Jesús sólo dice verdad en sus palabras llenas de mansedumbre. Le llama amigo, no sólo para que Judas pueda conservar esa palabra y vuelva cuando quiera si se arrepiente, sino porque realmente le quiere como ha querido y quiere a todos los pecadores que han sido y son. Le invita a la reflexión sobre el saludo y el motivo de la visita. Sólo un íntimo podía delatar la intimidad, y la traición del ser querido es más dura que la del extraño. Se queja del beso, pero lo acepta para que Judas nunca pueda pensar que ha sido rechazado y pueda acusar al Redentor de no haberlo sido para él. Pero de nada sirvió la mansedumbre del Señor, y, tras el prendimiento, Judas se quedó solo en el sentido más estricto. Solo frente a Dios. Lejos de los apóstoles a los que él ha abandonado, y solo –no podía ser de otro modo– por el desprecio de aquellos que le habían comprado con halagos y dinero.

Y lo que suele ser señal de amor, se convierte en signo de traición y de engaño. “Entonces, acercándose, echaron mano a Jesús y le prendieron” (Mt). “Uno de los que estaban con Jesús sacó la espada e hirió al criado del Sumo Sacerdote cortándole la oreja. Entonces le dijo Jesús: Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que emplean espada a espada perecerán. ¿O piensas que no puedo recurrir a mi Padre y al instante pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo entonces se cumplirían las Escrituras, según las cuales tiene que suceder así?” (Mt). Con sorpresa de todos se dirige Jesús al herido, que grita en su dolor, “cogió la oreja y se la curó” (Lc). Cura al indigno, y detiene al violento que pretende defenderse, pero Jesús renuncia hasta a la legítima defensa. Y, recordándoles el poder de Dios y sus ángeles, prefiere manifestarse en la debilidad que en la fuerza.

“En aquel momento dijo Jesús a las turbas: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos a prenderme? Todos los días me sentaba a enseñar en el Templo, y no me prendisteis. Todo esto sucedió para que se cumplieran las escrituras de los Profetas” (Mt). Era de noche, muy entrada la madrugada. No quieren los conspiradores la luz del día, quieren la sorpresa, como si pudiesen sorprender a Jesús, que les espera consciente del peligro y entregándose a él.

“Entonces todos los discípulos, abandonándole, huyeron” (Mt). De poco les han servido sus promesas de dar la vida. Eran capaces de morir matando, pero no de sufrir la injusticia con paciencia y humildad. Permanecía oculto a sus ojos que se trataba de un sacrificio, del sacrificio de la nueva Ley, esa que han aprendido en teoría y ahora están aprendiendo en la práctica. Es la lógica del amor sin límites, del amor puro, y ellos no la entienden. Jesús está solo. Judas huye.

Los apóstoles se dispersan cuando prenden a Jesús. La comitiva se aleja: el preso será llevado ante el Sanedrín durante la noche, y, por la mañana, temprano, lo llevarán ante el gobernador romano. Judas se queda solo en el lugar viendo alejarse a sus acompañantes, que golpean a Jesús y lo maltratan; también ve cómo huyen sus antiguos amigos y compañeros, casi hermanos en otros tiempos.

Judas Iscariote está solo. Providencia de Dios es que no se encuentre con sus antiguos amigos, los discípulos de Cristo, pues quizá no hubiesen podido contenerse, y entonces no es impensable que corriese su sangre. Pero un extraño miedo les ha dispersado a todos. No conocían las tinieblas y la fuerza de la tentación diabólica, que ahora muestra todo su poder – limitado, pero terrible—. Sus nuevos amigos también le abandonan. Lo han usado, les ha servido, y le abandonan. Es lógico, pues ¿quién va a confiar en un traidor? Conocido es que quien traiciona una vez, ciento puede reincidir. Las alianzas de los perversos duran el tiempo que les atan sus intereses; después se desatan incluso con odios antes inexistentes. Y Judas está solo.

Solo, pero con la voz de la conciencia que parecía acallada por la intensa actividad de las últimas jornadas y las justificaciones que ha ido elaborando en los tiempos de su vocación malvivida. Ahora, en el silencio de la noche nada puede acallar el grito potente de la voz de Dios desde lo hondo: “Has entregado al Inocente”. Con fuerza vendrían a su memoria las delicadezas de Jesús con él, el perdón repetido, los milagros, la sabiduría, su mirada fuerte y amorosa. Además... incluso al final le dijo: “Amigo”. “Sí, es cierto, en toda su vida Jesús ha sido el único Amigo, el que más me ha querido de verdad”; “y, ¿con qué moneda le he pagado? Con la traición”. Y el horror de su acción se hace evidente a sus ojos.

En estas idas y venidas siente el dinero –las treinta monedas de plata– en su cinto. Y se desvela más aún su conciencia: “Has entregado y vendido al Inocente”. Su culpa se le presenta ahora clara ante los ojos, pero unida a la desesperación. “Entonces Judas, el traidor, viendo que lo habían condenado, Arrepentido, devolvió a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos las treinta monedas de plata, diciendo: He pecado entregando sangre inocente” (Mt). La verdad está en las palabras de Judas. Y recuerda que le engañaron diciéndole que juzgarían a Jesús con equidad y quizá se desvelaría si realmente era el Mesías o no. Se puede deducir esto ya que el precio de la traición es simbólico. Quizá Judas se engañaba a sí mismo diciéndose que estaba colaborando a aclarar de una vez por todas la mesianidad de Jesús. Pero al ver al Señor condenado la misma madrugada contra toda justicia en una parodia de juicio amañando, se le quita toda venda de los ojos.

Y se arrepintió... pero sin esperanza. La respuesta de los que debían ser los religiosos en Israel debió ser como un puñal en su alma: “¿Qué nos importa a nosotros? Tú veras”. Y vio la mirada torva, sonriente, de engaño triunfante, y se sintió duramente humillado. Entonces “él arrojó las monedas al templo y se ahorcó” (Mt).

Duro es seguir a Judas hasta el campo situado fuera de la ciudad. Era aquel un lugar cercano al valle llamado Gehenna, valle de las basuras, lugar utilizado por Jesús para mostrar gráficamente lo que era el Infierno donde sufren los condenados: “El lugar de las basuras que se consumen con un fuego que no se acaba”. Entonces “adquirió un campo con el precio de su pecado, cayó de cabeza, reventó por medio, y se desparramaron sus entrañas. Y el hecho fue conocido por todos los habitantes de Jerusalén, de modo que aquel campo se llamó en su lengua Hacéldama, es decir, campo de sangre” (Act). Más tarde fue adquirido por los sanedritas con ese dinero ya que en su hipocresía se dijeron: “No es lícito echarlas en el tesoro, porque es precio de sangre” (Act).

Al considerar estos hechos viene a la memoria lo dicho por Jesús sobre el traidor: “¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre es entregado! Más le valiera no haber nacido”. No se puede deducir de estas palabras la declaración de la condenación eterna, pero desde luego sí la destrucción de una vida de un modo horrible, y quizá la pena eterna. Judas se convierte en el antimodelo de seguidor de Cristo.

Los juicios de Jesús

Se suele decir que Jesús fue juzgado dos veces antes de la condena a muerte. Más bien fue juzgado seis veces, ante personajes bien distintos. El Inocente comparece ante diversas personas. Anás, Caifás, el Sanedrín, Pilatos, Herodes y las masas representan otras tantas actitudes que condenarán –y serán condenadas– por el verdadero Juez que se presenta despojado de todo poder externo, pero con la verdad y la justicia. Jesús se presenta ahora inerme, sin armas; pero armado sólo con la fuerza de un amor que no va a detenerse ante la injusticia, el odio o la debilidad. Los juicios van a mostrar la verdad de cada uno. Jesús será quien conduzca los diálogos. Calla cuando conviene y habla cuando es necesario. En cada juicio queda claro un aspecto de su identidad y de su misión. Y, por contraste, quedan en evidencia la ambición y la utilización del poder y la

avaricia personales de Anás, o la verdad religiosa de Jesús ante Caifás, la debilidad de Pilatos, la corrupción de Herodes y la furia de las masas.

Ante Anás

Después del prendimiento desandan el camino. Bajan al Cedrón y suben las escalas hasta el barrio situado en el Monte Sión. La casa del Sumo Sacerdote estaba situada muy cerca del Cenáculo. Allí, en partes separadas, pero unidas, vivían Anás y Caifás, suegro y yerno respectivamente. Caifás era el Sumo Sacerdote aquel año, pero Anás tenía el prestigio y la autoridad. De hecho, fue Sumo Sacerdote doce años y había conseguido que cinco de sus hijos también lo fueran, y Caifás era yerno suyo, lo que revela su influencia. El puesto de Sumo Sacerdote se había convertido en patrimonio familiar, con todas las ventajas de honores y de dinero que llevaba consigo. Anás era como el padrino de un clan que se aprovechaba de lo religioso para medrar. Ambos eran saduceos, es decir, de religiosidad muy aguada. Eran muy criticados por el beneficio que extraían de los sacrificios del Templo. Sabían moverse en las intrigas de la política y eso era lo que les interesaba de verdad.

Al llegar a la casa de los sumos sacerdotes, se reúnen los conspiradores. En primer lugar Jesús es llevado en presencia de Anás, quien le pregunta sobre “sus discípulos y su doctrina” (Jn). Lo primero es lo que más le interesaba: saber quién entre los importantes estaba comprometido con Jesús y era seguidor suyo. Sabía algo de Nicodemo, de José de Arimatea, de Lázaro, de Simón el leproso y sospechaba de otros. Quería cortar las cabezas de una posible conspiración. No le importan tanto aquellos pescadores de Galilea que poco pueden hacer, sino los que eran influyentes por dinero y posición en el Sanedrín. Se comporta como un zorro político y sólo ve en Jesús un rebelde que anuncia un nuevo Reino, un fanático religioso que le hará perder las succulentas ganancias que obtiene del poder.

Jesús no nombra a ninguno de sus discípulos, les protege de las iras de aquél hombre sin conciencia. Pero sí responde a la cuestión doctrinal. “Jesús le respondió: Yo he hablado abiertamente al mundo, he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, donde todos los judíos se reúnen, y no he dicho nada en secreto. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me oyeron de qué les he hablado: ellos saben lo que he dicho” (Jn). Por otra parte Anás no tiene ninguna autoridad para interrogar a Jesús, y el Señor se lo hace ver.

“Al decir esto, uno de los servidores que estaba allí dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice?” Es un acto violento, preludio de los que vendrán, y contra toda justicia. La bofetada –o puñetazo– golpea el rostro del Señor y le hace tambalearse. Es el argumento de los que carecen de razón. Jesús le contestó: “Si he hablado mal, declara ese mal; pero si bien, ¿por qué me pegas?” (Jn). No reacciona con ira; pero defiende la verdad y la justicia de sus palabras. La situación es tensa, pero todos se dan cuenta que no han conseguido atemorizar al Señor, ni que se doblegue ante los que detentan el poder y sus honores. La actitud del siervo revela la vileza servil de quien quiere contentar a sus superiores, quizá más allá de sus mandatos. “Entonces Anás le envió atado a Caifás, el Sumo Pontífice”. Y atraviesan el patio que separa las casas de Anás y de Caifás.

Las negaciones de Pedro

Cuando Judas llega acompañado por una turba numerosa para detener a Jesús, Pedro se despierta. Su primera reacción es la de tomar la espada lleno de ira. Los discípulos dicen a Jesús, quizá por boca de Pedro: “¿Acometemos con la espada? Entonces Simón, que tenía una espada, la desenvainó e hirió al siervo del pontífice, cortándole la oreja derecha” (Jn). Jesús cura al herido y rechaza la violencia, le detienen y “todos los discípulos huyeron”. Pedro también, a pesar de las promesas. La huída dura poco. Se dispersan los discípulos. Juan y Pedro permanecen juntos y hablan

con agitación sobre los hechos. Juan debió proponer acudir a la casa de Caifás, donde sabían que estaba Jesús. Y van allí. ¿Para qué? Ni ellos mismos lo sabían muy bien. Al menos pueden acompañarle lo más posible. Su irreflexión bienintencionada les lleva a ponerse en una situación peligrosa.

Las negaciones fueron tres, en tres circunstancias distintas ante tres personas diferentes. La progresión en la intensidad de la negación desvela mejor la gravedad de la caída de Pedro. No fueron sus negaciones una evasiva ante una pregunta indiscreta, sino una negación que incluirá juramentos, es decir, poner a Dios por testigo de una falsedad. Al menos las dos últimas negaciones fueron claramente pecados graves.

La primera negación fue así: “Y seguía a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Este otro discípulo era conocido del pontífice y entró con Jesús en el palacio del pontífice mientras que Pedro se quedaba fuera, en la puerta. salió el otro discípulo, conocido del pontífice, habló con la portera e introdujo a Pedro” (Jn). Y dice la portera a Pedro “mirándole fijamente” y comentando que estaba con Jesús el galileo: “¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Él respondió: No soy. Los siervos y los guardias que habían hecho fuego, pues hacía frío, estaban calentándose. Estaba también Pedro con ellos y se calentaba” (Jn). Pedro, inquieto, añade: “No sé lo que dice”, “ni sé ni entiendo lo que tú dices”, “mujer, no lo conozco” (Lc).

Es posible reconstruir con un cierto orden los hechos. Juan marcha a conseguir un permiso para entrar en el atrio del palacio del pontífice, Pedro permanece en la puerta. En lugar de callar es indiscreto y habla con aquella mujer, la cual, como suele suceder en su oficio, era curiosa y percibe tanto el nerviosismo y agitación de Pedro como su inconfundible acento galileo. Pedro no piensa que el hombre es esclavo de sus palabras y dueño de sus silencios. La primera negación es fruto de la imprudencia y de la irreflexión. Juan habla con la portera y garantiza la personalidad de su amigo.

La portera abre la puerta al desconocido con una cierta desconfianza. Le nota nervioso y huidizo. Y decide no perderle de vista. Pedro piensa que la mejor manera de pasar inadvertido es hacer lo que los demás hacen: se acerca al fuego, y allí se produce la segunda tentación. Pedro se coloca a plena luz ante el fuego, un poco por frío, y otro poco para aparentar naturalidad. Cuando Pedro sintió la mirada de la criada que le examinaba fijamente, desvió la vista algo asustado. Lo lógico era percibir un peligro, huir o declararse discípulo de Jesús, pero no hizo ni lo uno, ni lo otro. Y llega la negación previsible, pero imprevista. Se desentiende de lo que más entiende, no sabe lo más sabido, niega ser discípulo del Maestro amado. Hacía sólo unas cuatro horas que había asegurado que estaba dispuesto a morir por él; pero una simple pregunta bastó para que negase conocer a Jesús.

Cuando quiso reflexionar ya estaba consumada la negación. Pedro se va asustando de un modo poco lógico para un hombre realmente valiente. Se levanta del grupo, y se esconde en el pórtico que rodea el patio cuadrangular. La portera no se conforma con la contestación, habla con otras, le miran y le observan, hasta que otra criada “dijo a los presentes: Éste estaba con Jesús el Nazareno”. Ha conseguido centrar la atención de todos que miran al desconcertado Simón, e insiste: “Éste es uno de ellos”. Uno de los presentes le dice directamente: “Tú eres de ellos” (Lc).

La criada era terca, y todos están pendientes de Pedro. La respuesta ya no puede ser evasiva. Vuelve a repetirse el dilema anterior, pero más claro e inevitable. ¡Qué oportunidad tan buena para declararse discípulo de Cristo y morir por él si fuera preciso! Pero Pedro está ya interiormente desmontado, y niega, una vez más, conocer a Jesús y ser discípulo suyo. “No conozco a ese hombre”; es más, no soy discípulo suyo. La magnitud de la negativa es mayor en esta segunda ocasión. Poco antes, de un gallinero cercano había cantado un gallo, pero Pedro no lo oyó.

En pocas horas Pedro ha recibido muchos golpes. El miedo le atenaza, le faltan las fuerzas, actúa con imprudencia. No sabe qué hacer. Quizá en aquel momento Juan intenta llevárselo, pero no puede o no sabe hacerlo. A una caída sigue otra, si no se sabe rectificar a tiempo o huir de la ocasión decididamente.

Esta negativa tan rotunda le da un respiro; los criados se calman. Pero no del todo. Cuando el proceso de Jesús ante Anás concluye, el grupo que se agolpa junto a la puerta vuelve al calor del fuego. Y, junto a los soldados, vinieron los criados del pontífice que habían participado en el prendimiento de Jesús y luego en el proceso. Uno de ellos era precisamente un pariente de aquel Malco a quien había cortado Pedro la oreja. Se le quedó mirando y volvió a inquirir si no era él uno de los discípulos del procesado: “¿No te vi yo en el huerto con él?” (Jn). Las dudas no disipadas de los demás renacen y se vuelven contra él con fuerza: “Verdaderamente tú eres de ellos, pues tu habla te descubre”. Al argumento de “que eres galileo” se une la afirmación del pariente de Malco. El grupo rodea amenazador a aquel galileo desconocido. Entonces se produce la tercera negativa y Pedro visiblemente aturdido “comenzó a maldecir y a jurar: yo no conozco a ese hombre” (Mt).

La tercera negativa carece de subterfugios; no es la evasiva de la primera cuando aduce no conocer o no entender; tampoco es el desprecio a “ese hombre” ya con juramento, es decir con pecado grave contra el segundo mandamiento de la ley de Dios; sino que, esta vez, está lleno de maldiciones.

“Y enseguida cantó por segunda vez un gallo, y se acordó Pedro de la palabra que Jesús le había dicho: Antes de que el gallo cante dos veces me negarás tres. Y recordándolo, lloraba”. Cantó el gallo, y Pedro volvió en sí. Jesús sale entonces de la casa de Anás a la de Caifás, y en el revuelo de la salida, sus miradas se cruzan. Jesús le mira con compasión. Pedro se da cuenta de lo que ha hecho y “salió fuera y lloró amargamente” (Mt).

La amargura y las lágrimas de Pedro arrojan mucha luz sobre su conducta. El pecado de Pedro no fue falta de amor, sino debilidad y presunción. Acude al palacio del pontífice por amor, se queda allí por amor, pero era más débil de lo que pensaba. Su negación no es falta de fe, sino debilidad pasajera. Estaba fuera de sí cuando negó al Señor, como el hijo pródigo de la parábola. Por eso, cuando vuelve en sí, la amargura inunda su corazón.

Al volver en sí comienza una nueva tentación más terrible que las anteriores: la desesperación. Judas también se arrepintió de su traición y reconoció que había entregado sangre inocente, pero desesperó y se ahorcó. Cabía que sucediese algo similar en un hombre tan apasionado como Pedro. Un dolor demasiado intenso puede anular la mente o desalentar el corazón hasta extremos tan abismales que lleven al suicidio. Pero una mirada le salvó. Los ojos de Jesús, que no lograron desarmar a Judas, produjeron un vuelco en el corazón de Pedro.

Jamás olvidaría Pedro esa mirada: el relámpago de aquellos ojos le dijo más que mil palabras. Y, probablemente, recordó al mismo tiempo, otras palabras recientes de Jesús: “Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo. Pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú cuando te conviertas, confirma en la fe a tus hermanos” (Jn). Ahora entiende los avisos del Señor: la tentación era extrema, era una tentación diabólica. No eran las criadas, o los soldados, los que le han asustando, sino el mismísimo Satanás con la colaboración de su imprudencia y su presunción. La oración de Cristo ha impedido que el diablo lo destrozase y, gracias a eso, en medio de su pecado conserva la fe y se arrepiente.

La madrugada ante Caifás

Hacia las tres de la madrugada se reúnen los conspiradores en casa de Caifás. Han esperado este momento con ansia. Odian a Jesús. Han

intentado todo para desacreditarlo, pero una y otra vez les ha puesto en evidencia y ha denunciado en privado y en público sus falsedades. No lo pueden consentir por más tiempo. Han calculado todo para deshacerse de Jesús; quieren matarle. Pero no lo van a hacer como asesinos vulgares, sino que quieren dar una apariencia de juicio y honorabilidad. No pueden quitarse de encima su modo hipócrita de actuar. Para eso organizan el prendimiento de noche, con el traidor. Estaba prescrito que los juicios se hiciesen de día, pero no pueden esperar, y, en cuanto lo tienen en sus manos, se reúnen y caen sobre él como aves de presa. Y montan una parodia de juicio que se va a convertir en la ocasión de una manifestación clara de Jesús.

Al principio usan diversos testigos para incriminar a Jesús. Pero las cosas no salen bien a su gusto pues faltan motivos para encausarle, y Jesús calla. “Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban un falso testimonio contra Jesús para darle muerte; pero no lo encontraron a pesar de los muchos falsos testigos presentados. Por último, se presentaron dos que declararon: Este dijo: Yo puedo destruir el Templo de Dios y edificarlo de nuevo en tres días” (Mt). La acusación era falsa, manipulan la frase, pues Jesús no había dicho exactamente eso. Hacía ya casi tres años, sus palabras habían sido: “Destruid este templo y yo lo reconstruiré en tres días”. No hablaba de destruir él sino que él reconstruiría. Además era un lenguaje simbólico, pues hablaba de su cuerpo y de las asechanzas de muerte. De nada se le puede acusar. Jesús “callaba y no respondía nada” (Mc), como dejando en claro que lo que quieren hacer es una parodia de juicio, que nada es digno de muerte.

Entonces, “levantándose, el Sumo Sacerdote le dijo: ¿Nada respondes? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti? Pero Jesús permanecía en silencio”. Nada van a avanzar por el camino de los falsos testimonios deformando sus palabras. Entonces el Sumo Sacerdote se levanta y de un modo solemne centra el juicio en la cuestión religiosa, que es la que les ha llevado allí, y la que no querían afrontar cara a cara, y le dice: “Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios” (Mt), el “Hijo del bendito” (Mc). Se hace el silencio en la sala. Se trata de un

juramento ante Dios, y de una interrogación por parte de la máxima autoridad religiosa de Israel. Puede ser indigno, pero es el representante de Dios en el pueblo. Jesús eleva su mirada, se yergue Y responde: “Yo soy” (Mc), “Tú lo has dicho. Además os digo que en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo” (Mt). Las palabras de Jesús han caído como un rayo. Todos se agitan, se miran, hablan, murmuran. Ha tomado el nombre de Dios para sí mismo. Se declara el Cristo usando las palabras del Profeta Daniel que lo presenta viniendo de lo alto para juzgar con todo poder. ¡Cómo contrasta esta declaración clarísima con el hecho de ver a Jesús atado, humillado y con el rostro amoratado del puñetazo recibido en casa de Anás! Es difícil aceptar esa humildad de Dios y de Cristo, pero son los hechos.

“Entonces el Sumo Sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ya lo veis, acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Ellos respondieron: Reo es de muerte” (Mt). Ni el Sumo Sacerdote, ni ninguno de los presentes creen en Jesús como Hijo ni como Mesías. El odio ha podido más que el amor en ellos, la tiniebla ha ocultado la luz. Al condenar a Jesús como blasfemo se acusan a sí mismo como infieles a Dios.

“Entonces comenzaron a escupirle en la cara y a darle bofetadas; los que le abofeteaban decían: Adivínalo, Cristo, ¿quién te ha pegado?” (Mt). Los golpes caen sobre Jesús, que va de un lado a otro. Sufre, voluntariamente, esas vejaciones. Parece un juguete en manos rabiosas. No se defiende. Cuando se han saciado de golpes, de insultos y de injurias le llevan al calabozo inferior. Allí espera las dos o tres horas que faltan para llegar el nuevo día. Jesús reza con entereza aceptando el sacrificio que tanto el Padre como el Hijo quieren y los hombres necesitan.

El Sanedrín se reúne al despuntar el día

El Sanedrín, formado por setenta miembros y el Sumo Sacerdote, se reunía al completo sólo cuando la situación era muy grave. El mínimo exigido para adoptar una decisión importante era de veintitrés. No sabemos cuántos estuvieron aquella madrugada, pero serían los suficientes para dar un aspecto legal a la condena preparada por la noche.

Después del encuentro con Caifás, los conjurados piensan que ya han encontrado causa suficiente para matarle: la blasfemia de proclamarse Dios. Rápidamente llaman a los sanedritas a la misma casa de Caifás para no reunirse en la sala del Consejo. Acudirán los confabulados que no han dormido en aquella noche intensa y dura; también los indecisos para los cuales hay que encontrar un buen motivo que les haga prestar su voto; y los partidarios de Jesús como Nicodemo y José de Arimatea, que son pocos en el conjunto, como se verá por el desenlace de los hechos.

La cuestión que se plantea es estrictamente religiosa y en ella todos son puestos a prueba: creer o no creer en Jesús. Esta fe lleva consigo una profundización enorme en el conocimiento de Dios, pues se trata de alcanzar niveles altísimos en la intimidad de Dios como amor. Se trata de ver y creer que el Padre es un verdadero Padre que tiene un Hijo. Además que ese Hijo se ha hecho hombre y está ante ellos. Se trata de aceptar que el Dios de justicia y poder se humilla en vez de manifestarse con un esplendor de rayos y truenos. Es mucho el salto, pero no imposible. Algunos, en el mismo Sanedrín, lo han dado. Todos recibirán la gracia de Dios para poder creer. La suerte del Pueblo elegido está en sus manos, y en su fe. Los signos de aquellos tres años están ante sus ojos. No se puede decir que no conociesen muchísimo de Jesús. Es posible que conociesen todo, desde las bienaventuranzas hasta el sermón del pan de vida y la interpretación de la Ley en clave de interioridad. En el Templo, Jesús había declarado su identidad, y ésta es la cuestión central que se va a tratar. El resto es poco importante ante el hecho de que Jesús se haga igual al Padre. Si esto es cierto representa un salto enorme en la comprensión de Dios y de la salvación. Si no se acepta, la condena por blasfemia es un imperativo. Los juzgadores van a ser juzgados de su fe en Dios y en la palabra de Dios.

“Al hacerse de día se reunieron los ancianos del pueblo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y le condujeron al Sanedrín”. La sesión evita las acusaciones sobre la destrucción del Templo y va al núcleo de la cuestión que ya Caifás ha puesto de relieve. Y le dicen: “Si tú eres el Cristo, dínoslo”. Parece una cuestión repetida, pero hay que tener en cuenta que se trata de comprobar, ahora oficialmente, lo que ya se ha dicho en todas partes. Jesús no rehuye la respuesta sino que responde con claridad, pero desvelando las intenciones de los juzgadores. “Y les contestó: Si os lo digo, no creeréis; y si hago una pregunta, no me responderéis”. Sigue Jesús hablando y se declara Mesías, el enviado de Dios, el Salvador, el deseado de las naciones, el Príncipe de la paz, el esperado por todos, y vuelve a decirlo utilizando palabras de Daniel. “No obstante, desde ahora estará el Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios” (Lc). “Entonces dijeron todos: Luego ¿tú eres el Hijo de Dios?”. Han llegado al centro de la cuestión tantas veces repetida en público. Es cosa clara que al decir Hijo de Dios no lo entienden ya como la condición de todos los hombres que son hijos de Dios, ni siquiera de una filiación extraordinaria, pero, al fin y al cabo, humana. Entienden que Cristo es el Hijo igual al Padre, uno con el Padre y, por tanto, Dios y hombre verdadero. Ésta es la cuestión central. Se trata de aceptar que Dios ha entrado en la historia para salvar a la humanidad, se trata de creer en esa locura de amor de Dios. Jesús declara solemnemente la verdad ante los sabios de Israel, ante los que tienen las llaves de la Revelación anterior de Dios que ahora llega a su punto culminante, ante los que tienen el poder religioso del Pueblo como Tribunal supremo. “Les respondió: Vosotros lo decís: yo soy” (Lc). Sus palabras vuelven a caer en la asamblea como un trueno. El nombre de Dios es utilizado por Jesús para señalarse a sí mismo.

Todos los presentes creen en Dios espíritu puro, distinto del mundo, infinito, justo, misericordioso, creador. Pero ahora se trata de aceptar que ese Dios entra en la historia con el fin de salvar a los hombres. En ese caso Jesús es el Señor de la historia, toda la humanidad ha sido regenerada y alcanza en Jesús una perfección suprema. Al que tenga fe se le abren los horizontes hasta niveles insospechados. Realmente están ante Dios con nosotros, ante Dios que salva. Éste es el significado del nombre de Jesús.

Por la fe pueden entrar en esas realidades inmensas e infinitas. Se renueva la cuestión puesta a Adán y Eva: ser fiel a Dios o no serlo, y para ello superar una idea de Dios pequeña y muy inferior a la realidad. Los que creían se dan cuenta de ello, al menos de lo esencial. Pero la mayoría renovó el pecado de origen de un modo más grave aún, y “dijeron: ¡Qué necesidad tenemos ya de testimonio! Nosotros mismos lo hemos oído de su boca” (Lc). Y le condenan a muerte, aunque en realidad ellos son condenados al negar al mismo Dios que salva.

“Y habiéndole atado, lo llevaron al procurador Pilato” (Mt). En aquella hora se solía seleccionar al cordero para el sacrificio oficial en el Templo. Tenía que ser sin mancha ni defecto. Se le ataba la pata delantera con la trasera. El animal balaba inocente, y entonces el levita de un tajo certero le cortaba el cuello y el cordero moría para implorar el perdón de Dios. Jesús, el Cordero de Dios, es atado para acudir al sacrificio anunciado en la Escritura, que ahora se hacía sacrificio perfecto de la nueva alianza.

Se apresuran y atraviesan la entera ciudad de Jerusalén desde el Monte Sión al monte Moria donde, junto al Templo, estaba la torre Antonia, lugar de residencia del procurador romano. Los conjurados hierven pensando los mejores modos de conseguir que el romano les sirva a sus intereses.

El juicio ante Pilato

Al acabarse el juicio ante el Sanedrín todo ha quedado claro. Jesús ha manifestado la verdad ante la máxima autoridad de Israel y con todas las garantías de ser escuchado. Los que creen en él están consternados y no saben qué hacer. Los que dudan están más inclinados a la condena, y los conspiradores se alegran del éxito tan fácil que han tenido. Pero conviene explotar el éxito y darse prisa, antes de que se provoque un motín en el pueblo, quizá entre los galileos, o entre los poderosos creyentes en Jesús. Por eso “condujeron a Jesús de Caifás al pretorio. Era muy de mañana”. Lo

tienen todo previsto: se trata de comprometer al romano para que condene a Jesús. De este modo, los seguidores de Jesús culparán al extranjero, y Pilatos puede quedar, públicamente, como ejecutor de la decisión.

Los comienzos son desafiantes y despectivos con el procurador. “Ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse y poder comer la Pascua”. No les abandona la mentalidad hipócrita; observan la tradición, mientras mienten, odian, traicionan y buscan la muerte injusta.

“Entonces Pilato salió fuera donde estaban ellos”. Es de suponer el malhumor con que atiende Pilatos a los judíos. Había sido elegido procurador en tiempos de antisemitismo, pues los judíos habían sido expulsados de Roma. Pilato era el típico gobernador de provincias; aunque su matrimonio con Claudia Prócula, de la familia imperial, debió ser uno de los motivos de su nombramiento: duro, expeditivo, pero conocedor del derecho romano. Le molesta el carácter judío, y lo exterioriza despreciando sus costumbres tan puntillosas. Se repone de su estado de ánimo y pregunta: “¿Qué acusación traéis contra este hombre?” Quizás, sorprendido de la calidad de los acusadores, pues muchos son del Sanedrín y sus doctores, se da cuenta de que están allí por una cuestión importante. Sin embargo, el primer paso es intentar manipularle como mero ejecutor de las decisiones del Sanedrín. Por eso le respondieron: “Si éste no fuera malhechor no te lo hubiéramos entregado. Les dijo Pilato: Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley. Los judíos le respondieron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie” (Jn).

El Sanedrín tenía jurisdicción religiosa, y Pilato tenía el poder militar y el judicial. En la fortaleza Antonia, situada en la esquina del Templo, había unos seiscientos soldados además de la guardia de Pilato, que se había desplazado allí aquellos días desde Cesarea marítima. Pero Pilato no consiente en ser mero ejecutor, y quiere acceder a un verdadero juicio. Él sabía bien cómo funcionan los juicios. “Así se cumplía la palabra que Jesús había dicho al señalar de qué muerte había de morir”.

Los judíos sienten que se les escapa la primera intentona, y que todos sus propósitos pueden fracasar si Pilato hace un juicio en toda

regla. Se agitan y preparan un acusación: “Y comenzaron a acusarle diciendo: Hemos averiguado que éste perturba a nuestra nación y prohíbe pagar los impuestos al César y se llama a sí mismo Mesías rey” (Lc). La mala voluntad y la deformación de la verdad es patente. Jesús no perturba a la nación, sino que anuncia un mensaje de amor hasta el fondo del corazón. En cuanto al tributo sus palabras fueron “dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”. Nada de rebelión en este punto. Es impensable que Pilatos no estuviese enterado de estas cosas. Tenía buenos sistemas de información, y no podía pasar inadvertido un personaje tan singular con tantos partidarios. Es posible que en el mismo pretorio algunos soldados o funcionarios fuesen más o menos creyentes en el nuevo profeta, como era el caso del centurión de Cafarnaún.

Pero quedaba aún la acusación definitiva. El reo se proclamaba rey, y eso debía aclararse. Es cierto que no le constaba ningún movimiento rebelde, pero podía estar incubándose un nuevo levantamiento de los muchos que se sucedían en aquellas tierras. Por eso Pilato aceptó la acusación. Y empieza el proceso al modo romano. “Entró de nuevo en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos?” Primero había que escuchar al reo: lo imponía la ley romana y el sentido más elemental de justicia: saber la verdad para poder juzgar. Ante el interés por conocer la verdad Jesús no calla y contesta: “¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?” Pilato responde: “¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los pontífices te han entregado a mí: ¿qué has hecho?” Quiere saber si es un rebelde al poder de Roma, o si es un aspirante a rey; no le importan las ideas judías; las desprecia.

Una vez aclarado esto, Jesús responde algo de una gran importancia: “Mi Reino no es de este mundo; si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos; pero mi

Reino no es de aquí” (Jn). Si no es de este mundo, ni es de aquí, ¿de dónde es? No puede ser más que espiritual, y dejando los reinos de los hombres a su libre disposición, lo único que pretende es reinar en los corazones y las intenciones. Se trata de un Reino religioso. No entra por tanto en el ámbito del juicio de Pilato. Esto coincide con la información que tenía el gobernador respecto a Jesús. Sin embargo, puede más su curiosidad, y Pilato le dice: “¿Luego, tú eres Rey?” ¿En qué consiste tu realeza? Jesús contestó: “Tú lo dices: yo soy Rey. Para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad escucha mi voz” (Jn). Se percibe como un acento amoroso de Jesús hacia Pilato, como diciéndole que si ama la verdad podrá acceder a ella, pues ésa es la meta de la venida al mundo de quien es el camino, la verdad y la vida. La reacción de Pilato revela lo que lleva dentro: es un escéptico, y le dice: “¿Qué es la verdad?” (Jn). La única verdad que entendía era la del poder, la del triunfo social, la del dinero y la fama y los honores. ¿La verdad? Era una cuestión que interesaba a unos pocos iluminados, casi siempre marginales en la sociedad. La única verdad era la suya, que era poderoso.

El juicio había concluido. Ya podía dictarse sentencia. Pilato ya sabía a qué atenerse. “Y diciendo esto, salió de nuevo a los judíos y les dijo: Yo no encuentro en él culpa alguna” (Jn). Lo lógico era, pues, liberarle; era lo justo, lo que marca el derecho y la conciencia humana. Pero las cosas no eran tan fáciles como deberían ser, y Pilato fue débil ante las presiones de los judíos. “Y aunque lo acusaban los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, nada respondió. Entonces Pilato le dijo: ¿No oyes cuántas cosas alegan contra ti? Y no le respondió a pregunta alguna, de tal manera que el procurador quedó admirado en extremo” (Mt). Jesús calla, pues todo ha quedado claro en el juicio ante Caifás y ante el Sanedrín. Todas las trampas de aquel momento no responden más que a manejos para engañar a Pilato. Él sólo quiere la verdad y entregarse en sacrificio.

Pilato se sorprende del griterío, que contrasta con la paz de Jesús. Algo nuevo le sorprende; pero en vez de cortar las acusaciones, las escucha, sin fuerza para plantarles cara. Tenía todo el poder judicial y todo el poder militar, pero no tenía el poder del que se sabe en posesión de la verdad, e intenta conciliar lo inconciliable. Y repite su dictamen, pero cada vez con menos fuerza: “Dijo Pilato a los sumos sacerdotes y a la muchedumbre: No encuentro ningún delito en este hombre. Pero ellos

insistían diciendo: Subleva al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea, hasta aquí” (Lc). Al oír la palabra Galilea se le hace una luz para solucionar ese enojoso problema: enviará a Jesús a que lo juzgue el rey de Galilea, que es Herodes. Y aquí comienza una nueva serie de injusticias que concluirá de mal modo.

Jesús es llevado a Herodes

Los soldados cogen a Jesús y lo llevan al palacio de Herodes, que estaba cerca de la casa de Caifás, en la parte alta de la ciudad. Todo el mundo en Jerusalén puede enterarse de que Jesús ha sido detenido. El factor sorpresa pretendido por los sanedritas para matar a Jesús sin tumulto se ha perdido. Y comienza el cortejo, atravesando toda la ciudad en momentos en que la gente bulle de un lado a otro. Todos se enteran.

Herodes “estaba también aquellos días en Jerusalén” (Lc). Y va a empezar el sorprendente proceso. “Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho, pues deseaba verlo hacía mucho tiempo, porque había oído muchas cosas acerca de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le preguntó con mucha locuacidad, pero él no le respondió nada” (Lc).

La actitud de Cristo ante Herodes contrasta de nuevo con la que tuvo ante Pilato. Jesús “no respondió nada” a la locuacidad del que le podía conseguir la libertad de sus acusadores. La postura del Salvador es de sencillez y, por otra parte, de severidad. Su silencio es como un castigo ejemplar por la conducta anterior de Herodes, y en el mismo juicio. Herodes quiere convertir a Jesús en protagonista principal de un espectáculo en un acto de frivolidad extraordinario. Es veleidoso, impuro y cruel y además quiere ver un milagro para distraerse con algo maravilloso. Está estragado de diversiones y ahora se le presenta la oportunidad de vivir una nueva y mayor que todas las anteriores. Pero Jesús calla con una mirada dura para aquel que en su conducta sexual pervertida ha llegado a asesinar a Juan. Herodes capta esta acusación silenciosa y se irrita; y le viste de blanco en señal de burla, como si estuviese loco. “También estaban allí los príncipes de los sacerdotes y los escribas, acusándole con vehemencia. Herodes, junto con sus soldados, le despreció, se burló de él poniéndole un vestido blanco, y le envió a Pilato” (Lc).

La veleidad de Herodes se hizo manifiesta dada su opinión sobre quién era Jesús. “Llegó esto a oídos del rey Herodes, pues su nombre se había hecho famoso, y decía: Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos y por eso tiene el poder de hacer milagros. Otros decían: Es Elías. Otros, en fin decían: es un profeta, igual que los demás profetas. Pero cuando lo oyó Herodes, decía: Éste es Juan, a quien yo decapité, que ha resucitado”.

Herodes “deseaba ver”, pero sólo por la curiosidad de contemplar prodigios, no por hablar con la verdad y preguntarle, o para arreglar su vida tan destrozada por la impureza, la crueldad y la injusticia. Entre los que le rodean, algunos tienen opiniones peregrinas sobre Jesús, como que era Elías. Pero otros, mejor encaminados, dicen a Herodes que quizá sea un nuevo profeta. Si se convirtiese podría rehacer aquella vida desenfrenada, pero su intento es inútil. Estaba demasiado enviciado y muy poco dispuesto a rectificar. En sus manos estuvo vivir un acto de justicia que le redimiese de sus pecados; pero ni se arrepintió, ni juzgó con justicia, ni liberó al injustamente apresado. Sino que lo devolvió al juez romano, y se burló del inocente quien, desde su libre impotencia, hace evidente su malicia.

Y... “Herodes y Pilato se hicieron amigos aquel día, pues antes eran enemigos entre sí” (Lc). Va a ocurrir varias veces en este proceso que se establezcan alianzas y amistades a causa de las injusticias cometidas contra el inocente. Durarán poco, pero da la impresión de que cada uno piensa en justificar la propia conducta con el hecho de que los otros también han obrado mal y contra todo derecho.

Jesús vuelve a Pilato

Por tercera vez Jesús cruza Jerusalén. Las gentes se enteran de lo que está pasando. El factor sorpresa ya no existe. Corre la voz del prendimiento de Jesús. Amigos y enemigos se enteran. Pero los amigos se dejan ver

poco, o casi nada. El miedo y el desconcierto es mayor que la fe. Los enemigos en cambio están activos, y se reúnen en torno al Pretorio. No son muchos, pero son un grupo que lo llena todo, y se hace notar con sus gritos. Los judíos conocen y manejan bien el poder de los agitadores de masas.

Jesús calla ante la injusticia, las burlas y las humillaciones. Parece que las consiente, pagando por los verdaderos culpables. Es un misterio. Sólo habla cuando se trata de declarar la verdad de su identidad como Mesías rey e Hijo de Dios. Hay un propósito silencioso en el corazón de Jesús: convertir aquellas injusticias en un verdadero sacrificio. Por eso no se defiende ni con su poder divino, ni con los medios humanos. Quiere realizar una justicia que supere la forma humana de impartir justicia. Quiere que los hombres recuperen su condición de hijos de Dios y sean perdonados por el Padre. Él será la víctima del sacrificio que se ofrece en una entrega de amor y de obediencia.

Pilato se disgusta al volver a ver a Jesús, y ante el resultado de la gestión ante Herodes, y se vuelve a encarar con los judíos. Pero no hace lo único honrado posible en esa situación, que sería liberar al justo. Y “convocó a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, y les dijo: Me habéis presentado a este hombre como alborotador del pueblo. Y he aquí que yo le he interrogado delante de vosotros, y no he hallado en este hombre delito alguno de los que le acusáis; ni tampoco Herodes, pues nos lo ha devuelto; por tanto, nada ha hecho que merezca la muerte. Así que, después de castigarle, lo soltaré” (Lc).

Dos sentencias de absolución. Evidencia de la inocencia en tribunales distintos. Pero no lo suelta. Es débil ante las presiones. Y decide contra toda justicia castigarle. Es como una explosión de malhumor propia del que es débil y no quiere aceptarlo. Ningún motivo hay para castigar a Jesús, que a partir de aquel momento va a ir descendiendo cada vez más en lo más profundo de la escala de la humillación.

La declaración de Pilato de que después de castigarle le soltará agita a los judíos, que quieren que Jesús muera, y reúnen gente alrededor del Pretorio para presionar con sus gritos. El ambiente es cada vez más violento, y Pilato lo fomenta con su indecisión y con su debilidad.

Comparación con Barrabás

En aquella indecisión Pilato advierte una jugada que, en su ingenuidad, le parece maestra: aprovechar la tradición de soltar a un preso por la Pascua, comparando al justo Jesús con el asesino Barrabás.

De este Barrabás poco se sabe. Era un preso que en una sedición había cometido un homicidio. El contraste con Jesús inocente es más que notable. Barrabás va a ser comparado con Cristo, y el pueblo podrá elegir al que juzgue mejor de los dos. Aquel hombre, sin proponérselo, se convierte en símbolo de lo que había dicho Jesús: quien no está conmigo, está contra mí.

Y Pilato, en vez de salir en defensa abierta del inocente, como era su deber y se lo dictaba la conciencia, no quiere enfrentarse con los sanedritas. Pretende realizar una jugada política ingeniosa: que sea el pueblo quien libere a Jesús. Es muy posible que sus medios de información fuesen buenos y le constase que Jesús era bien visto entre la gente del pueblo. Pero Pilato era mal psicólogo, desconocía el corazón humano, ignoraba la hondura de la envidia de los enemigos del Señor, y desconocía también la debilidad del pueblo que, a pesar de sus palabras y de sus milagros, no se ha atrevido a creer decididamente a Jesús.

La multitud se debate en la perplejidad. ¿A quién elegimos?, ¿qué dices tú, y tú?, ¿qué dicen los sacerdotes?, ¿y Anás? ¿y Caifás? Los sacerdotes y los príncipes de los ancianos toman partido contra Jesús y sus seguidores agitarán al pueblo. Pilato se retira; y les deja tiempo para pensar; y es entonces cuando su mujer le comunica que ha tenido un sueño

y que debería dejar libre a ese justo. Pilato se inquieta. La muchedumbre se debate de un modo cada vez más apasionado.

Parece ser que el nombre completo de Barrabás es Jesús Barrabás. La palabra Barrabás tiene dos posibles significados: uno es “hijo del padre”, otro es “hijo de nuestro maestro”. Por un lado está Jesús el Hijo de Dios vivo, el Mesías, el Rey que viene a traer la salvación del mundo; y por otro Jesús Barrabás, simbolizando la antítesis de Dios. Plantear la elección como si fuesen iguales es una injusticia, pues es como elegir entre un inocente y un culpable, o, más radicalmente, elegir entre Dios o el hombre. Lo correcto es elegir a Dios y al hombre. Pero la debilidad de Pilato y la incredulidad de los judíos establece una alternativa llena de riesgos y de trampas.

Los minutos pasan, la muchedumbre se va decantando, poco a poco, hacia Barrabás. Hasta que Pilato vuelve al sitio de justicia y pregunta: ¿A quién queréis que os suelte? Parece convencido de que su juego político le hará salir bien de aquel embrollo; pero escucha con asombro lo que ellos dicen: “A Barrabás”. La primera elección está hecha; piden la libertad de un preso, pero en realidad están pidiendo la ejecución de un inocente. Pilato queda desconcertado, no puede creer lo que oye: piden la libertad de un criminal, en lugar de la de un inocente; el mismo que les hizo tanto bien. Entonces lanza la inútil segunda pregunta, manifestación patente de su debilidad: “¿Qué haré entonces con Jesús, el llamado Cristo?” (Mt). Lo que tenía que hacer estaba claro: dejar a Cristo libre, pero una cuestión mal planteada no tiene fácil arreglo. Y la muchedumbre grita con furor: “Crucifícale, crucifícale”.

Pilato no sale de su asombro. Más lógico sería pedir la libertad para los dos; o que siguiese el juicio, o que se le arrestase, o cualquier otra pena; pero pedir la muerte más ignominiosa es demasiado, no puede creerlo. “Por eso por tercera vez les dijo: Pues ¿qué mal ha hecho éste? No he encontrado en él ninguna causa de muerte; así que le pondré en libertad después de castigarlo”. Pero ellos insistían, pidiendo a grandes voces que fuese crucificado, y sus voces se imponían. Lo que empezó con un indulto

sagaz, sigue con gritos de muerte, y continúa con grandes voces que intentan acallar la voz de la conciencia.

Pilato descubrió ya tarde que había cedido demasiado; había transigido contra la justicia, y ahora se encontraba con una masa enfurecida incapaz de entrar en razón. Todavía podía recurrir a la fuerza y actuar según la justicia, pero no lo hace: ha tenido demasiadas debilidades. La multitud lo mismo: empezó con duda y perplejidad, cedió un poco a los agitadores, y una vez hecha la primera cesión siguió la locura de pedir la crucifixión para el Maestro bueno.

Jesús experimenta el desprecio de los suyos. Se desprecia a quien no se ama. Y si antes hubo amor se puede llegar a odiar con una fuerza extraña. El odio que procede del amor es el peor de todos. Jesús sufre el odio de aquellos que antes le amaron, y un dolor agudo entra en su alma. Jesús se ve despreciado por unos hombres a los que ama uno a uno, y también sufre al ver el abismo al que se arrojan aquellos que le rechazan.

La mujer de Pilato defiende a Jesús

Hasta ahora Jesús no ha tenido ni un defensor, ni siquiera de oficio. Los suyos huyen con temor, en la masas no se alza ni una voz, o es acallada rápidamente. El juez ve la inocencia, pero es débil y su sentido de la justicia se tambalea. Y una mujer, la esposa de Pilato, va a ser la primera que defiende al reo en aquel juicio. Así habla Claudia: “No te mezcles en el asunto de ese justo; pues hoy en sueños he sufrido por causa suya” (Mt). La sorpresa de Pilato debió ser grande. Es de suponer que en aquellos momentos, ante el curso que tomaban los acontecimientos, tendría serios problemas de conciencia. A la espera de la voz del pueblo, la voz de la conciencia le avisa de que estaba jugando con la vida de un inocente. Entonces llega el mensaje de su mujer.

A cualquier marido le ayuda la palabra de una persona de total confianza, como suele ser su esposa. Pero en el caso de la mujer de Pilato tenía más peso aún por la condición social de la que provenía ella, ya que Claudia era de familia imperial. Este detalle es importante, pues sus relaciones familiares le confieren una autoridad mayor que si tuviese otro origen. Durante la República se prohibía que las esposas acudiesen con los gobernadores a los lugares de destino; Tiberio cambió la ley y concedió permiso, por lo que Claudia acude con su esposo Pilato, de modo que así crece la importancia de su marido en Roma; y eso es muy valioso para un gobernador designado libremente por el emperador. A Pilato le convenía escuchar las opiniones de su esposa con más atención de lo que era usual para otro gobernador.

Prescindamos ahora de la reacción de Pilato para centrarnos en la intervención de Claudia Prócula, o Procla, como se la suele llamar. Un escrito apócrifo –las *Acta Pilati*– afirma que pertenecía a las prosélitas de la puerta, es decir, a un grupo de romanas que se adherían a la religión judía, aunque no perteneciesen al pueblo de Israel. Una tradición que se remonta al menos hasta Orígenes asegura que se hizo cristiana. ¿Conocía a Jesús antes del proceso? No lo sabemos, pero es muy posible que sí, pues todo Israel tenía conocimiento de su actividad. Quizá acudiera a ella para pedirle ayuda alguna de las mujeres que eran discípulas del Señor, al enterarse del prendimiento de Jesús, o incluso antes, cuando las intrigas de los judíos se hicieron más peligrosas para el Maestro. Sea como fuere, sus palabras revelan una actitud humana noble y una inquietud religiosa visible.

Claudia fue la única defensora en el juicio de Jesús. Su papel parece pequeño, pero es un indicio del valor de la conciencia humana recta y de la valentía y decisión femeninas, así como de una posible intervención divina en sus sueños. Veamos con detalle el mensaje. Afirma con certeza que Jesús es justo. Luego alega un dolor no despreciable en un sueño. En lo primero vemos actuar un juicio, en lo segundo algo que se sale de lo normal. Claudia actúa con conciencia recta, y se da cuenta de que su marido juega con la justicia mediante estratagemas políticas, y ve que con eso está a punto de actuar contra la verdad en el complot contra Jesús. Su

conciencia le hace ver la bondad de Jesús y la injusticia que está a punto de cometer Pilato. Por eso hace lo que está a su alcance, y habla a su esposo.

En el juicio de Jesús queda clara la inocencia del Señor. Acusadores y jueces pasan a ser acusados, pues se juzga su conciencia. Los notables de los judíos no creen porque la fuerza de sus pecados resiste la gracia de Dios y el testimonio de Cristo. Pilato permite la condena de un inocente haciéndose responsable ante la ley y ante su conciencia. Claudia es la voz que refleja la fidelidad a la verdad.

Junto al juicio natural de la conciencia de Claudia se da un aviso que parece exceder el orden natural. Se trata de los sueños que han hecho sufrir a Claudia. “He padecido mucho en sueños por su causa” (Mt), dice. Quizá Pilato recordó el aviso de Calpurnia a César en el *idus* de marzo, para que no acudiese al Senado donde fue asesinado por Bruto; es previsible un cierto sobresalto en este hombre, ciudadano de una sociedad llena de supersticiones; pero no hizo mucho caso. La noche del Jueves Santo nada hacía prever que al día siguiente Jesús estaría en el Pretorio siendo juzgado por el juez romano. Parece poco probable que los sueños de Claudia correspondan a una inquietud por los hechos que estaban sucediendo. Es posible un origen sobrenatural en los sueños de la mujer de Pilato, o una inquietud muy grande que le lleva a un sueño inquieto y sobresaltado. Estos sueños son como un aviso sobrenatural que refuerza la actuación natural de la conciencia. ¿Por qué negar a Claudia una intervención divina en cuestión tan importante como era el que los gentiles tuviesen la máxima ayuda en el juicio a Cristo? Sea como fuere, lo cierto es que Pilato recibió una ayuda considerable para poder actuar con justicia, y la despreció.

La flagelación

La flagelación era un castigo cruelísimo. Los judíos lo limitaban a cuarenta azotes menos uno. Para los romanos no había límite. Los flagelos eran de cuero con huesos o bolas de hierro en la punta. Las carnes se

abrían, el dolor era muy intenso, sangraba todo el cuerpo, los condenados solían perder el conocimiento y podían morir. La voluntad débil del poderoso, no sujeto a la justicia, va a golpear a Jesús como uno que no tiene derechos.

Jesús fue flagelado en el Pretorio romano. Pilato es consciente de su inocencia, pero intenta soslayar la responsabilidad de soltarle o de condenarle. Así, dijo: “Lo soltaré, por tanto, después de castigarlo” (Mt). Tras los gritos que claman por la crucifixión manda prender a Jesús “para azotarlo” (Jn).

Sabe que se lo han entregado por envidia, pero desconoce el abismo de odio en que están sumidos los acusadores, y se equivoca doblemente al someterle a la flagelación. Por una parte, no tenía derecho a aplicarle ningún castigo; más bien debería castigar a los que le entregan a un inocente con mentiras y amenazas. Por otro lado, desconoce la ferocidad de las fieras ante la sangre. Intentaba moverles a compasión, o quizá dejar claro que es un intento imposible pretender ser rey después de aquel castigo; pero no lo consigue, más bien les llena de un odio mayor.

Entre los romanos la flagelación se imponía como castigo aislado o como preparación de la crucifixión. Pilato intentaba lo primero, pero muchos interpretaron lo segundo. Por eso, gritarán más fuerte que lo crucifique. El que sufría este suplicio era atado a una columna y dos lictores le golpeaban con los flagelos. En ocasiones se turnaban hasta seis lictores. Los flagelos llenaban el cuerpo de tumefacciones, rasgaban la piel y podían llegar a dejar al descubierto las entrañas. Se solía respetar la parte del corazón para que el flagelado no muriese, pero, de hecho, no era infrecuente que falleciese en aquel tormento. Si seguían vivos quedan desfigurados, y, a menudo, se desmayaban a causa del dolor de los golpes.

No sabemos si los flageladores fueron sádicos o no; quizá se limitaron a cumplir con su deber. Es muy posible, sin embargo, que se diese en ellos esa extraña crueldad que se introduce en el hombre cuando entra en la

rueda de la sangre. Además, aquel penado no era un cualquiera, era alguien importante, a juzgar por los que le acusaban, y por la misma presencia del gobernador romano; la violencia desencadena una pasión difícilmente controlable por el hombre. Es muy posible que Jesús padeciese ese suplicio en todo su horror, acentuado por la sensibilidad de su piel, de la cual había sudado sangre aquella misma noche.

Cae el primer trallazo. En esa carne blanca y sin mancha se dibujan manchas de sangre, tantas como los extremos duros del látigo. El cuerpo de Jesús se estremece. No acabamos de darnos cuenta, cuando cae otro golpe y otro... El ritmo de los chasquidos se acelera. El soldado pega cada vez más deprisa, con todas sus fuerzas. Mientras, entra un segundo verdugo en acción. Éste también apresura sus golpes, y después entra otro; así van incorporándose todos. Cada golpe deja marcada la piel con varias heridas rojas. No es la ejecución impasible de una sentencia. La espalda de Jesús se hace rápidamente una sola llaga. Es una superficie roja.

La sangre se escurre hasta el suelo; comienzan los vértigos. Sus piernas no pueden sostenerle. Y si no estuviese atado tan alto se derrumbaría en el charco de su propia sangre. La ley judía prohibía dar más de cuarenta golpes, aunque en esta ocasión nadie ha contado. El cuerpo debió quedar extendido en el suelo del Pretorio. Aún le quedaban muchos tormentos por padecer, pero era el comienzo de la Pasión física de Nuestro Señor, según el modo que él mismo había profetizado diciendo que el Hijo del Hombre “será entregado a los gentiles, quienes le azotarán”.

Cristo se solidariza con todos los que han sufrido tormentos de parte de otros hombres; si alguno padece algún dolor de este calibre le consolará saber que Jesucristo padeció algo semejante. Es un paso más en el abajamiento y en la humillación voluntaria de Jesús. Sufre el dolor en una forma intensa. Ese dolor va a ser transformado de algo cruel en algo que tiene sentido. Va a convertirse en modo de amar. El dolor pasa a ser el precio que se paga por la pena de los pecados de otros. Es un cambio tan radical, que la Historia dará un giro si entiende que el dolor deja de ser absurdo y puede convertirse en medio de amar. El dolor pasa a ser

mortificación con la que se muere a sí mismo para vivir una vida de amor más puro. El castigo que merecieron nuestros pecados recayó sobre él y por sus llagas fuimos curados.

El cuerpo de Jesús cae desvanecido, cuando el centurión dice a los lictores que cesen el suplicio. Jesús es todo una llaga, está empapado en sangre, está desvanecido. Le arrojan cubos de agua para que vuelva en sí. Sin embargo, no sale ni una queja de su boca, en su interior la decisión de entrega permanece firme y fuerte.

Los soldados se burlan de Jesús

Entonces algunos soldados que estaban en el Pretorio –625 formaban la cohorte– aprovechan la debilidad del flagelado y cometen un nuevo escarnio sobre él: “Entonces los soldados del Procurador llevaron a Jesús al Pretorio y reunieron en torno a él a toda la cohorte. Le desnudaron, le pusieron una túnica roja y, trenzando una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, y en su mano derecha una caña; se arrodillaban ante él y se burlaban diciendo: Salve, Rey de los judíos. Le escupían, le quitaron la caña y le golpeaban en la cabeza. Después de reírse de él, le despojaron de la túnica, le pusieron sus vestidos y le llevaron a crucificar” (Mt). Algunos “le adoraban” (Mc). otros “pusieron sobre su cabeza una corona que tejieron de espinas (...) y le daban bofetadas” (Jn).

En este triste juego se ha intentado ver algunas costumbres de aquellos tiempos, como la del *basileus* en la que después de nombrar rey a uno y azotarle, se le mataba, o algunas similares; sin embargo el ensañamiento se ha repetido tantas veces en la historia que no es necesario buscarle demasiadas justificaciones. Basta ver a unos hombres acostumbrados a la violencia, para comprender por qué vuelcan su brutalidad sin motivo en quien parece un desgraciado. Jesús quiere padecer burlas, insultos, amarguras sin sentido.

Jesús se convierte en un rey de burlas. Calla. No se resiste. Las burlas son heridas para el alma, humillaciones dirigidas a destacar lo ridículo de una situación. Se cumple lo profetizado por Isaías: “Ofrecí mi espalda a los que golpeaban, la mejilla a los que mesaban mi barba. No oculté el rostro a insultos y salivazos. Mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido, por eso ofrecí mi rostro como pedernal” (Is).

Los más crueles acuden con una zarza y elaboran un casquete que colocan en la cabeza de Jesús, como una corona de espinas. Es una manera de burlarse de lo que ha sido, de hecho, la primera y principal causa de su condena. Encuentran un manto viejo de púrpura, y se lo colocan en las espaldas. El aspecto es ridículo y humillante. Jesús va a reinar de un modo bien distinto al de los reyes de la tierra; es un rey de humillaciones. Quiere reinar en los corazones de los hombres, por eso acepta arrancar del hombre todo lo que pueda ser amor propio.

Jesús será humillado también con esta vileza moral que es la burla. Su silencio y su paciencia son un ejemplo más para aquellos que tengan que sufrir burlas en su vida. Con frecuencia, las burlas suelen venir de aquellos que intentan justificar su mala conducta o sus limitaciones, demasiado evidentes, mediante el ridículo. La envidia y el resentimiento utilizan con frecuencia esas armas innobles. No todos los soldados participan en aquel juego zafio; algunos se apartan con disgusto ante aquella conducta cobarde. Pero otros, los más débiles, ven ahí la oportunidad de destacar. Uno inventa la corona de espinas, otro le coloca un viejo manto de púrpura; otro se arrodilla delante de él como ante el emperador; otro cambia el beso por un escupitajo en la cara; otro le golpea con la caña. La inventiva va creciendo con las risas de los que miran y se ensañan con este Jesús silencioso. Jesús se humilla, los soldados se degradan.

La ceremonia de burlas que Jesús padeció era conveniente para establecer el Reino de Dios que Cristo traía al mundo, porque su Reino exige que esté fundado en hombres pacientes, hombres que estén por

encima de las glorias humanas y dispuestos a soportar todos los insultos y todas las burlas sin más motivo que la envidia o la malicia de otros. Entra así en el mundo una lógica nueva de amor generoso y humilde. Ni las burlas, ni los insultos, ni las humillaciones podrán conseguir que hombres y mujeres así se plieguen a las presiones de cada momento.

Ecce homo

“Pilato salió de nuevo fuera y les dijo: He aquí que os lo saco fuera para que sepáis que no encuentro en él culpa alguna” (Jn). La insistencia de Pilato en afirmar la inocencia de Jesús contrasta con su resistencia a restituirle la libertad. ¿Por qué no se decide a vivir la justicia como marca el derecho y la justicia? Su debilidad cada vez es más culpable. Y de nuevo hace un gesto que demuestra su poco conocimiento del corazón humano.

“Jesús, pues, salió fuera llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: He aquí al hombre” (Jn).

Como antes Caifás, Pilato ha tenido un gesto y unas palabras de contenido profético. Acaba de mostrar a la vista de todos al “varón de dolores”, al hombre que lleva sobre sus espaldas todos los pecados de la humanidad. Éste es el estado del hombre bajo el pecado. Humillado, llagado, manchado por todos los insultos humanos. Jesús es el inocente que carga con la miseria humana.

“Cuando le vieron los pontífices y los servidores, gritaron: ¡Crucifícalo, crucifícalo!”. Ahora menos que nunca pueden aceptar a Jesús como Mesías rey y como Hijo de Dios, cuando sólo ven a un hombre derrotado y se llenan de odio, y quieren su muerte y gritan pidiéndola. “Pilato les respondió: Tomadlo vosotros y crucificadlo pues yo no encuentro culpa en él. Los judíos contestaron: Nosotros tenemos una Ley, y según la Ley debe morir porque se ha hecho Hijo de Dios”. Al fin llega el verdadero motivo del juicio. Hasta ahora todo era inexplicable y las

mentiras de los judíos ocultaban el verdadero motivo de su envidia y de su odio. Están fuera de sí. Pilato se sorprende del nuevo giro que están tomando los acontecimientos.

Nuevo diálogo de Pilato con Jesús

Pilato entró de nuevo en el Pretorio. Allí está Jesús físicamente destruido, pero sin perder un ápice de la dignidad y de la fuerza. Jesús calla. Y Pilato le dice: “¿De dónde eres tú?” Ya conocía su lugar de origen, pero es consciente de que hay mucho más. La pregunta es religiosa: ¿Qué significa Hijo de Dios? Ésta es la pregunta central de la vida de Jesús. Si es Hijo de Dios en una filiación divina única, toda la vida toma un sentido nuevo; es Dios con nosotros. Por otra parte, no parece un impostor, pero ¿por qué se presenta débil e inerte ante los que le persiguen? Pilato se da cuenta algo que hay algo que no entiende. Pero Jesús “no le dio respuesta” (Jn). Jesús nunca habla cuando el motivo de la pregunta no es la búsqueda de la verdad; y Pilato, que ya ha sido infiel a su conciencia, parece ahora más movido por el temor y el desconcierto que por el amor a la verdad.

Pilato se queda pasmado ante el silencio de Jesús y le dice: “¿A mí no me respondes? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?” (Jn). Como si el poder fuera algo caprichoso; algo que va más allá del derecho y de la ley de Dios. La amenaza sirve para alguien que esté deseoso de ser liberado a toda costa; pero Jesús quiere la verdad cueste lo que cueste, y responde: “No tendrías sobre mí ningún poder si no te hubiera sido dado de arriba” (Jn). Pilato se sobresalta quizás, es posible que piense que lo de arriba sea el mismo emperador del cual recibe ese poder del que tanto alardea; pero en realidad también los emperadores y los reyes reciben el poder de Dios, que les da la potestad para que rijan la sociedad y la dirijan al bien común. Cuando falta esta conciencia en los que mandan, el poder se ve como algo arbitrario y es fuente continua de injusticias. Pilato se siente culpable y Jesús añade: “Por eso, el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado” (Jn). Pilato tiene pecado, pero tiene excusa en su ignorancia por la multitud de engaños que ha padecido. Los judíos que han

entregado a Jesús tienen mayor culpa porque tienen la luz de la Ley en la conciencia y muchos más datos para reconocer a Jesús como Hijo de Dios; además han mentido y odian, y no pueden ser amigos de Dios con esas faltas. Su pecado va a ser el de deicidio, el mayor que los hombres pueden cometer en esta tierra. Jesús con serenidad le expone la verdad de lo que está sucediendo.

He aquí a vuestro rey

“Entonces “Pilato buscaba cómo soltarlo”. Ya se ha dado cuenta de lo que está sucediendo, aunque no lo sabe todo. Y ese Jesús, tan claramente inocente, tiene una misión religiosa de la que se le escapa todo el sentido, pero que es real. Los judíos se dan cuenta de sus intentos, pero también de su debilidad. Por eso, acuden a los gritos y a la amenaza en lo que más le duele. “Los judíos gritaban diciendo: Si sueltas a éste no eres amigo del César, pues todo el que se hace rey va contra el César” (Jn). Quieren que olvide la cuestión religiosa, que le conmueve en lo más íntimo, y vuelven a la cuestión política, que ha sido el comienzo de la causa y ya ha quedado resuelta. Pero ahora la plantean poniendo en juego su posición en el imperio. Y eso le asusta. Es la única verdad de su vida: el poder. Todo lo ha planteado para conseguir esa posición, y ahora la puede perder por culpa de un infeliz que no se defiende, acusado por todos los poderosos del pueblo. Es necesaria mucha valentía para defender la verdad a costa de la propia posición. Y cede, no está dispuesto a ser valiente hasta el final. Por ello se agarra a la acusación política olvidando la religiosa, que es la verdadera.

“Pilato, al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado Litóstrotos, en hebreo Gabbatá. Era la Parasceve de la Pascua, hacia la hora sexta, y dijo a los judíos: He aquí a vuestro Rey” (Jn). Es la claudicación de Pilato ante los judíos; su voz contiene un tono triste de ironía. Acepta el motivo por el que le han entregado a Jesús, pero todos saben que no es verdad. La verdad es que se le condena porque es el Hijo de Dios y le rechazan con gritos. Coronado de espinas, condecorado de llagas, empapado de sangre de la cabeza a los pies,

con salivazos en la cara, humillado en el alma, Jesús es presentado como rey. Y lo es. Es rey que vence el dominio del pecado en el mundo. Reina sobre el orgullo y lo vence, amando. Reina sobre los pecados de los sentidos, sobre la envidia, sobre la ira que se encrespa, sobre el pecado de las mil caras. Es rey que comienza a reinar en un nuevo Reino donde se ama a pesar de todas las tentaciones. Ese es el rey que tienen delante de sus ojos. “Pero ellos gritaron: Fuera, fuera, crucifícalo. Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey voy a crucificar? Los pontífices respondieron: No tenemos más rey que el César” (Jn). Se ven con la presa en sus manos y nada les va a apartar de su objetivo. Poco importa que declaren como rey al odiado romano. Están dispuestos a pagar cualquier precio con tal de verle morir. “Entonces se lo entregó para que fuera crucificado”.

Pilato se lava las manos y condena a Jesús

“Al ver Pilato que no adelantaba nada, sino que el tumulto iba a más, tomó agua y se lavó las manos ante el pueblo diciendo: Soy inocente de esta sangre; vosotros veréis” (Mt). Es un gesto llamativo; pero falso. Todo pecador tiende a justificar su conducta. Nadie quiere hacer algo malo diciendo que es malo. Y se declara inocente. Ha pecado contra la justicia y contra la verdad, ha rechazado al Hijo de Dios que se le ha manifestado y al que ha reconocido inocente. No bastan las intenciones para justificar la conducta; son necesarios los hechos a los que conduce nuestra voluntad. En este juicio han actuado diversas manifestaciones del pecado que Jesús ha venido a redimir: el odio, la envidia, la lujuria, la debilidad, el afán de poder, la violencia, la brutalidad de la sangre, la despersonalización en la masa. Por eso son los pecados de todos los hombres los que condenan al inocente, no sólo los de los que están presentes en el juicio. Y los pecados de la historia, de cada hombre, se acumulan sobre Jesús golpeándolo y rechazando su liberación. A pesar de todo Jesús sigue amando a los que le odian.

Cuando oyeron que el juicio recaía en ellos “todo el pueblo gritó: ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!” (Mt). Estremece este grito de odio. Asumen la responsabilidad plena de sus actos, y condenan a muerte al inocente, al Salvador, al Hijo de Dios. Son bien conscientes de sus decisiones, no hay inadvertencia. Han pasado siglos desde aquel grito y el pueblo judío, aunque todos los hombres son culpables, anda errante hasta ayer, ha sufrido en carne propia aquella maldición: Jerusalén fue arrasada y el pueblo, en diáspora, padeció persecuciones continuas a lo largo de la historia, algunas al límite máximo del horror. Pero no fue sólo el pueblo judío el sujeto de ellas, son propias de todos los pecadores que rechazan la misericordia y se hacen acreedores de la justicia. La muerte y el infierno serán el pago de los que condenen a Cristo y en realidad se condenan a sí mismos. Jesús sufre por el amor rechazado. A cada uno le ofrecerá el perdón y la reconciliación, pero la autoexclusión del amor es el infierno, y Dios no quiere anular la libertad del hombre, libertad amante o libertad errante, pero verdadera libertad con consecuencias. Y un agudo dolor atraviesa el corazón de Jesús al ver el triste destino de aquellos sobre los que cae la sangre con toda la fuerza de la justicia. Dios perdona siempre, pero no puede dejar de ser justo.

Era el mediodía, hacia las doce, el momento en que se cruzan las horas tercia y sexta en el modo romano de contar el tiempo. En aquel momento se sacrificaba en el Templo el cordero inmaculado y se separaba el pan fermentado del pan ázimo que se iba a utilizar aquellos días, en recuerdo de la liberación de la esclavitud de Egipto. Coincidencia del querer divino que desea convertir aquel sufrimiento en un verdadero sacrificio de la nueva Alianza. Cristo era el Cordero que quita el pecado del mundo. Gran misterio de la salvación, pero ¡cuánto dolor costó!

Era viernes, el sexto día de la semana. En el inicio de la Historia Dios creó a Adán, el primer hombre, en ese día y vio que era muy bueno lo que había hecho. Ahora también el día sexto otro hombre –Jesús– va a recomponer lo que el primero había destrozado con su pecado. Más adelante, el primer día de la semana, Dios dará vida nueva al hombre que, como nuevo Adán, recompone a la humanidad creada destrozada por el

pecado, si ella quiere. La libertad se mostró pecadora y trajo desastres sin cuento entre los hombres. Cristo, con una libertad amorosa, va a traer bienes mucho mayores que los primeros, pero, ¡a qué precio!

La cruz

En medio del griterío desbordado, Pilato les entregó a Jesús para que fuese crucificado (Jn). No es una mera condena por rebelión, ni siquiera una condena a muerte sin más, sino la muerte en la cruz. Era tan injuriosa la condena que estaba prohibida para los ciudadanos romanos. A la tortura se añadía la infamia. Era una muerte lenta y exasperante, una tortura cruel, era el peor suplicio que podían encontrar para matar. Se clavaban las manos y los pies en el madero y al colgar, el cuerpo se consumía en la asfixia. Al desangrarse, se padecía gran sed y fiebres, unido a unos dolores intensos al estar colgado el cuerpo de tres hierros. Era una muerte pública, de escarmiento por la gravedad de los delitos.

Jesús va a dar un paso en ese abajamiento y humillación para salvar a los hombres. Podía haber sido de otro modo, pero entonces no se hubiera descubierto el misterio de iniquidad del pecado y su gravedad, ni se hubiera revelado la hondura del amor de Dios. La cruz era el modo de expresar un océano sin límites de verdad y de bondad. Demuestra el amor sobreabundante de Dios, un amor que se da, dispuesto a todo, un amor hasta el vaciamiento total. La cruz muestra el valor del hombre, el gran precio que Dios está dispuesto a pagar por la salvación de cada uno. El mismo Dios se humilla y sufre, y las ideas humanas sobre Dios tiemblan ante la realidad de tanto sufrimiento de un Dios que quiere ser un juguete para los juegos macabros de los hombres perversos. La crueldad y el dolor se hacen medios para expresar el amor misericordioso. Y Jesús como hombre asume su papel con generosidad y convierte la muerte en acto de amor humano con valor infinito, porque también es Dios.

La cruz revela la misericordia, es amor que sale al encuentro del que experimenta el mal. La cruz es la inclinación más profunda de la divinidad hacia el hombre; es como un toque de amor eterno sobre las heridas más dolorosas, es un amor que vence en todos los elegidos las fuentes más profundas del mal. Y ¿por qué es esto así? Porque Jesús ama sobre todo al Padre. Y con ese amor ama a los hombres esclavos del pecado.

“Después de reírse de él, le quitaron la púrpura y le pusieron sus vestidos. Entonces lo sacaron para crucificarlo” (Mc). Lo desnudan de sus indignas vestiduras y quedan en evidencia todas las heridas y los golpes de la flagelación. Las heridas, ya infectadas, se reabren y vuelven a sangrar; no hay en él parecer ni hermosura; es el hombre que lleva marcados los signos de los pecados. Le colocan sus vestidos, y la túnica inconsútil fabricada por manos amorosas vuelve a cubrir su cuerpo. Todos podrán distinguir bien quién es, pues ha vuelto a recuperar su aspecto. La corona de espinas la dejan, y cada movimiento hace que vuelva a sangrar la cabeza: el rojo de la sangre se confunde con el de la túnica. “Tomaron, pues, a Jesús; y él, con la cruz a cuestas, salió hacia el lugar llamado de la Calavera, en hebreo Gólgota, donde le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y en el centro Jesús. Pilato escribió el título y lo puso sobre la cruz. Estaba escrito: Jesús Nazareno, el Rey de los judíos. Muchos de los judíos leyeron este título, pues el lugar donde Jesús fue crucificado se hallaba cerca de la ciudad. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Los pontífices de los judíos decían a Pilato: No escribas el Rey de los judíos, sino que él dijo: Yo soy Rey de los judíos. Pilato contestó: Lo que he escrito, escrito está” (Jn). Pilato, sin saberlo, le ha proclamado rey, una vez más y definitivamente. Pero Cristo es rey, desde la cruz, sólo en aquellos corazones que captan el reinado de amor venciendo la tiranía del pecado y del diablo. El título ha quedado escrito en tres idiomas. pero el Reino de Cristo será universal, pues por todos derrama su sangre.

El trayecto del Pretorio hasta el lugar de la crucifixión no es largo, de un kilómetro, más o menos. Primero recorre unas pocas calles de Jerusalén, después atraviesa la Puerta judicial, y, a campo abierto, asciende el pequeño montículo del Calvario, bien visible desde las murallas de la ciudad; los caminos pasan cerca del lugar de la ejecución.

Llevaban con él a dos malhechores para ser ejecutados. Forma el centurión con un buen grupo de soldados, y avanza la comitiva con gran dificultad. Las calles se llenan de gente que hay que apartar sin contemplaciones. No todos insultan; lloran algunas mujeres. Jesús puede detenerse ante ellas. “Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, que lloraban y se lamentaban por él. Jesús, volviéndose a ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque he aquí que vienen días en que se dirá: dichosas las estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: caed sobre nosotras; y a los collados: sepultadnos; porque si en el leño verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco?” (Lc).

Estas mujeres son distintas de las galileas que acompañaban a Jesús en su caminar, anunciando el Reino de los cielos. Eran de Jerusalén, convertidas en los diversos viajes de Jesús a la ciudad santa. Lloran porque es grande el dolor. Lloran, pero no huyen. Lloran, pero siguen creyendo. Su amor no les permite dudar de la verdad de lo creído en los momentos de luz. Ahora todo es oscuro, dramático, sangriento: no hay milagros, Dios parece enmudecido. Pero no dudan de Jesús. El amor les lleva a una intensa compasión y hacen lo que pueden: lloran. En la pasión, donde pocos discípulos estarán presentes, las mujeres tendrán una parte muy importante. El amor es el fin de la fe, y ellas saben querer, también cuando todo lo externo parece hundirse.

Jesús, entrecortadamente, les explica la gran tragedia del pecado. Si al inocente lo ven tan destrozado, ¿como será la condición de los pecadores? Leña seca para el fuego eterno, que Jesús intenta apagar con las lágrimas de un amor verdadero por los que no pueden, ni a veces quieren, rectificar. Las lágrimas de las mujeres son sinceras y doloridas. Nada puede dar consuelo a su dolor. Jesús lo sabe y se lo agradece, a la vez que les enseña, una vez más, cual es el sentido de su cruz.

Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz

“Y a uno que pasaba por allí, que venía del campo, a Simón Cireneo, el padre de Alejandro y de Rufo, le forzaron a que llevara la cruz de Jesús” (Mc). Simón pasaba por las cercanías de Jerusalén y se encontró con Jesús cargando con la cruz salvadora, abrumado por el peso. Simón venía del campo y pasaba por aquel lugar situado fuera ya de las murallas de la ciudad y próximo al montículo del Calvario. El hecho de llamarle cirineo indica que debía proceder de esta región del norte de África, aunque fuese judío. Cabe que estuviese en Jerusalén de paso, o en peregrinación por la Pascua, o viviese establemente allí después de haber vivido un tiempo fuera. Los nombres de sus hijos, Alejandro y Rufo, revelan procedencia griega y latina respectivamente.

Todo parece casual en aquel encuentro con Cristo y su cruz. Casual es su presencia en la ciudad, casual es su paso por aquel lugar, casual es que le fueren a llevar la cruz del Señor. Pero aquellas circunstancias son ocasión de una transformación profunda en aquel hombre, más llamativa, si cabe, por inesperada. No estaba ni con los que insultan o gritan contra Jesús, ni con los discípulos. Tampoco parece un espectador curioso, simplemente “venía del campo” (Mc). Y “le obligaron a llevar la cruz” (Mt). “Le cargaron con la cruz para que la llevase detrás de Jesús” (Lc).

No parece difícil imaginar la conmoción de Simón. Andaba tranquilamente por el camino, como se va por los caminos de la vida; oye un tumulto, le llama la atención, se acerca... y de repente los soldados le rodean y a gritos le fuerzan a llevar la cruz de uno a quien van a crucificar. Quizá le dió tiempo de enterarse de quién era aquel a quien ayudaba; quizá no pudo preguntar pero leyó la inscripción de la cartela que indicaba el delito: “Jesús Nazareno Rey de los judíos”. Al coger la cruz, Jesús, se ha vuelto y le ha mirado; no hay en él hermosura, es un desecho de los hombres... y, sin embargo, aquella mirada conmueve el corazón del cirineo, rudo quizá, pero noble... Aquel hombre quiere la cruz; sabe que va a morir y se dirige —exhausto, pero sereno— a emprender la última ascensión; varias

decenas de metros de desnivel, pero empinadas. El condenado –a rastras el último tramo– sigue subiendo hasta la cima del Gólgota, si no es que fue llevado en parte por los mismos soldados.

Al mismo tiempo oye los insultos feroces de una multitud. Además, muchos de ellos eran fariseos y escribas, incluso estaban allí ancianos del Sanedrín y Sacerdotes. La sorpresa de Simón debió crecer. Si era un rebelde contra los romanos y por esto había sido condenado, los judíos debían estar tristes y apesadumbrados, pues era uno de los suyos. Pero los más indignados son los judíos importantes, que le gritan cosas tremendas y blasfemas.

Cuando llegaron al lugar de la crucifixión la sorpresa debió ser mayor. Simón, cansado, deja la cruz en el suelo y, muy probablemente, permanece allí. Entonces contempla la escena tremenda de la crucifixión, tanto la de Jesús como la de los ladrones. Debieron ser muy distintas. La costumbre era darles una bebida que calmase un poco el dolor. Los ladrones debieron beber con ansia; Jesús se negó a tomarla, aunque, agradeciendo el gesto, probó un poco. Luego, entre varios hombres, se sujetaban los cuerpos que iban a ser enclavados.

No sabemos si Simón permaneció allí mucho más tiempo, pero aquello bastaba para hacerle reflexionar y buscar enterarse a fondo de quién era aquel Rey de los judíos a quien él había ayudado a llevar su cruz. Si presenciar cualquier muerte conmueve, mucho más una muerte lenta como la crucifixión, y, más aún, la de uno que perdona a los que le están matando. Aquello no podía tener una explicación natural, y realmente no la tenía. Simón acaba de tener un encuentro con la cruz de Cristo, una cruz que era la Salvación del mundo. Él no lo sabía, pero aquel encuentro, fastidioso al principio, fue el comienzo de su salvación. La referencia a sus hijos lo muestra como bien conocido entre los primeros cristianos.

Simón de Cirene encontró el dolor de Cristo y se convirtió. Bienaventurado el hombre de Cirene llamado Simón, porque él no buscaba a Dios y se lo encontró.

La crucifixión

“Llegaron al lugar llamado Gólgota, esto es, lugar del Calvario”. Jesús está exhausto, le queda poca vida por causa de tanto dolor en el cuerpo y en el alma. Pero sigue firme, no se queja. Alrededor suyo hay griterío. Gritan los ladrones en su desesperación. Gritan los soldados en su triste tarea. Gritan los odiadores de Jesús. Todos gritan y el cielo calla sin descargar el castigo sobre los culpables. Jesús calla y reza. Pronto sabremos el contenido de sus pensamientos y oraciones.

“Y le dieron a beber vino mezclado con hiel; y, una vez probado, no quiso beber” (Mt). Estas bebidas intentaban paliar algo el dolor de los crucificados; eran como un anestésico y un calmante. Los ladrones lo sorben a grandes tragos, como intentando acallar el dolor que se les avecina, un dolor absurdo, un dolor terrible, un dolor sin esperanza. Pero Jesús no bebe. No quiere que disminuya en nada el dolor. Quiere apurar ese cáliz. Para él sí tiene sentido lo que está ocurriendo. Es un sacrificio de expiación. El dolor y la muerte entraron en el mundo por el primer pecado; ahora pasando por ellos es vencida su causa, que es el pecado. Sacrificio doloroso, sacrificio salvador. Dolor convertido en expresión del amor más grande, el que ama a todos sin excepción.

El acto de la crucifixión era terrible. Varios hombres intentaban inmovilizar al reo. Uno en cada brazo y otro en las rodillas. Un cuarto tomaba el clavo, lo colocaba sobre las muñecas y con golpes fuertes y diestros atravesaba la carne y todos los tejidos y adhería la mano a la madera. Los pies se colocaban uno sobre otro, y de nuevo, con un clavo más largo, los atravesaban pegándolos a la cruz. Luego se levantaba la cruz y el cuerpo quedaba pendiente solamente de los tres clavos. Todo el cuerpo

se desplomaba. Los gritos de dolor se atenuaban por la dificultad para respirar.

La crucifixión de los dos ladrones fue dura, eficaz, cargada de luchas y de insultos. Cuando llegan a Jesús, los soldados ven con sorpresa que no se defiende. Intentan sujetarle, pero no ofrece resistencia. Se tiende en el madero y extiende sus brazos. Es el Sacerdote eterno que abre sus brazos para abarcar a todos los hombres de todos los tiempos que necesitan misericordia para no incurrir en el castigo. Desde el cielo el Padre eterno observa el amor del justo y une su dolor al dolor del Verbo, al dolor del Hijo. El Espíritu Santo actúa en la voluntad humana de Jesús impulsándole al sacrificio. El tiempo se detiene en el acto más sagrado de la historia de los hombres, aunque esté envuelto por tanta ignominia. Se está mostrando un amor divino y humano que son superiores a todos los dolores imaginables que los hombres puedan nunca sufrir.

Cuando el primer clavo atraviesa la mano derecha en el lugar preparado en el madero, todo el cuerpo se retuerce, y Jesús contiene con dificultad un lamento que sale de su cuerpo atormentado. Después estiran la mano izquierda para que coincida en el agujero del otro lado, y se repite el fuerte martilleo que taladra el cuerpo y el alma de Jesús. Cruzan los pies apoyándose en las rodillas y los atraviesan de un golpe certero. Todo el cuerpo se arquea como la cuerda de un violín. Golpean más, y fijan bien los pies a la cruz. Por fin, lo levantan con gran esfuerzo y el cuerpo queda sujeto por aquellos tres clavos; toda la respiración se hace difícil y asfixiante. La sangre mana de las tres heridas hasta el suelo. Cada respiración, cada palabra, intensifica el dolor. Los músculos se contraen. La mente se nubla por la falta de aire. El calor del mediodía se ceba en los crucificados y las moscas acuden a la sangre sin que nadie pueda apartarlas. Así van a transcurrir aquellas tres interminables horas en las que se consume el sacrificio perfecto realizado por amor y obediencia.

Echan sus ropas a suertes

“Después de crucificarle, repartieron sus ropas, echándolas a suerte” (Mt). Es una crueldad añadida a todo lo que sucede. Es el dolor de la indiferencia, embrutecimiento más bien, de los soldados ante lo que está ocurriendo. Saben algo de lo que está sucediendo, pero su corazón no responde a los sentimientos de compasión. Cumplen su deber y procuran extraer de él algún provecho personal.

No quieren partir la túnica por que está tejida de arriba abajo de una pieza. Es valiosa. Y la Iglesia que nace está simbolizada en esa túnica que no debe dividirse, porque debe ser una y única, aunque algunos intenten destrozarla. “Y sentándose le custodiaban allí. Pusieron escrita sobre su cabeza la causa de su condena: Este es Jesús, el Rey de los Judíos. También crucificaron con él a dos ladrones: uno a la derecha y otro a la izquierda” (Mt).

Padre, perdónales

“Y Jesús decía: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc). Es la primera palabra de Jesús en la cruz. Ahora es posible saber lo que ocurre en su interior. Habla al Padre. Toda su vida ha sido mostrar al Padre que ama, que cuida de los hijos, que escucha en lo secreto. A Él se dirige con el nombre de Abbá, uniéndose a su voluntad, que quiere que tome este cáliz de amor y sacrificio. El Padre calla, pero no está lejano o indiferente, sino que padece una verdadera pasión impasible, como un dolor de amor, que decide –desde su paternidad– no utilizar el castigo justo sino el perdón y la misericordia para los que quieran arrepentirse.

Jesús pide al Padre que perdone a los hombres. El perdón es una forma de amor no exigible en justicia, la cual requiere reparación y castigo. Jesús es el Hijo, el Hijo del hombre que clama perdón porque perdona. Y pide al Padre su amor superior. Ante los ojos de Jesús desfilan todos los pecados de los hombres: asesinatos, violaciones, robos, falsedades, blasfemias que son ofensas al mismo Dios, además de ofensas al hombre.

Cada pecado es golpear al mismo Dios, matarlo si fuese posible, ofender su amor. Cristo está perdonando cuando le clavan al madero y su pensamiento es pedir que el Padre también perdone.

Para pedir este perdón busca una excusa: “No saben lo que hacen”. Algo saben, porque si no no habrían pecado; pero no todo. No saben el horror profundo que significa un pecado. Hay una cierta inconsciencia en esos pecados. El pecado afrenta a Dios, tiene una cierta dimensión infinita y horrible; también los menores, no sólo los más terribles, como la rebeldía lúcida de odiar a Dios. Es la traición al amor que nada niega. Es el desprecio del hijo a un Padre que le ama de un modo pleno, perfecto, total.

Cristo no piensa en su dolor en esta primera palabra; piensa en el perdón, pide la paciencia divina, clama por la misericordia. Ama con plena lucidez perdonando al que ofende. Jesús está dispuesto a cumplir toda justicia y pagará por los que no pueden pagar.

Sólo quien ama puede captar la gravedad del desamor. Cristo encuentra la disculpa de que no saben lo que es un pecado. Sólo Dios puede juzgar el grado de inconsciencia que hay en el hombre. En Satanás la lucidez fue tan grande, y el desprecio de Dios tan libre, que fue imposible la redención. Para el hombre no es igual, pues un velo le impide ver tanto el mal como el bien en toda su hondura.

Jesús no está cerrado en sí mismo, concentrado en su propio dolor, sino que está viviendo aún en medio de la angustia de la muerte, y muerte de cruz, esa forma de amar que es el perdón. Se olvida de sí, para concentrarse en la petición de perdón que llenará el mundo en una lluvia de gracia.

La cruz estéril del mal ladrón

Jesús fue condenado a muerte con apresuramiento, y fue crucificado “en medio” de dos ladrones, como para indicar que su delito era el mayor de los tres. Era una humillación más entre las muchas que recibió el Señor. La compañía aumenta la ignominia. Y esa humillación será, sin embargo, una oportunidad preciosa para los ladrones, sólo aprovechada por uno de ellos, a la vez que es un descrédito más de Jesús ante el pueblo. Los comienzos de la crucifixión no pudieron ser peores, pues los ladrones “también le injuriaban” (Mc).

Los hechos debieron ser complejos a lo largo de aquellas horas de extraña compañía. Es de suponer que en un comienzo los dos ladrones injuriasen a todos y a todo. Después se fijan en los insultos que los sanedritas, los sacerdotes y los escribas dirigían a Jesús, y se unen a ellos. Oyen como dicen: “Tú, que destruyes el Templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo si eres Hijo de Dios y baja de la cruz” (Mt). Ésta es la expresión que recoge uno de los ladrones: “¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti y a nosotros” (Lc).

Es comprensible la desesperación del condenado a muerte, aunque no lo es tanto su resistencia a arrepentirse teniendo la muerte tan cerca. Quizá sus pecados anteriores le ciegan de tal modo que le impiden recurrir a Dios en el último trance. Su cruz es una cruz estéril. Muere impenitente, desesperado, blasfemando. Está lleno de odio a todos. No sabemos si al final rectificó como su compañero, aunque es muy posible que si hubiese sido así los evangelistas lo hubieran transmitido. Aquel hombre no supo morir, no quiso pedir perdón a quien podía concedérselo.

La cruz del mal ladrón es una cruz inútil. Su dolor es un dolor estéril. Su rebeldía es absurda. Vio morir a Jesús. Escuchó el arrepentimiento de su compañero, así como la extraña respuesta de Jesús que le promete el Paraíso. ¿Por qué no reflexionó entonces? No lo sabemos. Después pudo contemplar las tinieblas que llenaron la tierra y oscurecieron totalmente la luz del sol; escucharía con sobresalto el grito de Cristo cuando entregó su vida y expiró. Sentiría bambolearse la cruz con el temblor de tierra que se produjo. Quizá también escuchó al centurión que se convertía al ver morir a

Jesús, así como el pánico de los que le enseñaron a insultar a Cristo. Pero nada de esto le hizo reaccionar.

Burlas e insultos al pie de la cruz

La dureza de la condena y el hecho de estar plenamente en el suplicio no acalla a los enemigos de Jesús, sino que se ensañan intentando herir su alma. “Los que pasaban le injuriaban moviendo la cabeza y diciendo: Tú que destruyes el Templo y en tres días lo edificas de nuevo, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz. Del mismo modo, los príncipes de los sacerdotes se burlaban a una con los escribas y ancianos, y decían: Salvó a otros, y a sí mismo no puede salvarse; es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él; confió en Dios, que le salve ahora si le quiere de verdad, pues dijo: Soy Hijo de Dios. De la misma manera, también le insultaban los ladrones que habían sido crucificados con él” (Mt). El tema de fondo es el fracaso de su misión.

Aquellos hombres, muchos de ellos importantes, le acusan de nuevo con el grito de “sálvate a ti mismo”. ¡Precisamente, la salvación era lo que se estaba realizando ante sus ojos! Pero el demonio ciega aquellas mentes obnubiladas. Una niebla del infierno impide ver lo que Isaías había profetizado como un sacrificio de expiación realizado por el varón de dolores, el siervo de Yahvé.

El templo de su cuerpo estaba siendo destruido en aquel momento, pero al tercer día sería reconstruido. Pero ellos no se lo creen. Son muy objetivos: sólo cuentan con el poder y sus artes. Y rechazan a un rey que reina desde un madero. Y le echan en cara su confianza en Dios, como si Dios no le escuchase. Es el peor de los insultos, la peor blasfemia. Así estuvieron un tiempo hasta que se fueron marchando poco a poco.

La conversión del buen ladrón

No todo fueron insultos y burlas en torno a Jesús. “Uno de los ladrones crucificados le injuriaba diciendo: ¿No eres tú el Cristo? Sálvate a tí mismo y a nosotros. Pero el otro le respondía: ¿Ni siquiera tú que estás en el mismo suplicio temes a Dios? Nosotros, en verdad, estamos merecidamente, pues recibimos lo debido por lo que hemos hecho; pero éste no hizo mal alguno. Y decía: Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino. Y le respondió: En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc). Jesús había callado ante las burlas, los azotes y durante la misma crucifixión. Ante esta palabra de su compañero de suplicio, hablará.

La paciencia, la humildad y el silencio de Cristo a lo largo de la Pasión son patentes; ahora se advierte en él un gozo que brilla como una luz en la noche. Jesús había declarado que la alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente es grande, y había descrito la alegría del padre ante el hijo que vuelve a casa; pero la reacción de Jesucristo es más expresiva en aquellos momentos. Su palabra es tan fuerte que parece como si quisiera desclavarse por un momento de la cruz para abrazar al hijo que vuelve a la casa del Padre.

Toda conversión es cosa de un instante, pero suele tener una preparación. Y vemos cómo Dimas se dirige, en primer lugar, al otro ladrón diciéndole: “¿Ni siquiera estando en el suplicio temes a Dios?” (Mt). El que habla parece sorprendido y es que Dimas conserva en estos momentos la capacidad de mirar la muerte desde la sencillez de un corazón sincero, aunque pecador. Y esta sinceridad, esta sencillez, le mantiene despierto el sentido común de entender que, ante la muerte, todo lo que se considera importante deja de serlo. Ilusiones, vanidades, honores, títulos, dineros, goces, todo pierde valor ante la vida que se va. Dimas sabe que la vida de los tres se va de un modo inexorable. Al morir, cada hombre queda solo ante Dios. Solo ante la justicia verdadera y total. El buen ladrón recuerda que la Justicia divina es muy superior a la justicia humana, y, como es

lógico, le invade el temor. El temor a Dios es un sentimiento de respeto pleno ante quien no puede ser engañado.

Y añade una confesión en toda regla: “Nosotros, en verdad, justamente recibimos lo merecido por nuestras obras”. La memoria agolpaba todas las miserias de su vida ante sus ojos. La conciencia, tantos años acallada, clama. “¡Lo has merecido!” “¡Eres culpable!” Y en lugar de rebelarse, de buscar excusas, reconoce sus pecados.

En su arrepentimiento está también la proximidad de la cruz de Jesús: “Éste no hizo mal alguno”. Al principio llevado por el dolor, la aflicción y el desespero insulta al Señor. Después mira a Jesús y ve su silencio, su paciencia. Escucha sus palabras de perdón, que le llegan a lo más íntimo del alma: serían como un dardo de fuego en su conciencia. ¡Cuanto había deseado el perdón del suplicio de la cruz! Pero ahora escucha un perdón distinto, aquella primera palabra de Jesús en la cruz actúa en su mente como una luz que va creciendo en la medida en que está más cerca y Dimas no consiente que se apague. Quizá sabía cosas del Maestro. ¿Quién no las conocía en Israel? Las conocería con el desinterés del que se sabe muy lejos de un asunto religioso. Pero actuarían como la semilla sembrada que germina sin ser vista y, en un momento dado, ahora, junto a la cruz, da fruto. Jesús no era un ladrón, no era un rebelde político, no era hipócrita como los fariseos; era sencillo, era bueno, se compadecía de los pobres y de los enfermos, era sabio y no aprovechaba su ciencia para medrar quizás. Éstas y otras ideas semejantes volarían por su cabeza, y se compararía con Jesús. ¡Qué contraste! ¡Qué injusticia condenar a un inocente! ¡Qué errores lleva la justicia manejada por hombres malos! “Yo sí que tengo culpa”, pensaría, y lo reconoce. Con la mirada arrepentida ve más clara la inocencia de Jesús.

Colgados del madero los crucificados podían ver a los que estaban más cerca; y quizás vio a la Madre de Jesús. La ve llorar y, entonces, el recuerdo de su infancia brota en su mente: “¿Qué pensaría mi madre si me viese aquí?” Por fin se atreve a hablar a Cristo: “Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino”. Hay muchos modos de expresar el

arrepentimiento. Dimas encuentra uno especialmente delicado y claro. Entiende a Jesús. No se trata sólo de un arrepentimiento, se trata de una conversión radical al Reino de Dios. Dimas llama a Jesús por su nombre. Bien sabía él que la palabra Jesús significa “Yahvé salva” o “Salvador”. Dimas ve al Salvador.

La humildad de las palabras que siguen es conmovedora. No dice “perdóname”, palabra dichosa siempre; ni dice “ayúdame”; sino “acuérdate”, “no te olvides de mí”. Soy un desecho de los hombres, pero ante Dios mi vida tiene un valor desconocido antes para mí. Es como una petición pequeña, como del que se sabe sin derechos para pedir más. No pide un alivio para el dolor que merece, sino el consuelo del nuevo Reino de ese Jesús, pide aprender a amar como Jesús está amando en la cruz.

Luego concreta el momento del recuerdo: “cuando llegues a tu Reino”. En la raíz de las incomprensiones que sufrió y sufre Cristo está, además del pecado, la ceguera sobre la naturaleza del Reino. No es un Reino material, más o menos organizado, no es un Reino para esta tierra, no es un Reino de este mundo; es el Reino de la Verdad –como dijo Jesús a Pilato– es el Reino que empieza en esta tierra con la pequeña semilla de la fe y que crece hasta la vida eterna. El Reino que pide Dimas es el Reino que ofrece Jesús. Y por eso se lo da. Le bastó la luz directa de Dios para comprender lo que los guías ciegos y eruditos no acertaban a comprender porque su corazón estaba endurecido.

Y la respuesta no se hizo esperar. Jesús le contestó con la misma expresión que solía utilizar para las declaraciones solemnes: “En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Mt). Las palabras de Jesús suenan vibrantes y rápidas, como si un despertador le sacase de un sueño silencioso. Y perdona como Dios. Da mucho más de lo que se le ha pedido. Dimas sólo le pidió un recuerdo, Jesús le da el Cielo.

Hay muchos matices en la brevedad de estas palabras. Primero la meta: “el Paraíso”. Luego, la compañía: “conmigo”. Después, el tiempo de

espera: “hoy”. Para el que sufre todas las palabras del médico son preciosas, escuchadas con atención y sopesadas después en la soledad. Dimas las repetiría de un modo incesante en las horas que le quedaban de vida. Y, al repetirlas, su dolor dejaba de ser pena para ser penitencia. Su sufrimiento pasa a ser purificación esperanzada, purgatorio mitigado.

Dimas pudo ver la muerte de Jesús hasta que su gran grito y los extraordinarios fenómenos del cielo y la tierra le conmovieron de nuevo. Algo más tarde los soldados aceleran su muerte con el crurifragio. Aquellas horas fueron su purgatorio. Sus dolores fueron sufrimientos consolados por la esperanza y por las palabras del Señor.

Las tinieblas en pleno mediodía

“Era ya alrededor de la hora sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona. Se oscureció el sol” (Lc). Era plenilunio y era imposible un eclipse. Los curiosos que contemplan lo que está sucediendo se retiran asustados ante aquella prematura noche. Los que insultan a Jesús también, llenos de temor, como si Jesús fuese a hacer algún prodigio, como tantas veces había hecho. Los soldados se cubren con sus mantos sin saber qué decir, asustados, pero permanecen en sus puestos. La noche y la tiniebla inundan aquel mediodía.

Esas tinieblas dejan entrever la acción del señor de las tinieblas, que es el diablo. Satanás había tentado a Jesús en el desierto, pero fue vencido, y esperaba el momento propicio para actuar con todo su poder. Él estaba en el origen de los ataques de parte de aquellos que no creían en Jesús y acabaron odiándole. Su acción es intensa en la noche del jueves y el viernes por la mañana, en los diversos juicios en que se condena a Jesús.

Ahora es la hora del poder de las tinieblas, la hora de la suprema tentación. Va a intentar conseguir poner al Padre en estado de sospecha, de

modo que Jesús experimente como un abandono del Padre, que se sienta solo y desolado. Además le hará ver la inutilidad de todos los padecimientos por los hombres ingratos que rechazarán el amor que se les brinda. Jesús va a tener que luchar como hombre contra estas tentaciones. Ahora se va a revelar un amor que permanece.

María al pie de la cruz

En medio de la tiniebla hay un consuelo. Al pie de la cruz está su Madre, alentando y consolando al hijo como sólo ella puede hacerlo. Es una luz en aquel momento terrible. No sabemos cómo consigue que le dejen acercarse a su hijo; posiblemente sea a causa de la compasión del centurión. Al principio, llueven también sobre ella los insultos dirigidos a Jesús; pero no retrocede. La acompaña Juan, el primer discípulo, el apóstol amado, el más fiel, el que más ha sabido rezar y comprender al Maestro.

Tener a Juan es un consuelo para María. Juntos han seguido a la triste comitiva por el camino del Gólgota. Juan guía a María, aunque es él quien se apoya en la firmísima decisión de ella para apoyar en lo que esté en su mano a Jesús en su Sacrificio. En la oscura soledad de la Pasión, María ofrece a su Hijo un bálsamo de ternura, de comprensión, de afecto y de fe.

María agradece a Juan su presencia en aquellos momentos y permanecen unidos en ese trance de dolor y de oración. La conversión de uno de los ladrones es un destello de consuelo, también para María y Juan.

Entonces el Señor dirige su tercera palabra a estos testigos silenciosos, su Madre y Juan, que le observan con dolorosa atención. Jesús mira a la Madre, y dice entrecortadamente: “Mujer, he aquí a tu hijo” (Jn). No la llama Madre, como si fuese el grito de dolor de un hijo, sino que la llama: “Mujer”. Jesús piensa en la primera mujer a través de la cual entró el pecado y la muerte en el mundo. María será la mujer nueva portadora de la

promesa divina de la victoria en la lucha terrible contra el mal. Jesús le encomienda la nueva misión de extender su maternidad a todos los hombres, representados por Juan.

En el momento oportuno, cuando Jesús llega a su máxima entrega, María está a la altura del Amor de su hijo y se entrega plenamente a la bondadosa voluntad de Dios. Por eso se le encarga la maternidad de todos los hombres: esta nueva maternidad de María, engendrada por la fe, es fruto del nuevo amor que maduró en ella definitivamente al pie de la cruz, por medio de su participación en el amor redentor de su hijo.

Éste es el gran legado que Cristo concede desde la cruz a la humanidad. Es como una segunda Anunciación para María. Hace treinta y tres años un ángel la invitó a entrar en los planes salvadores de Dios. Ahora, no ya un ángel, sino su propio hijo, le anuncia una tarea nueva: recibir como hijos de su alma a los causantes del asesinato de su primogénito.

Y ella aceptó, desde el principio, todo lo que Dios quisiese; su entrega era total desde el comienzo. La primera mujer fue infiel a Dios, porque prefirió su juicio a la sabiduría de Dios. Ahora se le va a pedir a María que venza una prueba enorme: se le pide que no se rebele contra el Padre por llamar a la muerte y al sacrificio al Hijo, que también es hijo suyo. Se le pide que vaya más allá del amor natural y sobrenatural del hijo para querer como el Padre y el Hijo están queriendo en aquellos momentos. Y, para eso, hace falta mucha fe en Dios y un amor que esté purificado plenamente. María vuelve a estar a la altura del momento.

Entonces se escuchó la palabra dirigida por Jesús a Juan: “He aquí a tu madre” (Jn). Jesús mira al único que ha sabido ser fiel. Es un hijo y se lo entrega a su Madre. Bien sabe el Señor los cuidados que necesita un recién nacido para madurar, y Juan era un primer fruto de la cruz redentora.

Juan la tomó como suya (Jn), la acogió como madre, se dejó cuidar como hijo. La pena que Juan sentía se alivió algo sabiendo que podía cumplir un deseo del Maestro.

Juan fue elegido porque estaba allí. Jesús no podía ni llamar a nadie, ni señalar a nadie: sólo mirar a quién tenía delante y, mirando, vio al que siempre estaba donde debía; le pidió un favor, algo que tiene mucha más fuerza que un mandato cuando hay amor por medio. Juan acepta ese deseo, que es un mandato.

María es la Mujer por excelencia, ya que en ella la naturaleza humana no ha sido deformada por el pecado. Pero también es la Madre por excelencia. María Madre de Dios, Madre de Cristo, Madre de los hombres. Sólo Jesús sabe lo que hay en el corazón de su madre, por eso la llama mujer, no María o mamá. Jesús sabe que comienza una nueva época para la humanidad, pero sabe que el pecado entró por una mujer en el mundo, la madre de los vivientes. Ahora María será la nueva Mujer, la nueva Eva que traerá desde su maternidad la nueva vida al mundo. Su nueva maternidad le agranda el corazón hasta límites insospechados. Jesús entrega a su Madre como Madre de todos los vivientes, especialmente de los que serán hijos de Dios por la gracia.

Las mujeres al pie de la cruz

Las mujeres están en el Calvario. No sólo estaba la Madre de Cristo y la “hermana de su madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena” (Jn), sino que “había allí muchas mujeres mirando desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle” (Mt). Las mujeres se mostraron más fuertes que los Apóstoles. En los momentos de peligro, aquellas que “aman mucho” logran vencer el miedo. Ya antes, en la vía dolorosa, también “se dolían y se lamentaban por él” (Lc).

Quizá hubo un flujo de idas y venidas en el Calvario, y, por eso, los evangelistas no coinciden. La primera es María Santísima, otra es María Magdalena, citada expresamente por tres evangelistas, ya que el cuarto sólo habla genéricamente de las mujeres; dos hablan de otra María, la madre del apóstol Santiago y José; luego la madre de los hijos de Zebedeo, que son Juan y el otro Santiago. Marcos habla de Salomé, que parece ser el nombre de esta mujer, y Juan nombra a María, mujer de Cleofás y hermana de María Santísima.

Las mujeres entienden mejor que los hombres, quizá porque saben mejor que el amor y el dolor son inseparables. Aquí esta la raíz de su perseverancia. Son fuertes porque aman más y mejor. El pensamiento no puede dejar de considerar que es muy posible que la femineidad esté mejor dotada para el amor fiel.

Aquellas mujeres ven el cuerpo destrozado de Jesús, ven los clavos que le atan al madero atravesando sus manos y pies; su respiración angustiada, por tener el cuerpo suspendido sobre los tres clavos, oprimiendo con fuerza los pulmones; las heridas de los latigazos recibidos pocas horas antes; la corona de espinas cubriendo su rostro de sangre y sudor; el barro unido a la sangre coagulada que oculta aquella mirada misericordiosa que tan bien conocen. Se cumple detalladamente la profecía de Isaías: “Desde la planta de los pies hasta la cabeza, no hay en él nada sano. Heridas, hinchazones, llagas podridas, ni curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite”.

Sus ojos contemplan un auténtico destrozo que muestra a Jesús como un fracasado. La inteligencia ve ese fracaso como el de un rey derrotado, un hombre humillado hasta el extremo. Las esperanzas de un Reino de paz, justicia, amor y libertad se presentan lejanas o quiméricas para la pura razón. Pero los ojos del corazón van más lejos, y ven a alguien que ama y sufre de una manera nueva, comprenden que está allí libremente y captan, con más o menos claridad, que se trata de un Sacrificio nuevo. Bien sabían ellas las múltiples maneras que Jesús hubiera tenido de eludir la cruz, o los modos de luchar que suelen usar los guerreros de este mundo, y no quiso

usar el Señor. Ellas se dan cuenta de su entrega total al Padre y de su amor misericordioso. Son fieles en el momento del dolor porque aman mejor.

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

“Y al llegar la hora sexta, toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona exclamó Jesús con fuerte voz: Eloí, Eloí, ¿lemá sabacthaní?, que significa: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Y algunos de los que estaban cerca, al oírlo, decían: Mirad, llama a Elías” (Mc).

Las tres primeras palabras manifiestan la caridad infinita que brilla en el centro del mismo dolor. Jesús parece olvidar sus torturas, pide perdón por quien le maltrata, ofrece el paraíso a quien se arrepiente, entrega a su Madre y la cuida. Las dos palabras siguientes expresan la intensidad de su dolor. Son gemidos hondos que llegan al Cielo.

Han pasado una o dos horas desde la crucifixión; la mayor parte del tiempo ha sido de silencio. Con este grito fuerte se abre una ventana al hondo dolor de Jesús, se manifiesta el escándalo de la cruz hasta lo más profundo. Dios parece inerme, derrotado, distante, pasivo, permitiendo el dolor de su Hijo, queriéndolo. Ahora Jesús experimenta el abandono, y apura el cáliz del dolor. Es el momento de la total desnudez de quien no tiene ya nadie en que apoyarse. Parece como si la prueba fuese excesiva y Jesús estuviera a punto de quebrarse. Es más hondo aún que, cuando en la agonía del huerto, pide al Padre que aleje aquel cáliz, pero acepta en obediencia lo que va a venir. Ahora el cáliz está aquí, ya no es agonía, es muerte, es abandono. Parece que la humanidad de Jesús no experimenta el consuelo de la presencia de Dios, como si no se sintiese Hijo siéndolo realmente.

Es abandono, no desesperación. Jesús sigue hablando con el Padre usando el salmo 21, convertido ahora en la oración perfecta, que sigue así: “Me rodean como perros, me cercan una nube de malvados, han taladrado mis manos y mis pies y me han acostado en el polvo de la muerte. Cuentan mis huesos uno a uno, me miran, me contemplan. Se reparten mis vestidos, echan a suerte mi túnica. Pero tú, oh Yahvé, no te alejes, fuerza mía, ven pronto a socorrerme. No despreció a un desdichado, ni rehusó responderle. No apartó de mí su rostro, me escuchó cuando le imploraba. Anunciaré tu nombre a mis hermanos”.

El sol se había ocultado; estaba todo a oscuras. Es la hora de las tinieblas, la hora de Satanás. Jesús está realmente solo y grita. No lo hace en la flagelación, ni durante la crucifixión. Sí ahora, porque está asumiendo los pecados del mundo, haciéndose pecado. El dolor del alma es intenso, mayor que el del cuerpo. Así desvela el amor del Hijo, del Padre y del Espíritu Santo que salva la injusticia con la misericordia.

Es el penúltimo escalón del anonadamiento. Jesús baja hasta experimentar como una ausencia de Dios en su alma humana, a pesar de que él mismo es Dios. Pero como hombre experimenta la soledad infinita de esa ausencia. Es casi como el infierno. La angustia de la agonía era poca cosa, al lado de la realidad actual. Pero no se separa de la voluntad del Padre, y sigue pensando en los que serán redimidos del infierno real. Dios se nos revela aquí escandalosamente, sin ninguna manifestación de su poder. Su única potencia es amar con corazón de Padre y con corazón de Hijo a los hombres.

Tengo sed

“Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed” (Jn). La cuarta y la quinta palabra hablan de un exceso de sufrimiento. La cuarta, además, habla de congoja interior. La quinta es más humilde y lastimosa todavía; es el grito

de la penuria física. Ahora ya no hay más que el grito del suplicio de la sed. Es el gemido extremo, arrancado a Jesús por el dolor físico tomando palabras de un texto mesiánico.

En el grito de la sed del Señor vemos un cuerpo que se ha desangrado gota a gota durante la flagelación y en las horas que lleva clavado al madero. Jesús había dicho: “El que beba del agua que yo le daré ya no tendrá sed jamás” (Jn). ¿Por qué tiene sed? Es una sed verdadera, física, material; la lengua como piedra seca y la garganta como un camino polvoriento. Es la palabra más radicalmente humana. Es la prueba definitiva de que está muriendo una muerte verdadera, de que en la cruz hay un hombre, no un fantasma.

Un soldado tiene piedad, y le ofrece posca, una mezcla de vino, vinagre y agua que apaga la sed. No ha entendido las otras palabras, pero ésta está más a su altura. “Había allí un vaso lleno de vinagre. Sujetaron una esponja empapada en el vinagre a una caña de hisopo y se la acercaron a la boca” (Jn). Y se cumple así el salmo 68: “En mi sed me dieron a beber vinagre”. Y Jesús toma el vinagre.

Es humilde hasta en el dejarse ayudar cuando el dolor es supremo. Jesús ahora es el hijo que pide. Tantas veces socorrió las necesidades de los débiles... Ahora pide que sean misericordiosos con él. No se trata de atender solamente las necesidades espirituales, también lo material nos lleva a ser más humanos.

Pero, más allá de la sed física, está la sed de almas. El salmo 21 dice: “Mi garganta está seca como el barro cocido, y la lengua se me pega al paladar”. Siente sed del amor de todas las almas.

Todo está consumado

“Cuando hubo gustado el vinagre dijo: Todo está consumado” (Jn). Próxima ya la muerte, vuelve a aparecer el diálogo con el Padre, y su alma se llena de nuevo de paz.

Sólo Cristo sabe hasta el fondo que esa voluntad del Padre es amor total, amor fontal, amor que engendra hijos, amor misericordioso. Sabe que, paralelo al amor del Hijo, tan palpable en su humanidad, hay un dolor del Padre. La perfección divina, su inmutabilidad, es tan amorosa que sufre un dolor de amor que es perfección afectiva, no limitación. Jesús ve cómo la sabiduría del Padre respeta la libertad del hombre, y, al verlo hundido por el pecado, incapaz de superar la postración, da al Hijo y se da el Padre mismo. No quiso Dios que Abraham consumase el sacrificio del hijo de la promesa. Pero Él mismo no se ahorra ese dolor.

Y Jesús obedece la voluntad amorosa del Padre. Siempre obedeció Jesús venciendo la desobediencia del pecado, pero ahora su obediencia es más valiosa porque la dificultad es máxima. De ahí la, paz honda de quien ha obedecido, de quien sabe que el Padre está satisfecho, de quien consuela al Padre.

La paz se entreve en la sexta palabra: todo está consumado, he obedecido; he vencido al diablo; la desobediencia del diablo y de Adán está superada: el camino de la nueva vida está ya abierto.

El gran grito

Tras la constatación de la obra acabada llega el final: la muerte. Pero también la muerte es una entrega. “Y Jesús dando un gran grito dijo: Padre en tus manos entrego mi espíritu” (Lc). La gran voz manifiesta que aún tiene muchas fuerzas físicas, cuando la muerte por crucifixión se producía por agotamiento. Jesús muere porque quiere; entrega su vida cuando él quiere. Pasa por el grado siguiente de anonadamiento: la muerte. Ha dado

la misma vida. Y se yergue, estirando manos y pies en un esfuerzo supremo. Llena los pulmones de aire y vuelve a llamar al Padre y se abandona en sus manos. Ha dado su luz, su tiempo, sus energías, su afecto, su querer; pero le queda por dar la vida entera y experimentar la muerte. Esa muerte que entró por el pecado en el mundo y azota a los hombres. Cristo la va a hacer suya en acto de humildad total y experimenta lo que es no tener vida, morir con muerte real. Tiene que vencer a ese enemigo de los hombres y va a vencerlo pasando por ella.

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Es una frase llena de sentido, que revela la lucidez y la libertad de la entrega en el sacrificio de Jesucristo. Es fácil suponer que la mirada de Jesús se dirige al cielo, al Padre, con el gozo doloroso de la labor acabada, de la misión cumplida hasta el final. Es lo que más le importa: satisfacer la Justicia y la Misericordia divinas. Excepto la primera palabra, que es “Padre”, las demás están sacadas del salmo 30, y reflejan la oración de Jesús en aquellos momentos:

“En tus manos encomiendo mi espíritu.

¡Tú me has redimido, Dios de verdad!

Aborrezco los que observan vanidades mentirosas.

Me regocijaré y me alegraré en tu misericordia

porque has visto mi aflicción,

has conocido mi alma en las angustias”.

Ésta era la oración silenciosa de Jesús en aquellos últimos momentos: las ansias redentoras y misericordiosas del Padre y del Hijo unidos al Espíritu Santo.

Y el cuerpo se desploma, despojado ya del alma que lo sostenía con un aliento de vida. Es la ofrenda del sacrificio total, del holocausto. Lo ha

dado todo para la salvación de los hombres. Y en la cruz sólo queda el cuerpo colgado de tres clavos y la cabeza caída. Cristo es ya un cadáver entre los hombres.

Muchos de los discípulos de Jerusalén están allí en esos momentos. Han ido acudiendo poco a poco; los enemigos se han marchado. La consternación se une a la fe. Ayudan a la Madre y miran casi con incredulidad lo que acaba de acontecer. Los corazones están doloridos.

Entregó el Espíritu

En la muerte, Jesús da lo más preciado de sí mismo: “Entregó el Espíritu” (Jn). Da el Espíritu Santo al mundo. El Padre escucha la petición del Hijo y envía también al Espíritu Santo, que hará efectiva y pública su presencia en Pentecostés. Una nueva época en la Historia de la Humanidad ha comenzado. Ya está consumada la reconciliación, satisfecha toda justicia, ahora se da al Dador de vida, al dedo del eterno Padre, al fuego de amor en el mundo. La historia de los hombres es desde ahora la historia de la acción del Espíritu Santo y la de las respuestas libres de los hombres.

Ahora que el Espíritu Santo ya ha sido enviado en su misión conjunta con el Hijo, Jesús ya puede marchar. “Y bajó la cabeza y expiró”. La Redención se ha consumado y alcanza su plenitud en la Resurrección.

El velo del Templo

Al morir Jesús “el velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo” (Mc). Era un velo grueso de gran tamaño. Ha acabado la antigua Alianza para comenzar una nueva en la sangre del cordero inmaculado que es Jesús. El velo del Templo separaba lo más sagrado del Templo de Dios, el Santo

de los Santos, del resto de estancias. Allí se veneraba la presencia de Dios. Sólo entraba en aquel recinto el Sumo Sacerdote en los días establecidos.

En el lugar santo estaban los panes de la proposición y el altar de los sacrificios. En lo más interno, llamado Santo de los Santos, estaba el incensario de oro, y había estado siglos antes el arca de la Alianza, toda cubierta de oro. En el arca había una urna de oro conteniendo maná con el que Dios había alimentado a los judíos en el desierto, y también la vara de Aarón, la que floreció ante Dios como señal de elección divina. Se conservaban allí las tablas de la Ley que recibió Moisés de parte de Dios. Sobre el arca, dos querubines de oro que se miraban y cubrían con sus alas la mesa de los panes de la proposición.

El velo rasgado fue la señal para los que estaban en el Templo y guardaban las cosas de Dios. Acababa de empezar un nuevo tiempo, lo antiguo ya estaba acabado. El maná era cambiado por el Pan vivo que es la Eucaristía. La Ley era llevada a su plenitud. La elección era en el Hijo amado que se había entregado por los hombres. El sacrificio era cambiado por el sacrificio perfecto de la cruz en la que el Sacerdote es Cristo – hombre perfecto– que ofrece la víctima perfecta –Él mismo– con un amor y una obediencia perfectos. Sacrificio agradable a Dios. La acción más trascendente y más sagrada que los hombres podía realizar en la tierra. Todo lo anterior eran figuras de lo que acababa de suceder; ése era su valor. Ahora ya no eran necesarios. Dios había abierto una alianza perfecta.

La tierra tembló

“Y la tierra tembló y las piedras se partieron; se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de los santos, que habían muerto, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos” (Mt). En medio de las tinieblas la muerte de Jesús tiene como un eco en la tierra que tiembla. Se estremece el infierno y su rechazo de Dios. Se estremecen los diablos que han sido

definitivamente vencidos. Se estremece la muerte que ya no tiene poder sobre los hombres. Se estremece la tierra como si la creación no pudiese comprender lo que acababa de ver en su creador que se entrega por los hombres. Así se celebra la victoria sobre la muerte. La muerte absorbida por la vida. Así se cumplió lo profetizado: “¡Muerte! ¡Yo seré tu muerte!” (Os).

El centurión se convierte

“Al ver el centurión lo sucedido, dio gloria a Dios y dijo: Este hombre era realmente justo” (Lc). Ha podido ser testigo privilegiado de toda la pasión desde el Pretorio hasta el Calvario. Han sido tres horas llenas de intensidad que le abren los ojos. Juzga los sucesos desde su hombría de bien. Ve la injusticia de su jefe Pilato, que condena a Jesús inocente ante la presión de los que odiaban al Señor. Ve la ira que como mar en tormenta llena a muchos de los sanedritas. Ve la masa del pueblo que clama contra Jesús cuando poco antes lo alabó como hijo de David. Ve la entereza de Jesús ante tanto dolor y humillación y puede calibrarla. Puede ver hasta qué punto llega la paciencia y la caridad. Ve que perdona y consuela al ladrón arrepentido, ve su desolación y escucha el gran grito al Padre. Observa con estupor las tinieblas que oscurecen el sol. Y cuando la tierra se estremece se le hace la luz en la mente. Hasta entonces sólo ha visto al justo que es perseguido por los enemigos. Ahora ve al Hijo de Dios.

“El centurión y los que estaban con él custodiando a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, se llenaron de gran temor y dijeron: En verdad éste era Hijo de Dios” (Mt). La fe ilumina a un hombre de bien, y el contacto de la cruz de Cristo le descubre el sentido de lo que está sucediendo.

La lanzada

“Como era la Parasceve, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, pues aquel sábado era un día grande, los judíos rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los quitasen. Vinieron los soldados y quebraron las piernas al primero y al otro que había sido crucificado con él. Pero cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza, y al instante brotó sangre y agua” (Jn). Fue entonces, cuando un soldado abrió la quinta herida en el cuerpo de Jesús. Con un golpe certero, de mano experta, le atravesó el corazón, y de él manó sangre y agua.

La quinta herida no es una herida de dolor, no busca matar o hacer sufrir. Jesús ya estaba muerto. Tampoco es solamente el deseo de certificar su muerte. Parece un acto de compasión del soldado hacia el crucificado y hacia su Madre, que estaba al pie de la cruz. La costumbre era certificar la muerte de los condenados, rompiéndoles las piernas. Así se garantizaba la asfixia y se aceleraba la muerte. La escena sería terrible para todos. El centurión se compadece de María y querría ahorrarle un último sufrimiento. Cumple sin saberlo las profecías: “No le será quebrado ni uno solo de sus huesos” y “mirarán al que atravesaron”.

Aquel soldado hace posible, al abrirle el costado, que Jesús muerto diga su última palabra sin palabras: “Lo he dado todo por vosotros, hasta la última gota de la sangre de mi corazón”. ¡Ahora ya sabéis lo que es el Amor!

Juan añade su testimonio ocular: “El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad para que también vosotros creáis” (Jn).

La sangre y agua que brota del costado abierto tienen un gran significado, además de ser el certificado de su muerte y de su donación hasta la última gota. La sangre muestra el perdón divino que se derrama sobre los hombres en la nueva Alianza. El agua es el medio para acceder a

esa nueva vida: muestra el bautismo que borra todos los pecados hasta el pecado original y hace hijos de Dios. Hijos en el Hijo, renacidos de la muerte del pecado para ser miembros de Cristo.

José de Arimatea, audaz y piadoso, entierra a Jesús

Los cuerpos de los crucificados eran arrojados a la fosa común. La infamia continuaba después de la muerte. No sucedió así con Jesús gracias a la audacia y al amor de José de Arimatea. “Y llegada la tarde, puesto que era la Parasceve, que es el día anterior al sábado, vino José de Arimatea, miembro ilustre del Consejo, que también él esperaba el Reino de Dios y, con audacia, llegó hasta Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se sorprendió de que ya hubiera muerto y, llamando al centurión, le preguntó si efectivamente había muerto. Cerciorado por el centurión entregó el cuerpo a José. Entonces éste, habiendo comprado una sábana, lo bajó y lo envolvió en ella, lo depositó en un sepulcro que estaba excavado en una roca e hizo arrimar una piedra a la entrada del sepulcro” (Mc).

El sepulcro era de José de Arimatea, era nuevo y lo había mandado excavar en la roca (Mt). Este José “era un varón bueno y justo, miembro del Sanedrín, el cual no había consentido a su decisión y a sus acciones” (Lc). Le acompaña Nicodemo, y ambos junto a Juan ungen el cuerpo de Jesús con aromas, una mezcla de mirra y áloe, como de cien libras (Jn).

Los acontecimientos han ocurrido con rapidez en aquel viernes santo. José de Arimatea y Nicodemo nada pueden hacer ante Pilato y el griterío de la masa. Y contemplan el cortejo de la cruz. Pueden ver desde cerca la muerte, las tinieblas, el terremoto, el gran grito, los resucitados. Y un pensamiento se hace claro en su mente: ¿qué sucederá con el cadáver? No puede ser que no reciba una sepultura digna y sea arrojado a la fosa común. Y piensa José en su sepulcro cavado en la roca viva, en la sábana para envolver el cuerpo de Jesús, así como en los ungüentos para preparar el cadáver lo mejor posible. Cuando le llega la noticia de la muerte de Jesús

acude con su autoridad a pedir a Pilato el cuerpo. Pilato, confuso por los acontecimientos, tiene el acierto de certificar la muerte de aquel inocente crucificado, y llama al centurión. Éste le asegura que está muerto, y Pilato da el permiso.

José de Arimatea acude con prisa al Calvario junto a Nicodemo, y ayudados por Juan desclavan el cuerpo de Jesús. Uno de ellos abraza el cuerpo junto a la cruz, los otros dos desclavan la mano derecha que cae sobre el que sujeta el cuerpo; después suben de nuevo la escalera para separar el clavo de la mano izquierda, y el cuerpo entero cae sobre el que lo sujeta por la cintura. Con lienzos sujetan por las axilas el cuerpo de Jesús y lo descenden con cuidado, como si pudiesen lastimarlo después de tanto dolor.

Después lo entregan a su Madre, que lo recibe en su seno como cuando era niño. María llora sobre el cuerpo de su Hijo, sus lágrimas se juntan con la sangre que cubre como un manto real al cuerpo de Jesús. Cuesta separarla del hijo tan querido. Por fin lo hacen, y lavan el cuerpo y separan la corona de espinas, que guardan con los clavos y el paño en la cintura que llevaba el crucificado. Le ponen apresuradamente algo de los muchos ungüentos que llevaban, más de treinta kilos, y lo conducen al sepulcro. Allí consuman el acto de piedad del enterramiento. Rodean el rostro de Jesús con un sudario, colocan unas monedas en los ojos, según la costumbre, y lo envuelven en una sabana de lino que rodea todo el cuerpo. Lo depositan sobre una roca en el centro del sepulcro. Salen de la concavidad y, con esfuerzo, colocan la gruesa roca que cierra la sepultura. Se renueva el llanto y el lamento de María. Todos callan y la conducen de nuevo al Cenáculo.

Sin nada vino Jesús al mundo, y sin nada marcha de él: hasta el sepulcro es de otro. Cavado en la roca, sin ser usado por nadie, como un nuevo seno virginal. Y al hacerse de noche se retiran para cumplir la legislación del sábado.

José de Arimatea fue prudente al actuar con audacia. Quizá también lo fue cuando era discípulo oculto de Jesús. Es muy posible que su fe en Jesús fuese débil al principio y se uniese el deseo de ayudar desde dentro del Sanedrín con un cierto temor a las consecuencias de declararse de un modo manifiesto seguidor de aquel que se llamaba el Cristo. Eso es lo que insinúa Juan en el Evangelio. Lo cierto es que la cruz le quita cualquier tipo de temor o de perplejidad. Sabe descubrir en la cruz el Sacrificio de la Nueva Alianza. Una vez iluminada la fe, ¿de qué sirven las tácticas y cálculos?

José de Arimatea y Nicodemo estaban en los centros de poder de Israel y debían ser prudentes. Su prudencia les llevó a decisiones distintas cuando la situación cambió. Ante Cristo muerto en la cruz desaparecen todos las estrategias humanas.

El sepulcro vacío se convierte en el primer sagrario material. María Santísima fue el primer sagrario vivo, virginal y lleno de amor. El sepulcro no ha sido usado por nadie. Ahora un sepulcro es el sagrario que contiene por un tiempo el cadáver de Jesús unido a la divinidad, pero separado del alma, que desciende a los infiernos a llevar la salvación a los justos del tiempo anterior, tiempo de la paciencia de Dios.

El sábado santo

Al anochecer del viernes comienza el descanso sabático. Llegan al Cenáculo los que han estado en la sepultura. María está allí. Están las mujeres que en su amor encendido quieren volver al sepulcro cuando acabe el sábado para embalsamar bien al difunto, con todo el amor y la piedad de que son capaces. Están allí los apóstoles que callan y no saben qué decir porque no supieron defender a Jesús, y, menos aún, acompañarle en su gran lucha. Están otros discípulos muy allegados. María se retira.

Es el día de la soledad de María. Para ella continúa la pasión en su alma. Sufre y no hay dolor como su dolor. Cada uno de los gestos de su Hijo se le hace presente, sus quejidos, sus palabras. El gran grito de triunfo y dolor llena su interior. Sabe que ha vencido. Pero ella está sola. Él no está con ella. Y piensa en sus palabras: “Al tercer día resucitaré”. Y se aferra a ellas. Es difícil creer. Ha visto el cuerpo muerto, agujereado por los clavos. Ha puesto su mano en el costado abierto llegando al mismo corazón. Hace falta mucha fe para creer que va a resucitar, y se hace la oscuridad en el alma de María.

Experimenta el abandono como lo experimentó Jesús en su cuarta palabra. El Padre calla y la Madre se convierte en la única creyente. Su fe es la de una nueva Eva que cree contra todas las evidencias de los sentidos y de la experiencia. Y las horas del sábado transcurren lentas, con oración como la de Getsemaní. Pasa la noche del sábado minuto a minuto, y la oración no cesa en la que nunca cesó de creer.

*Resurrección***La resurrección**

La acción de José de Arimatea y Nicodemo fue rápida y eficaz. Antes de que los judíos puedan darse cuenta de la muerte, ya está enterrado Jesús en un lugar que responde a la piedad de los suyos. Pero los judíos temen a Jesús y se acuerdan de la profecía de la resurrección al tercer día. Ellos habían destruido el templo del cuerpo de Jesús, y ahora recuerdan el verdadero sentido de la profecía. Por eso acuden a Pilato reclamando una guardia, que resultará providencial, muy a pesar suyo.

“Al día siguiente de la Parasceve se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos ante Pilato y le dijeron: Señor nos hemos acordado de que ese impostor dijo en vida: Al tercer día resucitaré. Manda, pues, custodiar el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan al pueblo: Ha resucitado de entre los muertos; y sea la última impostura peor que la primera. Pilato les respondió: Ahí tenéis la guardia; id y custodiad como sabéis. Ellos marcharon y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia” (Mt).

La muerte era un sello en la boca de Jesús. Los sellos intentan ser una garantía de seguridad: guardan el cadáver en su silencio. Y, en efecto, esos sellos serán garantía de la muerte verdadera de Jesús que yace en la losa del sepulcro con el corazón abierto, separada el alma del cuerpo. Y los guardias se convertirán en testigos privilegiados del gran día del domingo, del primer día de la semana cristiana.

Por ellos conocemos lo que sucedió al inicio del día primero, al nacer el alba: “Y he aquí que se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor descendió del Cielo y, acercándose, removió la piedra y se sentó sobre ella. Su aspecto era como de relámpago, y su vestidura blanca como

la nieve. Llenos de miedo, los guardias se aterrorizaron y se quedaron como muertos (Mt).

Habían pasado cuarenta horas desde el momento de la muerte: desde las tres del viernes hasta las siete del domingo. Un día completo, nueve horas del viernes y siete del domingo. Tres días. En ese tiempo el alma de Jesús desciende a los infiernos, como reza el credo cristiano. Pero el cuerpo estaba allí, en reposo total, sin conocer la corrupción, con la rigidez de la postura del crucificado, con sus llagas abiertas, cubierto por la sábana y rodeando el rostro con el pañolón del sudario. Un gran terremoto conmueve a los soldados, que se estremecen; cuando, de repente, ven al ángel de vestiduras blancas lleno de fuerza y poder, que desplaza la gran piedra con facilidad y se sienta en ella. Los soldados caen al suelo, se desploman sin sentido. El temor no nubla sus mentes, pues se dan cuenta de lo sucedido, pero aquello supera grandemente sus experiencias. Estaba sucediendo el hecho central de la salvación. En el sepulcro, aquel cadáver estaba volviendo a la vida.

Algunos de los soldados huyen de espanto, otros quedan removidos por lo sucedido, otros acuden a los sanedritas con la noticia. “Algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo sucedido. Reunidos con los ancianos, después de haberlo acordado, dieron una buena suma de dinero a los soldados con el encargo de decir: Sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos. Si esto llegara a oídos del procurador, nosotros le calmaremos y cuidaremos de vuestra seguridad. Ellos tomaron el dinero y actuaron según las instrucciones recibidas. Así se divulgó este rumor entre los judíos hasta el día de hoy” (Mt).

Los sanedritas tenían ya el gran signo de Jonás. Tres días en el seno de la tierra, y vuelta a la vida. Todos los otros milagros palidecen con la grandeza de lo sucedido. Este milagro, realizado por su propio poder, manifestaba a Jesús como vencedor de la muerte y del pecado. Una nueva era acababa de comenzar. Pero, de nuevo, no creyeron. Y elaboraron una mentira rápida y burda: unos testigos dormidos testifican lo que ha

sucedido. Mientras dormían acudieron unos hombres y se llevaron el cuerpo. Era burda la mentira, pero el dinero acalla las conciencias. Los soldados, testigos involuntarios de los hechos, garantizan de una manera involuntaria la verdad de la resurrección de Jesús.

La resurrección es la gran victoria. Jesús ha descendido todos los escalones de la humillación, uno a uno, como saboreando el abajamiento. Y, cuando ha llegado a lo más hondo, toma al hombre caído y lo eleva a niveles insospechados. La nueva vida es mucho más que lo que se puede alcanzar por una ética correcta; es un don de Dios que introduce a los hombres en la vida divina si se unen a Cristo resucitado y vencedor.

Las mujeres acuden al sepulcro

“Pasado el sábado, María Magdalena y María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y, muy de mañana, al día siguiente del sábado, llegan al sepulcro, salido ya el sol. Y se decían unas a otras: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro?” (Mc). Iban llenas de amor: habían observado todo con detalle. Saben que el embalsamamiento podían hacerse mejor. Lo han hecho muchas veces. Pero sobre todo quieren ungir el cadáver de Jesús con su cariño y su amor. Quieren tener el último detalle de piedad con el Maestro. En el camino, decididas, piensan en el obstáculo que representa la piedra. Ciertamente no pueden removerla. Se necesitan hombres fuertes y máquinas. No pueden removerla ellas solas; pero, sorprendentemente, van. La intuición puede más que los razonamientos. De momento ellas van movidas por el cariño y la piedad.

A pesar de todo, corren hacia el sepulcro, muy cerca del Calvario. “Y al mirar vieron que la piedra estaba apartada; era ciertamente muy grande. Entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha, vestido con una túnica blanca, y se quedaron asustadas. Él les dice: No tengáis miedo; buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está

aquí; mirad el lugar donde lo colocaron. Pero marchad, decid a sus discípulos y a Pedro que él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo. Y saliendo, huyeron del sepulcro, pues estaban sobrecogidas de temblor y fuera de sí; y no dijeron nada a nadie, porque estaban atemorizadas” (Mc). Era mucho para sus fuerzas. Buscaban a un cadáver, y encuentran un ángel que les dice que no busquen entre los muertos al que vive. El ángel añade: “Recordad lo que os anunció cuando, estando todavía en Galilea, cuando dijo: Conviene que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores que sea crucificado y resucite al tercer día. Entonces se acordaron de estas palabras” (Lc).

María Magdalena

María Magdalena acude con las demás mujeres. Cuando ve el sepulcro vacío, actúa según su temperamento: sale corriendo a avisar a Pedro y a Juan; las demás se quedan allí y se les aparecen ángeles que les dicen que Jesús ha resucitado; pero María ya ha marchado. Pedro y Juan llegan al sepulcro, ven las cosas como les ha dicho María, y se marchan; llega María y no hay nadie en el sepulcro. Es entonces cuando se producirá una nueva conversión de María Magdalena.

“María estaba fuera llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó hacia la concavidad, y vio a dos ángeles de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. ellos le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les respondió: se han llevado a mi Señor y no se donde le han puesto. Dicho esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dijo Jesús: Mujer ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y lo recogeré. Jesús le dijo: ¡María! Ella, volviéndose, exclamó en hebreo: ¡Rabbuni!, que quiere decir Maestro. Jesús le dijo: Suéltame, que aún no he subido a mi Padre; pero vete a mis hermanos y diles: subo a mi Padre y a vuestro padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue María Magdalena y anunció a los discípulos: ¡He visto al Señor!, y me ha dicho estas cosas” (Jn).

Sorprende el aplomo, casi la indiferencia, de la Magdalena ante los ángeles y la pregunta que ellos le hacen: ¿Por qué lloras?, como si fuese posible responder de un modo simple a un dolor producido por tantas causas. María llora por la muerte horrible que ha sufrido el Maestro –así le llama casi siempre–; llora por la ingratitud de tantos que recibieron sus favores y milagros; llora por la debilidad de sus discípulos que no supieron ser fieles y defenderle; llora por la crueldad de los judíos –conocidos suyos muchos de ellos– que han matado a Jesús, o consentido en la muerte del Inocente; llora por el dolor de la Madre de Jesús. Pero sólo manifiesta que llora porque “se han llevado a mi Señor y no sé donde le han puesto”. Eso dice a los ángeles: el motivo más débil y el que manifiesta que su fe no ha sido del nivel de la de María Santísima, que no acudió al sepulcro porque sí creyó que Jesús resucitaría al tercer día. A la Magdalena le apena no haber podido tener un gesto de generosidad y de despedida con el cadáver de su Señor. No piensa en Jesús resucitado. Su fe se asienta todavía en afectos muy humanos.

Es entonces cuando se le aparece el Señor diciendo las mismas palabras de los ángeles, pero añadiendo algo que revela que lee en su pensamiento: “¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?” María revela de nuevo su interés por el cuerpo muerto del Maestro, y entonces, Jesús dice una sola palabra que le abre los ojos y le descubre lo que estaba oculto a su mirada; le dice: “María”. Es entonces cuando la Magdalena descubre que es Jesús el que le habla: reconoce al Maestro cuando es llamada por su nombre. Estaba tan lejos de pensar que era el mismo Jesús que no reconoce el modo de hablar, ni aquel acento tan querido y conocido hasta que escucha su propio nombre. Entonces exclama: ¡Rabbuni! Jesús llena de gozo a aquella mujer colmada de dolor. Y, desde aquel momento, la noche de su alma se transforma en un día que no podía ni soñar. Su fe será más parecida a la de María Santísima, será la fe de quien ha visto a Cristo resucitado.

Jesús le da el encargo de ir a los suyos, y la antigua pecadora se convierte en testigo anunciando a los Apóstoles la resurrección de Jesús. Parece que el Maestro quiere que aprendan una nueva lección: tendrán que

experimentar la dificultad para creer sólo por el testimonio de otra persona, que, además, antes fue pecadora.

María Magdalena se convirtió, y partiendo de muy abajo llegó muy arriba; de ella habían salido siete demonios, pero, convertida, su fidelidad no teme a la cruz y es apóstol primera de la Resurrección. Se humilló y Dios la eleva. Jesús se vuelca en aquella alma humilde, y ella responde con una entrega incondicional al Maestro, aprovechando lo mejor de sí misma: su capacidad de amar. Esa cualidad le había conducido al pecado, y ahora – con la gracia de Dios– le sirve para amar a Dios de un modo total. La pecadora será santa.

La voz de Jesús llamándola por su nombre debió resonar para siempre en sus oídos. Ahora definitivamente ya es otra mujer. Si la pecadora desapareció con el arrepentimiento de la primera unción, también quedó superada la debilidad de la mujer que llora porque no acaba de entender a Jesús que no cura a Lázaro cuando era el momento oportuno, y también desaparece la mujer que llora en la cruz o en el sepulcro la muerte de su Señor. Ahora ya es María de Jesús resucitado. El alma de María Magdalena es un alma que vive una vida plena, que ni podía soñar cuando se decidió a cortar con su vida de pecado.

Pedro y Juan

La Magdalena corrió al Cenáculo para avisar a Pedro y Juan de que el sepulcro estaba vacío. Pedro y Juan corren sobresaltados para ver qué ha sucedido. No piensan, ni de lejos, en una posible resurrección. Sus mentes están todavía oscurecidas; su memoria no recuerda algo tan importante en la enseñanza de Jesús, y tantas veces repetido. Pero corren; no caminan, corren; la impaciencia, el sobresalto, el miedo a una profanación de aquel cuerpo que tanto han querido, les empuja. “Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro. Se

inclinó y vio allí los lienzos plegados, pero no entró. Llegó tras él Simón Pedro, entró en el sepulcro y vio los lienzos plegados, y el sudario que había sido puesto en su cabeza, no plegado junto con los lienzos, sino aparte, todavía enrollado, en un sitio. Entonces entró también el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro, vio y creyó. No entendían aún la Escritura según la cual era preciso que resucitara de entre los muertos. Los discípulos se volvieron de nuevo a casa” (Jn).

Al llegar al sepulcro ven la piedra a un lado y nadie alrededor. Miran al interior y ven a la luz de la mañana la sábana que habían colocado para envolver el cuerpo de Jesús en su sitio, como vaciada de lo que contenía. Esta sábana cubría el cuerpo por delante y por detrás doblándose por la cabeza. El sudario estaba en el lugar correspondiente a la cabeza, como si se hubiese esfumado el cuerpo de su interior y todo lo demás permaneciese en su sitio. Juan, al ver esto, cree; no necesita ver más, se le hace la luz en la mente. Pedro no sale de su sorpresa.

Pocas cosas podían haber sucedido: o se lo habían llevado sus enemigos, o alguno de ellos, cosas ambas impensables; o estaba vivo. Pero esto era muy difícil de creer. A él no lo han visto, nadie lo ha visto. ¿Qué ha pasado? Y vuelven al cenáculo.

Primera aparición a los discípulos

Y allí irán acudiendo los demás. Al caer la tarde están reunidos diez de los apóstoles. Judas se ha ahorcado y Tomás no aparece. Todos están desconcertados. Pedro y Juan explican su experiencia del sepulcro vacío. Al poco, llegan las mujeres con el mensaje del ángel. No saben si creerles. No mucho más tarde llega la Magdalena. Sus palabras son de fuego y, llena de luz, se lo cuenta todo, también el por qué de su gran gozo; las huellas de dolor se han borrado de su rostro, y va a buscar a María. Pero ellos no saben qué pensar; quizá se refugian en el escepticismo, burlándose de la imaginación de las mujeres. “Y les pareció como un desvarío lo que habían

contado, y no les creían” (Lc). Aún les ofusca el misterio de la muerte en sus corazones y en su mente. Han sido muy fuertes las experiencias del viernes santo. Han visto el cuerpo de Jesús agujereado y destrozado, han comprobado su rigidez al desclavarlo; lo han limpiado, lo han colocado en el sepulcro de José. Han movido la enorme piedra. Además temen a los judíos que en cualquier momento pueden ir a por ellos. Están en un estado de gran confusión. Y Jesús, si se ha manifestado a la Magdalena, ¿por qué no también a ellos? ¿Han sido demasiado culpables y cobardes? ¿Son, acaso, peores ellos que esta María?

Y entonces tiene lugar la gran prueba: “Al atardecer de aquel día, el siguiente al sábado, estando cerradas las puertas del lugar donde se habían reunido los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús, se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz sea con vosotros” (Jn). Los ojos parece que se les salen de las órbitas. ¡Imposible! ¿Es el mismo Jesús? Las puertas no estaban abiertas... Y les da la paz. No es el saludo de siempre, ahora se trata de la paz verdadera, ésa que el mundo no puede dar. Después de la gran batalla, la gran victoria y la gran paz. La paz del que ha vencido al diablo, del que ha vencido al pecado, la paz del que ya está más allá de la muerte. Y esa paz les llega a ellos. Es como un perdón por sus insuficiencias.

“Y dicho esto les mostró las manos y el costado. Al ver al Señor se alegraron los discípulos. Les dijo de nuevo: La paz sea con vosotros” (Jn). Le miran y no se cansan de mirarle; le tocan, y en verdad es su Jesús, el de siempre, pero con esas heridas tan conocidas, bien abiertas, pero luminosas, como las condecoraciones del que ha luchado con heroicidad.

Y habla Jesús: “Como el Padre me envió así os envío yo. Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos” (Jn). En la cruz Jesús había entregado el Espíritu Santo al mundo. El que ha de abrir el mundo divino al mundo humano, el santificador, el amor personal, originado eternamente por la efusión del Padre en el amor, también eterno, del Hijo, el don del Padre y el don del

Hijo. Ahora se lo da a ellos de una manera especial. En el soplo y las palabras concreta más su misión de sacerdotes de la Nueva Ley: les da el poder de perdonar los pecados, de juzgar desde la misericordia.

El poder de perdonar los pecados, que sólo tiene Dios, se encomienda a unos hombres claramente frágiles. A través de ellos los pecadores podrán tener una garantía de que Dios les ha sanado el alma. La Iglesia será una gran fuente de perdón.

Por si aún tenían dudas el Señor les insiste en que pueden tocar su cuerpo, pues no es un espíritu sino que tiene carne y huesos. “Como no acabasen de creer por la alegría y estuvieran llenos de admiración, les dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer? Entonces ellos le ofrecieron parte de un pez asado. Y tomándolo comió delante de ellos” (Lc). Ellos no pueden comer, sólo saben mirar y en sus almas se va haciendo la luz. Verdaderamente ha resucitado, vive, ha triunfado sobre la muerte. Ésta es la gran victoria. Ahora empiezan a entender todo. Y se enciende en sus corazones el deseo de preguntar para comprender todo lo que ha sucedido.

Los dos de Emaús recuperan la esperanza

Aquella tarde dos discípulos van de Jerusalén a Emaús, a pocas horas de camino de la Ciudad Santa. Van tristes, bajo el peso de la mayor de las decepciones: el Maestro acaba de ser crucificado como un malhechor, y ahora todos los suyos se dispersan sin saber dónde ir. Si el único que tenía palabras de vida eterna había muerto, ¿qué iba a ser de ellos?

Andaban –eran dos, un tal Cleofás y otro– contándose entre sí una y otra vez todo aquel desastre, el fin de la gran esperanza. Sin duda se han equivocado: Jesús debió ser profeta, pero no el Mesías. Los de Emaús son una muestra muy clara del estado de ánimo de la mayoría en el día de la resurrección. Han perdido la esperanza y se vuelven a sus casas, porque su

fe era insuficiente. Están tristes, como desencantados. Cuando en aquel terrible viernes Jesús, en vez de subir al trono de David, fue levantado sobre la cruz, sintieron sus discípulos el derrumbamiento de gran parte de sus esperanzas. Carecían entonces de la fe para pensar en las promesas de Jesús acerca de su resurrección.

Sin embargo, su fe no se desmoronó por completo. Habían visto con claridad meridiana el dedo de Dios en la vida y en las obras de Jesús. En el fondo de su alma permanecían unidos a Jesús; su fe, aunque conmocionada, no había sido enteramente destruida. Y esto es lo que, verdaderamente, quedó destruido y aniquilado: la forma terrena y humana de su testarudez y sus miras egoístas. La idea de un Mesías poderoso y dominador, que debía subir cuanto antes al trono de David, se desvaneció a la vista de la cruz y del sepulcro sellado. Al mismo tiempo, se esfumaron también las esperanzas, los ensueños egoístas que habían iluminado su presente y, más todavía, el futuro inmediato que con aquel reinado humano parecía venir. Lo que no consiguió Jesús en vida, lo obtuvo agonizante y muerto, curándoles definitivamente de su fe ingenua y pueril en un camino de gloria según la fantasía humana, alejado del camino de la cruz. En su alma se formó un vacío, quedando así espacio libre para la sabiduría divina que es locura para el mundo.

Jesús se manifiesta como un desconocido caminante que entabla conversación con aquellos hombres desanimados. No adopta un aspecto deslumbrante con su cuerpo glorioso, sino que quiere conseguir su recuperación poco a poco. Para ello comienza por hacerles hablar. Quiere que manifiesten su versión de los hechos sucedidos. “Y les dijo: ¿Qué conversación lleváis entre los dos mientras vais caminado? Y se detuvieron entristecidos. Uno de ellos, de nombre Cleofás, le respondió: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días? Él les dijo: ¿Qué ha pasado?” (Lc). El tono de la conversación es amable. Están tristes, desalentados, pero no son hoscos, ni se encierran en el mutismo.

“Y le contestaron: lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y ante todo el pueblo” (Lc). No llaman Mesías a Jesús, sino simplemente profeta, ciertamente poderoso, pero desde luego no le llaman Hijo de David, y menos aún Dios y Hombre verdadero. Están decepcionados de Jesús. Luego cuentan “cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados lo entregaron para que lo condenaran a muerte y lo crucificaron” (Lc).

Hasta que llegan a la raíz de su decepción: “Sin embargo nosotros esperábamos que él sería quien redimiera a Israel” (Lc). Por eso dicen: “Pero, con todo, es ya el tercer día desde que han pasado estas cosas. Bien es verdad que algunas mujeres de las que están con nosotros nos han sobresaltado, porque fueron al sepulcro de madrugada y, al no encontrar el cuerpo, vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles, los cuales les dijeron que está vivo. Después fueron algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como dijeron las mujeres, pero a él no le vieron” (Lc).

La reacción del forastero a estas explicaciones es rotunda: “¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas” (Lc). Cleofás y su compañero se debieron detener al oír estas palabras. Aquel desconocido les llamaba ignorantes y testarudos. Pero no pueden enfadarse con aquel hombre que les increpa sin querer humillarles: lo perciben en su voz; lo ven en su gesto y en aquella mirada llena de cariño. Entonces escuchan las palabras de aquel peregrino: “¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria? Y comenzando por todos los Profetas les interpretaba en todas las Escrituras lo que se refería a él” (Lc).

La exposición debió ser más larga, pero hay algo que no es fácil captar por la letra escrita: es el tono de la conversación. De hecho los de Emaús se dicen entre ellos cuando Jesús desaparece: “¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc). Jesús los entusiasma, poco a poco ha ido elevando la temperatura espiritual, y la luz se va haciendo en sus

mentas mientras vuelve el fuego a sus corazones. Jesús empieza por los libros atribuidos a Moisés, después continúa con los salmos que hablaban del Mesías, se detendría en Ezequiel y los demás; pero, sobre todo, el calor de sus palabras se haría más intenso al recordar a Isaías, cuyas descripciones del Siervo de Yahvé daban la impresión de ser las de un espectador de la Pasión.

Al hilo de la conversación llegaron a Emaús por la bien preparada calzada romana; es entonces cuando Jesús tiene un detalle revelador de cómo nuestro Dios respeta la libertad del hombre. “Llegaron cerca de la aldea a donde iban, y él hizo ademán de continuar adelante” (Lc). Jesús no impone ni su compañía ni su doctrina. Si hubiesen estado disconformes o irritados con aquel forastero nada hubiera sido más fácil que una despedida, y nunca más sus vidas hubiesen vuelto a encontrarse. Pero las palabras de Jesús han sembrado de luz el alma de aquellos hombres, y la esperanza comienza a aflorar de nuevo. Están a gusto con el desconocido, y se lamentan de que hayan llegado tan pronto a la meta de su caminar. Saben estar a la altura de las circunstancias, pues le dicen a Jesús: “Quédate con nosotros, porque ya está anocheciendo y va a caer el día” (Lc). Es una de las súplicas más conmovedoras del Evangelio. Oscurece (¿quién ha de tener miedo a la oscuridad, los de Emaús o su compañero misterioso?), y después de aquel coloquio ambulante, ahora que todo son sombras, lo necesitan.

Jesús se queda. “Y estando juntos en la mesa tomó el pan, lo bendijo, lo partió, y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su presencia. (...) Y al instante se levantaron y regresaron a Jerusalén, y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón. Y ellos contaban lo que les había pasado por el camino, y cómo le habían reconocido en la fracción del pan” (Lc). Ya no hay oscuridad, ya no hay tristeza, todo es luz. Por fin ven claro. Jesús ha resucitado y les quiere, les perdona, les explica lo que ha pasado y lo que ellos no podían ver. Y exultan de gozo en la nueva vida de Jesús que ya es vida para ellos en sus almas.

El domingo siguiente

¿Por qué no estaba Tomás allí el domingo de resurrección? Cuando todos huyen, Tomás sufre un gran desconcierto, reacciona a su modo, quizá muy similar al de Pedro, y da vueltas en torno a los lugares donde estaba el Señor. Nada puede hacer para librar al Maestro, quizá sólo gritar ante el Pretorio de Pilato mezclado entre la muchedumbre que pide su muerte. Luego ve a Jesús llevando la cruz y la enfurecida multitud que le insulta. Cada paso en la Pasión es un golpe que desmonta sus esquemas mentales y demasiado humanos. Debió seguir a Jesús y se acerca al lugar de la crucifixión, donde muchos insultan y se mofan de Cristo. Por fin, cuando todos huyen al desaparecer el sol y temblar la tierra, quizá observó, sin atreverse a acercarse –estaba avergonzado de su falta de valentía– el descendimiento del cuerpo del Señor llevado a cabo por José de Arimatea, Nicodemo y Juan. Entonces vio los agujeros de los clavos y de la lanza en el cuerpo de Jesucristo y se desmoronó la fe y la valentía que le quedaban aún. Por eso no se atrevió a volver con los suyos.

Su intrepidez, unos días antes, al animar a todos a ir con Jesús aunque fuera hasta la muerte fue sincera; pero había presunción. Tomás había confiado mucho en sus fuerzas y en su amor en el Maestro. Sus declaraciones le traicionan, y el que más pretendió, más se hundió. Quiso ser el más valiente, y se siente el más humillado, y por eso no se atreve a volver con los demás. Estaba destrozado, roto, humillado.

Tomás no estaba con los demás en el Cenáculo el domingo de Resurrección por la tarde. Parece probable que los diez apóstoles, o alguno de ellos, buscara al desanimado Tomás para ayudarlo a volver al redil. Habían escuchado directamente del Maestro la alegoría del Buen Pastor, y podían unir la solicitud por la búsqueda del hermano perdido con el encuentro deseado con el amigo que sufre. La amistad siempre ha sido el principal instrumento apostólico; pero ahora se trata de demostrar un cariño

que no retrocede ante el error o la vacilación. Y Tomás lo estaba pasando muy mal.

La alegría de los Diez, y la de las mujeres, unida a la serenidad gozosa de María Santísima –la que nunca dudó– contrastarían con el aspecto taciturno y dolorido de Tomás. Por así decirlo, Tomás no se perdona a sí mismo el haber sido cobarde, y casi traidor, pues así se considera él a sí mismo. Y, como suele ocurrir, la tristeza formaría como un velo en su mente que le impide ver con claridad lo que ocurre a su alrededor.

Los demás discípulos le anuncian el gozo de la resurrección con una cierta exaltación: “¡Hemos visto al Señor!” (Jn). Es comprensible que uniesen toda clase de datos a sus impresiones. Las conversaciones se superpondrían unas a otras. Pero Tomás permanece aferrado a su tristeza y les responde: “Si no veo la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en la señal de los clavos y mi mano en su costado, no creeré” (Jn).

Es muy posible que su resistencia a creer a sus amigos se debiera más al orgullo herido que al racionalismo. Se creía tan valiente que su cobardía se convierte en una herida difícil de cerrar. Se había confesado fiel y amador del Maestro, pero falló. Y se aferra a los sentidos, como no queriendo engañarse de nuevo. No quiere que su capacidad de entusiasmo se desborde de nuevo y vuelva a caer tan bajo como se encuentra ahora. La duda de Tomás es fruto más de orgullo herido que de incredulidad. Tomás es un valiente derrotado, que no sabe perder.

El domingo siguiente “estaban de nuevo dentro los discípulos y Tomás con ellos. Estando cerradas las puertas, vino Jesús, se presentó en medio y dijo: La paz sea con vosotros” (Jn). Tomás debió sentir que todo se agitaba en su interior: ¡era verdad lo que le habían dicho los suyos! Y un nuevo dolor se sumó a los anteriores que rompían su alma: “No he sido capaz de creer a mis hermanos”, “he fallado una vez más”. Pero ahora la alegría de ver de nuevo a “su” Jesús disipa el desaliento, y la luz divina llega dentro, porque hondo era el dolor y la oscuridad que le acongojaban.

Entonces Jesús se dirigió a él personalmente: “Después dijo a Tomás: trae aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente” (Jn). Y llega la luz a la mente antes en penumbras: “Jesús no sólo es el Maestro bueno, o sólo el Mesías, ¡es verdaderamente Dios!” Y tocando las llagas dijo: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn). Es el acto de fe más extraordinario y explícito de todos los evangelios. Pedro había declarado que Jesús era el Hijo de Dios vivo, pero ahora Tomás, viéndole a él, resucitado, tocando su cuerpo, declara que Jesús es Dios. No se puede expresar de modo más claro la divinidad del Maestro. Una vez más, de los males Dios saca bienes, y de los grandes males grandes bienes. Si la incredulidad de Tomás fue grande, mayor fue su acto de fe.

Dios permitió las dudas de Tomás para dejar un signo a los que viniesen detrás. Algunos no creen, aunque vean. Basta pensar en los testigos de los milagros. Otros creen sin ver nada. Tomás es como la ayuda sensible para los que piden algunas pruebas de que el cuerpo del Resucitado es real, tangible, aunque glorioso. Tomás tocó a Cristo como Hombre, y creyó en Jesús como Dios.

El leve reproche de Jesús a Tomás es un aliento para la fe de los que vendrán: “Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin haber visto han creído” (Jn). En las palabras de Tomás es posible ver, junto al acto de fe, un acto de contrición: dolor de amor, por no haber sabido estar a la altura de la circunstancias. La paz inundó su alma. Pudo comprobar cómo la fe está unida a la caridad. Y junto a la luz de la fe que experimentaba, comprobó la dulzura de la caridad divina que le perdonaba y le introducía en la vida nueva ganada por Jesucristo. Tomás era ya un hombre nuevo.

La pesca de los ciento cincuenta y tres peces grandes

A los pocos días de su segunda conversión, algunos de los apóstoles están junto al lago de Galilea. Son hombres nuevos, creyentes firmes, almas reconciliadas, y están en el lugar de su primera vocación. Lo que les rodea es lo mismo, pero ¡es tan distinto! Han cambiado sus ojos. Y un gozo no disimulado les lleva a contemplar las barcas y las redes que en su día dejaron. ¡Qué poca cosa es lo que se le pidió para lo mucho que ha recibido!

“Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, Natanael, que era de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos” (Jn). Probablemente su subida a Galilea se debiese al mandato de Jesús de avisar a muchos de los creyentes para que se dirigiesen a Jerusalén. Cuarenta días después de la resurrección se reunieron en la Ciudad Santa más de quinientos hermanos; muchos de ellos avisados por los apóstoles que se distribuirían el trabajo de reunir a los demás fieles.

Mientras cumplen esta tarea se detienen junto al lago y Pedro comenta: “Voy a pescar. Los demás dijeron: Vamos también nosotros contigo. Salieron, pues, y subieron a la barca” (Jn). Es fácil imaginar la felicidad de aquellos hombres con la iniciativa de Pedro. Toman la barca, comprueban todos los instrumentos de navegación. Las redes, los remos, la vela, los aparejos, el ancla, los cabos y demás enseres. Todo está a punto. Navegan como recordando viejos tiempos. Reman hacia el lugar que les parece más propicio para la buena pesca, echan las redes, reman en círculo, recogen la red y, entonces, comprueban con sorpresa que no han pescado nada. ¿Será posible que en tan poco tiempo hayan perdido tanto el oficio? Pero no hay que desanimarse. Vuelven a realizar las mismas operaciones, y de nuevo nada. Buscan otro lugar. Intentan recordar su antigua destreza, pero ninguna pesca entra en sus redes. Así fueron pasando las horas, y “aquella noche no pescaron nada” (Jn).

“Llegada ya la mañana, se presentó Jesús en la orilla; pero sus discípulos no sabían que era Jesús” (Jn). El lugar se llama Tabigha, y en él se encuentran hoy algunas fuentes y árboles altos de un modo casi igual a como estarían en tiempos del Señor. El sol de la mañana sale de modo que

da en la espalda al que se encuentra en la orilla y de cara a los pescadores que estaban como a unos ochenta metros de distancia. ¿Fue ése el motivo por el que no reconocieron al Señor, o fue que él prefirió adoptar un aspecto distinto para no ser conocido? Lo cierto es que no le reconocen.

El desconocido les dirige una petición: “Muchachos, ¿tenéis algo de comer? Le contestaron: No” (Jn). El extraño desconocido les da un consejo, casi un mandato, que podía haber provocado enojo: “Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis”. Y, contra toda lógica, pues era de día ya, y todos los esfuerzos en las horas mejores habían resultado estériles, “la echaron”. Entonces la red se llenó “y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces” (Jn). Jesús pide para dar.

Las reacciones de los apóstoles fueron variadas. Juan reconoce al Señor. Pedro se lanza nadando al agua para ganar la orilla cuanto antes. Tomás y los demás llevan la barca al puerto cercano arrastrando la red, que no se rompía a pesar de la pesca abundante. Todos coinciden en darse cuenta de que se trata de una pesca milagrosa similar a aquella primera que decidió la vocación de algunos de ellos.

Fijémonos en los detalles: “El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces”, exactamente “ciento y cincuenta y tres peces grandes. Y aunque eran tantos no se rompió la red” (Jn). El hecho de echar la red a la derecha tiene su significado. Dos veces mandó echar las redes: la primera cuando escogió a sus discípulos; la segunda, después de haber resucitado. Era la primera pesca un símbolo de la Iglesia en su estado actual. No precisa si se ha de echar a la derecha o a la izquierda. La segunda será más específica. Los peces son los hombres buenos y malos, que habían de andar juntos en el seno de la Iglesia, a través de los siglos. Entonces se habían llenado dos barcas, hasta el punto de sumergirse; no se hundieron, pero sí peligraron, un símbolo del peligro que había de correr la disciplina cristiana por la multitud que recogería en su seno. Más aún, las redes se desgarraron: ¿Qué significaban las redes rotas sino las fisuras, los cismas y aún las rupturas del futuro? La segunda pesca, en cambio, es

figura de la Iglesia triunfante, la Iglesia celestial, los que se salvan definitivamente, los santos, los elegidos entre los muchos llamados. Por eso indica el evangelista su número exacto y su tamaño.

Pedro –impulsivo siempre– se arroja al mar para llegar antes a la orilla. Los demás arrastran la red a tierra, y se reúnen con Pedro y Jesús, que les dice: “Venid a comer” y les ofrece el pez y el pan puestos en las brasas.

La confirmación del primado de Pedro

El momento será inolvidable. Están los ocho alrededor de las brasas. Tienen frío y hambre, aunque no se atreven a comer. Jesús les anima sonriendo. El ambiente tiene un clima familiar y cálido propicio para las confidencias. Jesús va repartiendo el pan, como un recuerdo del pan de cada día prometido. Sólo una vez finalizado el almuerzo, cuando todos hubieron reparado sus fuerzas, el Maestro comenzó a hablar. Le gusta hacerlo en esa intimidad. Jesús se dirige a Simón para confirmarle en la vocación de apóstol y otorgarle el primado. La conversación está llena de matices, pues en ella se mezcla la ternura, el perdón y la llamada a una mayor entrega. Y ocurre a orillas del mismo lago donde tres años antes le había dicho: “Sígueme”, y dejándolo todo, le había seguido.

Jesucristo interroga a Pedro, por tres veces, como si quisiera darle una repetida posibilidad de reparar la triple negación. La primera pregunta se inicia con el nombre antiguo de Pedro, al decirle Jesús: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?” (Jn). Pedro debió sentir un sobresalto al sentirse llamado Simón, aunque no era infrecuente que Jesús lo hiciese; pero sintió como si le dijera: “Acuérdate de tus orígenes. Si quieres puedes volver a tu tranquila vida anterior. ¿Te acuerdas de tus antiguas preocupaciones?” Y Pedro lo recuerda todo, incluidas sus negaciones.

“Sí, Señor, tú sabes que te amo” es la respuesta de Pedro, quizá pronunciada en voz baja. ¡Qué lejos quedan los alardes de entusiasmo y fervor! Pero no es menos sincero que antes. Ahora Pedro no se ha atrevido a responder a todo lo que el Señor le preguntaba; por esto respondió “Yo te amo”, sin decir “más que estos”. No quiso exponerse de nuevo. El podía responder de su propio corazón; no debía ser juez del corazón ajeno. La lección de humildad ha sido aprendida: debe confiar mucho en Dios y poco en sí mismo si quiere ser fiel, y, desde luego, no compararse con nadie.

“Apacienta mis corderos” es la respuesta de Jesús. En las tres ocasiones que interroga a Pedro sobre su amor confirma su misión como pastor a semejanza de Cristo. Las dos siguientes dice el Señor: “Pastorea y apacienta mis ovejas”. Los matices son importantes. Lo primero es nombrarle pastor. Al llamarle después de la primera pesca milagrosa le dice que será “pescador de hombres”, ahora le nombra “pastor”. Cristo nunca habla de sí mismo como pescador, en cambio muy frecuentemente se muestra como “el buen pastor”, el que cuida las ovejas, el que busca buenos pastos, y defiende el rebaño de los lobos; no es un asalariado que huye ante el peligro, llama a cada oveja por su nombre, va delante de ellas; las ovejas conocen su voz pues es el pastor único que forma un sólo rebaño. Pedro será Pastor del rebaño de Cristo.

¿Qué diferencia hay entre el pescador y el pastor? Los dos son oficios significativos por lo que simbolizan. El trabajo de pescador es difícil: salen habitualmente de noche, pasan frío y se cansan, las capturas no son seguras, los peligros son grandes, y las tormentas dan inseguridad a sus vidas. El pescador no debe cuidarse de las crías de los peces, no necesita buscarles alimento, ni defenderles de depredadores que les persigan; si la tormenta es muy fuerte no sale a la mar. No así el pastor, pues su trabajo es de tiempo completo, noche y día. Deberá buscar pastos, curar las ovejas heridas, buscar a las perdidas, defenderlas de los lobos, colocarlas en el redil, conocerlas por su nombre. Es un trabajo de dedicación completa.

La distinción entre ovejas y corderos también nos da una luz sobre el modo en que Jesús invita a Pedro a ejercer este servicio de regir la Iglesia.

Los corderos son las crías de las ovejas. Quizá el Señor le quiere decir: “Cuida de los que son firmes en la fe y traen a otros a la vida, y no descuides a los menores que deben crecer en vida espiritual”. “Apacienta mis corderos” viene a significar: fortalece a los débiles y enseña a los que se inician en la vida cristiana. Y sin descuidar a los que son fieles y dóciles como las ovejas, pues sería una tentación perversa descuidar a los buenos por dedicarse a los difíciles. Una cosa no debe llevar a desatender la otra. No cuidar bien a los que se consideran seguros puede ser una imprudencia unida a una injusticia que lleve a perder a los fieles: algo así como tomar el pan de los hijos para dárselo a los extraños.

La primera negación fue fruto amargo de la presunción. La primera pregunta del Resucitado confirma la curación del apóstol. La segunda negación fue más honda, pues llevó consigo juramentos. De ahí la insistencia y “de nuevo preguntó por segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Le respondió: Tú sabes que te amo”. Esta pregunta nos revela las hondas raíces del pecado en el hombre. No se puede curar un cáncer con medicamentos caseros, aunque sean buenos. El pecado original debilitó mucho al hombre. Todo hombre experimenta malas tendencias, y aún no las conoce todas. Eso es lo que sintió Pedro. La honda raíz de la herida necesitaba una cura profunda, por eso Cristo insiste en el amor, y Pedro repite su amor sincero, aunque sea débil.

Y cuando por tercera vez Cristo pregunta a Pedro quizá éste pensó que Jesús ha perdido la confianza en él. “Le preguntó por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció porque le preguntó por tercera vez si le amaba, y le respondió: Señor, tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo”. La respuesta refleja tristeza, pero no rebeldía. Pedro es consciente de su fragilidad. Por eso al decir a Jesús que él lo sabe todo, le está confesando: “Sí; es verdad que prometí y no cumplí, que me vanagloriaba de ser más valiente que los otros, que pensaba quererte más que los demás; cuando te negué te rechazaba con fuerza..., pero Tú me has perdonado y, a pesar de mis pesares, mi amor es sincero, te quiero de verdad”.

Sí, Pedro ha acertado en el acto de contrición. Su arrepentimiento es verdadera contrición –dolor de amor–, no es fruto del temor, ni pena por verse tan poca cosa, sino sufrimiento por haber ofendido a quien ama con todas las veras de su alma. Jesús sabía lo que Pedro afirmó, y lo sabía mejor que él, pero quiere que lo diga, pues sabe lo conveniente que es al hombre, y más si es pecador, expresar las cosas con palabras. Entre los que se aman no caben secretos; y si algo falla, el diálogo hasta el fondo permite una reconciliación que lleve a una unión todavía mayor. Eso hizo Pedro con un arrepentimiento sincero, lleno de dolor de amor.

Entonces Jesús vuelve a confirmar el encargo primero de pastor: “Apacienta mis ovejas”. Son las ovejas de Jesús, no las de Pedro. Son los corderos que ya han crecido y han madurado en la fe. A Pedro es a quien ordena Jesús apacentar y gobernar toda la grey, los pequeñuelos y las madres, y hasta los mismos pastores.

Entonces Jesús concluye: “En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven te ceñías tú mismo e ibas donde querías; pero cuando envejecas extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras”. El propio Juan, que murió mucho más tarde, aclara en su evangelio el sentido de estas palabras: “Esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios” (Jn). Según la tradición, San Pedro siguió a su Maestro hasta morir crucificado cabeza abajo en la persecución de Nerón en Roma, donde descansan sus restos.

Jesús le recuerda que gobernar en la Iglesia, apacentar su rebaño, es llevar la cruz. Pedro ya puede vivir la nueva libertad de los hijos de Dios; por eso, cuando pregunta con sencillez qué sucederá con Juan, Jesús le responde: “Tú, sígueme” (Jn). ¡Qué distinto es este *sígueme* del primero con el que dejó todas las cosas! Antes pensaba que dejaba todo para seguir a Jesús, y esa era su intención. Ahora ya sabe en qué consiste esa entrega: ser como Jesús, ser “otro Cristo”, “el mismo Cristo”. Jesús es humilde y se da en la cruz con una entrega plena al Padre y a todos los hombres. A Pedro aún le queda camino, pero ya sabe recorrerlo al ritmo de Dios.

El mandato de ir a todo el mundo

Los once apóstoles se reunieron en Galilea, donde había tantos discípulos del Señor. Se dirigen a un monte, que pudo ser el Tabor o quizá el de las bienaventuranzas, no lo sabemos con certeza. Allí Jesús les da una misión importantísima. “Los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y, al verlo, le adoraron; pero otros dudaron. Y acercándose Jesús les habló: Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt).

Jesús poseía una misión del Padre que era realizar la redención para la salvación de los hombres. El Hijo, junto al Padre, envía al Espíritu Santo para que de vida divina a los hombres. Ahora va a hacer partícipes de esa misión a los discípulos, y les da el mandato apostólico de difundir la palabra y la vida que él mismo ha conquistado.

Esta misión no tiene límites en el espacio: abarca a todos los pueblos de todos los tiempos. Los discípulos quedan consternados por la grandeza de la vocación. Deben abrirse a todas las culturas de todos los hombres. El mundo se hace pequeño. La salvación ya no se refiere sólo al privilegiado pueblo de Israel, sino a todos los pueblos con tantas tradiciones religiosas distintas. Esta misión es un mandato imperativo, no sólo un consejo. Tienen la obligación de realizarlo. Y no sólo se refiere a los apóstoles sino que se dirige a todos los creyentes. Sus vidas no pueden reducirse a vivir una vida interior intensa, pero aislada. Deben abrirse al mundo y difundir la verdad de Jesucristo.

Pero no sólo predicarán la verdad, sino también deben bautizar a los que crean, y en el nombre de Dios en sus tres divinas personas: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Bautismo será la puerta de entrada en la Iglesia, después vendrá el despliegue de toda la vida divina de la gracia en el alma. Pero, de momento, a los bautizados se les perdonan los pecados, y se les da la vida conquistada por Cristo en la cruz, la vida resucitada de Jesús, una vida para no morir. El nuevo Pueblo de Dios se constituirá a partir de ese Bautismo que conduce a los demás misterios de vida, cuyo culmen es la Eucaristía.

Esta misión tiene límites en el tiempo, pues concluirá en el fin del mundo, cuando Jesucristo venga en toda su gloria y sus ángeles con él. Entonces la muerte será definitivamente vencida y se constituirá el Reino en toda su perfección.

No deben tener miedo ante la grandeza de la misión, pues se dará siempre la presencia de Cristo entre los cristianos. Nunca estarán solos, ni abandonados, aunque, en ocasiones tengan que experimentar la cruz como Jesús. Es más, vencerán enemigos poderosos. “El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, se condenará. A los que crean acompañarán estos milagros: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes y, si bebieran algún veneno, no les dañará; impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán curados” (Mc). La salvación llegará por el diálogo con Dios, que es la fe, y por el bautismo; el rechazo consciente de Cristo es la condenación. La urgencia de la difusión apostólica es grande, y los enemigos, simbolizados en serpientes y venenos, serán superados; es más, vencerán a los demonios y hablarán lenguas nuevas. Los horizontes de aquellos primeros, que eran pocos, como el fermento de la masa del mundo, se amplían al máximo. Es una verdadera aventura interior y exterior.

Ultima aparición en Jerusalén

Después de reunirse con los de Galilea, Jesús se apareció a los de Jerusalén con palabras siempre consoladoras. “Y les dijo: Esto es lo que os decía cuando aún estaba con vosotros: es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. Y les dijo: Así está escrito: que el Cristo tiene que padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que se predique en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Y sabed que yo os envío al que mi Padre ha prometido. Vosotros, pues, permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto” (Lc). Eran palabras de victoria.

Les habla, y les da también una don de lo alto para entender. Las palabras de las Escrituras se unen a las gracias del cielo, y comprenden todo con nueva luz. Es como un salto enorme en la fe, que antes estaba demasiado apegada a los esquemas humanos, y debe introducirse en la mente de Dios. Ahora pueden ver todo desde lo alto y saborear el amor de Dios Padre, el amor del Hijo con la luz del amor del Espíritu Santo.

Ahora ya pueden ser testigos, pues no sólo han visto, sino que además comprenden lo que ha pasado. Entienden ya la lógica de Dios, tan distinta de la del mundo. Ahora los hombres podrán conocer por sus palabras y sus vidas que ha llegado la salvación como había sido profetizado. De momento, se les pide que esperen en Jerusalén. Y ellos con el gozo de la resurrección, y con la luz en la mente y el corazón, esperan, pues ya saben que Dios tiene sus tiempos para manifestar la plenitud.

Cuarenta días

El tiempo que vivió Jesús con los discípulos antes de la Ascensión fue de cuarenta días. Casi una vida. Con todo lo experimentado conviven con

Jesús, hablan, preguntan, escuchan. Y Jesús les aclara sin prisas, pero con la luz nueva, su victoria sobre la muerte en la resurrección.

“Después de su Pasión, se presentó vivo con muchas pruebas, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles de los referente al Reino de Dios. Mientras estaba a la mesa con ellos les mandó no ausentarse de Jerusalén, sino esperar la promesa del Padre: La que oísteis de mis labios: que Juan bautizó con agua; vosotros, en cambio, seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días.

“Los allí reunidos le hicieron esta pregunta: ¿Es ahora, Señor, cuando vas a restaurar el Reino de Israel? El les contestó: No es cosa vuestra conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (Act).

Algunos le preguntaron sobre el Reino y su restauración. Ese Reino se realizará en las almas con la colaboración de la gracia de Dios y de la libertad. Después se extiende a través de la acción de los cristianos y del Espíritu Santo en las estructuras humanas. Sólo en la segunda venida de Cristo quedará definitivamente asentado, sin ningún enemigo que pueda ensombrecer su luz. Pero la impaciencia de los hombres continúa. Y Jesús les aclara que están en tiempos de misericordia y que Dios tiene sus planes para los hombres. De momento lo que deben hacer es ser fieles a todo lo que conocen, y extender la buena nueva de la salvación hasta los confines de la tierra. Dios quiere salvar a los hombres, pero contando con la colaboración humana. Es un tiempo de misericordia, pero también de la libertad de gloria de los hijos de Dios.

Ascensión

“Y después de decir esto, mientras ellos miraban, se elevó, y una nube lo ocultó a sus ojos” (Act). Se elevó alzando las manos y bendiciéndoles (Lc). Es el punto final de la vida de Jesús en la tierra. Se completa el ciclo del plan divino. Primero desciende, se hace hombre, y se abaja hasta el extremo en la cruz. Así toma al hombre en su miseria, se hace uno de nosotros en nuestra condición caída, y vence esta situación, pues paga el precio del rescate por el pecado. Vence a la muerte. Al tercer día recibe una vida nueva, una vida para no morir, una vida más divinizada, aunque plenamente humana. Y comienza una nueva humanidad. Ahora se eleva al cielo. Jesús vive junto al Padre también como hombre. La humanidad ha alcanzado en él el máximo progreso, la máxima perfección. Ya no se puede aspirar a más. Y como hombre está a la derecha del Padre, es decir, es rey y juez de toda la creación, cabeza de la nueva humanidad. Cabeza de la Iglesia que es el Cuerpo místico de Cristo, el nuevo Pueblo de Dios peregrinante en la historia hasta su consumación. Se va, pero no abandona a los hombres, pues está presente de muchas maneras. Está en los sacramentos, y está en la gracia que vivifica a los hombres.

“Cuando estaban mirando atentamente al cielo mientras él se iba, se presentaron junto a ellos dos hombres con vestiduras blancas que dijeron: Hombres de Galilea, ¿qué hacéis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que de entre vosotros ha sido elevado al cielo, vendrá de igual manera que le habéis visto subir al cielo” (Act). Y les recuerdan que la plenitud de los tiempos que acaban de comenzar será superada por la segunda venida en gloria de Jesús al final de los tiempos.

Los discípulos vuelven a Jerusalén

“Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que está cerca de Jerusalén, a la distancia de un camino permitido en sábado. Y cuando llegaron subieron al Cenáculo donde vivían Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Zelotes, y Judas el de Santiago. Todos ellos

perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y con María la Madre de Jesús y sus hermanos” (Act).

Tiene sabor de victoria recordar los nombres de cada uno de los apóstoles: son hombres renovados por los sucesos de la vida de Jesús que han experimentado. Y hacen lo enseñado por Jesús: rezar, y estar unidos. Ahora son hermanos con una nueva fraternidad.

Y allí con ellos está María Santísima, la Mujer-Madre, la primera creyente, la que siempre dijo que sí, la que se ha asociado a los misterios de la vida de su divino hijo. Ella es Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo. Más que Ella sólo Dios. Y reza con sus hijos con la sencillez de la nueva vida. Y esperan porque Jesús les ha dicho que esperen, y lo hacen sin impaciencia. Ya han aprendido que el Dios eterno tiene sus tiempos. Y allí, en el Cenáculo, tendrá lugar la venida del Espíritu Santo. Y se renovará todo con una luz aún más intensa, porque en las cosas divinas siempre cabe una mayor intensidad, pues Dios es infinito amor, infinita verdad, infinita belleza.

Ya sabemos quién es Jesús

A lo largo de su vida muchas veces preguntan a Jesús: ¿Quién eres? Ahora ya lo sabemos. Es el Hijo de Dios que ha venido a este mundo a sembrar amor, luz y verdad. Es el Hijo que se hace hombre para entrar en diálogo con los hombres y salvarlos de las garras del pecado. Hemos visto su vida casi día a día, y hemos podido comprobar que el Amor ha vivido entre los hombres. Jesús es el Amado que hace amables a los hombres a Dios Padre. Revela quién es Dios, y revela lo que puede llegar a ser el hombre. Abre las puertas del cielo. Pero para conocerlo de verdad es necesario amarle como lo amó María Santísima y tantos buenos discípulos. Bástenos recordar el himno de Pablo cuando quiere expresar todo el misterio de Jesús en pocas palabras:

“Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, mostrándose igual que los demás hombres, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es el Señor!, para gloria de Dios Padre” (Fil).

O en otro lugar:

“El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y sobre la tierra, las visibles y las invisibles,

ya sean los tronos o las dominaciones,

ya los principados o las potestades.

Él es antes que todas las cosas

y todas subsisten en él.

Él es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia;

él es el principio, el primogénito de entre los muertos,

para que él sea el primero en todo,

pues [el Padre] tuvo a bien que en él habitase toda la plenitud,

y por él reconciliar todos los seres consigo,

restableciendo la paz, por medio de su sangre derramada en la cruz,

tanto en las criaturas de la tierra como en las celestiales” (Col).

Oración mística de Jesús

Corazón de Jesús

Los sentimientos de Cristo.

Cristo tiene una sensibilidad y unos sentimientos como todo hombre. De hecho pone como ejemplo su corazón para imitarle: “aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y tendréis descanso para vuestras almas” (Mt 11.3-5) En los judíos el corazón (leb) indica la intimidad del hombre de donde salen los buenos y malos pensamientos. Jesús tiene una riqueza de sentimientos que manifiesta muchas veces al exterior: llora, se alegra, también siente tristeza y temor, ira santa, y, sobre todo, experimenta el amor de una manera que no es exclusivamente un querer de la voluntad, sino que posee una afectividad llena de riqueza, quiere apasionada y ordenadamente. Lejos está su querer de un modo de ser apático, frío o severo, aunque se indigna justamente ante el pecado o la hipocresía. No hay en Jesús sentimentalismo, pues su querer y sentir contiene toda la riqueza de sentimientos con un orden en el que el amor gratuito está

siempre por encima rigiéndolos. Por eso San Pablo invita a los que le siguen a tener los mismos sentimientos que Cristo tenía en su corazón.

La comunicación de propiedades consiste en que puede atribuirse a Cristo Dios lo que es propio de la naturaleza humana; y a Cristo hombre lo que es propio de la naturaleza divina. Así se puede decir que Dios murió y resucitó; o que un hombre es inmortal y omnipotente.

Debe mantenerse el cuidado de emplear términos concretos, y no abstractos. Así se dice que Dios es hombre, murió, etc., pero sería gravísimo error decir que la divinidad es la humanidad, o que la divinidad murió.

La razón es porque *no todo lo que puede aplicarse a la persona de Cristo, puede aplicarse a la divinidad en general.*

Esta comunicación de propiedades la llaman los teólogos comunicación de idiomas, porque *idioma* quiere decir en griego propiedad; viene del adjetivo, *idios*, que significa propio, particular.

Dios mismo en su armonía perfecta de justicia y misericordia es un inmenso Corazón. La revelación de la intimidad divina es importante para conocer el corazón de Dios, lo más personal. “En la Sagrada Escritura nos encontramos diversos textos que nos muestran a un Dios accesible a los dolores en su relación a los hombres. "Yahvé se arrepintió de haber creado a los hombres y le pesó en el corazón"⁹⁸. "Irritaban al Santo de Israel"⁹⁹. "Por ellos se rebelaron e irritaron su santo espíritu"¹⁰⁰ Ellos "ofenden" a Dios¹⁰¹, le "cansan"¹⁰². No sólo se da el amor con cólera en Dios, sino el amor con clemencia que supera la ira en su interior: "un vuelco ha dado en Mí mi corazón, a una han ardido mis entrañas. No ejecutaré el ardor de mi cólera, no volveré a aniquilar a Efraím, pues soy Dios y no un hombre"¹⁰³ En el humano lenguaje bíblico se desvela la intimidad divina con unos

⁹⁸ Gn 6,6

⁹⁹ Sal 78,41

¹⁰⁰ Is 63,10

¹⁰¹ Dt 4,25

¹⁰² Is 7,13

¹⁰³ Os 11,8-9

sentimientos que tienen un paralelo con los nuestros. Esto se ve muy bien en Jeremías: "¿Es Efraím un hijo favorito, niño de mis delicias para que cuantas veces hablo contra él, me vuelva a acordar de él? Por eso mis entrañas por él se conmueven y he de tener por él piedad -oráculo de Yahvé"¹⁰⁴ También es clásico el texto de Isaías: "dice Sión: Yahvé me ha abandonado. El Señor me ha olvidado. ¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque éstas llegasen a olvidar yo no te olvido. Míralo, en las palmas te tengo tatuada, tus muros están ante mí perpetuamente"¹⁰⁵. La ternura, la compasión, el cariño que no olvida, que sufre ante el dolor del hombre es mostrado por los profetas, Toda la Biblia está llena, de principio a fin, de una especie de lamento apesadumbrado de Dios, que se expresa en aquel grito: "¡Pueblo mío, pueblo mío...! Pueblo mío, ¿qué te hice, en qué te molesté? Respóndeme"¹⁰⁶ Pero Dios no se aflige por sí, sino por el hombre que, de esa manera se pierde. Se aflige, pues, por puro amor"¹⁰⁷. Aunque pueden interpretarse estas expresiones como antropomorfismos para hablar de Dios. Algunas veces tienen aspecto de defecto y no se pueden atribuir a Dios. Pero también se puede decir que reflejan a un Dios vivo y nosotros los hombres somos reflejo e imagen de este Dios vivo, no al revés. Lejos quedamos del Dios lejano, inmutable, frío y poco humano, o, por lo menos, poco accesible a los humanos

Incluso se puede hablar del dolor del Padre como dice Juan Pablo II en la encíclica *Dominum et vivificantem*: "la concepción de Dios como ser necesariamente perfectísimo, excluye ciertamente de Dios todo dolor derivado de limitaciones y heridas (...) Pero a menudo el Libro Sagrado nos habla de un Padre que siente compasión por el hombre, como compartiendo su dolor. En definitiva, este inescrutable e indecible dolor del Padre engendrará sobre todo la admirable economía del amor redentor en Jesucristo, para que, por medio del misterio de la piedad, en la historia del hombre el amor pueda revelarse más fuerte que el pecado. Para que prevalezca el don (...)En la boca de Jesús Redentor, en cuya humanidad se

¹⁰⁴ Jer 31,20

¹⁰⁵ Is 49,15-16

¹⁰⁶ Miq 6,3

¹⁰⁷Cantalamesa. El Señorío de Cristo p. 121-122

verifica el sufrimiento de Dios, resonará una palabra en la que se manifiesta el amor eterno, lleno de misericordia: Siento compasión (cfr Mt 15,32; Mc 8,2)" (n.36). El sufrimiento está unido al pecado y el Espíritu santo lo revela: "el convencer en lo referente al pecado, ¿no deberá revelar también el sufrimiento? ¿No deberá revelar el dolor, inconcebible e indecible, que, como consecuencia del pecado, el Libro Sagrado parece entrever en su visión antropomórfica en las profundidades de Dios y, en cierto modo, en el corazón mismo de la inefable Trinidad" (n.39). Es una profundización en el Corazón de Dios que resulta difícil para la mentalidad griega y para el dios de los filósofos que no llegan más allá de la inmutabilidad de Dios, pero que desconocen que se trata de un Dios vivo real, y que todo lo que tiene el hombre es participación de Él, pues es imagen y semejanza de Dios.

Es bien conocido que la Biblia usa el término "corazón" (leb) para designar lo más íntimo del ser humano más allá aún de toda la riqueza de afectos que tiene el hombre. En la cultura occidental sigue vigente este modo de hablar en lo religioso, en lo poético y en lo coloquial, pero no así en el mundo filosófico, quizá porque lo usaron poco los griegos, o por las diversas formas de racionalismo que, más o menos conscientemente, desprecian esta vivencia por lo difícil que es controlarla y porque —en una reacción ocultamente estoica— desdice del pensador puro que tiene que conocer fríamente y libre de afectos o sentimientos que le puedan desviar de su razonamiento gélido como diría Heidegger. Veamos un buen resumen de lo que se dice en la Escritura respecto al hombre en las miles de citas posibles sobre el corazón: "Al corazón pertenecen la alegría: *que se alegre mi corazón en tu socorro*¹⁰⁸; el arrepentimiento: *mi corazón es como cera que se derrite dentro de mi pecho*¹⁰⁹; la alabanza a Dios: *de mi corazón brota un canto hermoso*¹¹⁰; la decisión para oír al Señor: *está dispuesto mi corazón*¹¹¹; la vela amorosa: *yo duermo, pero mi corazón vigila*¹¹². Y también la duda y el temor: *no se turbe vuestro corazón, creed*

¹⁰⁸ Ps 12, 6.

¹⁰⁹ Ps 21, 15.

¹¹⁰ Ps 44, 2.

¹¹¹ Ps 56, 8.

¹¹² Cant 5, 2.

*en mí*¹¹³. El corazón no sólo siente; también sabe y entiende. La ley de Dios es recibida en el corazón¹¹⁴, y en él permanece escrita¹¹⁵. Añade también la Escritura: *de la abundancia del corazón habla la boca*¹¹⁶. El Señor echó en cara a unos escribas: *¿por qué pensáis mal en vuestros corazones?*¹¹⁷. Y, para resumir todos los pecados que el hombre puede cometer, dijo: *del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias*¹¹⁸. Cuando en la Sagrada Escritura se habla del corazón, no se trata de un sentimiento pasajero, que trae la emoción o las lágrimas. Se habla del corazón para referirse a la persona que, como manifestó el mismo Jesucristo, se dirige toda ella —alma y cuerpo— a lo que considera su bien: *porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón*¹¹⁹¹²⁰.

Sería amplísimo traer aquí lo mucho escrito sobre el Corazón de Cristo en los Evangelios y los escritos cristianos. Juan Pablo II lo expresa así: “Si el corazón humano representa un insondable misterio que sólo Dios conoce, cuánto más insondable será el de Jesús, en el que se mueve la misma vida del Verbo, y residen todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y toda la plenitud de la divinidad”¹²¹.

Inteligencia de Jesús

En Cristo existen dos naturalezas: la divina y la humana. Por lo tanto existen dos modos de conocer: el divino y el humano. Jesús como Verbo tiene un conocimiento increado. Como hombre tiene una inteligencia

¹¹³ Ioh 14, 1.

¹¹⁴ Cfr. Ps 39, 9.

¹¹⁵ Cfr. Prv 7, 3.

¹¹⁶ Mt 12, 34.

¹¹⁷ Mt 9, 4.

¹¹⁸ Mt 15, 19.

¹¹⁹ Mt 6, 21.

¹²⁰ San Josemaría Escrivá. Es Cristo que pasa. Ed Rialp. n. 140

¹²¹ Juan Pablo II. Ángelus 23.VI.2002

humana en la que podemos distinguir tres modos de ciencia o conocimiento.

1. La visión beatífica. Es la visión intuitiva de la Divinidad o “ver cara a cara” a Dios (Cfr 1 Co 13,12) o conocer a Dios como es en sí mismo (Cfr 1 Jn 3,2). Hay muchos textos de la Escritura que así lo atestiguan: “Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quién el Hijo quisiere revelárselo. Jesús testimonia lo que ha visto y nunca se manifiesta como un creyente que en el claroscuro de la fe camina hacia la luz, sino que ve la intimidad divina, al modo como los santos ven a Dios en el cielo que es el don supremo de Dios a los hombres que no podía faltar a Cristo. Esta ciencia de visión no abarca toda la esencia divina, pues imposible para una mente humana por perfecta que sea. Es decir, no abarca todos los infinitos posibles. La opinión más común es que conoce todo lo presente, lo pasado y lo futuro ya que le afecta como Rey del Universo y Redentor del Género humano. Juan Pablo II enseña que Cristo, “en su condición de peregrino (viator) por los caminos de la tierra, estaba ya en posesión de la meta (comprehensor) a la cual había de conducir a los demás” (Discurso 4.V.1980)

No es fácil para nosotros cómo es al mismo tiempo viator y comprehensor es decir caminar en la tierra y tener la ciencia del cielo. Santo Tomás acepta el dato de la Escritura y enseña que mientras era caminante en esta tierra (viator) tenía la gloria en lo más profundo del alma, pero no redundaba en el alma ni en el cuerpo. El gozo de la visión se hace compatible con el dolor tan patente en otras ocasiones. No tenemos demasiadas experiencias en los humanos, pues Cristo es único, pero sí las hay como el mismo Juan Pablo reseña: “26. El grito de Jesús en la cruz, queridos hermanos y hermanas, no delata la angustia de un desesperado, sino la oración del Hijo que ofrece su vida al Padre en el amor para la salvación de todos. Mientras se identifica con nuestro pecado, « abandonado » por el Padre, él se « abandona » en las manos del Padre. Fija sus ojos en el Padre. Precisamente por el conocimiento y la experiencia que sólo él tiene de Dios, incluso en este momento de oscuridad ve límpidamente la gravedad del pecado y sufre por esto. Sólo él, que ve al Padre y lo goza plenamente, valora profundamente qué significa resistir con el pecado a su amor. Antes aun, y mucho más que en el cuerpo, su pasión es sufrimiento atroz del alma. La tradición teológica no ha evitado preguntarse cómo Jesús pudiera vivir a la vez la unión profunda

con el Padre, fuente naturalmente de alegría y felicidad, y la agonía hasta el grito de abandono. La copresencia de estas dos dimensiones aparentemente inconciliables está arraigada realmente en la profundidad insondable de la unión hipostática.

27. Ante este misterio, además de la investigación teológica, podemos encontrar una ayuda eficaz en aquel patrimonio que es *la « teología vivida » de los Santos*. Ellos nos ofrecen unas indicaciones preciosas que permiten acoger más fácilmente la intuición de la fe, y esto gracias a las luces particulares que algunos de ellos han recibido del Espíritu Santo, o incluso a través de la experiencia que ellos mismos han hecho de los terribles estados de prueba que la tradición mística describe como « noche oscura ». Muchas veces los Santos han vivido *algo semejante a la experiencia de Jesús en la cruz* en la paradójica confluencia de felicidad y dolor. En el *Diálogo de la Divina Providencia* Dios Padre muestra a *Catalina de Siena* cómo en las almas santas puede estar presente la alegría junto con el sufrimiento: « Y el alma está feliz y doliente: doliente por los pecados del prójimo, feliz por la unión y por el afecto de la caridad que ha recibido en sí misma. Ellos imitan al Cordero inmaculado, a mi Hijo Unigénito, el cual estando en la cruz estaba feliz y doliente ».¹³ Del mismo modo *Teresa de Lisieux* vive su agonía en comunión con la de Jesús, verificando en sí misma precisamente la misma paradoja de Jesús feliz y angustiado: « Nuestro Señor en el huerto de los Olivos gozaba de todas las alegrías de la Trinidad, sin embargo su agonía no era menos cruel. Es un misterio, pero le aseguro que, de lo que pruebo yo misma, comprendo algo ».¹⁴ Es un testimonio muy claro. Por otra parte, la misma narración de los evangelistas da lugar a esta percepción eclesial de la conciencia de Cristo cuando recuerda que, aun en su profundo dolor, él muere implorando el perdón para sus verdugos (cf. *Lc 23,34*) y expresando al Padre su extremo abandono filial: « Padre, en tus manos pongo mi espíritu » (*Lc 23,46*)” (Novo Millennio ineunte 6.I.2001).

2. Ciencia infusa. Es aquella que no se adquiere por el trabajo de la razón, sino que es infundida por Dios en el alma. Jesús sabía lo que había en el corazón de Natanael, la vida anterior de la samaritana, lo que discuten los discípulos a sus espaldas, que Lázaro ha muerto sin que nadie se lo diga, predice la negación de Pedro y la defección de los discípulos, anuncia su muerte y su resurrección, anuncia el fin del mundo y la destrucción de Jerusalén. Todo son muestras de un conocimiento sobrenatural distinto del humano natural.
3. Ciencia adquirida. Jesús tiene inteligencia humana y adquiere conocimientos como todo hombre: niño, adolescente, hombre, conocer gente nueva, dialogar, ver un terreno nuevo. Este modo

de conocer es una perfección humana, por lo tanto la tenía. Para nosotros resulta difícil saber cuando conoce con uno o con otro, pero es frecuente que Jesús pregunte, aunque sea sólo para enseñar preguntando, pero es aceptable que su Madre y José le enseñasen cosas como las costumbres del país. Santo Tomás dice que abarca todo aquello cuanto puede ser conocido por la acción del entendimiento agente, es decir, que es limitada en cuanto la adquiriría por los sentidos y progresaba como en los demás hombres, pero era ilimitada en cuanto a la capacidad de la inteligencia

A este respecto Jesús está exento de error y de ignorancia. El mismo dice que es “El Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Error es considerar falso lo que es verdadero y viceversa; ignorancia es desconocer algo que debe conocerse y es una imperfección. En Jesús no cabe ni uno ni otra pues van contra la dignidad de la Persona divina y contra la misma Providencia divina que no dota a la naturaleza humana de lo conveniente para su misión. Sí se da en cambio la nesciencia, pues su alma humana no era omnisciente. La ignorancia del día del juicio parece algo querido deliberadamente por Dios.

Las voluntades de Cristo

En Cristo existe la voluntad divina y la voluntad humana porque existen dos naturalezas, la divina y la humana. Algunos negaron la voluntad humana –los monoteletas- al pensar que podrían oponerse las dos voluntades, la voluntad divina movería de tal modo la humana que ésta acabaría desapareciendo. El III concilio de Constantinopla (años 680-681) explicó más ampliamente lo dicho en Calcedonia de las dos naturalezas que se relacionan sin división, sin cambio, sin separación, sin confusión, afirmando que en Cristo existen dos voluntades no contrarias.

Un momento donde se ve con gran claridad esta doble voluntad es en la oración en el huerto cuando Jesús dice: “no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Mt 26,39). Aquí se advierte una voluntad no sólo distinta de la del Padre, sino que tiene una tendencia contraria al cumplimiento del mandato recibido y tiene que vencer una resistencia para obedecer.

Al querer humano de Cristo –como a todo hombre- le cuesta el dolor que es contrario a la tendencia de la naturaleza humana es la llamada voluntas ut natura. Pero cuando usa la razón para hacer una elección libre elige lo que el Padre quiere, aunque le cuesta, es la voluntas ut ratio. En

Jesús la voluntas ut natura está totalmente sometida a la voluntas ut ratio. La primera podía querer algo contrario a la voluntad del Padre (sufrir la Pasión y la muerte). Sin embargo, su libertad guiada por la voluntas ut ratio elige siempre lo mismo que Dios quiere, “no se haga como Yo quiero, sino como quieras Tú” (Mt 26,39). No hay contrariedad de voluntades sino una libertad real que obedece también cuando le resulta costoso, por eso la obediencia es verdaderamente meritoria y el amor que la guía realmente humano.

Cristo tuvo libertad humana y libre albedrío. La auténtica libertad no consiste en el capricho o en la indiferencia, sino en elegir por amor sin importar la coacción externa ni la necesidad interna, por verdadero amor. Sin auténtica libertad es imposible obedecer y merecer.

Al mismo tiempo Cristo es impecable, no puede pecar. La Sagrada Escritura es constante en esta afirmación: “¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (Jn 8,46), igual en todo a nosotros “excepto en el pecado” (Heb 4,15), y “a quién no conoció el pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros para que en Él fuéramos justicia de Dios” (2 Co 5,21 y también 1 Pe 2,22; 1 Jn 3,5). Es “el Cordero inmaculado” (1 Pe 1,19).

Esto es así porque las acciones son de las personas y la persona de Cristo es divina y Dios no puede pecar. La santidad de Cristo es incompatible con todo pecado.

Esta impecabilidad le viene a Cristo de la unión hipostática y antecede a toda gracia, es decir, no sólo por la Providencia divina y la visión beatífica o cualquier otra causa externa a que Él mismo es el Verbo. Esto lleva a comprender mejor la esencia de la libertad, pues la posibilidad de pecar no es esencia de la libertad sino un defecto contra natura introducido por una semilla del diablo como dice San Juan Damasceno citado por Santo Tomás de Aquino (Summa Teológica III, q 15, a.1 in c). Esta perspectiva nos lleva al misterio de la misma libertad de Dios que es Amor y omnipotente y su libertad es máxima. Pero en Cristo también se da una libertad humana perfecta que por eso ama hasta el extremo y revela como hombre que Dios es Amor. El pecado no corresponde a la naturaleza humana, sino que se ha introducido contra la naturaleza humana y deforma al hombre. La esencia de la libertad es moverse por sí misma, ser causa de su propio acto, y es más algo que conquista que algo que se tiene, la libertad se perfecciona al amar en los seres humanos, el pecado resta

libertad y encadena la libertad pecadora, pasa de ser una libertad amante y adquirida a una libertad errante o esclava.

Las tentaciones de Cristo. Fueron tentaciones reales, no algo ficticio como dirían todos los que no entienden la verdad de su naturaleza humana y piensan que es aparente. No fueron tentaciones interiores producidas por el desorden del pecado, pues no tenía pecado en su interior, sino diabólicas que no sólo tienta al hombre Jesús, sino que en cierta manera quieren tentar al mismo Dios como indican los textos. No se trata tanto de una tentación a pecar, sino una tentación a que cambie el modo de salvar por la vía de la humildad y el amor que el diablo no entiende, por la vía del poder. Por otra parte la sensibilidad del Señor es real y más afinada que la de los demás hombres por lo que estas tentaciones que vence con inteligencia y fortaleza le cuestan realmente y muestra el modo de vencer al engaño de toda tentación. La cruz será la tentación última y demuestra que el amor es más fuerte que el dolor, que el pecado y que la muerte sin utilizar su poder divino.

La lucha contra Satán

La Resurrección

Los evangelistas nos han transmitido los hechos de la Resurrección. No pretenden hacer una historia detallada de lo que pasó, sino contar lo que vieron y lo que se convirtió en el fundamento de su fe. San Pablo expresa así esta Tradición:

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os he predicado(...) porque lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido fue esto: Que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; ue fue sepultado y que RESUCITO AL TERCER DIA, según las Escrituras que se apareció a Cefas, luego a los Doce. Después se apareció una vez a más de quinientos hermanos, de los cuales muchos permanecen todavía, otros durmieron; luego se apareció a Santiago, luego a todos los Apóstoles. Y en último término, se me apareció también a mí. (1 Co 15, 1-8)

La Resurrección de Jesucristo es, por tanto, el misterio central de la predicación de los Apóstoles y sus colaboradores. Los Apóstoles basarán la veracidad de su predicación en que son testigos de los hechos. Así se ve en los tres discursos de San Pedro que recogen los Hechos de los Apóstoles: «*A este Jesús, Dios lo resucitó y todos somos testigos de ello*» (Act. 2, 32)

Las narraciones evangélicas de la Resurrección

Las narraciones de la Resurrección son de una gran espontaneidad y realismo. En todas ellas se manifiesta la honda impresión que causaron aquellos hechos en los que los narran. El mismo modo de contarlos revela que intentan ser lo más fieles posible a los hechos de los cuales han sido testigos. El fundamento de su predicación posterior será precisamente que son *testigos* de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Se puede decir con certeza que las narraciones evangélicas corresponden al género narrativo histórico, aunque no pretenden hacer historia como la haría un profesional de esta ciencia, pues sólo narran experiencias directas. El motivo central de todas las descripciones de la Resurrección que contienen los evangelios es mostrar la propia fe y mover a los que las lean a aceptar la fe en Jesús resucitado.

La exposición más acabada de lo dicho la encontramos en la primera carta a los Corintios, que es, probablemente el escrito más antiguo que conservamos acerca de la Resurrección.

Si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo andan diciendo algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y SI NO RESUCITÓ CRISTO, VANA ES NUESTRA PREDICACION, VANA TAMBIEN VUESTRA FE. Además, seremos falsos testigos de Dios, porque contra Dios testificamos que ha resucitado a Cristo, a quien no resucitó ¡Pero no! Cristo ha resucitado de entre los muertos (15, 12-20)

Por eso la Iglesia «ha mantenido y sigue manteniendo con firmeza y gran constancia, que los cuatro mentados evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilación alguna, transmiten fielmente lo que Jesús, Hijo de Dios, hizo y enseñó realmente mientras vivió entre los hombres» (DV, 19)

Los relatos de la Resurrección, por tanto, no son el resultado de una pura elaboración desde la fe, sino la exposición, con ligeras variantes, de lo que

vieron y vivieron y luego contaron los *testigos oculares*. No es posible que ningún cristiano se atreviera a inventar hechos referentes a la Resurrección del Señor, entre otros motivos porque cuando se escribieron los evangelios, aún vivían la mayoría de los que habían presenciado esos hechos y se sabían responsables de transmitirlos con fidelidad.

«Indudablemente, después de la ascensión del Señor los Apóstoles transmitieron a sus oyentes lo que El había dicho y hecho, con aquella más plena inteligencia de que gozaban, instruidos que fueron por los acontecimientos gloriosos de Cristo y enseñados por la luz del Espíritu de verdad. Mas los autores sagrados redactaron los cuatro evangelios seleccionando algunas cosas de entre las muchas que ya se habían transmitido oralmente o por escrito, reduciendo otras a síntesis, o explanándolas de acuerdo con el estado de las iglesias, manteniendo finalmente, la forma de la predicación de manera, en todo caso, que nos comunicaran la *verdad sincera* acerca de Jesús. Y es así que escribieron, ora apoyados por su propia memoria y recuerdo, ora por el testimonio de "los que desde el principio fueron *testigos oculares* y ministros de la Palabra", con intento de que conozcamos la "firmeza" de las palabras en que hemos sido instruidos» (cf. Lc. 1, 2-4) (DV, .)

«... se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: ¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» (Lc. 24, 33-34)

JESUS HABIA PREDICHO SU RESURRECCION

Junto al anuncio de su Pasión y Muerte Jesús predijo tres veces su Resurrección. La primera fue en Cesárea de Filipo cuando, tras la confesión de Pedro dijo: «*Es necesario que el Hijo de Dios sufra mucho, y que los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas lo reprueben y que muera y al tercer día resucite*» (Lc. 9, 22) La segunda vez fue después de la Transfiguración del Señor ante Pedro, Juan y Santiago en que se manifestó ante ellos con un cuerpo glorioso cuando les dijo: «*a ninguno les digáis esta visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos*» (Mt. 17, 9) La tercera ocurrió subiendo hacia Jerusalén, cuando tomando aparte a los doce, les dijo: «*Mirad: Subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las*

cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre, que será entregado a los gentiles, y escarnecido, e insultado, y escupido, y después de haberle azotado, le quitarán la vida, y al tercer día resucitaré. Pero ellos no entendían nada de esto, eran cosas ininteligibles para ellos y no entendían lo que les decía» (Lc. 18, 31-34)

También se lo había profetizado a los judíos de una manera más velada cuando les dijo: *«Destruid este templo y en tres días lo levantaré. Dijéronle los judíos: En cuarenta y seis años se edificó este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días? Mas El hablaba del templo de su cuerpo. Cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos que había dicho esto, y creyeron en la Escritura, y en la palabra que había dicho Jesús» (Jn. 2, 19-22).*

LOS RELATOS SOBRE LA RESURRECCION

El sepulcro estaba vacío al tercer día

Los Apóstoles y los discípulos se dispersaron y huyeron durante la crucifixión. Estaban llenos de temor y no recordaron las predicciones de Jesús sobre su Muerte y su Resurrección. En cambio los fariseos y los príncipes de los sacerdotes sí recordaron las palabras del Señor. Por eso dijeron a Pilato: *«Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor dijo cuando aún vivía: resucitaré después de tres días. Manda, pues, custodiar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan los discípulos, lo roben y digan al pueblo: ha resucitado de entre los muertos. Y será la última impostura peor que la primera. Díjoles Pilato: Ahí tenéis la guardia; id y guardadlo como vosotros sabéis. Ellos pusieron guardia al sepulcro después de haber sellado la piedra» (Mt. 27, 63-66)* Sus planes tuvieron un resultado totalmente opuesto a lo que habían previsto, pues así ya no era posible decir que los discípulos habían robado el cadáver.

El domingo, muy de mañana, María Magdalena y otras mujeres fueron al sepulcro a embalsamar el cuerpo de Jesús, después de haber guardado el descanso sabático. Cuando caminaban no sabían cómo podrían remover la piedra que cerraba el sepulcro, porque era muy grande. Al llegar vieron la piedra rodada a un lado, pero «al entrar no encontraron el cuerpo del Señor Jesús» (Lc. 24, 3).

Previamente a su llegada, cuenta San Mateo que *«se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo, acercándose, apartó la piedra y se sentó en ella. Su rostro era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve. Por el miedo a él, los guardias se desplomaron y quedaron como muertos»* (Mt. 28, 2-4) Cuando fueron a decírselo a los pontífices, éstos dieron bastante dinero a los soldados al ser informados, para que dijese que se habían dormido, y entonces los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús (Mt. 28, 11-15) Se trataba de una mentira muy burda, porque unos soldados dormidos no pueden saber lo que pasó mientras dormían, y si se enteraron y, no defendieron el sepulcro, incumplieron su misión y entonces no tenían por qué darles una fuerte cantidad de dinero.

Ante el sepulcro vacío las mujeres tuvieron diversas reacciones. María Magdalena corrió a buscar a Pedro y Juan, para decirles: *«Han robado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto»* (Jn. 20, 2) Las demás mujeres parece que permanecieron más tiempo en el sepulcro llenas de sorpresa. Entonces se les aparecieron unos ángeles que les dijeron: *«No está aquí, resucitó como dijo»* (Mt. 28, 6) Luego les mandaron que fuesen a los discípulos y se lo dijese. Se llenaron de temor y alegría, y fueron rápidamente a cumplir este mandato. A los discípulos *«les parecieron estas palabras como delirio y no las creyeron»* (Lc. 24, 11)

Pedro y Juan, al ser avisados, corrieron al sepulcro y lo vieron vacío; el sudario y la sábana estaban plegados. San Juan evangelista llegó primero *«vio y creyó»* (Jn. 20, g) Pedro llegó después vio y solamente se maravilló.

Es de notar en estos hechos iniciales la desconfianza de los discípulos y de las mujeres. Su incredulidad primera da más fuerza a su fe posterior, ya que fortalece la verificación de los hechos, alejando la posible argucia de que fuese una alucinación.

Apariciones del primer día

María Magdalena llegó al sepulcro por segunda vez, cuando ya se habían marchado Pedro y Juan. Estaba fuera del sepulcro y lloraba. Entonces se le aparecieron dos ángeles que intentaron consolarla, pero seguía llorando. Después tras ella se apareció el mismo Jesús resucitado. María le confundió con el jardinero y le dijo que si sabía dónde estaba el cuerpo de Jesús se lo dijese. Jesús le dijo: *«¡María! Ella se vuelve y le dice en*

arameo Rabbuní, que quiere decir Maestro» (Jn. 20, 76) Después le dice Jesús: «Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. María Magdalena fue a anunciar a los discípulos, he visto al Señor, y las cosas que le dijo» (Jn. 20, 17-18)

¿Qué nos está diciendo pues la cruz de Cristo, que es, en cierto sentido, la última palabra de su mensaje y de su misión mesiánica? Y, sin embargo, ésta no es aún la última palabra del Dios de la Alianza: esa palabra será pronunciada en aquella alborada, cuando las mujeres primero y los Apóstoles después, venidos al sepulcro de Cristo crucificado, verán la tumba vacía y proclamarán por vez primera: «Ha resucitado» Ellos lo repetirán a los otros y serán testigos de Cristo resucitado. (Juan Pablo II, DM, 8)

Aparición a los Apóstoles. Estando reunidos los diez -pues faltaba Tomás- sin abrirse las puertas, se apareció ante ellos en el Cenáculo y les dijo: *«La paz sea con vosotros» Quedaron sobrecogidos y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Pero El les dijo: ¿Por qué os turbáis y por qué dudáis en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies. Soy yo mismo. Tocadme y ved. Un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo. Como siguiesen incrédulos por la alegría y admirados, añadió: ¿Tenéis algo que comer? Y ellos le dieron un trozo de pez asado. El lo tomó y comió delante de todos (Lc. 24, 26-43) San Marcos precisa que les «reprendió por su incredulidad y dureza de corazón, pues no habían creído a los que le habían visto resucitado de entre los muertos» (Mc. 16, 14) Después Jesús sopló sobre ellos y dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonarais los pecados les serán perdonados. A quienes los retuvierais, les serán retenidos» (Jn. 20, 22-23)*

Aparición a los discípulos de Emaús. Al caer la tarde del domingo en que resucitó Jesús, dos de los discípulos se marchaban a su aldea, llamada

Emaús. Volvían desesperanzados por los acontecimientos de aquellos días y el triste final de la muerte de Jesús. Jesús se apareció a ellos mientras caminaban, aunque no le reconocieron. Al caminar, Jesús les interrogó por la causa de su tristeza, y ellos al contárselo descubrieron también que su fe en Jesús era insuficiente, pues esperaban un Mesías rey que les librara del yugo de los romanos. Jesús aprovechó sus palabras para explicarles el sentido de las Escrituras, y que convenía que sucediese de aquella manera como lo habían anunciado los profetas. Además se lo explicó de tal modo, que después comentaron que les ardía el corazón mientras les explicaba las Escrituras. Al llegar a la aldea, le invitaron a cenar, y al partir el pan le reconocieron. Entonces desapareció de su presencia. Ellos volvieron a Jerusalén a contar lo sucedido (Lc. 24, 13-35) Los demás les dijeron también: «*El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón*» (Lc. 24, 34)

Es de notar en todos estos testimonios la insistencia en dejar constancia tanto de la incredulidad que manifestaban inicialmente los discípulos, como del realismo de las apariciones; por ello insisten en que Jesús comió, le tocaron, le oyeron, y no sólo le vieron.

La Resurrección es la victoria de Cristo sobre la muerte y sobre sus causas: el pecado y el diablo.

Otras apariciones

Durante los cuarenta días que estuvo Jesús en la tierra después de resucitar, se manifestó varias veces a los suyos «*dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles en el espacio de cuarenta días, y hablándoles del Reino de Dios*» (Hch. 1, 3) Las que cuentan los evangelios son:

Segunda aparición a todos los Apóstoles. El domingo siguiente a la Resurrección Jesús se apareció de nuevo a los Apóstoles. En esta ocasión estaba Tomás con los otros y superó la incredulidad que había manifestado ante las manifestaciones de los diez, haciendo un acto de fe explícito en Jesús como Señor y como Dios. Ello dio pie a que Jesús enunciase la última bienaventuranza, que comprendía a todas las demás: «*Bienaventurados los que sin haber visto creyeron*» (Jn. 20, 29)

Segunda pesca milagrosa. Los discípulos obedecieron a Jesús y fueron a Galilea. Encontrándose juntos Simón Pedro, Tomás, Natanael, Santiago, Juan y otros dos discípulos, salieron a pescar. Aquella noche no pescaron nada. Al amanecer Jesús se apareció en la orilla -estaban como a cien metros- y les dijo: «*Muchachos, tenéis algo de comer. Ellos respondieron: No. Entonces él les dijo: Echad la red hacia la parte derecha y encontraréis. Los discípulos obedecieron, la echaron y no podían sacarla por la gran cantidad de peces. El discípulo a quien el Señor amaba, dijo entonces a Pedro: Es el Señor*» (Jn. 21, 5-7)

Rehabilitación de San Pedro. Después de la pesca los discípulos fueron con Jesús a la orilla, allí «*ven puestas brasas y un pez encima y pan*» (Jn. 21, g) Cuando comieron, Jesús hizo una triple interrogación a Pedro diciéndole: ¿Me amas? Ante la triple respuesta afirmativa, Jesús le dice sucesivamente: «*apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*» (Jn. 20, 15, 16, 17) Al constituirle como pastor de la nueva grey que será la Iglesia, confirma la promesa de que Pedro será la roca sobre la que construirá su Iglesia. Tanto San Pedro como sus sucesores serán los vicarios de Cristo en la tierra.

La Ascensión: Última aparición

Los discípulos se reunieron en un monte de Galilea como les había mandado Jesús. Allí el Señor les dio los últimos consejos, encomendándoles un mandato importante: la obligación de extender por toda la tierra la Buena Noticia que Cristo había traído a la tierra. Sus palabras fueron: «*Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*» (Mt. 28, 16-20) Después «*alzó sus manos y los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo*» (Lc. 24, 50-51), hasta que «*una nube lo cubrió a sus ojos*» (Hch. 1, 9) San Marcos añade: «*Y se*

sentó a la derecha de Dios Padre» (Mc. 16, 19) Con estas palabras indica el cumplimiento de las profecías y la glorificación de Jesús.

El misterio pascual es Cristo en el culmen de la revelación del inescrutable misterio de Dios. Precisamente entonces se cumplen hasta lo último las palabras pronunciadas en el Cenáculo: -Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre.. Efectivamente, Cristo, a quien el Padre «no perdonó» en bien del hombre y que en su pasión, así como en el suplicio de la cruz, no encontró misericordia) humana, en su resurrección ha revelado la plenitud del amor que el Padre nutre por El y, en El, por todos los hombres. «No es un Dios de muertos, sino de vivos.» En su resurrección Cristo *ha revelado al Dios del amor misericordioso*, precisamente porque *ha aceptado la cruz como vía hacia la resurrección*. Por esto -cuando recordamos la cruz de Cristo, su pasión y su muerte- nuestra fe y nuestra esperanza se centran en el Resucitado: en Cristo que «la tarde de aquel mismo día, el primero después del sábado... se presentó en medio de ellos» en el Cenáculo, «donde estaban los discípulos... alentó sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados y a quienes los retengáis les serán retenidos»

(Juan Pablo II, DM, 8)

Sentido de la Resurrección y la Ascensión.

En la Resurrección de Jesús el Padre le otorga una vida nueva. Su resurrección no consiste solamente en la reunión del alma al cuerpo

separadas por la muerte, sino que vive una vida para no morir, una vida con unas características nuevas: la impasibilidad del cuerpo, una relación diversa con el espacio y el tiempo, y, sobre todo, una glorificación que se advierte en el gozo y la alegría que se advierten en todas sus apariciones a los discípulos. Jesús como Hombre vive una vida humana divinizada. Esa vida es la que transmitirá a largo de los siglos a los hombres, pues es la Cabeza del Cuerpo místico formado por hombres libres y Cristo con el Espíritu Santo y el Padre.

Resumiendo podemos sintetizar los efectos de la Resurrección en tres:

1. Glorificación de la Humanidad de Jesús.
2. La filiación divina de los que crean y vivan la caridad
3. La divinización de la materia, preludio de los nuevos cielos y la nueva tierra, que realizamos aquí en la tierra los hombres con el trabajo.

Con la Ascensión se acentúa la glorificación de Jesús y se le da todo el poder junto al Padre como Hombre. Cristo es Rey y Sacerdote eterno. En la tierra se inaugura el tiempo de la Iglesia especialmente con el envío del Espíritu Santo que dará la vida nueva a los hombres y los formará según su docilidad en “otros Cristos” repartiendo además los carismas para hacer efectivo el mandato imperativo de Cristo de ir a todo el mundo predicando y bautizando a todos los pueblos. El final de la historia se realizará cuando se completen el número de los elegidos y Cristo venga por segunda vez a la tierra con todo el poder y toda la gloria a juzgar a los hombres y a restaurar toda la creación en la instauración plena del Reino de Dios, en que reine la paz, la justicia, el amor y la verdad, e, incluso, el último enemigo que es la muerte será vencido definitivamente.

Aunque el suceso mismo de la Resurrección de Jesucristo sólo lo ha presenciado Dios, los hechos que perciben los discípulos son suficientes como para que se pueda decir que la Resurrección del Señor es una realidad. El sepulcro vacío y las apariciones son hechos que la historia no puede ignorar. Dios quiso que los testigos que «Él había designado» pudieran tener una evidencia que les permitiera dar testimonio ante los demás.

Los que han negado el gran milagro de la Resurrección se han aferrado a diferentes argumentaciones, que en el fondo coinciden en no admitir nada que no pueda demostrarse con argumentos basados en lo que suele suceder entre los hombres. Tampoco admiten ningún milagro cuando, aún hoy día, existen en gran número muy comprobados.

Así, han dicho algunos que la Resurrección era una pura experiencia subjetiva de los discípulos. Otros han afirmado que la Resurrección significaría solamente que Cristo vive en el recuerdo y en el interior de los Apóstoles y que éstos no distinguen fácilmente sus deseos de la realidad. También ha habido quienes han supuesto fraude o mentira en las afirmaciones de los discípulos.

Sin embargo, los relatos evangélicos de las apariciones nos presentan a unos hombres que se sorprenden claramente - al encontrarse con Aquél con el que convivieron antes de la Pasión. En principio, no reconocen a Jesús. Luego pasan a estar ciertos de que es Él. Esta es una prueba más de que ese reconocimiento del Señor proviene de la realidad y no es una creación de su fantasía. De lo contrario, no tendrían dificultad en reconocerle al punto. En cambio, necesitan un cierto tiempo.

EL MISTERIO DE LA RESURRECCION DEL SEÑOR

La Resurrección de Jesucristo es un misterio de fe. Sólo ayudados por el Espíritu se puede llegar a la fe en la Resurrección. Sólo la fe permite captar el mensaje de salvación que entraña.

Los discípulos se percatan de que Aquél con el que se encuentran de nuevo es Jesús, aunque no es enteramente el mismo.

Jesucristo, al resucitar, ha comenzado a vivir una vida nueva, que es a la que estamos llamados y nos tiene prometida. En efecto, la Resurrección de Cristo no consistió sólo en la reanimación de un cadáver, como en el caso

del hijo de la viuda de Naím o de Lázaro. Sino que es una vida de un nivel superior.

Al creer este misterio, no se afirma sólo un hecho que le acaeció a Jesús en el pasado, sino también que Jesucristo, por haber resucitado, vive, es decir, continúa viviendo esa nueva vida.

Al creer esta verdad, además, no sólo afirmamos que Cristo resucitó de entre los muertos, sino que lo hizo por su propio poder, como había anunciado:

«Porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo» (Jn. 10, 17-18)

El Señor ha resucitado como había predicho.

La Resurrección de Cristo es la verdad más trascendental de nuestra fe católica. Por eso decía San Agustín: «No es gran cosa creer que Cristo murió; porque esto también lo creen los paganos y judíos (...) La fe de los cristianos es la Resurrección de Cristo» (Enarr. in Psalmos, 120)

Los Apóstoles, movidos por el Espíritu, creyeron en el Cristo resucitado. Por la fe, pudieron comprender que Jesús es dueño de la vida y de la muerte, es decir, que *es Dios*.

También se percataron poco a poco de que se había abierto una nueva etapa en la realización del Reino de los Cielos. Hasta el momento de la Resurrección, Cristo era el Mesías Siervo de Yahvé, que podía padecer y ser perseguido hasta la muerte en la Cruz, a pesar de sus poderes sobrenaturales y de su doctrina sublime. A partir de ahora, Jesús se ha hecho glorioso. No ha vuelto a la vida terrestre, sino que ha inaugurado una *nueva vida* en la que posee una plenitud que incluye la inmortalidad y la liberación de las limitaciones del tiempo y del espacio. Como consecuencia, el cuerpo de Cristo participa de la gloria que, desde el principio, llevaba el alma del Señor y una gloria añadida por el Padre ante los méritos de Cristo hombre.

Los Apóstoles son los *testigos* de esta nueva realidad, para los hombres de todos los tiempos. La fe de todos los cristianos que vengan después apoya en el testimonio de la fe apostólica.

Pero a estos *testigos oculares* también se les exigía fe: vieron y creyeron. No basta con *ver* para percibir la nueva creación que significa la Resurrección de Cristo. Los testigos se *encontraron* con Jesús y le *reconocieron* por la fe, movidos por el Espíritu Santo

CONSECUENCIAS DE LA RESURRECCION

La Resurrección de Jesucristo no es algo que sólo le afecte o beneficie a Él, en el sentido de que le libera de las consecuencias de la muerte una realidad que nos afecta a todos los hombres de un modo importantísimo.

En efecto, la Resurrección fue necesaria para que se completara nuestra Redención. Jesucristo, con su muerte, nos libró de los pecados pero con su Resurrección, nos devolvió los bienes que habíamos perdido por el pecado, es decir, nos abrió las puertas de la vida eterna.

«Nosotros creemos en Aquél que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación. (Rom 4, 24-25)

El haber resucitado por su propio poder es prueba definitiva de que Cristo es el Hijo de Dios y, por tanto, su Resurrección confirma plenamente nuestra fe en su divinidad.

Las apariciones de Jesús muestran una *nueva manera de presencia* Redentor en la Iglesia y en los cristianos: presencia del que es permanente aunque no se le vea. Al mostrarse a sus discípulos, enseña no sólo que puede «entrar con las puertas cerradas», sino que está siempre presente y cercano.

En los días posteriores a la Resurrección, el Señor comunica a los discípulos su Espíritu, mediante el gesto de soplar sobre ellos. Por medio de este don, nos será posible unirnos a Él en lo sucesivo.

Y lo mismo que los discípulos entraron en esa vida nueva a través de su encuentro con Jesús y la fe en Él, todos los hombres que vivan la vida de

Cristo habrán de comenzar por un encuentro con esa Persona concreta que es Jesús resucitado.

LA ALEGRÍA DE LA PASCUA

Después de narrar con detalle los sucesos de la Pasión y Muerte de Jesucristo, los evangelios nos transmiten la gran ALEGRÍA PASCUAL de la Resurrección.

Esta alegría no sólo alcanza al hecho de que el Señor haya vuelto a la vida. La Resurrección de Jesús es un suceso ligado a los anteriores. Juntos constituyen lo que se llama el MISTERIO PASCUAL.

Así como la Pascua judía o «paso del Señor» rememoraba el momento en que los israelitas fueron liberados tanto de la esclavitud de los egipcios como de la muerte de los primogénitos, que Dios envió como castigo al Faraón y su pueblo, la nueva Pascua, la **Pascua cristiana**, es, ante todo, la liberación del hombre de la esclavitud del pecado.

Esta liberación la ha realizado Jesucristo por medio de su Pasión y Muerte en la Cruz y por su Resurrección de entre los muertos. Con ésta, se ha demostrado su poder divino no sólo sobre la muerte, sino también sobre las fuerzas del mal.

Por ello, los relatos de los días siguientes a la Resurrección rebosan **alegría**:

*«El ángel habló a las mujeres: Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús crucificado. No está aquí: **Ha resucitado**, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: **Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis (...)** Filas se marcharon (...) y **llenas de alegría**, corrieron a comunicarlo a sus discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: **Alegraos**» (Mt. 28, 5-9)*

Cuando Jesús se aparece a sus discípulos después de su Resurrección, siempre les saluda con las palabras: «Paz a vosotros» La fe y la alegría pascual deben llevar a la paz: « *Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.*» (Jn. 20, 19-21).

Pero no se debe entender que la alegría pascual fue un estado de ánimo propio de un tiempo cercano a la Resurrección, sino que todo el Nuevo Testamento está como atravesado por esta actitud. Los cristianos tienen motivos para la alegría, que no son pasajeros, que no se basan en cosas de este mundo, sino en la participación ya aquí, en la tierra, de la vida nueva de Cristo.

San Pablo nos dejará muy diversos testimonios de esta dimensión característica del cristiano. Quizá entre todos ellos destaque el del capítulo tercero de la carta a los Filipenses: *«hermanos míos, manteneos alegres en el Señor (...) juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, (...) y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a Él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos» (1-11).*

LA EXALTACION DE JESUS

La obra de la Redención humana y la perfecta glorificación de Dios la realizó Cristo el Señor «principalmente por el misterio Pascual de su bienaventurada Pasión, Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión» (SC, 5). Por ello conviene que conozcamos en profundidad el significado de la Resurrección de Jesucristo. La predicación de los Apóstoles insiste mucho en este punto: San Pedro dice en su primer discurso: *«Varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por Él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis. Conforme al designio previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron, y vosotros, por mano de los gentiles, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera en su dominio (...). Pues bien, Dios resucitó a este Jesús y todos nosotros somos testigos. Ahora, exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, le derramó, según vosotros veis y oís» (Hch. 2, 22-24; 32-33).*

La exaltación de Jesús por su perfecto cumplimiento de la voluntad del Padre será una glorificación de su humanidad y a la vez se presenta como la meta de los que crean en Él y le amen.

“Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el -NOMBRE-SOBRE-TODO-NOMBRE- de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble -en el CIELO en la TIERRA en el Abismo- y toda lengua proclame: ¡JESUCRISTO ES SEÑOR! para gloria de DIOS PADRE”.

DESCENDIO A LOS INFIERNOS

En el Credo se proclama esta verdad después de confesar la Resurrección al tercer día. Con estas palabras se quiere decir que después de la Muerte del Señor, tanto el alma como el cuerpo seguían unidos a la divinidad, aunque ambos estuviesen separados; y que durante ese tiempo que estuvieron separados el alma y el cuerpo se aplicaron los frutos de la Redención a todos aquellos que habían sido fieles a la Ley de Dios y a su conciencia, pero no podían gozar de la visión de Dios en los cielos porque aún no habían sido abiertas las puertas del cielo.

La palabra infierno no quiere decir aquí lugar de condenación, sino lugar inferior, donde están aquellos que no merecen castigo por haber actuado bien en su vida, pero tampoco poseen la gracia de Cristo porque la Redención estaba pendiente. También se le ha llamado seno de Abrahán. Los que allí estaban fueron los primeros en gozar de la Redención obrada por Cristo.

CRISTO ESTA SENTADO A LA DERECHA DEL PADRE

Estas palabras también las recitan en el Credo los cristianos. San Marcos dice: *«El Señor Jesús, después de haber hablado con ellos, fue levantado a los cielos y está sentado a la diestra de Dios.»* (Mc. 16, 19). Esta expresión está tomada del Antiguo Testamento y significa que Jesucristo como Dios

es igual que el Padre, y que en cuanto hombre ha sido constituido Sacerdote, Rey, Señor y Juez de toda la creación.

Cristo es Sacerdote por toda la eternidad

El sacerdocio de Jesucristo no se redujo al momento culminante del sacrificio de la cruz. Toda su vida en la tierra tiene un valor sacerdotal, porque intercede continuamente por los hombres y actúa de mediador entre éstos y Dios. Pero también se prolonga a toda la eternidad después de la Ascensión a los Cielos en la epístola a los Hebreos precisa: «*Tenemos un Pontífice que está sentado a la derecha del trono de la Majestad de los cielos*» (Heb. 8, 1); y más adelante añade: «*Habiendo ofrecido un sacrificio por los pecados, para siempre se sentó a la diestra de Dios*» (Heb. 10, 12).

Cristo es Rey

Reinar significa tener dominio sobre un territorio y sobre unas personas. El Mesías debía ser rey. Jesús afirmó repetidamente que era rey, pero que su reino no era de este mundo, pues era un reino espiritual de verdad, justicia, amor y libertad. Tras la Resurrección, Cristo alcanza la plenitud de la realeza en cuanto hombre. Como Dios siempre le correspondió el dominio sobre toda la creación. Pero ahora esta realeza se aplica también a su humanidad unida a su divinidad.

En el anuncio del ángel a María se le había dicho que «*Él será grande y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.*» (Lc. 1, 32-33). El último libro de la Sagrada Escritura dice: «*Tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: Rey de Reyes y Señor de Señores*» (Ap. 19, 16).

Ya se vio cómo el núcleo de la predicación de Jesús era que había llegado el Reino de Dios. Cristo vence al poder diabólico, y su consecuencia primera que es el pecado, estableciendo el Reino de Dios. Los que se convierten y tienen fe se incorporan a este Reino. Si al final de su vida han sido fieles, se incorporan al Reino de Dios definitivo en el cielo. A los que mueren en gracia de Dios se les puede aplicar lo que dice el Apocalipsis: *«Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono»* (Ap. 3, 21).

Porque consagraste Sacerdote eterno y Rey del universo a tu único Hijo, nuestro Señor Jesucristo, ungiéndole con óleo de alegría, para que ofreciéndose a sí mismo, como Víctima perfecta y pacificadora en el altar de la Cruz, consumara el misterio de la Redención humana; y sometiendo a su poder la creación entera, entregara a tu Majestad infinita un Reino eterno y universal: el Reino de la verdad y la vida, el Reino de la santidad y la gracia, el Reino de la justicia, el amor y la paz.

(Prefacio de la fiesta de Jesucristo Rey del universo)

Cristo es Juez

En todos los símbolos de la fe consta que -Jesucristo vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.. El mismo Jesús, cuando describe el juicio final, dice que vendrá como el Hijo del hombre en su gloria con todos los ángeles, se sentará en su trono de gloria y juzgará a todos según sus obras (Mt. 25, 31-46). San Pablo dice también que *«en aquel día Dios juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo»* (Rom. 2, 16).

Jesucristo, como Juez, juzga del modo más perfecto. En primer lugar, defiende la justicia de Dios sin apartarse ni un ápice de ella; conoce todas las circunstancias que afectan al actuar de los hombres del modo más perfecto y total, tanto las que disculpan los errores como las que agravan la mala conducta. Conoce las omisiones y las buenas obras desconocidas por los hombres. Su justicia está llena de misericordia; por ello nos proporciona abundante gracia en esta vida y tiene la máxima comprensión con las debilidades o malicias de los hombres.

Estando nosotros muertos por los pecados nos ha hecho vivir con Cristo -por pura gracia estáis salvados-, nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el Cielo con El.

(Ef. 2, 5-6)

Porque estáis salvados por su gracia y mediante la fe, no se debe a vosotros, sino que es un don de Dios.

(Ef. 2, 8)

Cristo es Supremo Legislador y Profeta

Una de las afirmaciones más claras de Jesús sobre sí mismo es que El es «el Camino, la Verdad y la Vida». El cristiano puede alcanzar la verdad y la vida a través de Cristo, que es el Camino.

Jesucristo es el Supremo Legislador. Todo legislador promulga leyes para que sus súbditos puedan alcanzar el bien y ser más felices. La ley suprema es la que conduce al bien supremo y a la felicidad suprema. Cristo nos da esa ley, como consta en los evangelios. Esta ley es superior a toda ley humana, de modo que una ley que se oponga a la ley de Cristo no debe ser obedecida, porque va contra la voluntad de Dios y no conduce al bien supremo.

Cristo es Profeta, porque la misión del profeta es declarar la verdad que conduce a Dios. Nuestro Señor Jesucristo es la plenitud de la Revelación; por eso se puede decir que es profeta en el sentido más completo de la palabra.

Porque estáis salvados por su gracia y mediante la fe, y no se debe a vosotros, sino que es don de Dios.

LA SANTIFICACION DE LOS HOMBRES Y LA ERA DE PAZ

A la luz de la Resurrección y de la Ascensión del Señor a los cielos es posible comprender el plan de Dios para salvar a los hombres. San Pablo lo describe en la epístola a los Efesios. Se puede resumir así:

- 1.º Dios eligió a los hombres desde antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia por el amor.
- 2.º Dios predestinó a todos los hombres a ser hijos suyos por adopción.
- 3.º El hombre pecó y se separó del plan de amistad de Dios.

4.º Dios decide redimir al hombre a través de Jesucristo, que lo salva con su sangre.

5.º Dado que el pecado alcanzó también a toda la creación, Dios decide recomponer el orden roto en la creación a través de su Hijo Jesucristo. A esto lo llama «recapitulación» (cfr. Ef. 1, 1-10).

Cristo merece la gracia para las almas

Los hombres sólo pueden conseguir la salvación por medio de la gracia sobrenatural que Cristo les consiguió con su Muerte y su Resurrección: *«Nuestro Señor fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación»* (Rom. 4, 24-25).

Para conseguir la gracia hace falta rechazar el pecado por amor a Dios y recibir los sacramentos. San Pablo lo expresa así: *« Con Él hemos sido sepultados por el Bautismo para participar de su muerte, para que como Él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre así también nosotros vivamos una vida nueva»* (Rom. 6, 4).

Cristo merece la futura resurrección de los cuerpos

El pecado afectó también a los cuerpos que deben padecer el dolor y la muerte. Por tanto, es natural que la Redención alcanzase también a los cuerpos. De hecho, el cuerpo de María Santísima no conoció la corrupción, como no había conocido el pecado, pues fue concebida inmaculada, y fue elevada a los cielos (Asunción), siguiendo a su divino Hijo, que había subido a los cielos por su propio poder (Ascensión).

San Pablo dice que Cristo *«transformará nuestro humilde cuerpo conforme a su cuerpo glorioso en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas»* (Fip. 3, 21). Jesucristo ha prometido a los que tengan fe y participen en la comunión eucarística que les hará participar en su Resurrección: *«El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último día»* (Jn. 6, 54). Esta resurrección alcanza un doble objetivo: primero, la unión definitiva del alma y del cuerpo, que es aquello a lo que tienden naturalmente y para lo que han sido creados. Después, la felicidad de ambos unidos con Dios. Las propiedades de los cuerpos resucitados serán similares a las de Cristo resucitado y glorioso.

La recapitulación de todas las cosas

la glorificación de Jesucristo afecta a toda la creación. Jesús había dicho hablando de su muerte: *«Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todos a mí»* (Jn. 12, 32). Con esta expresión indica que el triunfo de Cristo en la cruz no excluye de la salvación nada de lo creado, ni ninguna actividad humana.

El Concilio Vaticano II enuncia así esta verdad: *«Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción se revestirá de incorruptibilidad, y, permaneciendo la caridad y sus obras, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las criaturas que Dios creó pensando en el hombre.»* (GS 39).

De esta doctrina se puede extraer la consecuencia del valor de toda actividad humana. El cristiano debe preocuparse en primer lugar de su alma, pero no sólo de ella; todos los valores humanos serán perfeccionados.

Las realidades terrenas tienen un valor en sí mismas: el arte, la cultura, la ciencia, la técnica, la artesanía, etc. De donde se deduce que las actividades

humanas son un campo excelente para que el hombre se pueda santificar, santificando su trabajo, y todas las actividades honradas que hace con sus manos y con su inteligencia.

Por eso Dios lo levantó sobre todo y le dio el NOMBRE SOBRE TODO NOMBRE de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre.

JESUS ES CRISTO Y SEÑOR DEL UNIVERSO

LA RESURRECCION DE JESUS ABRE LA ESPERANZA DEL FUTURO

La Resurrección del Señor no es sólo un hecho que ha afectado a Jesús de Nazaret, sino que abre para el creyente una esperanza del futuro, es decir, del más allá de la muerte personal.

San Pablo quiere dejar claro a aquella comunidad (Corinto), en la que han surgido algunos que no creen en la resurrección de los muertos, que la Resurrección de Jesucristo es prenda de la de cada uno de nosotros (cfr. 1 Cor 15).

«Si los corintios (y, por tanto, todo cristiano) no quieren contradecir y vaciar de contenido *la fe que aceptaron* y que les hace vivir, la resurrección de los muertos no sólo es posible, sino necesaria. Mirando lo que pasó a Jesucristo, sabremos lo que sucederá a quienes estén incorporados a El: *los hombres serán como ya es Cristo en la gloria (...)*. En Cristo resucitado se ve bien el destino del hombre. Parece como si San Pablo dijera a los corintios (y a todo cristiano): lo que Dios ha hecho con Jesús, por su Espíritu, resucitándolo de entre los muertos, lo hará también con todos los hombres que le estén unidos Esa es la verdad de los cristianos.»

CRISTO REVELA EL MISTERIO DE DIOS

La revelación de Dios llega a su punto culminante con Jesucristo. Ahora ya no es que Dios hable a unos hombres, más o menos excepcionales, sino que Dios mismo se encarna en el hombre Jesús. De esta manera toda la vida de Jesucristo es una revelación de Dios, como lo expresa el Apóstol en la carta a los Hebreos: «*Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días nos habló por su Hijo.* (1, 1-2). Anteriormente la revelación se iba manifestando parcialmente, preparando a los hombres a la gran revelación que es Jesucristo. Como decía San Juan de la Cruz: «antes se nos daban palabras de Dios pero ahora se nos ha dado "la Palabra"» «Porque en darnos como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta palabra y no tiene más que hablar» (*Subida al Monte Carmelo, II, 22, 3*).

Cristo nos revela la intimidad de la vida divina con un objetivo claro: Hacernos participar de esa vida divina. Esta revelación se puede resumir en una frase: Dios es Uno y Trino. Dios es único, pero en su vida íntima se distinguen tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Sólo por Cristo ha adquirido el mundo la certeza infalible de que en el cielo existe desde siempre un Padre y que ese Padre, desde la eternidad, engendra un Hijo consustancial con El, con quien está unido en eterno amor por el Espíritu Santo. El misterio de la Santísima Trinidad es el núcleo central en el mensaje de Cristo. Pero no han llegado los hombres al Hijo partiendo del Padre; no ha sido primero la fe trinitaria y luego la fe en Cristo, sino al revés. Sólo en el Hijo, en Cristo, adquieren los hombres la certeza del misterio de Dios.

«Los hombres, por mediación de Cristo, Verbo hecho carne, tienen acceso en el Espíritu Santo al Padre y se hacen partícipes de la naturaleza divina» (DV, 2).

EVANGELIO SEGUN SAN JUAN

Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto. Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le replica: Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, El mismo hace sus obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí, Si no, creed a las obras. Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago y aun mayores. Porque yo me voy al Padre: y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré.

El Espíritu de la Verdad

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros.

Con mi Espíritu en vosotros: Jesús no deja huérfanos a sus discípulos. Cinco veces les promete su Espíritu. Le llama «-Paráclito», es decir, abogado, defensor, consolador. El -mundo. no puede recibirle, porque ni siquiera le reconoció cuando actuaba en vida de Jesús. El Espíritu, en cambio, estará -en- los discípulos, obrando desde el interior.

La misión del Espíritu en la Iglesia es múltiple. Viene para revelar a Cristo, dar a conocer su *nombre* verdadero, o sea, su calidad de Hijo de Dios. Por eso enseñará y recordará las palabras de Jesús y hará comprender desde dentro toda la riqueza de vida que encierran.

El Espíritu no hablará en su propio nombre. Anunciará lo que vaya viniendo y guiará hasta la verdad completa, que es Cristo. Es decir, dará a los discípulos el sentido de su Palabra, su vida, su muerte en la cruz y la inteligencia del «mundo nuevo», de la «nueva humanidad», salida de su Resurrección.

San Juan es el único en afirmar que el Espíritu *dará testimonio de Cristo*. Cuando la persecución arrecie y los discípulos conozcan la tentación del miedo y de la duda, el Espíritu fortalecerá su corazón para confirmar su fe en Jesús. Es un testimonio distinto de la ayuda prometida por Cristo a los discípulos, cuando sean arrastrados a los tribunales. Por fin el Espíritu Santo demostrará, que el pecado está en el «mundo», la justicia en Jesús y que el verdadero condenado es el demonio o príncipe de este mundo.

En el pasaje, San Juan está pensando en el gran juicio que Dios realizará «en los últimos tiempos».

Los discípulos están tristes por la partida de Jesús. Este les consuela: les conviene que se vaya. Cuando les envíe su Espíritu podrán reconocer, hasta el fin del mundo, la presencia viva de Cristo en medio de su Iglesia.

JESUCRISTO, SEÑOR DEL UNIVERSO

Cuando Dios se hizo hombre en la Encarnación quiso que su humanidad estuviese revestida de humildad, para así superar el pecado que tuvo su origen en la soberbia. Una vez vencido el pecado, la muerte y el demonio en su gloriosa Resurrección, Cristo fue revestido de gloria en su cuerpo y en su alma y constituido Señor de todo lo creado. Así lo expresa San Pablo: *«Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en la tierra y en las regiones subterráneas, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre»* (Flp. 2, 9-11).

Tras la Resurrección el Reino de Dios se ha establecido entre los hombres de una manera definitiva. Jesucristo como Dios siempre ha sido Señor, pero después de su humillación voluntaria en la Redención, recupera el señorío dejado. El Reino de Dios es un reino espiritual que se realiza consiguiendo que Cristo reine en todas las actividades humanas, «atrayendo a sí todas las cosas». Esto se *realizará* de modo definitivo cuando en los nuevos cielos y

en la nueva tierra sean superados definitivamente todos los males (cfr. Ap. cap. 21).

LA FILIACION DIVINA DEL CRISTIANO

Filiación quiere decir que se ha recibido la vida de un padre. En este sentido se puede decir que todos los hombres son hijos de Dios. Pero el cristiano -cuando está en gracia- tiene un nivel más alto de filiación, una filiación más perfecta. Cristo eleva a una vida nueva a los que creen en El. Les hace -participantes de la naturaleza divina- como dice San Pedro, los hace hijos adoptivos de Dios, de Dios nacidos.

Jesucristo es el «*primogénito entre muchos hermanos*» (Rom. 8, 29), expresión que quiere decir que el que cree en Jesús y rechaza el pecado, vive una vida nueva semejante a la de Nuestro Señor.

El Verbo se hizo carne

En el prólogo del evangelio de Juan se dice : El Verbo se hizo carne. *La Encarnación* es la máxima presencia de Dios en el Universo, pues se hace hombre en Jesús. Para entender mejor esta afirmación conviene ascender a las alturas de la intimidad divina y cuando se puede expresar algo de la Generación eterna del Verbo adquiere más luz que es Verbo eterno entre en el tiempo y la historia tomando la Naturaleza humana de Jesús y dándole vida sin que ésta deje de ser plenamente humana

Dios es un ser personal

Un avance notable del conocimiento humano de Dios es que Dios es un Ser personal. Lejos de las brumas del Dios lejano y extraño o de las elucubraciones del dios todo panteísta, está ver que Dios es Alguien. Después vendrá el avanzar sobre qué se entiende por Alguien, pero la primera intuición es válida, pues todo ser humano percibe que él es alguien y no algo, e incluso que los animales no son alguien. Vamos a empezar por

el conocimiento del hombre y de los ángeles como personas y luego con la ayuda de la Revelación y de las analogías intentar desvelar el misterio insondable del Dios personal. El Cristianismo aportó a la Humanidad la convicción de que el hombre tiene dignidad porque es persona. Pero ¿qué es una persona?¹²².

Es de gran valor la aportación de Santo Tomás que, al entender el Ser como Acto, pues así se puede entender mejor que el hombre –imagen de Dios- participa de ese acto; y de ahí viene la dignidad y la fuerza de cada persona, con un valor por sí misma y capaz de desplegarse en una riqueza de acciones que impresiona. Veamos algunos de testimonios de esta riqueza. Fernando Ocáriz dice a este respecto: “supuesta la naturaleza espiritual, ¿cuál es el constitutivo de la personalidad? De acuerdo con Santo Tomás, la respuesta es inmediata: el acto de ser, que es la perfección última y actualidad fundante de la naturaleza y de todas las determinaciones accidentales de la persona”¹²³.

¹²² E. C. Rava. Diccionario de teología. “En el mundo griego, el hombre no se considera persona, en cuanto que está sometido al destino y no puede romper el círculo de la necesidad. En la Biblia no aparece el término persona, pero toda la revelación judeocristiana pone en evidencia fuertemente la dignidad del hombre ante a Dios, que toma conciencia de sí mismo y de su propia existencia irreplicable en virtud del diálogo que Dios creador establece con él. También Dios se revela desde el principio de la creación como persona, creador libre, lleno de sabiduría y de amor (Gn 1-2). En los primeros siglos de la Iglesia se utilizó el término persona para aclarar el misterio de la Trinidad. Tertuliano fue el primero en introducir este término para explicar la fe cristiana en Dios (*Adversus Praxeam* 6, 1 : 7, 8). Los Padres griegos, en sus controversias trinitarias, en vez del término persona (*prosopon*) -interpretado por Sabelio como simple apariencia- utilizan la expresión *hypóstasis*, traducida por *suppositum* o *subsistentia*, en cuanto que indica una realidad objetiva, y afirman que en Dios hay realmente tres modos diversos de poseer la misma naturaleza divina. A continuación, en las controversias cristológicas se distingue entre persona y naturaleza, para expresar que las dos naturalezas plenas y perfectas, divina y humana, subsisten en la única persona del Verbo (unio hypostatica).

En el siglo VI, en un tratado de Severino Boecio sobre las dos naturalezas de Cristo, se encuentra la primera definición de persona en la que se inspira toda la Edad Media: «Persona est naturae rationalis individua substantia» (*De duabus naturis*, 3). En el período escolástico, Ricardo de San Víctor propone modificar la definición de Boecio en cuanto que el concepto de individuo no conviene propiamente a Dios; por eso define a la persona como: «*intellectualis naturae incommunicabilis existentia*» (*De Trinitate*, 1. 1V, c. XXII).

Santo Tomás destaca la dignidad propia del subsistir en una naturaleza espiritual, que se realiza de modo eminente en Dios. Por eso, «persona significat id quod est perfectissimum in tota natura» (*S. Th.* 1, q. 29, a. 3). Aclara además que la substancia individual de la definición de Boecio, aplicada a Dios, no significa la individuación de la materia, sino la incommunicabilidad del ser divino. Desarrolla también el carácter de relación de las personas divinas, dado que su distinción proviene de su diversa relación de origen. Este carácter relacional no es algo accidental, sino que pertenece a la misma substancia divina; por eso, Tomás afirma que «la persona divina significa la relación en cuanto subsistente» (*S. Th.* 1, q. 29, a. 4). En el ámbito antropológico, fundamenta la unicidad de la persona humana en cuanto que la misma alma espiritual es la forma substancial del cuerpo y el principio de toda perfección; el alma y el cuerpo son constitutivos de la persona humana. El Magisterio de la Iglesia ha tomado de forma definitiva el término «persona» para formular los dogmas de la Trinidad y de la encarnación del Verbo.

¹²³ Fernando Ocáriz. *Naturaleza, gracia y gloria* EUNSA. Pamplona. 2000. p.47

Se puede usar la palabra acto y la palabra ser, pero no todos la entienden igual, según se entienda se comprenderá lo íntimo del ser humano pues lo que le constituye como persona es el acto de ser participado del mismo Dios¹²⁴ –Ipsum Esse Subsistens–, así será posible avanzar por esa línea que busca conocer y conocerse. Un paso lo dan Cardona y Kierkegaard cuando utilizando un lenguaje más accesible dicen que el hombre es “Alguien delante de Dios”, es decir, no algo, ni sólo un individuo de un colectivo, sino alguien único, irrepetible, con dignidad por el sólo hecho de existir, no tanto por sus dotes intelectuales, físicas o de cualquier tipo, sólo por ser hombre. Decir delante de Dios indica que no se trata de un ser aislado o autónomo, irresponsable, desgarrado, o arrojado a la existencia, o absurdo, sino que su relación fundamental es situarse cara a cara con Dios; o dicho de otro modo, como dos seres libres que se piden mutuamente amor, el hombre desde el tiempo y la historia y Dios en su eternidad. “Este hombre es hombre porque tiene la naturaleza humana. Es este hombre porque esa naturaleza humana está individuada en cuanto la forma substancial (el alma) informa una materia cuantitativamente determinada y así distinta. Pero en definitiva este hombre es porque tiene acto de ser, por el que esta naturaleza humana subsiste realmente y es sujeto de su vida y de sus actos, y es 'alguien delante de Dios', es

¹²⁴ San Juan de la Cruz expresa su experiencia mística de la presencia de Dios en lo íntimo de un modo poético: “(Dios) esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser de tu alma (...). ¿Cómo no lo hallo ni l siento? (...). Por que está escondido y tú no te escondes (...) hasta lo escondido donde él está. Quedando escondido con él sentirá como escondido (...) y le amarás y gozarás en escondido y te deleitarás con él escondido” Cántico espiritual (1,6-10)

persona¹²⁵, y es libre, capaz de amar y capaz de pecar¹²⁶. Esta apertura vertical de la persona se extiende a los demás seres humanos de tal modo que Polo llega a llamar a la persona co-ser, es decir, persona que no puede ser sin el otro, que es co-existencia. Como la expresión nos parece algo que confunde no la usaremos, pero es muy sugerente y verdadera.

La *persona* humana es lo radical. Sus rasgos *radicales* no se reducen a lo propio de la *naturaleza humana*. La persona es alguien, el ser irrepetible e irreductible a la humanidad, a lo común de los demás hombres. Es de la *naturaleza humana* la corporeidad, la razón, la voluntad, pero no la persona. Los griegos desconocieron este hallazgo, pero los modernos lo olvidaron. No así los cristianos

Un segundo paso es considerar si los ángeles son personas. Todos los hombres tienen la misma naturaleza, no hay hombres esencialmente superiores o inferiores (como dice Aldous Huxley en su Mundo feliz). Pero cada hombre es distinto de los demás, es alguien, veíamos más arriba. Su individualidad le viene de su cuerpo, pero no su personalidad. Es fácil que se puedan confundir las dos realidades que hacen de un hombre una persona, Pero en el caso de los ángeles no es así. Son espíritus puros, no tiene cuerpo. No se multiplica la naturaleza de cada ángel por la multiplicidad de cuerpos. Cada ángel agota toda la naturaleza espiritual recibida al ser creado. Su ser persona reside también en acto de ser que

¹²⁵ Carlos Cardona Metafísica del bien y del mal. Ed Eunsa. p 73

¹²⁶ Kiekegaard con el seudónimo de Anticlimacus. “Anticlimacus llama yo teológico a la conciencia que se da cuenta de encontrarse delante de Dios. El yo es siempre un individuo delante de Dios. La desesperación potenciada, es decir el pecado, está también siempre delante de Dios. Si esto es el pecado, lo contrario del pecado no es la virtud, como pensaban los antiguos, sino la fe. La única cosa del mundo que puede extirpar la desesperación es la fe: el fundarse transparente del yo en la potencia que lo ha puesto. Esta contraposición pecado-fe es propiamente cristiana. Para Sócrates el pecado es ignorancia. Pero si el pecado es ignorancia verdaderamente no existe, porque todo pecado es consciente. Según Anticlimacus el concepto que indica el *divortium acqvarum* entre paganismo y cristianismo es precisamente el concepto de pecado(18). En la cosmovisión griega, si uno hacía el mal era sólo porque no había comprendido bien que aquella acción era un mal. En el cristianismo, por el contrario, se hace el mal porque no se desea comprender, o porque, incluso comprendiendo el bien, no se desea realizarlo. Nosotros, cristianos, conocemos las raíces del pecado por una revelación divina: si faltara esta revelación caeríamos en el paganismo. Por lo tanto, Anticlimacus completa la definición de pecado del modo siguiente: «el pecado es, después de haber sabido por medio de una revelación divina qué es el pecado, delante de Dios o desesperadamente no querer ser sí mismo, o desesperadamente querer ser sí mismo»(19). El pecado no es una negación sino una posición. Lo característico del pecado reside en la conciencia de encontrarse delante de Dios y en la obstinación de mantenerse en una autopoición, con la vana pretensión de una autofundación. En la desesperación potenciada, el pecado puede revestir dos formas. El hombre puede desesperar del propio pecado: el pecado quiere ser coherente consigo mismo, no quiere tener nada que ver con el bien, quiere encerrarse en sí mismo. Si el pecado es ruptura con el bien, desesperar del propio pecado es ruptura con el arrepentimiento(20). El hombre puede también desesperar de la remisión de los pecados. Es el pecado del escándalo, y es un pecado del yo que se encuentra no ya delante de Dios, sino más en concreto delante de Cristo”

participa del Esse divino. Cada uno es Alguien ante Dios y para siempre. Libre, inteligente, con voluntad y afecto. Pero conocerles como personas nos ayuda más a conocer a todas las criaturas y al Creador. Santo Tomás distingue entre esencia y existencia con distinción real. La persona es alguien porque tiene ser, porque su intimidad más profunda participa de la divinidad. Este acto de ser angélico es el que da ser a esa esencia, que sin él no sería más que algo posible.

En Dios, puro espíritu, no se da esa composición. La esencia de Dios se identifica con su existencia, es simplicísimo. La consecuencia es que Dios es el Ser más personal, es más Alguien que todos los que tenemos la conciencia de que no somos cosas. La Revelación nos habla de que la personalidad de los ángeles está enormemente abierta a Dios y a los hombres. Esta apertura, misión, sentido de su creación, nos muestra más sobre la noción de ser personal puramente espiritual. No se trata de ser en un individualismo sin relaciones en la propia especie. Sino de un ser personal tan rico que puede abrirse o cerrarse de un modo instantáneo a todas las especies.

La persona en Dios

Sería un error pensar a Dios como Dios personal solitario. Dios es el *Ipsium Esse subsistens*. Si las personas creadas tienen la dignidad de personas recibidas del Esse, Dios debe ser el máximamente personal. Pero sólo mirando a los hombres y a los ángeles percibimos que la persona es abierta, amorosa, *quodammodo omnia*, libre, dadora de vida, aunque sólo sea imagen participada. La persona en Dios, el Esse divino, es infinitamente apertura, es Única, pero no solitaria. La Revelación nos muestra la grandeza del Dios Único y Transcendente al mundo: Tres personas en comunión tan plena de apertura y donación amorosa mutua (*pericóresis* que es Uno en unidad de unión amorosa y real).

La teología y el magisterio se han opuesto con fuerza a dos interpretaciones: las personas divinas son tres modos de ser de Dios (modalismo) y mucho menos son tres dioses (triteísmo). La vía de solución de lo que podrían ser aporías es enriquecedora, pues descubre la riqueza en Dios de algo que se da en las criaturas: la relación. Pero de un modo sublime y divino. En los seres creados la relación es el menor de los accidentes. Todos los accidentes no son en sí sino en la substancia que sí es

en sí. Pero los accidentes primeros (cantidad y cualidad) tiene una entidad enorme, baste pensar en la extensión y las matemáticas que la explican, o en las virtudes como la prudencia o en el arte, su estudio es inagotable para el hombre. Pero la relación sólo dice que dos seres se relacionan, si no hay seres no hay relación, desaparece. Si no hay padre o hijo no hay paternidad o filiación. Sin hermanos no hay fraternidad.

En Dios es diverso, pues por una parte no puede tener accidentes pues su Ser es absoluto, sin limitaciones accidentales; y por otra es simplicísimo. La única explicación que no hiere la racionalidad y abre, al mismo tiempo al misterio, es la de que las personas divinas son relaciones subsistentes.

Ciertamente son pobres las palabras y las ideas humanas ante la grandeza del Misterio infinito y eterno, pero es necesario usarlas para expresar lo que se ve, lo que se intuye, y lo que queda oculto. Las personas humanas se expresan con el pronombre -yo, tú, él- y cuando se sabe que ese tú es alguien concreto se llenan de contenido. Decir él atrae o produce lejanía. Pues bien, en Dios, Yo, Tú, Él son tan reales y tan íntimamente relacionados que son un Nosotros en unidad de Amor real. No es pensable un amor que no sea apertura, donación, unión. El Dios solitario sería imperfecto, no sería Dios, sería un dios pensado por necesario ante la pobreza del mundo, pero no sería real. Poner el mundo como exigencia de la apertura del Dios Amor es impensable. Dios no necesita al mundo ni para conocerse, ni para tener un objeto o un sujeto al que querer. Dios es Amor de donación plena en sí mismo. Pero la apertura y el don no bastan. La relación no sería nada si no fuese subsistente. Cada persona es Dios amando como Padre, como Hijo, o como espiración o éxtasis de amor, renovando eternamente el amor. Por eso será posible decir que el Espíritu santo es Don de Dios a Dios. O que el Padre es tan perfectamente Padre que da toda su Vida al Hijo. Que el Hijo acepta ese amor que sería donación al vacío sin Él, o amor egocéntrico. Y ante el Misterio del Amor de donación perfecto, sólo queda añadir que es eterno para llegar a la orilla que te permite decir: ¿hay más aún? Pues sí, escucha y oírás, pues mirar es poco, y pensar con las experiencias de hombre es sólo deseo. Escuchar es el modo de conocer por fe, que llega a confianza y amor orante.

En el hombre ser persona lleva consigo no sólo la dignidad de la participación en el Esse y ser como acto, sino que ese acto actúa. Actúa

como Luz, pues Dios es Luz, es Verdad, es Inteligencia, y el hombre entiende divinamente, pero al modo humano. Actúa con Voluntad que se siente atraída al Bien infinito. Actúa como libertad que puede amar o degradarse. Actúa con afectividad y corazón. En el ángel su ser personal es más perfecto, pero no sólo es dignidad de existir, sino que actúa entendiendo las ideas y verdades que Dios le da en abundancia, queriendo el bien conocido. Queriendo libre y afectivamente la verdad y el bien que está en Dios mas allá de sí mismo. En Dios cada Persona es subsistente en un acto perfecto, pues si no no sería Dios. Pero si no fuesen distintas personas no podría actuar el ser como es Amor, parecería lejano, vivo, pero sin esa vida que a los hombres nos eleva. El Amor requiere siempre una acción amorosa de alguien y hacia alguien. El amor requiere dar, aceptar, y el don de mutuo amor. Dado que Dios es eterno en perfecta vida. Podemos decir que la Vida íntima de Dios es siempre Amor, y que las personas se distinguen en cuanto a la relación amorosa. El Padre engendra y da su vida en perfecto modo de darse totalmente. El Hijo acepta esa donación y su característica es dejarse querer en obediencia eterna. El Espíritu Santo es el Don de Dios a Dios, es la alegría del Padre al amar al Hijo y al saber aceptado su amor; es la alegría del Hijo al ser uno con el Padre y hacer posible un amor paternal eterno en un sí continuo. El Padre y el Hijo se entregan sin cesar al Espíritu Santo que da renovada actualidad al Amor entre Padre e Hijo. Es Espíritu Santo es eternamente el vínculo que une al Padre y al Hijo.

Estas relaciones son subsistentes y su distinción personal consiste en el diverso modo de amarse las tres personas divinas. El efecto de ese amor trinitario es que cada una de las personas está en las otras dos. Los humanos sabemos que el amor de intimidad es la forma más feliz y plena de amar, por encima de otras formas como es la afectiva y la corporal; que el yo y el tú se unen en los amantes con una unión espiritual y real. Además en los humanos el amor de intimidad da frutos externos: fidelidad, ayuda, comprensión en los amigos; en la amistad de los esposos, los hijos son un fruto bien real; en los pueblos, la paz etc. En Dios la unión de los Tres es tan plena e íntima, que sin ella no se entendería la Unidad divina. Ahora es posible entrever una Unión viva, activa, donante, amorosa en todos los sentidos que los humanos podemos llegar a entender. Y podemos entender este tipo de amor porque así se realiza en el Dios verdadero que es Uno y Trino.

La riqueza de las personas divinas nos lleva a una nueva luz. Si realmente es personal, y realmente es amor, no puede ser solitario. Si la personalidad estuviese constituida por el ser como acto divino -el Es-serían varios dioses en un triteísmo como la ogdoada gnóstica¹²⁷. Si fuese la apertura de la relación lo que les constituyese, sería cada persona un mero modo de ser del Dios Único. Que la persona sea relación subsistente -paternidad, filiación, espiración pasiva – nos lleva a la intimidad del Dios vivo con una riqueza interior que atrae dentro del respeto a su Majestad. La adoración pasa a piedad y amor filial

La Trinidad desde su intimidad

El misterio de la Santísima Trinidad es un misterio que rebasa la razón humana, pero que, al mismo tiempo, da intensas luces para conocer a Dios: "esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, Padre, y a tu enviado Jesucristo" dice el Señor

-Dios, el Padre, es amor, esta afirmación conduce a las profundidades divinas. En la salvación corresponde al Padre la iniciativa del amor, su amor es un amor fontal, una fuente que mana eternamente. El Padre es el principio, la fuente y el origen de la vida divina. No engendrado, no creado su innascibilidad es no tener origen es el principio en cuanto que es Aquel de quien otro procede. Sólo Él puede sin motivo o causa empezar a amar (salvando el lenguaje del tiempo para la eternidad). Dios ama desde siempre y para siempre, comenzó a amar desde la eternidad. Nunca fallará a su fidelidad en el amor, es una total espontaneidad, fontalidad, creatividad inagotable del amor divino. El Padre es eterno origen del amor, Aquél que ama en absoluta libertad, desde siempre y para siempre libre en su amor, *el eterno Amante con la gratuidad más pura del Amor*

¹²⁷ En el gnosticismo de Valentín que tiene algunos rasgos cristianos se dice que Dios es el Espíritu indestructible e inmutable, su nombre es Pre-principio, Pre-Padre y Abismo. Con él estaba la Ennoia (Pensamiento), también llamada Gracia y Silencio. Ambos alumbran el intelecto (Nous) único capaz de abarcar la magnitud del padre, y se llama también Unigénito, Padre y Comienzo de todas las cosas. Junto a él fue emitida la Verdad (aletheia) que forman la primera tétrada: Abismo, Silencio, Intelecto y Verdad. El intelecto con la Verdad emite la palabra y la Vida, que a su vez, emiten al hombre y la Iglesia. Ésta es la Ogdóada primigenia. Estos con otros 22 eones constituyen el Pléroma.

La crisis de este Pléroma se da cuando Sofía el último de los eones y el más joven da un salto al querer conocer al Incomprensible. En su caída y recuperación engendra la materia cuya sustancia es ignorancia, tristeza, temor y estupor y de ahí se origina la angustia y el Terror, el Error y el Vacío.

La salvación de ese conjunto de males en que estará encadenado el espíritu humano que es parte divina será el conocimiento. Nunca se habla de pecado, ni de amor.

El Amor del Padre no es egoísta, sino que es generador, originante, fecundo. Amando Dios se distingue: es Amante y Amado, Padre e Hijo. Es el Padre por esencia, la paternidad le distingue de las otras personas. Eternamente está engendrando por amor al Hijo de un modo tan perfecto que el Hijo es consustancial con el Padre que le da toda su vida. El Padre sale de sí mismo totalmente en desbordante generosidad del Primer Amor

Más allá del Hijo el Amor que engendra al Hijo sigue procediendo amor; amar es trascender al otro, no para amarlo menos sino para amarlo más. El Amor del Padre, fuente del Amado, el Hijo, es también fuente del tercero en el amor, el Espíritu. El Espíritu Santo es el éxtasis de amor del Padre ante el Hijo y del hijo al contemplar al Padre. Es el condilecto en el amor. Es el vínculo personal de la comunión mutua del Padre y del Hijo. Es el don personal de su generosidad absoluta, en Él la Trinidad se hace donante y acogedora. El Padre, Amante eterno, es fuente del Espíritu no sólo como amor unificante, sino como amor abierto y acogedor y espira al Espíritu como don.

Esta libertad amorosa del Padre es el origen de la creación y la razón más profunda de la libertad de las creaturas. Su iniciativa amorosa no cede ni ante el ingrato o el infiel

-El Hijo es el Amado. Jesús nos revela la intimidad divina especialmente en la muerte y la resurrección en la pascua. Pero fijémonos sólo en que es preexistente al mundo creado, es el Verbo del Padre, su Palabra eterna. Lo característico suyo es nacer de otro, ser amado, en el Hijo reside la receptividad del amor. El Hijo es acogida pura, eterna obediencia de amor; él es el amado antes de la creación del mundo. El eterno Amante se distingue del eterno Amado, procediendo de él por la plenitud desbordante de su amor; el Hijo es el otro en el amor, sin él no existiría en amor como don. El acto eterno de la generación es el eterno nacimiento de su Hijo que no nace de la nada, ni de una sustancia cualquiera sino del seno del Padre, es decir de su sustancia. El Hijo es el Verbo, la Imagen transparente y radiante de la suya. La creación e tiene en el Verbo su fundamento.

Pero el Padre no es el Hijo, el Amante no es el Amado, sin esa alteridad sería Dios soledad absoluta, egocentrismo infinito. Dios es dar en el Padre y también receptividad, dejarse amar eternamente. Al crear el amor se hace vulnerable al pecado. Corre el riesgo de la libertad. El dolor divino

es perfección del amor como se ve en Jesús, pero es desde la intimidad divina

El Padre y el Hijo espiran al Espíritu Santo que procede de los dos, porque su distinción ha quedado asumida en una unidad más alta del amor que procede del Padre y que, descansando en el Hijo, vuelve a su origen sin origen. El Espíritu Santo es el vínculo personal de comunión distinto del uno y del otro. El amor divino es oblativo, apertura plena. El Espíritu realiza la verdad del amor divino, demostrando cómo el verdadero amor no es nunca cerrazón o posesividad, sino apertura, don, salida del círculo de los dos. El él se da la apertura de lo que es divino a lo que no es divino. Es también el éxtasis de Dios hacia su otro: la criatura. En el Espíritu el Amante y el Amado se abren a la creación y a la salvación

-El Espíritu es aquél que abre el mundo de Dios al mundo de los hombres. El Espíritu recibe del Padre principalmente y del Hijo, en cuanto que el Hijo es dado por el Padre ser el vínculo de unidad del Padre y del Hijo es el tercero en el amor, aquel a quien el Padre ama por el Hijo, más allá y por medio del Amado, siendo por eso mismo personalmente el don del amor, el éxtasis del Amante y del Amado, su apertura, el término de su entrega, otro respecto a los dos. Es el amor que desborda del Padre y se derrama en el Hijo, que al recibirlo es uno con el Padre, porque dado por él, el Espíritu es amor que se distingue del eterno Amante; otro respecto del Hijo. La suya es la relación de las relaciones garantiza la distinción y constituye la unidad del ser divino como aquel acontecimiento que es el amor mismo

Dios Padre derrama su Espíritu sobre su Hijo que a su vez lo entrega al Padre en el momento de la cruz y una vez que ha recibido en plenitud en la hora nueva de la pascua y lo da a toda carne. El Espíritu es aquel por quien se consuma la comunicación de Dios. Es sobreabundancia del amor divino, plenitud desbordante, éxtasis de Dios, Dios como pura excedencia, Dios como emanación de amor y de gracia

La generación eterna del Verbo

Dios de Dios. La Palabra, el Verbo, el Hijo.

El Dios escondido e inefable se puede expresar como el Silencio lleno de riqueza interior. En la intimidad de Dios se da un movimiento eterno de apertura intelectual, generador de una Palabra que es consustancial al Silencio que la emite, pero que difiere en cuanto es emitida. En otros términos, el Padre engendra eternamente al Hijo con libertad gratuita y amante y es el Verbo consustancial con el Padre.

Vale la pena conocer las teorías anteriores a esta revelación que usan la misma expresión de Logos y sus paralelas Verbo y Pensamiento. Para los griegos Logos significa «palabra», pero también «razón, pensamiento». Desde el comienzo del pensar filosófico, especialmente Heraclio en el siglo VI a. JC se atribuyó al Logos la función de hacer inteligible todo lo que existe. Para los estoicos era el concepto central del pensar y del hablar recto (lógica), la fuerza divina que anima al cosmos, la fuente de las reglas de acción moral; para el neoplatónico Plotino es el Principio, la forma racional de lo real, la realidad que fluye de la inteligencia raíz de toda la realidad. Filón de Alejandría, pensador judío helenizado, concibe la sabiduría divina como atributo de Dios, realidad que está junto a Dios y gracias a la cual Dios crea el mundo (cf. Prov 3,19. 8,22-36. Sab 728; 8,5; 9,2; Eclo 1,1-10; etc.) y «mora entre los hombres, aunque estos la rechacen muchas veces (cf. especialmente Eclo 24,8-10ss; Sab 9,1; 18,14ss; etc.). Asume el concepto helenista Logos como la “Palabra” creadora (dabar), para indicar a Dios creador trascendente que crea con sabiduría. Sin embargo, este Logos no es de naturaleza divina, ni parece tener una dimensión personal.

En la teología cristiana ha adquirido una enorme importancia el término, ya que el prólogo del cuarto evangelio confiesa la encarnación del Logos divino en Jesús de Nazaret (cf. Jn 1,1-18), llamado igualmente «Logos de la vida» en 1 Jn 1,1 (cf. también Ap 19,13, donde se habla del Logos de Dios).

En el cuarto evangelio se habla del Logos divino mediador de la creación y hecho carne. Asumir un término tan expresivo para pensamiento helenístico y judío era arriesgado pues el Logos de Juan es divino, es Jesucristo y es el Hijo de Dios divino. Es también decididamente antignóstico, con las especulaciones de la creación por parte del Dios Lejano de pensamiento, palabra, verdad, sabiduría como distintos. Cristo será tanto el Logos, como la Verdad, como la Sabiduría, además de ser el Verbo encarnado. Aunque el cambio sea tan radical, aprovecha las intuiciones anteriores, aunque sean confusas, suprimiendo algunas cosas

como la creación caótica de los gnósticos y la limitación en los griegos y el fatalismo de los estoicos. En la reflexión teológica de la época de los Padres, siguiendo al cuarto evangelio, se dio a una fuerte y profunda reflexión teológica sobre Jesucristo Logos de Dios, comenzando por Ignacio de Antioquia. Globalmente se puede decir que, para ellos, Cristo es, en cuanto Logos, revelación de Dios, viene del Padre, es eterno como el Padre, es su consejero en la creación y su instrumento en la conservación del mundo y en la realización de la redención. La doctrina del Logos que enseñaban Arrio usó el término logos sin dimensión divina, como lo hicieron los anteriores, por eso motivó la intervención del concilio de Nicea (325). Arrio concebía al Logos como un ser intermedio entre la realidad trascendente, incomunicable e inalcanzable de Dios y la realidad humana-cósmica; en oposición, el concilio de Nicea propuso la doctrina según la cual el Logos divino, revelado en Cristo, es de la misma substancia que el Padre (omousios to Patrí, consubstancial al Padre), Logos/Hijo divino, eterno mediador de la creación y encarnado para la salvación del hombre (cf. DS 125). Con esta toma de decisión doctrinal, Jesucristo, como Logos encarnado, era reconocido plenamente como perteneciente a la esfera divina y su realidad humana con su historia podía ser considerada como verdadera encarnación y verdadera historia de Dios.

Pasemos de la historia a la línea que nos hemos marcado. Comenzando por la generación del Hijo por parte del Padre, de la Palabra que surge del Silencio eternamente.

Palabra. Es el primer nombre que nos ayuda a conocer al Hijo en cuanto es engendrado intelectualmente por el Padre. Ya veíamos en la sección correspondiente al Padre, que Dios es inabarcable al conocimiento de las criaturas, y que su silencio infinito de conocimiento pleno dice una Palabra que siendo consustancial al Padre, tiene su origen en el ese silencio infinito del Padre. El término Palabra está unido al de Verdad. Por eso Jesús lo aclara cuando le dijo a Tomás: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí”¹²⁸. Verdad tendrá dos acepciones. Una que se trata de alguien, no algo recibido en la inteligencia, por lo tanto, la Verdad es inabarcable a toda mente creada, es una Persona divina. Otra que es la Revelación de la Verdad divina, del Padre y de la doctrina de salvación.

Verbo o Logos es el término usado por San Juan y San Pablo y siendo igual a Palabra evoca más la relación con la creación, “porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y sobre la tierra, las visibles y las invisibles, ya sean los tronos o las dominaciones, ya los principados o

¹²⁸ Jn 14:5-6

las potestades. El es antes que todas las cosas y todas subsisten en él”¹²⁹; es la causa ejemplar y final de la creación. El cosmos tiene un origen inteligente en el Padre que toma como modelo al Hijo, que también crea en su unidad divina con el Padre, y quiere un mundo de hijos libres que tengan como fin ser semejantes al Verbo engendrado por el Padre, “pues [el Padre] tuvo a bien que en él habitase toda la plenitud”¹³⁰. Los ángeles no son creadores, sino criaturas de naturaleza invisible. Juan lo expresa con gran claridad, “En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio junto a Dios. Todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho”¹³¹.

Luz. Juan lo señala también como Luz con toda la carga que tiene esta noción de emanación divina, de iluminación, de bondad, de salvadora de las tinieblas de la ignorancia y del pecado, “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron”¹³². Pero dejando claro que era la misma Luz, que es Dios Hijo,” Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre, que viene a este mundo”¹³³.

Imagen del Padre. Pablo después de anunciar la buena nueva de la salvación, y “dando gracias al Padre, que os hizo dignos de participar en la herencia de los santos en la luz. El nos arrebató del poder de las tinieblas y trasladó al reino del Hijo de su amor,” en quien tenemos la redención, el perdón de los pecado”¹³⁴, explica quién ese Salvador: “El cual es la imagen del Dios invisible”¹³⁵. Aunque la idea de imagen parece indicar una inferioridad, no es así, pues es imagen perfecta del Padre, igual al Padre, pero distinto en su relación filial. La característica de la noción de Imagen es que conocemos al Padre a través de su imagen grabada en toda la creación, especialmente en el hombre. Cristo será la Imagen encarnada, es decir, que en su humanidad muestra la divinidad a los hombres plenamente según el modo humano de conocer. Conocer a Cristo es conocer la imagen del Padre encarnada en el hombre Jesús. Cuando Felipe le dijo: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le contestó: Felipe,

¹²⁹ Col 1:16-17

¹³⁰ Col 1,19

¹³¹ Jn 1:1-3

¹³² Jn 1,4-5

¹³³ Jn 1,9

¹³⁴ Col 1:12-14

¹³⁵ Col 1:15

¿tanto tiempo como llevo con vosotros y no me has conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo, no las hablo por mí mismo. El Padre, que está en mí, realiza sus obras”¹³⁶.

Amado. Así lo muestra la Voz del Padre en el Bautismo del Jordán, “Inmediatamente después de ser bautizado, Jesús salió del agua; y he aquí que se le abrieron los Cielos, y vio al Espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz del Cielo que decía: Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido”¹³⁷; y en la Transfiguración del Tabor, “Seis días después, tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a Juan su hermano, y los llevó a ellos solos a un monte alto, y se transfiguró ante ellos, de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestidos blancos como la luz. En esto, se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: Señor, qué bien estamos aquí; si quieres haré aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Todavía estaba hablando, cuando una nube resplandeciente los cubrió y una voz desde la nube dijo: Este es mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido: escuchadle”¹³⁸. Amado indica la consustancialidad del Hijo en cuanto ama aceptando el amor generativo y original del Padre. Aquí se puede observar un matiz nuevo de la generación, que no es sólo un acto intelectual, sino un acto de amor propio del Padre, que es el divino Amante. Sería impensable un acto de generación, de apertura personal, de don total, que no fuese amoroso, además de acto de conocimiento propio que engendra. Como dice Santo Tomás es una “palabra del corazón”¹³⁹.

Hijo. La máxima revelación de Cristo es que Dios es Abbá, su Papá, y que Él es el Hijo. Todo gira en torno a esta revelación y a esa generación eterna, que se hace histórica en el seno de María y da vida al Alma humana de Jesús, que, a su vez, da vida a ese Cuerpo que será el cuerpo del Sacrificio perfecto anunciado en el sacrificio de Isaac. En la agonía se hace explícita esa llamada al Padre. “Decía: ¡Abbá, Padre!, todo te es posible, aparta de mí este cáliz; pero que no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú”¹⁴⁰, aunque como se ha señalado por J. Jeremías el nombre con

¹³⁶ Jn 14:8-9

¹³⁷ Mt 3:16-17

¹³⁸ Mt 17:1-2

¹³⁹ Suma teológica I, q.27, a. 1, in c

¹⁴⁰ Mc 14:36

que llama Jesús al Padre es Abbá en todos, o casi todos los lugares del Evangelio, aunque las traducciones lo llamen Padre más veces que Abbá.

Después de este resumen, veamos la conclusión y aproximación al conocimiento del Hijo, pues nadie va al Padre sino por Él¹⁴¹. El acceso al Dios escondido es el Hijo, que lo revela como Padre Amante, no solitario, pues vive el amor original engendrando al Amado. Además ese Hijo es la Palabra, según la acepción hebrea dabar, -palabra creadora-, pero que es Dios personal. También es el Logos, pero más allá que el logos griego y el de Filón que lo identifica con el Creador y la Ley, pues es El Verbo engendrado, modelo y fin de la creación. Y es Imagen, reflejo de ese Dios que no ha sido visto por nadie, y el que lo viese moriría, decían los judíos. En la Kénosis divina en Jesús contemplarán la Verdad y el Amor divinos y la grandeza del hombre junto al misterio de iniquidad, que es el pecado.

El Padre

Dios Padre

Después de haber contemplado al Dios escondido que es inabarcable en su misterio por su infinitud, y de haber concluido que Dios es un ser personal es conveniente contemplar cada una de las tres personas divinas por separado. Dios no es el “algo” difuso como Brahma, sino que es Alguien de un modo más perfecto que los hombres. Dios piensa, ama, quiere, siente y elige. Vamos a intentar conocer mejor quién es ese Alguien que se hace llamar Padre, y que, incluso antes de la Revelación de Jesucristo que le llama Abba, muchos le llamaron Padre de un modo ambiguo.

Veamos el Dios de Jesucristo. El prólogo del evangelio de San Juan cuando habla del Padre le llama Dios con artículo. Parece claro junto a otros muchos textos que no es que diga que sólo el Padre es Dios, pues dice explícitamente que el Verbo es Dios, sino que la noción de Dios que tenían los antiguos reside especialmente en el Padre, es decir se origen y principio de toda realidad. Jesús revelará que además en la intimidad divina también principio y origen eterno de la divinidad. Siendo el Hijo, que Juan prefiere

¹⁴¹ cfr Jn 14,6

llamarlo Verbo o Logos en el prólogo “Unigénito del Padre” (Jn 1,14) y el hecho de que no hay más hijos en el seno de la divinidad ya nos dice que la paternidad que engendra al Unigénito debe ser perfecta y perfecta en su donación total.

Todo esto no conduce a un triteísmo, ni a que el Padre ya sea totalmente conocido, pues “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Dios Unigénito, el que está en el seno del Padre” (Jn 1,18). La expresión seno del Padre refleja tanto la intimidad divina, como que es entrañable y acogedora, además de engendrar. “El Padre ama al Hijo” (Jn 3,35) añadirá después al hablar de la difícil misión del Hijo.

Más adelante, en el contexto de una polémica sobre el sábado, dice Jesús: “Mi Padre trabaja hasta el presente, y yo también trabajo” (Jn 5,17). Trabajo se puede entender como creación o relación con la creación, pero el siempre nos lleva al trabajo interno del Padre que es generación eterna. A lo que es lo mismo Acción perfecta, vida paterna original y gratuita. En esta misma polémica se acumulan una serie de revelaciones sobre la actividad del Padre, “Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que El hace, y le mostrará obras mayores que éstas para que vosotros os maravilléis. Pues así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida a quienes quiere. El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo ha enviado” (Jn 5, 20-23). Además de amar al Hijo, éste conoce todo del Padre porque se lo muestra y ambos son dignos de adoración. “pues como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo. Y le dio poder de juzgar”(Jn 5, 26-27). Aquí el paso es del conocer, amar y adorar a la vida, pues ambos la tienen en sí mismos, pero el Hijo dada por el Padre, además del poder de juzgar como hombre a la Humanidad.

“No es que alguien haya visto al Padre, sino que aquel que procede de Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo que el que cree tiene vida eterna” (Jn 6, 46-47). Sólo le ha visto el Hijo y se llega al Padre por la fe. Sí cabe que como toda la creación y la historia es un reflejo e imagen de la Trinidad, los espíritus más perspicaces la adviertan con la ambigüedad del que tiene un mundo conceptual panteísta o dualista, que frenan la abertura a la Revelación del Dios personal a través del Hijo. Por eso ante la pregunta “¿Dónde está tu Padre? Jesús respondió: Ni me

conocéis a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí conoceríais también a mi Padre” (Jn 8,19). Por eso al hablar de sí mismo como enviado desvela algo más de la intimidad eterna de la divinidad, “Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán naciese, yo soy” (Jn 8, 58). La eternidad que siempre ha sido una realidad especialmente difícil para los hombres que suelen entender casi todo en el tiempo y cuando hablan de eternidad les cuesta dar el salto a una realidad nueva, muchísimo más real que el fluidísimo tiempo.

Otro dato insistente es el conocimiento mutuo entre el Padre y el Hijo: “Como el Padre me conoce a mí, así yo conozco al Padre” (Jn10,15). Hasta que llega al summum de la Revelación del Padre y el Hijo: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30). El amor divino no puede ser egocéntrico sino abierto al Tú y a la donación más perfectamente que el amor humano. Esta unión amorosa la explica aún más diciendo: “el Padre está en mí y yo en el Padre” (Jn 10,58). La presencia de uno en otro es total en su intimidad espiritual. Aunque luego dirá que “el Padre es mayor que yo” (Jn 14,28) en una primacía de origen y de generación en cuanto al Verbo y de Dios al hombre en cuanto a la humanidad de Jesús. Esta unidad tiene un tercero en el amor, “Creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí; y si no, creed por las obras mismas. En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas porque yo voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pidierais algo en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros” (Jn 14, 11-17).

Más adelante aclarará la donación del Padre que es el Espíritu Santo, “el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, El os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho” (Jn 14, 26); “Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, El dará testimonio de mí” (Jn 15,26). La revelación del Espíritu Santo completa la revelación del Padre y del Hijo a los hombres y en la intimidad divina. “Y cuando venga El, argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque no creen en mí; de justicia, porque me voy al Padre y ya no me veréis; de juicio, porque

el príncipe de este mundo ya está juzgado. Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis sobrellevarlas ahora. Cuando venga Aquél, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad, pues no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que oiga y os anunciará lo que ha de venir. El me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por esto dije que recibe de lo mío y os lo anunciará” (Jn 16, 8-16).

Estas revelaciones llegaron a un supremo y afectivo nombre del Padre que es Abba nunca usado en las oraciones judías y expresión humana de las relaciones divinas que acabamos de ver.

Podemos resumir lo visto en tres expresiones sobre el Padre

-*El Padre, principio sin principio.* El Padre, fuente y origen de toda la Trinidad. El Padre y la esencia divina. Los nombres de la primera Persona de la Trinidad: Principio, Padre, Ingénito.

-*La “paternidad” del Padre.* El concepto de generación en Dios.

-*El Padre en la unidad de la Trinidad.* El *ordo originis* y la igualdad de las tres divinas Personas

Si pasamos del lenguaje clásico a otro más sugestivo, se puede decir que El Dios Escondido y el Padre se expresan como el Silencio. El Silencio indica que Dios sea el Innombrable por su vida infinita, pero activa. Su Ser es plena actividad interior, vida interior silenciosa, pensamiento que abarca todos los posibles, todas las Ideas. Y con el Saber, el amor en su dimensión original, fontal. Los conceptos de Ingénito e Innascibilidad son negativos pues él es el Origen, de modo tan original que es el Origen de la divinidad, Principio sin Principio, pero no tomados en sentido temporal, sino eterno. No se trata de un comienzo riquísimo sino un Origen Silencioso Eterno. Esto lleva a la total Libertad y gratuidad. La necesidad que no podrán evitar los racionalismos, especialmente hegeliano, no se dan en el Padre, entre otros motivos por que la duración de la eternidad es un acto perfecto sin pasado, ni futuro, sin historia, de modo que ni el presente en su instante pueda reflejar su perfecta actividad original.

Silencio, al mismo tiempo, indica Paz, Orden, Gozo, Tranquilidad. También indica apertura que parecería satisfecha en el caso que sólo fuese el Padre un Dios Único unipersonal. Pero la grandeza de ese Silencio de

Amor abierto es que dice una Palabra. Eternamente engendra un Verbo, una Palabra, un Logos, un Unigénito. La riqueza de las especulaciones estoicas, o las de Filón, mayores aún, o las griegas, se quedan cortas ante la realidad de que esa Palabra lleva en sí todo el conocimiento que el Padre tiene de sí mismo en su rica vida interior original, y que en la Encarnación se ha hecho hombre. Aunque la apertura de su amor le lleve a ser Padre eterno, pues no hay paternidad que no sea amorosa, esa Palabra hablada eternamente contiene toda la vida intelectual del Silencio del Padre.

Puede servirnos, para acercarnos a este misterio eterno de Dios, considerar que el hombre necesita silencio para la reflexión, para pensar, para profundizar, para saborear la belleza, para ser realmente persona y conseguir su misma intimidad. Cuando en su interior conoce y se conoce; cuando vibra de gozo superando la oscuridad de la ignorancia o el sinsentido, entonces habla. La palabra humana responde a lo pensado en su silencio interior, aunque en los hombres es casi todo recibido y coexiste con grandes tinieblas.

Otra imagen es *Fuente*.. Los ríos dependen de la fuente, del manantial de aguas originales. Estas aguas se han acumulado en las altas cumbres y en el interior del seno de la gran masa de tierra de las montañas. Cuando manan parece pequeño su flujo, y también inacabable. Así es Dios Padre en su Amor fontal, realmente inacabable y original. Así la Trinidad es inefable comunión.

Si del Silencio sale la Palabra, también es posible decir que el Amor original al engendrar eternamente una Palabra eterna perfecta, origina un Amor nuevo, un Amor que no sólo es engendrar, sino gozar con la presencia de la Palabra, de la Imagen obediente del Padre, y ese gozo les une íntimamente como un tercero en el amor, como un vínculo entre los dos, como el que renueva el Amor que no se agota ni en el dar, ni en el aceptar.

El Silencio es origen de la Palabra y del Don en inefable Unidad. Tres aspectos del Amor y de la Verdad.

Cuando se trate la Creación será más fácil ver esta riqueza de Luz, Amor, Libertad y Gratuidad. Sin estas difíciles intuiciones antiguas, renovadas y ampliamente explicadas en la Revelación de Cristo,

difícilmente sería posible entender algo de la materia, de la historia, del hombre y del mundo espiritual.

El Espíritu Santo

El Tercero en el Amor. Espíritu Santo, dador de vida

La teología oriental tiende a destacar la monarquía del Padre, y con ella su principalidad en la Trinidad. Este punto de vista lleva también a tener muy en cuenta al Espíritu Santo como Amor que procede del Padre. Amor persona, persona Don. En el Occidente latino se tuvo muy en cuenta la Encarnación del Verbo, y con esta perspectiva surgió una teología que destaca que el Amor procede también del Hijo, señalando, al mismo tiempo, que el Espíritu Santo procede principalmente del Padre. El término procesión fue fuente de malentendidos, pues a los latinos les bastaba la palabra “processio”, pero los griegos, en su matizada lengua, usaban dos: ekporéusis y exporeumene usando la segunda exclusivamente para indicar la procesión del Espíritu Santo del Padre; y la primera para la procesión del Espíritu Santo del Hijo. De esta discusión, que más bien es un malentendido, surge la polémica del filioque que llevó a la separación de las Iglesias orientales y la Iglesia de Roma. Consideremos la persona del Espíritu Santo en la intimidad divina.

El Espíritu Santo es Don. Es el Amor del Padre y del Hijo. Esta realidad lleva a un avance muy considerable en el conocimiento del Dios único. Decir que Dios es Amor toma matices riquísimos. Las Tres personas son Amor, pero cada una según su personalidad. El Padre como origen de todo amor, amor fontal; el Hijo como receptor de amor; y el Espíritu Santo como el que realiza la corriente de amor entre Padre e Hijo. Por ello al llamarle Don del Padre y Don del Hijo decimos algo nuevo. Se percibe mejor la realidad del amor como apertura y donación total. Los Tres aman y se aman infinitamente, pero el Padre como Amante, el Hijo como Amado y el Espíritu Santo como Éxtasis del Padre y del Hijo, además de Amador. No queda así ningún resquicio para pensar en un posible egoísmo en el Amor divino por insuficiencia de las palabras humanas. Si sólo se considerase la

paternidad es pensable un cierto ego de autorrealización, no una paternidad donante total. Igualmente el Hijo como Amado podría llevar equivocadamente a un pensamiento de gozo infantil y pasivo. Pero, lejos de las imágenes tomadas de la experiencia humana, la consideración del Espíritu Santo como Don no permite ningún pensamiento humano de egoísmo divino. Saber que el Espíritu Santo es puro Don lleva a la consideración de no tener otra ventaja que la donación y la apertura total, lo que en términos humanos llamaríamos “amor desinteresado” o agapé perfecto, benevolencia total. En la vida divina el Espíritu Santo lleva a conocer al Padre, pues procede del Padre que es quién lo da, luego la paternidad es donación absoluta. También nos lleva al Hijo pues es Don del Hijo, que lo da sin concentrarse en ser amado, sino que entrega su amor al Padre entregándose en el Espíritu Santo, que es el amor del Hijo, el Don del Hijo. El Espíritu Santo revela que el Amor del Padre y del Hijo son donación total y perfecta.

Juan Pablo II lo expresa así. “Dios, en su vida íntima, ‘es amor’, amor esencial, común a las tres Personas divinas. El Espíritu Santo es amor personal como Espíritu del Padre y del Hijo. Por esto ‘sondea hasta las profundidades de Dios’, como Amor-don increado. Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las Personas divinas, y que por el Espíritu Santo Dios «existe» como don. El Espíritu Santo es pues la expresión personal de esta donación, de este ser-amor. Es Persona-amor. Es Persona-don. Tenemos aquí una riqueza insondable de la realidad y una profundización inefable del concepto de persona en Dios, que solamente conocemos por la Revelación”¹⁴².

La existencia del Espíritu Santo como Don es coexistente en la eternidad divina con la generación del Hijo, no es posterior. Es decir que el Padre genera el Verbo y espira el Don en un solo acto eterno. De modo que se puede decir que es una generación amorosa, y que la generación lleva a un Éxtasis del Padre que es el mismo amor del Espíritu Santo que le llega del Amor del Hijo. De esta manera el Conocimiento y el Amor divino llevan uno al otro, y se identifican en la unión entre los Tres. En lo humano sabemos que el conocimiento de alguien como bueno lleva al amor, pero también que el amor lleva a conocerle mejor y con más profundidad. En la

¹⁴² Juan Pablo II *Dominum ete vivificantem* n.10a

Trinidad Amor y Conocimiento personal se unen en la acción propia del Espíritu Santo que es Don.

Don de Dios a Dios. Esta conocida expresión de la Beata Isabel de la Trinidad muestra otro matiz de la personalidad del Espíritu Santo. Pues no es sólo dador de amor, apertura plena, sino que es el regalo –Don que Dios Padre hace a Dios Hijo y viceversa- pues el único Regalo o don proporcionado, además de sí mismo, es el mismo Dios, que es el Espíritu Santo.

Juan Pablo II enseña que “una característica del texto joánico es que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son llamados claramente Personas; la primera es distinta de la segunda y de la tercera, y éstas también lo son entre sí. Jesús habla del Espíritu Paráclito usando varias veces el pronombre personal ‘Él’; y al mismo tiempo, en todo el discurso de despedida, descubre los lazos que unen recíprocamente al Padre, al Hijo y al Paráclito. Por tanto, ‘el Espíritu... procede del Padre’ y el Padre ‘dará’ al Espíritu. El Padre ‘enviará’ el Espíritu en nombre del Hijo, el Espíritu ‘dará testimonio’ del Hijo”¹⁴³.

Aunque aquí no estemos tratando de la Trinidad económica, es decir, la Trinidad actuando en la Creación y la Redención, es comprensible, que el origen de ambas sea el Padre tomado al Hijo como Modelo activo y como meta, y que se realice ese querer por la acción del Espíritu Santo. Asimismo, el gran don de la Redención tanto por parte del Padre como por parte del Hijo es el Espíritu Santo, pues es el Don que recoge de modo personal la misericordia, el perdón y la libertad divinas.

Vínculo o nexa. San Agustín introdujo la idea de que el Espíritu santo es el vínculo entre el Padre y el Hijo, diciendo: “si el amor con que el Padre ama al Hijo y el hijo ama al Padre muestra inefablemente la comunión de los dos, ¿qué hay de más conveniente que se llame propiamente amor a aquel que es el Espíritu común de ambos”¹⁴⁴. Aunque es Santo Tomás el que lo expresa no de manera hipotética sino real. “Se dice que el Espíritu Santo es nexa del Padre y del Hijo en cuanto es Amor: porque como el Padre ama con amor único a sí mismo y al Hijo y viceversa, en el Espíritu Santo, en cuanto es Amor, se incluye la relación

¹⁴³ DV 8a

¹⁴⁴ San Agustín. De Trinitate, 15,19, 37

del Padre al Hijo, y viceversa, como relación del amante a la cosa amada; pero con la particularidad de que, por lo mismo que el Padre y el Hijo se aman mutuamente, es preciso que este amor mutuo, que es el Espíritu santo, proceda de uno y del otro. Por consiguiente, en razón de su origen, el Espíritu Santo no es algo intermedio, sino la tercera persona en la Trinidad. En cambio, según la relación ya dicha, es el nexo que media entre los dos y que procede del uno y del otro”¹⁴⁵.

La revelación cristiana permite adentrarnos más en la verdad, pues al mostrar la Trinidad de Personas en el Dios único es posible conocer mejor su intimidad como *libertad*. El Padre es perfectamente Padre y engendra libremente un Hijo eternamente por amor y conocimiento. Se da libre y eternamente, y tan plenamente que da toda su vida con amor fontal total al Hijo que es consustancial con Él. El Padre Amante y el hijo Amado se aman perfectamente y de ese amor total se espira eternamente el Tercero en el Amor, que es el Espíritu Santo, Don del Padre principalmente y Don del Hijo, Don de Dios a Dios. Persona que es vínculo de unión entre el Padre y el Hijo. La libertad en Dios es donación total y eterna, Vida en el sentido más pleno, sin necesidad externa, pero con impulso irrefrenable de generosidad: ahí está el misterio. El Espíritu Santo es la Persona Don en su procedencia y en su actuación intratrinitaria eterna y que abre el mundo divino al mundo humano, creando y entrando en la historia de la creación según su libertad amorosa. En el Padre se percibe esta Libertad divina como el origen de todo don y procesión intratrinitaria. El Hijo Amado es libre no sólo en aceptar el don del Padre, sino en una obediencia divina, muy distinta de la humana de la redención que le llevó a conocer el sufrimiento redentor. Pero el Espíritu Santo es la libertad de la apertura total de uno a otro. Quizá por ello en la Santificación se dice que “el Espíritu sopla donde quiere”¹⁴⁶, pues sabe lo que cada persona (divina o humana) quiere o necesita con amores que se experimentan siempre con predilección.

Todo esto nos lleva a algo nuevo, “Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios”¹⁴⁷. Este conocimiento exclusivo no quiere decir

¹⁴⁵ Suma teológica I q. 37 a.1 ad 3

¹⁴⁶

¹⁴⁷ 1 Co 2, 11

ignorancia de las otras personas, sino un modo de conocer personal y distinto. Quizá se pueda entender así la expresión de San Pablo “el Espíritu todo lo escudriña (también se traduce como sondea), incluso las profundidades de Dios”¹⁴⁸. El significado de “las cosas de Dios” y “las profundidades de Dios” pienso que se puede entender como la Verdad divina comprendida desde el amor. Un ejemplo puede servir: el conocimiento de un hijo por el médico, por el padre o por la madre, aunque la analogía sea muy lejana indica algo. San Gregorio Palamas entiende las personas divinas de un modo muy dinámico como energías, y ve en Dios Luz y Tiniebla. No toma Tiniebla en el sentido de pecado o de oscuridad maligna, sino en el sentido apofático en el que Luz es lo que las criaturas pueden conocer de Dios y Tiniebla es lo que nunca pueden llegar a conocer, como un abismo insondable para el hombre, lo profundo del Misterio. Ahí se puede situar la difícil expresión de San Pablo de la hondura del conocimiento del Espíritu Santo. Decir “nadie” pienso que se refiere ante todo al modo especialmente amoroso de conocer, por ello puede aportar a la vida divina la “eterna novedad del amor”, que en una dualidad se agotaría en la total donación de uno al otro que ya no tendrían nada más que darse. Mientras que el Espíritu Santo añade algo eternamente nuevo en cuanto su personalidad de don.

Ya estudiaremos que Dios es un inmenso Corazón y que la afectividad humana es una participación en la divina en el acto de ser de la persona. Contemplaremos la afectividad de Dios en la que lo primero es un amor afectivo inseparable del amor generante y el amor que quiere. Ya hemos estudiado un dolor del Padre que iluminaba la inmutabilidad divina con una riqueza de afectos, que dado el pecado llevan a un dolor del Padre como una perfección de amor. Si ponemos nuestra mirada en el Espíritu Santo la riqueza de las observaciones se hacen más intensas, como señala Juan Pablo II en su encíclica sobre el Paráclito, “el «convencer en lo referente al pecado» ¿no deberá, por tanto, significar también el revelar el sufrimiento? ¿No deberá revelar el dolor, inconcebible en indecible, que, como consecuencia del pecado, el Libro Sagrado parece entrever en su visión antropomórfica en las profundidades de Dios y, en cierto modo, en el corazón mismo de la inefable Trinidad? La Iglesia, inspirándose en la revelación, cree y profesa que el pecado es una ofensa a Dios. ¿Qué corresponde a esta ‘ofensa’, a este rechazo del Espíritu que es amor y don

¹⁴⁸ 1 Co 2 10

en la intimidad inescrutable del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo? La concepción de Dios, como ser necesariamente perfectísimo, excluye ciertamente de Dios todo dolor derivado de limitaciones o heridas; pero, en las profundidades de Dios, se da un amor de Padre que, ante el pecado del hombre, según el lenguaje bíblico, reacciona hasta el punto de exclamar: ‘Estoy arrepentido de haber hecho al hombre’. ‘Viendo el Señor que la maldad del hombre cundía en la tierra... y dijo el Señor: me pesa de haberlos hecho’. Pero a menudo el Libro Sagrado nos habla de un Padre, que siente compasión por el hombre, como compartiendo su dolor. En definitiva, este inescrutable e indecible ‘dolor’ de padre engendrará sobre todo la admirable economía del amor redentor de Jesucristo, para que, por medio del misterio de la piedad, en la historia del hombre el amor pueda revelarse más fuerte que el pecado. Para que prevalezca el ‘don’¹⁴⁹. Por la comunicación de idiomas se da esa pasión en el Espíritu Santo, de un modo similar al Padre y al Hijo, cada cual según su personalidad. San Pablo recoge una frase que sin esta aportación resultaría enigmática, “no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios”¹⁵⁰. Por otra parte si “los frutos del Espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia”¹⁵¹ esos frutos son reflejos en el hombre de la Persona divina, en este caso el Espíritu Santo, que de un modo especial se puede considerar el corazón de Dios.

Un resumen de todo lo encontramos en lo que los teólogos griegos llaman pericorésis y los latinos circumincessio, que podemos expresar como comunión perfecta. Cada Persona divina está totalmente en las otras dos en un acto de amor tan perfecto y unitivo, que integran eternamente un solo Dios único, valga la redundancia. Un Dios que es Uno, pero no solitario. Más que decir que Dios Uno también es Trino, es mejor decir que Dios Trinidad tiene que ser Uno por la unión de amor perfecta entre los Tres. Un Dios en que su gozo eterno es amar perfectamente –dar, darse y dar ser-. El Padre como Padre –amor originario, fontal, engendrador, Amante-; El Hijo como Hijo –Amado, Verbo, Palabra, Modelo, Logos del Padre-; El Espíritu Santo como Don del Padre principalmente y Don del Hijo – Vínculo, Don, Dador de Vida, Dedo del Eterno Padre, Condilecto,

¹⁴⁹ DV 39b.

¹⁵⁰ Ef 4:30

¹⁵¹ Ef 5:22-23

Tercero en el Amor, Amador-. Así se abre a los ojos un misterio que nunca se acaba, ni puede ser agotado, pero en el que lo que se conoce es altamente enriquecedor para conocer al hombre como persona, y también a toda la Creación.

Otro modo de hablar de la realidad divina sería decir: El Silencio dice la Palabra y ambos se dan y dan el Don del Amor. El Silencio es la infinita interioridad del Padre que es innombrable en su plenitud. Al emitir su Palabra, el Logos, el Verbo, el Hijo en una generación eterna es accesible. La unión entre Palabra y Silencio sólo puede ser Amor eterno y libre, Don mutuo. Expresar así a la Santísima Trinidad hace más accesible el Misterio Trinitario en el diálogo interreligioso sin perder la precisiones bíblicas, teológicas y magisteriales que preservan tanto del Panteísmo, como del triteísmo y de los dualismos gnósticos.

El Cuerpo de Cristo

El cuerpo de Cristo registra tres estados: mortal, resucitado y eucarístico. La fe nos dice que es el mismo cuerpo que se manifiesta de modos muy diversos. El cuerpo mortal experimenta el sueño, el dolor, hambre, cansancio y un modo muy característico de manifestar las emociones. El cuerpo resucitado no experimenta dolor, si no gozo muy visible, conserva las heridas de la Pasión sin sufrimiento, come, está en lugares distintos al mismo tiempo, puede desaparecer y atravesar puertas, es elevado al cielo y está a la derecha del Padre. La teología clásica sintetiza estas cualidades en cuatro: claridad, agilidad, impasibilidad (e inmortalidad) y sutileza. Realidades que podríamos sintetizar en que el cuerpo está glorificado. Ya estudiaremos en qué consiste esa glorificación de la materia. En la Eucaristía la espiritualización del cuerpo es mayor pues al ser presencia substancial, la corporalidad se manifiesta a través de ella sin manifestación externa de los accidentes. Tenemos pues tres modos de cuerpo espiritual, modo en que San Pablo describe al cuerpo humano.

Cuerpo mortal

El cuerpo mortal de Cristo es igual al nuestro excepto en las deformidades originadas por el pecado. Su individualidad individualidad viene marcada

por el accidente cantidad, más en concreto por la materia signata quantitate. Las cualidades son similares a las de los cuerpos de los demás mortales. La forma reorganiza esa materia de un modo espiritual y es distinto el cuerpo a las de los cuerpos de seres de otras especies. Utilizando un lenguaje no filosófico se puede decir que las moléculas orgánicas e inorgánicas son similares a las de todos los cuerpos semejantes. Los genes también lo son. Las formas inmateriales epigenéticas también parece que lo son. La forma espiritual que da vida a esos niveles de materia es lo que configuran el cuerpo espiritual humano. En Cristo cabe precisar que su alma humana – recibe el ser de la Persona del Verbo que es el mismo Esse infinito- por lo tanto es lógico pensar que la luz, el fuego, la fuerza, la perfección llegan a su mayor actualización dentro de la naturaleza que informan. De ahí surgirá un cerebro perfectamente adaptado a la función de pensar de querer, de sentir emocional y sensitivamente.

Se puede decir que las moléculas del cuerpo de Cristo son idénticas a las de todos seres humanos, también los niveles superiores salvo las células que son de varón y no de mujer.

El alma lleva a ese cuerpo a unas características humanas perfectas. Desde el andar erecto, el tamaño y organización cerebral, las manos, el aparato necesario para el lenguaje, el rostro en su rica expresividad y en las emociones que reflejan la intensa vida interior divino humana.

En definitiva “Cristo tomó un cuerpo como el nuestro. Por lo mismo, un cuerpo nacido de mujer (*Gal. 4, 4*). *Corpus natum de Maria Virgine*. El ser humano se forma al conjugarse, por una parte, un complicado proceso biológico, y, por otra, la acción creadora de Dios. Dos células que se unen y Dios, que les infunde un alma. El resultado es el hombre viviente, la persona con destino eterno, la imagen indestructible de Dios. Cuando Cristo vino a la existencia entrando en el mundo, la Santísima Trinidad toma del seno de la Virgen los elementos biológicos del ser humano, e infunde un alma ese cuerpo. Por consiguiente, «al mismo tiempo que la carne es carne, es también carne del Verbo de Dios; carne animada de un alma racional y, a la vez, carne del Verbo, pues en Él, y no en sí misma, ha encontrado su existencial. Pero simultáneamente, “la Madre de Dios, contra todas las leyes de la Naturaleza, ha dado forma a Aquel que lo ha formado todo; ha dado el ser de hombre al Dios, que es autor de todas las cosas y diviniza lo que une conmigo». Desde este

momento, el Cuerpo de Cristo se alimenta como cualquiera de nosotros, de la carne y de la sangre de su Madre, y sigue un proceso análogo de desarrollo y perfeccionamiento, con la única diferencia milagro de que su alma está completamente despierta y es dueña de su cuerpo. Nace y se abre a la vida como nosotros, con la diferencia de que Él deja a su Madre más pura y virgen: “*integritatem non minuit, sed sacravit*”. Entra, por fin, en nuestra pasada historia: hambre, sed, trabajo, sueño, alegría, penas, muerte. Pero no penetra en esta historia si no para transformarla. Tal es su misión.

El cuerpo es para el alma un medio de expresión y un velo; la revela y la oculta. La caída ha oscurecido este velo y lo ha hecho menos transparente al espíritu. Por la Encarnación, el cuerpo humano extiende su capacidad de expresión hasta lo infinito: *expresa a Dios*. Rigurosamente hablando, el rostro de Cristo es el rostro humano de Dios. Cristo es *la imagen del Dios invisible*¹⁵². Quien le ve a Él, ve a su Padre¹⁵³. Si la persona se revela a través del rostro, en el de Cristo se revela una Persona divina, una Persona cuya profunda realidad es la misma realidad de Dios. Cuando vemos a CristoHombre, vemos a Dios. La expresión «imagen de Dios» no debe inducirnos a error. Para los antiguos, la imagen no era un ser disminuido, una realidad depauperada, un puro reflejo, si no una participación de la realidad misma, que la expresa en su núcleo sustancial y que actúa con su eficacia propia. En este sentido debemos considerar la expresión paulina: Cristo, por ser imagen de Dios, es Dios, pero Dios entregado y hecho comprensible. Por eso, quien le ve, ve a Aquel que le envió¹⁵⁴. La primera función de Cristo es manifestarnos a Dios por medio de su Cuerpo, según el modo que hemos dicho. La fe es, sin duda, necesaria para captar esta presencia. Pero la fe no crea nada. Es una mirada adaptada a las realidades divinas y no hace más que descubrirlas. En realidad, el Cuerpo de Cristo es el gran signo por el que Dios se nos ha manifestado. La mirada de Cristo en la mía, su voz en mis oídos, su mano sobre mis hombros, son la mirada, la voz, la mano de Dios hecho hombre. Por eso, sin duda, su mirada me penetra hasta el fondo, me revela a mí

¹⁵² Col 1, 15

¹⁵³ Jn 14, 9

¹⁵⁴ Jn 12, 45

mismo; su mano me sana; y, por eso también, su mirada, su voz y su mano me revelan el amor, la verdad y el poder de Dios”¹⁵⁵.

Pero hay más, ese Cuerpo es el que sufre la Cruz, es el que transforma el sufrimiento en medio de salvación y sacrificio. Sin el Cuerpo no se habría dado una redención del hombre entero. El amor transforma el dolor del cuerpo en medio de sacrificio, en ocasión de un amor en el que no se da ningún acento de amor propio.

Cuerpo resucitado

Al considerar el cuerpo resucitado de Jesús se debe profundizar en la esencia de la corporalidad. La característica de el cuerpo espiritual mortal es el de estar informado por un alma espiritual que cambia su modo de organización desde la epigenética hasta los gestos del rostro. En el cuerpo resucitado el alma recibe una vida nueva. Esa alma es recreada. El alma de Cristo es humana, pero es elevada a una vida superior de la que es capaz. La luz intelectual, el querer voluntario, la emoción corporal y espiritual cambia y dan un ser nuevo al cuerpo al que levanta. Por una parte ese cuerpo no puede morir ni sufrir, por otra recibirá un el ser vivo de un modo más perfecto. La materia de ese cuerpo es divinizada. No nos es posible estudiar la materia del cuerpo resucitado como se ha estudiado la material corporal humana en los cuerpos humanos, pero basándonos en el hecho de la resurrección se puede avanzar en la línea de las manifestaciones exteriores narradas y deducir que esa vida resucitada afecta a la misma materia. No sabemos si solo en la organización de la materia en moléculas, genes, formas epigenéticas y otras formas inmateriales que moldean ala materia o si también alcanzan a los mismos átomos. Los conocimientos actuales de la física atómica cada vez más inmaterializan la materia en formas en energéticas expresadas matemáticamente e inaccesibles a la imaginación, a los sentidos y a los aparatos utilizados por los científicos del momento. Luego, no es impensable que el cambio alcance el nivel atómico en una espiritualización de la inmaterialidad de la materia. Más aún la materia de la ciencia actual cada vez más se acerca a la materia aristótelicotomista que sólo alcanza a ser cuando es actualizada por una forma. Si la forma del cuerpo de Cristo está más iluminada por la luz de Dios, posee con más perfección la Vida divina es comprensible que la

¹⁵⁵ Mouroux. *Sentido cristiano del hombre*. Ed Palabra. Madrid 2001. p.123

materia se divinice en un cierto grado, sin que nos sea posible discernir su nivel mas que por las acciones del Resucitado.

Vale la pena seguir el razonamiento de Fernando Ocáriz sobre la glorificación de la materia del cuerpo de Cristo. “Siendo la glorificación del cuerpo de Cristo la redundancia en la materia de la gloria de su espíritu, y consistiendo esta gloria en la consumación de la divinización o deificación del alma, ¿se puede significar deificación de la materia? La divinización del espíritu creado, aún siendo un alto misterio, no plantea tanta dificultad, porque es capax Dei por naturaleza. Pero la materia, en sí misma, no posee esa capacidad. Parece por tanto que la gloria del alma, por ser estrictamente sobrenatural, no puede redundar –en su sobrenaturalidad– en el cuerpo. Cuestión diversa es que tenga alguna repercusión en él en virtud de la unión sustancial entre alma y cuerpo. Cabría pensar que la gloria sobrenatural del alma, al redundar en el cuerpo, confiere a éste unas dotes preternaturales, pero no una verdadera y propia deificación sobrenatural. En este sentido Santo Tomás afirma que “la claridad, que en el alma es espiritual, es recibida en el cuerpo como corporal (Summa theologica Supl q.85, a.1). sin embargo, San pablo nos habla del cuerpo resucitado como de un cuerpo espiritual (pneumático): “se siembre en cuerpo animal (psíquico), surge un cuerpo espiritual (pneumático). Porque así como hay cuerpo animal, lo hay también espiritual según está escrito: el primer Adán fue hecho alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante” (1 Co 15,44-45). Cuerpo espiritual, que no es lo mismo que espíritu, como el mismo Señor manifestó: “palpad y considerad que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Lc 24,39). Ahora bien, esta misteriosa espiritualización del cuerpo ¿no podría ser precisamente la base y condición para una auténtica deificación de la carne?”¹⁵⁶.

Más adelante, Ocáriz concluye que “aunque la espiritualización del cuerpo glorioso no significa que deje de ser material y comience a ser espíritu, es indudable que comporta un modo nuevo de información del espíritu a la materia” que alcanza incluso a la participación de la materia en el conocimiento y el querer intratrinitario. Y concluye con asombro que “la realidad del cuerpo glorioso supera en grandeza la más audaz de todas las

¹⁵⁶ Fernando Ocáriz. Naturaleza, gracia y gloria. 2.000. Ed Eunsa p.229-330

consideraciones: ‘ni ojo vio, no oído oyó, ni pasó por pensamiento a hombre lo que Dios tiene preparado a los que le aman’¹⁵⁷

“Cristo Resucita con su Cuerpo, con una vida nueva que llega a todos hombres que tengan fe y al final de los tiempos el cuerpo humano también resucitará glorioso libre de las lacras históricas. En lugar del *cuerpo de nuestra humildad*, Cristo posee actualmente el Cuerpo glorioso¹⁵⁸ espiritual, transparente, ágil, clarificado, instrumento natural del alma del Dios Salvador. Murió para hacernos morir al pecado. Resucitó para hacernos vivir en Él y resucitar como Él algún día. El cuerpo inmolado ha llegado a ser cuerpo glorioso, Y con esto se pone punto final a la redención de los hombres”¹⁵⁹. La revelación del valor del cuerpo humano y de la materia es máxima. También de la singularidad del alma humana tan diferente al espíritu angélico.

Cuerpo eucarístico

Al instituir la Eucaristía , no se limitó Jesús a decir « Éste es mi cuerpo », « Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre », sino que añadió « entregado por vosotros... derramada por vosotros » (Lc 22, 19-20). No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó su valor sacrificial, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos. La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que –citando las palabras de Pablo VI– “se llama ‘real’, no por exclusión, como si las otras no fueran ‘reales’, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro”. Se recuerda así la doctrina siempre válida del Concilio de Trento: “Por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre. Esta conversión, propia y convenientemente, fue llamada transustanciación por la santa Iglesia Católica”. Verdaderamente la Eucaristía es *mysterium fidei* , “No veas –exhorta san

¹⁵⁷ Ibid. P.333

¹⁵⁸ Flp. 2, 21

¹⁵⁹ ibid. 124

Cirilo de Jerusalén– en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su cuerpo y su sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa “.

La Eucaristía es el Cuerpo de Cristo resucitado, que se nos muestra en una de las modalidades no conocidas por los hombres con anterioridad. Hemos visto el cambio que la resurrección opera en la materia del cuerpo de Cristo, con propiedades que no poseía su cuerpo mortal, ni poseen los hombres mortales. La claridad aún no se ha manifestado entre los hombres, sólo en la vida celeste es visible. Pero quedaba un nuevo paso en la kénosis amorosa de Cristo en su donación a los hombres. La presencia de su Cuerpo oculto en el Pan. Sabemos que es la Eucaristía la presencia es sustancial, se opera una conversión de la sustancia del pan y del vino en la sustancia del Cuerpo de Cristo. Los accidentes del Pan permanecen apoyándose en el accidente cantidad y recibiendo el ser de la sustancia del Cuerpo de Cristo. ¿En qué consiste lo más profundo de la corporalidad de Jesús para que permanezca en la Eucaristía? Hemos visto el cuerpo y la materia deificados en el Cuerpo resucitado. Esa corporalidad es la misma pero recibe el ser cuerpo espiritual de su alma y de su ser, que es divino. Ahora la materia corporal de Cristo da un nuevo paso en la espiritualización y deificación de la materia para poder llegar a la comunión con todos y cada uno de los creyentes. La sustancia vivifica los accidentes corporales de Cristo, pero tan espiritualizados, que no se ven, pero están. No es sólo la recepción del alma sino de la sustancia, naturaleza completa, que se manifiesta del modo espiritual y sensible querido por el amor Omnipotente y humilde. ¿Tiene cantidad, lugar y espacio? No extensos, pero sí espiritualizados. ¿Tiene cualidades, hábitos, relaciones? Sí. ¿Tiene duración temporal? No, sólo eterna con la relación con el tiempo propia de ser contemporáneo a todos los momentos por ser el Verbo eterno, y por vivir vida divina como resucitado.

Las primicias de la resurrección de la carne

El milenio del Reino

Nuevos cielos y nueva tierra

Anticristo

Parusía

Una característica del nuevo Testamento respecto del Antiguo es la introducción de la idea de dos venidas mesiánicas. En el Antiguo Testamento los tiempos del Mesías se esperaban como los tiempos del establecimiento último y definitivo del Reino de Dios; es decir, los tiempos mesiánicos se concebían como los tiempos últimos de la historia de Israel. Con el Nuevo Testamento se introduce la idea de las dos venidas mesiánicas. El Mesías ha venido pero vendrá de nuevo. Este es el anuncio de los ángeles a los apóstoles el día de la Ascensión: “Galileos, ¿por qué estáis parados mirando el cielo? Este Jesús elevado desde vosotros al cielo, vendrá así como lo habéis visto ir al cielo” (Hech 1,11) Cristo glorioso vendrá para inaugurar una nueva era, cuando Dios sea “el todo en todo” (1 Cor 15,28) Nunca se llama parusía a la venida del Mesías en la humildad, sino que el término se reserva para la venida gloriosa que clausurará la historia.

La separación de las dos venidas introduce entre ambas un tiempo intermedio: ese **tiempo intermedio es el tiempo de la Iglesia**. Lucas interpretará este tiempo, sobre todo, como **tiempo de misión**, en el que debe predicarse el Evangelio. Juan lo ve primariamente como un tiempo de posesión mística de los bienes mesiánicos, que son ya vida eterna, aunque su manifestación y desarrollo se reserve para los tiempos escatológicos. En este tiempo intermedio se están formando los miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Es común en Teología Espiritual hablar de unas “venidas intermedias” de Jesucristo, referentes a la venida de Cristo al alma, sobre todo a través de la Eucaristía, pero sólo con la venida gloriosa de Cristo o Parusía y la resurrección de los muertos se encontrará completo el Cuerpo Total, el Cristo Místico.

A la Parusía se le llama también “el día del Señor”. En ese día, Cristo destruirá a todos los enemigos: “el último enemigo que quedará anulado será la muerte” (1 Cor 15,26) pues será entonces cuando la resurrección de los muertos tenga lugar. Esta victoria de Cristo sobre los enemigos incluye también el juicio definitivo sobre la humanidad (Mt 25, 31-46) que se realiza sobre la base de los comportamientos tomados durante la vida

terrena “para que cada uno reciba lo que ha merecido por lo que hizo a través del cuerpo, sea de bien, sea de mal” (2 Cor 5,10)

La Parusía: “será la venida – la manifestación – de Cristo en su definitivo dejar de tener que ver con el pecado de los hombres, porque la redención ya habrá sido plenamente realizada. Esto significa que la parusía es la consumación, no tanto de la redención, como de la glorificación del hombre redimido. La segunda venida de Cristo no conecta tanto con su paso de la muerte a la vida, como con su ascensión al cielo. La parusía acontecerá en la plena manifestación del eterno adentrarse de Cristo en el Padre, llevando consigo todas las cosas. Por tanto, acontecerá en la plenitud de su enviar el Espíritu Santo para introducir a los hombres en su propia entrega al Padre. En este sentido, la parusía será la venida – la manifestación – de Cristo en su definitivo dejar de tener que ver con el pecado de los hombres, porque la redención ya habrá sido plenamente realizada. Con su muerte, Cristo abre los brazos a la entera humanidad dañada por el pecado; Cristo **resucitado se dirige a los que se han unido a su muerte** aunque sigan siendo pecadores y, por tanto, necesiten seguir adentrándose en la Cruz; pero en su parusía Cristo vendrá sin tener que ver con el pecado y, por tanto, como Esposo de la humanidad que, tras haberse incorporado plenamente a su muerte, ha participado también de un modo completo de su resurrección.¹⁶⁰

La Parusía es la culminación del acercamiento de Dios a los hombres. No es una cuestión de fechas sino una afirmación teológica: tiene el sentido definitivo del tiempo de la Iglesia que "sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo" (LG 48), cuando Cristo vuelva glorioso. Sin embargo, los cristianos gozan ya, de modo incoado y espiritual, de los bienes escatológicos. Con Jesús ha llegado ya el tiempo del cumplimiento y el fin de los días ha comenzado ya. Ha comenzado pero no se ha clausurado. Hasta ese día, hasta la segunda venida del Señor, "la Iglesia avanza en su peregrinación a través de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios" (LG 8). Mientras que el cristiano medio actual mira a la Parusía y a los acontecimientos conexos con ella con un sentimiento de miedo, para el cristiano primitivo la Parusía era objeto de esperanza: se deseaba que ocurriera cuanto antes; a ser posible, durante la propia vida; sin que la

¹⁶⁰ D. Enrique Cases, antropología

muerte le hubiese desnudado de su cuerpo terreno (2 Cor 5,4; cf 1 Cor 15,51).

La Parusía se presenta así como objeto de esperanza, “pues la esperanza no es una actitud pasiva sino dinámica, que se mueve por conseguir lo que espera. Ello introduce el pensamiento de que el cristiano puede y debe hacer algo para acelerar la venida de la parusía. La parusía se prepara.

No se trata tan solo de que el hombre debe prepararse para la parusía con una separación espiritual del mundo, aún en medio del mundo; al decir espiritual, se trata de subrayar que no se trata necesariamente de una huida real del mundo, como si el eremitismo fuera la única actitud posible al cristiano auténtico para prepararse a la parusía: “Os digo, pues, hermanos, que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer, vivan como si no la tuvieran; los que lloran como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen; los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen; porque pasa la apariencia de este mundo” (1 Cor 7,29). Se habla de personas que realmente disfrutan, compran o se alegran, pero que en ello tienen que mantener una actitud de separación espiritual: como si no disfrutasen, comprasen o se alegrasen”¹⁶¹

Pero no se trata sólo de prepararse para la parusía sino de preparar su misma venida, del intento de hacerla venir cuanto antes ya que Jesús, al enseñarnos el Padrenuestro, nos ordenó pedir cada día «venga tu reino», frase que también es una petición de que la Parusía venga pronto, que se adelante. La espera del Señor no supone una huida o deprecio de las realidades nobles de esta vida, sino que es un estímulo poderoso para enfrentarse a esas tareas con amor y sentido de la responsabilidad, consciente de que, a su vuelta, Cristo nos examinará sobre la seriedad y competencia con la que hemos empleado los talentos recibidos.

San Pablo ha expresado al final de la primera carta a los Corintios la misma petición: *maranatha* (1 Cor 16,22). En todo caso, esta actitud oracional que pide que la segunda venida del Señor se realice cuanto antes, sería ininteligible sin los presupuestos de que la Parusía es deseable para el cristiano que procura ser fiel a Cristo, ya que se trata de la venida gloriosa de Cristo “para salvación” y ello se puede acelerar por la oración.

¹⁶¹ Candido Pozo, Teología del más allá, p. 121

“No puede olvidarse que la venida gloriosa del Señor tiene como fin primario reunir “a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra hasta el extremo del cielo” (Hech 2,27). Precisamente por esto, se trata de un pasaje de consuelo: los cristianos perseguidos no están olvidados en su tribulación; el Señor vela sobre ellos y vendrá un día a recogerlos”¹⁶²

La Parusía es también el día de la catástrofe cósmica pero ello no nos llena de temor. Cristo no es para nosotros el juez al que tememos, el Juez que vendrá el último día para juzgarnos. Cristo es nuestro amor, nuestro camino, nuestro modelo, nuestro amigo, nuestro compañero de viaje. Unidos a Él, no tememos al dolor, a la muerte, al juicio divino. Cristo no es el Juez lejano al que tememos, sino el compañero querido que nos lleva de la mano hasta el Dios Trino. Cristo es el Mediador, el que nos introduce por la gracia en la familia trinitaria: somos hijos amados del Padre, hermanos de Cristo, templos del Espíritu. Esto es lo que hace que podamos sentir como acontecimiento familiar la segunda venida de Cristo, que revelará no sólo a Cristo, sino nuestra propia realidad en la venida gloriosa del Señor. “La Parusía volverá a ser, más que un objeto de temor, un acontecimiento que se desea: el grito de la esposa, que dice: “Ven”; grito al que debe incorporarse todo creyente con esta oración “Amen. Ven, Señor Jesús” (Ap 22,20)”¹⁶³

Toda la historia se halla en camino, en tensión hacia ese término dichoso. Lo espera y lo prepara. Entonces, toda criatura proclamará a Jesús, Hijo del Hombre, Creador y Salvador del mundo: «Cuando hayan sido sometidas a El todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel que ha sometido a El todas las cosas, para que Dios sea todo en todos» (1 Cor 15,28).

7.2.- Historia y Reino de los Cielos

“Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza” (Spe Salvi n°31)

¹⁶² Ibidem p. 125

¹⁶³ Ibidem, p. 128

Para el cristiano la historia tiene un sentido: lleva en su seno la promesa divina de una vida para siempre, eterna. La historia personal de cada uno y la misma historia humana universal están orientadas bajo la luz de la escatología si bien el hombre no puede, por sí mismo, construir su propio destino ni un mundo mejor.

Dios Uno y Trino es el origen y la meta de la historia. La historia es un proceso lineal que tiene su punto de arranque en la Creación del mundo y encuentra su meta en la Parusía o segunda venida de Cristo en gloria al fin de los tiempos. Además, la historia tiene una finalidad o sentido: la salvación del género humano operada por Jesucristo.

El Reino de Dios es el origen y la meta de la historia. No es un reino como los de este mundo, no es un espacio o un territorio, sino un estado en el cual la persona reconoce la soberanía y el amor de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. El Reino de Dios es el fin de la historia y el objetivo de todos los esfuerzos humanos porque, aunque el Reino no es de este mundo, está ya en formación en este nuestro mundo.

La sociedad actual no es nuestro ideal. Como cristianos reconocemos que pertenecemos a una sociedad nueva, hacia la cual estamos en camino pero que ya se encuentra anticipada en nuestra peregrinación por el mundo.

El tema central de la predicación de Jesús es el anuncio de la llegada del Reino de Dios al mundo. Sin embargo, Jesús no ha traído al mundo el progreso humano, ni la paz o el bienestar. Jesús nos ha traído a Dios, al Dios vivo capaz de actuar en el mundo y en la historia de un modo concreto a través de los tiempos. Nos ha mostrado el rostro de Dios y, con él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Pero el poder de Dios en este mundo es un poder silencioso, que no tiene relación con el poder económico o político, aunque constituye el poder verdadero, duradero.

Muriendo en la cruz, Jesús no ha traído un mensaje socio-revolucionario o político, sino que nos ha conseguido el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más firme que los sufrimientos físicos o morales que podamos experimentar cuando caminamos por el mundo y, que por ello, transforma desde dentro la vida y el mundo.

El Reino de los cielos es lo mismo que el Reino de Dios: es aquel donde se cumple la voluntad de Dios o, con otro giro, se puede decir que donde se

cumple la voluntad de Dios, allá está el cielo. En el pueblo judío estaba prohibido decir no sólo el nombre de Dios, sino también el concepto de “Dios” por respeto a la grandeza del término. Por ese motivo cuando los evangelistas hablan del Reino de los “cielos”, hay que entender que en este caso se sustituye la palabra “Dios” por cielos. Por otro lado “reino” no se refiere a un lugar ni al más allá, sino a Dios, a su acción. Reino se refiere a una realidad activa, pudiéndose traducir por “señorío, mando”, etc. El Reino de Dios remite así al poder viviente de Dios sobre el mundo. “El anuncio de que el reino de Dios está cerca se puede traducir exactamente por “Dios está cerca”. Al echar mano de este término Jesús no habla primariamente de algo que esté en el cielo, sino de algo que Dios está haciendo y va a hacer aquí en la tierra”.¹⁶⁴

Reino de Dios quiere decir soberanía de Dios sobre el mundo y la historia, sobrepasando el tiempo hasta más allá de la misma historia. Eso significa asumir su voluntad como criterio. Esa voluntad crea justicia lo que implica que reconocemos a Dios su derecho y en él encontramos el criterio para medir el derecho entre los hombres. Por otro lado, el reino de Dios, la soberanía de Dios es algo absolutamente presente en la liturgia “como anticipación del mundo venidero; presente como fuerza que da forma a la vida mediante la oración y la existencia del creyente, que carga con el yugo de Dios y así participa anticipadamente en el mundo futuro”¹⁶⁵

La misma actividad pública de Jesús comienza con un anuncio: “Ya llega el reinado de Dios” (Mc 1, 14-15). Ese es el tema principal del contenido de su predicación. No es fácil decir en pocas palabras lo que ello significa. Según las palabras de Jesús que recogen los Evangelios el reinado de Dios no es un orden establecido, estático, sino algo vivo, que adviene. Durante mucho tiempo estuvo lejos, luego se fue aproximando, ya ahora está tan cerca que exige su aceptación. El reino de Dios significa que Dios reina en el mundo y, sobre todo, en los hombres.

Si Dios reinase en mí, Dios estaría en mi interior con todo el poder de su esencia, como origen, sentido y meta de todo. Mi corazón y mi voluntad lo experimentarían – no por esfuerzo sino por experiencia viva – como el Santo, como norma de todos los valores y sentido de todos los sentidos.

¹⁶⁴ Escatología. J Ratzinger. Biblioteca Herder. 2ª edición 2007, p. 47

¹⁶⁵ Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, p. 85

Tras el poder de las cosas y de Satanás, el mundo, con Cristo llega el poder, el reino de Dios. Jesús así lo anuncia. Lo que expresaron los profetas debe hacerse realidad, tanto en el pueblo elegido como en todos los hombres. “El poder de Dios irrumpe y quiere ejercer su soberanía: perdonar, santificar, iluminar, dirigir, transformar todo en una nueva existencia engendrada por la gracia. Pero no con violencia física, sino por la fe, por la libre entrega del hombre. De ahí la advertencia: Enmendaos y creed la Buena Noticia (Mc 1, 14-15). Los hombres deben cambiar su mentalidad, convertirse de las cosas a Dios; deben confiar en lo que sale de la boca de Jesús. Entonces es cuando llega el reinado de Dios”¹⁶⁶

Si el pueblo judío se hubiera abierto al mensaje de Cristo, se habría producido algo nuevo, inaprensible hoy para nosotros tal y como habían predicado los profetas: una paz, una plenitud, una verdad y una pureza que inundaría todo y que no puede describirse más que con el recurso a lo quimérico tal y como expresaba Isaías (11,6-9) “Habitará el lobo con el cordero, la pantera se tumbará con el cabrito, el novillo y el león pacerán juntos (...) El niño jugará con la hura del áspid, la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente. No harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo; porque está lleno el país del conocimiento del Señor, como las aguas colman el mar”

El mensaje del reino se dirigía, primaria y decisivamente, al pueblo elegido. Al mismo pueblo al que se había ofrecido la alianza sellada en primer lugar con Abraham y luego en el Sinaí.

Pero el pueblo no creyó. No cambió de mentalidad. Por eso el reino no llegó en la forma primera en la que se había ofrecido. Quedó, por así decir, en suspenso, y siempre estará por llegar. Tiende continuamente hacia su llegada. Y a veces, llega; quizá en una persona individual o bien en una pequeña comunidad, pero sólo por poco tiempo. Y, una vez más, se esfuma.

Las palabras de Jesús sobre el Reino que nos han transmitido los Evangelios son palabras difíciles de entender, llenas de claves complejas como explica Benedicto XVI en su libro sobre Jesús. Diversas tendencias han explicado de forma distinta la palabra Reino en la historia de la Iglesia. Los Santos Padres han hablado de él en tres distintos sentidos.

¹⁶⁶ R. Guardini, *El Señor*, Ed. Cristiandad 2008, p 75

Por un lado, el Reino de Dios es el reino de Cristo, ha sido inaugurado en la tierra por Cristo¹⁶⁷, El Reino no es una cosa, no es un espacio de dominio como los reinos terrenales, sino una persona: el mismo Cristo. En Cristo, Dios está presente en medio de los hombres. Cristo es la presencia de Dios. “Jesús es el reino, no meramente en su presencia física, sino mediante la irradiación del Espíritu Santo, que sale de él. (...) La actividad de Jesús, su palabra, su pasión rompe el dominio de la alienación que pesa sobre el hombre y lo libera, es decir, establece el señorío de Dios. Él es el reino de Dios, porque el espíritu de Dios obra en el mundo por él”¹⁶⁸. El Reino se hace presente aquí y ahora en la obra de Cristo en el Espíritu Santo.

El mismo Jesús es “el cielo” en su sentido más profundo y auténtico porque toda su existencia se resume en las palabras “¡Aquí estoy para hacer tu voluntad”. La unidad de voluntad con el Padre es el núcleo de su ser en absoluto. Así se comprende la oración de Jesús en el monte de los Olivos al decir “Padre mío, si es posible que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú”. En esta lucha interior se desvela el nudo del misterio de Jesús que el autor de la Carta a los Hebreos interpreta a la luz del Salmo 40: “No quieres ni aceptas sacrificios ni ofrendas, pero me has formado un cuerpo”...”Aquí estoy para hacer tu voluntad”

En Jesús se cumple plenamente la voluntad de Dios. Él es el Reino; Él es nuestro modelo, más aún la fuerza y la vida a la que hemos de unirnos, de entregarnos para que nos acoja y eleve y, en comunión con Él, aprendamos a pedir y realizar la voluntad de Dios a fin de que ella prevalezca sobre la fuerza de nuestro egoísmo y nos haga capaces de alcanzar la altura a la que hemos sido llamados.

Una segunda línea teológica interpreta que el Reinado de Dios se encuentra esencialmente en el interior del hombre, donde crece y desde donde actúa el mismo Dios. Si Jesús es el Reino de Dios en persona, donde está Él, se encuentra el Reino de Dios. Es el misterio pascual el que permite a los hombres participar en la misma vida de Dios –y en su acción en el mundo y en la historia de la humanidad-, hecho posible por las misiones divinas, por las que Dios viene a plantar su tienda en el mundo. De esta manera hace suya la historia de los hombres, para manifestar con ella la gloria eterna de

¹⁶⁷ “Se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo” (LG 5)

¹⁶⁸ J. Ratzinger, Escatología. Herder. 2ª edición. 2007, p. 56

su amor. De esta forma revela que la vida humana no está suspendida en el vacío sino que se encuentra en las mismas manos de Dios.

Cuando pedimos a Dios en el Padrenuestro “venga a nosotros tu reino”, pedimos establecer una serie de prioridades en nuestro obrar de modo que sea Dios quien reine y no nosotros. Pero lo primero y esencial es tener un corazón dócil porque el Reino de Dios llega a través del corazón que escucha. Para que el Reino de Dios venga a nosotros, nuestro corazón ha de estar abierto a su palabra: ese es el camino y el motivo por el que hemos de rezar siempre, a toda hora. El “venga a nosotros tu reino” es la petición del verdadero discípulo, porque si el Reino de Dios es el mismo Cristo, al pedir ese Reino, se pide la venida del mismo Cristo, la comunión con su cuerpo, la identificación con Él. La vida en este Reino es la continuación de la vida de Cristo en los suyos. “Rezar por el Reino de Dios significa decirle a Jesús: ¡Déjanos ser tuyos, Señor! Empápanos, vive en nosotros; reúne en tu cuerpo a la humanidad dispersa para que en ti todo quede sometido a Dios y Tu puedas entregar el universo al Padre, para que “Dios sea todo para todos” (1 Co 15, 28)¹⁶⁹

Una tercera tendencia que se ha ido imponiendo en la teología católica de la época moderna interpreta el Reino de Dios en relación con la Iglesia, estableciendo entre ambos una relación de mayor o menor identificación. La Iglesia es la realización del Reino de Dios en la historia, el germen y el comienzo de este Reino. Por eso el Concilio Vaticano II dice que la Iglesia es el Reino de Cristo “presente ya en misterio” (LG,3).

«Desde la Ascensión, el designio de Dios ha entrado en su consumación. Estamos ya en la "última hora" (1 Jn 2,18; cf 1 Pe 4,7). "El final de la historia ha llegado ya a nosotros y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable e incluso de alguna manera real está ya por anticipado en este mundo. La Iglesia, en efecto, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta" (LG 48).

El Reino está presente en el mundo actual como una semilla, que debe crecer y desarrollarse. La semilla es presencia del futuro; en ella está escondido lo que ha de venir. Es promesa ya presente en el hoy.

¹⁶⁹ Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, p.182

El Reino de Dios está ya incoado, se hace presente entre nosotros y, al propio tiempo, es un Reino que no es de este mundo. Como realidad presente el Reino de Dios es la Iglesia; y como realidad futura es el Reino de los Cielos. Es decir, el Reino de Dios se desarrolla en dos momentos: uno terrestre, la Iglesia, y otro celeste, la bienaventuranza eterna. No se trata de dos realidades diferentes sin ninguna continuidad entre ellas, sino que, por el contrario, la Iglesia tendrá su plenitud en la gloria del Cielo, cuando llegue el tiempo de la resurrección de todas las cosas.

Jesús predicó el mensaje del reino de Dios sirviéndose de múltiples parábolas y presentando ese reino como una realidad presente a la vez que futura. La Iglesia en los primeros años del cristianismo era consciente de ser fiel a ese mensaje, anunciando a Jesús como Cristo, como quien actúa en el Espíritu y, en consecuencia, como la forma actual del reino. La cristiandad, mirando al resucitado, conocía una venida que ya había ocurrido. Estaba convencida de que no anunciaba ya una mera teología de la esperanza, de que no vivía de un mero mirar al futuro sino que podía llamar la atención sobre un ahora, puesto que la promesa se había convertido ya en presente. Este presente es esperanza, es un presente cargado de futuro. Esa esperanza ha de ser vivida por el cristiano con la paradoja que significa el vivir la alegría de estar con Dios ya en el mundo y la tribulación de la violencia que procede del mundo, sabiendo que Dios tiene su propio tiempo.

Cuando Él vuelva en el último día se habrá colmado el tiempo concedido a los pueblos. Mientras tanto hemos de vivir en esta edad de los pueblos que es, al mismo tiempo, la época en que se oprime a Dios en este mundo y en la que el grano de trigo ha de ser enterrado y destruido a la vez que va dando fruto en todo el mundo. Esa tensión, esa espera, es el lugar en que se desenvuelve la existencia del cristiano mientras vive su vida mortal.

El fin de la historia humana y de cada persona tendrá lugar en la Parusía con la victoria definitiva de Cristo. Entonces “será el fin, cuando Cristo entregue a Dios Padre el Reino, cuando haya reducido a la nada todo principado y todo poder y fuerza. Pues es preciso que Él reine hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies. El último enemigo será la muerte..., entonces el mismo Hijo se someterá al que le sometió todas las cosas, para que sea Dios todo en todas las cosas” (1Cor 15, 24-28). Este

sometimiento del Hijo al Padre hace referencia al Cristo Total, esto es: a Él que es la Cabeza de un Cuerpo cuyos miembros somos nosotros.

Es conveniente que la creación entera, que salió buena de las manos de Dios, sea renovada y purificada del pecado en que la sumergieron los hombres. La creación quedará entonces perfectamente sujeta a Cristo y los nuevos cielos y la nueva tierra manifestarán la bondad, sabiduría y omnipotencia divinas. El Concilio Vaticano II enseña que «la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, será perfectamente renovada en Cristo»¹⁷⁰. «Voy a crear cielos nuevos y una tierra nueva, y ya no se recordará lo pasado, ya no habrá de ello memoria» (Is 65,17). En el Nuevo Testamento se dice: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya... Y dijo el que estaba sentado en el trono: he aquí que renuevo todas las cosas» (Apoc 21, 1-5). También San Pedro se refiere a esta doctrina cuando escribe que «el día del Señor vendrá como ladrón, y entonces los cielos pasarán con espantoso estruendo, los elementos se disolverán con el ardor del fuego, y la tierra y las obras que hay en ella serán abrasadas... pero esperamos, conforme a su promesa, nuevos cielos y nueva tierra, donde habitará eternamente la Justicia» (2 Ped 3, 10-13).

«Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo»¹⁷¹. Pero sabemos que el mundo material no será aniquilado, sino purificado y hecho partícipe de la renovación gloriosa de Cristo. Por eso, la consideración de los novísimos debe impulsar a los hombres a trabajar. El trabajo en la tierra adquiere un nuevo significado: toda obra humana bien hecha, renovada, la volveremos a encontrar en el fin de los tiempos. Ahora bien, los cielos nuevos y la tierra nueva no son el término de un proceso evolutivo, no son el último grado del progreso histórico del universo, sino que serán el efecto de una especial transformación hecha por Dios: «La nueva Jerusalén, la que desciende del cielo de mi Dios» (Apoc 3, 12).

No se trata de un sistema total de evolución como el ofrecido por el teillardismo, es decir, no limitado al campo biológico sino como

¹⁷⁰ Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen Gentium* 48

¹⁷¹ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 39

interpretación de la historia en evolución ascendente hacia el punto omega, como una progresiva humanización de las estructuras que mejoran el mundo y lo acercan de este modo al Reino de Dios. “Hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo”¹⁷²

“Al fin de los tiempos, lo transformado será no un mundo cualquiera, sino este mundo, es decir, el mundo que ha sido mejorado por el trabajo y el esfuerzo humano; en otras palabras, los nuevos cielos y la nueva tierra están, aunque oscura e imperfectamente, siendo preparados por el esfuerzo humano”¹⁷³ Hay una permanencia en el Reino de los cielos de los valores morales desarrollados por la caridad.

El Reino de los cielos no consiste tampoco en una reconciliación universal, puesto que no todos serán recibidos en él: «He aquí que hago nuevas todas las cosas, los cobardes, los infieles, los abominables, los homicidas, los fornicarios, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el estanque que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte» (Apoc 21, 5-8).

El escatologismo, a diferencia de las teorías encarnacionistas que ven el desarrollo del Reino mediante el progreso temporal y humanizador del mundo antes de la Parusía, se caracteriza por su insistencia en la índole interior e invisible del proceso de construcción del Reino. La historia no se rige por leyes biológicas, sino que es fruto de un juego de libertades. El cristiano trabajará por hacer un mundo mejor ya que los méritos que desarrolla en ese esfuerzo, aunque invisibles a los ojos de los hombres, están contribuyendo al advenimiento del Reino. Pero esa contribución positiva no es externamente perceptible y, en muchas ocasiones, lo único visible, sea el fracaso externo del cristiano. El escatologismo no tiene necesariamente un tinte pesimista y negativo. Simplemente confiesa que el progreso técnico que se desarrolla en la humanidad no conduce necesariamente a una línea ascendente en la humanización, ya que el nivel moral-religioso no es reducible a un automatismo de leyes biológicas sino que se desarrolla en el dialogo entre gracia y libertad.

Presente y eternidad no se encuentran uno junto al otro y en mutua oposición sino que se interpenetran. No se trata del mito que espera la

¹⁷² Gaudium et Spes n. 39

¹⁷³ Illanes, JL, Trabajo humano, en GER, Madrid 1975

realización puramente humana de un mundo mejor, de llegar a construir en un futuro una sociedad ideal, sino de trabajar con todo nuestro empeño en fortalecer las energías que se oponen al mal en el presente y que, de ese modo, también pueden ofrecer una primera garantía para un futuro más próximo.

Eso sucede precisamente cuando la vida eterna llega a tomar impulso en el seno del tiempo. “Pues eso significa que se haga realidad “la voluntad de Dios en la tierra y en el cielo”. La tierra llega a ser el cielo, el Reino de Dios, cuando la voluntad de Dios se hace realidad en ella como sucede en el cielo. Por eso lo pedimos, porque sabemos que no está en nuestro propio poder hacer descender el cielo. Pues el Reino de Dios es *su* Reino y no el nuestro, no nuestro dominio (...), no es ningún futuro cronológico, ningún más tarde en el tiempo, sino que describe lo completamente distinto a todo tiempo, que precisamente por ello se puede introducir en el tiempo asumirlo por completo en sí mismo y hacerlo puro presente. La vida eterna, que comienza aquí y ahora en la comunión con Dios, rasga este aquí y ahora y lo abre al terreno de lo que nos es propio, y ya no será dividido por el fluir del tiempo. (...) De hecho, quien incluye su voluntad en la voluntad de Dios, lo hace presente allí donde tiene su lugar cualquier voluntad buena (...) Allí donde sucede esto se hacen verdad estas palabras: “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. El misterio de Cristo, que según las bellas palabras de Orígenes, es el Reino de Dios en persona, es el centro determinante para la comprensión de la vida eterna”¹⁷⁴ Sabemos que “Todo el sufrimiento asumido y todavía oculto, toda resistencia firme al mal, la superación interna, cualquier iniciativa del amor, toda renuncia para la dedicación seria a Dios, todo esto será realmente incluido en el todo: nada bueno se perderá. El poder del mal, que invade por completo la estructura de nuestra sociedad como los tentáculos de un pulpo, y amenaza con ahogarla en un abrazo mortal, se enfrenta ahora a esta serena revolución de la auténtica vida como fuerza liberadora, en la que el reino de Dios, aunque todavía no ha asumido del todo, tal como dice el Señor, ya está en medio de nosotros (cfr. Lc 17, 21). Es por medio de esta revolución como de hace presente el Reino de Dios, porque la voluntad de Dios se realiza en la tierra como en el cielo”¹⁷⁵

¹⁷⁴ Ratzinger, la Eucaristía, centro de la vida, Edicep, p. 159-160

¹⁷⁵ Ratzinger, la Eucaristía, centro de la vida, Edicep, p.162

No sabemos nada acerca del estado último de la humanidad. Subraya su esperanza en Dios, que promete un futuro ultraterreno esplendoroso, a la vez que afirma desconocer cómo será el futuro terrestre que lo precede. Sin embargo, el esfuerzo por construir un mundo mejor debe realizarse aun en la incerteza del resultado terrestre. Son los valores morales, también los que se desarrollan en el esfuerzo por mejorar la ciudad terrestre, los que preparan el Reino de Dios. Pero “los valores morales que han de traer el Reino de Dios no son necesariamente una cota suprema alcanzada por la última generación, sino la suma de los esfuerzos que, de un modo u otro, a lo largo de la historia completan “lo que falta de las tribulaciones de Cristo por el bien de su cuerpo que es la Iglesia” (Col 1,24)”¹⁷⁶

Resurrección de todos los hombres y final de la historia

7.3.- La resurrección de la carne

La escatología católica afirma la verdad de la resurrección de la carne en el último día. El concepto de resurrección significa la restitución a la vida del cuerpo humano muerto, por la unión con el alma, de modo que, por la unión de estos dos elementos esenciales, se tenga de nuevo la unidad completa vital.

La esperanza de la salvación se concreta en la certeza de nuestra resurrección (2 Cor 4,14) y, sobre todo, de la gloria que revestirá nuestros cuerpos resucitados. Para San Pablo los bienes espirituales presentes son una anticipación de los bienes futuros que empezarán para nosotros el día de la segunda venida de Cristo. Contemplar la Asunción de María al cielo en cuerpo y alma permite ver un resquicio del “cielo nuevo” y de la “tierra nueva” que se abrirán a nuestros ojos con ese día.

La epístola de San Pablo dibuja la expectativa de la creación, anhelante de ese momento. Toda la creación se nos asocia y ansia ver nuestra aparición como hijos de Dios en gloria; la liberación de nuestros cuerpos será la señal de su propia liberación. (2Cor 4, 19-21)

¹⁷⁶Cándido Pozo, Teología del más allá, BAC Madrid, 1992, 3ª edición, p. 164

No sólo la creación espera expectante ese momento. También los bienaventurados esperan la consumación del reino de Dios en la recapitulación de todas las cosas del cielo y de la tierra en Cristo. El alma separada, glorificada ya en el gozo de la visión beatífica, sólo llegará a la perfecta posesión de Dios cuando supere una doble separación: la separación de su propio cuerpo por la propia resurrección corporal y la separación (“el todavía no”) respecto a la plenitud del Cuerpo místico de Cristo, que se dará cuando se complete el número de los hermanos. Ambos aspectos son coincidentes, ya que nuestra resurrección no será un hecho aislado, sino que tendrá lugar en la parusía, cuando el número completo sea corporalmente glorificado, en un universo transfigurado y “Dios sea todo en todos” (1 Cor 15,30)

La resurrección de Jesús es para todos nosotros causa y modelo de la futura resurrección de los cuerpos. Es causa porque “Cristo puede llamarse primogénito de los que resucitan de entre los muertos, no sólo en sentido temporal, porque resucitó el primero, sino también en sentido causal, porque su resurrección es causa de la resurrección de los demás, y también en cuanto a la dignidad, porque resucitó de modo más glorioso que todos los otros”¹⁷⁷

Cristo resucitado es el punto de partida de la nueva creación espiritual: posee el poder de transformar a su imagen a los que se le unen por la fe. La Resurrección de Jesús ha sido el mayor acto de ternura de Dios por la humanidad y debe llevarnos a buscar con todas sus fuerzas la intimidad con la Trinidad. «Con la resurrección de Cristo, el Padre rompe el silencio y expresa su juicio sobre la acción de Cristo, y naturalmente sobre quienes le crucificaron. Para nosotros es una fuente de esperanza y de alegría, pues la Escritura nos asegura que lo que Dios hizo con Jesús lo hará con nosotros: un día se acercará a nuestra tumba --no sabemos ni dónde ni cómo será ese momento-- y nos dirá lo mismo que le dijo Jesús a un muchacho muerto: "Hijo, soy yo quien habla: álzate". Así también resucitaremos nosotros». Ahora bien, no tenemos que esperar a encontrarnos con la Trinidad después de nuestra muerte, sino que tenemos que encontrarla en este mundo; y no fuera de nosotros, sino en nuestro interior”¹⁷⁸.

¹⁷⁷ S. Tomás, Summa Theologiae III, q.56, a.1, ad 3

¹⁷⁸ Cantalamessa, Meditación, Vaticano 2004

La resurrección es una realidad que es objeto supremo de la esperanza cristiana, como una participación de la resurrección de Cristo, participación fundada en la comunidad de vida con Él y en la recepción del Espíritu Santo. La resurrección de Cristo no es un hecho cerrado en sí mismo sino comienzo de un proceso que va a continuar envolviéndonos también a nosotros. Por eso el hecho de la resurrección de Cristo es calificado de primicia. “Las primicias, Cristo, después, los de Cristo, en su parusía; luego, el fin (1 Cor 15,23) De esta manera nuestra resurrección gloriosa adquiere el sentido de prolongación de la resurrección de Cristo. La misma predestinación, el decreto predestinante de Dios, tiene por objeto hacernos a imagen de su Hijo resucitado “Porque a los que conoció de antemano, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo a fin de que Él sea primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8,29)

La raíz de nuestra glorificación futura es la filiación adoptiva. Según Romanos 16 seremos “coherederos de Cristo” es decir, tendremos la misma herencia que tiene Cristo.

Hay un carácter trinitario intrínseco al misterio: la resurrección será obra de la Santísima Trinidad, al igual que la resurrección de Jesús: Dios Padre nos resucitará con Jesús por el Espíritu.

Cristo resucitado no es sólo causa sino también modelo de la resurrección gloriosa del cristiano. El sepulcro vacío de Jesús implica la identidad corpórea entre el crucificado y el resucitado, con tal que no se deje de ser consciente de la diversidad cualitativa del cuerpo glorificado de Jesús. Los Sinópticos proporcionan información sobre el Jesús resucitado: hay una identidad entre el cuerpo de Jesús mortal y el resucitado ya que éste mantiene las heridas de las yagas de la pasión; se trata de un cuerpo material, que se puede tocar, que come...; por otro lado hay una distinción misteriosa entre ambos en cuanto a forma y apariencia porque los discípulos no le reconocen en un principio; se trata de un cuerpo ágil, que aparece y desaparece de manera repentina, es sutil, entra y sale por donde quiere. Estas características son un esbozo de la condición escatológica que espera a todo hombre. Muestra que la resurrección no consiste en la simple recuperación vida terrena sino en un nuevo modo de existir.

El paralelismo entre la resurrección de Cristo y nuestra resurrección lleva a afirmar la identidad entre nuestro cuerpo actual y nuestro cuerpo resucitado aunque habrá una transformación: pasará a inmortal e incorruptible, como

el Señor tomó de nuevo, glorificando su cuerpo, que se encontraba en el sepulcro. «En la muerte, separación del alma y el cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios en su omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús»¹⁷⁹

El cuerpo que resucita será no sólo específicamente el mismo cuerpo (un cuerpo verdaderamente humano) sino numéricamente el mismo (este cuerpo que ahora tengo). La resurrección supone recibir de nuevo el mismo cuerpo que tuvimos en la vida terrestre - y del que fuimos despojados transitoriamente – aunque transformado.

La realidad del cuerpo glorioso supera en grandeza la más audaz de nuestras consideraciones: “ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento lo que Dios tiene preparado para los que le aman” (1Cor 2,9)

“San Pablo habla del cuerpo resucitado como de un cuerpo espiritual. Se trata de algo misterioso porque la materia en sí misma no posee esa capacidad. No podemos concebirlo pero sus efectos se manifestaron en Cristo resucitado. (...) Aunque la espiritualización del cuerpo glorioso no significa que deje de ser material y comience a ser espíritu, es indudable que comporta un modo nuevo de información del espíritu a la materia lo cual (...) podría quizá significar una más alta e inefable participación del cuerpo en las operaciones de entendimiento y voluntad espirituales, de modo que la misma carne en cuanto tal, pueda participar en unión con el espíritu, de la vida –que es Conocimiento y Amor- de la Trinidad Santísima”¹⁸⁰

“No se trata de una mera espiritualización sino de una “deificación” de la materia en analogía con la transubstanciación eucarística, que la prefigura y causa (“yo le resucitaré en el último día”). Hay, pues, una participación del cuerpo humano también en su materialidad –conformado al cuerpo glorioso de Cristo- en las procesiones eternas de Conocimiento y Amor intratrinitario”¹⁸¹

¹⁷⁹ CIgC 997

¹⁸⁰ Cándido Pozo, Teología del más allá, BAC Madrid, 1992, 3ª edición, p 332-333

¹⁸¹ F. Ocariz, Hijos de Dios en el Espíritu

La teología ha meditado mucho acerca del “cómo” se ha de producir la resurrección y de las cualidades del cuerpo resucitado pero, además de tener en cuenta estas características hay que seguir una segunda línea de estudio que es el aspecto relacional, cristológico – y en último término, pneumatológico y trinitario – de la resurrección. Hay que darse cuenta de que la Buena Nueva centrada en el Resucitado enseña que el hombre debe esperar la resurrección no como una mera glorificación del individuo o de un pueblo sino como forma cabal de unión e identificación con el Hijo divino, encarnado, muerto y resucitado. Hay una dimensión unitiva - y, por tanto, salvífica – de la resurrección en cuanto inserción cabal de la criatura humana en la Persona e historia del Hijo.

La realidad de la resurrección de Cristo es garantía de la victoria sobre la muerte para todos los que se unen a Él pero, además, ese triunfo se encuentra ya incoado en la vida terrenal del cristiano en la medida en que éste se incorpora sacramental y eclesialmente al Resucitado.

En el Cuarto Evangelio podemos encontrar un aspecto notable que “es la tensión entre presente y futuro. San Juan afirma que la resurrección es prolongación de misterios que tienen comienzo ya en esta vida: la fe y la Eucaristía.

Esta idea aparece con nitidez en el dialogo con Marta (cfr. Jn 11, 25-27), previo al milagro de resurrección de Lázaro. Jesús corrige las ideas de Marta, que piensa exclusivamente en la resurrección del último día, haciéndole comprender que quien cree en Él ya ha vencido a la muerte y comenzado a gustar de la vida eterna. Cristo, al resucitar a Lázaro, demuestra efectivamente que su poder vivificante puede ser operativo, no sólo en el último día, sino ya en el tiempo presente.

La transmisión de la Vida en la etapa terrenal se realiza, aparte de por la fe, por la vía sacramental. Jesús se proclama como quien da el pan de vida (...). Declara que quien come su carne y bebe su sangre posee vida, la vida eterna, garantía de la resurrección en el último día. Desde esta perspectiva la vida resucitada no es más que el último desarrollo de la vida eterna incoada en la tierra”¹⁸²

¹⁸² J. José Alviar, Escatología, Eunsa p. 162

La resurrección culmina el “misterio de participación en la muerte y resurrección de Cristo”, de pertenencia al cuerpo de Cristo que comienza en la vida terrena con la efusión del Espíritu en el bautismo y es alimentada por la Eucaristía. La divinización del hombre en gracia durante la vida terrena no es más que un anticipo de resurrección gloriosa: algo que se da incoativamente en todo cristiano en gracia.

La dieficación de la carne en el estadio escatológico será, pues, una espiritualización del cuerpo que tiene ya ahora una realización incoativa – “las primicias del Espíritu”- que nos hace gemir en nuestro interior, anhelando el rescate de nuestro cuerpo para alcanzar así la plenitud de la filiación divina en Jesucristo con una nueva intensidad, que san Pablo llama la redención del cuerpo: su transformación a semejanza del cuerpo glorioso de Cristo.

Así, la vida transfigurada, gloriosa e incorruptible de que goza finalmente el hombre, la vida en plenitud, aparece de nuevo como consecuencia y reflejo de un misterio mayor: la inserción del hombre en Cristo, gracias al Espíritu, por el beneplácito del Padre. Las relaciones personales de la criatura con la Trinidad redundan hasta en la corporeidad material del hombre. El resucitar deriva del vivir en Cristo, como hijos amados por el Padre y habitados por el Espíritu. La plenitud humana descansa, entonces, sobre la comunión con la Trinidad, en la misma autodonación de Dios a las criaturas.

7.4.- La dimensión cristológica y trinitaria de la resurrección¹⁸³

El Verbo no sólo ha asumido una naturaleza humana concreta con su encarnación “sino que ha unido a sí a la naturaleza humana en cuanto tal – en cuanto realidad que se perpetua en la historia, encarnada en sujetos múltiples; y en cuanto cima del cosmos material -. Cristo incorpora la realidad humana – y por concomitancia, la realidad cósmica – a su propia persona, y las arrastra consigo en una historia que pasa por la kenosis y acaba en la gloria. Cristo comparte al máximo – hasta la muerte - la condición humana, para después participar plenamente a los hombres su *energeía* vivificante. La resurrección en el día final es sencillamente el difundirse esta *energeía* divina y divinizadora, más allá de la naturaleza

¹⁸³ Mucho de este apartado está tomado de J. José Alviar, Escatología, Eunsa p. 176-178

humana concreta asumida por el Hijo, hasta la naturaleza humana en su totalidad. De la Cabeza, al Cuerpo del Cristo Total”

“La conexión del cristiano con la persona y biografía de Jesús es obra del Espíritu Santo: comienza con el bautismo y culmina con la resurrección universal. Es Él quien transforma nuestras personas cristificándolas o identificándolas místicamente con la persona del Hijo. El Espíritu, vínculo substancial entre Padre e Hijo, realiza la tarea de convertirnos en hijos adoptivos, identificados con Cristo, a base de sumergirnos en el reflujo de Amor entre Padre e Hijo”.

“En la resurrección final, el Espíritu obrará en nosotros, como miembros de Cristo, lo mismo que obró en Jesús el día de su resurrección: vivificará nuestra carne mortal y la convertirá en gloriosa e imperecedera. De este modo nos hará plenamente *ipse Christus*, participes plenos de su gloria, de su sentarse a la derecha del Padre y situarse cara a cara con Él.

“En el espejo de la doctrina de la resurrección, el hombre puede apreciar la forma definitiva a la que está abocada su existencia: un vivir-en-Cristo, un identificarse misteriosamente con el Hijo, un permanecer unido a Él como un cuerpo a la cabeza. Pero este vivir-en-Cristo es un misterio dinámico: arranca del momento bautismal y se torna más intenso en la medida en que el individuo se identifica libre y progresivamente con la persona y vida del Señor. No se trata de un mero copiar la vida de Jesús, como si éste fuera un modelo exterior: la persona del Señor no es causa ejemplar tan sólo en sentido extrínseco. Tampoco se trata de que Cristo nos resucite desde fuera, como causa eficiente exterior a nosotros”.

“Se trata de mucho más: de hacerse gracias al Espíritu, parte auténtica de Cristo; injertarse en el Señor, e insertarse en su misma y única Pascua: El Reino en su último estadio consiste en la formación de un misterio interpersonal (identificación histórica entre la Persona del Hijo y las personas humanas), que permite a cada hombre vivir el la totalidad de su ser – material-espiritual – la muerte/resurrección del Señor”

“Los hombres se insertan, podríamos decir, en un único y mismo misterio de resurrección, que afecta primero a la Cabeza y finalmente se hace extensiva al Cuerpo. La humanidad resucitará en el último día no independientemente de Cristo, sino como colectividad que compone el Cristo Total en la gloria”

Todo lo dicho anteriormente tiene una importante implicación existencial para el hombre ya que éste debe asumir el proyecto divino para su propia vida y para la creación entera. Ello quiere decir que debe empeñar toda su persona en el esfuerzo por vivir una filial entrega a Dios Padre, al igual que Jesucristo.

La resurrección en el día final no hará sino dar forma definitiva a la existencia humana que es de naturaleza dual, espiritual y corpórea. “En ese día, el poder divino transfigurará hasta el último rincón – hasta la parte más caduca, la material – de la ontología humana. Dios dará consistencia eterna hasta la dimensión más frágil de la criatura que es el hombre”

“No son pocos los teólogos que consideran que la resurrección final consiste precisamente en la recuperación plena y definitiva del hombre entero: de su memoria, de su historia, de su vida vivida junto con los demás hombres. Romano Guardini decía que “la resurrección del cuerpo quiere decir la resurrección de la vida vivida, con todo el bien y todo el mal... la historia del hombre”¹⁸⁴.

“La muerte del cristiano no consiste en primer lugar en la renuncia y pérdida perpetuas de todo lo que llenaba su vida terrena de entusiasmo y de pasión, sino en un momento de su peregrinar terreno y de su incorporación a Cristo por quien ha ‘dejado todo’ (Mt 19,27) por amor al reino de Dios, con la firme esperanza de recuperar todo ello de algún modo para siempre en la resurrección. “Y todo el que dejare hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o campos, por amor de mi nombre, recibirá el céntuplo y heredará la vida eterna. Y muchos primeros serán los últimos, y los últimos, los primeros” (Mt 19,29-30). “Porque quien quisiere salvar su vida, la perderá; pero quien perdiese su vida por amor de mí, la salvará” (Lc 9,24)¹⁸⁵

En la bella obra poética, *El eco del plomo y el eco del oro*, Gerard Manley Hopkins exhorta al hombre a entregar y devolver a su Creador toda la belleza creada que encuentra, todo lo que posee. Nada se perderá, dice, ni un solo pelo, ni una sola ceja. Porque será Dios mismo quien retendrá aquellos bienes, libremente entregados, con un amor más fiel que el del amor humano, para volver a entregarlos al hombre al final de los tiempos.

¹⁸⁴ Incorporación a la Pascua de Cristo. Muerte y resurrección, Paul O'Callaghan en *humanitas* N°.30, p 19

¹⁸⁵ Incorporación a la Pascua de Cristo. muerte y resurrección, Paul O'Callaghan en *humanitas* N°.30, p 19

“La inocencia de la infancia, - decía Antonio Ruiz Retegui - la generosidad de la juventud pujante, las brillantes realizaciones de la madurez... todo esto que la vida va envejeciendo sin piedad, nos será entregado de nuevo, si nos resistimos a la tentación de conservarlos únicamente en cintas magnetoscópicas, o fotografías, o poemas gloriosos, o diarios íntimos, y los confiamos a Dios, al Dios eterno que se entrega en Cristo”. En fin de cuentas, como ya decía Charles Péguy, ‘todo lo que no se da, se pierde’¹⁸⁶.

7.5.- la nueva tierra. La redención del cosmos¹⁸⁷

Ya se ha dicho al hablar del Reino de Dios que hay una cierta continuidad, aunque misteriosa, entre el mundo que los hombres labran con su labor y el futuro mundo escatológico. La glorificación escatológica de la criatura alcanzará también, según la revelación, a toda la creación visible –que está íntimamente unida al hombre, y que por él alcanza su fin, y “espera ansiosa la manifestación de los hijos de Dios”

“La obra de redención restablece la unidad perdida entre Dios el hombre y el resto de las criaturas, que tuvo lugar con el pecado, y la orienta decisivamente hacia su forma consumada, como unidad máxima entre Dios y la creación: Dios, todo en todos. Cristo, con su cuerpo humano vivificado y glorificado por el Espíritu después de la Pascua, es el núcleo del mundo transfigurado. Él es la cabeza del “cuerpo total” destinado a resucitar gloriosamente, y también el primogénito del cosmos regenerado. El hombre renacido en las aguas bautismales representa la continuación de este misterio de Cristo, renovador del universo; el dominio santo que el cristiano ejerce sobre las realidades terrestres sirve no sólo para construir un orden temporal, sino también para preparar el Reino duradero. Las obras de los hombres regenerados constituyen una cierta preparación para los nuevos cielos y tierra (cfr. *Gaudium et spes*,39)”

“En el *éschaton* hallará su consumación y forma completa el misterio de renovación –humana y cósmica – en Cristo: no sólo el hombre en todas sus dimensiones será transfigurado, sino que la misma acción divina que fluye de Cristo hacia su naturaleza humana, y hacia los humanos en general, alcanzará el entorno cósmico, convirtiéndolo en un habitat adecuado para los santos glorificados. Con otras palabras: el estado final del hombre será

¹⁸⁶ Incorporación a la Pascua de Cristo. muerte y resurrección, Paul O'Callaghan en *humanitas* nro.30, p 19

¹⁸⁷ Todo el apartado está tomado de J. José Alviar, *Escatología*, Eunsa, p. 188-189

un vivir en Cristo por obra del Espíritu, y el estado final del cosmos será participar – por resonancia – del poder transfigurador que fluye de la persona del Hijo a los hombres. El resultado final de este flujo transformador será la perfecta armonía entre los resucitados y su entorno cósmico: este último serviría como digna morada de los santos.”

“Puede decirse que, si para el hombre el destino escatológico consiste en ser hijo en Cristo y habitación del Espíritu Santo, el destino final del universo es el de ser *morada* de la familia escatológica de Dios”

“La salvación del individuo será total y plena sólo cuando se haya alcanzado la salvación del universo y de todos los elegidos, que en el cielo no se encuentran sencillamente al lado los unos de los otros, sino que los unos con los otros –en íntima comunión (fusión sin confusión)- son el cielo, el Cristo único: la plenitud del cuerpo del Señor, que habrá llegado entonces al pleroma de “todo el Cristo” en el don del Espíritu santificador haciéndole alcanzar su real totalidad cósmica. Entonces toda la creación será “cántico”, gesto divino generoso de la liberación del ser adentrándose en el todo y, al mismo tiempo, penetración del todo individual, alegría, en la que toda pregunta se resuelve y alcanza la plenitud”¹⁸⁸

7.6.- La retribución

La resurrección de los muertos en el último día es una resurrección universal, para todos los hombres, pero se encuentra en conexión con el último juicio, es decir, será una resurrección para ser juzgado: “Irán los que obraron el bien a la resurrección de la vida, pero los que obraron el mal, a la resurrección de condenación (Jn 5,29)

Tanto la salvación como la condenación empiezan, en sus elementos esenciales, en seguida después de la muerte. Para el justo comienza tras la muerte, si no tiene nada de qué purificarse, no un mero comienzo de bienaventuranza sino la visión de Dios cara a cara y no un mero comienzo de retribución. Igualmente el infierno, ya en la escatología intermedia, consta de los mismos elementos esenciales que en la escatología final.

El juicio de Dios, ya en el juicio personal tras la muerte del hombre, fija lo que ha decidido la propia libertad humana durante la vida. Dios no busca la condenación de nadie ya que quiere que todos los hombres se salven: lo

¹⁸⁸ J Ratzinger, Escatología, p. 282

que Dios hace es declarar la verdad objetiva del comportamiento de la libertad midiendo la responsabilidad y evaluando el mérito de forma que aparezca evidente y sin apelación posible el tenor de la sentencia que será ya irreformable.

Aunque no se puede disimular lo terrible que es el presentarse al juicio de Dios que arranca del hecho mismo de comparecer la criatura ante la Majestad infinita, sin embargo, presenta condición alternante y está suavizada por la revelación de la misericordia divina. Será tremendo para los impíos pero, para los que han luchado por ser fieles, está lleno de esperanza. Cristo ha prometido que en el juicio universal tomará la defensa de sus discípulos en presencia de su Padre y delante de sus ángeles.

El juicio es el mismo Jesucristo, que es la verdad y el amor en persona. Ante él todo cuanto de malo, de vil, de pecaminoso de nuestra existencia es puesto al descubierto para, a través de la purificación, ser liberados de ello. Entonces, en el juicio final, “frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios (cf. Jn 12,49). El Juicio final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena”¹⁸⁹ “He aquí que llego enseguida, y traigo conmigo el premio, para retribuir a cada uno según sus obras. Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin” (Ap 22,12-13)

7.7.- La vida eterna

Parece que hoy la promesa de la vida eterna no resulta demasiado atractiva y convincente para muchos hombres. En otros tiempos la amenaza de la posibilidad de perder la vida eterna, es decir, la condena perpetua movía – aunque fuese indirectamente- a los cristianos a tomar en serio la vida cristiana. Hoy en día un planteamiento de este tipo en la predicación sería mucho menos eficaz. Por un lado es comprensible porque los cristianos siempre han intuido que el temor a perder la vida eterna y la plenitud humana no puede ser, a la larga, el motor de la vida de un hijo de Dios pues “Quien teme, no es perfecto en la caridad” (1 Jn 4,18). Por otro lado, la promesa de la vida eterna no resulta demasiado atractiva para muchos hombres.

¹⁸⁹ Catecismo n. 1039

La vida eterna y la resurrección de los muertos, que Dios promete a los que creen en Él, es un auténtico don del cielo, fruto de la divinización del hombre por obra del Espíritu de Cristo. Pero muchos hombres prefieren no ser deudores de nadie. Quieren realizarse por sí mismos, ser felices en una felicidad que van consiguiendo con las propias fuerzas, paso a paso. Ve en la promesa de Dios sombras de esclavitud perpetua o de aburrimiento sin fin.

Por otro lado para llegar a la promesa de la vida eterna se ha de pasar necesariamente a través de la muerte. “La oferta del don más grande de Dios es condicionada por la muerte del hombre, por la destrucción de todos sus planes personales, por el fin de sus proyectos más queridos, por una conciencia impuesta de la caducidad de sus amistades y relaciones humanas que han llenado su vida de felicidad y riqueza en un mundo que inexorablemente pasa. Le parece un contrasentido, una mueca cínica, un precio demasiado alto para pagar. Para poder llegar a recibir todo de Dios y para que Dios sea “todo en todos” parece que hay que renunciar a todo aquello que el mundo tiene de bello, bueno y grande”¹⁹⁰. La renuncia de la vida terrena es el precio que un Dios celoso ante la felicidad humana reclama para dar al hombre la vida eterna. El hombre es tentado a hacer un cálculo de beneficios –vende cuanto tienes y adquiere la vida eterna- que suena a muchos a una proyección indebida de los anhelos humanos de infinitud.

Y, sin embargo, la meta del hombre es la vida eterna, es decir, ser eternamente feliz con Dios en cielo. De alguna manera deseamos la vida que no acaba nunca pero no esta vida que tenemos con sus limitaciones y dificultades, deseamos la vida feliz sin fin y eso es la vida bienaventurada aunque no sepamos cómo es esa vida hacia la que nos sentimos impulsados.

Vida eterna no expresa tanto una larga duración sino una cualidad de la existencia, en la que la duración entendida como una infinita sucesión de momentos desaparece. Se trata de aquella nueva categoría de la existencia en la que todo confluye simultáneamente en el ahora del amor, en la nueva cualidad del ser, que está rescatada de la fragmentación de la existencia en el sucederse de los instantes. La vida eterna no es simplemente “lo que viene después” y de lo que ahora no podemos tener ni la más remota idea.

¹⁹⁰ Incorporación a la Pascua de Cristo. muerte y resurrección, Paul O'Callaghan en humanitas nro.300

Como se trata de una forma de existencia puede ya estar presente en nuestra vida material y de su fluyente temporalidad aunque de una forma fragmentaria e incompleta. “Pero los límites entre vida temporal y eterna no son de ninguna manera exclusivamente de naturaleza cronológica: nosotros, por lo general, pensamos que los años previos a la muerte serían la vida temporal y el tiempo infinito posterior sería lo eterno. Pero como la eternidad no es simplemente tiempo sin fin, sino otra forma de existencia, entonces una tal diferencia, meramente cronológica, no es suficiente. La vida eterna existe en medio de la temporalidad, allí donde nosotros alcanzamos el “cara a cara” con Dios... (...) Vida eterna es aquella forma de vida, en el centro de nuestra existencia terrena actual, que no es afectada por la muerte, porque se extiende más allá de ella.”¹⁹¹

“La vida compartida con Dios, la vida eterna en nuestra vida temporal, es posible, porque la convivencia de Dios con nosotros se ha dado: Cristo es Dios compartiendo su ser con nosotros. En él Dios ha experimentado la temporalidad por causa nuestra, el suyo es para nosotros tiempo de Dios, y así también es la apertura del tiempo a la eternidad. Dios ya no es el Dios lejano e indeterminado al que ningún puente puede dar acceso, sino que es el Dios cercano: el cuerpo de su hijo es el puente para nuestras almas”¹⁹²

La vida eterna está, por tanto, ya presente entre nosotros pero no ha llegado aun a su plenitud. Sabemos que la vida eterna es estar con Cristo: se trata de una vida de intimidad con Dios. En el Cielo veremos a Dios de forma intuitiva, en visión directa y no por enigmas. La fe y la esperanza desaparecerán pero permanecerá la caridad: habrá un mutuo amor entre el hombre y Dios.

La felicidad eterna consiste en la visión de la Santísima Trinidad. El santo, en el cielo, se embebe en el infinito amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: más que poseer la felicidad es poseído por el bien que le embriaga. La inteligencia queda llena de la Verdad. La voluntad se une al amor de los amores. El gozo divino llena toda la capacidad humana de felicidad para siempre. Para alcanzar esta meta tan alta -la única que vale verdaderamente la pena- hay sólo un camino: Jesucristo. Su Humanidad es el camino de su Divinidad.

¹⁹¹ Ratzinger, La Eucaristía, centro de la vida, Edicep p.152, 157

¹⁹² Ratzinger, La Eucaristía, centro de la vida, Edicep p.161

La doctrina del Magisterio de la Iglesia dice que la bienaventuranza celeste es esencialmente la misma antes y después de la resurrección, siendo su elemento primario la visión de Dios. Se trata de una visión inmediata, sin que se interponga ningún objeto creado, e intuitiva, es decir como visión de Dios presente en cuanto presente. Consecuentemente a esta visión se da el gozo e, implícitamente, el amor de Dios.

El hombre resucitado estará con Cristo: con sus ojos humanos percibirá la gloria externa de Cristo resucitado y la persona de Jesús se le manifestará directamente. Ver la persona del Verbo es ver la esencia divina ya que en la Trinidad las Personas se identifican con la esencia divina. Además, como las Personas divinas son esencialmente relativas, en el Hijo se ve al Padre y al Espíritu Santo. De esta manera se hace más patente Cristo como Mediador: no sólo en cuanto que nos reconcilió con el Padre por su muerte y resurrección, ni siquiera solamente en cuanto que intercede por nosotros ante el Padre, sino que Cristo será eternamente Mediador, aun cuando después de la parusía haya terminado su función intercesora: también en la vida eterna, en la misma visión beatífica, Él nos conducirá al Padre.

Aunque la bienaventuranza celeste es esencialmente la misma antes y después de la resurrección “es de suponer que por la resurrección de los cuerpos en la escatología final se dé un aumento intensivo de lo que es substancial de la bienaventuranza: es decir, un aumento intensivo de la misma posesión de Dios (...) Si esto es así, si la resurrección da un aumento intensivo de la posesión bienaventurada de Dios y no sólo un gozo accidental, aparece el profundo sentido religioso del dogma de la Asunción: la glorificación corporal habría sido dada a María, en cuanto que por ella se da la más perfecta posesión de Dios.

Una reflexión elemental hace comprender que medio hombre (el alma, la cual no es un ángel y por ello no es un ser completo en sí misma) no puede poseer a Dios con la plenitud que el hombre entero. Por su parte San Agustín sugirió que el alma separada del cuerpo es una substancia incompleta que mantiene su apetito de unión con el cuerpo; ese apetito representaría un impedimento que le retardaría de la más completa entrega a la visión de Dios”¹⁹³

¹⁹³ Cándido Pozo, Teología del más allá, BAC Madrid, 1992, 3ª edición, p. 319-320

Podemos suponer que no puede eliminarse la idea de una expectación de las almas durante la escatología intermedia. Ello presupone una percepción de duración. En Apocalipsis 6,9 e dice de las almas de los mártires que claman impacientes por la venganza de su martirio pero se les dice que “aguarden todavía un poco hasta que se complete el número de sus consiervos y hermanos que van a ser inmolados como ellos” Ap 6,11) Esta segunda parte del versículo alude a un momento que “todavía no ha llegado.

“Es de gran interés teológico ver que la impaciencia de que habla el texto, expresada de forma antropomórfica, no es algo que les falte personalmente a las almas bienaventuradas, sino que está en relación con el desarrollo de la historia de la Iglesia: la venganza de su propia sangre por el triunfo de la Iglesia.

Todo ello sugiere que junto a la visión beatífica que es éxtasis y a través de la cual no se podría explicar una percepción de duración, coexiste en las almas de los bienaventurados otro plano de conciencia por el que son participes del desarrollo sucesivo de la historia de la Iglesia. En este aspecto psicológico de la comunión de los santos, estaría la explicación de la percepción de duración. Filosóficamente tal percepción se explicaría por la sucesión de actos coexistentes, en diverso plano de conciencia, con el éxtasis de la visión. En la sucesión de actos psicológicos hay percepción de duración, que no será ciertamente univoca con la del tiempo terreno, pero que será real, aunque no podamos aquí en la tierra imaginarla ni suponerla dotada del grado de continuidad propio del tiempo terrestre.

Una valoración equilibrada de las dos fases de la escatología implica afirmar que la resurrección aporta no solo un gozo accidental al bienaventurado, sino una más íntima posesión de Dios. Por otro lado, no se debe interpretar la escatología intermedia como psicológicamente instantánea. En la espera que así se introduce y a la que sucederá un “algo más” en la línea de posesión de Dios aparece como señala Lubac que el alma separada solo llegará a la perfecta posesión de Dios cuando supere una doble separación: la separación de su propio cuerpo por la propia resurrección corporal y la separación de la plenitud del cuerpo místico de Cristo, superación que solo se dará cuando se complete el número de los hermanos. Ambos aspectos son coincidentes ya que nuestra resurrección no será un fenómeno aislado sino que tendrá lugar en la parusía, cuando el

número completo de los hermanos será corporalmente glorificado. Por lo demás, también después de la resurrección habrá un segundo plano de conciencia que es fácilmente inteligible por el tipo de conocimientos sucesivos que aportará el cuerpo al alma.¹⁹⁴

La llagas de Cristo Resucitado

Respecto a la conservación de las llagas Santo Tomás da cuatro razones de este sorprendente hecho. Primero por la gloria de Cristo convenía que llevase las huellas de su triunfo que muestran cierta belleza no del cuerpo, sino de la virtud. Segundo para confirmar a los discípulos. Tercero para mostrar eternamente al Padre en sus ruegos por nosotros qué género de muerte sufrió por nosotros. Cuarto para mostrar la misericordia¹⁹⁵. Otra razón es mostrar más profundamente la divinidad. El corazón abierto de Cristo nos muestra el Corazón de Dios, es decir, que no es solamente un ser inteligentísimo y omnipotente, sino que también posee una afectividad y unos sentimientos perfectísimos.

Dios mismo en su armonía perfecta de justicia y misericordia es un inmenso Corazón. La revelación de la intimidad divina es importante para conocer el corazón de Dios, lo más personal. “En la Sagrada Escritura nos encontramos diversos textos que nos muestran a un Dios accesible a los dolores en su relación a los hombres. "Yahvé se arrepintió de haber creado a los hombres y le pesó en el corazón"¹⁹⁶. "Irritaban al Santo de Israel"¹⁹⁷. "Por ellos se rebelaron e irritaron su santo espíritu"¹⁹⁸ Ellos "ofenden" a Dios¹⁹⁹, le "cansan"²⁰⁰. No sólo se da el amor con cólera en Dios, sino el amor con clemencia que supera la ira en su interior: "un vuelco ha dado en Mí mi corazón, a una han ardido mis entrañas. No ejecutaré el ardor de mi

¹⁹⁴ Cándido Pozo, Teología del más allá, BAC Madrid, 1992, 3ª edición, p. 323

¹⁹⁵ Summa Theologica III q.54 a.4 respondeo

¹⁹⁶ Gn 6,6

¹⁹⁷ Sal 78,41

¹⁹⁸ Is 63,10

¹⁹⁹ Dt 4,25

²⁰⁰ Is 7,13

cólera, no volveré a aniquilar a Efraím, pues soy Dios y no un hombre²⁰¹ En el humano lenguaje bíblico se desvela la intimidad divina con unos sentimientos que tienen un paralelo con los nuestros. Esto se ve muy bien en Jeremías: "¿Es Efraím un hijo favorito, niño de mis delicias para que cuantas veces hablo contra él, me vuelva a acordar de él? Por eso mis entrañas por él se conmueven y he de tener por él piedad -oráculo de Yahvé"²⁰² También es clásico el texto de Isaías: "dice Sión: Yahvé me ha abandonado. El Señor me ha olvidado. ¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque esas llegasen a olvidar yo no te olvido. Míralo, en las palmas te tengo tatuada, tus muros están ante mí perpetuamente"²⁰³. La ternura, la compasión, el cariño que no olvida, que sufre ante el dolor del hombre es mostrado por los profetas, Toda la Biblia está llena, de principio a fin, de una especie de lamento apesadumbrado de Dios, que se expresa en aquel grito: "¡Pueblo mío, pueblo mío...! Pueblo mío, ¿qué te hice, en qué te molesté? Respóndeme"²⁰⁴ Pero Dios no se aflige por sí, sino por el hombre que, de esa manera se pierde. Se aflige, pues, por puro amor"²⁰⁵. Aunque pueden interpretarse estas expresiones como antropomorfismos para hablar de Dios. Algunas veces tienen aspecto de defecto y no se pueden atribuir a Dios. Pero también se puede decir que reflejan a un Dios vivo y nosotros los hombres somos reflejo e imagen de este Dios vivo, no al revés. Lejos quedamos del Dios lejano, inmutable, frío y poco humano, o, por lo menos, poco accesible a los humanos

Incluso se puede hablar del dolor del Padre como dice Juan Pablo II en la encíclica *Dominum et vivificantem*: "la concepción de Dios como ser necesariamente perfectísimo, excluye ciertamente de Dios todo dolor derivado de limitaciones y heridas (...) Pero a menudo el Libro Sagrado nos habla de un Padre que siente compasión por el hombre, como compartiendo su dolor. En definitiva, este inescrutable e indecible dolor del Padre engendrará sobre todo la admirable economía del amor redentor en

²⁰¹ Os 11,8-9

²⁰² Jer 31,20

²⁰³ Is 49,15-16

²⁰⁴ Miq 6,3

²⁰⁵Cantalamesa. El Señorío de Cristo p. 121-122

Jesucristo, para que, por medio del misterio de la piedad, en la historia del hombre el amor pueda revelarse más fuerte que el pecado. Para que prevalezca el don (...)En la boca de Jesús Redentor, en cuya humanidad se verifica el sufrimiento de Dios, resonará una palabra en la que se manifiesta el amor eterno, lleno de misericordia: Siento compasión (cfr Mt 15,32; Mc 8,2)" (n.36). El sufrimiento está unido al pecado y el Espíritu santo lo revela: "el convencer en lo referente al pecado, ¿no deberá revelar también el sufrimiento? ¿No deberá revelar el dolor, inconcebible e indecible, que, como consecuencia del pecado, el Libro Sagrado parece entrever en su visión antropomórfica en las profundidades de Dios y, en cierto modo, en el corazón mismo de la inefable Trinidad" (n.39). Es una profundización en el Corazón de Dios que resulta difícil para la mentalidad griega y para el dios de los filósofos que no llegan más allá de la inmutabilidad de Dios, pero que desconocen que se trata de un Dios vivo real, y que todo lo que tiene el hombre es participación de Él, pues es imagen y semejanza de Dios.

Es bien conocido que la Biblia usa el término “corazón” (leb) para designar lo más íntimo del ser humano más allá aún de toda la riqueza de afectos que tiene el hombre. En la cultura occidental sigue vigente este modo de hablar en lo religioso, en lo poético y en lo coloquial, pero no así en el mundo filosófico, quizá porque lo usaron poco los griegos, o por las diversas formas de racionalismo que, más o menos conscientemente, desprecian esta vivencia por lo difícil que es controlarla y porque –en una reacción ocultamente estoica- desdice del pensador puro que tiene que conocer fríamente y libre de afectos o sentimientos que le puedan desviar de su razonamiento gélido como diría Heidegger. Veamos un buen resumen de lo que se dice en la Escritura respecto al hombre en las miles de citas posibles sobre el corazón: “Al corazón pertenecen la alegría: *que se alegre mi corazón en tu socorro*²⁰⁶; el arrepentimiento: *mi corazón es como cera que se derrite dentro de mi pecho*²⁰⁷; la alabanza a Dios: *de mi corazón brota un canto hermoso*²⁰⁸; la decisión para oír al Señor: *está dispuesto mi corazón*²⁰⁹; la vela amorosa: *yo duermo, pero mi corazón*

²⁰⁶ Ps 12, 6.

²⁰⁷ Ps 21, 15.

²⁰⁸ Ps 44, 2.

²⁰⁹ Ps 56, 8.

*vigila*²¹⁰. Y también la duda y el temor: *no se turbe vuestro corazón, creed en mí*²¹¹. El corazón no sólo siente; también sabe y entiende. La ley de Dios es recibida en el corazón²¹², y en él permanece escrita²¹³. Añade también la Escritura: *de la abundancia del corazón habla la boca*²¹⁴. El Señor echó en cara a unos escribas: *¿por qué pensáis mal en vuestros corazones?*²¹⁵. Y, para resumir todos los pecados que el hombre puede cometer, dijo: *del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias*²¹⁶. Cuando en la Sagrada Escritura se habla del corazón, no se trata de un sentimiento pasajero, que trae la emoción o las lágrimas. Se habla del corazón para referirse a la persona que, como manifestó el mismo Jesucristo, se dirige toda ella —alma y cuerpo— a lo que considera su bien: *porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón*²¹⁷²¹⁸.

Sería amplísimo traer aquí lo mucho escrito sobre el Corazón de Cristo en los Evangelios y los escritos cristianos. Juan Pablo II lo expresa así: “Si el corazón humano representa un insondable misterio que sólo Dios conoce, cuánto más insondable será el de Jesús, en el que se mueve la misma vida del Verbo, y residen todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y toda la plenitud de la divinidad”²¹⁹.

²¹⁰ Cant 5, 2.

²¹¹ Ioh 14, 1.

²¹² Cfr. Ps 39, 9.

²¹³ Cfr. Prv 7, 3.

²¹⁴ Mt 12, 34.

²¹⁵ Mt 9, 4.

²¹⁶ Mt 15, 19.

²¹⁷ Mt 6, 21.

²¹⁸ San Josemaría Escrivá. Es Cristo que pasa. Ed Rialp. n. 140

²¹⁹ Juan Pablo II. Ángelus 23.VI.2002

DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE JESUCRISTO

Creemos en nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. El es el Verbo eterno, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial al Padre..., por quien han sido hechas todas las cosas. Y se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María Virgen y se hizo hombre: igual, por tanto, al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad; completamente uno no por confusión de la sustancia, sino por unidad de la persona.

(Pablo VI, Credo del pueblo de Dios, 111)

En todos los símbolos de la fe, la Iglesia ha manifestado invariablemente su doctrina sobre Jesucristo: Verdadero Dios y verdadero Hombre. La fe cristiana encierra esta doble afirmación.

Podemos resumir la doctrina de la Iglesia en las siguientes afirmaciones:

- Se hizo hombre la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo, para redimirnos del pecado y darnos la vida eterna;*
- al hacerse hombre se encarnó, es decir tomó nuestra carne. Además de cuerpo, tiene, como todo hombre, un alma espiritual e inmortal. A este cuerpo y alma se unió la segunda Persona divina para formar a Jesucristo.*

- Hay, por tanto, en Jesucristo dos naturalezas: una divina porque es Dios y otra humana porque es hombre.
- En Jesucristo hay una sola persona, que es divina y es la segunda de la Santísima Trinidad.
- Jesucristo, en cuanto hombre, es igual que nosotros, menos en el pecado, que El no tuvo ni pudo tener.
- Jesucristo, durante los últimos años de su vida, enseñó públicamente su doctrina, la practicó con sus obras y la confirmó con sus milagros;
- nos salvó o redimió ofreciendo el sacrificio de su vida en la cruz por todos los hombres, para obtener el perdón de nuestros pecados y devolvernos la gracia y la amistad de Dios.
- Jesucristo, que murió verdaderamente y fue puesto en un sepulcro, para mostrar su divinidad resucitó por su propio poder al tercer día, como lo había anunciado, saliendo glorioso del sepulcro para no morir ya nunca más;
- la resurrección de Cristo es una verdad fundamental de nuestra fe y la garantía de nuestra propia resurrección.

HEREJIAS SOBRE CRISTO

Sobre Jesucristo es posible una mala interpretación, que lleve al error y a la herejía. Así sucedió en los primeros siglos de la Iglesia, hasta que se fue precisando en los concilios el contenido del misterio de Dios-hombre. Los errores suelen provenir de dos fuentes, o bien por percibir un aspecto parcial y olvidarse del conjunto, o bien por no poseer una precisión filosófica suficiente que permita distinguir y avanzar en el conocimiento de la verdad. Las principales herejías son las siguientes:

Los que niegan su divinidad

a) En la Antigüedad con diversos matices hubo quienes negaron la divinidad de Cristo. Sobre todos destaca el *arrianismo*. Este no admite que Cristo sea consustancial con el Padre, sino que afirma fue creado como un ser intermedio a través del cual se realiza la creación y la redención. Cristo es, por tanto, inferior al Padre.

b) Modernamente han negado la divinidad de Jesucristo aquellos que niegan todo lo sobrenatural. Afirman que Cristo es sólo un hombre. Para unos es un hombre excepcional, con una gran fe, por la que tuvo un singular conocimiento de Dios, debido al cual fue Redentor del mundo. Para otros fue un hombre idealizado por la piedad de los primeros cristianos y divinizado por influencia de ideas paganas.

Los que niegan su humanidad

A finales del siglo I y comienzos del II hubo algunos, que movidos por las filosofías en boga, negaron la -humanidad del Señor. Afirmaban que lo humano de Jesús era pura apariencia. Su cuerpo sería aparente. Su Pasión aparente. Lo único real en Él era lo divino.

Los que niegan que Cristo es una sola Persona

a) Nestorianismo: Afirma que en Cristo hay, además de dos naturalezas, dos personas: una divina (el Verbo) y otra humana (Jesús de Nazaret) Según esto, Cristo es verdadero hombre y verdadero Dios, pero ambas naturalezas tienen sólo una unión moral. La divinidad habita en la humanidad de Jesús como en un templo. En consecuencia, no se puede llamar a María madre de Dios, sino madre de Jesús-Hombre.

Fórmulas modernas de nestorianismo o arrianismo serán las que afirman que Cristo es solamente -el hombre para los otros. o simplemente -un hombre provisto excepcionalmente de gracia, o una manifestación extraordinaria de Dios-. Reducen, pues, a Cristo a ser para los hombres sólo un ejemplo, silenciando su divinidad.

b) Los que niegan la existencia de dos naturalezas. Hubo algunos que para defender la divinidad de Cristo dijeron que su humanidad desaparece al unirse a la divinidad. En Cristo, por tanto, hay una sola naturaleza y una sola persona, pues lo humano se convierte en divino, o se confunde con ello. Otros, dependiendo de los anteriores, afirmaron que en Cristo solamente había una voluntad: la divina. La humana desaparecía. Según esta doctrina, no se podría explicar que Jesús dijese en el Huerto: «No se haga mi voluntad sino la tuya»

Ninguno de estos errores puede explicar bien todo lo que es Jesús, ya que deforman su figura. Pero Dios, que no abandona a los hombres, marca el camino de la verdad por el Magisterio de la Iglesia asistido por el Espíritu Santo.

ENSEÑANZA DE LA IGLESIA

El Concilio de Calcedonia

La Iglesia, con la asistencia del Espíritu Santo, tiene la misión de enseñar la verdadera fe.

Aunque ya quedó clara la divinidad de Cristo en el Concilio de Nicea, la declaración del Concilio de Calcedonia dice: -Siguiendo a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, perfecto en la divinidad y perfecto en la humanidad, verdadero Dios y verdadero hombre, de alma racional y de cuerpo, consubstancial al Padre en cuanto a la divinidad y consubstancial con nosotros en cuanto a la humanidad, semejante en todo a nosotros menos en el pecado; engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad y, él mismo, en los últimos' días, por nosotros y nuestra salvación, engendrado de María Virgen, Madre de Dios, en cuanto a la humanidad»

Las últimas declaraciones del Magisterio de la Iglesia insisten, ante esos nuevos brotes de nestorianismo, e incluso de arrianismo, y enseña que Cristo es la revelación plena del Padre y del Amor divino, precisamente porque es Dios (21. Nov. 1970)

483.

Explicación teológica de este misterio

En el Concilio de Calcedonia se afirma que en Cristo hay dos naturalezas y una persona, pero no llega a definir filosóficamente esos conceptos, apela a la experiencia humana universal que siempre ha distinguido entre el individuo y su naturaleza. El progreso era grande, pero se hace necesario un avance metafísico para no recaer en antiguos problemas.

Santo Tomás definirá a la persona como “sustancia completa que subsiste por sí separadamente de las demás”(III, q 16. a.12 ad 2).

La palabra *subsistencia* se convertirá así en concepto clave para entender la noción tomista de persona. La persona es tal, porque, siendo sustancia completa, subsiste por sí separadamente de las demás sustancias. Tomás de Aquino situará en la no subsistencia en sí misma sino en la Persona del Verbo, la razón por la que la humanidad de Cristo —que es completa—, no se puede decir que sea persona humana.

Si se acude a lo más profundo se llega a que la persona es constituida por su acto de ser (*esse*) que da el ser a su forma (alma) y a su cuerpo en una unidad viva. Este acto de ser (la persona) es diferente a todo otro individuo y se relaciona con los demás en una relación de amor sin la cual queda incompleta en su realización. Si se reduce la persona a alguna de sus manifestaciones se pierde su sentido original y no sólo no se puede explicar el misterio de Cristo, sino que no se puede explicar acabadamente ni a un hombre cualquiera. Unos lo reducen al pensamiento (Descartes), otros a la autoconciencia o consciencia de sí (Günther), otros a la apertura al ser (Rosmini), otros a la tendencia al infinito que queda colmada cuando Dios responde a esa tendencia (Rahner). No se distingue la persona de sus manifestaciones y entonces es muy difícil, si no imposible, ver la persona divina en Cristo pues se la confunde con realidades de su humanidad y es

fácil llegar a decir que es persona humana, cuando la persona en Cristo es la persona divina del Verbo.

Esta es la explicación, en Cristo el *esse* es el *esse* divino, no como en los hombres que es un acto de ser participado del *esse* divino. El misterio de Cristo es que su persona, su ser divino, que es infinito, sustente y dé vida a una naturaleza humana perfecta, es decir, alma y cuerpo, pero que no tiene un ser (persona) humana, sino divino. Esto es posible por la Omnipotencia divina. La dignidad humana no queda disminuida por no tener un ser (persona) humano, sino que queda dignificado por tener un ser (Persona) divino que le actualiza su existir como verdadero hombre. Un ejemplo puede ser considerar cómo el cuerpo humano es muy semejante al de un animal, pero tiene un alma humana que le hace pensar, ser libre, querer, amar, a un nivel mucho más alto que los animales. Pues en el caso de Cristo se va más al fondo: tiene cuerpo humano, pensar humano, libertad humana, amor humano; pero además tiene un nivel divino (la Persona) y con él un pensar divino, un querer divino, un amor divino, una omnipotencia, una preexistencia al mundo porque es eterno, es decir, todas las características del verdadero Dios, pero unidas personalmente a la humanidad.

Si se piensa que la unión se hizo en la naturaleza se incurre en el error monofisita que niega lo humano en Jesús. Si se afirma que la unión es accidental, se podrán decir cosas muy hermosas de Cristo hombre, como ama, como reza, como eleva lo humano a niveles sublimes, su compasión, su libertad, su ejemplo, su doctrina, pero no es Dios, sino sólo un hombre santo, quizá el más santo, pero nada más que un hombre. Este el problema.

En los hombres la persona hace ser alguien ante Dios y para siempre. Alguien que libremente debe amar a Dios y a los demás, porque tiene un acto de ser. En Cristo al ser la Persona divina su acto de ser que es el acto de ser por esencia, su relación principal es con el Padre y con el Espíritu Santo. Después transparenta esa libertad y ese amor en la humano de Jesús que refleja esa Luz interior del que es Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, y se relaciona con los hombres de un modo nuevo con una relación de amor divino humana. Jesús es Hijo natural de Dios, no hijo adoptivo. Y la Virgen María es Madre de Dios, no de la divinidad, porque la maternidad se dirige a la Persona, que es divina

La unión hipostática

La naturaleza humana de Jesús es perfecta, pero no constituye una persona humana, porque no existe en virtud de su propio acto de ser, sino que está unida a la Persona del Verbo, esto es, existe en virtud del ser divino del Verbo. La unión hipostática, pues, no es otra cosa que la unión de la naturaleza humana de Cristo con la Persona del Verbo en unidad de persona.

Dicho de otra forma, la naturaleza humana de Cristo no *subsiste* con subsistencia propia, sino que subsiste en la Persona del Verbo y, por estar unida a El sustancialmente, le confiere el que sea hombre. El Verbo es hombre, precisamente porque subsiste en su naturaleza humana, comunicándole el acto de ser. Por esa razón, la Persona del Verbo *responde* de las acciones y pasiones de su naturaleza humana; el Verbo es el sujeto de esas acciones.

La palabra *subsistencia* se convierte así en concepto clave para entender la noción de persona. La persona es tal, porque, además de ser sustancia completa, subsiste por sí misma separadamente de las demás sustancias completas. La no subsistencia en sí misma, sino en la Persona del Verbo, es la razón por la que la humanidad de Cristo —que es completa— no es persona humana, sino que está *hipostasiada, personalizada*, en la Persona del Verbo.

La unión hipostática es la mayor de las uniones que pueden darse entre Dios y la naturaleza creada. Es una unión personal. Por eso al Verbo (a Dios Hijo) se le pueden atribuir las acciones humanas de Jesús como nacer, morir, etc. Es una unión estrictamente sobrenatural y no existe nada semejante en el mundo.. Es un misterio que se realiza por medio de una gracia divina llamada gracia de unión que sobrepasa todo otro género de gracia.

La unión hipostática es indisoluble y permanecerá para siempre, por eso se puede decir con San Pablo “Jesucristo, ayer y hoy, el mismo por los siglos” (Heb 13,8). Es el don más grande otorgado por Dios a la naturaleza humana. La naturaleza humana es asumida, no absorbida, por el Verbo, sin

ningún cambio real en el Verbo, que es infinito, pero sí cambia la naturaleza humana que es atraída a la naturaleza divina.

El momento de la Encarnación fue en el mismo momento de la concepción, es decir, no hay momento en que Cristo haya sido simplemente hombre, pues entonces habría tenido una hipóstasis propia. Esto no quiere decir que la naturaleza humana no sea íntegra, sino que tiene todas las características de la naturaleza, pero recibe la vida de la persona divina. El Verbo no tomó el alma y después el cuerpo, sino que en el instante de la concepción fue creada un alma humana que en ese instante recibe el ser de la Persona del Verbo

La santidad de Cristo

Durante la Anunciación dice el ángel a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto lo que nacerá de ti será santo, será llamado Hijo de Dios" (Lc 1,35). Ya se había profetizado que el espíritu de Yahvé reposaría sobre Él (cfr Is 11, 1-5). Esta santidad no es sólo la santidad de Jesús como Dios, pues la santidad del Verbo, una santidad plena, perfecta y total. Se trata de la santidad de la santidad de su humanidad, que es divinizada al comunicarse a ella la del Verbo a través de su Persona.

Se puede distinguir en Cristo tres gracias: La gracia de unión – la unión hipostática considerada como gracia o don-, la gracia habitual o santificante, y la gracia capital en cuanto es cabeza de la nueva humanidad redimida.

1. La gracia de unión. La santidad es unión con Dios, vida íntima divina que se derrama en la humanidad concreta del hombre y le hace hijo de Dios, participante de la naturaleza divina.

En Cristo esa unión es la más alta posible, la llamamos unión hipostática o personal, pues la divinidad y la humanidad de Jesús se unen en la Persona del Verbo. La gracia de esa unión es el mayor don que su naturaleza puede recibir. Es una gracia infinita pues lo es el Verbo. Jesús como hombre es persona en y por el Verbo. No es una filiación adoptiva como la de los hombres que viven en gracia, sino que es una filiación natural. De ahí que no se pueda dar una santidad mayor. Es una santidad sustancial. Esta gracia otorga a Cristo la impecabilidad, pues las acciones son de la Persona que es divina.

2. La gracia santificante. Esta unión de la humanidad a la fuente de la gracia que en el Verbo lleva a pensar que también recibe la gracia santificante, de un modo semejante a todo hombre, pero a nivel más perfecto.

Por otra parte, Cristo debe tener plenamente la gracia que ha ganado para los hombres, pues la cabeza de toda la humanidad, y a través de Él llegan todas las gracias a los hombres

La proximidad del alma humana de Jesús al Verbo necesita en su conocimiento y amor a Dios los mayores niveles y esto se consigue sólo por la gracia.

Es lógico pensar que también posee los del Espíritu Santo pues la acción del Espíritu Santo es total en su alma y la santidad más alta de los hombres corresponde a esta actividad.

Con la gracia vienen las virtudes infusas. No se puede decir que Cristo tiene fe, pues este don implica conocer lo que no se ve, y Cristo tiene la ciencia de visión de Dios mismo, y tener la fe implica una imperfección. Aunque tiene algún aspecto de la fe como la confianza y la entrega a Dios. Tampoco propiamente tiene esperanza pues posee a Dios mismo. Sí espera cosas futuras que convienen a su misión como la glorificación de su cuerpo y la salvación de los hombres.

La caridad la tiene en el grado más alto. Y este es el testimonio más grande que no da para que le imitemos. Una manifestación constante de ella es la misericordia y la compasión.

Otras virtudes se ven muy claras en los evangelios: obediencia, fortaleza, paciencia, mansedumbre, sinceridad, la sobriedad, la castidad, la generosidad, la justicia, la laboriosidad etc. Sin embargo, no se puede decir que tiene la penitencia, que es dolor de los pecados, porque no tuvo ningún pecado, aunque expió por nuestros pecados y satisfizo por ellos.

3. las gracias actuales y los carismas. Estas ayudas divinas para el bien de los demás o para la propia perfección, pero que son distintas de las habituales también las tuvo Jesús. Entre ellas podemos ver la profecía.
4. Cristo tiene la plenitud de gracia, aunque experimentó el crecimiento en las virtudes que al crecer de niño a hombre significan una mayor perfección como se verá en la ciencia adquirida de Cristo o en la mayor paciencia y amor en el momento de la cruz. No hay

equivalencia total con los hombres pues Cristo era también Dios y en este sentido no se da en Él un crecimiento en la santidad.

5. La gracia capital. Cristo es la Cabeza de la Iglesia y Mediador de todos los hombres, es la Cabeza del Cuerpo místico. San Pablo insiste en esta idea, y añade que es el primogénito de toda criatura (cfr Col 1,15-18). Esto significa que tiene una m especial, llamada capital, para ser el nuevo Adán y Cabeza de la Iglesia y de esta gracia dimana toda gracia en la Iglesia y en el mundo. La unión de la Cabeza y los miembros es tan intensa que se puede hablar de una casi persona mística (cfr Gal 3,26-27; Col 2,19).

La gracia capital de Cristo no es distinta de la gracia personal de la Humanidad de Jesús, sino un aspecto de la misma gracia en cuanto es causa de la gracia para los miembros, a su vez es recibida en función de la gracia de unión como su raíz y fundamento y la razón de que es el nuevo Adán de la Humanidad regenerada.